Françoise Ruzé

INICIACION A LA HISTORIA

AKAL

Marie-Claire Amouretti

EL MUNDO GRIEGO ANTIGUO

En una síntesis clara y viva, los manuales de la colección INICIACION A LA HISTORIA describen y explican las grandes líneas de la evolución del mundo, desde la Grecia arcaica hasta nuestros días. Precedidos por una bibliografía general y temática que suministra los instrumentos de trabajo indispensables, estos manuales deben poder satisfacer tanto la curiosidad del público culto cuanto las necesidades metodológicas de los estudiantes. Se completan con un fascículo de mapas de cómodo manejo, que ilustran perfectamente los grandes momentos históricos y económicos.

Las autoras del presente libro no se limitan a poner ante nuestros ojos el simple retablo de los «hombres ilustres» de Grecia, sino que remontándose a las fuentes se entregan a la tarea de hacernos comprender una sociedad, una civilización y una historia que nos son más extrañas de lo que se cree, en las que el primitivismo y la barbarie aparecen codo a codo con el mayor refinamiento y humanismo.

Marie Claire AMOURETTI es profesora de la Universidad de Provenza, orientando sus trabajos de arqueóloga e historiadora hacia el estudio de las técnicas y las estructuras sociales.

Françoise RUZE es profesora de la Universidad de París-I, centrando su investigación en el mundo y las instituciones políticas de la Grecia arcaica.

INICIACION A LA HISTORIA

1. El Mundo Griego Antiguo.
2. De los orígenes de Roma a las invasiones Bárbaras.
3. De los Bárbaros al Renacimiento.
4. El Cercano Oriente medieval.
5. De los Grandes Descubrimientos a la Contrarreforma.
6. De la Contrarreforma a las Luces.
7. Del Siglo de las Luces a la Santa Alianza, 1740-1820.
8. De las Revoluciones a los Imperialismos, 1815-1914.
9. De una guerra a otra.
10. De 1945 a nuestros días.

Portada: RAG.
Título original:
Le monde grec antique

Primera edición 1987
Segunda edición 1992

© Libraire Hachette, 1978
Para todos los países de habla hispana
© Ediciones Akal, S. A., 1987
Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Teléfs.: 656 56 11 - 656 49 11
Fax: 656 49 95
ISBN: 84-7600-224-6
Depósito legal: M. 23486-1992
Impreso en EPES (Madrid)

INICIACION A LA HISTORIA

bajo la dirección de Michel BALARD

Françoise RUZÉ Marie-Claire AMOURETTI

DE LOS PALACIOS CRETENSES A LA CONQUISTA ROMANA

el mundo griego antiguo

3.ª edición puesta al día
con adición de bibliografía
en español

Traducción de
Guillermo FATÁS
Catedrático de Historia Antigua
Universidad de Zaragoza

-akal-
EDICIONES

NOTA DEL TRADUCTOR

Se ha procurado respetar en lo posible el peculiar estilo expositivo del original francés. El traductor ha corregido, empero, ciertos errores de hecho y ha introducido algunas variaciones (entre las que es más notable la del cuadro dinástico de la pág. 255, que se ha sustituido por otro, más acorde con nuestros conocimientos y basado, sobre todo, en la cronología de A. E. Samuel). La voz «cité» se ha traducido como Ciudad, con inicial mayúscula, cuando puede, preferentemente, entenderse como sinónima de «polis», de Ciudad-Estado o de derecho de ciudadanía, figurando con minúsculas cuando es preferible entenderla como sinónimo de entidad o aglomeración urbana. En la edición científica española no está, aún, perfectamente resuelto el difícil problema de la transcripción y traducción de los vocablos griegos. en general, el traductor ha seguido las normas propuestas por M. Fernández Galiano (*Bol. de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, Madrid, 1961), con algunas excepciones (así, preferimos Filhetairo a Filetero o Trasíbulo a Trasibulo; pero las discrepancias son muy escasas). De no haber uso arraigado en contra, hemos transcrito la «ji» como «kh»; pero, en algún caso (particularmente, en «cora», «khora»), hemos utilizado con preferencia la «c» por analogía con voces como «coroplástica» o «corografía», que son de igual raíz. Si existe tradición suficiente, hemos procurado mantenerla (y por eso usamos Cnosos mejor que Cnoso y mantenemos el grupo «th» para significar la «theta» griega en las transcripciones).

Las adiciones de alguna significación que se han hecho al texto original (con excepción de las actualizaciones bibliográficas y de los libros que se citan en edición en lengua española) van convenientemente distinguidas con la habitual mención «N. del T.».

INTRODUCCION

Cuando el estudiante aborda el estudio de la historia griega, a menudo ha olvidado ya los muy embrionarios conocimientos adquiridos durante su paso por la Enseñanza Media. No obstante, el terreno no está tan virgen como parece, pues ninguno de nosotros deja de estar profundamente impregnado por la cultura greco-latina, incluso en un tiempo como el nuestro, de predominio científico. El vocabulario, con conceptos políticos o los mitos heredados de la antigüedad griega son conocimientos de siempre, de modo que no es posible estudiar la democracia, o la *Antígona* de Sófocles sin condicionamientos, ni hablar de colonización en el Mediterráneo e, incluso, de imperialismo, sin referirlos al pasado reciente; o contemplar los templos griegos sin una visión deformada por la abundancia de edificios neoclásicos que contempla el hombre contemporáneo. En eso está una de los principales escollos de la historia griega: la riqueza de su civilización y su aspecto falsamente moderno apasionan al neófito, el cual olvida su verdadera naturaleza y la deforma.

Por ello nos hemos atenido a distinguir netamente las fuentes, a presentar algunos asuntos desde la perspectiva historiográfica y a mostrar algunas de las principales direcciones que sigue la investigación contemporánea. Pero nada sustituirá al contacto directo con los textos, aunque se trate de traducciones, y con los documentos arqueológicos.

I. LA BIBLIOGRAFÍA

1. Las fuentes

Una buena presentación de conjunto en C. SAMARAN, *L'Histoire et ses méthodes,* París, 1967 (Encyclopédie de la Pléiade).

FUENTES LITERARIAS: Hay muchas editadas en la colección «G. Budé», París, Les Belles Lettres (introducción, texto y traducción y notas). Solamente traducciones: la colección de bolsillo Garnier-Flammarion, la «Livre de Poche», La Pléiade, el Club Français du Livre para ciertos títulos. Para los autores no traducidos en éstas, la «Loeb Classical Library» (introducción, texto, traducción e índice). J. DEFRADAS, *Guide de l'étudiant helléniste,* P.U.F., 1968, da las indicaciones bibliográficas para los autores principales. El único manual detallado de literatura griega en francés, aunque anticuado, no ha sido sustituido: A. y M. CROISET, *Histoire de la litté-*

rature grecque, París, 1928-1935, 4 tomos. En España es de referencia obligada la colección de textos clásicos bilingües «Alma Mater» editada por el C.S.I.C. Solamente traducciones pueden encontrarse en la «Biblioteca Clásica Gredos» de la editorial del mismo nombre y en la colección «Clásica Akal», la más económica. Todas las traducciones están realizadas por profesores universitarios.

FUENTES PAPIROLÓGICAS: Millares de textos en papiro se refieren a la época tolomaica (323-30 a. C.). La recopilación más cómoda es la de A. S. HUNT y C. C. EDGAR, *Select Papyri,* Londres, t. 1, 3.ª ed., 1970; t. 2, 1963. Algunos textos traducidos y comentados en P. DELORME, *Le monde hellénistique. 323-133,* Sedes, 1975.

FUENTES EPIGRÁFICAS: Son fundamentales. Dos recopilaciones en francés: J. POILLOUX, *Choix d'inscriptions grecques,* texto, trad. y notas, París, 1960 (53 inscripciones traducidas y comentadas) y *Nouveau choix d'inscriptions grecques,* por el Institut F. COURBY, París, 1971 (37 inscripciones), que suponen una iniciación para el historiador, quien hallará en ellas indicaciones para el uso de este tipo de textos.

R. MEIGGS y D. M. LEWIS, *A Selection of Greek Historical Inscriptions* (desde los orígenes a fines del siglo V), Oxford, 1969 y M. N. TOD, *Ibid,* II (de 403 a 323), Oxford, 1948. Estas dos obras, con texto griego, a veces la traducción, bibliografía y comentarios, permiten plantear los principales problemas históricos. Igualmente L. MORETTI, *Iscrizioni Storiche ellenistiche,* Florencia, I (Ática, Peloponeso, Beocia), 1967. II (Grecia central y septentrional), 1976. Textos, traducción italiana, bibliografía somera y comentario. Debe conocerse la existencia de notables recopilaciones sin traducción, como las *Inscriptiones Grecae* (I.G), corpus por regiones, o W. DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum,* 3.ª ed., 1915-1924 (Syll.^{3} o SIG^3) y *Orientis Grecae Inscriptiones Selectae,* 1903-1905 (O.G.I.S.). La bibliografía y crítica de hallazgos y publicaciones las hacen J. y L. ROBERT, en el *Bulletin épigraphique* de la *Revue des Études Grecques.*

La epigrafía micénica (tablillas en lineal B) puede abordarse a través de L. DEROY, *Initiation à l'épigraphie mycénienne,* Rome, 1962 (sus trabajos posteriores contienen interpretaciones demasiado aventuradas). J. CHADWICK, *El enigma micénico. El descifra-miento del lineal B,* Taurus, Madrid, 1962, es una buena aproximación al problema.

ARQUEOLOGIA E HISTORIA DEL ARTE: Una visión científica de las posibilidades de la arqueología y su empleo la de P. COURBIN, en *Études archéologiques,* S.E.V.P.E.N., 1963.

Yacimientos: Las excavaciones de yacimientos griegos se han encomendado muchas veces por las autoridades nacionales a escuelas extranjeras; Francia publica los informes de excavaciones de Argos, Delos, Delfos, Malia, Tasos, etc. Una crónica anual del *Bulletin de Correspondance Hellénique* (B.C.H.) permite estar al corriente de los resultados de las excavaciones en Grecia. La revista *Gallia* ofrece igual servicio para Francia. La fecha de la excavación y la nacionalidad y nombre del excavador son datos muy útiles si se quiere estudiar un yacimiento. Además, hay guías que pueden ser muy aprovechables, como la «Guide bleu» *La Grèce,* 1977 y la serie *«Nous partons pour»,* P.U.F.: G. VALLET, *Naples et l'Italie du Sud,* 2.ª ed., 1976; P. LÉVÊQUE, *La Sicile,* 2.ª ed., 1976 y *La Grèce,* 2ª ed., 1976. R. V. SHODER, *La Grèce antique vue du ciel,* trad., París, 1972, ofrece fotos aéreas, planos y noticias arqueológicas de 83 yacimientos.

Historia del arte: La colección «El Universo de las formas», de Aguilar, es un buen instrumento de trabajo, con ilustraciones, anejo documental y planos, bibliografía, índice-léxico, cronologías y mapas: P. DEMARGNE, *Naissance de l'art grec,* 2.ª ed., con apéndi-

ce, 1974; J. CHARBONNEAUX, R. MARTÍN, F. VILLARD, *Grecia Arcaica (620-480); Grecia Clásica (480-330); Grecia Helenística (330-50)*, Aguilar, Madrid, 1969 ss. Otras tres obras de carácter fundamental: W. TATARKIEWICZ, *Historia de la estética. Vol. I. La estética antigua* (Akal, Madrid 1987), texto de carácter general que incluye numerosas fuentes antiguas en edición bilingüe. VITRUVIO, *Los diez libros de arquitectura* (Akal, Madrid 1987), único tratado de arquitectura escrito en la antigüedad que se conserva. Y por último el ensayo de M. LITTLETON, *La arquitectura barroca en la antigüedad clásica* (Akal, Madrid, 1987).

Manuales de arqueología: C. PICARD escribió la «summa» sobre escultura arcaica y clásica en *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture*, A. PICARD, 1935-1967, 4 tomos en 8 vols. y un índice. R. MARTIN, *Manuel d'architecture grecque*. I. Matériaux et techniques, 1965. Id., *L'Urbanisme dans les cités grecques*, 2.ª ed., 1974, es indispensable para el historiador. Además AA.VV., *La ciudad antigua*, Akal, Madrid. R. BIANCHI BANDINELLI; *Introducción a la arqueología*, Akal, Madrid.

La cerámica se publica por yacimientos o museos (*Corpus Vasorum Antiquorum*, C.V.A., en vías de conclusión), museo a museo, con una fotografía y noticia detallada para cada vasija catalogada.

La numismática puede abordarse a través de E. BABELON, col. *Que sais-je?*, 1948, núm. 168. Documentación en P. R. FRANKE y H. HIRMER, *La monnaie grecque*, Flammarion, 1966; G. K. JENKINS, *Monnaies grecques*, París-Lausana, 1972. P. GRIERSON, *Bibliographie numismatique*, Cercle d'Études Numismatiques, *Travaux*, núm. 2, Bruselas, 1966, ofrece una aproximación metódica. Falta aún una síntesis sobre al papel de la moneda en la historia griega.

2. Revistas y recopilaciones de artículos

Las revistas especializadas ofrecen, además de sus artículos, críticas de las principales obras publicadas. Una bibliografía metódica de las publicaciones e informes críticos se publica, con algún retraso, en *Année Philologique*, cuyas abreviaturas son de uso internacional. E. Will revisa las principales obras de historia de Grecia en un boletín de la *Revue historique* (última aparición, 1979). Mencionemos la *Revue des Études Grecques* (R.E.G.), la *Revue Archéologique* (R.A.) y la *Revue des Études Anciennes* (R.E.A.); *Kténa. L'Antiquité Classique* (A.C.), de Lovaina; *Historia*, de Wiesbaden, etc.

Muchos artículos aparecen en ediciones de coloquios, homenajes a profesores o reimpresos en recopilaciones temáticas. Aconsejamos A. AYMARD, *Études d'Histoire Ancienne*, P.U.F., 1967 (reunión de sus principales artículos). En ed. Mouton, bajo la dirección de J. P. VERNANT, *Les Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, 1973. Los *Annales Littéraires* de la Universidad de Besançon publican las *Actes des Colloques sur l'esclavage* organizados por el Centre de Recherches d'Histoire Ancienne (1970, 1971, 1972, 1973) y una nueva revista, los *Dialogues d'Histoire Ancienne* (I, 1974; II, 1976). La col. Maspero «Textes à l'appui» reúne a menudo artículos o comunicaciones: J. P. VERNANT, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Ariel, Barcelona, 1975; *Mito y Sociedad en la Grecia antigua*, S. XXI, 1983; en colaboración con P. VIDAL-NAQUET: *Mythe et Tragédie en Grèce ancienne*, 1972. Son insustituibles los artículos de L. GERNET, *Antropología de la Grecia antigua*, Taurus, Madrid, 1984. (Sirey había publicado ya una recopilación de L. GERNET, *Droit et Société dans la Grèce ancienne*, 1964). B. SIMON, *Razón y locura en la Antigua Grecia*, Akal, Madrid, 1984.

3. Colecciones varias

MANUALES: La HISTORIA GENERAL de G. GLOTZ está superada en lo arqueológico, epigráfico y conceptual (atenocentrismo), pero es muy útil por la calidad de su documentación literaria: G. GLOTZ y R. COHEN, *Histoire Grecque.* I. *Des origines aux guerres médiques,* 1946 (anticuado); II. *La Grèce au Ve. siècle, 1949;* III. *La Grèce au IVe. siècle. La lutte pour l'hégémonie,* 1945; IV, en colaboración con P. ROUSSEL, *Alexandre et le démembrement de son empire,* 1945. Ch. G. STARR, *Historia del Mundo Antiguo,* Akal, Madrid, 1974; V. V. STRUVE, *Historia de la Antigua Grecia,* Akal, Madrid, 1979.

La colección «PEUPLES ET CIVILISATIONS» está reelaborándose. Su documentación bibliográfica es indispensable para el estudiante. E. WILL, *Le Monde grec et l'Orient, I. Le Ve siècle (510-403),* 1972; E. WILL, C. MOSSÉ y P. GOUKOWSKY, II. *Le IVe siècle el l'époque hellénistique,* 1975. A. PIGANIOL, *La conquête romaine,* ed. de 1974. La «NUEVA CLIO»: J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las Guerras Púnicas,* Labor, Barcelona, 1971 (para las colonias griegas de Occidente); C. PRÉAUX, *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a. de C.),* I-II, Labor, Barcelona, 1984. C. NICOLET y otros, *Roma y la Conquista de mundo mediterráneo, 264-27 a. de C.,* I-II, Labor, Barcelona, 1982-1984. En ciertos casos es obligado recurrir a la CAMBRIDGE ANCIENT HISTORY (C.A.H.).

OBRAS GENERALES, a menudo complementarias, para iniciarse en un asunto:

A. AYMARD y J. AUBOYER («Histoire générale des Civilisations», P.U.F.): *Oriente y Grecia antigua,* ed. Destino, Barcelona, 1970; M. DAUMAS («Histoire générale des Techniques», P.U.F.): *Les origines de la Civilisation technique,* 1962; R. TATON («Histoire générale des Sciences», P.U.F.): *La Science antique et médiévale,* 1966.

En ed. Arthaud, F. CHAMOUX, *La civilización griega en las épocas arcaica y clásica,* Juventud, Barcelona, 1967, con notable ilustración y práctico glosario-índice, pero muy flojo en economía.

P. LEVÊQUE («Destins du Monde», ed. A. Colin), *La aventura griega,* Labor, Barcelona, 1968, era, en su momento, el mejor panorama de conjunto de historia griega; sigue siendo muy práctico (reed. en 1977).

LAS TESIS se publican actualmente, en su mayor parte, en la Bibliothèque des Écoles Françaises de Roma y de Atenas (B.E.F.A.R.), ed. De Boccard, o en las publicaciones de las Universidades (con frecuencia en ed. Les Belles Lettres).

Es bueno conocer algunas COLECCIONES que ofrecen obras valiosas:

— Aubier Montaigne: E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional,* Alianza, Editorial Madrid, 1984; J. BÉRARD, *L'Expansion et la colonisation grecques jusqu'aux guerres médiques,* 1960.

— Maspero: además de los títulos citados antes, M. I. FINLEY, *Los griegos de la antigüedad,* Labor, Barcelona, S. f., trad. 1971; *La Grecia primitiva. Edad de Bronce y Era Arcaica,* Crítica, Barcelona, 1983; *Le monde d'Ulysse,* trad., 1969 (col. de bolsillo); G. E. R. LLOYD, *Les débuts de la science grecque,* trad., 1974; H. C. BALDRY, *Le théâtre tragique des Grecs,* trad., 1975; V. EHRENBERG, *L'État grec,* trad., actualizada, 1976.

— En la «Bibliothèque Historique», ed. Payot, seleccionamos: H. JEANMAIRE, *Dionysos, Histoire du culte de Bacchus,* 1951; M. P. NILSSON, *Les croyances religieuses dans la Grèce antique,* trad., 1955; W. C. K. GUTHRIE, *Les Grecs et leurs dieux,* trad. 1956.

En **formato de bolsillo,** algunas actualizaciones:

— En **Albin Michel;** «L'Evolution de l'Humanité» propone síntesis que en su día marcaron época; siempre interesantes, hay que usarlas con prudencia: G. GLOTZ, *La Ciudad*

griega, UTEHA, México, 1957, muy discutida; P. JOUGUET, *El imperialismo macedonio y la helenización del Oriente,* UTEHA, México, 1958; L. GERNET y A. BOULANGER, *El genio griego en la religión,* UTEHA, México, 1960; R. GHIRSMAN, *L'Iran. Des origines à l'Islam,* nueva ed. en 1976.

— Recordemos, en las **P.U.F.**, la existencia de las colecciones «Que sais-je?», «SUP» y «Mythes et Religions».

— En ed. **Nathan,** coll. «Fac»: Y. GARLAN, *La guerre dans l'Antiquité,* 1972; C. MOSSÉ, *La colonisation dans l'Antiquité,* 1970.

— Petite Bibliothèque **Payot:** la obra de J. HATZFELD, *Histoire de la Grèce ancienne,* está muy anticuada.

— **Larousse,** «Histoire Universelle», propone obras generales destinadas al público en general. Son útiles H. VAN EFFENTERRE, *L'âge grec,* 1968 y P. LEVEQUE, *Empires et Barbaries,* 1968.

— **A Colin,** «U 2»: introducción y textos. M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Économies et Sociétés en Grèce ancienne,* 1972; C. MOSSÉ, *Les institutions politiques de la Grèce classique,* 1967; H. VAN EFFENTERRE, *L'Histoire en Grèce,* 1967; J. DELORME, *La Grèce primitive et archaïque,* 1969; F. VANNIER, *Le IV^e siècle grec,* 1967; P. LEVÊQUE, *Le monde hellénistique,* 1969 (con ligeras modificaciones, reproduce la última parte de *L'Aventure grecque);* C. VIAL, *Lexique des Antiquités grecques,* 1972.

— «La Documentation Photographique» ofrece series destinadas a los docentes de bachillerato pero generalmente elaboradas bajo la dirección de especialistas: *Athènes au V^e siècle* (n.° 5.226); *la Crète* (n.° 5.258); *La colonisation grecque en Occident* (n.° 5.300); *Travail et société dans l'Antiquité* (n.° 6.015).

— Una obra de referencias cómoda es P. PETIT, *Guide de L'Étudiant en Histoire ancienne,* P.U.F., 1969.

4. Diccionarios y atlas

En el diccionario Bailly griego-francés hay apéndices sobre el calendario, pesos y medidas, de utilidad general. Buenos artículos hay en la *Encyclopaedia Britannica* y en la *Encyclopaedia Universalis.* Algunas enciclopedias están especializadas: la más erudita es PAULY, WISSOWA y KROLL, *Reäl-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft,* que se edita desde 1893, con suplementos que completan sus 67 volúmenes. En francés, sin actualizar, C. DAREMBERG, E. SAGLIO y E. POTTIER, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines,* 5 vols, y suppl., 1877-1919. Son útiles P. GRIMAL, *Dicccionario de la mitología griega y romana,* Labor, Barcelona, 1965 (con reed.); *Dictionnaire archéologique des techniques,* ed. L'Accueil, 2 vols., 1963-1964; R. BIANCHI-BANDINELLI, *Enciclopedia dell'arte antica, classica e orientale,* 7 vols., Roma, 1958-1964. Muy accesible y práctico es el *Oxford Classical Dictionary,* 2.ª ed., 1970.

Hasta ahora no es posible recomendar sino atlas alemanes: *Westermanns Atlas zur Weltgeschichte,* I, 1963; *Grosser Historischer Weltatlas,* Munich, 1958. Es reciente el *Atlas historique* de Larousse, 1978; el *Grand atlas d'histoire mondiale,* de *Encyclopaedia Universalis,* 1978.

Hemos insistido deliberadamente sobre la variedad de fuentes en historia griega. El estudiante, para iniciar su trabajo, empezará con un manual histórico de alguna gran colección. A continuación, se remitirá a las fuentes, empleando generosamente las ediciones de obras completas y, en su defecto, las antologías. Pero no es posible hacer historia griega sin usar documentos, monumentos y objetos. Ver ilustraciones está bien; y aún mejor es la contemplación directa. Si no todo el mundo puede ir a Grecia o a Sicilia, todo el mundo puede aprovechar recursos más próximos. Hay muchos parisinos que ignoran el Louvre, provenzales los yacimien-

tos de Glanum o Sainte-Blaise, o españoles que no conocen Ampurias, Ullastret o las Salas griegas del Museo Arqueológico Nacional, etc. Es raro que los museos locales no ofrezcan alguna pieza antigua.

II. EL COMENTARIO DE DOCUMENTOS

En historia antigua, un texto literario es el tipo de documento más frecuentemente propuesto; el método no difiere sensiblemente del que se utiliza para otros períodos históricos. Para documentos papirológicos o epigráficos, el volumen de historia romana de esta misma colección da las directrices principales (véase, además, la bibliografía que se ha dicho antes). Pero el estudiante se siente particularmente inerme ante el documento arqueológico, a pesar de la importancia de tal fuente de información en la historia griega. Es verdad que la bibliografía no es siempre fácil de manejar, pero hay que recordar que no se trata de un comentario de historia estética ni de arqueología: hay que proceder, únicamente, al aprovechamiento de un documento para ayudar a la comprensión histórica global del período que se considere; y si, desde luego, hay que detallar y precisar cuanto pueda dar luz sobre el documento mismo, inmediatamente debe extraerse todo el provecho posible en el plano histórico. Algunos recursos técnicos de la historia del arte resultarán muy útiles (definición de la forma antes que de la ornamentación y de la composición antes que de la expresión); pero el historiador ha de recordar que es, también, geógrafo y escrutar los detalles, utilizando una regla milimetrada para proceder siempre a localizaciones muy precisas.

RECONSTRUCCION DEL PLANO DEL ÁGORA DE ATENAS A FINES DEL S. IV (seg. J. Travlos, en H. A. THOMPSON y R. E. WYCHERLEY, *The Athenian Agora,* XIV, 1972, lám. 6). Ver mapa 16, al final del volumen.

1. Presentación general: Tiene por fin definir la naturaleza del documento, las condiciones en que fue hallado y su estado actual. Debe, también, situarlo cronológica e históricamente, limitándose a lo necesario para una justa comprensión.

a) *Origen del documento.* (En el caso de un objeto, se concretarían lugar y fecha del hallazgo, lugar en que se conserva y entidad de sus restauraciones). Se trata de un plano reconstruido (y traducido) por los excavadores mismos. El plano no refleja las paredes realmente halladas en excavación, sino la reconstrucción del trazado de los edificios, calles y desagües; los trazados hipotéticos se han punteado. Las construcciones posteriores no se han incluido. Las excavaciones, desde 1930, están a cargo de la Escuela estadounidense. Las publicaciones empezaron en 1949 y entonces fueron identificados los monumentos principales. Con exclusión del Hefesteo, el templo (a *Hefaistos*, Hefesto) mejor conservado de Grecia, las construcciones principales no han conservado sino sus cimientos y elementos caídos y, a veces, desplazados. La superposición de períodos, la reutilización de materiales y el estado de las ruinas han hecho a menudo difíciles las identificaciones, largamente discutidas. Los autores antiguos nos dejaron un cierto número de referencias sobre el Ágora, pero la obra más preciosa es la Descripción (Periégesis) de Grecia, de Pausanias. Este viajero del siglo II de la Era visitó el Ágora como turista curioso e indagador y los arqueólogos se han esforzado por hacer coincidir sus observaciones con las ruinas descubiertas.

b) *Definición del objeto estudiado.* El ágora es la plaza pública, expresión material de la comunidad cívica y humana. Para los griegos, durante mucho tiempo, la palabra significó, a la vez, tanto la asamblea cuanto

su lugar de reunión; ya en Homero la existencia de un ágora definía a los griegos, por oposición a los bárbaros. La historia de estas ruinas está, pues, profundamente vinculada con la de la Ciudad ateniense. Las funciones del ágora son variadas, pues los artesanos instalados en los barrios vecinos tendieron frecuentemente a ocuparla y ésta fue empleada como plaza de mercado de la ciudad baja; los campesinos de los alrededores llevaban allí sus vituallas sin que, en este tiempo, se hubiesen construido edificios adecuados a tal fin.

c) *Cronología histórica.* Debe justificarse el interés de la fecha del documento. El área había sido ocupada, en época micénica, por importantes necrópolis; las habitaciones aparecen a partir del siglo XII. En el período geométrico, mientras que la ciudad baja se extiende, se multiplican las tumbas. A comienzos del siglo VI se acondiciona el lugar como plaza; casas y tumbas son eliminadas y se construyen los primeros edificios públicos al sur, sobre una terraza dispuesta al pie de la Colina de Ares; el centro político baja de la Acrópolis y las reuniones importantes se desarrollan en el ágora: reuniones de la *ekklesía,* salida de las grandes Panateneas y grandes Dionisias con sus representaciones trágicas. Las reformas de Clístenes parece que provocaron el verdadero acondicionamiento de estos lugares: el borde occidental fue ocupado por modestos edificios cívicos, necesarios para la joven democracia. Todo ello fue destruido por la invasión persa. Por ello, nuestra Ágora clásica apenas tiene instalaciones anteriores al 470; los tres grandes hitos de su modelado son el período de Cimón, el final del siglo V y la época de Licurgo (años 330). Paralelamente, se precisan sus funciones: sigue siendo centro religioso, pero las representaciones teatrales se desplazan al sur de la Acrópolis; magistrados, buleutas y jueces siguen teniendo sede en ella, pero la *ekklesía* se reúne en la Pnyx; los comerciantes la siguen frecuentando y los atenienses acuden al ágora para charlar. Este repaso histórico nos hace comprender que el plano del ágora ateniense no responde, por entonces, a una concepción voluntarista, sino que refleja las realidades cotidianas de la vida y se va elaborando a medida que surgen las necesidades religiosas, políticas y económicas de la Ciudad.

2. **Análisis de detalle:** Se trata de ordenar la descripción no a la manera de una guía, sino en función de los intereses históricos. Se estudiarán cuidadosamente el plano y la distribución de las construcciones; y, luego, los diferentes monumentos serán presentados agrupados según sus fines.

a) *La planta.* La plaza es irregular, groseramente cuadrangular y con una superficie de unas 10 has.; su lado sur mide unos 240 m. y el oeste, al pie del *Kolonos Agoraios,* unos 300; el norte no se concreta bien, a causa de las construcciones modernas y del trazado del ferrocarril.

La vía de las Panateneas —el *dromos*— cruza la plaza en diagonal, de N.O. a S.E.; es excepcionalmente ancha (de 10 a 12 m. en vez de los 2 ó 3 habituales). Al oeste, una calle bordea los edificios situados al pie del *kolonos;* se divide en dos ramales en el mojón arcaico que limita el Ágora por el S.O. Otra calle sigue por el sur el límite del Ágora (al pie de la colina de Ares), semejante a otra que, por el norte, dista de ella entre 36 y 72 m., aproximadamente. En el norte de la plaza, las construcciones parecen estar alineadas por una vía que las bordea hacia el interior. Se observa una convergencia de viales, en el N.O., hacia el altar de los doce dioses, que servía de punto de origen para la medición de distancias. El Ágora estaba unida con las principales puertas de la ciudad (Puerta Sagrada, del Dípilon, del Pireo) y en el centro de las relaciones con el resto del Ática.

Con esta red viaria se corresponde, en

parte, el sistema de drenado de la plaza: procedentes del S.E. y del S.O., los desagües se unen al nivel del hito S.O. en un colector principal que se dirige hacia el punto más bajo, el ángulo N.O., en que se halla, por otro lado, uno de los pozos antiguos. Parece posible identificar la fuente S.E. con la llamada Eneácrunos (o de nueve caños) de los Tiranos; otra, en el S.O., se rehizo, en piedra, en el siglo IV.

La disposición del conjunto de los monumentos pone de relieve un neto desequilibrio entre las zonas oeste y sur, edificadas y alineadas de modo continuo, mientras que en la oriental sólo se aprecia un grupo monumental. En el norte, los edificios están aún escasamente identificados. El área circular central, llamada *orchestra*, sugiere la existencia de un espacio libre en el que pudiesen desarrollarse manifestaciones religiosas o culturales, incluso políticas, para las que los asistentes disponían de gradas fijas (cuatro bancos en *poros* al pie del *Hefesteo,* de unos 40 m. de longitud cada uno), de pórticos cubiertos y, quizás, de graderíos provisionales. Pero también sabemos que los comerciantes ocupaban este espacio libre, al igual que el área este. Finalmente, el plano no puede indicar los árboles plantados por Cimón, según Plutarco, que hacían agradables los paseos. A pesar de su pequeño tamaño, la plaza, pues, está bien dotada, a un tiempo como lugar de paso y de distribución y como punto de encuentros al abrigo del viento y del sol.

b) *Las construcciones civiles.* Para mayor comodidad en el análisis, estudiaremos los edificios con función política y judicial y, por otro lado, los religiosos, pero sin olvidar que, de hecho, no existen divisiones tajantes.

— La zona S.O., llamada de los *Arkhaia*, ofrece una continuidad de funciones, asociadas al Consejo: desde el siglo VI las casas y los talleres de alfareros y herreros fueron sustituidos por construcciones oficiales. De ellas queda el viejo *Bouleuterion,* edificio cuadrado de 23,30 × 23,80 m., de toba amarilla, sin duda construido para albergar el Consejo clisténico de los 500 y quizás anterior a la invasión persa. Seguramente resultó incómodo y, hacia finales del s. V, se le adosó, por el oeste, un nuevo Buleuterio, parcialmente excavado en la roca e interiormente dispuesto en hemiciclo, en toba, también, y cuidado, aunque sobrio; está oculto por su predecesor.

Al sur aparece un edificio circular, la Tolos *(Tholos)* o Skías (de unos 17 m. de diámetro interior); fechada en 470-460, tampoco era lujosa (superestructura de adobe, suelo de tierra apisonada), aunque su destino era albergar a la comisión permanente del Consejo (los prítanos), cuya tercera parte pernoctaba allí; un pequeño anejo, al N.O., parece que le sirvió de cocina. Símbolo de la actividad cívica, no sufrió modificaciones a lo largo de los siglos.

— Las construcciones judiciales fueron más difícilmente identificables. Las observaciones de los antiguos nos incitan a ver la *Heliea* en el imponente cuadrilátero en piedra caliza de Egina que ocupa el extremo oeste del borde sur. De principios del siglo V, cubre 821 m.^{2}. Cabrían, pues, los 1.501 jurados de un juicio importante, actuando al aire libre. Las habitaciones se dispusieron en la parte oeste, hacia el tercer cuarto del siglo IV. La clepsidra adosada al interior de la pared norte serviría para limitar el turno de palabras.

La abundancia de material judicial hallado en el sector N.E. del Ágora (en particular, fichas de bronce para los *klerioteria* o mecanismos para el sorteo de jueces) permite adscribir a los tribunales el uso de este conjunto: una serie de construcciones, imbricadas unas en otras, que se suceden desde el final del siglo V hasta al tercer cuarto del IV; edificadas groseramente, parece que fueron sustituidas (acaso desde el 325) por

un amplio peristilo cuadrado, con paredes de ladrillo, rodeando un patio de 38,75 m. de lado; bajo los 370 m.^{2} de cada columnata podían reunirse los 500 jueces de un dicasterio (fracción de la Heliea que constituía un tribunal).

Todo ello parece bien poca cosa para acoger el conjunto de actividades cívicas. Es cierto que una parte de las mismas no se desarrollaba en el Ágora, sino en sus cercanías (Pritaneo, Pnyx, Areópago, etc.). Sobre todo, los pórticos *(stoai)* de múltiples usos que bordeaban la plaza y que, después, se harían más abundantes, proveían albergue provisional o permanente. Vemos tres de ellos que han sido excavados. La *stoa Basileios* (Pórtico regio), buscada durante mucho tiempo y hallada, al fin, en 1970, marca el límite N.O. del Ágora. Sus columnas dóricas acanaladas podrían ser del 550-525, pero, sobre todo tras el paso de los persas, tendrían que hacerse importantes restauraciones. De modestas dimensiones (7,57 × 17,75 m. por fuera, aprox.), estaba dotada de un banco corrido interior, en el que cabían unas 60 personas, completado con algunos asientos principales. Hacia los años 400 se añadieron pequeñas columnatas que formaron alas en los dos extremos de la fachada, acondicionándose en ellas zócalos como soporte de las estelas que, así, se exhibían a su abrigo. El Pórtico, sede del Arconte-Rey y lugar de la toma de juramento a los arcontes estaba, también, al servicio de los cultos cívicos, de los magistrados y de la instrucción judicial (en procesos criminales). El hallazgo en sus cercanías de material culinario marcado con las letras DE (de *demosion,* «público») sugiere que allí mismo se abastecía al magistrado y a las personas en funciones.

Junto a él, la *stoa* de *Zeus Eleutherios* lo abruma, por sus dimensiones (unos 43 m. de largo), por su elegancia, por la calidad de los materiales empleados (toba o *poros* blanco y mármol, principalmente) y por la importancia de su ornamentación esculpida. Conservó el viejo altar del modestísimo santuario arcaico de Zeus, al que sustituyó. El conjunto hace pensar en los Propíleos y se inscribe, pues, en la línea de las realizaciones pericleas: concebida hacia el 430, apenas sí se acabó a fines de siglo. Su originalidad proviene de sus alas y de las reducidas proporciones de éstas en relación con la parte central. Lugar de culto y de encuentros, fue asociada, sin duda, a su vecina para albergar las funciones administrativas y judiciales para las que ésta no se bastaba ya.

Finalmente, al sur, una *stoa* de fines del siglo V que, quizá, inaugura el tipo de planta con dos galerías en el pórtico y habitaciones por detrás; aparentemente, había piso elevado únicamente sobre las habitaciones. Poco elegante, con superestructura en adobes (armonizando con la *tholos* cercana) y columnata de *poros* (¿estucado?), albergaba tribunales y salas (de 4,86 m.^{2} de media) para comidas de siete participantes, como máximo; se supone que hacía las veces de *Thesmotheteion* (lugar de reunión de los seis *thesmothetes).*

Para terminar con este repaso a las construcciones civiles, mencionemos, en el S.E., el *Argyrokopeion* (= la Ceca), con sus hornos, sus pilas de agua y sus cuños de bronce. Data de fines del siglo V. Un poco fuera de la plaza, hacia el S.O., el plano denomina «casa de los Estrategos» a un edificio irregular (unos 26 × 21 m.), de algo después de mitad del siglo V, que da a su patio abierto. Su identificación sigue siendo muy insegura. Igualmente ignoramos el destino del gran cuadrilátero oblongo (16,75 × 44 m.) llamado «arsenal», de últimos del siglo IV; está dividido interiormente por dos filas de pilares; su emplazamiento ha hecho pensar en un almacén de armas y los tiestos de ánforas panatenaicas en uno de aceite de oliva...

c) *Edificios religiosos.* La religión cívica se hace omnipresente en forma de altares, de estatuas, de lares, pero hay algunos lugares reservados particularmente para el culto.

Ya desde fines del siglo VI, Pisístrato, hijo de Hipias, aprovechó su arcontado para dedicar un «altar de los Doce Dioses» (¿los Olímpicos?), que quedó como uno de los puntos importantes del culto en el Ágora. El descubrimiento de la basa de una ofrenda debida a Leagro (en el 490-480, según los epigrafistas) permitió identificar la laja de toba y los fragmentos de altar en el N.O. A su lado, un altar con iguales orientación y labor, la *esjara,* pudo haber servido para el culto de algún héroe, aún sin identificar. Esta vieja área cultural alberga también el pequeño santuario del límite oeste, el de Apolo *Patroôs,* que, en la segunda mitad del siglo IV, sustituyó al antiguo templo del siglo VI, destruido por los persas. Un santuario minúsculo (5,30 × 3,65 m.) a Zeus *Phratrios* y Atenea *Phratria* lo separa de la Stoa de Zeus (también de la 2.ª mitad del IV). Se trata de los cultos que garantizaban la protección de los grupos básicos en que se dividían los ciudadanos (tribus y fratrías) y son, probablemente, muy antiguos. Podemos añadir la «basa de los Héroes epónimos» de las diez tribus clisténicas, encontrada frente al Buleuterio (18,40 × 4,68 m.), de la segunda mitad del siglo IV. Allí se desarrollaban algunos cultos oficiales y se exponían los avisos públicos.

Finalmente, un poco separado, en su colina del *Kolonos agoraios,* se eleva el *Hephaisteion* (13,7 × 31,8 m.), bordeando los muy activos barrios artesanos: está dedicado a los dos patronos de la artesanía, Atenea y Hefesto. De mitad del siglo V, se conserva admirablemente. Es dórico y períptero (6 × 13 columnas); el prónao y el opistódomo, más pequeño, tienen 2 columnas *in antis;* se añadió a la *cella* una columnata interior que impuso su ensanche ya cuando su construcción (véanse plano de templo y explicación de estas voces en el cap. VIII). En las esculturas, el mármol de Paros sustituye al del Pentélico. Las estatuas de las dos divinidades ocupaban la *cella;* las metopas, al modo tradicional, representaban a Heracles y Teseo, mientras que los escasos restos de los frontones no permiten aventurar ninguna hipótesis. Este edificio magnífico e imponente dominaba el Ágora.

3. Estudio histórico: El plano, al igual que la distribución de los edificios, revela una construcción bastante anárquica. A veces se han hecho añadidos y, frecuentemente, transformaciones, sin preocupación por racionalizar el conjunto; el Ágora sigue siendo una plaza abierta, de perfil asimétrico. Sin embargo, en el período clásico se disponen en Grecia plazas bien ordenadas en torno a pórticos regulares, en los que las funciones mercantiles cuentan ya con un ágora diferente del centro político: en el Pireo, en el siglo V; en Mileto, a fines del mismo; en Olinto, en el IV. En Atenas hay que esperar al siglo II para encontrar esfuerzo semejante (Pórticos de Átalo y meridional).

No obstante, las reconstrucciones del siglo IV buscaron dar carácter más homogéneo al borde S.O., en el que las columnatas son casi continuas; pero las construcciones se suceden sin orden racional y el aspecto general de la plaza debía de ser el de un pintoresco barullo. Todos los esfuerzos financieros se dirigieron a la Acrópolis. Señalemos, sin embargo, que los edificios religiosos del Ágora estuvieron mejor atendidos que los otros.

Este predominio de lo utilitario sobre lo estético significa, pues, una opción muy importante en la época clásica, sean cuales sean los momentos de la construcción; ello se comprende mejor cuando se analizan los edificios civiles: de pequeñas dimensiones, totalmente desprovistos de lujo y deliberadamente abiertos (lo que hacía imposible cualquier secreto). Una gran parte de la vida política transcurría al aire libre, bajo las *stoai,* al igual que las conversaciones filosóficas. Eran fáciles los contactos y la movilidad. En efecto, la concepción de la Ciudad no buscaba honrar a sus magistrados: el poder no era suyo, sino del conjunto de los ciudada-

nos, independientemente del lugar en que se hallasen. La vida pública estaba abierta a todos y, al igual que los ciudadanos no tenían casas lujosas, los magistrados carecían de instalaciones confortables. La gloria arquitectónica de Atenas estaba en sus templos, no en su Ágora.

Sin embargo, era, desde luego, el corazón de la Ciudad. Encontrábanse en ella los antiguos cultos de héroes y dioses tutelares que cada generación restauraba piadosamente; desde hacía varios siglos, algunas funciones se habían perpetuado en tales lugares. Se acudía allí desde todas las comarcas del Ática y, verdaderamente, ése era el lugar principal de paso y de encuentros. En él se administraba la justicia, en edificios sin cubierta; allí se preparaban las leyes, se recibía a los embajadores y se honraba a los benefactores. Pero también allí, en mostradores al aire libre, el comerciante ofrecía sus cebollas y el librero sus libros en rollo; bajo el pórtico, el filósofo arrastraba a su cohorte de jóvenes. ¡Cuántas actividades en una plaza tan pequeña! Las noticias circulaban a su través y la vida pública se desarrollaba a la vista de todos.

Por último, la cronología de las construcciones muestra que la mayor parte de los edificios civiles datables probablemente en época de Clístenes fueron definitivamente restaurados a finales del siglo V, seguramente en tiempos de la restauración democrática; por el contrario, a mediados del V (restablecimiento tras las Guerras Médicas) y a mitad del IV (conservadurismo pío de tiempos de Licurgo, frente al peligro externo), todos los cuidados se dirigieron a las construcciones religiosas. Aunque quizás no haya que ver en este ritmo secular de las obras sino una necesidad técnica de restauraciones.

4. Elaboración de la bibliografía: (Ver la bibliografía general para completar las referencias). Debe perseguir el profundizar en el análisis del documento. Para definir el Ágora y los edificios que la ocupan, pártase de una obra sobre civilización (F. CHAMOUX, por ej.), de una historia del arte con bibliografía (p. ej., la col. «Univers des Formes») o de un estudio de urbanismo (p. ej., R. MARTIN). Después se averiguará si existen obras especializadas en el ágora griega (R. MARTIN, *Recherches sur l'Agora grecque,* París, 1961). Luego, el urbanismo ateniense en particular (J. BOERSMA, *Athenian Building Policy from 561 to 405,* Groninga, 1970; *Guide Bleu de Grèce);* finalmente, el Ágora ha sido objeto de una guía publicada por la Escuela norteamericana. Es evidente que, en materia arqueológica, hay que desconfiar siempre de las obras demasiado antiguas si la excavación ha seguido desarrollándose. Lo mejor, en ese caso, es referirse a la publicación de la que proceda el documento que se comenta o, en su defecto, consultar la crónica del *Bulletin de Correspondance Hellénique* (B.C.H.), a partir de la fecha de aparición del último libro consultado, —e incluso, desde dos o tres años antes; en el presente caso y si no se hiciese tal consulta nos expondríamos a ignorar lo que fue la *stoa basileios*—.

III. CUADRO CRONOLÓGICO

PERÍODO	REFERENCIA HISTÓRICA	CRONOLOGÍA CERÁMICA	CIVILIZACIÓN	MOVIMIENTOS DE POBLACION
Neolítico	5000 2600?	Cerámica bruñida incisa.		Extensión del poblamiento en Grecia, Creta y algunas islas. ¿Migraciones anatólicas?
E. del Bronce. (ver mapa 1)	Antiguo Imp. egipcio 2612-2280.	Heládico antiguo 2600-1950 Creta: prepalacial.	Difusión del metal. civilización egea homogénea, avance de Creta. influencias anatólicas.	Extensión del poblamiento a las islas ¿desde Anatolia?
Período minoico en Creta.	Imperio Medio egipcio 2133-1625.	Heládico medio 2000-1750.	Troya VI. Primeros palacios cretenses, primera urbanización, escritura jeroglífica, luego lineal, civilización continental pobre, cerámica minia.	
Heládico en el continente y las islas				¿Llegada de los griegos al continente?
	Imperio Nuevo egipcio 1570-1167. Tutmés III 1484-1450.	Heládico reciente 1570-1200. I	Tumbas de fosa y primeras *tholoi* en el continente.	
		II	Segundos palacios cretenses,	Erupción de Tera, desaparición de los palacios cretenses, micénicos en Cnosos, 1375, caída de Cnosos
	Akenaton 1379-1362.	III	apogeo de Cnosos, lineal B en Creta.	
Período micénico. (Ver mapa 4)	Ramsés II 1298-1232. 1230, estela de Menerptah.		Palacios micénicos lineal B en el continente. Troya VII.	Destrucción de los lugares micénicos.

E. DEL HIERRO.		Submicénico 1150-1000.	Lenta difusión del hierro.	Reflujo de poblaciones en el Peloponeso. Llegada a Chipre.
Alto arcaísmo (per. geométrico)		Protogeométrico 1025-900.		Migraciones griegas en Asia Menor y Cícladas.
(Ver mapa 5)			Diferenciación dialectal: dorios, eolios, jonios.	
Período arcaico.	814. Fundación de Cartago.	Geométrico 900-725.	Nacimiento de la Ciudad *(polis)*.	Primera colonización en Sicilia.
	776. Juegos Olímpicos.	Orientalizante.	Alfabeto.	
		Protocorintio (725-620).	Homero.	
			Hesíodo.	
(Ver mapas 6, 8 y 26)		Cerámica de figuras negras (620).	Primeros templos en piedra.	Colonización griega de Italia, Sicilia, Calcídica, orillas del Mar Negro, Marsella y Cirene.
	612. Toma de Nínive por Nabucodonosor.		Plástica dedálica.	
		Cerámica de figuras rojas (530).	Moneda, poesía lírica,	
			filosofía jonia.	
			Nacimiento de la tragedia.	
Período clásico.	492-480 GG. Médicas.	Estilo severo.	Templo de Olimpia.	
			Nacimiento de la historia, de la comedia.	
(Ver mapa 22)	443-429 Estrategías de Pericles.	Estilo libre.	Monumentos de la Acrópolis.	Cleruquías atenienses.
			Los sofistas.	
	431-404 Guerra del Peloponeso.	Estilo florido.		
			Muerte de Sócrates. Oradores áticos.	
		Estilo de Kertch.		

		Cerámicas lucanas.	Fundación de la Academiaide Platón.	
			Reconstrucción de ciudades de Asia Menor.	
	356. Filipo II de Macedonia.			Extensión de Macedonia.
	338. Queronea.	Decadencia de la cerámica.	El Liceo de Aristóteles.	
			Inicios del mosaico.	Fundación de ciudades en Tracia.
			Arte greco-escita.	
	Reinado de Alejandro 336-323.		Últimos discursos de Demóstenes.	Alejandro conquista el Imperio persa, crea ciudades griegas hasta los confines de la India.
			Templo de Artemisa en Sardes.	
Período helenístico.	Diádocos 323-281.		Fundación de Alejandría.	
(Ver mapas 28 y 29)	Ptolomeo I en Egipto 283-246.		Museo de Alejandría.	Creación de reinos helenísticos en Egipto y en Asia.
	Éumenes I y el reino de Pérgamo 263-241.		Desarrollo de Pérgamo.	Fundación de ciudades griegas.
	212. Toma de Siracusa por los romanos.		La Victoria de Samotracia.	
	166. Delos, puerto franco.		Arquímedes	
	146. Saco de Corinto.			
	129. Creación de la provincia romana de Asia.		Desarrollo del hábitat y santuarios de Delos	Expansión de los comerciantes itálicos.
	88. Saco de Delos 31. Derrota de Actium.			El conjunto de la cuenca mediterránea bajo control romano.

LIBRO PRIMERO

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE GRECIA

CAPÍTULO PRIMERO

El asentamiento de los griegos. La tierra y los hombres.

La lengua griega, cuyos más antiguos testimonios escritos se remontan al II milenio a. de C., permanece, en una forma evolucionada, en el griego moderno, hablado por más de diez millones de personas en el mundo. Treinta y cinco siglos, pues, separan a los primeros documentos micénicos de los periódicos que leen los atenienses del siglo XX, marca de longevidad única en Europa.

Grecia nunca estuvo unificada políticamente en la Antigüedad, pero los establecimientos griegos que jalonaban el Mediterráneo se sentían unidos por una comunidad de civilización radicalmente original, cuyo primer cimiento era la lengua. El bárbaro se definía, en primer término, como el que no hablaba griego; y tal sentimiento permaneció profundamente arraigado en las Ciudades griegas, a pesar de sus disensiones, hasta que Roma unificó y niveló el conjunto de la cuenca mediterránea.

El corazón del mundo griego está bañado por el mar Egeo. La Península Balcánica está unida a la costa de Asia Menor por un puente natural de islas, siendo Creta el cierre de este mar interior. En el siglo VIII a. de C., una oleada colonizadora añadió a este mapa establecimientos en torno al Mar Negro y a lo largo del perfil de la Italia meridional y de Sicilia, siendo Cirene y Marsella los puntos límites de las implantaciones aisladas en tierra extranjera.

I. LOS RECURSOS DEL SUELO

Ver mapa 3

La Grecia propia es un país relativamente pobre cuyo hermoso cielo no debe ocultarnos su escasez de recursos.

UN RELIEVE COMPARTIMENTADO

Las montañas ocupan un 80 por 100 de la superficie, pero únicamente algunas grandes cumbres sobrepasan los 2.000 ms. El zócalo cristalino, en parte sumergido en el Egeo, fue transformado por los plegamientos alpinos que afectaron a potentes series sedimentarias y que aún no han acabado de actuar, tal y como atestiguan, desde la Antigüedad hasta nuestros días, sus terremotos y actividad volcánica. La variedad de la naturaleza de sus rocas y el vigor erosivo han contribuido a compartimentar el relieve en pequeñas llanuras dominadas por alturas abruptas mal comunicadas entre sí.

La Península Balcánica

El espinazo del Pindo divide netamente la Grecia continental en dos conjuntos: al oeste, las cadenas jónicas, prolongadas por las islas de Corfú, Cefalenia e Ítaca, más irrigadas, poseen vertientes cubiertas de carrascas, hayas y castaños, pero las comunicaciones son difíciles y Epiro, Acarnania y Etolia permanecieron aislados durante mucho tiempo. Al este, macizos rechonchos y amplias depresiones forman el corazón mismo de Grecia. Las llanuras de Macedonia y Tesalia, dominadas por los contrafuertes del Pindo y separadas por los picos del Olimpo y del monte Ossa, forman su plataforma septentrional. Pero las que desempeñaron un papel más importante en la Antigüedad fueron las pequeñas comarcas (llanura de Beocia, isla de Eubea y península del Ática) enmarcadas por los macizos del Parnaso (Lócride y Fócide). Todo en ellas mira al este y las islas forman la unión natural entre estas zonas y la costa de Anatolia, que parece su prolongación. Al norte, la meseta continental recortada por la península calcídica se prolonga en atractivas islas (Tasos, Samotracia, Lemnos, Lesbos) hasta el Estrecho del Helesponto y el mar interior (Propóntide) que se abre al Ponto Euxino. Al sur, las Cícladas (Delos, Paros, Naxos), con sus roquedos, minúsculos afloramientos del viejo zócalo, forman escalas naturales hacia la costa jonia de Asia Menor, algunas de cuyas islas (Quíos, Samos) están muy cerca.

Las islas del Egeo

El Peloponeso

La península del Peloponeso forma un conjunto aparte. Su parte central la ocupan macizos poderosos que aislaron durante mucho tiempo Acaya y Arcadia. Pero las pequeñas llanuras, a menudo fértiles (Élide y Mesenia, al oeste, Argólide, al este y Laconia, en la depresión meridional situada entre el Taigeto y el Parnón), desempeñaron un papel muy activo durante toda la historia griega. Un arco de grandes islas (Creta, Rodas) cierra la cuenca del Egeo y se une a la costa meridional del Asia Menor.

Creta y Rodas

La costa de Asia Menor

La costa asiática presenta también un relieve fragmentado. Al norte, la extremidad de las cadenas pónticas termina en zonas de colinas dominadas por algunas muelas volcánicas. En el centro, la costa jónica, particularmente recortada, refleja las complicaciones de un relieve en el que se entremezclan con fallas los fragmentos de los zócalos antiguos.

Las depresiones están ocupadas por los ríos principales (Meandro, Hermo), que colmataron enseguida las llanuras aluviales. La costa, antiguamente, aparecía más retirada que hoy. La meseta anatólica, por el este, detiene las precipitaciones y la región es particularmente húmeda. El sur estaba menos favorecido en la Antigüedad: la pequeña llanura de Caria y las depresiones de Panfilia y Cilicia sufrían veranos tórridos y frecuentes inundaciones que favorecían la malaria.

POCOS RECURSOS MINEROS

En conjunto, los trastornos estructurales no favorecieron la presencia de filones importantes. Los griegos fueron a buscar en el exterior el estaño indispensable para la aleación del bronce (90 por 100 de cobre y 10 por 100 de estaño) y durante mucho tiempo practicaron el monometalismo de la plata (yacimiento de Sifnos y plomo argentífero del monte Laurion en Ática). Pero en la Antigüedad no se usaban cantidades tan grandes de metal como pensamos. El cobre de Chipre les bastó, durante largo tiempo, y yacimientos minúsculos de hierro fueron explotados en las islas. No obstante, bastante pronto hizo falta acudir a los recursos de Asia Menor, Italia y España.

Ver mapa 10

Las minas de oro que había en la periferia no fueron verdaderamente explotadas sino bastante tarde, como los yacimientos del monte Pangeo, que fueron la fortuna de Filipo de Macedonia. Enseguida se utilizaron dos recursos naturales: la arcilla, muy pura, que favoreció la multiplicación de los centros ceramistas y las canteras de piedra (mármol de Paros, de Naxos, del Pentélico, obsidiana de Melos —Milo—), cuya explotación favoreció el auge de la construcción; el *miltos* u ocre rojo de Sinope y Ceos completaba este abanico de recursos naturales, bastante limitados, a fin de cuentas.

COMUNICACIONES DIFÍCILES

Las relaciones entre regiones eran difíciles. En estas comarcas mediterráneas, tan diversas y fragmentadas, no hay que subrayar lo precario del yugo de cruz antiguo para enfatizar las dificultades en las comunicaciones carreteras. Hasta época muy reciente, carretas y carros eran poco útiles para el transporte y el recorrido de los senderos montañosos, a menudo arroyados por las lluvias, era cosa de los animales de carga. Los ejércitos utilizaron siempre los mismos pasos: las Termópilas, que rigen el acceso a la Grecia continental, el istmo de Corinto, que era la protección natural del Peloponeso o los pasos del Tauro, que abrían el camino hacia el Oriente Medio.

LA FUNCIÓN DEL MAR

En realidad, Grecia pedía al mar las comunicaciones que su relieve le vedaba. Ningún punto de Grecia dista de él más de 90 kms. El cabotaje era esencial y al atardecer siempre se encontraba un arenal donde varar la nave. La vela cuadrada y los dos remos (aplustros) que servían de timón bastaban para esta navegación que utilizaba al máximo el régimen atmosférico. Desde la primavera al otoño, las brisas de tierra y de mar acompañan al pescador, mientras que el viento dominante varía del N.O. al N.E. a medida que se pasa del Adriático al Ponto Euxino. En el Egeo, desde fines de julio hasta septiembre, los vientos etesios soplaban desde el norte y, no obstante algunas violencias, llevaban en menos de diez días desde Tracia hasta Egipto. De hecho, la navega-

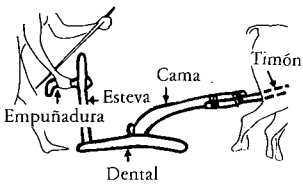
ción estaba más condicionada por la piratería que por imperativos técnicos y la fortuna de algunos Estados residió más en una policía marítima inteligente que no en una aptitud innata para la navegación. El mar suministraba también complementos naturales, por la pesca y algunas salinas, pero únicamente las zonas pónticas practicaron su verdadera explotación.

De hecho, muchas regiones quedaron al margen de la actividad marítima. La montaña, en tiempo de inseguridad, seguía siendo el refugio normal y las laderas estaban a menudo más pobladas que sus llanuras inmediatas. No debe olvidarse nunca que el griego fue, ante todo, un campesino, aun cuando las estructuras principales se organizasen en función de la ciudad. Vivía según el ritmo estacional en una agricultura esencialmente mediterránea.

LA VIDA AGRÍCOLA

El cultivo de año y vez

Los cereales (cebada, trigo duro) ocupan un lugar relevante. Los campos, de los que se quitan cuidadosamente las piedras o que se ganan, mediante drenado, a las zonas pantanosas (lago Copais, en Beocia) se cultivan en régimen de año y vez. Antes de la siembra otoñal hay que barbechar al menos tres veces y las labores empiezan en primavera, cuando aún no ha podido formarse una costra seca en la tierra. Una vez realizada la cosecha en verano, es demasiado tarde para preparar la tierra cara al otoño, de modo que se dejan los rastrojos para pasto de animales. El cultivo de año y vez no tiene como fin dejar descansar a la tierra, sino que es la consecuencia directa de las sementeras otoñales y de la necesidad del suelo mediterráneo de ser preparado mediante repetidos laboreos, que rompen la costra seca y conservan la humedad. Por otra parte, no siempre se vuelve a barbechar en la primavera siguiente y el campo puede quedar sin arar uno o dos años más. Los instrumentos empleados son sencillos. El arado se conocía desde la Edad del Bronce, en forma de instrumento simétrico que abría la tierra sin volcarla y que se empleaba, sobre todo, para la siembra. Los utensilios manuales (azada de dos dientes, pico) servían para la roturación y la escardadura y podían utilizarse en las tareas del barbecho.



El arado. Croquis según la copa ática de figuras negras de Nicóstenes. (Museo de Berlín, inv. núm. F 1806, siglo VI a. de C.).

Al ritmo de las estaciones

El ritmo del año es muy desigual y las tareas se concentran en épocas concretas.

El invierno, que empieza a mitad de diciembre, es suave en las costas (rara vez la temperatura se pone bajo cero), pero duro en Macedonia, en Epiro y en el centro del Peloponeso, donde las montañas están frecuentemente cubiertas de nieve. Allí se practica, a veces, la trashumancia inversa: el hábitat permanente reside en la montaña y los pastores bajan al llano, en donde alquilan los pastos temporales.

Entre noviembre y febrero es la época de recogida de la oliva, vareando o a mano, en olivos a menudo dispuestos en plantación o rodeados de cubetas de irrigación. Es el árbol típico de Grecia, cuya extensión está limitada por los fríos invernales o por la sequedad. Quince días después de la recogida se procede a la molturación y al prensado, mediante prensa de árbol. El aceite servirá para todo el año. El suave invierno permite también el cultivo de leguminosas (guisantes, alga-

V. p. 155

rrobas, habas, coles), complemento de la alimentación. Desde comienzos de año pueden podarse las viñas y los árboles, si es el caso; la poda, como se sabe, es lo que, en muchas especies, ha hecho de la planta silvestre una planta cultivada. A los griegos se debe la introducción de esta técnica en Italia y en Provenza para la vid y el olivo.

La primavera es corta y más o menos húmeda, según regiones, con precipitaciones cortas y a menudo torrenciales. Es el momento del laboreo del barbecho y de la escardadura de las vides. Enseguida llega el tiempo del alumbramiento de las ovejas, ya en verano, cuando los animales vuelven a marchar a la montaña. Desde mayo señorea el calor, seco y ardiente. El agua, desde entonces, es algo precioso y se la emplea para los jardines, con irrigación. La cosecha es temprana y se trilla al aire libre, en eras, con mulos y bueyes. El precioso grano puede ensilarse desde junio (y desde agosto en algunos «poljes» montañosos). La cosecha de fruta (higos, almendras, etc.) completa el aprovisionamiento. Pero el verano no es la estación vegetativa en la que se piensa en los países de climas templados; por el contrario, es la estación estéril, verdadera cesura en el año agrícola.

«Pero en cuanto el caracol suba desde el suelo a las plantas para huir de las Pléyades, ya no es tiempo de podar las viñas. Afila entonces las hoces y espabila a los esclavos. Durante el tiempo de siega, cuando el sol reseca la piel, no te duermas a la sombra y deja la cama por la mañana temprano: date entonces prisa y, levantándote de madrugada, tráete a casa lo cosechado para que luego tengas suficientes provisiones.»
(HESÍODO, *Los Trabajos y los Días*, 571-577).

El otoño es la prolongación natural de la estación estival (36 a 40°). Es un período de gran actividad: para la vendimia se espera a que la uva esté muy madura, casi pasada. En septiembre y octubre, las uvas se prensan con los pies, en grandes cubas o espuertas y el mosto se pone a fermentar en jarras, a menudo enterradas. Al acabarse el año hay ya que pensar en la sementera antes de que lleguen las lluvias torrenciales características del clima mediterráneo.

Se trata, pues, de una agricultura típicamente mediterránea en la que la trilogía cereal-vid-olivo está determinada por la duración de la estación seca. Las precipitaciones, brutales, caen durante escasos días, en contraste con las lentas lluvias oceánicas de invierno, lo que explica el predominio de árboles y arbustos de hoja siempre verde, más o menos coriácea, con abundancia de encina verde. Únicamente el litoral meridional del Ponto Euxino y los contrafuertes occidentales del Pindo poseen hermosos bosques de hayas y encinas de hoja caduca. Algunas montañas de Creta y el Peloponeso conservaron bosques de coníferas. Pero desde la Antigüedad ya apuntaba el retroceso de los bosques y, a veces, su degradación en garrigas, a causa de la acción de cabras y carneros; pero, también, por su explotación desordenada y por la expansión del suelo cultivado.

«Está atento cuando oigas la voz de la grulla, que lanza cada año su llamada desde lo alto de las nubes. Trae la señal de la sementera y anuncia la llegada del lluvioso invierno. Su chillido muerde el corazón del que carece de bueyes.»
(HESÍODO, *ibid.*, 448-451).

El retroceso del bosque

El problema de la tierra siguió siendo dominante y cada comarca vivió siempre en el temor de la carestía: un leve crecimiento demográfico, un cambio fronterizo o la ampliación, incluso ínfima, de unas propiedades a costa de otras y se rompía el precario equilibrio de la explotación del suelo. Los factores históricos determinaron, hasta nuestros días, la puesta en valor de los recursos naturales. Y las diferencias de rendimiento y producción entre una región y otra raramente obedecen a los factores naturales exclusivamente.

II. EL POBLAMIENTO DE GRECIA

DESDE EL NEOLÍTICO A LA EDAD DE BRONCE

Conocemos actualmente algunos yacimientos paleolíticos en Grecia cuyas más antiguas huellas de ocupación se remontan al 40.000 a. de C., en Epiro. No obstante, sólo uno de estos establecimientos muestra ocupación continuada hasta el Neolítico, período bien representado del que las excavaciones de estos últimos años han multiplicado los hallazgos y mostrado su diversidad. La «revolución neolítica» (tránsito a la piedra pulimentada complementariamente, hábitat permanente, cerámica, tejido, agricultura y ganadería) se verificó en Grecia entre el V y el III milenio, con algún retraso en relación con Oriente. La proliferación de pequeños centros sin sustrato anterior parece probar que estas innovaciones fundamentales fueron traídas desde el exterior por oleadas migratorias. Migraciones, desde luego, orientales, pero también influencias llegadas de Rusia meridional y del Occidente mediterráneo. El ejemplo de la difusión de la obsidiana de la isla de Melos, que aparece desde Macedonia hasta Creta, confirma la existencia de relaciones marítimas en estos tiempos tan antiguos.

Los comienzos de la Edad de los Metales (calcolítico) en el Egeo se sitúan entre 3000 y 2000; pero no hay ruptura con la época precedente y, de todos modos, la piedra, el hueso o la arcilla siguen siendo materias importantes hasta el I milenio. Los objetos de metal son, al principio, excepcionales, ya sean de bronce, de cobre o de plata. Se trata de armas, de objetos decorativos o de culto, productos de lujo que parecen sugerir la existencia de una clase social más rica. La fabricación del metal plantea problemas nuevos a la sociedad: hacen falta especialistas en sus técnicas y se hacen necesarias importaciones de materias primas. Pero no se aprecian mayores concentraciones de población. El Egeo, durante mucho tiempo, se verá poblado sobre todo por pequeños pueblos de un centenar de habitantes. Estos establecimientos proliferan en las Cícladas que, hasta entonces, habían quedado un poco al margen.

Ver mapa 1

La primera fase de la Edad del Bronce (Heládico antiguo, hacia 2600-1950) muestra una expansión demográfica y una cierta colonización interior, pero no nos permite deducir nada sólido respecto de la organización social.

LA LLEGADA DE LOS GRIEGOS

¿Hablaban estas poblaciones el griego, cuyos primeros testimonios escritos se remontan al siglo XIV?

La tradición griega

Los griegos, que se llamaban a sí mismos helenos en el I milenio (la palabra «graeci» nos viene de los romanos), conservaron el recuerdo de sucesivas migraciones que vinculaban a generaciones míticas de héroes y que databan en función de la Guerra de Troya. El término «aqueo», empleado por Homero (y que corresponde, sin duda, a los *aki-ya-wa* de los textos egipcios e hititas), evocaba a los griegos en tanto que opuestos a una generación autóctona (la de los «pelasgos»).

La aportación de la Lingüística

Es verdad que la lengua conservó un cierto número de palabras inexplicables mediante el griego y, con certeza, tomadas de una lengua anterior: se trata, por ejemplo, de algunas relativas a los cultivos arbusti-

vos mediterráneos, de ciertos nombres propios frecuentemente correspondientes a lugares prehistóricos o de la palabra «mar» *(thálassa)*; ello nos confirma que los griegos se mezclaron con poblaciones ya evolucionadas de las que tomaron muchos préstamos.

El griego mismo es una lengua indoeuropea; las palabras conservadas, con igual raíz, en varios grupos lingüísticos han permitido a los especialistas fijar cuadros comparativos de sociedades en que aparecen algunas dominantes: así, los términos de parentesco masculino, el sistema decimal y muchos términos agrícolas. Un análisis de los mitos comunes lleva a la evocación de sociedades tripartitas en las que las funciones agrícolas, guerreras y religiosas están diferenciadas, existiendo un predominio de la filiación patriarcal. Naturalmente, si bien estos términos comunes pueden permitir adelantar la hipótesis de una comunidad cultural muy laxa, propia de ciertas poblaciones en fecha remota, casi nadie piensa ya en un único pueblo (el de los tan famosos «arios») poseedor de una identidad étnica. De hecho, sí se aprecia bien que cada lengua indoeuropea se forjó definitivamente en su propia zona y continuó evolucionando «in situ» (salvo el hitita). El gran problema sigue siendo el de fijar cronológicamente el momento en que estos indoeuropeos se mezclaron con las poblaciones más antiguas.

Lenguas indoeuropeas. Lenguas flexivas (de indo-iranios, hititas, armenios, griegos, itálicos, celtas, balto-eslavos y germanos).

Las excavaciones han mostrado que algunos yacimientos de la Argólide fueron destruidos por completo hacia 2200-2100; por otra parte, enseguida aparece en muchas comarcas una cerámica característica, de textura jabonosa, a la que los arqueólogos han llamado «minia». También, en bastantes lugares, aparece una nueva práctica funeraria: algunas tumbas, denominadas «de cista», permiten la inhumación en el interior de las casas y no ya en necrópolis exteriores. La interpretación tradicional atribuía todo esto a los invasores griegos, de modo que, jalonando los lugares con esas características, se recompone la ruta que habrían seguido los griegos desde el sur de Rusia hasta el Peloponeso.

La aportación de la arqueología

Los cambios de fines del III milenio

Los historiadores han reconstruido, así, la historia primitiva de Grecia en forma de migraciones, si no de invasiones. A la llegada de los neolíticos habrían seguido, hacia el año 3000, migraciones anatólicas, responsables de la introducción del metal y de la primera colonización de las Cícladas. Los griegos, a su vez, habrían llegado hacia 1950, desde la Rusia del sur, tras la fragmentación de la comunidad indoeuropea originaria, cruzando una de sus ramas por Anatolia (lo que justificaría su presencia en Troya), quedando otra estacionada en el norte y bajando la más importante hasta el Peloponeso, pero sin entrar en Creta (lo que permitió a ésta adquirir considerable ventaja). La brillante civilización micénica que se desarrolló a continuación habría sido destruida por una última invasión, la de los dorios, rama indoeuropea que había permanecido en el norte: habría ido expulsando, por delante, a los micénicos, que se refugiarían en las islas y en Jonia. Atenas, que no fue destruida por las invasiones, habría conservado su carácter jonio por herencia de los primeros griegos.

La interpretación histórica tradicional

Estas teorías, tan sistemáticas, han sido muy criticadas en los últi-

Los matices actuales

mos años, aunque hay que confesar que no se han propuesto hipótesis que verdaderamente puedan sustituírlas. Tales críticas tienen el mérito de matizar muchos puntos: se han atribuido demasiadas cosas a los indoeuropeos; muchas innovaciones tuvieron que nacer «in situ» o que difundirse lentamente, sin que sea necesario adjudicarles siempre un agente difusor en forma de invasión. Las brutales destrucciones de lugares, que se comprueban ampliamente en los densos estratos quemados que cubren sus ruinas, pueden explicarse, en ocasiones, por catástrofes naturales, revueltas internas o, incluso, guerras comarcales. De todos modos, hay que explicar el parentesco del griego con las lenguas indoeuropeas e imaginar infiltraciones de poblaciones nuevas, aun dejando un papel importante a los fenómenos de aculturación. Se trata, pues, de una cuestión histórica especialmente espinosa...

El mundo griego, pues, no se define mediante parámetros geográficos concretos; porque a lo largo de los siglos los movimientos de población cambiaron su ámbito territorial con frecuencia.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

P. BIRROT, J. DRESCH, P. GABERT, *La Méditerranée et le Moyen Orient,* t. 1: *Généralités,* 1964; t. 2: *La Méditerranée Orientale,* 1956 (*Les Balkans,* págs. 3-123). «Encyclopédie de la Pléiade», *Géographie régionale,* I, París, 1975, artículo «La Grèce». Más orientado hacia la economía contemporánea es A. BLANC, M. DRAIN, B. KAYSER, *L'Europe Méditerranéenne,* 1967 (Grèce, págs. 238-268). Los juicios más pertinentes sobre las determinaciones del mundo mediterráneo han sido formulados por F. BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II,* FCE., México, (Varias ediciones). Hay puestas al día en los primeros capítulos de E. Y. KOLODNY, *La population des îles de la Grèce,* Aix-en-Provence, 1973, 2 tomos y un atlas. M. SIVIGNON, *La Grèce sans monuments,* París, 1978. Aún es útil P. JARDÉ, *Les céréales dans l'Antiquité Grecque,* París, 1925.

Una presentación de las teorías tradicionales sobre la historia del poblamiento de Grecia hace P. LEVEQUE, *La aventura griega,* Labor, Barcelona, 1968. Para matizarlo, M. I. FINLEY, *La Grecia primitiva. Edad del Bronce y Era arcaica,* Crítica, Barcelona, 1983. Sobre el sustrato, las actualizaciones del tomo II de la *Cambridge Ancient History* (cit.), cap. 39, y, sobre todo, *Bronze Age Migrations in the Aegean,* Londres, 1973, que reúne las comunicaciones del congreso celebrado sobre ese tema en Sheffield, en marzo de 1970; C. RENFREW, *The Emergence of civilization*, Londres, 1972, para las nuevas hipótesis. JOSÉ BERMEJO, *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica,* Akal, Madrid, 1980.

CAPÍTULO II

El mundo egeo en la época de los Palacios Cretenses (2100-1400)

Los descubrimientos de la Edad del Bronce en el Egeo datan de fines del siglo XIX. El alemán H. Schliemann, que excavó Micenas y Troya, creyó haber hallado los tesoros de los héroes legendarios de Homero. Se abría, así, una nueva página de la historia griega, hasta entonces ignorada. La historia, en este punto, es tributaria de la arqueología, que propone una cronología basada en las series cerámicas; cuando un objeto bien datado (por ejemplo, por un cartucho egipcio) aparece en un estrato, sirve para fijarlo cronológicamente y, a partir de él, las series sucesivas. Pero los mismos estilos puede perdurar más o menos tiempo, según zonas (al igual que la moda de algunas provincias, hace un siglo, iba con retraso respecto de la parisina o, simplemente, la ignoraba). Es, más que una historia, una protohistoria, pero cuya documentación arqueológica aturde.

H. SCHLIEMANN. Hijo de un clérigo, nació en Meklemburgo, en 1822. Tras una laboriosa juventud, aprendió lenguas antiguas. A los 40 años dejó los negocios y dedicó su fortuna a la búsqueda de los lugares cantados por Homero. Se dedicó a Troya en 1870 y pasó a Micenas en 1874; luego, a Tirinto y, otra vez, a Troya, a pesar de sus dificultades con el gobierno turco. Murió en 1890, cubierto de honores, tras haber sido vilipendiado por una parte del mundo arqueológico.

I. CRETA

Ver mapa 2

El descubrimiento de la civilización minoica es más reciente. En 1894, un inglés, sir Arthur Evans, inició en Creta investigaciones sobre unas piedras grabadas con signos misteriosos. Eran los tiempos de la difícil independencia de la isla, que se sacudía el yugo turco. Las colecciones reunidas por el griego Kalokairinos fueron quemadas. Un gobierno europeo de transición facilitó la puesta en marcha de excavaciones, italianas en Festos y Haghia Triada e inglesas en Cnosos y Palaicastro e, incluso, de una misión estadounidense en Gurnia. En menos de diez años, tres palacios y dos ciudades surgieron de la tierra. Su arquitectura y su ornamentación rompían con todo lo conocido. Los frescos, por su lozanía, evocaban el impresionismo pujante del 1900 (de lo que

se resienten muchos estudios de entonces). La riqueza de los objetos de piedra y metal era tanto más impresionante cuanto que aparecían en lugares alejados. Durante casi medio siglo, ello supuso la preeminencia de Creta... y de sir Arthur Evans, que le consagró su vida. Impuso la restauración de Cnosos, una cronología dispuesta en ritmos ternarios e, incluso, un vocabulario. Impuso, asimismo, la idea de un imperialismo cretense, reflejada en la leyenda del Minotauro. Pero, desde los años treinta, se intentó precisar la originalidad del mundo continental. Tras la II Guerra Mundial se multiplicaron las excavaciones griegas y se invirtió la tendencia, pasando a acentuarse la idea de la preeminencia del continente. El desciframiento del lineal B en 1953 y la crítica (en 1960) de la cronología e, incluso, de la estratigrafía establecidas por Evans confirmaron la tendencia. Faltos de conocimiento sobre el origen de los cretenses, ahora han sido excluidos tanto del mundo oriental cuanto del griego y el lugar que se les reserva en los manuales tradicionales se ha hecho escasísimo. Entre otras causas, porque hay temor a formular hipótesis erróneas que pudieran ser demolidas cuando se consiga descifrar las escrituras aún indescifrables.

«El dios les encomendó entonces que aplacasen a Minos y que se reconciliasen con él para hallar fin a sus desdichas. Despacharon un heraldo para solicitar la paz y firmaron luego un tratado según cuyas cláusulas Atenas tenía que enviarle cada nueve años un tributo de siete muchachos y otras tantas muchachas. Ésos son los hechos sobre los que está de acuerdo la mayoría de los historiadores. En cuanto al destino de los jóvenes deportados a Creta, el relato más trágico dice que eran muertos en el Laberinto por el Minotauro o bien que morían en él tras haber errado vanamente en busca de una salida.»
(PLUTARCO, *Vida de Teseo).*

LAS ESCRITURAS MINOICAS

Los cretenses, en efecto, inventaron tres sistemas de escritura. El primero emplea una especie de ideogramas que Evans denominó jeroglíficos. A comienzos del II milenio apareció un sistema silábico llamado lineal A. De él se deriva (solamente en Cnosos) el lineal B, cuya lengua es el griego. Pero los dos primeros sistemas, empleados sobre tablillas, sellos, *graffiti* y vasos celan aún su misterio. Para conocer la civilización minoica nuestra única documentación es la arqueológica; cada año aporta una nueva cosecha de objetos que aumentan las admirables colecciones del Museo de Herakleion, mientras que nuevos monumentos van precisando el concepto que nos hacemos de los minoicos.

UNA CIVILIZACIÓN PALACIAL

El mundo minoico se caracteriza, ante todo, por sus palacios. Hay ya cuatro descubiertos: a los de Cnosos y Festos se han añadido los de Malia *(Mallía),* excavados desde 1921 por la Escuela francesa, y de Zacro, en que trabaja desde 1961 el éforo griego Nicolás Platón. A veces aparecen pequeños palacios en miniatura, como en Cnosos y Haghia Triada. A juzgar por la importancia de su archivo, quizás existiese otro en La Canea. Los más importantes fueron objeto de varias refecciones, no siempre coincidentes en el tiempo. Se habla, así, de un período prepalacial (2000-1700), correspondiente a los primeros palacios, brutalmente destruidos, y de uno neopalacial (1700-1400), durante el cual se construyen los segundos y más ricos palacios. Pero cada yacimiento posee su cronología relativa y corresponde a un territorio bastante extenso, por lo que se ha renunciado ya a las hipótesis de Evans, que atribuían a Cnosos un predominio absoluto en la época de los segundos palacios.

Ver cuadro cronológico, p. 18

Una arquitectura original

Hay, empero, que subrayar el parentesco que muestran estas construcciones, organizadas todas en derredor de un patio central rectangular (de 50 × 22 mts. de media) y con explanadas enlosadas a lo largo de sus fachadas occidentales; destinadas a acoger a la multitud con oca-

sión de las fiestas, se completan, en Cnosos y Festos, con un pequeño teatro con gradas y en Malia con el empleo de una muy próxima y amplia plaza pública. Los palacios no se encierran en un recinto preestablecido como en Oriente, sino que se construyeron en función del patio central, al que se abrían, en alternancia asimétrica, pórticos columnados o escaleras monumentales; pero las habitaciones adyacentes eran pequeñas, incluso los salones nobles. Todas las paredes interiores estaban recubiertas con un revoque de cal, decorado, en algunos casos, con frescos al temple. Éstos, en los que se utilizan colores vegetales, asombran, tanto por la libertad de su expresión como por sus temas; la naturaleza, los animales exóticos o la decoración marina se emplean con la misma abundancia que los personajes (procesiones o escenas de tauromaquia). Se ven algunos puntos en común con la técnica egipcia, pero el espíritu y la realización son muy distintos. No poseemos sino fragmentos de estos frescos que decoraban gran parte del palacio de Cnosos, animando sus conjuntos. La arquitectura y la decoración están íntimamente unidas, a menudo creando ilusionismos. El uso de los objetos se ha deducido de los hallazgos en las salas. Así, en los almacenes se alinean interminables hileras de *pithoi,* con atarjeas cavadas en el suelo para recoger el líquido perdido; se dio el nombre de sala del trono a una de las principales salas de aparato de Cnosos, en donde había quedado una especie de cátedra en piedra; el término «mégaron cretense» fue aplicado a unas originales salas que aparecen en los cuatro palacios: muchos muros de cierre se sustituyeron por muros abiertos. Estancias elevadas sobre solemnes pasillos habían de servir para las procesiones. Se han hallado estatuillas religiosas (de la diosa de las serpientes), caídas de un piso que debía de albergar capillas. Finalmente, cierto número de pequeñas habitaciones atestadas de utensilios, que servían como talleres.

Tales hallazgos plantean al historiador cuestiones que en absoluto tienen aún respuesta definitiva. ¿Quién gobernaba estos palacios? Evans dijo que un rey-sacerdote, el joven príncipe representado con su cortejo en algunos de los frescos: por eso se identificaron, en la mayoría de los palacios, las habitaciones como de la reina, sala de audiencias, estancias domésticas, etc., haciéndose comparaciones naturales con los palacios orientales de Mari, en Mesopotamia o Beyce Sultán, en Anatolia. Pero otros estudiosos no ven en ello sino un centro administrativo y judicial. ¿Y por qué no, dicen algunos, un templo-monasterio?

¿Era el palacio el centro de la vida religiosa? Desde luego, los patios son lugares particularmente adecuados a las tauromaquias, ilustradas a menudos en frescos y sellos. Es fácil imaginar a los cretenses amontonados en las escaleras o a la sombra de los porches para admirarlas. Los pares de cuernos tan a menudo reproducidos han dado que pensar en la existencia de un dios-toro cuyo último avatar sería la leyenda del Minotauro. Pero una de las características de la religión cretense es la de que, con mucho, las efigies de divinidades femeninas son las más importantes. ¿Hay una sola diosa madre fecunda, con todas sus advoca-

Plano de Cnosos: lám. 30

Ornamentación al fresco

Pithos. Altura máxima en Malia: 1,74 ms.; capacidad evaluada: 10 Hl.

Mégaron: véase p. 36

«La administración palacial no lo era todo. No concernía, sin duda, sino a una parte de la actividad general, a lo que afectaba a los bienes de la divinidad, a las tierras del rey o a las gentes que dependían de una u otro. Otras voluntades libres y otros intereses actuaban al margen, aunque no podemos aún evaluar su importancia ni su expresión exactas.»
(H. VAN EFFENTERRE, «Politique et religion dans la Crète minoenne», R. H, enero-marzo de 1963).

Del mismo, *Le Palais de Mallia et la cité minoenne,* Roma, 1980).

LA RELIGIÓN DE LOS MINOICOS

Sello minoico. Según A. Evans, *Palace of Minos*. IV, fig. 597

ciones (señora de los animales, diosa de las serpientes, de las palomas o asociada a un adolescente) o divinidades autónomas? Nada sabemos sobre ello. En todo caso, hay numerosos lugares de culto. Fuera del palacio aparecen en las cimas de las montañas o las colinas y en las casas. Hay que señalar el carácter muy especial de las grutas, en las que se han encontrado muchas ofrendas, y de las criptas con pilares marcados con el signo del hacha doble. No son menos abundantes los monumentos funerarios: tumbas circulares, las *tholoi,* sobre cuya fecha surgen a veces interrogantes, tumbas excavadas en la roca y, en fin, más tardíamente, sarcófagos. En uno del siglo XIII, el de Haghia Triada, se encuentra la única escena explícita de culto, mostrando, a la vez, una libación y el sacrificio cruento de un animal, ejecutado por sacerdotes revestidos. Junto a estas manifestaciones de culto, los frescos evocan grandes reuniones en que las mujeres, pintadas en color claro, ocupaban un importante lugar. La población parece que se reunía a menudo, sin duda en torno al palacio.

LA POBLACIÓN

Pero ¿dónde vivía y cómo estaba formada? La arqueología sigue siendo nuestra única guía. Han sido alumbradas pequeñas ciudades, como Gurnia, en Creta oriental, cuyas calles serpentean entre casas de una o dos habitaciones, pobladas, en parte, por artesanos. Las construcciones modernas no han permitido descubrir propiamente la ciudad de Cnosos (Evans le atribuía, generosamente, ochenta mil habitantes), pero el yacimiento de Malia, aunque más modesto, ha revelado algunos barrios, ordenados en torno a calles cuidadosamente enlosadas; podían vivir allí entre cinco y diez mil habitantes. Se ha excavado una vasta plaza pública a la que convergen las calles; cerca de ella, una cripta y una casa principesca, repleta de objetos preciosos. Todo ello data de la época de los primeros palacios, lo que prueba que, desde ese entonces, la ciudad fue concebida según un plan urbanístico cuidadosamente estudiado. ¿De dónde procedía? ¿Nació allí mismo? ¿Tuvo influencia anatólica? En todo caso, los segundos palacios se derivan de estas primeras tentativas de urbanismo, ya muy elaboradas. A medida que se multiplican las excavaciones se aprecia mejor que los palacios no concentran la actividad en exclusiva. Así, se han descubierto numerosas quintas (en Gortina, Tylisos o Vatypetro) y, hace poco, pequeños centros artesanos perdidos en la campiña meridional, talleres de alfarería e, incluso, de tejidos. Se evidencia, así, que Creta, en ese tiempo, contaba con una población bastante importante, por lo menos en su parte oriental. Pero no hay que sobreevaluarla: una comparación con la época renacentista (en torno a doscientos mil habitantes) está, seguramente, más cerca de la realidad que las estimaciones de Evans.

Las ciudades

Ver mapa 2

El campo

Esta población se reparte, a un tiempo, en los centros urbanos y en el campo. Se ha intentado delimitar las comarcas y sus recursos, mediante comparación con los datos contemporáneos. Se llega, de este modo, para la comarca de Malia, a una producción de aceite de 2.000 Hl. y de 6.200 de cereales. Habida cuenta del número de habitantes, una parte debía de ser exportada. Los recursos agrícolas no son muy distin-

tos de los de Grecia. En los jarros se han encontrado semillas de algarrobo, de guisante y de lenteja; las reservas, sin duda, servían para alimento de los rebaños, seguramente notables, a juzgar por el testimonio de las tablillas en lineal B y por las muchas ofrendas de animales pequeños. Rebaños de bóvidos pero, también, ampliamente, de óvidos cuya lana acaso se exportase. El caballo no aparece hasta el siglo XVI. Los cretenses completaban sus recursos con la pesca (se han encontrado muchas pesas para lastrar redes). Quizá practicasen la «thonara», la pesca colectiva del atún que aún se lleva a cabo en algunas partes del Mediterráneo. Muchos motivos marinos (pulpos, argonautas o delfines) decoraban sus vasijas.

Una artesanía desarrollada

Éstas se hacían a torno, desde los primeros palacios, y podían alcanzar alturas impresionantes (2,10 ms.) Tienen formas muy variadas. Servían de armarios, de almacén, de recipientes para el transporte; pero también se empleaba la piedra y Creta ha dado las más hermosas vasijas pétreas del mundo egeo; las formas, imitaciones egipcias a veces, se realzaban mediante ornamentaciones particularmente adecuadas. Éstas son las que suministran los más bellos relieves producidos allí (el vaso del jefe, el de los segadores), pues los minoicos no apreciaron mucho la escultura y no se les conocen sino pequeñas tallas en marfil, bronce o arcilla. Sobresalen, principalmente, en los trabajos minuciosos y, en particular, en la glíptica (sellos de piedra o arcilla), que ha dado verdaderas obras maestras, así como en la orfebrería.

¿Qué tipo de sociedad?

Tan variadas actividades nos plantean, evidentemente, problemas: ¿era libre la población agrícola? ¿O dependía del palacio, en el que vemos se amontonan las reservas importantes? ¿Cómo trabajaban estos artesanos, cuyos talleres se encuentran tanto en el palacio como en las ciudades o, incluso, en el campo? ¿Quién les procuraba las materias primas de las que nunca tuvo la isla dotación bastante? Desde luego que es fuerte la tentación de proponer un modelo próximo al de los palacios orientales, aunque asombra un poco no encontrar la efigie regia, tan omnipresente allí. Por otro lado, construcciones y tumbas inducen a pensar en la existencia de una aristocracia que no parece guerrera. Los textos micénicos más tardíos de Cnosos dan cuenta de las contribuciones ganaderas más importantes, con numerosos pastores de los que se registra el nombre. Sorprenden la importancia, calidad técnica y variedad de estas contribuciones. Sea cual fuere el sistema social —que no puede precisarse sobre los datos únicamente arqueológicos— no ahogó la creatividad de los cretenses.

LA TALASOCRACIA MINOICA

Ver mapa 1

Los objetos elaborados son muy notables técnicamente y aparecen en zonas muy alejadas, como Egipto, Siria (Ugarit-Ras Shamra) o las islas Cícladas y Lípari, lo que obliga a plantear el problema de la talasocracia minoica. Los primeros textos que la mencionan datan del siglo V a. de C., pero los arqueólogos no habían dejado de subrayar algunas cosas: primero, el carácter abierto de los palacios, que no están fortificados; los objetos tampoco evocan una civilización guerrera, como lo será la micénica. Las representaciones de barcos dan fe de la aptitud

Talasocracia. De las voces griegas *thálassa*, mar y *kratos*, poder.

marinera de los cretenses (tradición que conservarán en la Antigüedad, como piratas). Además, ciertas materias primas procedían del exterior. De ahí a evocar concretamente esa talasocracia, haciendo de los cretenses unos colonizadores imperiales reflejados en la leyenda del Minotauro, no había más que un paso y Evans lo dio alegremente. Ya se ha señalado la violencia de la reacción suscitada: parece que algunos tienden hoy a circunscribir a los cretenses a su isla y a no dejarlos salir. La interpretación de la leyenda de Teseo sigue siendo problemática. Y aun siendo cierto que Tucídides dio de esta actividad marítima una descripción demasiado parecida a la ateniense del siglo V, no lo es menos que el recuerdo de los cretenses surcando el mar en tiempos antiquísimos se hallaba lo suficientemente arraigado en la tradición griega como para que haya que tenerlo en cuenta.

«Minos es, de los personajes conocidos por la tradición, el más antiguo en poseer una flota y en conquistar el dominio del mar que hoy es griego; implantó su dominio en las Cícladas e instaló colonias en casi todas ellas; expulsó de allí a los carios y designó como jefes a sus propios hijos. Como efecto lógico hubo de dedicarse a limpiar el mar de piratas para garantizar mejor los ingresos fiscales cobrados lejos de Creta». (TUCÍDIDES, 1, 4)

No puede negarse que se trata de una civilización abierta a lo exterior. Los intercambios, en el Bronce medio, son poco importantes cuantitativamente, pero, no obstante, aparece su cerámica en Chipre, en Siria y en Egipto. Los cretenses se mostraron activos en los siglos XVI y XV, sobre todo. Es probable que hubiese relaciones con el oeste (islas Lípari, Sicilia) y hubo embajadas directas a Egipto. Los oferentes que desfilan en los frescos de las tumbas tebanas en tiempos de Tutmés III son denominados «keftiu» y en ellos ve cretenses la mayoría de los arqueólogos. Pero, más que nada, importa que se hayan detectado grupos permanentes en algunos lugares (Rodas, Encomi, Ugarit). Dos ciudades, Phylakopi (en Melos) y Tera (Thera, bajo las cenizas del volcán Santorín) atestiguan, como se verá, influencias (si no establecimientos) cretenses y, en el continente mismo, algunos objetos hallados en las tumbas bien pudieren ser hechos por artistas minoicos. Hay, pues, una circulación de bienes y personas que actúa fluidamente. Si ello no presupone necesariamente colonias, sí hace falta una policía de mar en condiciones de brindar protección a sus usuarios; en tal asunto es probable que los palacios ejerciesen tal tutela y, en particular, el de Cnosos. Tal flota, empero, no es la única que surca el Mediterráneo: además de los poderosos egipcios, con quienes hay avenencia, pronto habrá que contar con la competencia del continente.

II. EL CONTINENTE Y LAS ISLAS

LAS CÍCLADAS

Pero el mundo que los cretenses recorrían no estaba tan atrasado como Evans gustaba imaginar. Recientes excavaciones han revalorizado las Cícladas, cuyas tumbas suministran esos ídolos de mármol de tan particulares formas geométricas. El descubrimiento más espectacular fue el de S. Marinatos, que halló, en 1967, en la isla de Tera (Santorín) toda una ciudad, contemporánea de los palacios cretenses y enterrada bajo las cenizas de una erupción volcánica. La ciudad ha suministrado gran cantidad de objetos (utensilios, joyas, vasijas), así como frescos de asombrosa lozanía cuyo muy peculiar estilo recuerda al cretense. Evo-

can una pacífica aldea de armadores enriquecidos con el comercio. ¿Colonos cretenses? ¿Habitantes independientes y en relaciones con Creta? Las opiniones están divididas. En Citera, Rodas y Phylakopi (Melos) las excavaciones más antiguas dieron una cerámica minoica que hizo suponer la existencia de establecimientos permanentes.

CHIPRE

El caso de Chipre es distinto; tras un lento crecimiento de los establecimientos agrícolas, la isla alcanza su apogeo entre 1800 y 1300. Se multiplican los puertos y los asentamientos urbanos; el principal, Encomi, nos muestra el ejemplo de una ciudad fortificada que se transforma por completo en el siglo XIV. Kitión posee notables tumbas y fundiciones de cobre. El campo se puebla y la isla ofrece un material importante en útiles agrícolas. El arte revela influencias occidentales, así como sirias y egipcias y en las tumbas aparecen objetos de todos los países; pero la cerámica micénica es tan abundante que se ha llegado a hablar de colonos o artesanos llegados del continente, ya que es poco verosímil que haya sido importada. Su estilo es fácilmente identificable por su gusto hacia las grandes cráteras y por la representación de escenas con carros. Chipre debía de vivir de sus exportaciones de metal, sobre todo, cobre, y se halló un pecio cargado de lingotes. No sabemos si el comercio correspondía a mercaderes independientes llegados de todo el Egeo y de Siria o estaba en manos de un rey todopoderoso. Los textos egipcios e hititas nombran, en efecto, al rey de Alasya, a quien tratan con respeto; pero los establecimientos, a menudo fortificados, hacen pensar más bien en dinastías independientes, como en Grecia.

AUGE DEL PELOPONESO

A comienzos del II milenio, en el continente hay tupidos pueblos que muestran cierto adensamiento de una población de mediocre civilización (Orcómeno, Brauron, Kirrha, Asiné, Malthi). Resultan asombrosas la fuerza y la opulencia de las tumbas de fosa descubiertas por Schliemann en Micenas, en 1876, y completadas por un segundo círculo alumbrado en 1951 por los arqueólogos griegos. Se trataba de lugares cuidadosamente delimitados mediante lajas de piedra y desprovistos de edificaciones; en las seis tumbas de Schliemann había diecinueve muertos enterrados, hombres, mujeres y niños, con los objetos más preciosos: máscaras de oro, vasijas de oro y plata, espadas de gala, pendientes, diademas... Estas tumbas principescas no tienen equivalente en Creta, pero el estilo de algunos de sus objetos evoca el de la isla, como, por ejemplo, la ornamentación de los puñales, de maravillosa técnica de incrustaciones. Tras el primer descubrimiento se pensó en que tales objetos fueran cretenses y algunos arqueólogos lo siguen manteniendo. Pero excavaciones ulteriores han evidenciado la importancia del siglo XVI en todo el Peloponeso. Se multiplican las tumbas de [falsa] cúpula, atestiguando la existencia de una clase de guerreros lo bastante ricos y poderosos como para encargar directamente a los artistas —algunos seguramente cretenses— objetos realmente a medida de sus deseos. (Un milenio después se produce un caso equivalente: el de los guerreros escitas). No sabemos con qué poder político se corresponden estas dinastías que tan suntuosamente se hacen enterrar, ni de dónde

Ver mapas 4 y 31

procede tan repentina afluencia de oro. Acaso fueran favorecidos por su conocimiento del caballo y del carro, que introdujeron en Creta. Su cerámica empieza a aparecer junto a la minoica, como sucede en Rodas. Pero, con toda evidencia, no se trata de Estados unificados, no obstante la relativa homogeneidad de su civilización. Y, cosa extraña, la hallamos al otro lado del mar Egeo, en el lugar de Troya.

TROYA

Troya fue excavada por Schliemann entre 1870 y 1890; luego, por su colaborador W. Dörpfeld, en 1893-1894 y, finalmente, por el equipo estadounidense de C. Blegen entre 1932 y 1938. El yacimiento ha revelado siete ciudades superpuestas entre los siglos XXVII y XII a. de C. y el entusiasmo de Schliemann, cuando adornó a su esposa con las joyas que atribuía a Andrómaca, dio paso a las discusiones cronológicas. La más suntuosa de las ciudades es Troya II, cuyos tesoros, más antiguos que los de Micenas, testimonian su riqueza. ¿Quién vivía en esta ciudadela aislada? Su cultura está más próxima de la egea que de la vecina anatólica. Se ve el desarrollo del principio del mégaron, que tanta fortuna alcanzará en Grecia. A partir de Troya VI (1800-1300), los puntos en común con el continente se hacen abundantes. Una imponente fortificación abastionada circunda los cuidados barrios; pero no hay ruptura con las civilizaciones anteriores, no obstante las aportaciones de poblaciones nuevas, y se detectan, también, parentescos con las fortificaciones hititas. La ciudad mantuvo su independencia durante tan largo lapso de tiempo.

Mégaron: Palabra griega que significa, en Homero, «la sala de los hombres». Empleada por los arqueólogos para designar una sala rectangular con hogar central, enmarcado entre cuatro columnas, y precedida por un pórtico con dos columnas y por una antecámara. Véase el plano de Micenas en el mapa 31.

Así, el mundo egeo, durante la primera mitad del II milenio, muestra una intensa actividad y conoce cierta diversidad en sus expresiones culturales. La originalidad de Creta y su adelanto sobre las otras zonas son evidentes; pero las excavaciones han mostrado que la isla no era el único foco: Troya, Chipre y Santorín son centros ricos y activos y también el continente, desde el siglo XVI. Es indudable que tal auge está vinculado a un aumento de las tierras cultivadas, a un uso más sistemático de la poda de vides y olivos y a un aumento demográfico. Lo que captamos claramente es el dominio de las técnicas, en la construcción, en el uso de metales preciosos y en la técnica naval. Nada de todo ello es completamente original si se lo compara con las creaciones de los imperios contemporáneos egipcio e hitita, aunque la expresión artística sea completamente distinta. Existe, pues, la tentación de aplicar una idéntica visión de la sociedad, con una población dominada por una monarquía teocrática a la que suministra mano de obra. No obstante, no sólo no distinguimos claramente los símbolos de una tal monarquía omnipotente, sino que la multiplicidad de pequeños centros no permite el traslado pleno de ese modelo. El historiador debe resignarse; en la actualidad, a pesar de la siempre disponible imaginación de los arqueólogos, se encuentra ante un extraordinario libro ilustrado cuyas claves no posee. Un pequeño lienzo de este velo se abrirá para el período siguiente.

«En las monarquías palaciales la religión forma parte de un todo coherente que conforma el Estado. El rey organiza, y lo hace hasta en los menores detalles, al igual que vela por la puesta en cultivo de las tierras o por la fabricación de objetos de bronce (...), porque estos cultos integradores se centran en su persona, encarnación, a un tiempo real e imaginaria, de la unidad de la comunidad y, como tal, mediador natural entre hombres y dioses y organizador de toda actividad humana.» (P. LEVÊQUE, Les syncrétismes dans les religions de l'Antiquité, Coloquio, 1973, Leiden, 1975).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

La bibliografía general de las excavaciones, una amplia ilustración y una descripción prudente que sigue siendo útil, en P. DEMARGNE, *Naissance de l'art grec* (cit. Cf. págs. 1-117 y 273-278); en apéndice, recensión de las nuevas excavaciones entre 1962 y 1974. Los planos siguen siendo los de la primera edición. F. MATZ, *La Crète et la Grèce primitive,* París, 1962, sigue siendo valioso por la pertinencia de los problemas que plantea y por sus ilustraciones. Fotografías comentadas con rigor en C. ZERVOS, *L'art de la Crète néolithique et minoenne,* París, 1956; *L'art des Cyclades du début à la fin de l'âge du bronze,* París, 1957 o N. PLATON y S. ALEXIOU, *La Crète antique,* París, Hachette, 1967. V. KARAGEORGHIS, *Chypre,* Ginebra, 1968; del mismo y H. G. BUCHHOLZ, *Prehistoric Greece and Cyprus,* Londres, 1973.

Un estudio de arquitectura comparada es J. GRAHAM, *The Palaces of Crete,* Princeton, 1976, 3.ª ed.

Para la vida diaria hay poca bibliografía en francés. Disponemos de J. DESHAYES, *Les civilisations de l'Orient ancien,* Arthaud, París, 1969, que integra Creta con los pueblos de Oriente, y de P. FAURE, *La Vie quotidienne au temps du roi Minos,* Hachette, 1973, que, mezclando las fuentes etnográficas, arqueológicas y mitológicas, presenta un cuadro lleno de pasión, pero discutible, sobre la originalidad cretense.

No hay grandes colecciones históricas actualizadas en francés. Breves, pero útiles, indicaciones en M. FINLEY, *La Grecia primitiva...* Hay que remitirse a la *Cambridge Ancient History,* t. 2, parte 1, 3.ª ed., Cambridge, 1973, *History of the Middle East and the Aegean region, c. 1800-1380 b. C.,* págs. 117-175 y 557-571 R. W. HUTCHINSON, *La Creta prehistórica,* FCE. México, 1978; J. D. S. PENDLEBURY, *Introducción a la arqueología de Creta,* FCE., México, 1965.

CAPÍTULO III

Apogeo y caída del mundo micénico (1400-1200)

Entre los siglos XV y XII el mundo egeo se homogeneiza; aparece una cerámica casi idéntica en todos los yacimientos, se alzan ciudadelas y el lineal B, la escritura ideada en Creta, sirve a los escribas para la transcripción del griego. Se designa con el nombre de mundo micénico al conjunto de regiones que conocieron este tipo de civilización. En realidad, no hay ninguna preeminencia de Micenas, pero la importancia y antigüedad de sus excavaciones y la riqueza de las leyendas griegas que se relacionan con ella han favorecido esta denominación convencional.

I. EL MUNDO MICÉNICO

PALACIOS-FORTALEZA

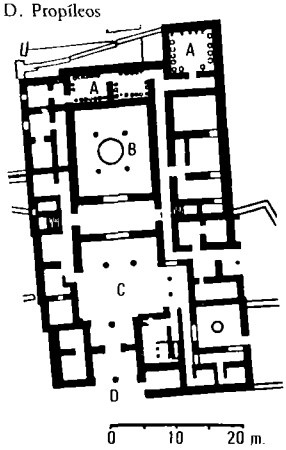
Ver mapa 4

Las multiplicadas excavaciones aportan cada año la confirmación de la densidad de la ocupación micénica. Más de cuatrocientos yacimientos han sido localizados en el continente. Pueblos y aldeas antecedieron a los palacios, aparecidos tras el 1400 y, en muchos casos, sólo tras el 1300. Muy distintos de los cretenses, se encierran tras sólidos recintos en los que torres y bastiones permiten atacar por su flanco al asaltante. Situados en acrópolis, pueden servir de refugio a las poblaciones y a menudo toda una ciudad se organizaba dentro de sus murallas. El palacio la dominaba, aunque sin ocupar demasiada superficie. Así, en Micenas, impresiona, primeramente, el amurallamiento. Construido con enormes piedras, frecuentemente escuadradas, sus restos ya impresionaron a los griegos hasta el punto de que las creyeron hechas por unos gigantes, los cíclopes. Los muros ciclópeos se adaptan a los contrafuertes de la acrópolis, que domina la torrentera del *Khaos;* se abren por una puerta monumental, coronada por el bajorrelieve de los Leones, que le ha dado nombre. Una única poterna conduce hasta un manan-

Ver plano 31

tial fortificado. En el interior, una rampa lleva al palacio, bordeando el antiguo círculo de tumbas, exento de construcciones. El centro del palacio está ocupado por el mégaron, cuya planta ya vimos en Troya, y que acaso sea el ancestro del templo griego. La habitación está precedida por un patio al que se accede mediante una escalera monumental y una puerta enmarcada por pórticos, los propíleos. El conjunto está fortificado con una segunda muralla y el perfil del palacio no siempre se distingue del de las casas que tenía adosadas. Recientemente se ha descubierto un santuario en un barrio de casas, al oeste. Esta planta palacial aparece en otros yacimientos, con algunos matices distintos. A diez kilómetros de allí, en Tirinto, se construyó un pasillo abovedado (las «casamatas») en la muralla, que alcanza en ese punto 17 ms. de ancho. Unos túneles dan acceso a las capas acuíferas. En Gla (Beocia), la muralla, de tres kilómetros de larga, abriga toda la isla del lago Copais, mientras que Tebas, reconstruida en demasía, no ha dado sino objetos preciosos en el emplazamiento del más antiguo de los palacios. Atenas guarda aún fragmentos de su muralla, pero no su palacio. En Pilos (Pylos, Mesenia) está el palacio mejor conservado, excavado desde 1939. El mégaron se abre a un patio rodeado de estancias; detrás, vastos almacenes, cerca de unos anexos que contenían jarras para vinos, talleres (cueros y bronce) y el arsenal de los carros de guerra.

A. Almacenes
B. Sala del mégaron
C. Patio
D. Propíleos



El corazón del palacio de Pilos

Algunos de estos palacios han conservado frescos, más hieráticos que los cretenses, en los que se inspiran: grifos en Pilos, procesión de mujeres en Tirinto, despedidas de guerreros y cazadores en Tirinto y Micenas decoraban las principales habitaciones. Algunos temas se repiten en los vasos que, inspirados inicialmente en motivos cretenses (pulpos, sepias), tienden hacia una esquematización más geométrica. El metal sigue siendo trabajado con cuidado y las armas de gala y las vasijas son uno de los logros del mundo micénico. A veces se hallan en las tumbas, algunas de las cuales se libraron del saqueo. A las sencillas tumbas de cista suceden las amplias tumbas de cámara, excavadas en la roca y cuyas *tholoi* constituyen un tipo particular, con su bóveda de piedra. Las más hermosas son las de la comarca de Micenas. La más célebre, el tesoro de Atreo, como la llamó Schliemann, es coetánea de la puerta de los Leones. Precedida por un corredor cuidadosamente construido en piedra labrada, su bóveda, excavada en la colina, está igualmente hecha en sillares, dispuestos en hiladas cada vez de menor diámetro, que debían de estar adornadas con rosetas de bronce. Notable trabajo, tanto por el encaje ajustado de las piedras cuanto por el cuidado de su talla.

Tholos es, en griego, voz que se usa en masculino y femenino. [N. del T.].

UN ARTE MONUMENTAL

Este carácter monumental es lo que distingue, en cierta medida, al arte micénico del cretense. Da fe de la misma maestría técnica, pero puesta al servicio de una concepción más rigorista que busca, sobre todo, los efectos de simetría. También llama la atención, respecto del espíritu minoico, el aspecto guerrero de esta civilización. Las dinastías que hicieron construir estas tumbas para glorificar su memoria se hacían enterrar con sus armas y carros; la obsesión defensiva se aprecia asimismo

en las excavaciones: las murallas fueron continuamente modificadas y mejoradas, desde el siglo XIII. Estos pequeños principados independientes, apoyados en una importante aristocracia, temían algún peligro. Pero ignoramos si interno o externo.

LA EXPANSIÓN MICÉNICA

Parece que los micénicos pudieron surcar los mares sin demasiadas dificultades. Su cerámica aparece por todo el perímetro mediterráneo y llegaron más lejos que los minoicos. Los hallazgos son tan importantes cerca de Tarento que han dado pie a hablar de una colonia. En Tapso (Sicilia) se ha descubierto todo un pueblo. Algunos fragmentos diseminados por Italia del sur y Sicilia prueban relaciones comerciales que remontaban hasta Isquia, a través de las Lípari, e, incluso, hasta plena Etruria. En Oriente, donde las relaciones son más evidentes es con la costa jonia (Mileto y las islas meridionales: Cos, Samos y Rodas). Algunos puntos, como Rodas, es posible que, a su vez, se constituyesen en centros activos. Chipre, en ese tiempo, era muy activa, tal y como muestran las excavaciones de Kition y Enkomi, y ya vimos cómo hacía tiempo que acogía influencias micénicas; aparece, incluso, una escritura, llamada chipro-micénica, que usa signos del lineal B, pero que no transcribe griego. Al final del período se instalan grupos de refugiados micénicos, prueba de que sus relaciones eran buenas. Lo mismo sucede con Ugarit, que servía de etapa hacia Egipto. Y sin duda fueron los comerciantes sirios quienes llevaban los objetos micénicos a Egipto, en donde la efímera capital de Akenatón, el rey heresiarca, ha dado series particularmente importantes. Los micénicos, pues, fueron activos comerciantes, que aprovecharon, sin duda, las disputas que enfrentaban a los imperios egipcio e hitita. No sabemos si todas sus empresas fueron pacíficas. En algunos yacimientos se comprueba que sustituyeron directamente a los minoicos (como en Rodas) y se ha planteado, justamente, el problema de este desvanecimiento de los cretenses.

Ver mapas 1 y 4

La destrucción de los palacios cretenses

A mediados del siglo XV, todos los palacios cretenses, salvo Cnosos, fueron brutalmente destruidos y sólo serán vueltos a ocupar muy esporádicamente. Se pensó en incursiones micénicas o en una toma del poder por parte de Cnosos. Ahora se vuelve a una hipótesis expuesta por S. Marinatos en 1934: la erupción volcánica de la isla de Tera habría ocasionado un gran maremoto, al tiempo que un turbión gigantesco habría llevado hasta muy lejos ceniza y piedras pómez esterilizadoras. Cuidadosas investigaciones en la ciudad de Acrotiri, sepultada bajo el volcán, permitieron detectar dos momentos: el abandono de la ciudad tras los primeros signos y la erupción en sí; en la isla de Ceos, la ciudad de Aghia Marina, excavada desde 1960 por J. L. Caskey, fue también destruida por un seísmo en el siglo XV. Es tentador ver en las destrucciones de Malia, Zacro y Festos las consecuencias de este maremoto, del que se habría librado Cnosos, lugar que, en efecto, y durante otro medio siglo, vive un último esplendor, con un estilo de cerámica llamada «del palacio». Pensase Evans lo que pensase, esta última dinastía es griega y contemporánea de las más antiguas tablillas de lineal B. No sabemos si procedía del continente, familiarizándose a su llega-

La erupción de Tera

Una dinastía griega en Cnosos

da con la escritura minoica y adaptándola a su lengua, si se trató del establecimiento de numerosos grupos griegos o de minoicos que, por matrimonio, adoptaron la lengua y ciertas costumbres continentales. Las hipótesis siguen abiertas. De todos modos, este último esplendor fue breve y Cnosos se hundió, a su vez (hacia 1400, según Evans; seguramente, un poco más tarde). Pero las vajillas micénicas aparecen de modo esporádico en la isla y los objetos siguen conservando rasgos originales respecto del continente. Hay un empobrecimiento de la civilización en Creta, pero no ruptura ni abandono de los llanos. Por eso ha podido pensarse tanto en una violenta reacción interna contra la dinastía de Cnosos cuanto en una incursión continental que destruyese definitivamente el palacio.

¿La guerra de Troya?

El problema tampoco es fácil en Troya. A la ciudad de Troya VI, destruida por un seísmo en el siglo XIII, sucede inmediatamente una nueva ciudad, Troya VII, que adopta algunas modas micénicas, pero cuya civilización es más pobre. Resultó destruida por una brutal invasión que dejó huellas concretas, pero fue inmediatamente reconstruida en los años 1260, según sus excavadores (fecha discutida por algunos). No se sabe si esta destrucción señala el paso de la Guerra de Troya, incursión de un grupo micénico contra una ciudad bastante mediocre con la que haría largo tiempo que mantenían relaciones comerciales.

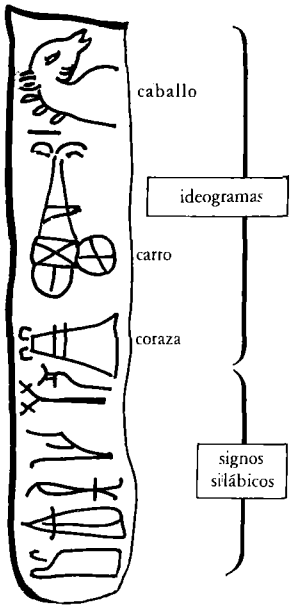
Ver cap. IV. II

¿Habría sido, pues, una simple expedición de represalia el origen del célebre ciclo legendario cantado por Homero en la *Ilíada* y la *Odisea?* Es cierto que, a partir de los datos arqueológicos y toponímicos, puede imaginarse fácilmente esa sociedad patriarcal aquea, dominada por los príncipes, cuyas hazañas guerreras formaron la trama de la epopeya. Y todos los manuales —algunos lo siguen haciendo— ilustraban la descripción de las mansiones micénicas con citas tomadas de Homero. Pero, hoy por hoy, no es posible omitir las traducciones de las tablillas en lineal B, que arrojan muy diferente luz sobre esta sociedad.

II. LA SOCIEDAD MICÉNICA A TRAVÉS DE LAS TABLILLAS EN LINEAL B

EL DESCIFRAMIENTO DE LAS TABLILLAS

Los estudiosos disponen actualmente de casi cinco mil tablillas en lineal B y todos los años aumenta el número de documentos nuevos o de fragmentos que se añaden a los antiguos. Un lote muy importante procede de Pilos (mil cien), pero también de Micenas (una cincuentena) y, ahora, de Tebas (veinte, más inscripciones en vasos); finalmente, Cnosos ha dado la mayor parte (tres mil quinientas). Se trata de tablillas de arcilla (las mayores, de 25 × 12 cms.) en las que se escribía con un estilete puntiagudo. Se tiraban tras su empleo y únicamente porque los palacios se incendiaron se cocieron las tablillas, de modo que los archivos son los del último año antes del incendio. Amontonadas en esportillas, no parece que se pensase en guardarlas por más de un año y no van nunca datadas ni firmadas: se trata de cuentas de inten-



Pequeña tablilla de Cnosos (serie de los carros de combate)

LA CLASE DE LOS ESCRIBAS

UNA SOCIEDAD JERARQUIZADA

«Esta sociedad conoce, pues, una condición de dependencia normal en relación con el palacio que, desde un punto de vista moderno o desde el de la Polis clásica, es una posición intermedia entre esclavitud y libertad.» A. MELE, Colloque sur l'esclavage, 1973.

dencia. No se han encontrado inscripciones salvo sobre arcilla. Es posible imaginar que hubo poemas, plegarias o anales en cuero, madera o piedra, pero nada nos ha llegado y acaso nunca existiese. La escritura, compuesta por ochenta y siete signos silábicos, se adaptaba, por lo demás, muy mal al griego. Este préstamo de la escritura cretense se justifica para estos documentos administrativos que, en el fondo, emplean una especie de taquigrafía. Dos ingleses, el arquitecto Michael Ventris y el lingüista John Chadwick, los descifraron en 1953. A partir de la hipótesis de que la escritura ocultaba griego y empleando los ideogramas que aparecían en determinados textos, se valieron de métodos de desciframiento del ejército, en cuyo gabinete de cifra había trabajado Ventris. Tras el asombro que suscitó su descubrimiento (muchos estudiosos no admitían que el lineal B pudiese contener griego), se multiplicaron los trabajos. Aún están lejos de terminarse y su aprovechamiento historiográfico ha de ser prudente; pero nos han aportado elementos bastantes como para dejar caducas las obras que hacen de Homero la fuente de su descripción de la sociedad micénica.

La primera información concierne a la existencia de una clase de escribas cuyas individualidades se distinguen por su modo de transcribir los documentos. Se ha llegado, así, a distinguir cuarenta en Cnosos y se estima que, en este palacio, el total podía ascender a una centena. Jerarquizados y agrupados en oficinas, estaban al cargo de estos minuciosos estadillos, fiscales, seguramente, relacionados con el estatuto de las tierras, las contribuciones pagaderas al palacio (con el nombre de quienes estaban exentos), las materias primas suministradas o requisables por éste, sobre la distribución de las tropas, etc. Una burocracia prolija que contaba hasta las ruedas de los carros fuera de uso...

Al frente de cada palacio se encuentra un rey wa-na-ka *(wanqx)*, junto al que aparece el ra-wa-ke-ta *(lawagetas)*, quizás el comandante en jefe. El rey y él son los únicos en poseer una casa dotada de personal con oficios; también poseen suelo agrícola, el *temenos*. Aparecen igualmente como personajes importantes los te-re-ta *(telestai)*. El país está dividido en provincias, de las que hay dos en Pilos, y cada aldea parece disponer de un funcionario local, el ko-re-te, mientras que los pa-si-re-u *(basileus,* es la palabra que, en griego, designará al rey) son jefecillos locales, a veces asistidos por un consejo de ancianos.

Aparece como entidad jurídica el damos *(demos)*, que bien podría ser la comunidad aldeana. Finalmente, sacerdotes y sacerdotisas dependientes de dioses, diosas o santuarios, parece que ocuparon un lugar importante.

Junto a estos dignatarios, las tablillas enumeran a multitud de personajes secundarios por sus profesiones y a esclavos (hombres, mujeres y niños) cuyo origen geográfico se indica.

Pero la forma de nuestra documentación —fiscal— no facilita la comprensión del verdadero estatuto jurídico de las personas. La noción misma de libertad no es igual que la que veremos definirse en los períodos siguientes. Cuando la palabra aparece —lo que es raro— alude, de he-

cho, a una exención, por la que alguien se libera, temporalmente, de la dependencia general respecto del palacio.

El estatuto de las tierras

Captamos, también, algo de la complejidad del estatuto del suelo mediante las noticias alusivas a las rentas debidas al palacio o a sus exenciones. Hay una *kitimena kotona* adjudicada a los *telestai,* que puede ser asignada en parcelas; y una *kekemena kotona,* que nunca se les adjudica, sino que parece comunitaria y distribuida entre diversos adjudicatarios. Según algunos, en el primer caso estaríamos ante tierras de cultivo y, en el segundo, ante tierras en barbecho tras la cosecha. Otros oponen la propiedad privada de los *telestai* y las tierras comunales del *damos.* El particular carácter de nuestras fuentes hace difícil la interpretación pero, así y todo, pueden subrayarse la redistribución temporal de la tierra y las disputas que ello podría generar: en una tablilla vemos al *damos* alzarse contra los abusos del clero. Por otra parte, es probable que las asignaciones se refiriesen a la cosecha próxima (pues a menudo se evalúan en medidas de grano), mejor que a parcelas fijas, pues el cultivo, en parte, debía de ser parcialmente itinerante, como en muchas de nuestras regiones mediterráneas.

Aparte el clero y los dignatarios, la mayoría de los habitantes debía de cultivar la tierra o guardar los rebaños. Pero, además, el palacio les exigía servicios más concretos. Así, el cultivo itinerante del lino o el trabajo del bronce que el palacio suministraba: en Pilos se han censado cuatrocientos broncistas. Los oficios se precisan siempre con cuidado. Hilar y tejer eran labores femeninas y se distingue a los bataneros y curtidores. Algunos parecen disfrutar de mayor estima que otros: un alfarero figura en el entorno regio; abundan los orfebres, así como los albañiles y carpinteros. Estos artesanos abonan contribuciones importantes y puede hablarse de verdaderas industrias. Las exportaciones de Cnosos debían de estar parcialmente basadas en la lana (gracias a una cabaña que, según los datos de las tablillas, puede evaluarse, para la isla, en varios cientos de miles de cabezas); las de Pilos, en el lino y los objetos de bronce y las de Micenas, en el comercio de lujo con los fabricantes de *kyanos* (pasta azul destinada a la incrustación). Además, en todos los reinos, el aceite de oliva, a menudo empleado como ofrenda, suponía una producción importante.

OFICIOS ESPECIALIZADOS

Una economía estatificada

Así se hace un poco de luz sobre el origen de la riqueza de estos palacios y sobre el nexo entre la importancia de la producción y la sociedad palacial. El sistema se organiza en función del excedente exportable; el palacio provee la materia prima y recoge la producción en forma de contribución obligatoria. En cuanto al empleo de la riqueza así reunida, ya hemos visto que muchas tumbas guardaban verdaderos tesoros. No sabemos si se trata de tumbas únicamente dinásticas o si los dignatarios se beneficiaban también de este aflujo. De hecho, en el período que estudiamos, una parte de estos recursos se empleaba probablemente en defensa: sobre todo, en refección de murallas y mantenimiento del ejército.

Disponemos, en efecto, de un auténtico informe en Pilos: las tabli-

«Es, así, posible llegar a la conclusión de que en los Estados micénicos existió una clase de caballeros, a quienes siempre se designa nominalmente, destinados al combate en carros de guerra, cuyo equipo era suministrado por el palacio.»
(M. LEJEUNE, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, op. cit., p. 54).

llas o-ka, con las comandancias de costa, la lista de efectivos y el nombre de sus jefes. Dos tablillas nos dan listas de remeros; otras (también las hay en Cnosos) enumeran materiales: se censan carros, caballos, espadas y flechas; hay preocupación por la materia prima (una tonelada de bronce se reparte entre dos docenas de forjas, en Pilos); cuando faltaba metal, se procedía a la fundición de objetos, si era menester, requisados a los santuarios, según indica una tablilla de Pilos. Era natural que un palacio evaluase sus fuerzas militares y navales; pero los datos de Pilos (no olvidemos que llegados a nosotros fragmentariamente) dan la impresión de un reino que espera ser atacado inminentemente y que se prepara a resistir enviando refuerzos a las fronteras.

LA RELIGIÓN

La religión, evidentemente, desempeña un papel notable en esta sociedad. Se ha identificado toda una serie de nombres propios, como Zeus, Hera, Poseidón (que tiene en Posideia su correlato femenino), Artemisa, Hermes y Atenea, cuyo culto, en esta época, está ya bien asentado.

A todos los dioses, un ánfora de miel. A la Señora del Laberinto (?), un ánfora de miel.
(Kn Gg 702, Documents..., n.° 205).

Puede que una vez se lea el nombre de Dioniso, aunque no es seguro. Otros vocablos resultan menos familiares. Así, Potnia, la Señora (el equivalente entre nosotros podía ser «Nuestra Señora»), vinculada a un gran número de nombres de lugares (de vientos, del laberinto, etc.). Podría ser el equivalente de la diosa tan a menudo atestiguada en Creta, acaso cercana a esta madre divina, seguramente Demeter. Aparecen evocadas muchas otras divinidades secundarias: en Cnosos se hacen, incluso, dedicatorias a todos los dioses. Todas estas divinidades son nombradas a propósito de la contabilidad de ofrendas: aceite, perfume, trigo, vino, miel y queso. A veces, la enumeración sugiere un banquete ritual. No hay sacrificios cruentos.

Ver capítulo VIII

Por desgracia, los descubrimientos arqueológicos que podemos oponer en paralelo son muy escasos. Muy recientemente se han descubierto, empero, santuarios en Micenas y en la isla de Ceos, con ídolos de brazos alzados. Sólo Creta cuenta con tantos lugares de culto conocidos, pero las gemas evocan también el culto al árbol, a la columna o a las montañas. Si, por un lado, comprobamos, por la onomástica, que hay ya una amplia asociación entre dioses indoeuropeos y divinidades ctónicas, por otro, nos gustaría saber hasta qué punto estaba configurada su mitología y si habían tomado ya el aspecto antropomorfo que les conocemos en época griega. Hay que hacer votos por que nuevos descubrimientos nos ilustren al respecto, pues probablemente fueron los aspectos religiosos los más directamente transmitidos a Grecia tras el hundimiento del mundo micénico. El culto a los muertos es muy importante y la variedad de sepulturas (tumbas de cámara, de cista, *larnakes*) recuerda la jerarquía por la que se regía la sociedad.

Ctónico. Relativo a las divinidades subterráneas. *Cf. capítulo VIII.*

Lárnax. Sarcófago de barro seco o cocido. [N. del T.]

La información de las tablillas resulta, pues, ambigua; nos confirma los puntos en común entre el sistema palacial y los orientales: control minucioso de los escribas, eminencia económica del palacio, jerarquización de la población e importancia del clero; pero también sus diferencias: estamos ante principados muy pequeños, que organi-

zan cuidadosamente su defensa; parece que la entidad aldeana conservó su importancia y que el sistema de posesión del suelo fue particularmente complejo. Se ha llegado a pensar en que este sistema palacial, con su burocracia oriental, logró tardíamente una fijación en su rigidez; y que, mal aceptado por la población, no resistió las primeras dificultades. En todo caso, se comprueba que, una vez caídos los palacios, el marco de esta sociedad evocada mediante las tablillas desaparece por entero, con excepción, quizás, de los jefes locales (por ejemplo, los *basileis).*

III. LA CAÍDA DEL MUNDO MICÉNICO Y EL LEGADO DE LA EDAD DEL BRONCE

LAS DESTRUCCIONES

Una catástrofe brutal, aún más completa que la que afectara a los palacios cretenses, borraría del mapa todos los palacios micénicos y un gran número de lugares, despoblándose regiones enteras, como Mesenia. Fueron quemados durante el período final de la cerámica micénica III b (esto es, hacia 1200). Muchos (como Pilos) habían sido abandonados y suministran cerámicas y tablillas, pero no objetos preciosos ni esqueletos. A veces (en Micenas y Tirinto) una primera catástrofe era seguida por una rápida fortificación y, luego, por el abandono final. Con ellas desapareció el conocimiento de la escritura y el sistema de sociedad jerarquizada que hemos mencionado. Pero este trastorno que puso fin a la civilización micénica no afectó solamente al Egeo.

LOS TRASTORNOS ORIENTALES

Desde el siglo XIII, el Mediterráneo fue sacudido por movimientos de poblaciones a las que la tradición egipcia denomina «pueblos del mar». En efecto: dos estelas, una del reinado de Menerptah (1230) y otra de Ramsés III (1191), enumeran listas de gentes llegadas de todos los países y que atacaron el delta del Nilo. Entre ellos, en la primera estela, se menciona a los Akawash, que algunos han identificado con los aqueos; y, en la segunda, a los Peleset, los filisteos, instalados en Palestina, en donde introdujeron la cerámica micénica III c. En este tiempo cae el Imperio hitita, al parecer bajo los golpes de estos mismos invasores. Los archivos inmediatamente previos a su caída dan cuenta de grandes dificultades y mencionan los distintos países con que hay que enfrentarse. Entre ellos, el reino de Ajiyawa, que se suele identificar con un reino aqueo (es decir, griego) cuyo centro muchos sitúan en Rodas. El poderío hitita declina y, de modo general, el Mediterráneo, que ya no está dominado por ningún Estado potente y parece infestado de piratas e, incluso, de bandas armadas, en busca de nuevas tierras para establecerse. Al mismo tiempo empieza a extenderse lentamente el uso del hierro en el armamento (aunque ya era conocido como metal precioso y ampliamente usado por los hititas).

Este medio siglo de trastornos supuso, pues, la desaparición simultánea del Imperio hitita y de los palacios micénicos, de cuyas resultas quedó transformado el equilibrio mediterráneo. Un cambio tan brusco

ha hecho suponer causas muy variadas, que enumeraremos, pero teniendo presente su precariedad. Giran en torno a tres hipótesis principales:

ORÍGENES DE LOS TRASTORNOS

— Invasores exteriores. Los dorios, en la tradición antigua; poblaciones llegadas del Cáucaso o del sur, actualmente. Tales enemigos, arrasándolo todo a su paso, habrían provocado la huída de las poblaciones; algunas se unirían luego a los Pueblos del mar y otras hurían a las Cícladas y al Asia, librándose del desastre algunos lugares (Atenas).

— Crisis interna. Las dificultades surgidas en los imperios orientales habrían agotado ciertos mercados; o bien, el sistema palacial, llegado a un punto de excesiva rigidez, habría provocado descontentos, pudiendo haber ocurrido ambas cosas a un tiempo. Las revueltas, propagadas de palacio en palacio, habrían sido seguidas por vastos movimientos de población.

— Una catástrofe natural. Se ha recurrido también a sismos y cambios climatológicos. Algunos intentan fechar la erupción de Santorín en un momento más tardío y dibujar el mapa de los sismos a partir de este epicentro. Las poblaciones que huyesen de sus lugares de origen y que se negasen a volver habrían tomado parte en el movimiento de los Pueblos del mar.

No es éste el lugar para discutir en detalles tales hipótesis, que, por otro lado, no son excluyentes. Los arqueólogos, en estos últimos años, han trabajado mucho sobre estos puntos y lo seguirán haciendo. Subrayemos algunas conclusiones en particular:

— La brutalidad del hundimiento de los palacios y la desaparición de la forma de sociedad que dependía de ellos, así como de la escritura empleada por su burocracia.

— La existencia de vastos movimientos de poblaciones en este tiempo, en toda la cuenca del Mediterráneo, desde mitad del siglo XIII hasta finales del XII.

Asombra una tan rápida transformación. De este modo, una civilización brillante podría haber desaparecido por completo y acaso los griegos ignorasen realmente la civilización de sus antepasados, tal y como sucedía con los eruditos antes de los descubrimientos de Schliemann.

EL LEGADO DE LA EDAD DE BRONCE

Sea como sea, el hundimiento de una civilización, siempre deja huellas y la vida diaria sigue. Si bien algunos palacios (Pilos) fueron ignorados enteramente por los griegos clásicos, otros (Micenas) conservaban sus imponentes murallas a las que no podía dejar de vincularse alguna leyenda. Algunas ciudades (Tebas, Atenas) conservaron su población y sus mitos. Algunas regiones, como Creta, mantuvieron una tradición artística peculiar, mientras que Chipre utilizaba una escritura con signos del lineal B y un dialecto griego, llamado arcadio-chipriota. Algunos objetos preciosos serían llevados y conservados en familia desde tiempos muy antiguos. En fin: ningún pueblo vive sin tradiciones legendarias y los micénicos las tendrían, con certeza. Mejor que imaginar escritos perdidos es pensar en una tradición oral de la que se habrían servido los griegos; pero no podemos captarlo en detalle. Sí se ha podi-

do demostrar que la mayor parte de los lugares a los que se vinculaban dinastías míticas importantes habían, en efecto, tenido ocupación micénica.

La religión es, sin duda, la que conserva más elementos de la Edad del Bronce. Su carácter heterogéneo, en el que las tradiciones mediterráneas están tan fuertemente arraigadas, subraya su originalidad en relación con las tradiciones más marcadamente indoeuropeas, romanas o germánicas. Ya observamos que la mayoría de los cultos principales permanecieron. Libaciones, oraciones y sacrificios tenían que perdurar. Los grandes santuarios griegos (Delos, Delfos, Eleusis) acaso estuviesen antecedidos por una ocupación micénica, aunque modesta. Hay, finalmente, un punto en el que la tradición de la Edad del Bronce nutrió a la de los tiempos clásicos: el culto a los muertos. El culto de los héroes, personajes de alta cuna y convertidos en intermediarios entre los dioses y los hombres y a los que se vincularán las grandes familias (véase genealogía al final del capítulo), tiene su origen en la época micénica.

Por último, no se olvide que lo fundamental de las técnicas agrarias se transmitió sin cambios desde comienzos de la Edad del Bronce y que tales fueron las que permitían vivir a la inmensa mayoría de las gentes. Durante la tormenta, el campesino dobla la espalda; si ha de marcharse, lo hace buscando siempre tierra. Pero, una vez hundidos los palacios, habría de buscar otros protectores que garantizasen una seguridad que permitiese la explotación del suelo.

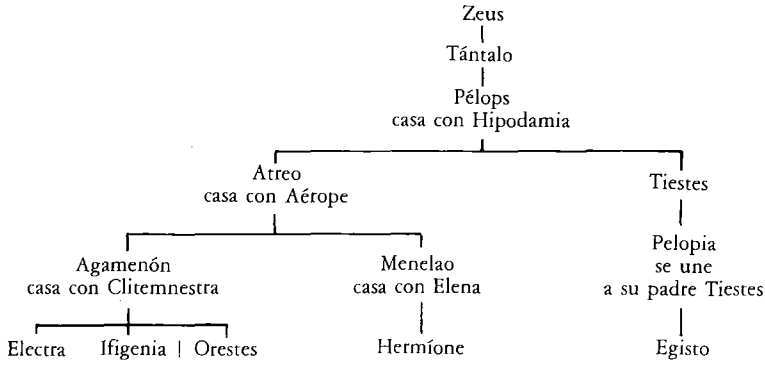
«Los cretenses pretenden haber aportado a los otros pueblos los ritos del culto de los misterios y de las iniciaciones (...) Un gran número de dioses procede de Creta; Demeter cruzó su mar para llegar al Ática y, luego, desde allí, a Sicilia y Egipto; del mismo modo llegó Afrodita al monte Eryx, a Citera, Pafos, Siria y Asia Menor.» (DIODORO, V, XXVII, 3).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

A las obras de P. DEMARGNE, F. MATZ y M. FINLEY citadas en capítulos anteriores añádase E. VERMEULE, *Grecia en la Edad del Bronce*, FCE., México, 1971, que sigue siendo una de las presentaciones más claras y completas en lo que respecta al continente. Una visión de conjunto sobre el período y las hipótesis históricas que ha suscitado, en H. VAN EFFENTERRE, *La seconde fin du monde: Mycènes ou la mort d'une civilisation*, Toulouse, 1974. Para las tablillas en lineal B disponemos ahora de J. CHADWICK, *El enigma micénico. El desciframiento del Lineal B*, Taurus, Madrid, 1962. A la vez que un apasionante relato del desciframiento, propone un primer fresco de la sociedad micénica a través de las tablillas. Otra obra suya es *El mundo micénico*, Alianza Editorial, Madrid, 1977. No hay aún obras de conjunto sobre las perspectivas que se desprenden de las tablillas. En francés hay artículos de especialistas como M. LEJEUNE, «La civilisation mycénienne et la guerre», en *Problèmes de la guerre...*, cit., o J. P. OLIVIER, *Les Scribes de Cnossos*, Roma, 1967, pp. 16-136, que muestran el progreso de la investigación en esos campos. Un buen libro de iniciación es el de L. DEROY, supra. M. MARAZZI, *La Sociedad micénica*, Akal, Madrid, 1981.

En la 3.ª edición de la *C.A.H.* el capítulo de F. H. STUBBINGS, «The rise of Mycenaean civilisation», pp. 627-654, dedica mucho espacio a las tradiciones míticas griegas. En el t. 2, parte II, *The Middle East and the Aegean Region 1380-1000 B.C.*, véanse págs. 161-215, 338-359, 658-675, 851 y 887. J. T. HOOKER, *Mycenaean Greece*, Londres, 1976; R. LAFFINEUR, «Un siècle de fouilles à Mycènes», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, LV, 1977.

La dinastía de los Atridas en Micenas



LIBRO II

UN NUEVO MUNDO GRIEGO

CAPÍTULO IV

Problemas del alto arcaísmo. Homero y Hesíodo (siglos XI-VIII)

El período que va desde, aproximadamente, el 1150 hasta el 750 es fundamental, porque en él se definen los parámetros en los que se moverá el mundo griego hasta el siglo IV. Por desgracia, tras la destrucción de los palacios micénicos, se abandonó la arquitectura en piedra y se perdió el uso de la escritura; contamos, pues, básicamente, con el material cerámico de las tumbas, con algunos pequeños objetos de marfil y bronce y con las tradiciones míticas suministradas por los mismos griegos. Guardaron memoria de un revuelto período durante el que tenía lugar el nacimiento de sus ciudades; cada región evocaba sus genealogías míticas, que los poetas manejaban. La investigación histórica en estos diez últimos años ha supuesto un notable progreso de nuestros conocimientos, precisando rigurosamente las series cerámicas. Pero no es posible extraer de los tiestos información ilimitada. Es muy difícil establecer la ligazón entre la parquedad de las informaciones de que disponemos sobre la vida material, las instituciones y la sociedad de este período y la riqueza de la documentación que obra en los textos poéticos mayores: la *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero, y la *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*, de Hesíodo.

Ver cuadro cronológico, p. 19 y la tumba de guerrero, al final del capítulo V

I. LOS MOVIMIENTOS DE POBLACIÓN Y SU ESTABILIZACIÓN (SIGLOS XII-X)

LAS MIGRACIONES

«Aun después de la Guerra de Troya experimentó Grecia migraciones y colonizaciones nuevas que le impidieron desarrollarse en paz. Al volver, tras largo tiempo, los griegos de Troya ocurrieron muchas novedades y produjéronse en las ciudades abundantes disturbios, de cuyas resultas los exiliados fundaron nuevas ciudades (...) Ochenta años más tarde (de la Guerra de Troya), los dorios, con los Heráclidas, ocuparon el Peloponeso. Sólo con gran trabajo y al cabo de mucho tiempo Grecia encontró la tranquilidad y la estabilidad y envió colonos al exterior...» (TUCÍDIDES, I, XII).

Tras el hundimiento del mundo micénico, la densidad de población disminuyó drásticamente y algunas regiones quedaron desiertas por entero: se pasa de 320 hábitats conocidos en el siglo XIII a 130 en el XII y 40 en el XI (cifras en 1974; en su mayoría, tumbas). Las regiones más afectadas fueron Laconia y Mesenia. A cambio, en las regiones no afectadas aparecen refugiados con nuevos hábitats o cementerios, en Eubea, en Quíos, en Ática y en Chipre. Las costas de Asia Menor y de las islas contemplan la lenta llegada, a lo largo de todo el siglo, de poblaciones griegas; a partir del siglo XI la cerámica protogeométrica se expande por todo el Egeo, las Cícladas y las costas de Caria y Jonia. A fines del siglo IX toda la cuenca egea es griega.

A esta documentación arqueológica, limitada, se añade la tradición griega, que sitúa el retorno de los Heráclidas —los descendientes de Hércules—, antepasados de los dorios, entre la Guerra de Troya y los primeros Juegos Olímpicos. Según la tradición, se establecieron en el Peloponeso y el arco insular que une Creta con Asia Menor. Este regreso causó la evicción de otras ramas griegas. De Tesalia y Beocia, los descendientes de Orestes saldrían a fundar las ciudades de la isla de Lesbos y, luego, de la Eólide. Los jonios, dirigidos por Androclo, hijo del rey ateniense Codro, llevarían consigo a griegos de varias regiones a fundar las doce ciudades de Jonia. Tales tradiciones, recopiladas desde tiempos de Heródoto, se basaban en el hecho de que la Grecia clásica mantenía diferencias dialectales que podemos cartografiar con bastante precisión. Se distinguen los dialectos dorio, jonio (con su rama ática), eolio y arcadio-chipriota. A cada uno de estos grupos corresponden tradiciones culturales perceptibles en el arcaísmo e intencionadamente exageradas en el siglo V, a raíz del conflicto que enfrentó a Esparta y Atenas. Los dorios, según esto, estarían divididos en tres tribus y los jonios en cuatro, teniendo cada una sus festividades propias.

DORIOS Y JONIOS

Ver mapa 9

«... Los jonios de Asia (...) están formados en no pequeña parte por abantes euboicos, que no tienen nada de jonios, ni aun el nombre, y, además, se mezclaron con minios de Orcómenos, cadmeos, dríopes, focidios disidentes, molosos, pelasgos de Arcadia, dorios de Epidauro y muchos otros pueblos que se fundieron con los jonios». (HERODOTO, I, 146).

Pero, si bien no puede excluirse del todo la idea de una invasión destructora de la civilización micénica, el estudio de los emplazamientos hace inverosímil una implantación doria inmediatamente consecutiva a las destrucciones. Hay que disociar el problema de la caída del mundo micénico del de los dorios. Es indiscutible que durante casi un siglo tras la desaparición de los palacios ocurrieron vastos movimientos migratorios; las comunidades, enseguida, tendieron a replegarse y a mantener sus relaciones en ámbitos restringidos, haciéndose más escasos, aunque sin llegar a desaparecer, la navegación y los intercambios comerciales. Durante esta época se forjan la originalidad cultural de los distintos grupos y las diferencias dialectales. Paradójicamente, acaso se deba a este repliegue la difusión de la metalurgia del hierro. El bronce siguió siendo —y lo fue durante toda la Antigüedad— un metal apreciado, como atestiguan las series de objetos de culto ofrecidos en el santuario de Olimpia, pero se hizo más difícil de obtener y más caro. Los

La difusión del hierro

objetos de hierro aparecen simultáneamente en varias regiones. Su calidad técnica, al principio inferior a la del material en bronce, mejoró a lo largo de estos tres siglos.

II. LA RECUPERACIÓN DE LOS SIGLOS IX Y VIII

El repliegue de la vida colectiva a pequeños núcleos aislados suscitó, sin duda, la necesidad de recurrir a una autoridad protectora. Así habría nacido el basileus arcaico, acaso heredero del pa-si-re-u micénico. Pero el uso posterior de esta palabra ha dado lugar al engaño. Los griegos, al fijar las listas genealógicas, crearon mitos que permitían vincular a las familias reales arcaicas con ancestros heroicos.

En los siglos X y IX, parece que pequeñas comunidades vecinas se agruparon para formar unidades políticas de dimensiones semejantes a las de los antiguos reinos micénicos. De tal momento procedería la estrecha asociación entre ciudad y campo; entonces, alguna aldea habría dado paso a una ciudad. Todo lo cual es muy posible, pero sigue siendo una conjetura.

Los historiadores adquirieron la costumbre de colmar nuestro total desconocimiento de las instituciones políticas de este período evocando una monarquía que nacería del caos y que adquirió gran autoridad política. Nadie puede estar seguro de tal cosa, aunque, en efecto, se conformó una aristocracia de *basileis* y es posible que reconociese a uno de sus miembros autoridad superior.

En los siglos IX y VIII el hábitat sigue siendo pobre, pero surgen los primeros intentos monumentales, con los templos más antiguos de Samos, mientras se multiplican los ejemplos de pequeña estatuaria de bronce y la cerámica nos depara sus obras maestras. En el cementerio de Atenas (llamado, luego, «el Cerámico», cuando fue ocupado por alfareros) se hallaron las ánforas alargadas llamadas lutróforos y unas crateras que alcanzaban, a veces, las dimensiones de un hombre. Los motivos geométricos sencillos, característicos de la época anterior, son, ahora, marco para escenas animadas en las que pequeños personajes estilizados intervienen en cortejos funerarios o en carreras de carros. Hay, también, dibujos de barcos que confirman la importancia de la recuperación naval; por otro lado, aparecen tiestos geométricos en los yacimientos palestinos y hasta sicilianos. Los circuitos micénicos se han restablecido. Pero ¿quién llevaba las vasijas hasta allí? ¿Los mismos griegos o los fenicios, cuyo auge, en esta época, es grande (Cartago se funda en 814)? Éstos, en algunas partes, fueron los sucesores directos de los micénicos, como se aprecia en Chipre.

Parece que hacia mediados del siglo VIII los griegos recuperaron el uso de la escritura: las «letras fenicias» fueron adoptadas y adaptadas. Todo permite pensar que el préstamo se debió a comerciantes griegos que frecuentaban con asiduidad a sus colegas fenicios —quizás en Al Mina—. Algunos acomodos aparecieron enseguida, como la indicación

Tres ejemplos de genealogías reales míticas: las listas de Esparta se remontan a Heracles. Mileto habría sido fundada por Neleas de Pilos, hijo, por otra parte, del rey de Atenas, Codro. Los Pentílidas de Lesbos descenderían de Orestes.

Véanse los Atridas al final del capítulo anterior.

LAS INSTITUCIONES

Ver p. 46

Α	α	= a
Β	β	= b
Γ	γ	= g suave
Δ	δ	= d
Ε	ε	= e
Ζ	ζ	= dz
Η	η	= e
Θ	θ	= th (z)
Ι	ι	= i
Κ	κ	= k o c
Λ	λ	= l
Μ	μ	= m
Ν	ν	= n
Ξ	ξ	= x
Ο	ο	= o
Π	π	= p
Ρ	ϱ	= r
Σ	ς	= s
Ξ	ξ	= t
Τ	υ	= u o y
Φ	φ	= ph, f
Χ	χ	= kh o ch
Ψ	ψ	= ps
Ω	ω	= o

Transcripción fonética española del alfabeto griego de época clásica

UNA INNOVACIÓN CAPITAL: EL ALFABETO

de las vocales (inexistente en las lenguas semíticas), la adopción de algunos signos de la escritura cursiva, la modificación de ciertos valores fonéticos o la creación de las letras finales del alfabeto. El sistema se propagó, a continuación, a todo el mundo griego, con pequeñas variantes regionales atribuibles, sin duda, a iniciativas personales o a accidentes de transmisión. Para la escritura se usaron todos los materiales (piedra, madera, metal, papiro, cuero, tablillas de cera u hojas vegetales), con excepción de la tablilla de arcilla, que habría sido de empleo más sencillo, pero que los fenicios desconocían, a su vez. Las primeras inscripciones de que disponemos (de fines del siglo VIII, comienzos del VII) son, en su mayoría, dedicatorias inscritas en un objeto, con indicación del propietario, del uso y, con la mayor frecuencia, del destinatario; al ser depositadas en tumbas o en santuarios tuvieron más oportunidades de perdurar.

La composición de los poemas homéricos se inscribe, pues, en un tiempo de renacimiento artístico y de recuperación de intercambios.

III. LOS POEMAS HOMÉRICOS

LA COMPOSICIÓN DE LOS POEMAS

«Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes (...) —cumplíase la voluntad de Zeus—, desde el punto en que se separaron disputando el hijo de Atreo, protector de hombres, y el divino Aquiles.»
(*Ilíada,* I, 1,-7).

Según la tradición antigua, Homero era un aedo ciego que compuso sus poemas en Jonia. Los historiadores parecen estar de acuerdo en situar esta actividad entre fines del siglo IX y fines del VIII.

Se trata de largos cantos —algo más de quince mil versos, la *Ilíada,* y de doce mil, la *Odisea*— que describen una acción simple cada uno: en la *Ilíada,* el ejército griego que asedia la ciudad de Troya está paralizado por una disputa entre dos de sus jefes, Aquiles y Agamenón; en la Odisea, el relato de la vuelta de Ulises a su reino se ordena en torno a tres centros de interés: sus peregrinaciones por mar, las dificultades que su hijo Telémaco encuentra en su reino y la recuperación del poder por Ulises y Telémaco en la isla de Ítaca. Pero el ritmo de la acción no es lineal; si bien la división de estos poemas en veinticuatro cantos data de la época alejandrina, desde el siglo V los antiguos se referían a ellos por episodios. Los poemas se desarrollan como una sucesión de cuadros cuya sutil disposición establece correspondencias entre las distintas fases de la acción.

Son composiciones que asombran desde el primer momento; para comprenderlo, hay que referirse a los principios de la poesía oral, tal y como el estadounidense Milman Parry y sus discípulos los valoraron: desde 1934 recogieron —y grabaron— poemas de igual longitud, cantados y compuestos por bardos yugoslavos que no sabían leer ni escribir. El recitado duraba varias semanas, con dos horas de canto, por la mañana y por la tarde. No se trata de una improvisación al azar: por el contrario, es preciso poseer una técnica rigurosa para disponer en versos equilibrados las fórmulas estereotipadas que tan a menudo encontramos en Homero. El poeta recurre a un enorme tesoro de vocabulario memorizado, que dispone según el ritmo musical de cada verso y el desarrollo del relato. Así se explica el tan particular acento de la lengua

homérica, enteramente artificial, y de sus fórmulas repetitivas. Pero estas repeticiones no son nunca mecánicas: así, Aquiles dispone de treinta y seis epítetos distintos, cuidadosamente escogidos en función de cada verso. Es un trabajo profesional que cuesta imaginar antes de haber podido disectarlo de este modo, gracias al magnetófono. Se omitía con facilidad considerar que las reacciones de un lector no son las de un oyente durante un plazo largo, pues su imaginación resulta estimulada de manera muy diferente.

PROBLEMAS HOMÉRICOS

Estas ignorancias explican la importancia de lo que se ha denominado «la disputa homérica». En 1664, el abate d'Aubignac, consciente de la rareza de la composición de los poemas, emitió la hipótesis de que se trataba de cantos independientes, artificialmente unidos entre sí: así se abrió la discusión entre analistas y unitaristas. Ahora que conocemos mejor cómo componía el poeta, podemos captar el origen de las contradicciones menores que se advierten en el interior de los poemas. Además, ciertas diferencias entre ambos no pueden explicarse únicamente por la diferencia de sus escenarios: la *Ilíada* fue, desde luego, compuesta en primer lugar; pero todo ello no basta para postular dos Homeros donde la Antigüedad no veía sino uno.

Los antiguos, en efecto, se interesaron mucho por los poemas homéricos. Ya en 550, en Atenas, el tirano Pisístrato mandó hacer su transcripción oficial y, desde entonces, constituyeron el fundamento cultural de todo joven griego. Fueron, también, el libro (en rollos de papiro) más copiado: de acuerdo con el catálogo referente al Egipto lágida, la mitad de los textos literarios encontrados son copias de la *Ilíada* y la *Odisea*. Esta popularidad no se limitó al mundo antiguo: tras un cierto eclipse en la Edad Media, los poemas, a partir del Renacimiento, no sólo fueron impresos y leídos, sino, también, minuciosamente estudiados. Ante la magnitud de la bibliografía homérica, un historiador contemporáneo aconseja al lector «conservar la sangre fría»; porque la fascinación ejercida por la riqueza de estos poemas ha llevado a buscar con pasión las claves que pudiesen explicarla.

Aedo. «Cantor amado del cielo, que deleita los oídos» *(Odisea,* XVII, 385). El aedo es distinto del rapsoda, el cual recita sobre fondo de música instrumental. Ambos son profesionales, ambulantes casi siempre.

Las interpretaciones

Esquematizando un poco, puede decirse que las interpretaciones se decantan o hacia lo imaginario o hacia el realismo. Según las primeras, los poemas se explican en sí mismos y hay que estudiar a cada uno como un todo. Se analizan, pues, su vocabulario, la estructura de sus episodios y la mentalidad de los personajes, en función del pensamiento, consciente o no, que presidió su elaboración. (Así, la isla de los feacios es vista como un mundo imaginario, en oposición al de Ítaca).

A la inversa, muchos han buscado claves externas; recordemos las más célebres, dejando a un lado las abundantes interpretaciones fantasiosas. En Francia, la geografía homérica tuvo gran éxito y se debe a Víctor Bérard la búsqueda de los lugares homéricos a la luz de las *Instrucciones Náuticas*. La isla de los feacios, para él, es Corfú, en donde, por lo tanto, buscó la playa de Nausicaa. En Gibraltar vio la gruta de cuatro fuentes de la ninfa Calipso. Suponía, pues, imaginar una verdadera carta de navegación en época homérica.

Fecha de composición

Pero ¿qué época es ésa? El problema, para todos los que desean vincular los poemas con un contexto concreto, es el de su datación. Para muchos, el mundo homérico sigue siendo el micénico. De hecho, se menciona un gran número de lugares micénicos desaparecidos ya en época geométrica y la geografía homérica coincide, desde luego, más con la Edad del Bronce que con los siglos IX y VIII. Por otra parte, la riqueza evocada en los poemas, el uso generalizado del bronce y la descripción de ciertas armas u objetos preciosos remiten claramente a época micénica. Por desgracia, la transcripción de las tablillas en lineal B veda toda trasposición de esa especie. El mundo de los palacios, con su burocracia rigurosa, su ejército y sus caballeros estrechamente dependientes del poder central no es el de los pequeños principados de Homero. Éste desconoce el uso verdadero del carro de combate, del que no hace sino un instrumento lujoso de transporte. El aedo transmitió un cuadro vívido del mundo micénico recurriendo al estilo formulario, en el que la sociedad que se revive es completamente distinta. Esto nos permite situar mejor las referencias geográficas, que no son enteramente imaginarias (aunque, por lo demás, la imaginación siempre extrae sus materiales de alguna parte); pero, si bien no puede negarse que algunas rutas mencionadas en la *Odisea* eran conocidas a un tiempo por los micénicos y por los navegantes de los siglos IX y VIII, no hace ninguna falta postular que se refieran a una cartografía con sentido concreto para el aedo y sus oyentes: nunca sabremos si el poeta que tan apasionadamente evoca el «vinoso mar» lo recorrió en verdad.

Más difícil de captar es la realidad social descrita por este mundo homérico: ¿se trata de un mundo totalmente imaginario o refleja el tiempo mismo del aedo (el siglo VIII) o uno inmediatamente anterior (entre el XI y el IX)? Planteado así, el problema sigue siendo insoluble. Muchos elementos interfieren en la construcción de este mundo colorista: el mismo principio de la composición oral, que transfiere a los personajes heroicos lo principal de la acción narrativa, la integración de temas tomados de cuentos populares, la historia personal y el inconsciente del poeta y, por último, la mentalidad de la época en que vivió. Del mismo modo que las interpretaciones de Freud no son ajenas a las imágenes sociales de principios de siglo o que los cuentos de Perrault no pueden disociarse del contexto francés del XVII, Homero no es, tampoco, intemporal. Pero no contamos sino con los poemas, aislados de cualquier referencia histórica escrita; es como si no contásemos más que con los cuentos de Perrault y con las vajillas de sus contemporáneos para explicar el siglo de Luis XIV. Más que a los trabajos eruditos, interesa que el estudiante se remita al texto, en donde descubrirá un conjunto decididamente coherente.

LA SOCIEDAD SEGÚN HOMERO

El mundo de los hombres libres se reparte en grupos cuya estricta jerarquización determina el lugar de cada uno en la sociedad, su participación en el combate y en las decisiones, su código de valores y sus relaciones con los demás.

La aristocracia

La aristocracia provee los héroes que Homero sitúa en el centro de

su canto. Combaten individualmente, como campeones, fuera de la formación, montados en carro, al encuentro de su adversario, y regresando del mismo modo, heridos o victoriosos, si no resultan alcanzados su caballo o su escudero. Revestidos con espléndidas armaduras de bronce, armados con jabalina y espada e, incluso, con arco y protegidos por pesados escudos, se encarnizan con un adversario a quien se proponen despojar de sus armas cuando caiga a tierra: armas que serán signo de su victoria y que acrecerán su tesoro. También son ellos los combatientes cuando se trata de una intrascendente incursión; y a ellos corresponden, a continuación, las mejores partes del botín y la participación en el alegre festín que el jefe ofrece y que culmina, a veces, con el canto del aedo. Su riqueza se define, desde luego, en tierras que explotan por su cuenta, en cabezas de ganado y en viandas que ofrecer a sus invitados; más aún, el signo tangible de su situación social es el tesoro, guardado en una habitación, en el centro de la casa —preferentemente en el subsuelo—, en donde se acumulan objetos de metal (armas, trípodes, calderos, vasijas y lingotes), tejidos de lujo finamente trabajados, aceite de oliva y reservas de alimentos. De allí extraerá el jefe de familia los dones con que obsequiar a un huésped, al vencedor de un certamen por él organizado, al padre de la mujer solicitada por su hijo, al suegro de su hija cuando parta para casarse, a su jefe cuando le solicite una contribución, etc. Su esperanza reside en poder compensar tales mermas con los dones que reciba, a su vez, en circunstancias análogas, a los que se unirán partes de botín, los productos de los artesanos domésticos e, incluso, las rentas de la tierra. De esta suerte, en un sistema de relaciones que se basan en el intercambio según normas obligadas, el aristócrata ha de mantener su rango. La ley de reciprocidad, estrictamente observada, crea vínculos indisolubles que, en todo instante, le sirven de ayuda en su vida familiar o de aventura.

«Los dánaos —*griegos*— pusieron en fuga a los teucros —*troyanos*— y cada uno de sus caudillos mató a un hombre. Empezó el rey de hombres, Agamenón, al derribar de su carro al corpulento Odio...»
(*Ilíada*. V, 37-39).

El tesoro de Ulises en Ítaca. «Telémaco bajó a la anchurosa y elevada cámara de su padre, donde había montones de oro y de bronce, vestiduras guardadas en arcas y abundancia de oloroso aceite; allí estaban las tinajas de dulce vino añejo... La puerta tenía dos batientes, sólidamente encajados y sujetos por su cerrojo; y junto a ella, de día y de noche, custodiándolo todo con la mente alerta, se hallaba una intendente...»
(*Odisea* II, 337-345)

En este grupo, no obstante, el poeta pone su acento en una elite. En muchas ocasiones cuida de señalar una cesura entre el conjunto de los aristócratas y los que él llama *basileis, gerontes* o *hegemones,* a los que, a veces, asocia a sus hijos; ellos son los jefes y no parece sino que, a través del sistema de relaciones personales, todos los demás se hallen, por una u otra causa, bajo su dependencia. Agamenón no es sino el más regio entre los reyes; un mismo conjunto de razones explica su posición capital en la expedición y la de los jefes en cada principado: se trata de que el asunto concierne a un miembro de su familia; su contingente es el más importante y su riqueza le permite recibir y mantener a sus pares. En Ítaca, el viejo Laertes y el joven Telémaco, padre e hijo de Ulises, respectivamente, no son capaces de imponer la autoridad. Empero, para sustituirlos, se intenta crear una especie de transmisión familiar del poder que, curiosamente, pasaría a través de Penélope, convertida en viuda del rey.

Los jefes

Todos contribuyen al poder del rey; le reconocen el poder de mando en las expediciones armadas; aceptan que le corresponda una parte más importante en el botín; y, llegado el caso, hacen honor en su per-

sona a sus deudas de hospitalidad. Cuando hay que tomar una decisión importante, le ayudan a resolver y a iniciar la acción. Vemos en acción a este grupo de *basileis* —consejeros en torno a Agamenón, ante Troya, o de Alcínoo, en Feacia. Acaso sea también este grupo el que, en una de las escenas del escudo de Aquiles, actúa arbitralmente decidiendo entre dos testimonios contradictorios (el resto, corresponderá a la venganza familiar).

La función real

El adivino revela la responsabilidad de Agamenón. «No está el dios (Apolo) quejoso con motivo de algún voto o hecatombe incumplidos, sino a causa de un ultraje infligido por Agamenón al sacerdote... Por eso el Arquero nos causó males y todavía nos causará otros...» (*Ilíada*, I, 93-96).

El rey, jefe de guerra, representa a su pueblo en el exterior y las relaciones de hospitalidad que establezca con terceros pueden comprometer a toda la comunidad; mediador entre los dioses y los hombres, el rey ha de hacerse cargo de los honores debidos a los dioses en nombre del conjunto de la comunidad, pero ha de someterse a la voluntad divina cuando transmite a los hombres las decisiones que aquéllos le inspiran. El éxito atestiguará si hubo cumplimiento estricto de tales deberes; por esta causa Agamenón fracasó su misión, al despreciar las reglas del reparto entre los guerreros y no aceptando la advertencia del adivino: consecuencia ineluctable serán los prolongados sufrimientos del ejército aqueo.

El hombre corriente

Cómo se manifiesta el *demos* en la asamblea. «Así dijo. Los argivos, con agudos gritos que hacían retumbar horriblemente las naves, aplaudieron el discurso del divino Odiseo.» (*Ilíada*, II, 333-335).

Por debajo de estos aristócratas hay hombres libres que les deben obediencia y servicio; son los peones que combaten en masa, sin armas especiales (llevan mazas, piedras y, a veces, arco). El poeta no les presta atención. Los describe en la asamblea como a un enjambre de zumbadoras abejas, una masa marinera zarandeada por el viento o un campo de trigo agitado por el céfiro; ninguno hace uso individualmente de la palabra: un pronunciamiento global basta, en tanto que los jefes discuten ante ellos.

Vemos, pues, tres niveles entre los hombres libres de la comunidad: los *basileis,* que son los más ricos jefes aristócratas y de familia importante; el resto de los aristócratas, con quienes se guardan contemplaciones, a quienes se informa en primer lugar y con los que se coincide en tareas comunes (competiciones, caza y, en ocasiones, banquetes); y, finalmente, la multitud, el pueblo, que participa en las asambleas pero sin desempeñar en las mismas una función activa y que toma parte en la guerra pero sin desarrollar en ella acciones decisivas. Entre uno y otro niveles se establecen relaciones de dependencia que garantizan la cohesión de la sociedad.

El oikos

La fortuna de Ulises descrita por su porquero Eumeo. «En verdad que la hacienda de mi amo era cuantiosísima, tanto como la de ninguno de los héroes que moran en el negro continente o en la propia Ítaca... Doce vacadas hay en el continente; y otros tantos rebaños de ovejas, otras tantas piaras de cerdos y otras tantas copiosas manadas de cabras apacientan allá sus pastores y empleados... Aquí mismo pacen on-

Cada uno de estos hombres libres se encuentra en una posición regia respecto de su *oikos*: formado por los bienes materiales de su casa (tierras, ganados, tesoros y edificios) y por las personas (familia estricta y trabajadores libres o serviles), el *oikos* es como la célula básica de la sociedad de esta época y una unidad de consumo y producción cuyos vínculos con el exterior son limitados.

La mujer dirige los trabajos domésticos en los que toma parte, incluso en las casas más ricas (hilado y tejido, sobre todo); dependiente de su marido, de su hijo mayor o de su padre, es quien, con su presencia permanente, asegura la continuidad en la vida familiar y doméstica, sin lo que ésta se vería amenazada por las actividades externas del

jefe de familia. Los esclavos se integran en el *oikos*. El esclavo homérico, comprado, unas veces, y más a menudo, víctima de una operación de guerra o de saqueo, aparece siempre en una situación ambigua: enteramente sometido a su dueño, se le considera más una víctima de la desgracia que amenaza a todo hombre libre que no un ser inferior. Pero las mujeres están sujetas al antojo sexual del marido y ven en la esclavitud un mero agravamiento de su condición dependiente, de la que no se libran sino la reina de los feacios —Areté— o la hermosa Elena.

Peor aún es la condición de los *thetes* : jurídicamente libres, pero desarraigados, no pertenecen a comunidad ninguna y están, pues, desprovistos de cualquier protección y obligados a vender su fuerza de trabajo: a venderse, en cierto modo, sin que a ello les obligue otra necesidad que la de subsitir, lo que es una situación despreciable y desesperada.

El caso de los demiurgos es más complejo. Tampoco están integrados ni sedentarizados; también trabajan para otro; pero lo que ponen a disposición de la comunidad —familia, real o local— es una técnica, un saber particular, por el que se les llama, a cambio de una remuneración. Los más útiles parece que fueron los artesanos del metal, discípulos de Hefesto, el dios herrero, cuyo trabajo suministraba armamento, ofrendas en bronce u oro y hermosos utensilios domésticos.

Los héroes mismos parecen poseer una competencia técnica, de la que están orgullosos, para las tareas más corrientes; Ulises se fabricó su cama y sabía improvisar una almadía manejando las herramientas hábilmente; sabía labrar con surcos rectos y retó a ello a otros aristócratas. Si se añaden los múltiples productos corrientes de artesanía doméstica y la fabricación de tejidos de lujo por las mujeres (cuyas más bellas labores son de manos reales), se advierte cómo la economía autárquica provee lo fundamental para las necesidades ordinarias, con excepción de los objetos metálicos.

El recurso al comercio se debe, aparentemente, a la búsqueda de metal y esclavos. No lo practican los griegos, sino los fenicios; sus normas son inciertas y todo mercader es sospechoso de ser, antes que nada, un pirata: actividad, ésta, noble cuando la llevan a cabo los héroes del mismo modo que la guerra, pero despreciable cuando la realizan los comerciantes para dotarse de cargamentos con que negociar. La *Odisea* es rica en informaciones sobre actividades marítimas. Se distinguen ya el barco de guerra, esbelto y rápido, y el ancho barco redondo, susceptible de llenarse de puerto, varlos en las playas, pero que aumenta su fragilidad. El remo consiente las maniobras de partida y de abordaje, salvo que se espere a la brisa de tierra para partir de noche y a la de mar para arribar por la mañana; en alta mar no son peligrosos los arrecifes ni las corrientes costeras, siempre temidos; pero la orientación por las estrellas o el sol no siempre basta y es difícil garantizarse el aprovisionamiento para una travesía larga. No obstante, las condiciones técnicas de la navegación obligan a aprovechar el viento favorable, ya que no es posible bordear con un simple remo a guisa de timón; la vela es cuadrada y se monta

ce nutridos hatos de cabras en las lindes del campo y los vigilan buenos pastores... Y yo mismo guardo y protejo sus cerdos...»
(*Odisea*. XIV, 96-107).

Los trabajadores independientes

Theteía. En rigor, es la condición asalariada, dependiente. En Atenas designa a los ciudadanos libres más pobres. [N. de. T.]

Los demiurgos: «¿Quién iría a parte alguna a llamar a ningún huésped, como no fuese entre los que ejercen su profesión en el pueblo: un adivino, un médico para curar las enfermedades, un carpintero o un divinal aedo que nos deleite cantando?» (*Odisea*. XVII, 382-385). Añádanse herreros y heraldos. Ver *Ilíada*. XVIII, 368 y ss.

El nivel técnico

Comercio y navegación

Barco de guerra. Geométrico corintio (22,6 cm. de alt. y 30,2 de diám.).

El precio de una nodriza: Euriclea. «Laertes la comprara, otrora, con sus bienes, apenas llegada a la pubertad y pagando veinte bueyes. Y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás yació con ella, por temor a la cólera de su mujer.» (Odisea, I, 430-433).

a lo largo de un mástil móvil, sujeto longitudinalmente por unos estays tan sólo; no hay obenques; la navegación se hace con viento de popa o ligeramente de tres cuartos; una tormenta obliga a abatir el mástil, tanto si se desea cuanto si no. De todos modos, la falta de puente expone a la carga y a los hombres a la intemperie.

La apertura de la comunidad al exterior dependía, pues, estrechamente de un conjunto de técnicas aún rudimentarias que hacen comprensible por qué los intercambios seguían siendo limitados. La estimación del valor de algo requería establecer complejas equivalencias en bueyes, trípodes o calderos de bronce... Hubo que elaborar convenciones que permitiesen un cierta normalización del trueque. (¿Cuántas jarras de vino a cambio de la pacotilla desembarcada por los fenicios?)

VALORES HEROICOS Y SENTIMIENTOS RELIGIOSOS

Respuesta de Héctor a su mujer, Andrómaca, que le predice el fracaso y le ruega se detenga. «Todo eso me preocupa, mujer, pero mucho me sonroja ría ante los troyanos y las troyanas de floridos peplos si como un cobarde huyese del combate; y tampoco me incita a ello el corazón, pues siempre supe ser valeroso y luchar en primera fila, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo sabe mi inteligencia y lo intuye mi corazón: día llegará en que perezca la sagrada Ilión, así como Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno...» (*Ilíada*, VI, 441-449).

Platón nos dice que Homero fue el educador de Grecia, lo que puede sorprender por lo poco compatible que nos parece la ética heroica con el ideal cívico; Héctor, arquetipo heroico, es sabedor del triste futuro que reserva a su esposa, a su hijo y al conjunto de los troyanos, no obtante lo cual rechaza toda estrategia prudente. Es ésa una conducta de héroe, fiel a su ideal de *areté*, de valor que se manifiesta en la gloria; en esta permanente competición que opone a los héroes entre sí, se reserva la vergüenza a quien, débil, ceda al sentimiento humanitario, al miedo o a la razón; y la gloria a quien no piense sino en triunfar —y lo logre—, sin dejarse detener por ninguna otra consideración. Tal ideal aristocrático es el que da todo su valor a una vida corta pero bien repleta de hazañas competitivas o bélicas y de comidas comunitarias bien regadas; en donde podrían verse violencia y excesos, el hombre homérico percibe un destino bien culminado. Este deseo de gloria, esta potente voluntad de ser el mejor y de hacerse reconocer como tal, de imponerse por el propio valor, permanecerá como ideal aristocrático: y éste será el más frecuentemente invocado, incluso en la época clásica.

Empero, no acaban ahí los deberes del héroe: debe asimismo integrarse en su grupo social, respetando su jerarquía y sin extralimitarse en sus derechos, dar a los demás tanto como de ellos haya recibido, ayudar a quienes tiene deber de servir y socorrer a sus pares en casos de dificultad. Si falta a estas reglas, mas lo hace valerosamente, no sufrirá sanción moral, pero habrá de pagar una compensación.

Sus relaciones con los dioses se regulan por igual comportamiento. La sociedad de los dioses es reflejo de la humana: en la asamblea de los dioses, convocada por Zeus, todos se expresan libre e, incluso, irónicamente; la autoridad de Zeus, como la de Agamenón, ha de mediar en las avenencias. Únicamente su inmoralidad y su independencia de toda coacción física o material distinguen a los dioses de los héroes. Unos y otros están igualmente sujetos a la *moira,* a un destino del que no se puede escapar, lo que justifica su irresponsabilidad. Así, ni unos ni otros tienen la menor noción de justicia: por piadosos y amados de los dioses que sean, los hombres no tienen por qué esperar nada de ellos: sólo son peones en las relaciones de fuerza existentes entre los Olímpicos.

Moira. Literalmente, parte, porción. Es el destino que, individualmente, corresponde a cada cual, su hado. [N. del T.]

No obstante, la sanción divina cae automáticamente sobre quien viola los derechos de los dioses: los compañeros de Ulises son castigados por haberse apoderado de las vacas del sol dedicadas a Poseidón; Aquiles quiso, por *hybris,* desbordar su condición humana: morirá por ello.

Hybris. Demasía, exceso, especialmente si es irrespetuoso, violento, etc. [N. del T.]

IV. HESÍODO

SUS OBRAS

No conocemos la vida de Hesíodo sino a través de sus obras: la *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días.* La primera es la evocación de las genealogías de los dioses y de los ciclos míticos; la segunda la completa con los trabajos cotidianos de los hombres. Ciertas alusiones nos muestran que su padre, originario de Eólide, se había arruinado con un pequeño negocio de cabotaje. Encontró entonces, en Ascra (Boecia), tierras de labor. Un litigio opuso enseguida a Hesíodo y a su hermano, Perses, a causa de la herencia de esas tierras; los *basileis* de Tespias parece que dieron la razón a Perses que, por otra parte, no supo sacar provecho del asunto y se arruinó. Tal es el pretexto del poema *Los Trabajos y los Días,* que se presenta como una sucesión de consejos dados a Perses. Pero Hesíodo es, ante todo, un poeta, según recuerda él mismo en el preludio de la *Teogonía,* un profesional. Si bien es cierto que suele emplearse ampliamente su obra para describir la vida cotidiana y social de esos tiempos, no hay que olvidar que la inspiración del autor no es en absoluto la de un agrónomo, sino la de un poeta que se tiene por intermediario entre los dioses y los hombres. No obstante, las informaciones que indirectamente nos procura sobre la vida en Beocia a fines del siglo VIII son inestimables.

Ver p. 24-25

Teogonía. Origen, genealogía de los dioses. [N. del T.]

LA SOCIEDAD

Se trata de una micro-sociedad en la que aparecen, lejanos y criticados, los ávidos *basileis* de Tespias, la ciudad más cercana: tras haber intervenido con ocasión del pleito, reciben de Hesíodo consejos para su mejor comportamiento. Pero su universo cotidiano es mucho más restringido: es el del *oikos,* reducido a su mínima expresión: la casa y su propietario, una mujer a la que ha de escogerse de modo que no dilapide los recursos y algunos esclavos; cuando llegan los trabajos más intensos se procederá a contratar a los jornaleros necesarios. Una tierra bastante como para vivir a fuerza de trabajar, pero a merced de la menor contingencia: una mala cosecha o un pleito y el equilibrio tan costosamente logrado se hallará en peligro. El espectro de la miseria está siempre presente y de ahí los múltiples consejos de prudencia que Hesíodo prodiga cuando se trata de relaciones de negocios: no fiarse de nadie en lo que respecte a un contrato y no tomar prestado sino de un igual a quien, además, pueda pagarse. Su ideal es, pues, el de la autarquía: no depender de nadie y vivir de los propios recursos. Éstos, por lo demás, son someros: el calendario agrícola evoca el ritmo de los cereales, con las tareas exigidas por la labranza y la trilla en una era redonda, las labores que requiere el viñedo y algunas referencias a las plantaciones. Ya no son los rebaños la característica de la riqueza, como en

«Mide exactamente lo que pidas prestado a tu vecino y devuélveselo con exactitud, en igual medida y aun mayor, si te es posible, para que puedas contar con su ayuda en caso de necesidad.» (HESÍODO, *Los Trabajos...,* 349-351).

las tierras de Ulises. Hay, desde luego, algunas ovejas, útiles por su lana y el queso; pero el primer lugar lo ocupan los animales de tiro y, sobre todo, el buey, cuya posesión equivale a la de un cierto nivel social. Verdaderamente ha podido señalarse que *Los Trabajos y los Días* recogen una serie de refranes populares comunes en los países mediterráneos, lo que no empece para que sean reflejo de cómo es esta clase de pequeños propietarios independientes que, poco a poco, van a ir poniendo en cuestión el poder de los aristócratas.

LA VIDA COTIDIANA

«No te sientes junto a la fragua ni en la tertulia a la solana durante el invierno, cuando el frío aparta a los hombres de las faenas, pues, entonces, el hombre diligente puede dar mucha prosperidad a su casa...» (HESÍODO, *Los Trabajos...*, 493-495).

El ideal postulado por Hesíodo es el autárquico, por lo que la vida colectiva se reduce mucho. Al pueblo se acude por lo indispensable: para avisar al herrero cuando uno no puede fabricar por sí mismo el utensilio preciso. No hacen falta muchos, por otro lado: el arado de madera (cada una de cuyas partes ha de elegirse cuidadosamente en una madera distinta), el yugo de los bueyes y un carro, todo lo cual puede enclavijarse. Las herramientas metálicas —hoz, podadera, azada y hacha— duran mucho. En la medida de lo posible, se procura evitar pedir nada al vecino y en Hesíodo no hay referencia alguna al intercambio de trabajos colectivos en el seno de la aldea, tan comunes en el mundo mediterráneo. Se teme al mundo exterior y la navegación que su padre practicaba le parece muy peligrosa. El ideal sigue siendo el de arrancar de la tierra nutricia, a costa de una lucha sin tregua, la propia independencia y, con ella, la dignidad. Este ideal refleja fielmente la mentalidad de los griegos: la agricultura seguirá siendo la actividad noble por excelencia, puesto que permite no depender de nadie que no sean los dioses.

LOS DIOSES

Estos dioses tienen amplia presencia en la obra de nuestro poeta. Se interesa por los mitos cosmogónicos y las luchas de los titanes e intenta organizar las complejas genealogías de los inmortales. Desarrolla para ello mitos profundamente simbólicos: el de Prometeo, el filántropo ladrón del fuego; el de Pandora, la mujer ambigua, regalo envenenado de los dioses a los hombres; o el mito de las razas, según el cual una degradación continuada lleva a los hombres de la Edad de Oro a la de Hierro, tiempo de decadencia, que es el del poeta.

«Antes, pues, que todo fue Caos —el Abismo—. Después, Gea —la Tierra—, la de amplio seno, sede segura ofrecida para siempre a cuantos viven... Gea dio vida, primero, al estrellado Urano —el Cielo—, con sus mismas proporciones para que la cubriera por todas partes y pudiese ofrecer a los bienaventurados dioses sede siempre segura...» (HESÍODO, *Teogonía*, 116-128).

Este mundo divino, más racionalizado que el de Homero, responde a una actitud religiosa completamente distinta. Para Hesíodo, el trabajo ha de ser ejecutado con minucioso ritualismo, por tratarse de una ley moral que impone su trato con los dioses. Hacer crecer el trigo no es sino una forma de vida inseparable de la experiencia religiosa. Esta vinculación directa con la dura ley de los dioses excluye toda solidaridad con los iguales. El poeta expresa, a un tiempo, el ideal individual del pequeño propietario y la crítica al lejano poder de los aristócratas, en nombre de la justicia. Prefigura la forma que, más tarde, tomará la puesta en cuestión del poder aristocrático: el recurso a la ley escrita y la definición de los derechos del ciudadano.

Es visible la diferencia entre los mundos de Homero y Hesíodo: uno nos muestra un cuadro social de aristócratas cuya ocupación principal es la guerra; el otro nos remite a los pequeños campesinos limitados

a sus pequeños terruños. Poco en común hay entre ambos: los demiurgos son los portadores de las noticias entre estos dos mundos y seguramente los poetas desempeñaron, también, algún papel que no estamos en condiciones de precisar. En último término, los encuentros se producen en la ciudad y en ella se toman las decisiones. La evolución del mundo arcaico pasa por la mediación de la estructura urbana y en ello reside parte de sus peculiaridades.

Pero por distintas que sean las aportaciones de uno y otro poetas, coinciden en un punto: entre ambos constituyen la base sobre la que descansa la mitología griega, transcrita en la literatura y en las paredes de los templos.

«... Es menester que el pueblo pague por la loca presunción de sus reyes (basileis) que, tramando mezquindades, desvían las sentencias mediante retorcidos veredictos. ¡Tened esto presente, reyes devoradores de presentes, y pronunciaos debidamente renunciando para siempre a vuestros torcidos veredictos! (HESÍODO. *Los Trabajos...*, 260-264).

PARA AMPLIAR ESTE CAPITULO

R. SCHNAPP redactó una actualización bibliográfica sobre los Siglos Oscuros en *Annales. E.S.C.*, 1974, pp. 1465-1474. Véase, además, P. DEMARGNE, *Naissance...*, cit.

Las obras de HOMERO están traducidas en la colección G. Budé, en la Pléiade, el Livre de Poche, col. Garnier-Flammarion y el Club Français du livre. Dos introducciones a su obra son G. GERMAIN, col. «Écrivains de toujours», ed. Seuil y, sobre todo, M. L. FINLEY, *El mundo de Odiseo*, FCE., México, 1961, con buena bibliografía. Es fundamental G.-S. KIRK, *Los poemas de Homero*, Paidós, Buenos Aires, 1968. HESÍODO cuenta con traducción de P. Mazon en la col. G. Budé. Un análisis interesante: el de M. DÉTIENNE, «Crise agraire et attitude religieuse chez Hésiode», *Latomus*, 68, 1963. Complétese con E. WILL, «Hésiode, crise agraire? ou recul de l'aristocratie?», *R.E.G.*, 1965, pp. 542-556. Finalmente, varios artículos referidos a su obra en J.-P. VERNANT, *Mito y Pensamiento...*, cit. J.C. BERMEJO, *Mito y parentesco en la Grecia arcaica*, Akal, Madrid, 1980, R. ADRADOS, FERNÁNDEZ-GALIANO, L. GIL, LASSO DE LA VEGA, *Introducción a Homero, I-II*, Labor, Barcelona, 1984.

CAPÍTULO V

La Ciudad arcaica y la expansión colonial (siglos VIII-VI)

Muchas de las cuestiones abordadas en el capítulo anterior vienen impuestas por la efervescencia de los siglos siguientes. Sin poder discernir aún una evolución o una revolución*, el historiador se encuentra ante un mundo de Ciudades ya organizadas y conscientes de sí mismas. En estos tres siglos y en su seno cobran forma los modelos políticos, culturales, sociales y religiosos que, para nosotros, constituyen Grecia. Por desdicha, la documentación es muy pobre: unas inscripciones en materiales consistentes (piedra o bronce), algunas obras literarias contemporáneas, salvaguardadas en época helenística y, generalmente, con forma poética y, por último, alguna literatura posterior, a veces, incluso, muy tardía, cuyo valor documental es muy desigual, lo que obliga a una crítica permanente de nuestros textos.

* N. del T. Estudios muy recientes (Snodgrass en 1981, De Polignac en 1984) han contribuido a desacreditar la universalidad de las concepciones gentilicias —muy centradas en el caso ateniense— de la sociedad prepoliada. Snodgrass sugiere una «revolución estructural» originada por la extensión de los procedimientos agrícolas en el siglo VIII, frente al anterior predominio del pastoreo. El crecimiento demográfico y la urbanización, junto a la pobreza de los suelos, dieron la base para el nacimiento de los fenómenos ciudadanos y provocaron la colonización. El mundo de los «Siglos oscuros», reflejado, según hoy se piensa, bastante fielmente en los cantos homéricos, estaría formado por «oikoi» autárquicos en los que la agricultura va ganando terreno y cuyo dominio lo ejercen pequeñas oligarquías locales que no pueden, sin abuso, ser confundidas con una monarquía y que tienen alcance apenas comarcal. La necesidad de la agricultura y la escasez de recursos de tierra llevaría a los procesos de sinecismo («synoikismos», agrupación de «oikoi»), a la organización militar hoplítica y a la concentración de funciones en una sede significativa, sobre todo desde el punto de vista religioso: la ciudad, corazón de la futura polis, sobre la cual —por eso no surgen monarquías en sentido estricto— la comunidad de miembros ejerce un visible control e, inicialmente, se dota de un templo común, a menudo extraurbano, y, luego, de murallas y de un patrocinio heroico en cuyo culto se simboliza la unión cívico-militar.

I. LA CIUDAD ARCAICA

«Ni las piedras, ni las maderas ni sus constructores hacen la Ciudad: la Ciudad y sus murallas están doquiera se hallen hombres capaces de procurar su seguridad». (ALCEO, poeta, aristócrata y soldado, Mitilene, fines del siglo VII. Ed. Loeb, 29)

La Ciudad presenta una notable uniformidad estructural aun cuando sus regímenes políticos, el ritmo del desarrollo económico, intelectual y cultural e, incluso, ideológico, varíen considerablemente. Seguían hacía notar M.I. Finley, si bien cuesta algún trabajo encontrar una definición que permita circunscribir el mundo de la Ciudad, los antiguos no tenían dudas a la hora de aplicar correctamente el término, de modo que no experimentaron la necesidad de definirlo. Sus usos nos muestran que, ante todo, se trataba de una comunidad humana: no eran Tera, Atenas o Síbaris las que tomaban un decisión o firmaban un tratado, sino los tereos, los atenienses o los sibaritas; para Alceo, los ciudadanos —y no la ciudad— eran quienes organizaban la defensa.

CIUDAD Y CAMPO

La llamaban *polis*; geográficamente, era el conjunto de ciudad y territorio, son sus hábitats agrupados o caseríos dispersos, puerto, acrópolis, llanura o colinas: todo ello se fundía en la Ciudad. La diversidad era bien venida, pues ayudaba a acercarse a la autarquía, nunca conseguida del todo, pero considerada como garantía necesaria de la libertad y la autonomía. No hubo oposición ni, menos, sumisión entre lo rural y lo urbano. Muchos residentes urbanos vivían de las rentas de sus campos que a menudo explotaban directamente, mientras que muchos aristócratas, que durante mucho tiempo aún, serían los verdaderos dueños del poder, vivían en el campo. Otros muchos, en fin, desarrollaban actividades dobles, y aun triples, que los llevaban tan pronto a la ciudad como a sus campos o a la mar.

Cora o Khora. Territorio de la Ciudad-estado, por oposición al núcleo urbano en sí.

Las fincas estaban siempre cerca del centro político, pues su superficie era limitada: las dimensiones de una Ciudad como Atenas (2.600 km^2, aprox.) son excepcionales; en el extremo opuesto, en los 173 km^2 de la isla de Ceos había cuatro *poleis*. Por ello no tenía nada de incompatible vivir en la ciudad y trabajar en el campo y la urbanización, frecuentemente nacida de un sinecismo o de una necesidad defensiva, no suponía necesariamente una división de la población.

Ática. Ver mapa 12

Sinecismo. Agrupación de aldeas conducente al establecimiento de una administración común y cultos e instituciones políticas también comunes, pero sin desplazamiento del hábitat; el proceso fue, probablemente, casi siempre muy gradual.

LA POSICIÓN DEL INDIVIDUO

Además, el aislamiento del individuo era raro. La población era restringida y la administración, inexistente: las relaciones de vecindad desempeñaban una función considerable (definición de límites de propiedades, testimonios, préstamos sin interés de todas clases). Más aún: el individuo estaba prendido en una trama de relaciones familiares o pseudofamiliares, a veces oscuras (parentesco ficticio e integración común en un grupo tenían tanta importancia —salvo para las herencias— como el parentesco real). Parece que el *oikos* siguió siendo la célula básica, aunque la Ciudad no lo tenía en cuenta sino a efectos de arreglos de herencias o de repartos (p. ej., distribución de *kleroi* o participación en el esfuerzo colonizador).

Oikos. Ver capítulo IV, III

Kleros, «lote». En su sentido etimológico, lote de tierra que se atribuye, mediante sorteo, al ciudadano.

El *genos,* agrupación de *oikoi,* reúne artificialmente a cuantos se supone descendientes de un antepasado común, mítico, por lo general; las posesiones de sus miembros radican, generalmente, en una misma zona. Tal es el grupo privilegiado de los nobles, a través del cual se

Genos, pl. gené. Etimológicamente vinculado a la noción de nacimiento, familia, raza, descendencia.

produce la afirmación de su poder; no obstante, es posible que los no nobles formasen parte del *genos*, a título de una especie de clientela de hombres libres bajo la protección de los más poderosos a quienes, en tal caso, servirían.

Una crítica del concepto tradicional de *genos* se ofrece en la tesis de F. BOURRIOT, *Recherches sur la nature du génos*, Lila, 1976. Véase N. del T., al comienzo de este capítulo.

Parece que, paralela y más antiguamente, existían las fratrías, «hermandades» ficticias también, de las que no sabemos si, como piensa A. Andrewes, agrupaban únicamente a las familias nobles de varios *genê* o si también a sus dependientes no integrados en aquéllos. En la *Ilíada* es una agrupación de carácter militar, pero, en la época clásica, la fratría desempeña un importante papel en el reconocimiento de la legitimidad de los hijos (y, por lo tanto, de la ciudadanía). Su actividad parece sobre todo religiosa y familiar: garantiza un solidaridad en el común respeto a los muertos. Ciertos no nobles (que no necesariamente son pobres) se agrupan en *orgeones*, con un fundamento asimismo cultual; en Atenas acabarán por integrarse en las fratrías. Por último, aparecen los *thiasoi*, en que se juntan gentes de todas clases, acaso para cultos comunes.

Phylé

El papel histórico de la tribu (*phylé*) no se hace visible sino desde el siglo VII. Con anterioridad, la población aparece tradicionalmente repartida, entre los dorios, en tres tribus y en cuatro entre los jonios, lo que sirve de base a la organización social y política. La integración en el cuerpo cívico de nuevos miembros de derecho y su acceso a la participación política activa van acompañados de una recomposición tribal.

Ver capítulos VI, III y IX, I

Aunque ignoramos el origen, finalidad y actividades colectivas de estas asociaciones, comprobamos, no obstante, que daban sólida estructura al cuerpo social y que cuantas reformas apuntaron a modificar profundamente las relaciones sociopolíticas las manipularon; resultaban, sin duda, esenciales para el funcionamiento de la Ciudad, como intermediarias entre los individuos y la comunidad.

LOS GRUPOS SOCIALES

«Los más conocidos entre estos dependientes son los hilotas lacedemonios, los penestas de Tesalia, los uoicos de Creta, los quilirios de Siracusa, los bitinios de Bizancio, los mariandinos de Heraclea del Ponto, los paroicos y pelatas de todas clases en Istros, Quersoneso de Táuride y en el reino del Bósforo...»
(PÓLUX, griego alejandrino del siglo II d. de C., autor de un diccionario, el *Onomástikon*).

No todos los habitantes de una Ciudad se hallan integrados en su comunidad en igual grado. Los no libres forman un grupo aparte, bastante heterogéneo, por lo demás. El esclavo comprado o criado por su amo forma parte del *oikos* o del taller artesano; es extraño a la Ciudad. El hombre libre que cae en esclavitud es vendido fuera de ella y queda excluido de la comunidad. Pero hay muchas gentes sujetas a servidumbre en las tierras que deben trabajar, aun gozando de una relativa autonomía en su existencia y de algunas oportunidades para librarse de esta condición. «Entre la libertad y la esclavitud», según la expresión de Pólux, suponen un grupo nada despreciable y, a veces, incluso predominante en la Ciudad, por lo cual ésta no puede inhibirse a su respecto. Aunque excluidos de toda participación en decisiones, están integrados en la Ciudad, más que el mero extranjero. Se duda en incluir en este grupo a los campesinos reducidos a situación de dependencia económica y moral, aunque conservando —¿durante cuánto tiempo?— su estatuto de hombres libres. Su número acabó por plantear problemas, como sucedió en la Atenas presoloniana, y sus condiciones de exis-

tencia los acercaron paulatinamente a la servidumbre. No obstante, siguieron en posesión de sus derechos, como ciudadanos virtuales, ya que la abolición de las deudas bastó para restablecerlos en su integridad política.

PODERÍO DE LA ARISTOCRACIA

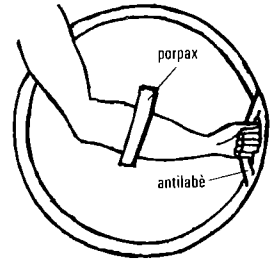
Los hombres libres de la Ciudad tampoco son un conjunto homogéneo, aun dejando a un lado a los extranjeros, grupo de difícil estudio para esta época. Las desigualdades sociales —muy relativas, a nuestros ojos, ya que apenas existían grandes fortunas— se traducen, de hecho, en el poderío de una aristocracia que concentra todos los poderes: se atribuye el derecho de juzgar, en tanto que no hay derecho escrito ni control popular; y se reserva las funciones importantes del Estado hasta el punto de que la Ciudad es, primero, la aristocracia. Al mismo tiempo, posee buena parte de los bienes raíces. No sabemos si el ejercicio de funciones importantes permitió a algunos apropiarse de más tierras o a la inversa. Después, el privilegio de cuna desempeña el papel esencial. Pero el mantenimiento de los poderes de esta casta implica que los bienes de la familia, aun sin dividirse ni enajenarse, se mantengan en proporción con el número de sus miembros; en caso contrario, algunos acaban excluidos del grupo por su pobreza o se marchan en busca de fortuna a otra parte o, incluso, emprenden nuevas actividades. En el seno de esta aristocracia ocurre que consiguen destacarse uno o varios *gené*, que llegan a monopolizar el poder (más de hecho que de derecho), como los Baquíadas de Corinto, los Basílidas de Éfeso y muchos otros más en el mundo asiático. Se trata, entonces, de una oligarquía más o menos estricta, aunque siempre frágil.

Muchos hombres libres, de distinta fortuna, se encuentran, de este modo, sometidos al gobierno de unos cuantos. Por etapas sucesivas (y no siempre completamente), el *demos* acaba por imponer una ampliación del cuerpo cívico activo mediante la paulatina integración de todos en las instancias de deliberación y judiciales y la potenciación del control sobre los dirigentes.

Demos. Territorio y, luego, población que lo ocupa. El término cobra enseguida sentido político (los titulares de derechos o los ciudadanos) o sociológicos (los no aristócratas; a veces, los pobres).

LA REFORMA HOPLÍTICA

Puede admitirse que las transformaciones militares desempeñaron un papel decisivo en estas conquistas políticas, pues es cierto que no puede imponerse la defensa de la Ciudad a quien no está preocupado por ella. Las representaciones figuradas nos muestran que la organización del ejército como falange hoplítica era un hecho a mitad del siglo VII. Todo está allí: la lanza de acometida, el yelmo, el coselete liso, las cnémides o grebas, el escudo redondo de asa doble y, sobre todo, la falange compacta marchando al ritmo marcado por el auleta. Por separado, estos elementos estaban ya adoptados a comienzos del siglo VII. La cohesión interna de la falange está íntimamente relacionada con el escudo: sujeto sólidamente, ya no puede echarse a la espalda para proteger la huida; al contrario, por delante, cubre la parte izquierda del cuerpo y la derecha del compañero de fila; de ahí una solidaridad total, un entrenamiento colectivo regular y la necesaria cohesión en la acción (y en el valor); de ahí, también, la desaparición de los profesionales de la guerra y una igualdad absoluta entre combatientes: se termi-



El escudo de hoplita

Auleta. Tocador de aulos, especie de oboe.

naron los campeones fuera de filas, aun cuando queden sus vestigios en la existencia de unidades de «selectos» y en algunos relatos herodoteos.

Pero una falange tan compacta no puede apenas maniobrar si no es en campo abierto y en un combate no improvisado; tampoco es apta para la persecución del enemigo derrotado. La guerra se inscribe en una mentalidad arcaica; es el *agón*, en el que se desea mostrar la propia superioridad y mantener el terreno para consagrar allí a los dioses las armas abandonadas por el adversario. Esta forma de guerra, arcaica en su táctica, resultó de efectos políticos revolucionarios: si bien no todos podían pagarse tal armamento, al menos quienes sí podían no soportaron por más tiempo la contradicción entre la igualdad en el combate y la desigualdad en el poder. Por ello, muchas de las reivindicaciones políticas del *demos* debieron de triunfar con ocasión de tal o cual combate. De este cuadro está ausente la caballería; existe, sin embargo, pero, como reclutada entre los más ricos, no es aún mucho más que una infantería montada y un cuerpo de enlace.

«*Agón* significa competición y la palabra *agonístico* describe el mundo de las competiciones atléticas que desempeñaron una función creciente en la vida de la aristocracia y de la polis. Sin embargo, con la palabra *agonal* se alude a un concepto más amplio: al espíritu de competición leal en todos los campos de la existencia, incluso en la guerra... En ningún otro pueblo como en el griego encontramos al gusto por la competición informándolo todo en la vida, privada y pública, artística y política, en el interior del Estado y entre Estados.»
(V. EHRENBERG, *From Solon to Socrates*, 1968, p. 19)

ESTRUCTURA POLÍTICA

¿En qué consistía la participación en el poder político? No había, aún, reglas bien definidas: todo se traducía en términos de poderes heredados o adquiridos paulatinamente, aunque existía un marco ya asentado, acaso desde hacía siglos: magistraturas, consejo y asamblea eran la trilogía institucional inherente a la Ciudad; su composición y funcionamiento, así como su número, eran variables.

Magistraturas

Para Aristóteles, la creación de arcontes habría ido pareja con una reducción del poder regio en beneficio de los aristócratas. Tal evolución se adecúa poco al caso de Esparta; por otra parte, el *lawagetas* ya existía simultáneamente con el *wanax* micénico; y, además, el *basileus* homérico no parece que tenga tantos poderes como para pensar en poder dividirlos en distintas especializaciones. Las funciones de los arcontes también nacieron a medida de la evolución de las necesidades de una comunidad cuyo carácter político se consolidaba y estructuraba, quedando para el *basileus* lo que ya era antes su función esencial: vincular a la comunidad con los dioses. Estos magistrados (arconte, polemarca, prítano, etc.) eran los jefes de la Ciudad, pero no sus soberanos.

Magistrado. Ciudadano investido de un cargo o de una función pública. El uso del término procede de la traducción latina por *magistratus* de la voz griega arconte.

Arconte. El que ostenta la *arjé*, poder de mando y de decisión, por delegación y bajo control.

El consejo (Bulé, *Boulé)*

Son asistidos por un Consejo, compuesto de manera aún aristocrática, pero según modalidades precisas, que no conocemos bien y que quizás fuesen variables, incluyendo a todos los jefes de las grandes familias o sólo a una parte, sin que sepamos si era por elección o innatamente, vitalicia o temporalmente, sin límite de edad o, como en Esparta, desde los sesenta años. Todo es posible. Aconsejaba y controlaba tanto a los magistrados cuanto a la Asamblea y ejercía, con seguridad, un importante papel judicial. Algunas Ciudades crearon un segundo consejo democrático.

Probúleuma, *proboúleuma*. Proyecto elaborado por el Consejo y sometido a votación de la Asamblea.

La Asamblea

Finalmente, la soberanía pertenecía a la Asamblea. Su composición es problemática y no sabemos si podían participar los ciudadanos cuyo nivel de renta no les permitiese alcanzar la condición de hoplitas, aun-

que es posible, si suponemos que servían en el ejército en otros niveles; o si se admite que la Ciudad era algo más que su ejército, y que su Asamblea era algo más que una simple asamblea de soldados. En Atenas, por ejemplo, habría sido Solón quien la abrió a todos. Sea como fuere, la Asamblea amplió su competencia a medida que la Ciudad se consolidó y votaba decisiones que obligaban al conjunto de la comunidad, aunque no sabemos si todas debían pasar por la Asamblea; ello hubiera hecho más fácil su aplicación y respondería a una concepción determinada de la colectividad; en todos los casos, el Consejo y los magistrados tendrían que haber preparado previamente el debate. ¿Cuáles eran los asuntos sobre los que podía pronunciarse el voto de la Asamblea? Las relaciones con el extranjero (en particular, las alianzas) y, desde luego, la paz y la guerra. Ésta parece vinculada a una afirmación territorial de las Ciudades más importantes: la frontera, elemento antaño desdeñable, se convierte en un límite por cuya precisión hay que preocuparse. También debían de depender de la Asamblea la elección de los magistrados y, a veces, de los consejeros, los asuntos religiosos (organización de cultos y fiestas, edificios), las fundaciones de colonias, las decisiones de urbanismo (construcción de fortificaciones, modificación de trazados viarios, demarcación y construcción del ágora, acondicionamiento del puerto, etc.) y, por último, una creación fundamental: la moneda.

Ver capítulo VII-II

Lamentos de un poeta-ciudadano exilado: «Yo, pobre mortal, llevo una vida rústica, anhelando oír que se me convoca a la Asamblea, oh Agesilaides, y al Consejo; alejado de cuanto mi padre y el padre de mi padre tuvieron en su vejez, entre estos ciudadanos que se buscan pendencia unos a otros, heme aquí expulsado, exilado en los confines...» (ALCEO, Lobel-Page, G 2).

LA MONEDA

Hasta donde sabemos, la moneda es un hecho tardío. A las estimaciones de grandes valores en bueyes, caballos o mujeres se añadían los metales, que se pesaban en lingotes, talentos, trípodes, hachas dobles, calderos y, más frecuentemente, en dracmas (puñado de seis óbolos o varillas). Pero la idea de una pieza de metal raro (electron, oro o plata), de peso siempre igual y sellada para indicar su valor e identificar al poder público que la garantizaba, nació seguramente en Lidia, en el tercer cuarto del siglo VII; pasó, primero, a las ciudades griegas de Asia Menor y no llegó al continente hasta el último cuarto del siglo; empezó Egina, seguida de lejos por Corinto y Atenas, en el primer cuarto del siglo VI, y por Eubea, ya en el 530. El inicio cronológico absoluto nos viene dado por el tesoro del Artemisio de Éfeso, con el paso de la gota de metal sin tipos a la moneda con ellos. Ésta se impuso en la ciudad emisora con un *premio*, privilegio de que carecía fuera de sus fronteras. Pero las razones de la aparición de la moneda no pueden estar en las necesidades mercantiles. Las primeras monedas no circulan apenas fuera de la Ciudad de origen, con excepción de las emitidas en las zonas ricas en metal precioso, pues su débil premio las convierte en interesante valor de cambio. La creación, pues, responde a necesidades políticas: soldadas de mercenarios, financiación de obras públicas, pago de ofrendas a las divinidades y quizás, también, para facilitar el control de pagos hechos a la Ciudad, como multas o tasas. Todas esas razones pudieron darse, lo cual nos remite otra vez a la Asamblea, pues tal medida política había de ser decidida por la colectividad.

Talento. «Balanza» y, luego, valor ponderal; es una unidad de cuenta, de 37,7 kgs. en el sistema eginético y de 26,19 en el euboico.
6 óbolos = 1 dracma
1 mina = 100 dracmas
1 talento = 60 minas

Premio. En Numismática, valor ligeramente superior al del metal de la moneda, a causa de los gastos de compra y acuñación

Egina. Estátera del siglo VI a. de C. (12.4 grs.).
1 estátera = 2 dracmas.

Habría, finalmente, que decir algunas palabras sobre la justicia. También en esto se va asentando la soberanía del *demos*: con el desa-

LA JUSTICIA

rrollo de una legislación escrita (véase cap. siguiente) ya no pudo ejercerse el arbitrio de la aristocracia; los organismos oficiales fueron invistiéndose de poderes judiciales crecientes; puede, incluso, resultar que a través de ellos pudiesen consolidar su poder político.

Así, durante estos tres siglos, la Ciudad cambia, poco a poco, de aspecto. Se partía de un mundo en que la justicia, la religión oficial, la guerra o las relaciones internacionales dependían del poderío de algunas grandes familias, sin que resultase, incluso, posible la distinción entre lo público y lo privado; a fines del siglo VI vemos ya una Ciudad que ha conservado casi todas sus estructuras, pero ha trastornado sus contenidos y usos, en buena medida a causa de la apertura provocada por el movimiento colonizador (véase inmediatamente después). Para llegar a la imagen clásica no quedará ya sino afinar y completar. Así, pues, la Ciudad se impone como un poder total, totalizador, por ejercerse sobre todos sin excepción; a cambio, todos los ciudadanos están vocados a participar en el ejercicio de este poder.

ÉTHNOS Y KOINÓN

Koinón. Literalmente, lo que es común o público. [N. del T.]

Algunas regiones, empero, del mundo griego no se organizaron en Ciudades-Estado. En Tesalia, Etolia y en las regiones marginales como eran Macedonia o Epiro, la vieja organización tribual (y, quizás, monárquica) siguió siendo fundamental. Los griegos hablaban, en estos casos, de *ethné*. En las zonas en que hubo una evolución algo más rápida se esbozó la constitución de un Estado federal, el *koinón*: en Tesalia o en Etolia se elaboraron estructuras políticas sólidas, pero, para estos tiempos más antiguos, siguen resultándonos aún muy misteriosas.

II. EL MOVIMIENTO DE COLONIZACIÓN: FUENTES DE INFORMACIÓN Y SIGNIFICADO

La colonización arcaica, bien conocida e indiscutible, es un fenómeno de delicadas explicación y comprensión para quien se deje engañar por el vocabulario moderno.

DEFINICIÓN

Oikistés u oikister. Es quien establece un nuevo oikos o hábitat. Por extensión, el fundador de una Ciudad colonial. *Ver mapa 6*

Un grupo de hombres parte —embarcado—, dirigido por un *oikistés*, un futuro fundador, jefe de la expedición. El punto de arribada previsto se alcanzará, tras algunas modificaciones o infortunios. De grado o por fuerza, sus habitantes anteriores habrán de abandonarlo. Desde la implantación o tras algún tiempo de crecimiento, nace una nueva Ciudad; ha llevado consigo la llama del lar de su Ciudad-madre de la que, a menudo, adopta los dioses y las instituciones políticas, en tanto que su estructura social ha de adaptarse a las condiciones de este desarraigo colectivo que rechazó la compleja herencia de las tradiciones ancestrales. Esta nueva Ciudad, más tarde, podrá resultar más potente y famosa que su metrópolis; entre ambas no hay dependencia alguna ni control, sino libre juego de influencias recíprocas en el que es excepcional el intento de utilización de las colonias con propósitos imperialistas. Siempre habrá vínculos con la Grecia continental, con una u otra de sus Ciudades: tal es el esquema, simplificado, que nos propone la

tradición histórica y que, de hecho, enmascara buen número de problemas.

CRONOLOGÍA Y GEOGRAFÍA

El cuadro cronológico (ver este mismo capítulo) y los mapas nos suministran lo principal de los hechos, a menudo muy discutible el primero y a veces inseguros los segundos. Pero se desprenden con bastante claridad los principios siguientes:

— Un primer período de fundaciones escalonado durante un siglo (aproximadamente entre 770 y 675). Su limitación procede tanto del número de Ciudades matrices cuanto de la localización de las colonias, en que dominan calcidios, megarenses y corintios, todas ellas en Sicilia o en Italia del sur, llamada «Magna Grecia». Las colonias del siglo VIII fundan, a su vez, otras, mientras que los eubeos se implantan en la Calcídica de Tracia, al norte del Egeo.

Ver mapa 6

— Hacia el 675 este movimiento cambia de aspecto: el área de colonización se extiende hacia el norte (Tracia, Helesponto, Propóntide, Bósforo y Ponto Euxino), hacia el sur (sobre todo, Egipto y Cirenaica) y hacia el oeste, en donde los focenses se muestran particularmente activos en Galia, Iberia y Córcega; la costa este del Adriático se convierte en un coto corintio. El origen de los colonos se diversifica: junto a los incansables megarenses aparecen muchos griegos asiáticos y de las islas egeas —sobre todo, milesios y focenses— y, finalmente, los atenienses hacia el norte del Mar Egeo, en la ruta de los Estrechos.

Ver mapa 3

Acaso deban estos cambios relacionarse con distintas necesidades, que intentaremos discernir.

MOTIVACIONES DE LOS COLONOS:

Las fuentes

Disponemos de algunos relatos, de Heródoto, de Diodoro de Sicilia y de Estrabón, principalmente, sobre las circunstancias que ocasionaron la partida de colonos: asuntos personales o políticos, superpoblación y carestía en una Ciudad o espíritu aventurero; la anécdota oculta con frecuencia causas más profundas y homogéneas. A esta tradición literaria se añaden algunas inscripciones, tardías, por desgracia, de las que es la más celebre la del decreto de fundación de Cirene, texto apócrifo del siglo IV a. de C. en el que es preciso detectar los elementos más antiguos. Las restantes, más difíciles, pero igualmente interesantes, son del siglo V: decreto de fundación de Naupacto, hacia 460; el bronce Pappadakis, procedente seguramente de una colonia de la Magna Grecia bajo influencia locria y de fecha discutida (fines de VI a 460-450); el decreto ateniense de la fundación de Brea (450-445) e inscripciones coloniales tardías que informan sobre cultos o instituciones políticas. Más cargadas de futuro están las excavaciones arqueológicas, actualmente orientadas hacia las condiciones de instalación de los colonos, su ocupación del suelo y sus relaciones con los indígenas.

DIODORO DE SICILIA. En el siglo I a. de C. quiso escribir una historia universal de la que no poseemos sino algunos libros. Compilador muy dependiente de sus fuentes, suministra numerosas informaciones que deben controlarse cuidadosamente.

ESTRABÓN. Historiador y geógrafo (64-63 a. de C. —no antes del 21 d. de C.), era un griego del Ponto que no parece viajase mucho pero que, en su Geografía, procura multitud de informaciones de geografía histórica, tenidas, por lo general, como bastante seguras.

La muy delicada interpretación de este material permite llegar si no a certezas, al menos sí a presunciones fundadas.

... y la investigación de las causas últimas

En un primer momento, prevalece, por lo general, una explicación demográfica y social de estas emigraciones. Por ejemplo, sabemos que una carestía llevó a los calcidios a fundar Rhegion (Regio) y a los tereos a instalarse en Libia. La aparentemente muy estricta reglamentación del

Presión demográfica y ansia de tierras

CRONOLOGÍA DE LAS PRINCIPALES

	Fecha fundación	COLONIA	METRÓPOLIS
Primera oleada (hasta 675).			
— **Hacia el oeste:**	770	Pitecusas	Calcis
Sicilia y Estrecho de Mesina	757	Naxos	Calcis
(gentes de Eubea e istmo de Corinto).	?	Leontinos	Naxos de Sicilia
	?	Catania	⩽ Calcis
	750	Mégara Hyblea	Mégara
	740	Cumas	Calcis
	734	Siracusa	Corinto
	?	Zancle	Calcis
	730	Rhegion	Calcis + Mesenia ?
Golfo de Tarento	Fines VIII	Síbaris	Acaya + Trecén
(Peloponesios).		Crotona	Acaya
		Tarento	Esparta
Varios	680	Locro	Lócride Ózola
(Nuevos colonos).	h. 675	Gela	Rodas + cretenses
	h. 675	Siris	Colofón
	Fines VIII princ. VII 2.ª	proliferación colonial: Zancle, Cumas, Naxos, Síbaris (Metaponto), Crotona, Tarento.	
— **Hacia la Calcídica tracia y el Golfo Termaico.**		Toroné, Mendé Skione, Metoné	Calcis y Eretria
Segunda oleada tras 675.			
— **Norte y N.E. del Egeo:**	h. 682	Tasos	Paros
Tasos y costa tracia.	después	Perea tasiota	Tasos
	h. 650	Numerosas fundaciones	Eolios, quiotas, andriotas
	600	Potidea	Corinto
	560	en el Quersoneso	Atenas
	545	Abdera	Teos
Helesponto, Propóntide y Bósforo.	Fines VIII	Parion	Mileto y otros
	h. 687	Calcedonia	Mégara
		Selimbria	Mégara
	a. 675	Astakos	Mégara
	676	Cízico	Mileto
	poco d.	Abydos	Mileto
	h. 660	Bizancio	Mégara
	654	Lámpsaco	Focea
	h. 600	Perinto y otras	Samos

FUNDACIONES COLONIALES

	Fecha fundación	COLONIA	METRÓPOLIS
	600?	Sigeo	Atenas
	ss. VII-VI	Muchos pequeños establecimientos	Mileto
— **Ponto Euxino:**	h. 650	Sínope	Mileto
Litorales S. y O.	h. 650	Istros	Mileto
	564	Amisos	Mileto
	560	Heraclea del Ponto	Mégara
	540	Calatis	Heraclea del Ponto
	510	Mesembria	Bizancio + Calcedonia
	siglo VI	Sésamo, Tíos, Trapezunte, peq. factorías	Mileto Sínope
Litorales O. y N.O.	646	Olbia	Mileto
	?	Tyras	Mileto
	610	Apolonia	Mileto
	575	Odessos	Mileto
	550	Tomi	Mileto
		Añádanse pequeñas fundaciones de Mileto, Apolonia y Mesembria	
Litorales N. y N.E.	600-500	Bósforo cimerio	Mileto y Teos
	ss. VII-VI	Litoral este	Mileto
— **África:**	650-625	Naucratis	Mileto + Samos + otros
	630	Cirene	Tera
	560-520	Barcé y Euhespérides	Cirene
— **Occidente:**	600	Massalia	Focea
Focenses en *extremo Occidente.*	565	Alalia	Focea
	540	Elea (Velia)	Focenses de Alalia
	?	Emporion, Hemeroskopeion, Mainaké	Focenses
	s. VI	Teliné (Arles)	Massalia
Últimas fundaciones en *Silicia y Magna Grecia.*	h. 675	Posidonia	Síbaris
	663-592	Acras, Casmenas, Camarina	Siracusa
	650	Selinunte	Mégara Hyblea
	648	Himera	Zancle
	580	Agrigento	Gela
		junto con otras fundaciones menores por Selinunte, Cnido, Rodas y Samos.	
— **Adriático:**	627	Epidamno	Corintio + Corcira
	600	Apolonia	

«En siete años (...) no llovió en Tera y, durante ese tiempo, cuantos árboles había en la isla, con excepción de uno sólo, se secaron. Los tereos consultaron con el oráculo y la Pitia contestó que estableciesen una colonia en Libia.»
(HERÓDOTO, IV, 150)

reparto de tierras al arribo, así como de sus condiciones de transmisión y de integración de los llegados más tarde, se muestra como una serie de medidas destinadas a aliviar «el ansia de tierra» (*stenokhoría* lit., «escasez de tierra»), de la que parece sufrieron las Ciudades griegas durante el arcaísmo. Podemos preguntarnos si se debió a un crecimiento demográfico en términos absolutos o a un movimiento de acaparamiento de tierras por los más ricos y poderosos, según modos de los que lo ignoramos todo en los siglos VIII y VII. La fragilidad del equilibrio autárquico era tal que la menor dificultad (en particular, las de origen meteorológico) desencadenaba una crisis.

Desequilibrio político en la Ciudad

En la mayor parte de los casos, los relatos anecdóticos se refieren a un hecho de tipo personal, bajo el que se oculta con frecuencia un conflicto de orden político. La tensión alcanza, a veces, su umbral crítico con el enfrentamiento entre una oligarquía (incluso tiranía) en el poder y quienes no lo tienen: aristócratas marginados, *demos* rural, artesanos y comerciantes; enviar a un grupo de descontentos a fundar una colonia podía evitar una difícil revisión de las relaciones de autoridad y de las instituciones. Por eso es tentador interpretar la fundación de Tarento por los «partenios», que resultaron indeseables en Esparta tras la I Guerra de Mesenia. Pero, a veces, el conflicto se desarrollaba en el seno de las familias dirigentes y podía llevar a crímenes que provocasen la marcha forzosa del ejecutor, como Arquías, baquíada de Corintio, que, condenado por asesinato, partió a fundar las colonias de Corcira y Siracusa. ¿Cuántos hijos de familia, demasiado impacientes, hubieron de exiliarse? ¿Cuántos segundones destinados a posiciones mediocres en el ámbito familiar eligieron la aventura? Embarcados por razones personales, expresaban, mediante esta ruptura (tan dolorosa para una mentalidad arcaica), la profundidad de un descontento que no hallaba en la Ciudad posibilidad de expresarse o de calmarse.

Partenio. Literalmente, hijo de una virgen o de una mujer soltera. [N. del T.]

¿Realización de una Utopía?

Además, y puesto que estas Ciudades nuevas, en su mayoría, reproducían el esquema geográfico e institucional de las de origen (habiendo, además, desde su llegada, procedido seguramente los colonos a un reparto igualitario de un suelo casi siempre más fértil que el de sus padres) es natural admitir que iban en busca de un mundo mejor: disponer de un nuevo suelo, crear una Ciudad sin pasado, en la que todos tuviesen su oportunidad, tierras y derecho de ciudadanía, constituía una fuerte llamada para muchos insatisfechos.

«La colonización no parece tanto consecuencia de una dura necesidad vital cuanto un intento de transplantar, mejorándolo, refinándolo, un cierto tipo de organización económica y social (...). Pero (las colonias) son más que una mera imitación: son, también, la proyección idealizada de la Ciudad griega.»
(P. CLAVAL y P. LEVÊQUE, *Rev. géogr. de Lyon, 1970, p. 185*)

Causas comerciales

No obstante, no todos los colonos eran de extracción rural o aristócratas que viviesen de sus tierras. Algunos de los aventureros vivían de la artesanía o del comercio. La elección de emplazamientos, su situación junto a lugares de paso privilegiados, las relaciones comerciales que conocemos, el método de implantación y la naturaleza de las relaciones con los indígenas y los numerosos y crecientes testimonios sobre intercambios comerciales obligan a atribuir a las intenciones comerciales una parte nada desdeñable en estos desplazamientos de población. Está aún viva la discusión entre la primacía de las necesidades de tierra y espacio respecto a los objetivos comerciales. Debate sin solución posible y acaso

superfluo. Las preocupaciones agrícolas están, desde luego, en el primer plano de los problemas económicos de la época: tierras de cultivo para cada uno y productos alimentarios para todos; pero las navegaciones que permitieron conocer tantos lugares y a sus indígenas eran comerciales. Si bien los dos períodos que tradicionalmente suelen distinguirse se corresponden ciertamente con el predominio, sucesivo, de objetivos agrícolas y comerciales, hay que hacer lugar para cualesquiera excepciones, salvo que se desee incurrir en multiplicar los contrasentidos y las contradicciones.

III. ORGANIZACIÓN DEL MOVIMIENTO: IMPLANTACIÓN DE LAS COLONIAS Y RELACIONES CON LA METRÓPOLI Y LOS INDÍGENAS

LA PARTIDA

Tanto la tradición como la fisionomía de las colonias llevan a considerar con cuánto cuidado se organizaba la expedición por una Ciudad y, a veces, por dos; así se aseguraba el núcleo humano de la futura colonia, sin perjuicio de que se aceptase (o, incluso, se procurase) un complemento a base de voluntarios.

Sobre Delfos, ver cap. VIII, II y mapa 17.

Debido al engaño creado por el gran número de oráculos délficos asociados a las fundaciones, se ha creído largo tiempo que este santuario, tan influyente en época arcaica, había guiado el movimiento de colonización. Eso es llevar las cosas demasiado lejos. De Apolo se solicitaba la necesaria sanción religiosa, pero muchos oráculos se elaboraron a posteriori, para justificar y consolidar una fundación ya realizada. Es, también, posible que la fama internacional del santuario hiciese de éste un lugar de encuentro en el que convergiesen y se intercambiasen las informaciones aportadas por los viajeros.

«Los tereos embarcarán como compañeros, en condiciones iguales y semejantes para todas las familias: se elegirá a un hijo de cada una; embarcarán hombres jóvenes... Quien se niegue a embarcar... será reo de muerte y sus bienes confiscados. Quien lo acogiere o protegiere, aun tratándose de su hijo o de su hermano, recibirá igual castigo que el que se hubiere negado a embarcar.»
(Decreto de fundación de Cirene, grabado en el siglo IV a. de C., MEIGGS-LEWIS, *op. cit.*)

A la cabeza de la expedición se designaba a un «*oikistés*» (excepcionalmente, a dos) para que «fundase» la nueva Ciudad, lo que, en ocasiones, podía suponerle un culto heroico. Ante todo, se trataba de un acto religioso: el oiquista transfería un culto de la metrópolis y consagraba la ciudad a esa divinidad, a la que reservaba un *témenos*; probablemente era él quien instalaba, también, el fuego sagrado de la Ciudad, junto al que Hestia velaría por la comunidad, al igual que lo hacía en cada *oikos*. A diferencia de lo que sucede más tarde (en Brea, por ejemplo), el oiquista controla el reparto de suelo, previendo reservas comunales y para ocasionales colonos suplementarios. Cuando concluye su misión, se queda (Battos, en Cirene, en donde fundó una dinastía) o se marcha, dispuesto a dirigir una nueva expedición.

Témenos. Porción de terreno reservada al jefe, a un héroe o a una divinidad.

RELACIONES CON LA METRÓPOLI

Una vez fundada, la Ciudad disfruta de plena autonomía, hasta el punto de no tener compromiso alguno respecto a las alianzas exteriores de su metrópoli, lo que, a veces, nos resulta sorprendente. Subsisten huellas de vínculos más estrechos: se acude a la metrópoli para que provea un oiquista (p. ej., Mégara Hyblea para fundar Selinunte; o Corcira, para Epidamno) o para que envíe un magistrado (p. ej., Paros a Ta-

«Los corcireos no contaban para nada con los corintios, no obstante ser su Ciudad fundación suya; en efecto, en las fiestas comunes ni les reservaban los

habituales honores ni ofrecían a corintío alguno las primicias sacrificiales, a diferencia de todas las demás fundaciones.»
(TUCÍDIDES, I, XXV, 3-4)

Koiné. Inicialmente, comunidad lingüística. Dícese, también, de una especie de comunidad global de civilización.

OCUPACIÓN DE LOS LUGARES

Hipodámico. Del nombre del urbanista milesio Hipódamo, cuya fama conservan las fuentes. Nacido hacia el 500, fue, según Aristóteles, el autor del plano del Pireo, tras las Guerras Médicas, a la vez que un teórico político. Acaso participase en la fundación de la colonia ateniense de Turios. El plano llamado hipodámico adaptó a las diversas necesidades funcionales de la Ciudad una disposición ortogonal en damero.
(Ver. R. MARTÍN, *L'urbanisme...*, cit.)

Ver mapas 6 y 8

«Como aquéllos de entre los siracusanos a quienes se denominaba *gamoroi* (= poseedores de una parte de suelo) hubiesen sido expulsados por el *demos* y pos sus propios esclavos, a quienes se denominaba «kylyrios», Gelón (por entonces, tirano de Gela) se los llevó de la ciudad de Casmenas a Siracusa, apoderándose también de esta ciudad.»
(HERÓDOTO, VII, 155)

Gamoro es la variedad doria de la palabra **geomoro**, que posee tierras. [N. del T.]

RELACIONES CON LOS INDÍGENAS

sos) o se establecen alianzas privilegiadas (Mileto con Olbia, Cízico o Istros, en tiempos clásicos o helenísticos).

Pero la autonomía no es un rechazo. Se advierten muchos rasgos familiares en las instituciones políticas, que, incluso, se transmiten a las colonias de las colonias; a la inversa, los legisladores de la Magna Grecia o de Sicilia influyeron en algunas Ciudades de la Grecia propia. Encontramos cultos comunes a ambas colectividades; pero en esto, como en lo económico o en la vida intelectual y artística, tales préstamos se realizan globalmente, formándose así una especie de *koiné* occidental, en la que se funden la aportación griega, sus adaptaciones al nuevo mundo y las tradiciones indígenas asimiladas; por ejemplo, la antiquísima pareja de divinidades femeninas Deméter-Core/Perséfone se identificó con las diosas femeninas locales hasta el punto de alumbrar una nueva versión del mito, la cual situaba en Sicilia el episodio del rapto de Core.

Se han multiplicado los estudios que, aplicando la fotografía aérea con control arqueológico, intentan obtener informaciones sobre el urbanismo colonial, la ocupación del suelo, el sistema defensivo y las realidades sociales que expresan.

Según G. Vallet, la cronología suministrada por las excavaciones de Mégara Hyblea nos muestra un trazado urbano establecido muy tempranamente y según un plano ortogonal en el que se prefigura el sistema hipodámico; apenas sufrirá otra modificación que unos pocos ajustes a la altura del ágora. La trama urbana, muy rala al comienzo, se tupirá enseguida, mientras que las casas aumentarán. A tal plano fundacional podrían corresponder los lotes regulares del suelo agrícola tal y como nos aparecen màs tarde, por ejemplo, en Metaponto. R. Martin ha intentado aislar los elementos que permiten distinguir a las ciudades con predominio agrícola (Gela, Locro, Metaponto) de las que más bien viven del comercio, llamadas «de tipo focense» (Marsella, Velia, Olbia, Panticapea o Tasos): el sistema defensivo protege el conjunto del territorio o, fundamentalmente, la ciudad y el puerto; el hábitat puede ser laxo (la ciudad contiene jardines, huertas y pastos e, incluso, granjas) o, por el contrario, denso y menos regular; y no siempre hay puerto y acrópolis en las ciudades agrarias. Si es que hubo una igualdad inicial fue, sin duda, alterada, bien por nuevas aportaciones de pobladores o por el típico proceso que provoca, de un lado, la concentración de propiedades y, por otro, su atomización. Algunos planos catastrales del siglo IV podrían corresponder a intentos de vuelta a la igualdad, lo cual explicaría los trastornos sociopolíticos con los que algunas Ciudades entraron en la historia: en Siracusa, la oposición de los *gamoroi* y del *demos*, apoyado por poblaciones dominadas y, en Cirene, los conflictos que condujeron a recurrir al legislador Démonax.

Nuestro conocimiento, aún mediocre, de la historia de los indígenas hace difícil la apreciación de sus reacciones frente a los recién llegados. Tampoco en esto hay regla general. Las leyendas fundacionales y la arqueología atestiguan sobre las relaciones de cohabitación, de neu-

tralidad y de hostilidad; además, no todas las culturas podían ofrecer igual grado de resistencia a la influencia griega: nada hay de común entre el suntuoso arte escita y las burdas producciones sículas.

Las fundaciones comerciales plantean menos problemas, pues los primeros lazos se establecían con anterioridad a la instalación, los intercambios interesaban a ambas comunidades y la cohabitación venía a favorecerlas (así por ejemplo, el caso de Ampurias en España).

La cuestión se complica con la colonización agraria. Allí donde las tierras se hubieran obtenido sin dificultad —en ocasiones incluso se ocupaban tierra vírgenes— las relaciones eran pacíficas y el establecimiento de lazos comerciales llevaba consigo una helenización progresiva, generalmente superficial (así en las ciudades calcídicas de Sicilia). Si las tierras estaban ya explotadas o si era preciso defenderse contra los indígenas, envidiosos o irritados, la reacción griega solía ser brutal, sometiendo al máximo a los cultivadores autóctonos para asegurarse el trabajo de sus tierras. Además, para asegurarse la defensa frente a las regiones colindantes realizaban una penetración militar jalonada de puestos de vigilancia (así, en Gela y Siracusa) que, si se diera el caso, podían también jugar el papel de enclaves comerciales. En efecto, también en dichos puestos terminaban por establecerse los intercambios, lo que daba lugar, al menos en los valles, a una sensible penetración de la influencia griega en los cultos, el habitat, y por fin en los objetos de uso corriente.

Sobre las ciudades calcidias de Sicilia y su influencia. «Al vivir junto a los griegos, los sículos de los montes Hereos adoptaban primero sus gustos y maneras de expresión artística: daban a sus divinidades forma griega y, luego, sin duda, abandonaban su propia lengua en provecho del griego; por último, copiaban sus ritos funerarios.» (G. VALLET, *Kôkalos*, VIII, 1962, p. 51)

IV. EL DESARROLLO DEL COMERCIO

Sólo parcialmente conocemos esta actividad. Los intercambios locales apenas dejan huellas; el comercio a larga distancia se nos manifiesta a través de la circulación y los depósitos de vasijas. Pero la identificación del objeto nos informa sólo sobre la zona productora, no sobre el fabricante y, menos aún, sobre el transportista. Su calidad nos indica su valor de cambio (objeto precioso o vajilla ordinaria) y su uso (simple recipiente u objeto artístico; ofrenda religiosa o mortuoria o utensilio doméstico); a veces podemos deducir de ello el monto del tráfico. Pero ignoramos el volumen global del contenido de tales vasijas, así como su naturaleza exacta (vino, aceite, perfumes, etc.), siendo así que dicho contenido era el objeto básico del comercio. Además, otros artículos, acaso aún más frecuentes, han desaparecido por entero: objetos metálicos, tejidos, tapices, marfiles o maderas trabajadas. Es preciso, pues, no olvidar todas estas reservas antes de analizar el material de que disponemos.

En cuanto a las importaciones de las ciudades griegas, hay que suplir con deducciones la mediocridad de las pruebas tangibles.

La demanda de metales crece sin cesar: además del valor monetario del metal a peso y de la fabricación de recipientes de toda clase, trípo-

FUENTES DE INFORMACIÓN

«Una gran crátera de plata (enviada por Aliates a Delfos), con soporte de hierro colado cuyas partes están soldadas, ofrenda digna de ser apreciada por encima de cuantas hay en Delfos y obra de Glauco de Quíos, único hombre que en el mundo sabía cómo soldar el hierro.»
(HERÓDOTO, I, 25)

LOS PRODUCTOS COMERCIALES

Importaciones griegas...

des, asadores y morillos o incrustaciones, el desarrollo de la táctica hoplítica exige cantidades crecientes de metal.

Metales

Se obtienen en distintos lugares. El cabo Malea, en el Peloponeso, es bastante rico en hierro; Anatolia y la costa sur del Ponto Euxino (en el s. VI) proveen al Asia griega; también puede obtenerse en Etruria. El oro y la plata vienen de Lidia, Tasos y Tracia, del Adriático, de Iberia e, incluso, de Galia; gracias a su riqueza en plata, la pequeñísima isla de Sifnos pudo ofrecer el santuario de Delfos un magnífico tesoro hacia 525; en el s. VI, los atenienses impulsan activamente la búsqueda de nuevos filones en los yacimientos del Laurion. Pero el cobre y el estaño, elementos constituyentes del bronce, quizá sean aún más indispensables. Chipre es rica en cobre; Al Mina lo provee, así como Etruria, Iberia y Galia. El estaño obliga a los viajes más alejados hacia Occidente: a Iberia (en donde el famoso reino de Tartesos sería Andalucía) y, sobre todo, a Cornualles que, durante largo tiempo, seguirá siendo el proveedor principal; las rutas terrestres están jalonadas por hallazgos griegos o imitados de lo griego. La fundación de Marsella tuvo, acaso, por origen la búsqueda de estaño.

Ver mapa 10

Productos alimentarios

La búsqueda de metales no fue la única. Lo más buscado fueron los cereales (Magna Grecia y Sicilia, Egipto, Ponto Euxino), pero también el pescado, fundamental en los intercambios con las regiones del norte del Ponto (Mileto, en particular, multiplicó sus factorías con ese fin). Habría que añadir la adquisición de muchos otros productos utilitarios (madera para construcción, papiro, etc.) y de lujo para una clientela restringida (especias, marfil o tejidos de Oriente); los esclavos eran ya objeto de un cierto comercio que acaso contase con sus propios viveros y mercados organizados. En algunas ciudades, pues, los usos económicos basados en el ideal de la autarquía sufrieron transformaciones.

... y exportaciones

¿De qué productos disponían los griegos para el intercambio? Su artesanía ofrecía algunos productos manufacturados y objetos de lujo: bellísimas cerámicas, armas, marfiles y metales trabajados; la cerámica, sobre todo, permitía transportar el vino y el aceite de oliva para abastecer la demanda del resto de la cuenca mediterránea.

LA PARTICIPACIÓN EN LOS INTERCAMBIOS

Pero estos dos productos sólo pueden desarrollarse a costa de los cereales. Quien quiera aprovechar la apertura de mercados exteriores ha de disponer de tierras bastantes como para mantener su *oikos* y producir para la venta; hay que esperar unos años antes de que las viñas y los olivos recién plantados comiencen a ser productivos; los daños subsiguientes a una helada tardía, un incendio o una guerra tardan mucho en remediarse; únicamente los más favorecidos no arriesgan demasiado al adaptarse a las nuevas posibilidades.

Por lo demás ¿cuáles eran las necesidades que podían incitar al pequeño campesino a acrecer su producción comercializable? Para algunos, las armas o algunas herramientas (pero el metal se emplea aún poco); a veces, uno o dos esclavos o una yunta de animales de tiro. Aunque todavía reducida, esta demanda es ya real. Y se desarrolla y completa a medida que se asciende por la escala social y también en fun-

Según J.-N, COLDSTREAM, *Greek Geometric Pottery*, pp. 344 y ss., pueden distinguirse claramente dos períodos en el Ática.

— Del 800 al 750. Notable crecimiento de las tumbas más ricas; gusto por las representaciones navales; desplazamiento de la población hacia las costas y Atenas; se trataría de un período de gran actividad marítima de la aristocracia.

— Del 750 al 700. Las tumbas rurales son tan ricas como las urbanas; atestiguan el declive de las actividades marítima y un retorno a la tierra, sobre to-

ción de la proximidad a las regiones marítimas; pero nunca será considerable.

Estos intercambios debían de desarrollarse en forma de trueques bastante complejos para poder equilibrar el valor de los géneros alimentarios, de las manufacturas, de las materias primas y de la fuerza de trabajo. En caso preciso, el productor se hace marino; pero no sabemos nada sobre las modalidades de reparto de beneficios entre el alfarero, el productor de aceite y el transportista. Los primeros que se lanzaron a la mar fueron, en algunos casos, aristócratas que disponían de excedentes y dotados de autoridad y espíritu de aventura, quizás deseosos de hacerse con una fortuna y, desde luego, seguros de que, durante su ausencia, su familia y sus servidores se ocuparían de sus propiedades. No obstante, muchas veces el comercio marítimo estaba en manos de profesionales. Por su parte, la producción se adaptaba a la creciente demanda extranjera: en Corinto, en Asia Menor y, luego, en Atenas se fabricaban vasos «en serie». La construcción naval mejoró, posiblemente por impulso de Corinto.

Pero todo ello no debe inducir a error: las actividades y productos agrarios seguían siendo aún la base de la economía; y artesanos y comerciantes, con gran frecuencia, eran propietarios de una tierra que les garantizaba independencia y capacidad cívica.

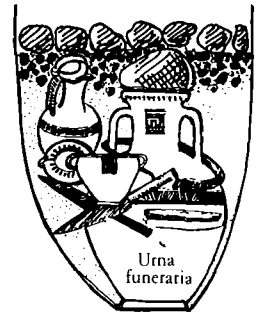
No todas las zonas fueron afectadas por estos intercambios ni en el mismo grado ni al mismo tiempo; del estudio de los hallazgos cerámicos se deduce la existencia de un cierto ritmo.

Desde la primera mitad del siglo VIII encontramos cerámica griega (sobre todo ática, euboica y cicládica) en Chipre, en Siria (Al Mina), en Palestina y, hacia el interior, hasta Hama o Samaria. Desde el 750, en pleno estilo geométrico, los artistas griegos intentan imitar los motivos y formas del arte sirio, tanto en Corinto cuanto en Atenas. El siglo VII marca el triunfo del estilo llamado orientalizante, con ornamentaciones en las que predominan los cortejos de animales, las bestias fantásticas y la ornamentación vegetal. Puede advertirse en él la influencia de las ciudades fenicias y de los principados neohititas de Siria del Norte (con apogeo hacia 750) e, incluso, de la región del Urartu (entre la Alta Mesopotamia y el Cáucaso), célebre por sus calderos y trípodes, imitados por todo el mundo griego. Por otra parte, los griegos de Asia se organizan, tras el 675, en su comercio, ya antiguo, con Egipto. La factoría de Náucratis no recibirá, empero, hasta el siglo VI su estatuto definitivo, bajo el faraón Amasis.

En cuanto a Occidente, los antiguos contactos se desarrollaban favorecidos por la colonización. Los estudios realizados por G. Vallet sobre el Estrecho de Mesina y por F. Villard sobre Marsella nos permiten trazar un cuadro bastante coherente de la circulación de los objetos griegos por el Mediterráneo occidental.

En la segunda mitad del siglo VIII, Etruria recibe vasos geométricos de Corinto y las Cícladas; las importaciones de Sicilia están dominadas casi totalmente entonces por el protocorintio geométrico y Eubea pro-

do entre los aristócratas. A la vez, población abundante y mísera en el Falero (siempre según las tumbas).



Tumba de guerrero (h. 900). Entre las ofrendas, higos y uvas carbonizados bajo el lecho de piedras que ocluye la fosa.

De *Excavations of the Athenian Agora*, Picture Book, n.º 13, Princeton, 1973.

GEOGRAFÍA Y CRONOLOGÍA DE LOS INTERCAMBIOS

Con Oriente

En Al Mina las exacavaciones señalan presencia griega desde el 700. Durante dos siglos las importaciones fueron muy variadas, atestiguando su función de encrucijada.
(Ver. L. WOOLLEY, *Un royaume oublié*, París, 1964).

Con Occidente

vee a Cumas y las Pitecusas. A comienzos del siglo VII Corinto crea el estilo de figuras negras y su cerámica es la dominante durante todo el siglo: es casi la única que se usa en el Mar Jonio, en Sicilia e, incluso, en Tarento, con frecuencia en forma de vajilla corriente producida en serie; en Etruria aparecen algunos ejemplares muy bellos en compañía de objetos de la Grecia asiática, de Rodas y de las zonas sirio-fenicias; pero la cerámica etrusca planteará una competencia muy fuerte. Hacia fines de siglo y empezando por Tarento, hace tímidas apariciones la cerámica ática, que se impone a partir del 580: con abundancia en Tarento y con notable calidad en Etruria, menudea en la costa tirrena y en Marsella; a través de ésta y de las factorías de Adria y de Spina (al final de la costa adriática) llega, incluso, al mundo céltico. Sucede entonces el apogeo del estilo ático de figuras negras, con sus grandes artistas, pintores y ceramistas, signatarios frecuentes de sus obras.

«Los focenses fueron los primeros griegos en practicar la navegación de altura y ellos fueron quienes dieron a conocer el Adriático, la Tirrenia, Iberia y Tartesos; no navegaban en barcos redondos, sino en pentecónteras.» (HERÓDOTO, I, 163)

Durante este tiempo, en la Galia, Córcega y la Península Ibérica los focenses relevaron a los rodios (o a los etruscos). Tras multiplicar sus contactos con los indígenas y los *emporia* de todas clases, se instalaron más sólidamente. Entre el 580 y el 535 el 96 por 100 de las vajillas marsellesas procedían de la región de Focea; la cerámica gris llamada eolia aparece en la costa oriental de Sicilia, lo que atestigua el entendimiento entre focenses y calcidios, lo cual aboga en favor de una ruta directa entre Oriente y Occidente, por el Estrecho de Mesina, en contra de la ruta africana que algunos admiten aún.

Hacia el Noreste

El uso de la ruta, aparentemente más tardía, hacia el Ponto estuvo también precedido por numerosos viajes de reconocimiento; pudieron ser los rodios quienes explorasen estas orillas y estableciesen contactos precoces (han aparecido tiestos rodios anteriores a fines del siglo VII en el islote de Berezán, frente a Olbia); otras ciudades minorasiáticas participaron también en estas relaciones precoloniales. Los *tumuli* muestran la cohabitación de indígenas y griegos. Hacia el 625 llegan en gran cantidad vasijas jonias; en el siglo VI proceden de Mileto, Samos, Rodas, Quíos y Clazómenas.

AUSENCIA DE POLÍTICA COMERCIAL

Las rutas comerciales llegaron, pues, a estar bien establecidas y jalonadas. Todos lo aprovecharon: el monopolio de que disfrutaba tal o cual cerámica dependía más de su valor comercial que de la nacionalidad de sus transportistas; empero, el país productor obtenía provecho del aumento de sus exportaciones artesanas. En el caso de Corinto se ha pensado si el auténtico monopolio cerámico que protagonizó hasta fines del siglo VII no iba acompañado de un monopolio, de hecho, del transporte de trigo occidental que Corinto redistribuiría al resto de las ciudades griegas.

De todos modos, nunca se detecta una política concertada por parte de las Ciudades; cuando mucho, algunas de ellas garantizaban la libertad de navegación a sus dependientes privilegiando algunas rutas. Cada comerciante intentaba salir lo mejor parado posible; las costumbres se creaban aprisa, facilitadas por los vínculos particulares entre metrópolis y colonias. Desgraciadamente, no nos resulta posible estimar

la importancia real de la producción ni, *a fortiori,* la de la mano de obra.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

L.-H. JEFFERY, *Archaïc Greece. The City-States c. 700-500 B. C.*, Londres, 1976.

Además, las obras de V. EHRENBERG y M. I. FINLEY editadas por Maspero, *Problèmes de la Terre...* y *...de la Guerre...*, ya citadas, contienen artículos fundamentales. Las cuestiones económicas se abordan en E. WILL, «La Grèce Archaïque», *Actes de la Deuxième Conférence internationale d'Histoire Économique,* Aix-en-Provence, 1962, pp. 41 y ss. y por C. G. STARR, *The Economic and Social growth of Early Greece. 800-500 B. C,* Nueva York, 1977. Una puesta al día de los temas de amonedación, en P. VIDAL-NAQUET, *Annales ESC,* XXIII, 1968, 206-208 y acerca de sus orígenes en O. PICARD, *L'Histoire,* 6, 1978. Sobre la navegación, ver L. CASSON, *Los antiguos marinos*, Paidos, Buenos Aires, 1969 y *Dossiers de l'Archéologie,* «La navigation dans l'Antiquité», 29, 1978.

Dos obras generales sobre la colonización: J. BÉRARD, *L'expansión et la colonisation grecques,* 1960, basado, sobre todo, en las fuentes literarias; y C. MOSSÉ, *La colonisation dans l'Antiquité,* 1970.

Para Occidente: J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las Guerras Púnicas,* Col. Nueva Clío, Labor, Barcelona, 1971; G. VALLET, *Rhegion et Zancle...*, 1958 y F. VILLARD, *La céramique grecque de Marseille...*, 1960. Los problemas actuales se abordan habitualmente en las *Atti del... Convengo di Studi sulla Magna Grecia,* Tarento, 1 a 13, 1961-1973. Sobre la Galia, F. BENOIT reunió una cierta documentación en *Recherches sur l'hellénisation du Midi de la Gaule,* Aix-en-Provence, 1965. Complétese con M. CLAVEL-LEVÊQUE, *Marseille grecque,* 1977.

Una monografía interesante sobre el Mar Negro es A. WASOWICZ, *Olbia, cité pontique,* Besançon, 1975. Por último, señalemos que el VIII Congreso de Arqueología Clásica estuvo dedicado al tema *Rayonnement des civilisations grecque et romaine sur les cultures périphériques.*

Sobre los difíciles problemas en torno a los grupos étnicos y familiares, dos nuevas tesis: F. BOURRIOT (cit.) y D. ROUSSEL, *Tribu e Cité*, París, 1976.

(N. del T. Las obras citadas en la anterior N. del T. son A. M. SNODGRASS, *Archaic Greece. The Age of Experiment*, Cambridge, 1981 y F. DE POLIGNAC, *La naissance de la Cité grecque*, París, 1984).

CAPÍTULO VI

La crisis política y social en la Ciudad (Siglos VII-VI)

Esta mezcla de tanta vitalidad y de dificultades por superar en las crisis internas, que hemos visto en el movimiento de colonización, aparece también en la vida política. Las Ciudades griegas, afectadas por una intensa ebullición, buscan soluciones que, no obstante algunos fracasos inmediatos, modificarán profundamente las relaciones entre los ciudadanos.

El uso de la documentación concerniente a este período tan alterado plantea algunos problemas. Junto a las inscripciones o a los vestigios arqueológicos —que son testimonios poco locuaces en cuanto a la vida diaria—, disponemos de algunos textos literarios contemporáneos, en los que podemos percibir los ecos de los conflictos políticos que opusieron a los aristócratas entre sí (Alceo, en Lesbos) o a los aristócratas con los «nuevos ricos» (Teognis, en Mégara); poetas políticos, como Tirteo en Esparta o Solón en Atenas, dan testimonio de los esfuerzos llevados a cabo para restablecer la concordia entre los ciudadanos. Todo sería muy difícil de entender si no recurriésemos a fuentes más tardías: raras y poco explícitas en el siglo V (Heródoto y, en menor grado, Tucídides), se hacen más prolijas en el IV, con Aristóteles y los numerosos historiadores locales del Ática (atidógrafos) u otras partes; después, se narran una y otra vez las mismas anécdotas, con frecuencia deformadas o recompuestas, y ello hasta llegar a plena época romana, con Plutarco, Estrabón, Diodoro de Sicilia, Diógenes Laercio, etc. Es decir: la reflexión razonada sobre la «crisis» no aparece realmente sino con Aristóteles y sus contemporáneos. Evidentemente, estos autores están bajo el influjo de los conflictos sociales, de la oposición entre pobres y ricos y de la reivindicación de repartos de tierra que en su tiempo sacudían

LAS FUENTES

HERÓDOTO. Originario de Halicarnaso, nació en el primer cuarto del siglo V. Viajó mucho, tanto por el Imperio persa como por Grecia. Residió en Atenas con anterioridad a su participación en la fundación periclea de Turios (444-443), en Italia del Sur, (sobre el emplazamiento de Síbaris). Su historia de las Guerras Médicas le dio pie para muchas digresiones sobre hechos del pasado, usos, costumbres y mentalidades de los pueblos a los que se refiere.

Ver cap. XV, IV

a las Ciudades griegas. Así y todo, y puesto que ellos tuvieron la sensación de que existía un cierto paralelismo, podemos intentar seguirlos por ese camino, con alguna precaución.

LOS ELEMENTOS DE LA CRISIS

Los grupos antagonistas

Con frecuencia en los siglos VII y VI y, a veces, desde el VIII, parece que una tensión más o menos fuerte pudo poner en peligro el orden social y la estabilidad política de muchas Ciudades —aquéllas sobre las que disponemos de más información—. Los ricos terratenientes, que tendían a ampliar por todos los medios sus propiedades, se enfrentaron con los pequeños y aun con los medianos propietarios a los cuales, por razones ecológicas, demográficas o económicas, costaba cada vez más vivir de sus tierras. Estaban social y políticamente bajo el total dominio de esa aristocracia terrateniente. Además, aquí y allá, ésta había logrado redondear su fortuna participando en las actividades artesanas y, sobre todo, comerciales; en otras partes, por el contrario, se opuso a aquéllos cuyas rentas no eran de procedencia agraria y a quienes, por este motivo, a menudo se excluía de la vida política. Muchas Ciudades no conocían por entonces sino un empleo relativamente moderado de los esclavos; tenían, pues, que recurrir a la mano de obra libre, lo que planteaba problemas de mercado de trabajo y engendraba conflictos sociales muy agudos.

Ver cap. V, «Los grupos sociales»

En los siglos VII y VI el enfrentamiento entre grupos sociales se exacerbó; pero también se aprecia que los aristócratas se desgarraban mutuamente, gracias, sin duda, a lo cual la oposición popular logró expresarse y arrancarles algunas reformas. Ignoramos una buena parte de las causas por las que tales tensiones, inherentes a la Ciudad arcaica, llegaron al nivel de la *stasis,* de ese desorden civil que tan profundamente marcó la memoria colectiva de los griegos y que, a veces, resultó cruento. Se dio, seguramente (en épocas variables, según Ciudades), una convergencia de las fuerzas contestatarias, consolidadas por las consecuencias del desarrollo de los intercambios con el exterior. Hay, no obstante, que precaverse frente a la evocación de un «estallido» social o político, puesto que tal movimiento duró casi tres siglos; no hubo una sola Ciudad en que surgieran de golpe ni la urgencia de una solución ni las distintas orientaciones que ésta hubiese de tomar.

Las soluciones políticas

Dos fenómenos, estrechamente imbricados, expresan bien las mutaciones políticas de este período:

— una intensa actividad legislativa, por mucho tiempo asociada al nombre de legisladores célebres, pero conocida también por medio de inscripciones características, aunque fragmentarias y a menudo de difícil comprensión; quizás haya que añadir a este grupo al **aisimneta** *(aisymnétes),* legislador a veces tiránico y que se menciona con frecuencia en el Oriente griego;

Aisimneta vale por jefe electo, árbitro o vigilante. [N. del T.]

— una floración de tiranías, regímenes sin legitimidad institucional, basadas en la fuerza y en el consenso de una mayoría de la población o de una «minoría activa». Al igual que para con los legisladores y los aisimnetas, el origen de su poder está en la situación de guerra civil latente o declarada, en la *stasis* arriba mencionada.

La cronología de estos fenómenos es un poco más segura y nuestra visión de conjunto más coherente, pero no por ello dejamos de ser tributarios de las personalidades que marcaron la tradición antigua; para nosotros constituyen puntos de referencia, manifestaciones visibles de los movimientos ocultos que sacudieron los cimientos sociales y políticos del mundo arcaico.

Los antiguos emplearon tres términos que no siempre pueden traducirse a nuestra lengua: *nomoteta* (legislador), *aisimneta* y *tirano*.

El legislador

Ver cap. VII, II

Entre los legisladores cuya lista proporciona Aristóteles *(Política,* 1274 a.), el único que realmente rebasa lo legendario es Solón: designado como árbitro, no era sino arconte en el año en que instituyó las reglas que creyó debían resolver la crisis sin dejar descontentos a los aristócratas. Inmediatamente, se retiró... para ver naufragar sus esperanzas. Algunos de estos legisladores fueron simples codificadores, doblados de moralistas, que llevaron a cabo la plasmación escrita de lo que era ya consuetudinario.

El aisimneta

Una etimología asocia el término de aisimneta a la memorización; se trataría de alguien que hizo se aplicase el derecho consuetudinario o que estableció un derecho nuevo. En ambos casos habría llevado a cabo su consignación escrita. En la práctica ejerció, sobre todo, como árbitro; para Aristóteles, se distinguía del tirano por haber sido elegido; de hecho, llegado para resolver un conflicto, no permanecía en el poder más del tiempo preciso (diez años en el caso de Pítaco, en Mitilene); su resignación del poder era pacífica y nadie heredaba sus poderes.

El tirano

El tirano podía, también, ser llamado *basileus,* arconte, prítano, monarca, aisimneta, etc. Era un monarca (esto es, un hombre que tenía el poder en solitario); difería del monarca tradicional no por su origen o su legalidad, sino por su ejercicio; cuando aparece, suele oponerse a la oligarquía. La monarquía lidia de los Mérmnadas podría ser el modelo para un régimen que ya los griegos pensaban se había copiado de Anatolia; la palabra misma sería de origen licio. Este ejercicio peculiar del poder, que no trastocaba las instituciones, ya sorprendió a los antiguos. Aristóteles, aun pensando que la tiranía era un avatar desdichado de las monarquías mal dirigidas, se ve, en numerosas ocasiones, obligado a tratarla con estima y consideracion (p. ej., el caso de los Ortagóridas de Sición).

«Al hacerse Grecia más poderosa y preocuparse mucho más que antaño por conseguir riquezas, durante casi todo ese tiempo, al socaire del aumento de las rentas, se establecieron tiranías en las Ciudades (antaño había monarquías hereditarias con determinados privilegios)...»
(TUCÍDIDES, I, XIII)

Ninguna línea neta separaba a estos tres tipos de políticos: por ello es arbitraria cualquier clasificación; el cuadro que sigue tampoco se libra de este fallo; igualmente, indica a menudo un régimen siguiente mediante un nombre similar al del régimen precedente: pero sus contenidos son distintos, puesto que muchos cambios resultaron irreversibles.

Esta lista no es exhaustiva, pues se han excluido los casos demasiado oscuros o aberrantes (tiranías de las colonias). Por otro lado, no es posible asignar fecha concreta ni función conocida a legisladores tales como Zaleuco de Locros (*Lokroi*, en Magna Grecia), Carondas de Cata-

PRINCIPALES TIRANOS, AISIMNETAS Y LEGISLADORES IDENTIFICABLES EN LA MADRE PATRIA GRIEGA ARCAICA

	Lugar	Nombres conocidos (Fechas presuntas)	Tipo de poder	Régimen anterior	Régimen posterior
Grecia continental	Corinto	Cípselo (657-627)	Tirano	Olig. Baquíadas	Tiranía
		Periandro (627-585)	Tirano	Tiranía	Tiranía
		Psamético (585-584/3)	Tirano	Tiranía	Arist. moderada
	Sición	Ortágoras (h. 650)	Tirano?	Aristocracia	Tiranía
		Mirón?	Tirano?	Tiranía?	Tiranía?
		Aristónimo	Tirano?	Tiranía?	Tiranía?
		Mirón II e Isódemo (600?)	Tirano?	Tiranía?	Tiranía?
		Clístenes (h. 600-565)	Tirano	Tiranía	Olig. moderada o tiranía?
		Esquines (?-510)	Tirano	?	Oligarquía
	Mégara	Teágenes (entre 650-600?)	Tirano	Plutocracia	Aristocracia moderada
	Argos	Fidón (h. 650)	Monarquía tiránica	Monarquía	?
	Atenas	Cilón (h. 630)	Intentona	Aristocracia	Aristocracia
		Dracón (h. 620)	Legislador	Aristocracia	Aristocracia
		Solón (594)	Legislador	Aristocracia	Aris. moderada
		Pisístrato (561-528/7)	Tirano	Aristocracia	Tiranía
		Hipias	Tirano	Tiranía	Alteraciones y, luego, isonomía.
Asia Menor e Islas	Mileto	Anfitres (fin VIII o VII)	Tirano	Monarq. Neélidas	Guerra civil
		Epímenes (VII)	Aisimneta	Alteraciones	Aristocracia?
		Trasíbulo (fin VII-VI)	Tirano o prítano	Aristocracia	Tiranía
		Toantli, Damansor (VI)	Tiranos	Tiranía	Plutocracia y alteraciones
	Mitilene	Melandro, Mirsilo (fin VII)	Tiranos o jefes olig.	Mon. Pentílidas	Aristocracia
	Samos	Demóteles (VII)	Tirano	Oligarquía	Arist. de los Geómoros
		Silosón? (inicios VI)	Tirano?	Aristocracia	Aristocracia?
		Polícrates (h. 525)	Tirano	Aristocracia?	Alteraciones. Luego, persas.
	Éfeso	Pitágoras (h. 600)	Tirano	Olig. Basílidas	Tiranía
		Píndaro (h. 560)	Tirano	Tiranía	conquista lidia
		Pasicles	Tirano?	Tiranía	Monarquía o persas
	Naxos	Lígdamis (h. 550)	Tirano	?	Plutocracia

Nota. La mención «persas» en la última columna indica una tiranía instaurada por los persas. Las alteraciones corresponden sea a rivalidades entre facciones aristocráticas, sea a luchas entre la aristocracia y el resto del demos.

nia, Andródamas de Regio, Diocles de Siracusa (quizás sólo a fines del V), Demonacte de Cirene, etc. Habría que añadir a los innominados que fueron los inspiradores de la redacción de las leyes de las Ciudades cretenses y, en particular, del magnífico código de Gortina, muchos de cuyos elementos parece se remontan al siglo VI. Toda esta tarea no es concebible sino por medio de la adquisición de una técnica olvidada: la escritura. Por obtenerla podemos ver a una Ciudad cretense, aún no bien identificada, ofrecer a un tal Espensicio rentas inmuebles y una situación oficial, a cambio de sus funciones de escriba «a la fenicia» y de *mnamon* (= memorizador, memoralista).

Extracto de la inscripción de Espensicio (Spensithios): «... que para la Polis y sus asuntos públicos, así religiosos como profanos, sea él el escriba al modo fenicio y el *mnamon*... Se pagarán al escriba como estipendio anual cincuenta jarras de mosto y (productos) por veinte dracmas o?...»
(V. VAN EFFENTERRE, *B.C.H.*, XCVII, 1973, 33 y ss.).

II. EL DERECHO ESCRITO: LEGISLADORES E INSCRIPCIONES

Despojados de su leyenda, los legisladores pierden mucha consistencia; algunas menciones de leyes y ciertas inscripciones del siglo VI nos ayudan a trazar un cuadro que, así y todo, es sorprendente y revela una tenaz voluntad de aclarar las relaciones privadas y públicas y una tendencia, cada vez más nítida, por parte de la Ciudad, a intervenir en los distintos ámbitos de la actividad humana. Pero lo que conocemos no son sino unas pocas novedades y es más lo que se nos escapa, al igual que lo hace la situación de las ciudades más oscuras.

LOS CONFLICTOS ENTRE PARTICULARES

Se elaboró un derecho escrito que iba a servir como referencia para resolver los conflictos entre particulares:

— Castigo de las violencias (asesinatos, golpes y heridas, robos). Fue fijada una tarifa de multas (según la condición de la víctima) y se ofreció la posibilidad de librarse de la pena, mediante procedimientos de conciliación o de avenencia, así como de la venganza familiar; quedó establecida una distinción revolucionaria (atribuida a Dracón) entre homicidio voluntario e involuntario.

— Regulación de los contratos matrimoniales, de las leyes de herencia y de adopción (y, en particular, en el delicado problema del epiclerado).

— Legislación sobre el trabajo público y privado, libre o dependiente; los contratos, responsabilidades e, incluso, los salarios, pudieron ser regulados jurídicamente, lo que cobró importancia vital cuando se refirió al trabajo dependiente liberatorio de deudas cuyo impago podía conducir al deudor a servidumbre.

— Regulación de los derechos sobre el suelo y sus servidumbres (de paso, de aguas, etc.).

— Vigilancia sobre pagos, reconocimiento de deudas.

— Regulación de asociaciones privadas.

Se atribuye a Dracón la siguiente ley: «El Consejo del Areópago entenderá en los asesinatos y en las heridas causadas con intención de matar, en los incendios y en los envenenamientos cuando se haya producido muerte por administración de veneno». (DEMÓSTENES, *Contra Aristócrates*, 22).

Epiclerado. Viene de la palabra *kleros*, lote de tierra. Situación de una huérfana sin hermanos. No puede, por mujer, ser propietaria ni, sobre todo, administrar el patrimonio ni celebrar el culto doméstico; pero puede transmitir esos derechos a sus hijos, de donde la importancia de la elección de marido; preferentemente, pertenecerá éste a la familia del padre de ella.

LAS LEYES SAGRADAS

Todas estas leyes se colocaban bajo la protección de las divinidades, pero algunas, en particular, regulaban los asuntos sacros. Casi la totalidad de los textos referidos a obras públicas conciernen a santuarios. Una verdadera reglamentación regula los cultos a los dioses y héroes de la

Ciudad, garantiza los bienes de los santuarios, limita el uso que puede darse a los objetos sagrados y fija las ofrendas sacras, precisando, también, las funciones de los hieromnémones u otros encargados de los asuntos divinos, así como las relaciones permanentes entre funciones religiosas y civiles. A este conjunto de disposiciones pertenece la organización de grupos juveniles, encuadrados desde más o menos pronto por grupos de edad, y la de las actividades colectivas, a menudo ligadas a una manifestación de culto (Esparta, Micenas).

Ver cap. VIII. 1.

LAS LEYES CONSTITUCIONALES

Las medidas constitucionales, mencionadas con más frecuencia pero acaso menos significativas de las preocupaciones principales de los legisladores, nos muestran una concepción nueva del derecho político: integración de nuevos ciudadanos, reparto entre todos de derechos y deberes y, sobre todo, regulación de las magistraturas en cuanto a su provisión, renovación, competencia y, siempre, responsabilidad (p. ej., Dreros, Eritras, Eretria). La redacción de las listas de magistrados (damiurgos en Argos, arcontes en Atenas) corresponde a la voluntad de datar las actas de la Ciudad o a la de divulgar responsabilidades, mientras que el hecho de que se contemple la posibilidad de una magistratura vacante certifica las alteraciones políticas de la época. Nótese, finalmente, la mención de votaciones ganadas por mayoría, noción ausente hasta ese momento de nuestras fuentes.

El más célebre de todos es, quizás, el texto hallado en Quíos, de mitad del siglo VI. A propósito de cierta normativa sobre el desarrollo de asuntos judiciales, se fijan en él la competencia y la responsabilidad de los magistrados (*basileus* y demarca), el poder del *demos* y su convocatoria regular en asamblea y la función como tribunal de apelación de un consejo popular, de composición proporcional (cincuenta por tribu) y competencia política general.

«La polis ha decidido: cuando se haya sido cosmo (= *magistrado de una Ciudad cretense*), en los diez años siguientes el mismo individuo no podrá volver a serlo. Y si llegase no obstante a serlo, en cuantos casos dicte sentencia habrá de pagar él mismo una multa por el doble de ese valor; será execrado y despojado de sus derechos de ciudadano mientras viva y será nulo cuanto hubiese llevado a cabo como cosmo. Juran *(que así será)*: el colegio de los cosmos, los «damioi» y los «Veinte de la Ciudad».
(Inscripción de Dreros, Creta, entre 650 y 600 a. de C. P. DEMARGNE y H. VAN EFFENTERRE, B. C. H., 1937, pp. 340 y ss. y 1938, pp. 194-195).

LA JUSTICIA

La organización judicial (inseparable, en el fondo, del derecho constitucional) merece especial mención, ya que revela una nueva mentalidad. Se establece una tarifa de multas, con un baremo progresivo en caso de impago, y el magistrado encargado de la ejecución compromete en ella su propia responsabilidad material. Se moderniza el procedimiento, fijándose las normas de los testimonios y de la fianza; de todos modos, los incomparecientes y perjuros no son, a menudo, sancionables sino con imprecaciones. Pero (y es innovación fundamental) la acción puede ser iniciada por cualquiera y no necesariamente por la víctima o por su familia, con lo que cada uno tiene responsabilidades sobre la totalidad ciudadana (p. ej., en Atenas o en Élide).

La notable calidad de estas legislaciones no debe ocultar sus limitaciones: en casi todos los casos no han consistido, seguramente, sino en redactar procedimientos consuetudinarios que, en esos tres siglos, se habían ido complicando y afinando; por tal causa se trata de un derecho que sigue favoreciendo a nobles y acomodados. El reinado de la armonía que se espera produzca tales reformas es la *eunomía*; esto es, la estabilidad de cada cual que, permaneciendo en el lugar que la *tykhé* le haya deparado, contará con una garantía nueva frente a lo arbitrario,

Eunomía. Orden bien regulado y justo, equidad. [N. del T.]

Tykhé. Destino, Providencia.

Régimen isonómico. Ver cap. IX, II.

pero habrá de mantenerse en el marco de los derechos y deberes inherentes a su condición. Siguen en pie, además, otras reivindicaciones, como se deduce de la existencia de tiranías y la búsqueda, a fines del siglo VI, de un régimen isonómico.

III. LOS TIRANOS

ORÍGENES Y TOMA DEL PODER

La tiranía se presenta, a un tiempo, como una emanación de la aristocracia y una reacción contra ella; la mayoría de nuestras fuentes le resulta hostil, a causa de su total incomprensión de la naturaleza profunda de un régimen que ya había desaparecido.

¿A qué poder ponía fin el tirano? Frecuentemente, al ejercido por las familias notables y que, según fuese hereditario o electivo el título real, se llama monarquía u oligarquía. De hecho, tales «realezas» no eran sino simples magistraturas. Un aristócrata desplazado o más consciente arrancaba de buena gana el poder a quienes lo ostentaban, aprovechando la hostilidad general que habían suscitado (p. ej., Cípselo). Otras veces se habla de rivalidades entre familias aristocráticas, que provocaban una apelación arbitral pero que podían desembocar en la toma del poder por alguno de esos nobles, apoyado por una facción y ante la indiferencia del *demos* (p. ej., Pítaco, Pisístrato, Polícrates): se trata, también en estos casos, de conflictos internos de la aristocracia que abren camino a la tiranía. Más excepcionalmente, el movimiento parece surgir del deseo de luchar contra los acaparadores: acaparadores del poder (dorios de Sición) o de tierras (ganaderos de Mégara o geómoros de Samos). Pero las condiciones nos son lo bastante desconocidas como para no poder extraer conclusiones. Ninguno de estos tiranos «demagogos» procedía del pueblo; y, por lo demás, parece que ejercieron, en sus momentos de mayor popularidad, magistraturas de acceso exclusivo para los aristócratas (arconte, polemarca o *basileus*).

Sobre Cípselo. «Siendo polemarca fue todavía más querido, pues resultó el mejor entre cuantos habían hasta entonces ejercido esa magistratura (...) Ni encarceló ni encadenó a ningún ciudadano, sino que, a unos, los liberó, procurándoles la fianza, y, a otros, saliendo personalmente garante; y a todos les repartió la parte que le correspondía a él mismo. Gracias a lo cual era adorado por las gentes».
(NICOLÁS DAMASCENO, 90 F 58).

No obstante, hubieron de buscar en otra parte un sostén más amplio y duradero. Los motivos de insatisfacción e, incluso, de angustia debidos a la situación económica y social les permitieron apelar al pueblo. Teágenes puso de su parte a los pobres en Mégara; Fidón parece que creó, en Argos, la clase hoplítica, esclarecida en su victoria contra Esparta; en Sición, Clístenes se apoyó en los no dorios (acaso peor tratados política que no socialmente); Pisístrato recibió el apoyo del *demos* (pero ¿cuál, exactamente?)... Todos estos apoyos debieron de ser reales, aunque sea imposible evaluarlos satisfactoriamente. Pero no bastaron para evitar el recurso a la fuerza (asesinato del basileo ejerciente, uso de mercenarios, eliminación violenta de rivales, etc.) El tirano llevaba a cabo tales acciones con un pequeño grupo de partidarios, asimismo aristócratas; y a menudo tenía que asegurar su propia protección con guardias de corps.

Pisístrato hubo, según Heródoto (159 ss.), de tomar tres veces el poder:
1. 561-560: toma de la Acrópolis con una guardia personal autorizada por el pueblo y con apoyo de Megacles, otro jefe aristocrático. 555-554: abandono del poder a causa de una coalición de las dos facciones aristocráticas contrarias.
2. 544-543: toma del poder merced a las rivalidades entre esas facciones. Se hizo acompañar de una falsa Atenea. 538-537: exilio voluntario y reunión de un ejército en Eretria.
3. 534-533: conquista militar (parece que con apoyo del *demos.)* 528-527: muerte por enfermedad.

Si se atiende sólo a las condiciones de la toma de poder estas tiranías no son, pues, revolucionarias ni van acompañadas de cambios no-

tables en las instituciones: el tirano no modifica el sistema, sino que sitúa en él a sus hombres y lo emplea para fines distintos.

Los tiranos, aristócratas, lo siguen siendo en sus relaciones extranjeras. Consagran fastuosas ofrendas a los grandes santuarios de Delfos y Olimpia (en los que a menudo les son favorables tanto los oráculos cuanto los resultados de los Juegos); mantienen, con otros jefes de Estado (y, sobre todo, con otros tiranos), relaciones políticas y personales que contribuyen a aumentar su prestigio y poderío (ejemplo de Periandro: vinculado a Trasíbulo de Mileto, árbitro entre atenienses y mitilenios cuando se disputaban Sigeo, proveedor de eunucos de Aliates, rey de Lidia); atraen junto a sí a los grandes nombres del arte y la poesía. Son personajes restallantes, a los que se atribuyen actos e intenciones que seguramente no dependieron sino del mero oportunismo y sobre quienes existió complacencia en transmitir historias que los situaban fuera de lo común (p. ej., anillo de Polícrates, Periandro y su mujer, excesos extravagantes de los tiranos de Eritras, etc.).

PRESTIGIO Y RELACIONES EXTERIORES

Llegados al poder al favor de una crisis social, se esforzaban por encontrar soluciones capaces de estabilizar la sociedad, reduciendo las diferencias de renta, compulsivamente, si era preciso. De esta suerte fue estimulada la actividad comercial (astilleros en Corinto y Samos, imperialismo de Corinto, Samos o Atenas, vigilancia sobre la honradez en los tratos, etc.). La artesanía resultaba sostenida por esta corriente, pero también por la política de grandes obras públicas, en la que debe verse algo más que una simple operación de prestigio: el intento de un diolco en el istmo de Corinto, bueluterio y pórtico de sición, templos atribuidos a Pisistrátidas, etc. Para Aristóteles, no era sino un medio de alejar a las gentes de la política; de hecho, era urgente suministrar trabajo a quienes estaban afectados por las dificultades en la exportación de cerámica (Corinto), más aún que a quienes se veían obligados a dejar la tierra.

MEDIDAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

«Pisístrato (...) adelantaba dinero a los pobres para que trabajasen, a fin de que pudieran alimentarse cultivando la tierra (...) Instituyó los jueces de demo y él mismo acudía a menudo a los pueblos en inspección y para mediar entre quienes litigaban, con el fin de que no acudiesen a la ciudad, descuidando su trabajo».
ARISTÓTELES, Const. de los At., XVI, 2 y 5).

Aún era mejor intentar retener a las gentes en los campos. Se prohibía el acceso a la ciudad (Corinto), se reducía el atractivo político de ésta llevando los tribunales al campo (Pisístrato) y, sobre todo, se ayudaba a la supervivencia de los pequeños agricultores mediante redistribución de tierras confiscadas a los rivales ricos (aunque faltan testimonios, salvo, acaso, para Corinto) o préstamos a los campesinos para revalorizar sus explotaciones (¿con atalajes, herramientas o, más bien, mediante conversión a cultivos arbustivos?).

Diolco. Camino para sirgar naves a través de un istmo. Se han encontrado elementos del pavimento del diolco arcaico de Corinto.

Paralelamente, las leyes suntuarias intentaban reducir las ocasiones de compras en el exterior, limitar los riesgos de endeudamiento y reservar a los hombres libres el trabajo que era tentador encomendar a los esclavos. A veces, incluso, según las fuentes, se gravaban con un diezmo el capital (Corinto) o las rentas (Atenas), obligando a los ricos a frenar sus gastos y a los restantes a trabajar más, lo que permitía al tirano financiar sus actuaciones.

Periandro «impidió que los ciudadanos comprasen esclavos y se hiciesen ociosos, ideando sin cesar nuevas ocupaciones. El que se quedaba sentado en el ágora era castigado (...)»
(NICOLÁS DAMASCENO, 90 F 58).

Las intenciones políticas contenidas en estas medidas fueron subrayadas muchas veces por los adversarios de la tiranía. Pero éstos confun-

LUCHA CONTRA LOS ARISTÓCRATAS

dían más o menos conscientemente a los aristócratas con el *demos,* haciendo de su conjunto la víctima de las medidas que, de hecho, eran ventajosas para una mayoría de gentes. Si hubiese sido de otro modo, la tiranía no hubiese durado cien años en Sición o más de setenta y tres en Corinto. ¿Verdaderamente sufrieron los aristócratas confiscaciones y violencias? Probablemente sí quienes formaron la oposición; los demás, parece que no; e, incluso, parece que fueron quienes suministraron al tirano el personal de confianza: la lista de arcontes atenienses del siglo VI menciona como investidas de tal función a personas a quienes durante mucho tiempo se creyó proscritas por los Pisistrátidas.

Pero es cierto que las medidas tomadas por los tiranos, así como la naturaleza misma de su poder, contribuyeron ampliamente a destruir el privilegio político y moral de la aristocracia. Al poder de un pequeño grupo sucedió el de uno sólo; entonces se aplicó la ley a todos, indistintamente, aunque algunos lo notaron más duramente; y, aunque animados de un espíritu de desquite, no pudieron restablecer su antiguo poderío. La religión fue empleada por los tiranos en su lucha antiaristocrática: reorganizaron las fiestas tradicionales (Panateneas, en Atenas; Juegos Nemeos, por Clístenes de Sición); más aún, dieron ferviente apoyo al culto más popular de los que entonces se expandían, el de Dioniso (Atenas, Sición).

Según TUCÍDIDES, I, XVIII: «En Atenas y en el resto de Grecia en donde, ya de antes, la tiranía estaba muy extendida, la mayor parte de los tiranos fue derribada por Esparta».

Sin embargo fueron raras las tiranías que no acabasen violentamente. Los tiranos habían ayudado a remontar una profunda crisis, a acelerar la evolución; pero, cumplida esa misión, su presencia resultaba gravosa. Este tipo de monarquía, más fuerte que cualquier otro régimen de que hubiese memoria, no era acorde con la vocación de la Ciudad. Desde el momento en que las circunstancias ya no compelían a ello ¿por qué permitir el establecimiento de dinastías condenadas a imponerse sólo por la fuerza?

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Sobre el conjunto del período puede acudirse a V. EHRENBERG, *From Solon to Socrates,* Londres, 1968; con mayor cautela, léase W. G. FORREST, *La democracia griega,* Guadarrama, Madrid, 1968. Muchos artículos ilustran sobre las mentalidades prejurídicas en L. GERNET, *Antropología de la Grecia antigua,* Taurus, Madrid, 1984. Más en concreto sobre la tiranía es C. MOSSÉ, *La Tyrannie dans la Grèce antique,* PUF, 1969, serie de monografías con las principales referencias a fuentes e historiadores. Para Corinto, complétese con E. WILL, *Korinthiaka,* 1955, pp. 363 y ss., (sin confiar en la cronología adoptada). AAVV., *Clases y lucha de clases en la Grecia Antigua,* Akal, Madrid, 1979.

Véase, además, la bibliografía del capítulo anterior.

CAPÍTULO VII

La diversidad de las ciudades griegas

A falta de poder escribir una historia de todas las Ciudades de alguna importancia, nos detendremos en aquéllas sobre las que se posee documentación bastante como para dar cierta consistencia a los estudios que las conciernen.

Atenas y Esparta, mejor conocidas que las otras *poleis*, no son, sin embargo, representativas: mayores y más célebres, resultan mencionadas más frecuentemente por los autores antiguos; pero, víctimas de su éxito (y, por lo tanto, de su leyenda), tampoco desvelan fácilmente su historia.

Una fuente tardía: PLUTARCO (50 - apr. 120 d. de C.).

Beocio, sacerdote de Apolo en Delfos durante muchos años.

En sus *Vidas paralelas de los hombres ilustres* y en sus antologías anecdóticas (*Moralia*) recurrió a una vasta erudición, pero escribió más como moralista que como historiador.

I. ESPARTA

La historia arcaica de Esparta está entre las de más difícil percepción: por un lado, algunos hechos más o menos documentados y datados; por otro, una tradición claramente posterior a la que no siempre puede hacerse coincidir con aquéllos y que es víctima del «espejismo espartano», imagen ideal que, sobre todo desde inicios del siglo IV, se quiso dar de esta Ciudad.

OCUPACIÓN DEL TERRITORIO

Ver mapa 21.

Las cuatro aldeas de Pítana, Mesoa, Limnas y Cinosura, fundidas mediante sinecismo, formaron, a fines del siglo IX, la «ciudad» de Esparta; el conjunto del valle del Eurotas, de sus montañas circundantes y de la llanura litoral forma la Laconia, cuya ocupación no parece haberse acabado hasta mitad del siglo VIII. Los antiguos llamaban «lacedemonios» a quienes formaban la comunidad humana de hombres libres en ese territorio: junto a los espartanos propiamente dichos, los periecos vivían en las comarcas de alrededor. Una parte de la población, los hilotas, vivía sujeta a servidumbre, ya fuese desde hacía mucho tiempo o acaso únicamente tras la implantación doria. El espacio

ocupado se acreció en la segunda mitad del siglo VIII por la conquista de, al menos, parte de Mesenia; una segunda guerra, entre 650 y 620, concluyó la anexión e hizo más gravosa su dominación. En cambio, en dirección a la Argólide, los espartanos fracasaron en el intento de ampliar su territorio —e incluso, su influencia— (derrota de Hysias, entre Lerna y Tegea, en 669). Para con Arcadia y la región del Istmo se desarrolló una política de entendimiento.

CIVILIZACIÓN ARCAICA

Por entonces, Esparta no se distingue de las demás Ciudades griegas: participa en la colonización y en los concursos olímpicos; produce una hermosa cerámica (¿con apogeo h. 560-550?) y es famosa por sus figuritas de bronce y su escultura dedálica (por las pequeñas terracotas, en particular). Se expande el canto coral: en el siglo VII, el poeta lírico Terpandro de Lesbos es invitado a Esparta para que extienda el género por el continente, mientras que Alcmán —considerado hoy como espartano— compone poemas que celebran la cultura y los placeres.

Tirteo escribe una poesía más política y austera, lo que refleja un cambio de mentalidad: Esparta comienza a adquirir el aspecto que le conocerán los autores clásicos. Los artistas parecen no encontrar ya clientela local bastante: los temas se hacen más bélicos y los Juegos Olímpicos apenas interesan. La política exterior renuncia a las anexiones (incluso sobre Argos, finalmente derrotada en el 545) y se orienta hacia alianzas que cubren todo el Peloponeso. Suelen atribuirse estas transformaciones a las dificultades generadas por la anexión de Mesenia y la sujeción a servidumbre de sus pobladores, tras la segunda guerra: desde entonces los espartanos se habrían visto obligados a consagrarse a la defensa militar y policiaca de su situación en el seno del Estado lacedemonio.

Este mundo lacedemonio podría caracterizarse como un régimen político fijado temprana y firmemente, con una activa formación de los ciudadanos en un ideal igualitario y una notable importancia numérica y económica de los no ciudadanos.

«Rivaliza con el hierro la hermosa música de la cítara».

«Muchachas de poderosa voz melada, mis miembros ya no pueden sostenerme. ¡Plazca a los dioses, oh, plazca a los dioses que sea yo ave marina que sobrevuele la cresta de la ola con los alciones de corazón (¿despiadado?), ave de la purpúrea primavera del mar!» (ALCMÁN, ed. D. Page, *Poetae Melici Graecae*, Oxford, 1962, núms. 41 y 26).

«Vosotros, jóvenes, sed firmes y luchad, apretados unos contra otros. No dediquéis pensamiento alguno al miedo o la vergonzosa retirada; reforzad vuestro valor, poned en vuestro corazón la fuerza del guerrero; no guardéis demasiado apego a vuestra vida cuando combatáis contra otros hombres». (TIRTEO, *ibid.*, núm. 7).

CONSTITUCIÓN POLÍTICA

El primer ejemplo conocido de una especie de constitución aún muy elemental lo suministra la gran *Rhetra* (ley); extraño texto, redactado en forma de oráculo délfico y quizás apócrifo en la forma en que Plutarco lo transmitió, pero cuya antigüedad se confirma en una paráfrasis de Tirteo. El oráculo manda, entre otras cosas, proceder a una nueva distribución de pobladores, establecer en treinta (incluidos los dos reyes) el número de miembros de la *gerusía* (Consejo de Ancianos) y reunir regularmente a la asamblea en un lugar fijo. Se trata, sin duda, de una reorganización institucional que fija los poderes recíprocos de organismos ya existentes. Han sido muchas las discusiones sobre los límites que adjudicaban a la soberanía del *demos*, en función de los poderes reservados a la *gerusía*. Nos hallamos ante un sistema probuleumático que, al tiempo que confía a la asamblea de todos los ciudadanos el poder de decisión, limita los riesgos de que se ceda a impulsos colectivos, permitiendo al Consejo, autor de las propuestas, intervenir en el momento de la votación para evitar enmiendas excesivas. Hay que

Rhetra: «Funda un santuario de Zeus Silanio y Atenea Silania. Reparte en tribus y divide a *obai* (¿cantones?); establece una gerusía de treinta hombres con los archiegetas (fundadores). En cada nueva estación reunirás a la *apella* (asamblea), entre Bábica y Cnaquión; así propondrás y disolverás; del pueblo serán la discusión y la decisión final».

Enmienda. «Si el pueblo elige mal, gerontes y archiegetas suspenderán el acuerdo».
(PLUTARCO, *Licurgo*, VI, 2 y 8).

entender por «demos» el conjunto de los soldados, ciudadanos espartanos que, al menos en tiempos clásicos, no entraban en la asamblea hasta los treinta años. ¿Debían ya entonces los gerontes tener más de sesenta? ¿Eran ya elegidos según el volumen de las aclamaciones, lo que daba lugar a fraudes e intrigas electorales? En todo caso sabemos que este colegio de notables, elegidos vitaliciamente (y, por lo tanto, irresponsables), será quien dé a Esparta su aspecto de Ciudad típicamente oligárquica. Pero si resultara cierto que la *Rhetra* fuese de hacia el 700, atestiguaría una notable precocidad de la Ciudad espartana, dando ya respuesta política a las reivindicaciones que por entonces ocurrían en las Ciudades griegas. Quizás hubo que responder con ello al deseo de reparto de tierras y reducción de desigualdades sociales; pero esta integración de un *demos* importante (¿5 a 9.000 personas?) en la vida política permitió, sin duda, evitar la tiranía.

Probuleumático.

Ver cap. V, 1.

No conocemos el origen de la doble realeza. Los reyes, antes que nada jefes de guerra y «sumos sacerdotes» de la Ciudad, eran responsables, al igual que los homéricos, del bienestar de sus conciudadanos. En el siglo V, sus funciones gubernamentales los asociaban al mantenimiento de la calidad y la igualdad cívicas (mujeres epícleras, adopciones, vías públicas) y a las relaciones con el exterior (elección de próxenos).

Los reyes

Ver Heródoto, VI, 56.

Próxeno. Representante de un Estado, elegido de entre ciudadanos de otro en el que reside.

El silencio de la *Rhetra* sobre los éforos sugiere su escasa importancia en aquel entonces. Son cinco, elegidos anualmente por la Asamblea y de entre los ciudadanos. Actúan colegiadamente y quizás asumieron, inicialmente, funciones religiosas; luego se les encargaría la vigilancia sobre los reyes o la dirección de la Ciudad cuando la guerra obligaba a los jefes a ausentarse; pero también se les ve intervenir en episodios militares. Antes del siglo VI adquirieron una función preponderante, quizás a medida que el *demos,* de quien eran auténticos representantes, se consolidaba y obtenía satisfacciones. Probablemente se debe a su autoridad lo principal de las reformas que dieron a Esparta su aire de gran cuartel con instituciones rígidamente estáticas a causa del esfuerzo defensivo.

Los éforos

«Esta magistratura es entre los espartanos la suprema para los asuntos más importantes, aunque todos los éforos sean de procedencia popular... Además, los éforos juzgan como última instancia en procesos importantes, aunque sean unas personas cualesquiera; por eso hubiera sido mejor que juzgasen no según su propia opinión, sino mediante reglas escritas y leyes».
(ARISTÓTELES, *Política*, II, 1270, b)

LA FORMACIÓN COLECTIVA DE LOS CIUDADANOS

La tradición antigua atribuye en bloque a un cierto Licurgo (reformador aparentemente desprovisto de realidad histórica) todas las instituciones espartanas. El elemento fundamental es la *agôgé,* la formación del joven espartano bajo tutela de la colectividad. Desde los siete años, el muchachito era integrado en un primer grupo de coetáneos y llegaba, a través de una serie de etapas marcadas por ritos iniciáticos, a las clases de edades superiores; era dirigido bien por los más despiertos de su grupo, bien por un joven de la categoría de los iranes, con más de veinte años. La pederastia cumplía una función que, como subraya H. I. Marrou, permitía canalizar los ardores nacidos en la vida comunitaria hacia una solidaridad deportiva y militar (fenómeno que aparece también en las Ciudades cretenses). Los hombres maduros vigilaban, controlaban y eran puestos como ejemplo. Si todo ello no bastaba, se aplicaban castigos corporales. Parece que algunas pruebas fueron

Criptia. «Se alejaba a un joven de la ciudad y, durante todo ese tiempo, no debía dejarse ver; tenía, pues, que errar por los montes y dormir en alerta para

no ser sorprendido; no tenía servidor ni llevaba consigo provisión alguna... Debían partir desnudos (sin armas), cada cual por su lado y tenían que pasar en tal situación todo un año errando por el monte, viviendo de lo que pudiesen procurarse robando o como fuera y sin dejarse ver por nadie (de donde el nombre de criptia)».
(Escolios a Platón, *Leyes*, 633 B).

muy duras, comportando derramamiento de sangre (p. ej., robo de los quesos del altar de Ortia, con flagelación o combates por grupos). La más célebre era la criptia, sobre la que existe la duda de si sólo se practicaba por ciertos iranes selectos, de más de veinte años. P. Vidal-Naquet señaló que, en la forma en que la conocemos, se opone frontalmente a los principios de la formación hoplítica, siendo característico de las pruebas iniciáticas el paso por la condición contraria a la que ha de alcanzarse; hecho éste que nos conduce a un conocido tipo de sociedad guerrera.

EL CIUDADANO...

La formación espiritual deja mucho que desear; aunque menos elemental, seguramente, de lo que se ha dicho, no impidió a los espartanos conducir sus asuntos políticos reflexiva e inteligentemente. La enseñanza musical desempeñaba un papel básico, pero derivó hacia la preparación para el combate: entrenamiento mediante la danza, marcha al ritmo del auleta y de los cánticos y textos legales musicados.

Fiditia o syssition. Comida en común para un grupo formado por elección y que acaso fuese una unidad de entrenamiento. Igual organización aparece en las Ciudades cretenses.

Para ser reconocido como un hombre en plenitud, el espartano tenía que tener treinta años. Sólo entonces podía asistir a la Asamblea y pernoctar en su propia casa; porque el ciudadano había de hacer vida colectiva: formaba parte de un *syssition,* al que contribuía de acuerdo con un baremo preciso, a falta de lo cual decaía en sus derechos ciudadanos plenos. Tales obligaciones hicieron de las espartanas mujeres más libres que las demás, ya que se les encomendaba por completo la gestión de los bienes; se les imponía, también, una formación deportiva y cívica que hiciese de ellas buenas procreadoras y ciudadanas.

... Y SUS RENTAS

Con este igualitarismo en las ocupaciones habría debido corresponderse la igualdad de rentas. Se habla de un reparto de tierras que se habría realizado con el «suelo ciudadano» (esto es, la tierra cuyo disfrute se habría reservado la Ciudad desde su conquista), del que cada uno habría recibido un *kleros,* de igual valor en todos los casos. El derecho eminente de la Ciudad seguiría en vigor, pero también su deber de proceder, en caso preciso, a nuevas asignaciones, sin lo cual el sistema se degradaría. De ahí vendría la designación del grupo de ciudadanos como *homoioi.* Hoy se considera que un reparto tal de suelo no se llevó a cabo en el momento de la implantación, sino más bien con ocasión de la conquista de Mesenia y como respuesta a las reivindicaciones de los combatientes. Pero nunca hubo igualdad total: siguió habiendo gentes más ricas (¿propietarios de tierras no públicas?); más tarde se iba a plantear un grave problema de decaimiento de derechos de ciudadanos incapaces de contribuir a su *syssition,* mientras que otros acumulaban varios *kleroi.* Empero, la fama de Esparta hace pensar que, al menos por un tiempo, todo ciudadano tuvo garantía legal de un mínimo de recursos.

Kleros. Ver cap. V, I.

Homoioi. Iguales o, mejor, «semejantes». No implica total igualdad económica.

LOS HILOTAS

El ciudadano, que consagra su tiempo a la Ciudad, no puede participar en la producción. La sujeción a servidumbre de los hilotas, trabajadores de la tierra cívica, resolvió parte del problema. El Estado asignaba uno o dos a cada *kleros*; debían entregar al titular del lote una parte de la cosecha, determinada de modo que se garantizasen su sus-

tento y el de su familia; el excedente era para el cultivador que, en consecuencia, podía lograr un modesto pasar. La tradición nos dice que estos hilotas vivían aterrorizados: por miedo a los motines parece que se procedió a matanzas regulares, particularmente con ocasión de la criptia. Pero no hay pruebas para este período; además, muchos de ellos eran empleados como asistentes en el ejército, como artesanos o cocineros o como compañeros de los jóvenes espartanos con quienes compartían la *agôgé,* convirtiéndose, a continuación, en *neodamodes,* manumitidos por el Estado, pero cuyo estatuto jurídico sigue estando oscuro.

«(Licurgo) no autorizó a sus conciudadanos a practicar ningún oficio manual *(banausos)*... Los hilotas les trabajaban la tierra entregándoles la renta de que ya he hablado» («70 medimnos de cebada para el hombre y 12 para la mujer y productos líquidos en proporción).»
(PLUTARCO. *Licurgo.* XXIV. 3 y VIII. 7).

LOS PERIECOS

Por último, en las tierras de la periferia vivían los periecos. Tras haber absorbido a aquéllos de entre los invasores que no encontraron acomodo en el corazón de Laconia, se fueron transformando paulatinamente en dependientes de Esparta. Su estatuto está bastante claro: organizados en Ciudades, tenían sus propias instituciones políticas, variables según los casos, con sus propias desigualdades sociales y los correspondientes conflictos que suscitaban y con actividades económicas libres y variadas e, incluso, provechosas (agricultura, pero, también, la casi totalidad de la artesanía no doméstica y del comercio); por el contrario, estaban sometidos a Esparta en cuanto concernía a la política exterior, servían en el ejército espartano y es posible que pagasen un impuesto. También se dice que estaban sometidos al control de los éforos. Poco temidos por los espartanos, que no parece los explotasen, eran un eficaz talud protector en caso de invasión, lo que hacía de ellos soldados interesados en la defensa del territorio.

Tal es el aspecto que nos ofrece la Esparta arcaica; muchas zonas de sombra, una originalidad indiscutible y un dinamismo creador que encerraba germinalmente muchas amenazas: conservadurismo de instituciones tempranamente diseñadas y solidificadas rápidamente, riesgos de agravamiento de las diferencias sociales entre ciudadanos con rechazo de un cierto número de entre ellos al grupo de los «Inferiores» y aplastante superioridad numérica de las poblaciones sometidas.

II. ATENAS

Ver mapa 12.

LA FORMACIÓN DE LA CIUDAD

Durante este mismo período, Atenas también intentó ampliar su territorio y estabilizar sus instituciones en nombre de la *eunomía*. Pero los procedimientos fueron muy distintos y las soluciones más tardías.

El Ática estaba compuesta por aldeas independientes paulatinamente unificadas; ciertas agrupaciones locales (p. ej., la Tetrápolis formada por Maratón, Tricorinto, Oinoe y Probalinto) precederían al amplio movimiento que culminó en la conversión de Atenas —«las» Atenas— en el centro político de la península; la atribución a Teseo de la responsabilidad de esta unión, a raíz de un sinecismo único, destaca la unidad política del Ática, pero descuida la vitalidad de las asociaciones y los cultos locales, bajo la variable influencia de algunas familias, cuya or-

«(Teseo)... reunió a todos los habitantes del Ática en una ciudad única y creó un *demos* único para una *polis* única: hasta entonces, estaban dispersos y era difícil reunirlos para asuntos del común interés; y ocurría que llegaban a entrar en conflicto y a hacerse la guerra... Hizo construir para todos un Pritaneo y un Buleuterio comunes, en el sitio en que ahora se encuentra la ciudad; y lla-

mó a la *polis* Atenas e instituyó un sacrificio comunitario, las Panateneas.» (PLUTARCO, *Teseo,* XXIV, 1 y 3).

ganización ha de remontarse a una época de independencia. Por lo general, se considera que la anexión —por la fuerza, esta vez— del «reino de Eleusis» (santuario, ciudad y llanura triasia) a fines del siglo VIII o comienzos del VII marcó el acabamiento territorial de la *polis* ateniense. Quedaban, no obstante, la anexión definitiva de la isla de Salamina, reclamada por los megarenses, en el siglo VI, y Oropo, al norte, conquistada y perdida periódicamente.

ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses,* única conservada de la colección de «constituciones» recopiladas por él mismo y sus discípulos. Hallada en 1891, en el reverso de un borrador de cuentas de un granjero del delta del Nilo y en copia fechable a fines del siglo I a. de C. La evolución constitucional entre Dracón y finales del siglo V va seguida por un cuadro de las instituciones existentes cuando se redactó (entre 329-328 y 323-322 o bien en 334-333, con actualizaciones en los años 20).

Según la *Constitución de los Atenienses,* de Aristóteles, nuestra fuente principal, la constitución estaba entonces plenamente de acuerdo con el esquema general: nueve arcontes (epónimo, rey, polemarca y seis tesmotetas, cuya función judicial no se concretará hasta el siglo VI), un consejo aristocrático llamado del Areópago y una asamblea popular en la que se ignora si tenían cabida los carentes de capacidad hoplítica. En el siglo VII Dracón había, acaso, redactado unas leyes constitucionales; pero las que Aristóteles le atribuye son, con seguridad, apócrifas. Poco después, un joven noble, Cilón, no logró imponer su tiranía, merced a la enérgica reacción de los arcontes, aparentemente apoyados por el *demos*. Tales son las magras informaciones de que disponemos para la historia ateniense de los siglos VIII y VII.

Fue entonces cuando apareció, iluminando su historia, la célebre figura de Solón. Demasiado célebre, incluso, pues se le atribuyeron abusivamente todas las medidas que permitirían luego convertirlo en el padre de la democracia moderada. En ese momento, Atenas, como otras Ciudades, pasaba por una crisis política y social; los adversarios acabaron por pactar la elección de un árbitro, Solón, aristócrata de mediana fortuna y poeta elegíaco que nos narró sus esfuerzos, sus logros y sus fracasos.

CRISIS AGRARIA Y SOCIAL

Política y socialmente, el poder de los aristócratas era discutido por un creciente número de atenienses y, sobre todo, por los hoplitas y por aquéllos cuya fortuna se basaba más en la artesanía y el comercio que no en la tierra. A la vez, los pequeños propietarios que vivían de su tierra estaban abrumados, o amenazados de serlo, por los más ricos. La discusión sobre la interpretación correcta de los textos de Aristóteles, Plutarco o el mismo Solón es, aún, vivaz, de modo que nos atendremos a los elementos comúnmente aceptados. Por causas ya mencionadas, ciertos pequeños cultivadores se endeudan: los ricos les adelantan simiente e, incluso, alimentos. A causa de esta deuda, las rentas disminuyen cada año y se hace más fuerte el recurso al préstamo. El acreedor disfruta, así, de un derecho creciente sobre las cosechas por venir, hasta el punto de que algunas tierras habrían sido marcadas con *horoi,* con mojones, que darían fe de la hipoteca sobre la cosecha (?) cerealística o arbustiva. Finalmente, el deudor se hace insolvente. No puede librarse de la deuda vendiendo su tierra (si es cierto que los bienes patrimoniales eran, aún, inalienables). No le queda por vender sino su persona y se queda, *in situ,* como mano de obra sujeta —es un *pelates*— y deseada mucho ha por el acreedor; o bien es vendido como esclavo en el extranjero. Hay, también, *hectémoroi,* cuyo origen exacto

Pelates es quien tiene relación con otro y, por extensión, un asalariado o mercenario. [N. del T.]

Hectémoros. Ni Aristóteles ni Plutarco sabían ya qué eran y su interpretación es etimológica. Generalmente se acepta que un pago de 5/6 sería excesivo, aunque en África del norte existe la práctica para cosechas arborícolas. Pero la palabra puede derivarse también de la duración del arriendo o, incluso, de un contrato de plantación de tierras para su conversión en olivares.

desconocemos, obligados asimismo a cultivar la tierra y que pagan 1/6 de la cosecha a un tercero; si no pagan, pueden ser vendidos en el extranjero. Estos dos grupos son, pues, víctimas de una coerción sobre sus personas.

Esta situación, en su desarrollo, pudo llegar a amenazar los fundamentos mismos de una Ciudad cuyos cimientos se basaban en el campesinado. Mediante la «sisactia» Solón parece que palió los efectos de tal evolución: condenando las deudas, prohibiendo las esclavitud por esa causa y repatriando (no podemos imaginar cómo) a los esclavos. Pero Solón presume de no haber ido más allá: ni repartos de tierra ni ayuda especial a los campesinos ni prohibición del endeudamiento cara al futuro. Bastará a Pisístrato facilitar a los pequeños campesinos una ayuda eficaz para que el problema desaparezca de nuestras fuentes hasta el siglo IV. Quizá Solón favoreciera el recurso a otra solución, apoyando el desarrollo de la artesanía, obligando a los padres a enseñar un oficio a sus hijos y modificando los sistemas de pesos y medidas para facilitar los intercambios. De hecho, el siglo VI contempló la expansión de las producciones artesanas de Atenas.

Se le atribuyen muchas otras leyes: de consolidación de la familia (adopción, epiclerado) reconociendo la primacía del *oikos* sobre el **genos**; de control de la moralidad privada (mujeres, muchachos, lujo); de confirmación de la legislación criminal de Dracón y de control de la economía (p. ej., regulación sobre aguas, prohibición de exportar cualquier producto agrario que no fuese aceite de oliva, etc).

Su reputación de fundador de la democracia procede, más bien, de la obra constitucional que se le atribuye. Había, según parece, tres grupos socioeconómicos de titulares de derechos: aristócratas, de buena cuna y propietarios de bienes raíces bastante ricos (eupátridas); el resto de los propietarios de suelo, llamados *geomoroi* o *agroikoi*; y los demás, que vivían de salarios o de ventas, los demiurgos. Solón los distribuyó en cuatro clases censitarias: los pentacosiomedimnos (que disponían de una renta agrícola de, al menos, 500 medimnos de trigo) y los *hippeis* (entre 300 y 500 medimnos) corresponden a un desdoblamiento del primer grupo; los zeugitas (200 a 300) tenían, probablemente, una yunta; los *thetes* dispondrían sólo de rentas agrícolas muy parcas. El acceso a los cargos públicos se modulaba según la fortuna, aunque mediaba una elección en la *Ekklesía*. Los *thetes* no tendrían acceso sino a esta asamblea y a los tribunales. El consejo del Areópago se formó desde entonces con los ex-arcontes; parece que hubo, sobre todo, de juzgar homicidios voluntarios y velar por el respeto a la constitución, quizá controlando a los magistrados, cada vez más desembarazados de su tutela a medida que pasaba el tiempo. ¿Creó un segundo consejo, de cuatrocientos miembros (cien por tribu), con funciones probuleumáticas? Aristóteles lo asegura, pero no consta ni la menor prueba de su existencia.

Más célebres y duraderas fueron sus reformas judiciales. Un tribunal popular, la Heliea, abierto a todos, servía (como mínimo) de tribu-

RECURSO A SOLÓN

Sisactia. Acto de descargar el fardo. (ARISTÓTELES. *Const. At.*, II.)

«La Tierra negra, madre de los dioses olímpicos, puede, mejor que nadie, ser testigo ante el tribunal del tiempo de que la libré de los mojones entonces clavados en ella por todas partes; sometida antaño, ahora es libre. Muchos son los que repatrié a Atenas... Y a quienes aquí mismo padecían afrentosa servidumbre, temblando ante el humor de su amo, también los liberés». (SOLÓN, en ARISTÓTELES. *Const. At.*, XI, 14.).

LEYES SOLONIANAS

Reformas constitucionales.

Según C. HIGNETT, *A History of the Athenian Constitution*. Oxford, 1952, podrían establecerse las siguientes equivalencias:
500 medimnos de renta = 44 has. apr.
300 medimnos de renta = 28 has. apr.
200 medimnos de renta = 17 has. apr.

Aun observando un barbecho bienal, estas cifras parecen demasiado altas, pues implicarían la clasificación como *thetes* de una gran masa de gentes.

Reformas judiciales

«Redacté leyes iguales para el bueno y el malvado, disponiendo para todos una recta justicia».
(SOLÓN, en Aristóteles, *Const. At.*, XII, 4).

Atimía, ver cap. XI, III.

nal de apelaciones. Y, sobre todo, se dotó a cada ciudadano del derecho a actuar en justicia contra quienquiera hubiese infringido las leyes: se asentaba así la responsabilidad colectiva de los ciudadanos, hasta el punto de que Aristóteles atribuye a Solón esta ley extraordinaria: «Quien, durante una *stasis,* no tome las armas por una de las partes, será reo de *atimía* y privado de sus derechos ciudadanos.»

Cada cual es, pues, responsable de la ley y de que sea respetada, le está sometido y protegido por ella, sea cual fuere su condición social. Pero nadie ha de salirse del lugar que tal ley le asigna: así lo quiere la *eunomía.* En cuanto la ley deja de ser observada, reina la *stasis.* Tras la marcha de Solón, se produjo, en efecto, enseguida: pasó un año sin arcontes (590-589?); un tal Damasias se impuso como arconte durante dos años y dos meses y hubo de ser expulsado; en 580-579 se eligió a diez arcontes encargados de restablecer el orden (cinco eupátridas, tres *agroikoi* y dos demiurgos). La decisión es tan sorprendente que ha sido puesta en duda; empero, la tarea debió de desarrollarse adecuadamente, pues el sistema soloniano parece que, en lo sucesivo, funcionó hasta fines del siglo, incluso bajo la tiranía.

DESPUÉS DE SOLÓN

Eupátridas. «Bien nacidos», esto es, de familia aristocrática.

Demiurgos. Ver cap. IV, III.

No tenía ésta sino que proveer de solución seria a la crisis que sacudía al campesinado y que imponer a los aristócratas el respeto a las conquistas políticas y sociales. Ésa será la obra de los Pisistrátidas, de quienes ya hemos visto (cap. VI, III) cómo pueden pasar perfectamente por los arquetipos de tirano.

VII. Anexión de Eleusis. Leyes de Dracón. Intentona de Cilón.
594-3. Arcontado de Solón.
561-0. Primera toma del poder por Pisístrato.
528-7. Muerte de Pisístrato. Le suceden sus hijos, Hipias e Hiparco.
514. Asesinato de Hiparco.
510. Deposición de Hipias.
580. Reformas de Clístenes (ver cap. IX, I).

Así, a fines del siglo VI, los atenienses se habían estabilizado en su territorio y en sus tierras; los privilegios aristocráticos se batían abiertamente en retirada, aunque las instituciones no lo reflejasen todavía: la caída de los tiranos dejará un vacío que era preciso colmar rápidamente, so pena de ver cómo Esparta lo aprovechaba para extender su influencia. Hacía falta que entre los aristócratas (que seguían siendo el único personal político disponible) se diesen suficientes apertura e imaginación como para conducir a la Ciudad por el camino de las reformas que asociasen a la totalidad del *demos* con la vida política.

III. ALGUNAS OTRAS CIUDADES DEL CONTINENTE Y DE LAS ISLAS

Por entonces había muchas otras Ciudades importantes, tal y como se trasluce de las fuentes, pero no atrajeron apenas a los autores antiguos.

EN EUBEA

«Muchos lugares de Italia y Sicilia son de origen calcidio. Según dice Aristóteles, sus colonos formaron las expediciones en el tiempo del régimen de los *hippobotas,* esto es, cuando gobernaban personas de esta clase censitaria, cosa que hacían muy al modo aristocrático».
(ESTRABÓN, 447).

En Eubea, el yacimiento de Lefkandi (un poco al oeste de Eretria) muestra, en el siglo X, una comunidad más importante y activa que Atenas. Luego, Calcis, con sus broncistas, y Eretria, con sus alfareros se desarrollan hasta llegar a ser muy activas Ciudades colonizadoras; están bien provistas de tierras de cultivo y de pastos en los que sus aristocracias de *hippobotas* (Calcis) e *hippeis* (Eretria) hallan la base de su prestigio. Eretria, incluso, puede que dominase por un tiempo Andros,

Ceos y Tenos. Pero en el siglo VI ambas ciudades decaen, lo que, a veces, fue puesto en relación con la famosa Guerra Lelantina, que las habría enfrentado, agotándolas. (La fecha no es segura: entre el final del s. VIII y el del VII). Sea como fuere, a fines del siglo VI los atenienses obligaron a los calcidios a cederles una parte de las tierras —o de sus rentas— de la llanura lelantina. Eretria, en cambio, siguió manteniendo un lugar importante en el mundo griego, a juzgar por la ayuda que suministró a las Ciudades jonias sublevadas.

BEOCIA

Beocia llevó luego fama de ser una región atrasada; ocupa buenas tierras, con centro en el pisculento lago Copais, protegidas por fronteras naturales. Su población de agricultores tenía apego por un régimen moderado en todo —no se mencionan crisis ni tiranías en la región— pero padeció trastornos nacidos de la sobreabundancia de pequeñas comunidades que no consiguieron nunca unirse para formar una *polis*.

«Para los tebanos, Filolao legisló, entre otras cosas, sobre la procreación de niños...; fue característico de su legislación preservar el número de *kleroi*»

«En Tebas había una ley según la cual quien no hubiese permanecido apartado del ágora (esto es, del comercio y de la artesanía) durante diez años no podía aspirar al arcontado».
(ARISTÓTELES, *Política*, 1278 a).

Entre las tendencias federalistas mantenidas por Tebas (la principal de sus ciudades, al este del Copais) y el movimiento centrífugo animado por Ciudades como Orcómeno (al oeste) o Platea (al este) hubo un conflicto permanente. Según atestiguan las monedas, puede que existiese un embrión de federación en el siglo VI, pero Orcómeno no estaba incluida y, acaso, tampoco Tespias. En 519 sus habitantes pidieron ayuda a Atenas contra Tebas, que quería hacerlos entrar por la fuerza en la confederación: un arbitraje de los corintios hizo que se admitiese la libertad de adherirse.

Ver mapa 20.

EL ISTMO DE CORINTO

Transcurrido el brillante período de la dinastía de los Ortagóridas, Sición cayó en un olvido sobre el que tan sólo la arqueología arroja una poca luz. Mégara es mejor conocida, víctima eterna del expansionismo de sus vecinos. Se ha intentado reconstruir la sucesión de sus regímenes políticos desde la segunda mitad del siglo VII hasta fines del VI: se habrían sucedido democracia moderada, tiranía, democracia moderada y, luego, extremista, oligarquía y democracia extremista, según J. Labarbe. Pero tanta precisión exige algunas reservas; empero, es tentador admitir que una Ciudad mercantil, famosa por la fabricación de tejidos bastos y vestidos para el trabajo (producción notable en tiempos en que la artesanía doméstica estaba muy desarrollada), pudo padecer agitaciones y tener precocidad en la vida política y agresividad en sus relaciones sociales; el tirano Teágenes (último tercio del siglo VII) asentó su popularidad haciendo una mortandad en los rebaños de los ricos; el poeta aristócrata Teognis se lamentaba ásperamente por el final del prestigio y poderío de su clase, a mediados del siglo VI. Quizá proceda de eso la importancia de la colonización megarense (además de los problemas de abastecimiento alimentario). Sea por debilidad a causa de las crisis internas, sea por asfixia debida a la tenaza que apretaban Ática y Corinto, el caso es que la Ciudad dejó de desempeñar un papel de importancia desde fines del siglo VI.

Mégara

«Cirno: nuestra ciudad está en apuros y temo que no alumbrará a quien nos libre de estos deplorables extremismos nuestros... Esta ciudad lo es todavía, pero sus habitantes han cambiado: los que, antaño, no conocían derechos ni leyes, aptos sólo para ceñirse a los flancos unas pieles de cabra y para apacentarse extramuros como ciervos, resultan ser hoy los buenos; y las gentes antaño honradas se han convertido en don nadies»
(TEOGNIS, versos 39-58).

Ver mapa 19

Corinto, calificada ya en los poemas homéricos como opulenta, durante largo tiempo no conoció otra prosperidad sino la agraria. En el siglo VIII la familia de los Baquíadas, ricos terratenientes, ejerció un po-

Corinto

Cronología arcaica de Corinto —la más generalmente aceptada—. Hacia 775, la oligarquía de los Baquíadas sustituiría a una monarquía (?). Duró hasta el 657 (620, para E. Will); 734, fundación de Siracusa; entre 680 y 630 magnífica cerámica protocorintia de figuras negras; 664, derrota naval ante los corcireos. Del 657 al 584 (620-550 para Will), tiranía de los Cipsélidas; 627, fundación de Epidamno; 600, de Apolonia, con corcireos; 600, Potidea. Desde el 620 al 590, cerámica orientalizante de calidad y, luego, degeneración. Monedas con el tipo del potro a comienzos del siglo VI).

der oligárquico exclusivo reservándose todas las magistraturas y el cobro de los impuestos portuarios. Famosa ya por la calidad de su cerámica, aprovechó el movimiento de colonización de Occidente y el desarrollo del tráfico por el Egeo para explotar mejor su situación geográfica. En el siglo VI seguía siendo una gran Ciudad que ejercía un papel importante en los intercambios entre el oriente y el occidente griegos; pero su cerámica sufrió una decadencia irremediable, debida, en gran parte, a la competencia ateniense. Se convirtió en la aliada privilegiada de los lacedemonios, a un tiempo necesaria para un influjo en la zona y atenta a que no se convirtiesen en socios demasiado exigentes o atrevidos. Por desdicha, la situación interior a fines de siglo es muy mal conocida. Un texto —equivocado, seguramente, y, en todo caso, muy somero— sugiere el retorno a una tiranía moderada en la que el poder sería accesible a toda una base cívica ampliada: sería la «oligarquía isonómica», según E. Will.

ARGOS

Argos, aunque de otro modo, contrapesa también el poder espartano. No obstante, tras la derrota de Sepeya (comienzos del siglo V) infligida por el general espartano Cleómenes, los argivos perdieron mucho de su influencia y hubieron de compensar las gravosas pérdidas humanas mediante la integración de un cierto número de inferiores en el cuerpo cívico. La monarquía, a pesar de su función militar, no parece que fuera ya sino una magistratura de importancia secundaria. Los verdaderos jefes de la Ciudad eran los *damiorgoi* y, luego, los *artynai,* magistrados en apariencia anuales. La asamblea *(alia)* fue, probablemente, soberana y la composición del consejo no nos es bien conocida. En conjunto, parece segura la tendencia democrática y se confirma a comienzos del siglo V.

De este rápido repaso por las Ciudades de la Grecia antigua se desprende una doble conclusión: en política interior, lograron un apaciguamiento de los conflictos sociales y fueron buscando un régimen conveniente, siendo la tendencia general la isonómica. Pero la importancia de las relaciones entre Ciudades estaba en plena evolución y fue en ese tiempo cuando algunas Ciudades notables durante la época arcaica pasaron a segundo plano.

IV. LA GRECIA ASIÁTICA

LA DOMINACIÓN PERSA

Al otro lado del Egeo, la Grecia asiática y las islas costeras se hallaban en una situación particular, ya que un nuevo Imperio se había establecido junto a ellas: el persa. Los persas, desde mediados del siglo VI, establecieron paulatinamente su dominio sobre estas Ciudades; por la fuerza o por la astucia, pusieron a su frente a ciudadanos a sueldo, llamados, también tiranos, que debían su poder al Gran Rey y le servían como interlocutores privilegiados y responsables, particularmente én la percepción de tributos. Situados bajo el control del sátrapa, te-

Conquista de Jonia: 546.

nían que velar por el orden y la obediencia de sus conciudadanos; pero los persas no eran muy exigentes. En muchas Ciudades se mantuvo un fuerte partido popular, en función de la importancia de la flota y del crecimiento de las actividades comerciales y artesanales, gracias a la demanda persa; este partido era hostil al dominio persa por razones que se nos escapan; los tiranos no siempre pudieron o quisieron desvincularse por completo de él (p. ej., Aristágoras de Mileto), de donde lo complejo de la revuelta jonia.

Estas Ciudades jonias se unían con ocasión de sus fiestas comunes, que se celebraban en el Panjonio del cabo Mícale. Desde, quizá, siglos atrás habían constituido una liga cuyas reuniones, de periodicidad incierta, permitían a los representantes de las Ciudades, los *próbouloi*, discutir los asuntos comunes. La eficacia de tal organización parece mediocre y ni la propuesta de Tales para reforzar el poder de la Liga ni la de Bías de Príene proponiendo una acción común parece encontrasen eco. La resistencia a Persia había fracasado y la cohesión en la sublevación iba a fracasar.

Todas estas debilidades políticas y los conflictos que oponían, a veces con violencia, a ricos y pobres (Mileto, primera mitad del siglo; Samos, donde los *geómoroi* rehicieron su dominio), son el reverso de una brillantísima civilización. Construcciones monumentales por su amplitud y ornato (Hereo de Samos, Artemisio de Éfeso); esculturas cuya finura, cuyo efecto producido por el ligero velo que deja adivinar los cuerpos, de cuyos rostros sonrientes emanan expresiones apacibles, se oponen a la sobriedad poderosa de las estatuas del continente; cerámica, llamada de Clazómenas, aunque producida en toda la Jonia y exportada al oeste. Más notable aún por su revolucionaria novedad, un movimiento intelectual hacía nacer del mito a la Historia, la Geografía y, sobre todo, a la Filosofía que, en adelante, rompe con la visión teológica del mundo para apoyarse en el conocimiento experimental y en la reflexión lógica.

Iniciados en la observación de los fenómenos naturales por su conocimiento de las investigaciones astronómicas y matemáticas de los asirobabilonios, los pensadores milesios salen a la busca de una explicación global del mundo; tienen una certeza inicial: tras el aparente desorden del mundo y su inestabilidad, hay un orden único mediante el que se explican, a un tiempo, el nacimiento de ese mundo, su evolución y sus movimientos. En razón de tal unidad fundamental, no difieren en su naturaleza las causas primeras de las que podemos contemplar en acción; esta idea de que la observación de los fenómenos naturales permite elaborar reglas de valor universal les valió el nombre de físicos (*physis*, naturaleza). Tales (h. 624-548/5), Anaximandro (h. 610-h. 545) y Anaxímenes (h. 586-?) eran milesios; sin formar una «escuela» se parecen por el modo de razonar y por la discusión crítica sobre sus predecesores.

Se les atribuyen muchas observaciones físicas, astronómicas y meteorológicas, algunas de las cuales acaso no sean sino préstamos (¿in-

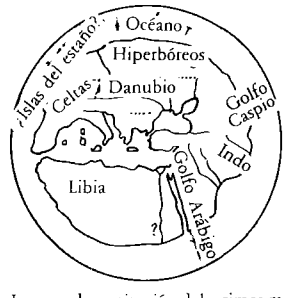
LA LIGA JONIA

Propuesta hecha al Panjonio por Tales de Mileto: «Aconsejaba a los jonios que se dotasen de un consejo único, con sede en Teos, pues estaba en el centro de Jonia; las otras ciudades seguirían estando habitadas y estarían en igual que si se tratase de demos».
(HERÓDOTO, I, 170).

LA CIVILIZACIÓN JONIA

HECATEO DE MILETO. Compuso, a comienzos del siglo V, partiendo de las investigaciones jonias, su *Periégesis* o descripción del mundo en la que se inspiró Heródoto, aun criticándola.

LA FILOSOFÍA JONIA



Intento de restitución del primer mapa jonio
Según J. O. THOMPSON, *History of Ancient Geography*, Cambridge, 1948, pág. 99.

ventó en verdad Anaximandro el reloj de sol?). Su sentido práctico dio lugar a extrañas anécdotas, sobre todo en torno a Tales.

El carácter tardío y fragmentario de las fuentes referentes a su pensamiento filosófico plantea algunos problemas: somos tributarios de la tradición aristotélica y con frecuencia es difícil distinguir la cita de estos textos en prosa —una novedad en sí— de su comentario, lo que se agrava por el hecho de que estaba esbozándose la elaboración de un lenguaje y de conceptos nuevos que no nos es dado aislar de sus usos posteriores.

Tales

Tales, buscando la materia originaria, fuente de vida, propuso el agua, pues, como nos dice Aristóteles, el germen que da la vida es húmedo. La Tierra flota sobre el agua (idea tomada del Próximo Oriente) y el mundo está «repleto de dioses» (es decir, toda materia está animada); el hombre no interviene en absoluto en los cambios permanentes, en el movimiento. Aunque aún sucinta, esta reflexión abría un nuevo camino: el de buscar en la misma naturaleza explicación a los fenómenos naturales; el mito quedaba racionalizado.

Anaximandro

El pensamiento de Anaximandro se nos muestra más complejo. Rechazaba que un elemento (el agua) prevaleciese sobre los demás, con riesgo de destruir a su contrario (el fuego), de modo que concibió una sustancia original incalificable, indefinible, ilimitada, el *ápeiron,* término que, a un tiempo, expresaba lo infinito y lo indefinido. En él estaba la fuente de la vida y del movimiento; el equilibrio del mundo radicaba en el de los contrarios (caliente y frío, húmedo y seco, sobre todo), prevaleciendo cada uno alternativamente, tal y como muestra la sucesión de estaciones. La Tierra no necesitaba soporte pues, al modo de un tambor de columna, se mantenía por atracción de los contrarios.

Anaxímenes

Anaxímenes retornó a una sustancia original conocida: el aire, pues es indefinido en su extensión y se modifica por condensación y rarefacción; el aire es el hálito del mundo y todo movimiento (vientos, cursos astrales, etc.) se debe a la acción de dos contrarios: denso-raro.

Todos intentaron explicaciones de los fenómenos astronómicos o de los orígenes del hombre y propusieron fantásticas construcciones que respondían, siempre, a un esfuerzo de explicación lógica y global.

Jenófanes

Otros pensadores iban a prolongar estas investigaciones especulativas. El poeta y teólogo Jenófanes de Colofón (h. 570-h. 475) rechazaba todo concepto antropomórfico de los dioses y proponía un dios eterno, bueno, independiente de toda contingencia, coextensivo al mundo, mientras que la vida orgánica nacía de una mezcla de tierra y agua. Con

Heráclito

Heráclito de Éfeso (que floreció a fines de siglo), el pensamiento físico y el espíritu enciclopédico desaparecen en favor de una reflexión filosófica pura, que insiste sobre la inteligencia, factor de comprensión intuitiva de los seres. Pero los fragmentos de que disponemos no autorizan ninguna visión coherente de su pensamiento, de deslumbradora riqueza, la cual explica la abundancia de interpretaciones opuestas sobre el mismo. Inmediatamente será la Magna Grecia quien coja la antorcha del pensamiento filosófico, con Pitágoras de Samos, que se

estableció en Crotona hacia 530 y, más aún, con Parménides y la escuela eleática, o con Anaxágoras de Agrigento: su pensamiento no dará fruto sino en el siglo V.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Sobre Esparta, dos obras en francés: P. ROUSSEL, *Sparte,* París, 2.ª ed., 1960, muy condensado y mesurado; H. MICHELL, *Sparte et les Spartiates,* trad. en Payot, 1953, mucho más prolijo, pero menos seguro; sobre la educación espartana, ver H. JEANMAIRE, *Couroi et Courètes,* 1939. Varios artículos en *Ktêma,* II, 1977. P. OLIVA, en *Esparta y sus problemas sociales,* Akal, Madrid, 1983, facilita una cómoda aproximación bibliográfica. Sobre la Creta arcaica pueden consultarse las diferentes obras de R. F. WILLETS. Para la Atenas de Solón añádase a E. WILL (ver cap. V, bibl.), «Soloniana», *R.E.G.,* 1969, págs. 104-106. La Beocia arcaica en J. DUCAT, «La confédération béotienne et l'expansión thébaine à l'époque archaïque», *B.C.H.,* 1973, págs. 59-73. Recordemos, para Corinto, la tesis de E. WILL (cap. VI, bibl.); Mégara ha sido objeto de interés particular para J. LABARBE, en «Las premières démocraties de la Grèce antique», *Bull. Acad. Roy. Belg.,* 1972, págs. 223-254. Una historia general de Argos es R. A. TOMLINSON, *Argos and the Argolid,* Londres, 1972; puede añadirse R. VAN COMPERNOLLE, «Le mythe de la Gynécocratie-Doulocratie argienne», *Mél. C. Préaux,* 1975, págs. 355-364. Finalmente, para Jonia, una obra desprovista de espíritu crítico para con las fuentes, pero útil: G. L. HUXLEY, *The Early Ionians,* Londres, 1966; véase, además, cap. IX, bibl.

CAPÍTULO VIII

El universo religioso de la Ciudad

«En mi opinión, ellos (Homero y Hesíodo) fueron quienes crearon una teogonía para los griegos, quienes dieron sus calificativos a los dioses y distribuyeron entre ellos honores y competencias y diseñaron sus figuras». (HERÓDOTO, II, 53).

Homero y, luego, Hesíodo, cada uno a su modo, quisieron sujetar a la disciplina de un esquema lógico la exuberancia de creencias religiosas. Tal supresión del misterio condujo a una cierta ruptura entre la creencia popular y el cuadro dispuesto por los poetas. La existencia de los griegos se hallaba profundamente impregnada de religiosidad: divinidades protegían su casa, sus actividades profesionales, a su familia y a los grupos sociales o políticos de que formase parte; cualquier negligencia en el cumplimiento de los ritos recaía sobre él y su grupo. Pero, una vez observados escrupulosamente sus deberes religiosos mínimos, le era lícito atender más particularmente a una divinidad o doctrina: no existía sensación ninguna de incompatibilidad; más aún, un autor, un responsable del culto o una Ciudad podían introducir modificaciones en la leyenda e, incluso, en las modalidades del culto, pues ninguna revelación ni libro sagrado imponían el dogma; el antropomorfismo de las divinidades las hacía especialmente aptas para soportar adaptaciones. Los mitos dan cuenta de estos enriquecimientos. Dioses y héroes los constituyen para responder a las necesidades de los hombres: encarnan las fuerzas de la naturaleza y presiden y cooperan en todos los actos decisivos de la existencia del individuo o de la comunidad; enseñan a los hombres las técnicas militares o productivas necesarias y les proporcionan la eficacia que garantiza el éxito.

I. LOS RITOS

Las principales formas rituales se fijaron en los poemas homéricos. El canto I de la *Ilíada* nos muestra la restitución de Briseida, cautiva, hija de un sacerdote de Apolo, Crises, seguida del sacrificio al dios, para alejar su maldición: «De inmediato, en torno ordenadamente del gran

altar, disponen para el dios la espléndida hecatombe. Lávanse las manos y toman la harina con sal; y Crises, alzando los brazos, ruega por todos ellos en voz alta: "¡Tú, el de argénteo arco, escucha mis palabras...!" Así es como le rogó y Apolo Febo escuchó su plegaria. Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, agarraron a las víctimas por las cabezas, que echaron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; cortáronles luego los muslos y, tras cubrirlos con una doble capa de grasa y carne cruda en pedacitos, el anciano los puso sobre leña encendida, rociándolos con negro vino. Cerca de él tenían unos jóvenes en mano asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y, descuartizando el resto, lo atravesaron con pinchos, lo asaron con cuidado y lo apartaron del fuego. Terminada la tarea y aprestado el banquete, comieron todos y nadie sintió en su corazón queja por una comida en que todos tenían su parte.»

Hecatombe. Etimológicamente, «cien bueyes». Designó, enseguida, el sacrificio de un gran número de animales.

Aparecen allí varios elementos cultuales: abluciones de purificación ritual, plegaria, libación, sacrificio de bienes aptos para consumo y comida colectiva con sus restos. Todo sucede al aire libre, en torno a un simple altar. El sacerdote desempeña un papel importante, pero no es el único; su función no es la de un delegado, sino la de un técnico (en este caso más particularmente concernido, puesto que es a él a quien se ha ofendido). Pero el ejército todo participa en el sacrificio y todos toman parte en el banquete que le pone fin: actuación colectiva que es una de las características de la expresión cultual.

Libación. Ofrenda consistente en el vertido de unas gotas de líquido, leche, miel o vino, pronunciándose una plegaria.

LOS SACRIFICIOS

El sacrificio más característico es el sacrificio del animal. Puede ser, como aquí, de tipo uránico, con la sangre del animal orientada al cielo y con sus despojos ingeridos con alegría, aun a pesar de las circunstancias graves (una amenaza de peste, en este caso). El culto ctónico se practica por encima de una fosa por la que la sangre fluye directamente a tierra; las carnes se queman por completo en holocausto, en tradición de carácter mediterráneo (mientras la otra es de tipo indoeuropeo). Sabemos que podían usarse ambos rituales para un mismo dios, según las circunstancias. Los ritos ctónicos se dirigían a las divinidades infernales, acompañaban a ciertos sacrificios expiatorios y, a menudo, a los juramentos, a los sacrificios al mar y a los ríos y a los héroes muertos. De cualquier manera, el sentido del sacrificio siguió siendo el de una ofrenda, más que el de una expiación o un contrato; un testimonio de agradecimiento y respeto que no pedía de los dioses sino buena disposición y no una respuesta automática a un ritual minucioso. Por lo demás, nos choca la gran variedad de estos ritos en sus detalles, dependiendo de usos locales. Dejaban, también, lugar a la iniciativa individual, que se manifestaba mediante ofrendas.

Cultos uránicos. Los dedicados a las divinidades del cielo (de *Urano*, el Cielo.
Cultos ctónicos. Los dedicados a las divinidades subterráneas de la Tierra (de *Chthôn*, la Tierra).
Holocausto. Consunción total de la víctima mediante el fuego

LAS OFRENDAS

Ofrendas sencillas de los cultos populares, de carácter a menudo mágico, pequeñas estatuillas de arcilla, primicias de las cosechas, cabellos; o suntuosas de ricos particulares y de Ciudades. Aparece entonces una característica nueva: la ostentación; lo importante ya no es la divinidad, sino la admiración de los espectadores. Los santuarios se cubren, así, con estatuas de mármol de jóvenes de ambos sexos —*kouroi* y *korai*—

Kuroi, korai. Los primeros fueron, durante mucho tiempo, llamados «Apolos». Estas estatuas no necesariamente representan a personas aún jóvenes, si-

no juvenilmente idealizadas. Con frecuencia se trata de ofrendas funerarias.

Ver mapa 17.

y los templos se llenan de objetos de bronce y de metal precioso que forman sus primeros tesoros. Probablemente con el fin de reunir las ofrendas de sus naturales, las Ciudades construyen, en Delfos y Olimpia, esos templos en miniatura llamados «tesoros». Edifican estos monumentos a su gloria y a la derrota de sus adversarios, como homenaje a los dioses protectores de la victoria: todavía asombran al visitante a la entrada de los santuarios panhelénicos. El hombre griego vincula enseguida a sus dioses con su universo particular, individual, familiar o político.

MÁCULA Y PURIFICACIÓN

Por ello no tienen, al contrario que hoy, una frontera neta las nociones de profano y sagrado. Es verdad que la exigencia de pureza ritual recuerda que debe comparecerse sin mácula ante los dioses: pero no se trata tanto de estar puro sino como de deshacerse de mancillas accidentales y los ritos requeridos son sencillos; en un asesinato la mácula está en la presencia física de la sangre y no en la intención homicida. La isla de Delos se purificaba regularmente para que el santuario del dios no quedase mancillado ni por la presencia de las parturientas ni por la de los muertos; unos y otros eran relegados a la cercana isla de Renea.

LOS RITOS, EXPRESIÓN COLECTIVA

Hay en las religiones antiguas muchas prescripciones de esta clase, pero los griegos no pusieron en sus cultos ni el ritualismo temeroso de los mesopotámicos ni el puntilloso juridicismo de los romanos, lo que no excluyó la persistencia de una profunda superstición de la que Platón se lamentaba. Generalmente, el culto era tributado por un grupo particular: el ejército de la *Ilíada,* las mujeres en algunos cultos de Deméter, los jóvenes, en ocasiones y, a menudo, la Ciudad toda. Las formas varían, pero la participación es colectiva y se expresa en la procesión que precede al sacrificio y en el banquete con que culmina. Su expresión más elaborada son los juegos y las competiciones. A partir de ahí se entiende que no haya distinción absoluta entre sacerdotes y laicos. La función sacerdotal suele ser electiva y temporal, frecuentemente a cargo de los magistrados de la Ciudad. A veces la tradición impone a tal familia para tal culto, pero nunca ello engendró una casta sacerdotal como la egipcia: la Ciudad integró a sus sacerdotes y únicamente ciertas funciones oraculares y algunos grandes santuarios desarrollaron una profesionalización sacerdotal.

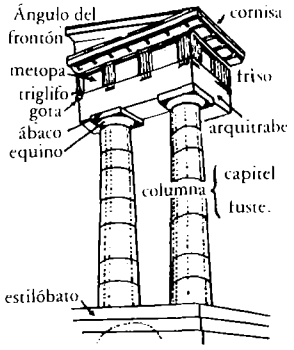
SANTUARIOS Y TEMPLOS

No hay acto religioso sin un espacio propiamente definido. Puede ser el cielo al que se invoca, la tierra a la que se golpea, la fuente en la que se va a beber, el árbol al que se refiere una leyenda o la encrucijada junto a la cual se apila un montón de piedras. A medida que se fortalecieron las ciudades, el espacio profano y el sacro tendieron a precisarse; en las ciudades coloniales quedaba reservado el emplazamiento de los templos; en época clásica se tendía a delimitar los santuarios y a señalar con alguna construcción los lugares de cultos agrestes. El culto, de hecho, no requería templo. Lo que pertenecía al dios era el territorio sacro que se delimitase, pues era su propiedad, en el sentido jurídico del término. En ciertos casos podía cultivarse una parte y las rentas

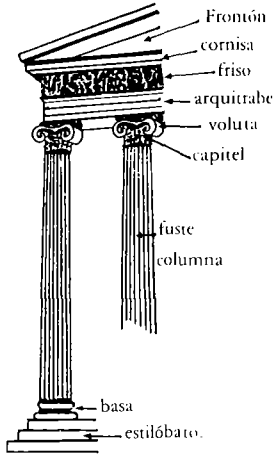
servían para el mantenimiento del conjunto. El templo en sí es, propiamente, una ofrenda, casi siempre de la Ciudad y, a veces, de varias o, excepcionalmente, de simples particulares: así, vemos a la familia de los Alcmeónidas organizar una suscripción para la reconstrucción del templo de Delfos, a fines del siglo VI. No es casualidad que el nacimiento del templo en piedra coincida con la crisis que llevó a la Ciudad a precisar sus fundamentos jurídicos. El mundo micénico tuvo santuarios y muchos de sus cultos se perpetuaron en ellos; pero en el caso del templo griego podemos seguir su lenta elaboración.

A las primeras construcciones, con dos columnas antepuestas (y conocidas a través de exvotos), siguieron los intentos, a veces torpes, de realizar edificios mayores. En Creta, los templos de Prinias y Drero muestran aún tradiciones minoicas. Pero en la isla de Samos y en Termo, en Etolia, a partir del siglo VIII, se construyeron largos edificios con columnata central. En el VII se adoptó el templo períptero (rodeado de columnata exterior); su centro, *naos,* era la cámara del dios, enmarcada por el *prónaos* o antecámara y, detrás, por el *opistódomo* o cámara del tesoro. A veces se añadía un *ádyton* para albergar las funciones oraculares. También a fines del siglo VII la piedra fue preferida a cualquier otro material y, en particular, a la madera y a la arcilla. Los cánones de los dos órdenes arquitectónicos, jónico y dórico, quedaron establecidos entonces. El orden dórico, con un capitel en forma de cojín y un fuste sin basa, soporta un friso en que alternan metopas, a veces esculpidas, y triglifos estriados que evocan la antigua arquitectura en madera en la que alternaban los extremos de las vigas. Nacido en el Peloponeso, a imitación de las columnas de Micenas (templo de Hera, en Olimpia; de Apolo, en Corinto), se extendió enseguida a Corfú, Magna Grecia y Sicilia, donde tuvo sus mejores creaciones (Posidonia-Paestum y Selinunte). La columna jónica apareció en las islas y Asia Menor. Su capitel de volutas, su basa moldurada y el friso continuo recuerdan las influencias orientalizantes (templos de Hera, en Samos y de Artemisa, en Sardes). Lo que importaba, ante todo, al arquitecto helénico eran las proporciones del edificio y las relaciones entre los tres elementos de su elevación: basamento, columnata y entablamento. En la época arcaica, el entablamento era muy voluminoso (como en Corfú o Selinonte); las columnas son más variadas de lo que se pensó a raíz de los primeros estudios, pero siguieron teniendo un galbo muy acusado.

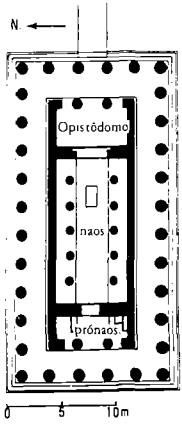
El éxito del templo favoreció el desarrollo de la escultura monumental que permitió adornar metopas, frisos y frontones, todo ello respetando el bien definido marco de estos espacios. La escultura estableció, así, ante los ojos de todos, el aspecto antropomórfico de los dioses y de sus mitos. Tanto como Homero y Hesíodo los templos sirvieron como memoria colectiva: la expresión artística de los griegos fue, ante todo, religiosa; sobre todo en época arcaica, las cerámicas y la escultura evocaron una multitud de mitos a través de imágenes muy sencillas en ocasiones. Pero el artista conservó una gran libertad: innovó e inventó; el arte refleja la amplísima flexibilidad que apreciábamos en los cultos.



El orden dórico



El orden jónico



Egina. Templo de Afaya.

II. MITOS Y TEOGONÍA: LOS GRANDES DIOSES

La tradición inaugurada por Homero y, sobre todo, por Hesíodo acabó por delimitar doce dioses olímpicos, emanados de la pareja fundamental Cronos (el tiempo)-Rea, en dos generaciones. La veneración popular añadió, entre otros, a Esculapio (Asclepio), el héroe médico divinizado y a Dioniso, inasimilable al panteón.

Estos grandes dioses son conocidos por todos los griegos y su poder conjunto se impone sobre todas las fuerzas de la naturaleza y actividades fundamentales de los humanos. Pero esta aparente simplicidad desaparece en cuanto que se estudia a una divinidad a través de sus lugares de culto, sus representaciones y sus mitos. Tomemos el ejemplo de Artemisa, la virgen cazadora. Señora de los animales salvajes, protege a los cazadores; reina de las ninfas, frecuenta las aguas corrientes; es diosa, en Braurón (Ática), de las vírgenes jóvenes que se acercan a la edad núbil y de las que van a casarse en Límnatis (Laconia); en Éfeso es la divinidad de la fecundidad, dotada de numerosas hileras de pechos túrgidamente repletos; independiente de todo poder masculino, preside los duros ritos de tránsito por que pasan las jóvenes espartanas ante su altar (Artemisa Ortia), etc. Tal multiplicidad de funciones se da para con casi todas las divinidades importantes, de modo que puede verse en ella el resultado de una absorción de las pequeñas divinidades locales e, incluso, de héroes y fuerzas divinizadas, por parte de las divinidades celebradas por los poetas. De ello nacieron muchos mitos destinados a explicar este polimorfismo y la variedad de los cultos; y, también, la semejanza de una buena parte de las funciones de algunas divinidades pues, en el lugar en que se impone una de ellas, ha de dar satisfacción a las necesidades fundamentales de los habitantes.

La iconografía, las fuentes literarias (a menudo, tardías; sobre todo, Pausanias) y los estudios comparativos permiten establecer el cuadro adjunto (muy simplificado).

El estudio de los ritos evidencia la frecuencia del gesto popular de la ofrenda o invocación a la divinidad. El campesino está en relaciones permanentes con las fuerzas divinas; a lo largo de su jornada, pasa cerca de uno de esos montones de piedras, un hermes, rematado acá por un pilar fálico, allá albergando un cadáver, llega a una fuente o a una corriente poblada de ninfas, trabaja su tierra y poda sus árboles para cuyos frutos invoca la protección de Deméter, de Dioniso o de Plutón.

Su misma morada está habitada por su *agathos daimon* o buen genio, serpiente del hogar a la que, en cada comida, se hace una libación de vino puro; y se halla encomendada a la protección de Zeus *herkeios* (del recinto) y de Zeus *ktesios* (de las propiedades), que vela por la supervivencia material de sus habitantes. Hestia, a quien se honra a diario, encarna el lar doméstico, en el cual el orante se torna sacro y en donde se celebran los cultos familiares en compañía, incluso, de los esclavos; en él se lleva a cabo la integración en la familia de cualquier nuevo miembro: el nuevo esclavo es sentado allí para que se le viertan

«Timareta, al irse a casar, te consagra, oh Artemisa Límnata, sus tamboriles, la pelota que más le gustaba, la redecilla en que recogía sus cabellos; también te dedica, tal y como se debe, sus muñecas, siendo virgen, a tí, diosa virgen, junto con sus vestidos».
(*Anthologie grecque*, VI, 280).

CULTO DIARIO Y FAMILIAR

«Ruega a Zeus Ctonio (= Plutón *) y a la venerable Deméter que, al madurar, hinchen el grano sagrado de Deméter, precisamente en el momento en que, al empezar el laboreo y teniendo en la mano la empuñadura de la mancera, vayas a golpear el lomo de los bueyes que tiran de la clavija del yugo.»
(HESÍODO, *T. y D.*, 465-469)

* N. del T. Zeus Ctonio era venerado en Corinto (Pausanias, II, 2, 9) y no tiene por qué ser identificado necesariamente con Hades-Plutón.

	Funciones fundamentales	Símbolos	Principales lugares de culto
ZEUS hijo de Cronos	— Dios del cielo y de los fenómenos atmosféricos	nimbo, globo, rayo	Un poco en todas partes
	— Soberano y padre. Protector de la casa, los bienes de los grupos humanos; justicia; salvador; protector de los suplicantes y de los huéspedes.	trono, cetro, águila serpiente balanza	Ej. Mte Olimpo Atenas Olimpia Labranda (Caria) Creta
	— Ctónico. Fuente de vida y de fertilidad	hierogamias cuerno de toro	
	— Oracular		Dodona (Epiro)
POSEIDÓN hijo de Cronos	— Dios del mar, sobre todo del embravecido; protector de marinos y pescadores	pez	Muy extendido en el Istmo y en el Peloponeso Beocia Tesalia
	— Quebrantador de la tierra (sacudidas terrestres) y de las aguas corrientes	tridente	
	— Esposo de la Tierra, amo de las profundidades misteriosas (por lo tanto, fertilidad)		Cabo Mícale (dios de las Panjonias o fiestas comunes de los jonios Tarento Posidonia
	— Domador de caballos (¿ligado al brotar de las aguas?)	caballo	
DEMÉTER hija de Cronos	— Fertilidad de la tierra sembrada de cereales; Ctónica	espiga de trigo adormidera cerdo	Puede considerarse que es universal, asociada a Core, Plutón y, a veces, Poseidón
	— Tesmófora, que engendra la vida civilizada		
	— Inicia a los humanos en los misterios de la fecundación, de la renovación de la vida, del más allá	símbolos sexuales	
PLUTÓN/HADES hijo de Cronos	— Rey y carcelero de los muertos		
	— Dueño de la riqueza de las profundidades terrestres	cuerno de la abundancia silos subterráneos	
HERA hija de Cronos, esposa de Zeus	— Protección de los matrimonios legítimos y de toda la vida femenina. Patrona de los partos	carro baños y retiro (de la novia) hierogamias	Muchos. Más en particular Argólida, Olimpia, Esparta, Corinto
	— ¿Fertilidad?	flores, lises	Beocia
	— Protectora de los palacios y dè los principales lugares ciudadanos	ternera luna	Samos, Lesbos, Delos, Cnosos, Posidonia Capua, Selinunte
AFRODITA hija de Zeus y Dioné	— Fecundidad. Unión y procreación. Educa a los niños. Fertilidad terrestre asociada	manzana, granada	En todas partes. Más particularmente en: Tróade, Cnido, Chipre Rodas, Creta, Citera, Samos, Naxos, Macedonia, Atenas Peloponeso Sicilia Cirenaica
	— Amor (deseo y sentimiento)	Asociada a Eros	
	— Marina, nacida del mar, ayuda a la buena navegación	Surgida del mar	
	— Astral	Conchas y todos los animales acuáticos	

	Funciones fundamentales	Símbolos	Principales lugares de culto
ARTEMISA hija de Zeus y Leto	— Protectora de la naturaleza silvestre y los animales sobre cuya progenitura vela. Diosa de la caza; de los árboles, de la vegetación, fuentes y cursos de agua — Castidad (o, mejor, independencia frente a todo constreñimiento masculino; protege la vida femenina, prepara para el matrimonio, vela en los nacimientos y por el crecimiento de los niños	cierva oseznas cedro, nogal Representada con muchos pechos	Muy popular como señora de las ninfas Táuride Peloponeso (Esparta) Éfeso
APOLO hijo de Zeus y Leto	— Arquero sembrador de la muerte brutal y la peste. Protector y sanador — Purificador: detiene la venganza, introduce la moral y la medida; legislador y protector de los hombres — Poeta, oracular — Señor de los animales, protector de los rebaños, destructor de los animales dañinos (lobos, ratas)	carro, arco laurel, peán obelisco, pilar Argos, cierva, cisne delfín	Delos Delfos oráculos Dídimo Claros Atenas, Beocia (Ptoion) Esparta Léucade.
ATENEA nacida únicamente de Zeus	— Guardiana del palacio fortaleza, del hábitat, de los niños y adolescentes, de la salud — Protectora de los trabajos hechos en casa; textiles, cerámica, orfebrería — Protectora en caso de guerra de los héroes, de la Ciudad — Protectora de las cosechas, sobre todo del olivo	lanza serpiente escudo, égida olivo	Sobre todo en Grecia propia, además de Ilión Cízico, Eritras; Quíos, Cos, Rodas Tasos, Delos, Libia Creta
HEFESTO hijo de Hera	— Fuego, «Señor del Etna», fuego volcánico; artes del fuego, herrero	patizambo fraguas	Pocos cultos en Grecia propia, salvo en Atenas y en la Argólide, Asia menor, Campania meridional
HERMES hijos de Zeus y Maya	— Dios de los montones de piedras: de los viajeros y comerciantes, del ágora mercantil; conductor de las almas de difuntos — Protector de los límites (y por tanto de la propiedad); del umbral de la casa, de los rebaños — Mensajero de Zeus: protector de los servidores, de los pillos; — Dios de la elocuencia y del discurso racional — Protector del estadio, de la palestra	piedra erecta sobre un montón de ellas; forma humana e itifálico (falo erecto) sandalias aladas petaso (sombrero) caduceo	Pocos cultos organizados, pero omnipresente por los montones de piedras y sus pilares

encima higos secos, nueces y simientes en señal de bien venida y como voto de prosperidad; la recién casada da vuelta en su torno mientras recibe iguales prendas de prosperidad y come el pastel nupcial de sésamo y miel, un membrillo o un dátil; el recién nacido resulta reconocido, admitido, cuando su padre, en las fiestas Anfidromias, corre alrededor del hogar llevando al niño.

En la puerta vela un Apolo *agyeus* (de la calle) o un Hermes o una Hécate; esta última es, a un tiempo, quien purifica a la familia tras un nacimiento o una muerte, quien vela por el crecimiento de los niños y asiste a los muertos; tranquiliza por su control sobre la magia y los fantasmas. Las grandes divinidades que asumían estas funciones, como Hera o Artemisa, se hallaban cargadas de honor y majestad y resultaban demasiado lejanas para el menester diario.

Es difícil no extrañarse ante la contradicción entre, por un lado, los numerosos ritos de fecundidad que acompañan al matrimonio y a la mayor parte de las grandes fiestas del año y, por otro, el temor manifestado por Hesiodo a tener más hijos que los que el *oikos* pueda soportar (o sea, más de uno o dos). La asociación permanente entre la fecundidad femenina y la fertilidad del suelo da parte de la explicación. El temor básico es el de la ausencia de heredero varón: él es el único que puede asegurar el culto y, en particular, el de los difuntos de la familia; la colectividad entera, por lo demás, se ve implicada puesto que, en la Atenas clásica, «un hombre que no se ocupa de las tumbas de sus parientes muertos» no puede ser magistrado, como cuenta Jenofonte. Este vínculo familiar creado por los antepasados muertos fue tan vivaz que se impuso, en el siglo IV, a los hermanos que vivían separados el reunirse para este culto y el encargarse recíprocamente de perpetuar sus lares respectivos.

«Mi rival quiere hoy privarme del *kleros* patrimonial, privar al muerto de descendencia y abolir su nombre para que nadie celebre en lugar del difunto el culto a los antepasados ni realice en su memoria los sacrificios de aniversario y para despojarlo de las honras que se le deben».
(ISEO, II, 46).

El culto familiar se prolongaba a través del de las agrupaciones de familias, las fratrías: el banquete derivado del sacrificio ofrecido por un recién casado o un padre reciente (al décimo día) reunía normalmente a sus miembros; juntos invocaban sobre su grupo la protección de Zeus *patroôs,* Atenea *patrôa* o Apolo *patrôos* y juntos sacrificaban para, en el tercer día de las Apaturias, señalar la recepción de los hijos legítimos nacidos durante el año.

Con ocasión del examen previo por que pasaban los arcontes en el siglo IV «Se le pregunta si toma parte en un culto a Apolo Patroos y a Zeus Herkeios y en dónde están esos santuarios...».
(ARISTÓTELES, *Const. At.*, LV, 3).

Apaturias: *ver cuadro a fin de capítulo*

Patroos. Paterno, propio del padre o de quien ejerce patrocinio. [N. del T.]

CULTOS HEROICOS, CTÓNICOS Y AGRARIOS

Puede que los héroes tuvieran un papel tan importante como el de los dioses; no obstante, no tenían derecho a grandes templos. Estaban vinculados al mundo de los muertos, reino de Hades, en las profundidades de la tierra. Como tales, a menudo fueron confundidos con las divinidades ctónicas; servían de intermediarios para atraer sobre los hombres la benevolencia de los poderes infernales, de las fuerzas fecundantes y del conjunto de los dioses. Su protección, empero, actuaba sobre un área reducida: local, familiar o tribal. Fácilmente se hacía de ellos antepasados míticos, grandes figuras políticas (Teseo) o matadores de monstruos y otros enemigos de los hombres civilizados (Heracles, Teseo), benefactores de la humanidad que le enseñaron a hacer fuego (Prometeo) o a cultivar el trigo (Neoptólemo); aún con más frecuencia

Ver caps. VII, II y III, III.

se trataba de héroes sanadores, unificados en Asclepio (Esculapio). Pero otros muchos eran más oscuros y se pierde el origen de su culto. Se les dedicaban muchos altares un poco por todas partes o se les excavaban fosas en las que se celebraba un culto orientado hacia tierra, con cánticos y bailes juveniles y concursos de toda clase (p. ej., juegos en honor de Patroclo, —Homero, *Ilíada,* XXIII—; o en honor de Adrasto, en Sición. Dos mundos divinos, pues, diferenciados: el de los Olímpicos y el de los Ctónicos, que incluía a los héroes.

Su encuentro acaece en el plano de la vegetación que extrae su fuerza del mundo subterráneo, pero que se expande y madura a la luz. Un mito explica en particular este vínculo: la hija de Deméter, Core-Perséfone, la joven del trigo, tras la trilla del cereal, baja, en verano, para reunirse con su esposo infernal, Plutón —Ploutos, es decir, el rico: rico en silos excavados en el suelo o en tinajas semihundidas en el suelo, llenas con la nueva cosecha—. Vuelve junto a su madre en octubre, para asistir a la siembra y reposición de la vegetación. El regreso está señalado por la fiesta de las Tesmoforias, universal en el mundo griego pero particularmente bien conocida en el caso de Atenas, donde está reservada a las mujeres casadas, únicas portadoras de fecundidad. En ese momento se sacan de las fosas (a donde habían sido arrojados como sacrificio a Eubuleo) los cerdos descompuestos, cuyos restos, mezclados con la simiente del cereal, garantizarán la fertilidad de éste. Un día de luto de las mujeres, retiradas en cabañas, conmemora el duelo de Deméter ante el rapto de su hija por Plutón; por el contrario, la gran fiesta del tercer día celebra el retorno de Core y el anuncio de la generación remozada. No es sino un ejemplo entre las innumerables ceremonias destinadas a preservar la fertilidad del suelo; el notable predominio de los cultos agrarios sobre cualesquiera otros evoca, aún más que las bases rurales de la Ciudad, la ansiedad permanente por la carestía.

Deméter se retiró a su templo, transida de dolor por haber perdido a su hija: «Fue un año espantoso por demás entre cuantos concede a los hombres que viven sobre la tierra nutricia, un año en verdad cruel. La tierra no hacía brotar el grano. Pues lo mantenía oculto Deméter, la bien coronada...». *(Himno homérico a Deméter,* 305-307).

EL CULTO EN LA CIUDAD

La Ciudad es el marco fundamental en el que se desarrollan las grandes manifestaciones religiosas; ciertos magistrados (arconte rey o basileo, en Atenas) tienen más particularmente a su cargo estas tareas. Las procesiones unen entre sí los distintos puntos del territorio. También es la Ciudad quien fija el calendario de las fiestas, sin olvidar hacer empezar los preparativos muy de antemano; les procura soporte material y vela por su financiación, imponiendo, si es el caso, «liturgias» a los ciudadanos más ricos. La participación de los ciudadanos es tanto más profunda por cuanto que ellos mismos son los actores, en los coros satíricos o trágicos, en las carreras, en las danzas y en los concursos de toda especie. El espíritu agonal se mantiene, pero la competición, de hecho, opone a los grupos constitutivos de la Ciudad (casi siempre, las tribus) en concursos que van de los más arcaicos (p. ej., la oskhoforias) a los más evolucionados (coros trágicos). Los beneficios de la fiesta revierten sobre todos; así, los grandes sacrificios acaban en un festín en comunión, en el que cada cual tiene su parte de carne; así, los *pharmakoi*, paseados a través de la ciudad y su territorio antes de ser expulsados, son carga-

Liturgia. Ver cap. IX, III.

Coro satírico. Ver cap. IX, I.

Oscoforias, *oskhoforias.* Ritos agrarios que asocian a Dionisio con Atenea; en octubre, tras el prensado de la uva; procesión y ofrenda de la *oskhé*, ramo de vid cargado con los mejores racimos y llevado por dos jóvenes vestidos de largo.

Pharmakoi. Chivos emisarios.

dos con las impurezas de todos, del mismo modo en que todos se benefician de la prosperidad esperada por los *Prokharisteria* de fines de invierno.

La implicación de la Ciudad es aún más clara cuando se trata de los ritos de tránsito o pasaje y de la integración de los jóvenes efebos. A. Brelich demostró que muchas guerras fronterizas arcaicas pudieron ser una forma de iniciación efébica en forma de competición. Los textos atenienses del siglo IV atestiguan la antigüedad de los santuarios cuya ruta debían por entonces hacer los jóvenes; en Esparta, los ritos de flagelación en el altar de Artemisa Ortia respondían a antiguas costumbres.

«Que sean testigos de este juramento los dioses Aglauro, Hestia, Enyo, Enyalio, Ares y Atenea Areia, Zeus, Talo, Auxo, Hegemonía, Herakles, las lindes de la patria, los trigos, las cebadas, las vides, los olivos, las higueras».

Cláusula final del juramento de los efebos en Atenas, en el siglo IV. (C. PELERIDIS, *Histoire de L'Ephébie attique*, 1962, 112 y ss.).

Más espectacular es la creación de una especie de culto político y patriótico. Ya Hestia, el hogar de la Ciudad, era objeto de diaria veneración y toda actividad política (actuación de magistrados, sesiones del Consejo, de la Asamblea o de un tribunal, comida pública en el Pritaneo) se acompañaba con una oración y una ofrenda. Pero, además, solemnes regocijos señalaban la festividad de la deidad «poliada», la que tenía bajo su protección particular a la Ciudad (Atenea en Atenas, Hera en Argos o Samos, Artemisa en Éfeso, etc.) Sabemos que Pisístrato reorganizó en Atenas la fiesta de las Panateneas dándole, cada cuatro años, un lustre que la llevaría a rivalizar con las grandes manifestaciones panhelénicas. Tras una vigilia nocturna con una carrera de antorchas y danzas y cánticos de coros de muchachos y muchachas (acaso el himno homérico a Atenea se compusiera para esta ocasión), se organizaba la procesión *(pompé)*; desde la salida del sol salía de la puerta de Dípilon y, por el *dromos,* llegaba a la Acrópolis. La Ciudad, por corporaciones, acompañaba al peplo, amplio vestido bordado durante nueve meses por las ergastinas, elegidas de entre las mejores familias de Atenas; era llevado al viejo *xóanon* en madera de la diosa, en el Erecteo. Fidias inmortalizó esta procesión esculpiéndola en el friso jónico del Partenón. Sacrificios varios, incluida una gigantesca hecatombe, permitían alimentar a la población. La fiesta se desarrollaba entre competiciones que se quisieron abiertas a todos los griegos. Los vencedores eran recompensados con ánforas panatenaicas llenas con el aceite sagrado de la diosa.

Las panateneas

Ver plano 14 y cap. X. III.

Peplo. Pieza tejida destinada a vestir. El de Atenea iba, además, bordado (lucha victoriosa de los olímpicos contra los titanes). Para transportarlo, se instalaba a modo de vela en un carro en forma de navío.
Xóanon. Estatua de madera con forma, frecuentemente, cercana a la de un tronco de árbol.

LAS FIESTAS PANHELÉNICAS

Las competiciones atléticas, musicales, coreográficas o poéticas de que se enorgullecían las fiestas locales fueron eclipsadas en su celebridad por estos grandes juegos en los que se enfrentaban competidores llegados de todo el mundo griego: eran las grandes fiestas panhelénicas, las más importantes de las cuales tenían lugar en Olimpia, Nemea, el Istmo y Delfos. Se proclamaba la tregua sagrada, para que cualquiera pudiese acudir sin peligro a la «panegiria». Durante varios días, los atletas competían en la carrera, en lanzamiento de disco y jabalina, en boxeo, en lucha y, luego, en el pancracio y en las carreras de carros. El éxito se premiaba tan sólo con corona de laurel o de olivo, pero la fama ganada y la gloria que recaía en la Ciudad del vencedor incitaban a los competidores a una dura pugna. Poseer un tiro ganador propor-

cionaba a un aristócrata un prestigio renovado. Bien en concurso organizado, bien como mero complemento de los juegos, había declamaciones poéticas y actuaciones de músicos que tocaban, cantaban o hacían bailar. Toda una multitud se reunía en torno al santuario, en un campamento que durante largo tiempo fue improvisado, teniendo ocasión de intercambiar ideas, informaciones y mercancías. No había en ello nada profano: al igual que los juegos funerarios (a los que frecuentemente los asociaban mitos heroicos), se ofrendaban a los dioses (Zeus y Apolo, entre otros). La totalidad de la manifestación era religiosa y los dioses que poblaban los santuarios recibían abundantemente sacrificios, ofrendas y plegarias. En ellos, quizá, adquiriesen los griegos una cierta conciencia de su unidad. Se comprende que el control sobre tales lugares de reunión fuese acremente disputado, generando frecuentes guerras. En Delfos, en el siglo VI, se adoptó una solución de compromiso: la Ciudad de Delfos se hizo cargo del oráculo y la anfictionía, del santuario.

Anfictionía délfica. Asociación de doce pueblos «habitantes del derredor» del santuario federal de Deméter, en las Termópilas. Hacia el 600, Delfos se habría convertido en su segundo santuario. Lista de los pueblos: delfios, tesalios, focidios, dorios de Grecia central y Peloponeso, jonios del Ática y de Eubea, perrebios, dólopes, beocios, locrios de Ftiótide, magnetes, enianos y malios.

ORÁCULOS, DELFOS

Ver mapa 17

Cierto número de santuarios obtenían también su fama por su función oracular. Se admitía que eran múltiples los signos mediante los cuales los dioses se dirigían a los humanos y a éstos tocaba estar atentos a ellos y aprender a interpretarlos. Todo sorteo dependía de la fe en la decisión divina; el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas sacrificadas (sobre todo, desde el siglo V) o el ruido del viento entre las hojas (por ejemplo, en Dodona) eran otras tantas manifestaciones divinas. Aún más: la adivinación inspirada hacía acudir a Ciudades, reyes y meros particulares. Desde Dídimo o Claro en Jonia hasta Cumas, en la Magna Grecia, eran muchos los centros en donde los dioses contestaban, en que las Sibilas profetizaban. El más célebre era, sin discusión, el oráculo de Delfos que Apolo había heredado de la Tierra (Gea), su predecesora en el lugar. El procedimiento favorito era la consulta a través de la Pitia. Tras haber cumplido con las formalidades preliminares (purificaciones, consagración de pélano y sacrificio de una víctima a Apolo y de otra a Atenea) y de asegurarse de que el dios consentía en escuchar, quien consultaba era llevado al fondo del templo, el *ádyton*, en donde se encontraba la Pitia, sobre un trípode que cubría la fosa oracular. Designada sin otra exigencia que la de la castidad absoluta, la Pitia era una mujer delfia que se consagraba de por vida al oráculo. La pregunta planteada era, por lo general, una alternativa: frente a tal situación ¿es mejor actuar de éste o aquel modo? La Pitia, inspirada por el *pneuma* divino que la poseía gracias a la abertura del suelo, era presa de *manía,* de entusiasmo y, entonces, el dios se expresaba por su boca.

Sibila. Profetisa.

Pélano. Tasa de consulta, inicialmente en especie (pastel) y, luego, en dinero.

Áditon. Lugar sacro cuyo acceso está vedado al público. En particular, parte del templo oracular en que se hacía la consulta al oráculo.

Pneuma. Hálito, soplo. La geología no admite una interpretación física de este soplo.
Manía. Entusiasmo (posesión por un dios).

Se ha discutido sobre la autenticidad de algunos oráculos, se ha glosado la ambigüedad de las respuestas, que permitía siempre dejar a salvo la reputación del dios y se le ha acusado de favorecer a ciertas potencias políticas. Lo principal no es eso. Aprovechando la audiencia de Apolo, se le hizo intervenir en períodos de conflictos y alteraciones para ayudar a encontrar soluciones arbitradas, calmar las oposiciones o regular las relaciones. Muchas instituciones políticas y judiciales recibieron su

paternidad. En *La Orestia* de Esquilo, Apolo purifica a Orestes, pero, igualmente, le obliga a comparecer ante el tribunal humano creado a tal efecto; el cual, rechazando la ley de la venganza familiar, impone el descargo exigido por la razón. El dios de Delfos (caso extraordinario en la religión griega) fue propagandista de aforismos morales cuya influencia se extenderá hasta los confines de la India.

Esta función legislativa, racional y civilizadora de Apolo permitió oponerlo a Dioniso, incluso una vez que acogió en Delfos a éste y a sus celebrantes. Mejor complementarios que no adversarios, simbolizan, de hecho, dos tendencias del espíritu religioso: era inevitable que, para compensar una religión oficial muy organizada y progresivamente coagulada, se desarrollase una corriente más espontánea, libre y mística cuyas principales manifestaciones fueron el dionisismo, el orfismo y los cultos mistéricos.

Dioniso aparece como un dios libertador. El mito lo muestra como un exilado, vinculado al Próximo Oriente y lo hace regresar triunfalmente a tierra griega, acompañado por un cortejo de sátiros y ménades, músicos y bailarines. Dioniso, dios del vino y del deseo desbocado, se ofrece a sus fieles en forma de un poderoso animal que éstos descuartizan y comen crudo para apropiarse de su fuerza. Es un culto en que participan, sobre todo, las mujeres. Todo el marco cívico y familiar quiebra con ocasión de estas fietas, extraordinariamente evocadas por Eurípides en *Las Bacantes:* la embriaguez, física o espiritual, la alegría, la carrera desmelenada por tierra baldía, el canto y la danza, la libertad sexual y el dominio femenino expresan, como un todo, una necesidad profunda de liberarse de un sistema cívico, moral y familiar en vías de organizarse con gran rigidez. Exutorio éste necesario pero peligroso. Así, poderes autoritarios —como los de los tiranos o los de la Ciudad— intentaron captar tal corriente; convirtiéndose en sostenedores de Dioniso, organizan sus fiestas: se fija un calendario y se establece un programa; si bien son, aún, fiestas de la libertad, es una libertad vigilada. Cada vez es mayor el papel de las competiciones de ditirambos, modo peculiar del culto dionisiaco del que durante largo tiempo se ha predicado, erróneamente, ser el origen de la tragedia.

El orfismo es una doctrina artificial, heterogénea, elaborada, básicamente, en el siglo VI. Se expresa mediante textos sagrados que constituían autoridad y de los que se hacen eco Píndaro, Empédocles, Platón y hojas de oro inscritas halladas en tumbas de la Italia meridional. El hombre es una mezcla de naturaleza divina dionisiaca y de naturaleza terrestre titánica. Mediante permanentes esfuerzos de pureza (ritual, moral y alimentaria) y mediante participación en iniciaciones y comuniones, el hombre puede disminuir el número de las reencarnaciones humanas o animales por las que ha de pasar antes de alcanzar el estado órfico. Entonces, el alma liberada de su prisión corporal se confundirá en el espíritu divino. La complejidad filosófica del sistema lo hizo, en verdad, poco apto para generar un culto muy popular y si bien ofrecía una compensación a las víctimas de la injusticia en el mundo, rompía

Ejemplos de máximas délficas. «Conócete a tí mismo»; «Nada en demasía»; «De niño, hazte bien educado; de joven, dueño de tí; cuando maduro, justo; de viejo, sé de buen consejo; en tu muerte, nada pesaroso». (*cf.*, entre otros, *B.C.H.*, 1958, 565 y ss.; C.R.A.I., 1968, 422 y ss.).

MISTICISMO Y CULTOS MISTÉRICOS

Dioniso

Sátiros o Silenos. Demonios caballunos adoptados por Dioniso en su cortejo. Desde entonces se establece su tipo y se les representa como músicos, danzantes y acróbatas. Evocan el elemento ctónico del culto (el caballo está vinculado a los poderes infernales).

Ménades. Ninfas convertidas en bacantes. Presa de transportes, se las representa a veces en pleno frenesí orgiástico: danzas desmelenadas, descuartizamiento de animales, etc.

El orfismo

Tablilla de Turios (s. IV) que evoca la bienaventuranza final. «Acudo, pura entre las puras, oh, reina de los infernales, oh, vosotros, Eucles, Eubuleo y otros dioses inmortales: pues me precio de ser de vuestra bienaventurada estirpe y ya he pagado la pena por mis actos injustos, domeñada por mi sino o golpeada por el rayo. He escapado del enlutado ciclo de los dolores y, con rápidos pies, he llegado hasta la ansiada corona. He bajado al seno de Despoina, la reina subterránea».
(Cf. E. DES PLACES, *op. cit.* a fin de capítulo).

radicalmente con hábitos que parecían muy profundamente arraigados, tales como el sacrificio cruento y comulgatorio.

Los Misterios de Eleusis, de más sencillo acceso para el hombre corriente y abiertos a todos los grecohablantes, procuraban al iniciado comunicación con las grandes diosas de la tierra, Deméter y Core, y con su paredro, Plutón. Probablemente también se obtuviese en ellos un viático para el más allá. La iniciación constaba de tres etapas: Misterios menores de Agras (en primavera) y Misterios mayores (en septiembre-octubre), cuyo último estadio no se alcanzaba sino en el segundo año; los preparativos se hacían entre el 13 y 20 de *Boedromión* y la iniciación del 20 al 23. Sabemos un poco de las ceremonias previas: procesión, sacrificios, consumo de productos de la tierra, manejo de objetos (acaso sexuales) y drama místico simbólico de la hierogamia. Pero la obligación de secreto se respetó tan escrupulosamente que no sabemos nada de la última fase o *epoptía*, la cual parece provocaba una especie de éxtasis contemplativo (¿frente a una espiga de trigo?). El iniciado entraba personalmente en relación con la divinidad y recibía la promesa de felicidad. En el *Fedro* (250 b-c), Platón evoca la «suprema beatitud» alcanzada por el *mystos* o iniciado. Da la impresión de que estas ceremonias incitaban al partícipe a sobreponerse a la angustia de la muerte mediante la convicción de haberse integrado en una cadena de vida, al modo en que el trigo muere y renace a través de la semilla.

El hombre, a través de todas estas variadas formas con que se reviste la piedad griega, encuentra en la religión un sostén para su vida personal y política e, incluso, para sus necesidades místicas y sus angustias. Acaso nada mejor para mostrar esa permanencia de la presencia religiosa que el calendario de las principales fiestas atenienses, que unían viejísimos ritos y celebraciones más modernas.

Los Misterios de Eleusis

Reunidos los candidatos, el hierofante (sumo sacerdote) proclama: «Retírese y abandone el lugar (...) quienquiera no esté iniciado en tal lenguaje o no sea puro de intención (...) Al tal le digo, repito y digo bien alto por vez tercera que abandone el lugar al coro de iniciados...»
(ARISTÓFANES, *Ranas*, 345-370).

«Deméter reveló los hermosos ritos *(orgía)*, los augustos ritos que era imposible transgredir, penetrar o divulgar: el respeto a las diosas es tan fuerte que paraliza mi voz. ¡Dichoso entre los hombres de este mundo quien posee su visión!»
(Himno homérico a Deméter, 476-480).

Calendario ateniense de fiestas

MES		FIESTA
Hecatombeón	(julio-agosto)	**Cronias** (fin de la cosecha).
		Panateneas (Atenea, 2 ó 4 días).
Boedromión	(agosto-sepbre.)	**Misterios Mayores de Eleusis** (Deméter, Core, Plutón, 11 días).
Pianepsión	(octubre-novbre)	**Apaturias** (Zeus Fratrio y Atenea Fratria, 3 días).
		Pianepsias (Apolo protector de jardines y vergeles).
		Tesmoforias (Deméter, reservada a mujeres, 3 días).
		Oskhoforias (Dioniso y Atenea).
		Calqueyas (Atenea y Hefesto).
Posidón	(dicbre.-enero)	**Haloas** (Deméter y Dioniso —plantas de vid—, reservadas a mujeres).
		Dionisias campestres.
Gamelión	(enero-febrero)	**Leneas** (Dioniso orgiástico).
Antesterión	(febrero-marzo)	**Antesterias** (Dioniso y almas de los muertos o Queres, 3 días).
		Misterios menores para Eleusis en Agras (Deméter y Core, 3 días).
		Diasias (Zeus Meiligio).
		Khloyas (Demétet de los brotes verdes).
Elafebolión	(marzo-abril)	**Prokharisterias** (Atenea de los retoños).
		Grandes Dionisias (6 días).
Targelión	(mayo-junio)	**Targelias** (Apolo o Deméter. Chivo emisario).
		Talisias (Deméter y Core).

MES		FIESTA
Escirofórión	(junio-julio)	**Skira** (Deméter y Core). **Dipolias-Bufonias** (Zeus Poliado). **Arretoforias** (tras la cosecha. Atenea y Afrodita).

En total, dos meses del año estarían consagrados a los dioses (contando con las fiestas que no sabemos dónde situar en el calendario).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Además de los textos antiguos (Homero, Hesíodo, Himnos homéricos, Pausanias) pueden verse una aproximación genérica en F. CHAMOUX, *op. cit.* en «Introd.», *supra;* L. GERNET y A. BOULANGER, *El genio griego en la religión,* UTEHA, México, 1960; W.-C.-K. GUTHRIE, *Les Grecs et leurs dieux,* trad., 1956 y, en fin, los varios artículos de A.-J. FESTUGIÈRE.

En cuanto a ritos, puede ampliarse con E. DES PLACES, *La religion grecque (dieux, cultes, rites et sentiments religieux),* 1969 y A. BRELICH, *Guerre, agoni e culti nella Grecia arcaica,* Bonn, 1961.

Los templos, en H. BERVE y G. GRUBEN, *Temples et sanctuaires grecs,* Flammarion, 1965 (cf. también la bibliografía en la «Introducción»).

Los mitos están agrupados por L. SECHAN y P. LEVÊQUE, *Les Grandes divinités de la Grèce*, 1966 y P. GRIMAL, cf. «Introd.»; para la religión popular, M. P. NILSSON, *La religion populaire dans la Grèce antique,* trad. 1954.

Los grandes santuarios y los oráculos son presentados por M. DELCOURT, *Les grands sanctuaires de la Grèce,* 1947 y R. FLACELIÈRE, *Devins et oracles grecs,* 1961. G. ROUX, *Delphes, son oracle et ses dieux,* 1976, es una excelente actualización, así como G. E. MYLONAS, *Eleusis and the eleusinian Mysteries,* 1961.

Una suma magistral sobre Dioniso es H. Jeanmarie, *Dionysos Histoire du culte de Bacchus*, 1970. Por último, no olvidar las obras de DODDS, VERNANT y VIDAL-NAQUET citt. en la «Introducción» de este libro.

En cuanto a mitos, J. C. BERMEJO, *Introducción a la sociología del mito griego*, Akal, Madrid, 1979; del mismo autor *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica,* Akal, Madrid, 1980; M. DETIENNE, *Los jardines de Adonis,* Akal, Madrid, 1983.

LIBRO III

LA GRECIA CLÁSICA

CAPÍTULO IX

El advenimiento del siglo V

Desde comienzos del siglo V hasta mediados del IV el mundo griego vio el apogeo del sistema político de la Ciudad y una producción artística y literaria incomparable, no obstante las continuas guerras que lo desgarraron. Una Ciudad se afianza: Atenas. Durante los primeros años del siglo V se desarrolla su preeminencia por el establecimiento de un régimen político original, su dinamismo en la lucha contra los persas y, finalmente, por una institución que obtendrá un éxito imprevisto: el teatro.

I. EL RÉGIMEN ISONÓMICO DE CLÍSTENES EN ATENAS

Tras la caída de la tiranía la situación en Atenas era confusa. Gracias a los lacedemonios, conducidos por su ambicioso rey Cleómenes I, los aristócratas exilados y, muy en particular, los Alcmeónidas (con Clístenes a su frente), consiguieron, finalmente, expulsar al tirano. El problema, empero, del nuevo régimen no estaba resuelto. Una corriente, conducida por Iságoras, arconte en 508, buscaba apoyo por parte espartana para imponer un régimen oligárquico. De hecho, y fortalecido con la ayuda de Cleómenes, regresado al Ática, pretendió exiliar a sete-

cientas familias (entre ellas, la de los Alcmeónidas), confiar al gobierno a una corporación de trescientos ciudadanos y desembarazarse del Areópago. La resistencia de éste, la bastante amplia hostilidad hacia un régimen que liquidaba la tiranía de los Pisistrátidas para caer bajo influencia espartana y la tentación que suponía el programa democrático de Clístenes concurrieron para provocar la salida de los espartanos y derrotar finalmente a los partidarios de Iságoras, con retorno de los exiliados.

No sabemos si Clístenes ejercía alguna magistratura cuando su reforma fue adoptada por la Asamblea; la cronología de este período es confusa y discutida y no conocemos sus fases. En tales condiciones, es mejor estudiar las nuevas instituciones como un todo, a sabiendas de que probablemente fueron objeto de una serie de propuestas sucesivas y de que algunas pueden ser posteriores a la muerte de Clístenes: lo importante es que se inscriben en la lógica de su sistema.

Ver HERÓDOTO, V, 66 y 69; ARISTÓTELES, *Const. At.*, XX y ss.

La tiranía había acostumbrado a los atenienses a que todos obedeciesen a un mismo poder; tras su desaparición, el poderío de las familias podía recuperar su antigua autoridad. Sin suprimir las organizaciones familiares o cultuales, Clístenes creó estructuras políticas que relegaban a las antiguas agrupaciones a funciones puramente individuales o civiles.

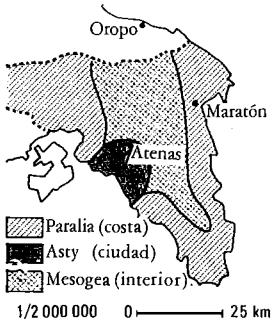
LOS DEMOS

El elemento básico del nuevo sistema era el *demos*, equivalente a nuestro municipio. No era, en sí, una novedad. Pero, bien conservados tales cuales, bien agrupados o desmembrados, debieron contar con un número sensiblemente igual de ciudadanos, pues la reforma parece que se preparó muy cuidadosamente. No conocemos su número, aunque probablemente fue superior al centenar. Eran centros de una democracia local y lugar de inscripción de los nuevos ciudadanos a quienes se supone había integrado Clístenes. La importancia del demo se tradujo en el uso del demótico junto al nombre para designar a un ciudadano. Aunque la familia experimentase cambios de domicilio en una u otra generación, conservaba la vinculación al demo originario y guardó el demótico del antepasado de fines del siglo VI.

LAS TRIBUS

Estos demos se distribuyeron entre diez tribus nuevas que sustituyeron a las cuatro jonias tradicionales; se pidió a Delfos la sanción en la elección de sus héroes epónimos. Estas diez tribus sirvieron de marco al conjunto de las instituciones políticas, en adelante vinculadas a un sistema decimal, mientras que la religión conservó la antigua estructura duodecimal.

A tal efecto, las tribus habían, también, de tener aproximadamente el mismo número de ciudadanos y representar cada una de ellas al conjunto de la población. Para lograr este doble fin se dividió el territorio ateniense en tres tipos de comarcas: la ciudad (*asty*), que incluía la llanura ateniense y la costa a ambos lados del Pireo; el litoral (*paralia*), que podía adentrarse bastante tierra adentro y el interior (*mesogeia*). Cada una de estas zonas se dividió en diez «tritias» y en cada tribu hubo una tritia de la ciudad, una de la costa y otra del interior. De-



Las tres comarcas del Ática

saparecía así, la posibilidad de reconstituir en la polis un poder local, como parece que lo hubo en los enfrentamientos del siglo VI. Entre las diferentes tritias se repartieron grupos religiosos; los centros del culto a los héroes epónimos quedaron fuera del territorio de la tribu que les debía el nombre, etc. Así, muy probablemente, se explican algunas anomalías observadas en el reparto (delimitaciones complicadas o contigüidad de ciertas tritias de una misma tribu), más seguramente que por el sorteo mencionado por Aristóteles que es muy dudoso para una reforma tan elaborada y destinada a garantizar una participación equilibrada de todos.

No queda sino desarrollar las consecuencias institucionales del sistema. Un Consejo de quinientos buleutas (cincuenta miembros por tribu), sorteados en los demos entre voluntarios con treinta años cumplidos; ninguno podía pertenecer a él más de dos veces en su vida. El papel de este Consejo era fundamental en la preparación de las sesiones de la Asamblea: elaboraba el «probúleuma», pero no sabemos si era ya obligatorio que el Consejo examinase previamente cualquier propuesta de decreto.

EL CONSEJO DE LOS QUINIENTOS

Ver cap. V, I

Nacimiento de un decreto:

A propuesta de
- un magistrado ante el Consejo o la Asamblea
- un buleuta ante el Consejo
- un ciudadano cualquiera ante la Asamblea

Examen en Consejo que termina en
- un probúleuma simple
- un probúleuma con enmienda
- un mero traslado a la Asamblea
- ¿una negativa a dicho traslado?

La Asamblea vota
- el probúleuma, con o sin enmiendas del Consejo
- el probúleuma con enmienda de la Asamblea
- la devolución al Consejo para un nuevo probúleuma
- la desestimación

El Consejo, cada vez más, sirvió como comité administrativo central de la Ciudad, secundando y vigilando a los magistrados e incluso, juzgando infracciones de la ley (dentro de los límites de una multa de 500 dracmas). Para mayor agilidad y eficacia, el Consejo dejó de funcionar en plenario permanente: sólo los cincuenta miembros de una tribu, los prítanos, estaban en funciones durante una décima parte del año, una pritanía. El orden de turno en las pritanías se confiaba a los dioses (esto es, se sorteaba). Cada veinticuatro horas, la suerte designaba a un nuevo presidente, el epístate de los prítanos que, desde el 487, según se cree, sustituyó al arconte epónimo en la presidencia de la Asamblea; en tiempo normal, guardaba las llaves de los tesoros de los tem-

Los Prítanos

plos y el sello de la Ciudad; con un tercio de su pritanía, pasaba la noche en la *tholos* *. Es probable que tal organización se impusiese por el aumento de las tareas administrativas del Consejo, que exigían ya una presencia permanente que no podía imponerse a los quinientos buleutas. (Véase en el «Comentario de documentos» la construcción del buleuterio y la *tholos*).

Las magistraturas principales se dispusieron según el sistema decimal: los nueve arcontes fueron completados con el secretario de los Tesmotetes; diez estrategos mandaban el ejército (¿desde 501-500?), bajo la dirección del arconte polemarca. La elección se hizo, en adelante, en la Asamblea, pero se discuten sus modalidades: en los demos y las tribus se hacía una selección previa —*prokrisis*— de candidatos; la decisión final correspondía a la Asamblea y da la impresión de que todos votaban, para designar al representante de cada tribu; en los años 460 parece que hubo una modificación para los estrategos, elegidos desde entonces del conjunto de la población, sin tener en cuenta a las tribus. Las magistraturas menos importantes se sorteaban directamente, por lo general, entre los candidatos. Desde el 487 los arcontes mismos eran designados así, en lo que quizás ganó la democracia (acabándose los monopolios y modificándose la selección para el Areópago) pero, en cambio, en una consecuencia que parece no se previó, su influencia quedó mermada en beneficio de los estrategos, que siguieron siendo electivos. No obstante, su función administrativa y judicial siguió siendo básica. Oficialmente, las magistraturas principales no podían asumirse sino desde cierto nivel de fortuna (*hippeis*), pero estas exigencias no se mantuvieron, prácticamente, sino para la estrategia y la tesorería de Atenea; en todo caso, los *thetes* quedaron excluidos.

Esta serie de reformas permitió introducir la isonomía en la vida política: la igualdad por la ley a la vez que la igualdad ante la ley; cada cual estaba vocado a participar en la vida y en las responsabilidades políticas y cualquier asunto que concerniese a la comunidad había de debatirse públicamente. En la Asamblea, el voto individual responsabilizaba a cada ciudadano; incluso quienes se hallaban investidos de un poder superior por un año o para una misión se veían constreñidos a rendir cuentas y a someterse al juicio de todos sus conciudadanos. Se entiende, pues, que hubiese que dotar a la Pnyx con una tribuna, a fin de que la Asamblea dispusiese de un adecuado lugar de reunión.

Heródoto sitúa a lo largo del siglo VI dos episodios que habrían provocado un debate sobre la isonomía, a la que opone radicalmente a la tiranía. Pero esta igualdad pudo muy bien haber funcionado para un grupo muy restringido. La novedad clisténica estaba en aplicar este principio a todo un pueblo, creando la democracia, aun sin que el término existiese todavía; así, los ciudadanos obtuvieron garantía frente a un eventual restablecimiento oligárquico. Pero no olvidemos que esta par-

Juramento de los Buleutas. Juraban aconsejar conforme a las leyes con vistas a lo que sea mejor para el pueblo ateniense y prestaban caución en prevención de arbitrariedades en materia judicial.
(Cf. P. J. RHODES, *The Athenian Boulé*, 1972, 194).

LAS MAGISTRATURAS

Thetes. Ver cap. VII, II

UN RÉGIMEN ISONÓMICO

Ver cuadro al final del epígrafe

IMPULSO HASTA LA DEMOCRACIA

Cf. HERÓDOTO, III, 80-82 y 142-143.

* Tholos es una palabra usada en masculino y femenino. En Atenas, en masculino, solía designar a este edificio.

ticipación no concernía a las mujeres ni a los metecos ni, *a fortiori*, a los esclavos.

«Bajo la ley de isonomía, el mundo social toma la forma de un cosmos circular y centrado en el que cada ciudadano, puesto que es semejante a cualquier otro, ha de recorrer el conjunto del circuito, ocupando y cediendo, sucesivamente, según el orden temporal, todas las posiciones simétricas que componen el espacio cívico.» (J.-P. VERNANT, *Les origines de la pensée grecque*, 1969, 99.)

Iguales, equivalentes y responsables de su Ciudad ¿cómo podían los simples ciudadanos asumir una carga tan abrumadora? Siendo pocos en comparación con el número requerido de magistrados, de jurados y de consejeros (sobre todo habida cuenta de que la reiteración estaba prohibida o limitada) e impensable la acumulación de cargos, en su mayoría ejercieron alguna de esas funciones una vez en su vida, aunque no fuese sino en el nivel local. Los asuntos no eran aún muy complejos y bastaban los conocimientos técnicos o políticos del hombre común. En todo caso, la colegialidad y la anualidad limitaban considerablemente los riesgos connaturales a la designación de un incapaz. Por último, la existencia de esclavos permitía liberarse sin gran costo de una parte de las actividades profesionales —lo que se hacía tanto más gustosamente cuanto que el trabajo era, para los griegos, no una virtud necesaria para la realización individual sino algo que se acometía cuando no había otro remedio—.

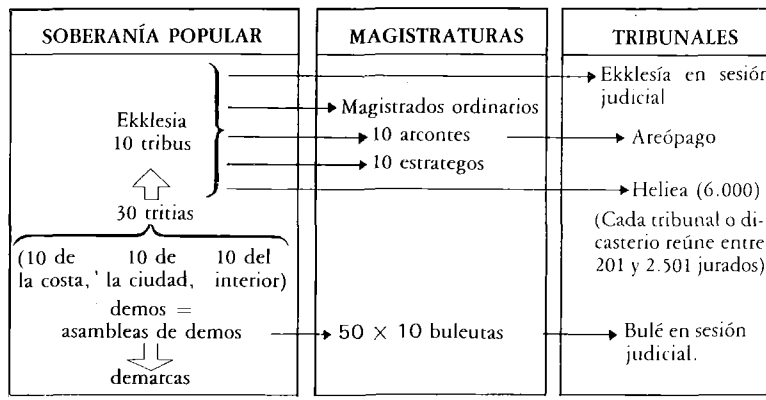
LOS LÍMITES DEL SISTEMA

El nuevo régimen, revolucionario por su lógica, su confianza en el hombre y su igualitarismo geométrico, se estableció con mucha prudencia: las antiguas estructuras como las fratrías subsistieron, pero vacías de su contenido político; el personal político más importante se renovó escasamente: arcontes y estrategos procedían de las clases ricas y, a menudo, de familias ya célebres en la Ciudad; el Areópago, formado por ex arcontes, mantuvo por algún tiempo un inmenso prestigio.

EL OSTRACISMO

Además, una institución nueva protegía a la joven democracia contra la influencia excesiva de una personalidad o la amenaza de un retorno de la tiranía: el ostracismo. Cada año, en la asamblea principal de la sexta pritanía, el pueblo decidía la conveniencia de proceder a una votación de ostracismo. Si la respuesta era afirmativa, se procedía al sufragio en una pritanía posterior, siempre que se alcanzase quórum de seis mil votantes. El voto era secreto y el nombre del ciudadano a

EL FUNCIONAMIENTO DEL REGIMEN ISONOMICO



quien se deseaba desterrar se escribía en un tiesto cerámico —*óstrakon*—, obteniéndose el ostracismo por mayoría simple. El «ostracizado» padecía un exilio de diez años, sin pérdida de bienes ni ciudadanía. La primera aplicación de la institución data solamente del 488-487 (contra un pisistrátida, personalmente inofensivo), por lo que se ha deducido que la institución no era clisténica; pero Aristóteles no duda en atribuírsela y se inserta muy bien en la lógica del sistema. Más tarde se convirtió en un arma de combate para eliminar al jefe de la facción rival; esta desviación no debe hacer olvidar el peligro de restablecimiento de una tiranía en la época de las reformas; además, el mismo Clístenes se vio exilado con toda su familia, cuando una sola persona hubiera bastado para cargar con la responsabilidad.

Tal es, a grandes rasgos, el régimen instituido entre el 509 y las Guerras Médicas. Desde el principio, los atenienses sufrieron amenazas externas graves, debidas a la permanente hostilidad de Egina, a las ambiciones de Cleómenes y al deseo de desquite de beocios y calcidios, al norte. Apenas arreglados esos asuntos surgió la gran prueba que decidiría la posición de Atenas en el mundo griego: las Guerras Médicas.

II. LAS GUERRAS MÉDICAS Y EL ASENTAMIENTO DEL PODERÍO ATENIENSE

La revuelta de los jonios

Conocemos el comienzo del siglo V a través, sobre todo, de las *Historias* de Heródoto, oriundo de Halicarnaso, por los libros X y XI de Diodoro Sículo y por los cronistas áticos de los siglos IV y III; pueden añadirse algunos autores contemporáneos, como el dramaturgo ateniense Esquilo y los poetas líricos Píndaro de Tebas y Simónides de Ceos.

Ver Cap. VI, intr.

La situación en Jonia no está muy clara. Ya hemos visto que los tiranos locales habían sido establecidos por los persas y situados bajo la dependencia de los sátrapas —sobre todo del de Sardes, Artafernes, hermano de Darío— y, por ende, del Gran Rey. Los jonios soportaron esa situación, pues las exigencias persas eran livianas y la prosperidad económica se mantuvo. La imprevista revuelta del 499, según Heródoto, se debió a las intrigas de los tiranos de Mileto; pero la situación era más compleja, como ya vimos en el capítulo VII, IV.

HERÓDOTO, I, 141-170; III, 144-147; V, 1-10.

Aristágoras, tirano de Mileto interinamente, en nombre de su suegro Histieo, retenido en la corte de Darío, lanzó el movimiento, renunció a su poder tiránico, proclamó la isonomía y apoyó este mismo proceso en las restantes Ciudades. Era una manera de ganarse al pueblo sin tener que renunciar a las instituciones ni esperar una mejora económica, pues las preocupaciones de guerra pasaban a primer plano. En el Panjonio, la liga, revitalizada, se reunió y decidió solicitar ayuda a las Ciudades del continente. Salvo Atenas y Eretria (que suministraron, respectivamente, veinte y cinco naves), las Ciudades de Europa no mostraron ningún sentimiento de solidaridad ni, por otro lado, hostilidad alguna contra los persas.

HERÓDOTO, V, 23-27; 34-38.

HERÓDOTO, V, 38, 49-55; 97-99.

La ofensiva griega del 498 condujo a la toma e incendio de la ciudad de Sardes, aunque no de su ciudadela; luego, los griegos fueron

HERÓDOTO, VI, 99; VI, 43.

vencidos cerca de Éfeso, los atenienses volvieron a casa (¿por razones de política interior?) y los jonios, decididamente poco unidos, se atrincheraron en sus respectivas ciudades; sin jefes ni organización eficaz no pudieron resistir la contraofensiva persa y en el 494 todo había concluido: Mileto fue tomada y saqueada y sus mujeres y niños llevados al este como esclavos; la flota, concentrada en Ladé, fue aplastada y se impuso el terror de los vencedores, al que puso fin Darío, otorgando a las Ciudades de Jonia tratados bastante generosos: impuso, desde luego, tributo, pero también procedimientos obligatorios para la resolución de sus conflictos; más tarde se establecerían democracias. La reconquista de las Ciudades griegas se completó con la expedición de Mardonio a Tracia, al cabo de la cual fueron ocupadas Tasos y sus minas continentales y explotado el litoral para construcciones navales.

HERÓDOTO, VI, 43-17.

MARDONIO. Sobrino y yerno de Darío a quien, en el 492, fue confiado el control de Jonia y el cuidado de restablecer la autoridad persa en Tracia. Fue el responsable principal de la segunda expedición, la de Jerjes.

El embarazo e, incluso, la vergüenza de los atenienses se expresó en la reacción de los espectadores de *La toma de Mileto*, tragedia presentada por Frínico en el 493, y, acaso, también en la elección al arcontado de Temístocles. De origen noble, pero de familia poco conocida, quiso dar prioridad al desarrollo marítimo de Atenas e hizo comenzar la construcción de un puerto abrigado y defendible en las ensenadas del Pireo. Por ese camino se convirtió en un campeón de la democracia, puesto que los *thetes* iban a representar el papel principal en la marina, quitando a los hoplitas su absoluta primacía en la defensa del país. Pero la aristocracia se resistió, apoyándose en las clases hoplíticas rurales cuyo jefe principal parece fue por entonces Milcíades, antiguo «tirano» de Quersoneso, vuelto por causa del dominio persa; era una personalidad de primera magnitud, pero marginal respecto de los jefes políticos; no obstante, fue elegido estratego en el 490, pues se tenía confianza en su conocimiento del ejército persa.

LAS REACCIONES DE ATENAS

«Los atenienses (...) expresaron de mil modos la extrema aflicción que les producía la caída de Mileto, sobre todo cuando Frínico hizo representar una obra que había compuesto sobre el tema: los asistentes se deshicieron en lágrimas y lo sancionaron con una multa de mil dracmas por haber recordado esas desgracias nacionales y prohibieron que, en el futuro, se representase por nadie tal obra.»
(HERÓDOTO, VI, 21)

HERÓDOTO, VI, 132.

Probablemente para suprimir el obstáculo que las Ciudades continentales griegas (y, sobre todo, Atenas y Eretria) suponían para el dominio del Egeo, el Gran Rey, Darío, decidió lanzar una expedición para obtener su sumisión.

LAS GUERRAS MÉDICAS

HERÓDOTO, VI, 91-101.

— **490.** Las fuerzas persas, que partieron de Cilicia (¿20.000 combatientes? e importante caballería) sometieron las islas y se apoderaron de Eretria, en Eubea. La ciudad fue saqueada y su población esclavizada. Desembarcaron luego al norte de Maratón. Las tropas atenienses, reforzadas por Platea (los espartanos estaban celebrando las *karneia* y no podían enviar tropas inmediatamente) tomaron posición (¿unos 10.000 hombres?) en la colina que dominaba la llanura pantanosa. Milcíades, uno de los estrategos, impuso su táctica: sabiendo que los persas habían comenzado a embarcar sus caballos por la noche, adivinó su intención de desembarcar en un punto no defendido y desencadenó la ofensiva, que fue un éxito. Parece que los atenienses no tuvieron sino 192 bajas, mientras que desaparecieron miles de persas (muchos, ahogados). A continuación, la rapidez de movimiento de las tropas atenienses disuadió a los persas de intentar un nuevo desembarco en otra parte. Era la victoria de los hoplitas, que parecía tan milagrosa como

HERÓDOTO, VI, 102-114.
HERÓDOTO, VI, 119.

HERÓDOTO, VI, 115-117.

para hacer suponer la intervención de dioses y héroes en la refriega.

— **490-480**. Las Ciudades griegas no parece que se preocupasen de organizar una nueva defensa. Renacieron los conflictos entre Atenas y Egina y en Esparta los éforos se ocupaban en derrocar al rey Cleómenes, a quien condenaron por traición para sustituirlo por Leónidas. Únicamente Atenas se preparaba activamente; Temístocles aceleró la construcción de la flota y puso en astillero 200 trieras.

Entre dos guerras
DIODORO, XI, 3.

Por parte persa, Jerjes, sucesor de su padre desde el 486, preparaba su ofensiva por la ruta norte y excavó un canal al pie de la península del Monte Atos, construyendo puentes en el Estrimón y el Helesponto e instalando avituallamientos a lo largo tanto de la ruta interior como de la marítima.

HERÓDOTO, VII, 4-36.
DIODORO, XI, 2.

En el verano de 481 los griegos partidarios de la resistencia se reunieron en el Istmo. Hicieron un esfuerzo por entenderse (fin del conflicto entre Atenas y Egina) y aceptaron el mando espartano de las fuerzas aliadas (lo que plantearía el problema de en qué punto debía realizarse el esfuerzo de detener el avance persa).

HERÓDOTO, VII, 131-178.
DIODORO, XI, 4.

— **480-479**. En julio del 480, en Termé (Tesalónica), el ejército de Jerjes y su flota realizaron su conjunción (acaso 150.000 combatientes y entre 600 y 700 trieras). La Grecia del norte les fue abandonada mientras que un ejército griego de seis a siete mil hombres, mandados por Leónidas, ocupó el paso de las Termópilas. Combinada con él, una flota de 300 trieras, en su mayoría atenienses, esperó a los persas en el Cabo Artemisio y en el Euripo. Tras dos días de combates indecisos, un informe permitió a Jerjes enviar un destacamento a rodear el paso y atacar a los griegos por la espalda. Avisado a tiempo y consciente de la inevitable matanza, Leónidas despidió al grueso de sus tropas y se quedó con un millar de combatientes espartanos, tebanos y plateos, que resistieron hasta la muerte, permitiendo, así, a los demás griegos llegar a la retaguardia y prepararse para una nueva defensa. Por mar, la flota griega se retiró tras varios combates indecisos; pero vendavales y tormentas dañaron gravemente a la persa.

HERÓDOTO, VII, 37-130.
DIODORO, XI, 3-5.

Las Termópilas y el Artemisio
HERÓDOTO, VII, 201-233.
DIODORO, XI, 4-5.

DIODORO, XI, 8-11.

HERÓDOTO, VII, 192-195; VIII, 1-23.

DIODORO, XI, 11-13.

Mientras los peloponesios imponían la concentración de tropas en el Istmo, la flota se congregaba en la bahía de Salamina. Los persas se adueñaron de Histiea, en Eubea, y de la Fócide y se hicieron aceptar en Grecia central y, sobre todo, en Beocia. El Ática estaba abierta y, a pesar de las medidas tomadas, la llegada persa al territorio provocó una desbandada casi general hacia Trecén, en la Argólide, Egina y Salamina. No obstante, algunos se refugiaron tras las defensas de madera de la Acrópolis: serían exterminados e incendiada la ciudadela. Temístocles, temeroso de los efectos de estas devastaciones en la moral de la flota, forzó las operaciones. Así, a fines de septiembre del 480, se desencadenó la célebre y confusa batalla naval de Salamina, cantada por Esquilo. La flota persa, empujada a un espacio demasiado estrecho para sus remos, resultó muy dañada y lo que quedó se retiró y dispersó muy pronto. Jerjes regresó al Asia, por tierra, dejando a Mardonio llevar al grueso del ejército a Tesalia y establecer los cuarteles de invierno.

Salamina
HERÓDOTO, VIII, 27-49; 71-74.
DIODORO, XI, 14-15.
HERÓDOTO, VIII, 50-55.
HERÓDOTO, VIII, 56-71; 75-96.

DIODORO, XI, 16-19.

HERÓDOTO, VIII, 97-120.

Platea y el Cabo Mícale

— 479. Mardonio no logró obtener la alianza ateniense. Realizó una ofensiva diplomática en Grecia central y, aun antes de quedar tranquilo por ese lado, a fines de junio del 479, invadió de nuevo el Ática. El anuncio de la llegada de ayuda espartana le incitó a acudir a Beocia, donde era inevitable el enfrentamiento. A lo largo de la falda norte del Citerón se desplegaron los 35.000 griegos mandados por el espartano Pausanias; frente a ellos, los soldados de Mardonio, persas y aliados griegos, más numerosos y con una notable caballería, si bien con infantería de menor calidad. Tres semanas de agotadores combates y de luchas en torno a los lugares con agua de la comarca de Platea condujeron, finalmente, a la retirada de los persas, tras la muerte, en pleno combate, de Mardonio. Los griegos no castigaron sino a los jefes tebanos partidarios del enemigo. Durante diez días se recogió el botín, se enterró a los muertos y se purificaron los santuarios.

HERÓDOTO, VIII, 190; IX, 17.
DIODORO, XI, 28.
HERÓDOTO, IX, 19-81.
DIODORO, XI, 29-12.

La alegría fue inmensa. Libres de su miedo, los griegos ofrecieron a los dioses testimonios de gratitud, mientras que la flota ultimaba, en el Cabo Mícale, en Jonia, el desastre de la flota adversaria; el Helesponto y las islas quedaban liberados. La guerra entablada por los persas se había acabado; los griegos iban a pasar a la ofensiva en el Egeo.

HERÓDOTO, IX, 78-88.
DIODORO, XI, 34-36.

El orgullo por el éxito revirtió sobre todos. Para la clase hoplítica no era una novedad. Para los *thetes* de la marina, aun habiéndoseles incorporado muchos hoplitas patriotas, era una promoción que llevaba en germen una radicalización de la democracia, al menos en Atenas. Durante las siguientes generaciones, los nostálgicos del pasado celebraron las virtudes de los combatientes de Maratón, aunque fueron mucho más discretos sobre los de Salamina. Pero, por el momento, Esquilo proclamó que todos, ciudadanos libres responsables de su Ciudad, eran igualmente victoriosos.

HERÓDOTO, IX, 90-122.

DIODORO, XI, 34-36.

UNA GENERACIÓN DE COMBATIENTES

DIODORO, XI, 39-40.

Esquilo, en *Los Persas*, muestra la derrota desde el lado de los vencidos.

HERÓDOTO, VII, 143-144.
DIODORO, XI, 41-43.

Entre ambas guerras, gracias a Temístocles, se asentaron las bases del porvenir marítimo de Atenas y del desarrollo democrático derivado, de donde la activa hostilidad de la aristocracia hacia este hombre de Estado y su ostracismo en el 471. Tras Maratón, fue él quien llevó a la Ciudad a proseguir su equipamiento naval (en el 483-482 un rico filón argentífero descubierto en Laurion, cerca de Maronea, permitió financiar la construcción de 200 trieras —¿o de 100?—, logrando que los atenienses renunciasen al reparto de estos ingresos suplementarios); probablemente fue también él quien promovió los grandes trabajos del Pireo, de los que nacería una ciudad moderna y funcional; la política emprendida por Cimón tras Salamina justificó una empresa semejante. La concepción del puerto data de los años 490 y el plan de urbanismo, de los 470. Se atribuye a Hipódamo de Mileto (cf. cap. V, III). De hecho, muchos elementos de este plan recuerdan al de la ciudad jonia, reconstruida en el siglo V (aunque ignoramos cuándo). En torno a la península rocosa de la Acté, tres radas permitían instalar abrigos para barcos de guerra y astilleros de construcción y reparación: Muniquia, Zea y Cántaro, de este a oeste. Este último puerto era el mayor, cerrado por muelles, y concentró las actividades comerciales en torno

Triera. Nave de tres filas de remeros y de 35 a 38 m. por 4 a 5. Fácil de maniobrar, pero necesitada de 170 remeros a los que se añadían el estado mayor y algunos hoplitas o arqueros.

El Pireo

Ver mapa 16.

a su *emporion*. El trazado de las fortificaciones no está aún completamente aclarado; hacia mitad de siglo fueron unidas a las de Atenas por las Murallas Largas. La gran novedad, en cuanto al continente, era el plan urbano: algunas excavaciones y catas a las que se ha podido proceder han permitido comprobar los tres principios básicos ya advertidos en Mileto: yuxtaposición de barrios orientados coherentemente, aunque con leves desencajes de uno a otro; zonas reservadas para las actividades comerciales, las políticas y religiosas y para la vivienda; y, por último, una previsión a largo plazo por la que la ciudad se dota de un marco general que irá llenando paulatinamente.

Mojones hallados en el Pireo. Los más antiguos marcan el dominio público: «Límite del *emporion* y de la calle», «Límite del fondeadero público», «... de fondeadero para transeúntes», «Desde esta calle hasta el puerto es dominio público», «Hasta esta calle, dominio de Muniquia». De mediados del siglo V: «Límite del *propylon* público», «Límite del Ágora».

Una política así, de apertura deliberada de Atenas al mar y que daba a marinos, comerciantes y artesanos creciente importancia, fue fruto de un encarnizado combate sostenido por Temístocles contra sus adversarios, incluso en el período entre guerras; lo que, explica, acaso, la reputación de pésimo carácter ligada al personaje. En efecto, tras Maratón, las familias aristocráticas seguían disputándose el poder. Se enfrentaban grandes nombres: Jantipo, padre del niño Pericles; Pisistrátidas; Arístides y Temístocles. Milcíades perdió su popularidad desde el 489, a raíz de una ofensiva fallida contra Paros, fracaso imperdonable, puesto que había pedido al pueblo que le diese plena confianza; su rápida muerte dejó como herencia para su hijo Cimón una pesada multa de cincuenta talentos decretada por el pueblo. En esa época empezaron y se multiplicaron las votaciones de ostracismo, de que fueron víctimas un Pisitrátida (488-487), el Alcmeónida Megacles (487-486), Jantipo (485-484), Arístides (482-481) y otros más, de menor notoriedad. Muchos *óstraka* de este período llevan el nombre de Temístocles y hay que preguntarse si no estaba él en el origen de estas votaciones que exiliaban a los adversarios de su política. Puede, también, apreciarse la marca de su influencia en la reforma del arcontado del 487. Frente al peligro, en el 480, se volvió a «la unión sagrada» y todos los ostracizados fueron llamados, mientras que el Areópago organizaba la evacuación de los no combatientes y aseguraba el sostén financiero a los atenienses en desamparo.

Temístocles y sus adversarios políticos

HERÓDOTO, VI, 132-140.

El feliz desenlace del conflico tuvo efectos contradictorios sobre la mentalidad ateniense. Se reveló, más aún que la aptitud del ciudadano-soldado griego, voluntariamente disciplinado, para dominar al bárbaro en el combate, la fuerza del régimen de Clístenes: los jefes eran rivales, las circunstancias obligaban a improvisar y la población quedaba aislada de su territorio que el enemigo devastaba; pero, sin embargo, la evacuación de unos y la preparación de otros para el combate fueron desarrolladas con energía. Las instituciones funcionaron e, incluso, se fortalecieron.

La consolidación del régimen clisténico...

En paralelo con esta consolidación de la democracia, el Areópago reforzó su prestigio, tal y como se aprecia en la exaltación de que es objeto en la *Orestiada* de Esquilo. Lo que sabemos de su actuación no basta como para justificar tal popularidad; acaso es que ayudó, en los conflictos personales y políticos, a mantener la Ciudad en el respeto a las

... y el prestigio del Areópago

Ver ESQUILO, *Las Euménides*, 681 y ss.

Ver cap. X, II

leyes y a preparar la defensa militar. Pero, pasado el peligro, estuvo junto a los aristócratas conservadores o moderados, espantados ante Temístocles. Ellos serían quienes dirigiesen la Ciudad hasta que Efialtes emprendiese nuevas reformas decisivas.

Las finanzas atenienses: las liturgias

Durante este período se pone a punto el sistema de liturgias: la Ciudad confía a un ciudadano rico la responsabilidad financiera y gerencial de una actuación cívica. Las más conocidas y más pesadas de entre estas liturgias —forma particular de impuesto directo sobre los ricos— eran la coregia y la trierarquía, pero había en Atenas más de un ciento, de peso muy desigual. Desempeñar tales cargas concienzuda y generosamente era un signo de dedicación a la Ciudad, pero también un medio de celebridad. Fuera de tal financiación directa, lo principal de las rentas públicas provenía de los impuestos indirectos (2 por 100 sobre entradas y salidas de puerto y tasas de mercado).

Coregia. Cf. cap. X, III

Trierarquía. Mantenimiento de una triera ya equipada y que debe entregarse en perfecto estado al cabo del año. Su mando militar corresponde al trierarca. En caso de guerra marítima, es una carga gravosa.

La consolidación del poderío ateniense.

La situación de Atenas se encontró igualmente cambiada en relación con el resto del mundo griego. Los acontecimientos nutrieron entre sus ciudadanos un creciente orgullo. No obstante su presencia valerosa y la inteligencia de sus jefes en las Termópilas, en el Cabo Artemisio y en Platea, Esparta no acabó de dar el apoyo que de ella podía esperarse, ocupada como estuvo en celebrar fiestas religiosas o aferrada a la idea de una defensa localizada en el Istmo. A pesar de las victorias comunes, las relaciones se deterioraron un poco a lo largo de la guerra; como quiera que la expansión ateniense iba pronto a amenazar la hasta entonces indiscutida superioridad espartana, las Guerras Médicas marcan claramente un giro en las relaciones internas del mundo griego.

El espíritu artístico: el estilo severo.

Es época de un arte sobrio y vigoroso, más teñido que antes de realismo. La arquitectura y la escultura triunfan en el templo de Zeus en Olimpia o en el de Afaya, en Egina: potencia de las proporciones, fuerza contenida del movimiento detenido y sobriedad y unidad en la composición de conjunto dotan a las esculturas conservadas de una dramática grandeza que hace pensar en el teatro de Esquilo. Entonces se produce en Atenas la cerámica de la última fase del «estilo severo», caracterizada por la sobriedad del cuadro y por el dibujo muy riguroso del trazo. El motivo decorativo del meandro se complica y se asocia a elementos geométricos; el rostro evoluciona hacia el «perfil griego»; hay mayor realismo y agilidad en el tratamiento del ojo, del cabello y de los pliegues de paños (pintor de Cleofrades). La inspiración se reparte entre la vida diaria (Macrón, Duris), la mitología (Duris) y el atletismo (copas del pintor de Panecio); a veces, se hace notar la influencia de la composición dramática (pintor de Brygo). En el pintor de Berlín aparece ya cierta tendencia al rigor clásico.

III. EL TEATRO Y EL NACIMIENTO DE LA TRAGEDIA

Ver cap. VIII, II

Pisístrato había reorganizado las Grandes Dionisias en Atenas; en los veinte primeros años del siglo V se produjeron aún otras modifica-

ciones importantes. Cuatro tipos de representaciones deban lugar a competición: el ditirambo, la comedia, el drama satírico y la tragedia. Los tres primeros corresponden a la fijación musical y literaria de manifestaciones de culto en honor de Dioniso. La escasez de nuestra documentación literaria se ve parcialmente compensadá por el gusto que los decoradores de copas y vasos hallaban en las escenas teatrales.

Sigamos el desarrollo de las Grandes Dionisias, del 10 al 15 de Elafebolión (marzo-abril). El 10, un gran cortejo, encabezado por el Arconte rey y protegido por los efebos, acompaña a la estatua en madera de Dioniso de Eleuterias, a quien se lleva a la ciudad y que, por la noche, será conducido al teatro por los efebos, a la luz de las antorchas. Los competidores desfilan también y una gran hecatombe siembra la jornada de alegres banquetes.

Durante el 11 y el 12 tiene lugar el concurso de coros de ditirambo (hombres y niños). El origen de este canto coral se remonta muy lejos. Arquíloco de Paros lo llevaba al siglo VII. Acompañaba a un rito, real o simulado, de sacrificio dionisiaco con arrancado e ingestión de la carne de una víctima viva y de su sangre, aún tibia. Estos coros tumultuosos y con modalidades orientales, muy extendidos por el Peloponeso, dejaron de ser improvisados y poetas líricos como Píndaro o Simónides de Ceos (fines del s. VI-comienzos del V) compusieron sus letras. Arión de Metimna (Lesbos) pudo ser quien, en Corinto, transformase el ditirambo en un género literario.

En la noche del 12 al 13, tiene lugar un gran *kômos* con faloforia (procesión acompañando a un falo en andas). Todas las fiestas del dios comportan *kômoi*, alegres cortejos de personajes disfrazados y enmascarados que siguen un guión elemental, compuesto por su irrupción tumultuosa, la discusión sobre un motivo fútil y un discurso final y bufo; los tres elementos aparecen en la comedia antigua, la que conocemos por Aristófanes, con su clásica sucesión de párodos, agón y parábasis. Es verdad que el dios y su cortejo no aparecen mucho en la comedia, pero las escenas cercanas a la mascarada sí son frecuentes. La jornada del 13 parece que estuvo consagrada a los concursos de comedia.

Los días 14 y 15 son para los concursos trágicos. Parece que, desde comienzos de siglo, la presentación de tres tragedias por cada autor conllevaba asimismo, un drama satírico, llamado, también, durante mucho tiempo, en Atenas, silénico: no nos quedan sino breves fragmentos. Según H. Jeanmaire, su origen estaría en la danza de posesos característica de la mística dionisíaca. El dios integró a los sátiros del folclore local, que representaban, en forma de danzas acrobáticas, el aspecto externo de la «manía», de la locura debida a la posesión divina. El drama satírico nació en cuanto que fueron reguladas y asociadas a un tema anecdótico.

La gran innovación ateniense, cuyos resultados, al menos, nos son infinitamente mejor conocidos, es la tragedia. Podemos fechar su comienzo: entre 536 y 533, Tespis dio la primera tragedia, con ocasión de las Dionisias urbanas reorganizadas por Pisístrato. Quizás hubiese

PÍNDARO. 518-438. Poeta beocio de familia aristocrática. Autor de poemas a la gloria de los vencedores de los concursos panhelénicos. Poseemos himnos, peanes, ditirambos, cánticos procesionales y cantos para acompañamiento de danzas femeninas, etc.

EL DITIRAMBO

«Pues yo sé iniciar el bello canto del rey Dioniso, el ditirambo, cuando el vino ha golpeado con su rayo en mi espíritu.»

ARQUÍLOCO, 77 (Diehl, Bergk - 86, Lasserre-Bonnard, coll. Budé.)

LA COMEDIA

Párodos. Entrada tumultuosa del coro que, si es preciso, evoca una escena conocida.
Agón. Discusión entre personajes.
Parábasis. El coro se dirige directamente al público, tomándolo como testigo.

Ver capp. VIII, II y XII, III

EL DRAMA SATÍRICO

Sátiros y silenos. Ver cap. VIII, II

LA TRAGEDIA

Su origen

Heródoto dice que Clístenes de Sición, el tirano, había «restituido a Dioniso» los coros trágicos, hasta entonces asociados al culto del héroe Adrasto. HERÓDOTO, V, 67.

coros trágicos, sobre todo en el Peloponeso, asociados, a veces, a cultos heroicos; pero la tragedia ofrece un mayor abanico de temas presentados de manera más elaborada. Toda una tradición, que va desde Aristóteles a Nietzsche y más allá, la hace nacer del culto a Dioniso, de las exhibiciones de su cortejo o de un diálogo entre el coro y su jefe. Todo ello conviene a los otros tres tipos de representación; son anteriores a la tragedia y eso bastaría para explicar que cuanto se integra en el teatro es, por esa sola causa, vinculado a Dioniso. Pero nada hay ni en los temas ni en los asuntos de la tragedia que lo recuerde particularmente (con excepción de las *Bacantes* de Eurípides), al igual que la grandeza trágica no puede acomodarse con los bailes, a menudo grotescos, de los sátiros. Hay, pues, que buscar en otro lado. La epopeya, con sus escenas de sólida construcción, provee del mejor punto de partida (así como de la casi totalidad de los temas trágicos). Atenas, por lo demás, era el lugar en que más recitaban los rapsodas a Homero.

Naturaleza de la tragedia

Cada género poético observaba reglas diferentes de prosodia, es decir, de disposición de las sílabas largas y breves, lo que daba al verso un ritmo que ya no captamos; la alternancia de los cantos corales y las palabras del actor se basaba en estos contrastes.

El acto creativo de Tespis podría entenderse así, según G. F. Else: elige a un héroe épico, interpreta su destino y centra la acción en un momento decisivo de éste, emplea el modo elegíaco (yambos de tipo soloniano) combinado con cantos corales. La idea de hacer alternar el diálogo y el canto coral puede proceder del ditirambo. La transformación del héroe en un ser humano que sufre y se enfrenta a su destino, cuya pasión es evocada por el coro que se hace intermediario entre el héroe y el espectador, es el elemento trágico por excelencia. El autor trata de un drama del que los espectadores saben las circunstancias y el desenlace, pues todos los mitos les resultan familiares (guerra de Troya, conflictos de los Atridas, hazañas de Heracles o desdichas de Edipo y de su estirpe). Hace una triple elección: concentra toda la atención sobre una acción única; selecciona los elementos de la leyenda que mejor le cuadran y trata, a su modo, el aspecto interior de los héroes: sentimientos, psicología, reflexión, virtudes y debilidades; así consigue dar al drama un significado con su sello personal.

Representación

Contingencias materiales obligan a reforzar algunos efectos: la muchedumbre espectadora es inmensa, los decorados no existen y la iluminación es imposible, los actores son todos varones y en número de uno o de dos (luego, de tres). Así se justifican las máscaras, los largos vestidos, los coturnos y, más aún, la muy sobria estructura de las escenas: uno o dos personajes alternan monólogos, diálogos rápidos e intercambio de frases con el coro. Éste desempeña una función considerable en los inicios de la tragedia, pero, por desdicha, no sabemos cómo se movía: nada sabemos de sus cantos, ritmo y gestos, que debían de dar a estas representaciones una potencia y una belleza que percibimos muy mal. En la competición se premiaban tanto la calidad del coro cuanto la del autor.

Significación «nacional»

Tanto como una innovación literaria, la tragedia es un hecho social y político. Apenas podemos hablar sino del momento en que su organización se ha culminado, a lo largo del siglo V. En las Grandes Dionisias, como luego en las Leneas, es la Ciudad quien todo lo regula.

Fiesta religiosa, del espíritu, pero también, fiesta de la colectividad. Su función en la formación de un espíritu nacional ha sido frecuentemente comparada con el de la escuela primaria francesa en la Tercera República. Reinaba en ella un cierto espíritu de comunión, quizás, sobre todo, en las Leneas, más modestas e íntimas, y en las Dionisias antes de que el desarrollo del imperio marítimo las convirtiese en ocasión de exhibición del poderío ateniense. Todos iban allí, incluidos extranjeros, metecos, mujeres e, incluso, posiblemente, los esclavos. La agitación, las intervenciones del público y la ingestión de una frugal comida caracterizaban el desarrollo de estos espectáculos, que se sucedían sin interrupción desde por la mañana hasta mediada la tarde. Nada faltaba para atraer a un público inmenso: la fiesta de Dioniso, el carácter único de cada representación (las obras, durante mucho tiempo, no se volvían a representar y las representaciones no se ofrecían sino durante estas fiestas), la curiosidad de ver cómo era presentado un tema conocido y el placer de hallarse reunidos por un asunto común. Todo concurría a hacer del teatro el símbolo de la polis, de la Ciudad clásica tal y como la vemos a través de Atenas.

Para estas fiestas y su organización

ESQUILO (625-546). Combatió en las dos Guerras Médicas. Se conservan: *Los Persas* (472, coregia de Pericles), *Los siete contra Tebas* (467), *Las Suplicantes* (¿463?), *La Orestiada (Agamenón, Las Coéforas, Las Euménides,* 458) y *Prometeo*. La búsqueda de una justicia divina cuyo sentido se escapa a los héroes va acompañada por la violencia de las situaciones, crudamente indicadas, y por la impotencia de los hombres para evitar su destino trágico. Los jefes mismos, preocupados por proteger a su Ciudad y asegurarle el buen orden, se ven condenados a elecciones dolorosas y difíciles, en la ignorancia de la voluntad divina. Su obra es tenida por la más potente y la más señalada por el misterio del destino.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Sobre el teatro, los estudios básicos siguen siendo los de A. W. PICKARD-CAMBRIDGE, en inglés, en sus ediciones revisadas. El problema de los orígenes se trata en G. F. ELSE, *The Origin and Early Form of Greek Tragedy,* Martin Class. Lectures, 1967; véase también H. JEANMAIRE, *Dionysos,* París, 1970. Dos obras que se complementan bien son J. DE ROMILLY, *La tragédie grecque,* col. «SUP», 1970 y H. C. BALDRY, *Le Théâtre tragique des Grecs,* Maspero, 1975. Complétense con J. P. VERNANT y P. VIDAL-NAQUET, *Clisthène l'Athénien,* Les Belles-Lettres, 1964; las instituciones pueden verse en C. HIGNETT, *A History of the Athenian Constitution,* Oxford, 1952; M. OSTWALD, *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy,* Oxford, 1969; P. J. RHODES, *The Athenian Boule,* Oxford, 1972.

Las Guerras Médicas deben seguirse en Heródoto, Diodoro y Plutarco (vidas de Temístocles, Arístides y Cimón). Véase, además, A. R. BURN, *Persia and the Greeks,* EE.UU., 1952. Sobre un problema concreto ver J. LABARBE, *La loi navale de Thémistocle,* Les Belles-Lettres, 1957. D. GILLIS, *Collaboration with the Persians,* Historia Einzelschriften, 34, 1979; J. DELORME, B.C.H., 1978, I, 51, «Deux notes sur la bataille de Salamine». Para las instituciones persas y espartanas, ver D. M. LEWIS, *Sparta and Persia,* Leiden, 1977. Manuales, cf. «Introducción» de este libro y O. PICARD, *Les Grecs devant la menace perse,* SEDES, 1980, que no relata los conflictos entre griegos y bárbaros, sino que analiza documentadamente los diferentes tipos de relaciones que se instauran entre ellos entre los siglos VI y IV. D. ROUSSEL, *Los historiadores griegos,* S. XXI, Buenos Aires, 1975.

CAPÍTULO X

El esplendor de Atenas (del 478 al 431)

«Proclamo, en síntesis, que nuestra Ciudad, en su conjunto, es para Grecia una lección viva, que todos y cada uno de nuestros ciudadanos reúnen en su persona la facultad de adaptarse, con facilidad y gracia extraordinarias, a las más variadas formas de la actividad humana.»
(TUCÍDIDES. II, 41)

Atenas dominó el mundo griego en la segunda mitad del siglo V y a veces se denomina este período como «el siglo de Pericles». Éste proclamaba, por lo demás, que su patria era la «escuela de Grecia». Tal pujanza se basó en la formación —a fin de cuentas, bastante pragmática— de un verdadero imperio, que comenzó a perfilarse al final de las Guerras Médicas; permitió al régimen democrático elaborado por Clístenes expandirse y halló su expresión en el brillo artístico e intelectual de la ciudad.

I. EL IMPERIO DE ATENAS

CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO

Ver mapa 22

La Liga de Delos

La timorata política de Esparta y el descontento suscitado por los errores de su regente, Pausanias, tanto como el fulgor de la victoria de Salamina y el genio político de los estrategos atenienses, Temístocles y Arístides, facilitaron la paulatina preeminencia de Atenas. En el 478, un cierto número de *poleis,* reunidas en Delos bajo la presidencia de Arístides, formaron una *symmajía* (alianza) y concluyeron un pacto con Atenas por el que se le garantizaba el mando *(hegemôn):* era la Liga de Delos. El santuario de los jonios custodiaba el tesoro de los confederados, que se reunirían allí anualmente en consejo, estando cada Ciudad representada por un voto. Pero, desde un principio, los poderes fueron objeto de separación explícita entre, por un lado, Atenas y, por otro, los aliados. El objetivo a corto plazo era proteger la libertad de los griegos frente a un regreso ofensivo de los persas y hacer pagar al Gran Rey las devastaciones realizadas en Grecia. Era una alianza exclusivamente marítima y egea; salvo Atenas, ninguna Ciudad de Grecia propia formaba parte de ella.

Se requería, pues, una flota importante; empero, una triera con 200

hombres de tripulación era cara: un talento por el casco y los aparejos y otro por el mantenimiento durante una campaña. Muchas pequeñas *poleis* carecían de escuadra, de manera que se propuso, para quienes lo prefiriesen, una contribución financiera que permitiese el equipamiento colectivo de una flota, sobre la base de un talento por triera y año. Se encargó a Arístides que hiciese el inventario de los recursos de cada aliado y que determinase la cuota respectiva de participación o *phoros,* debiendo el total (ficticio) sumar 460 talentos. Muchas Ciudades grandes siguieron, desde luego, pagando en especie mediante naves de su propia escuadra (Quíos, Samos, Lesbos, Tasos, Naxos). Así, en unos pocos años, se formó una importante flota que, inicialmente, constaba de la flota de Atenas (a expensas de ésta) y de la de los aliados. Atenas se encargaría de construir y armar en el Pireo las naves para los aliados que contribuyesen con dinero. Desde el 478 había reconstruido a toda prisa las murallas de la Acrópolis destruidas por los persas (murallas de Temístocles) y comenzado las fortificaciones del Pireo, situándose ya en posición de fuerza.

Los primeros éxitos y la política de Cimón (477-461)

El impulso fue dado por Cimón, hijo de Milcíades (el vencedor de Maratón, condenado a una fuerte multa tras su fracaso del 490 en Paros) y de una princesa tracia. Pasó su juventud en el Quersoneso y en Tracia, llegó a Atenas en el 493 y fue elegido estratego por primera vez en el 478. Su ascenso se corresponde con el declive político de Temístocles, entonces ostracizado (entre el 475 y el 471). Parece que la oposición entre ambos se refería a la política exterior: los dos veían con agrado la grandeza de Atenas basada en su poder naval, pero Cimón daba prioridad a la lucha contra Persia (y sus orígenes le facilitaban las empresas contra el Helesponto), mientras que para Temístocles el enemigo seguía siendo Esparta, cuyo poder no le parecía conciliable con el de Atenas; de donde una política más blanda contra los persas y la acusación de «medismo» que desencadenó su procesamiento. Acabó exiliado, en la corte del Gran Rey.

Los primeros ataques en Tracia, en la ruta helespóntica (Esciros), fueron éxitos. Pero Atenas se aseguró el dominio de los mares con la victoria del Eurimedonte (469), en Panfilia, contra la flota persa. Estas mismas victorias hicieron el predominio ateniense más pesado para sus aliados. Sus exigencias financieras se acentuaron y, desde el 469, Naxos se revolvió contra el pacto federal. La represión fue dura, pero no impidió que Tasos se opusiese a Atenas cuatro años más tarde. La isla se sintió particularmente expoliada por la instalación de colonos en Tracia, en la ruta de las minas de oro (tras algunas dificultades, la colonia se convirtió en la floreciente ciudad de Anfípolis). El asedio de Tasos fue difícil y duró un año. Las condiciones de rendición fueron severas: demolición de murallas, entrega de la flota y un pesado tributo. Así, la política de Cimón llevó a Atenas de una liga de aliados a un imperio mantenido por la coacción; pero Cimón desaparece provisionalmente de la escena política, ostracizado en el 461, al regreso de una expedición enviada a Esparta para ayudarla a luchar contra los mesenios, atrin-

cherados en el Monte Itome; Esparta despidió al cuerpo expedicionario ateniense y la afrenta no le fue perdonada a Cimón.

461-445. La primera guerra contra Esparta y las Paces de Calias y de los Treinta Años

Durante este período, las dificultades de Atenas fueron mayores en el continente. La ruptura con Esparta conllevó choques con sus aliados. Pero, sobre todo, Atenas terminó la construcción de las Murallas Largas que la unían con el Pireo y Mégara hizo lo mismo, cerrando el istmo de Corinto. Atenas se convirtió en un campo atrincherado abierto al mar. El asedio de Egina y la obligación que se le impuso de entrar en la confederación culminaron la inexpugnabilidad de Atenas. Pudo intentar operaciones en las costas del Peloponeso, aunque sin éxitos duraderos. El fracaso de una gran expedición enviada a Egipto en el 454 señaló claramente sus limitaciones.

En esa fecha, el tesoro de la Liga fue transferido a la Acrópolis y se produjo la total confusión entre las finanzas de Atenas y las de su Imperio. Una victoria naval en Chipre permitió una negociación con los persas, conocida con el nombre de Paz de Calias (449-448). Parece que vedó el Egeo a las fuerzas navales persas, que no debían superar ni la entrada del Bósforo, por el norte, ni Fáselis, por el sur. La zona litoral de Asia Menor quedó desmilitarizada en una franja de 70 kms. El éxito acreció el rencor de los aliados. A su vez, la gran isla de Eubea se sublevó, aprovechando un fracaso de Atenas en Beocia (446). Conocemos el decreto que estipuló las rigurosas condiciones de la rendición. Así, no le faltaron a Atenas dificultades. Esparta, por su lado, tenía problemas de índole interna. Ambas Ciudades decidieron firmar la paz o tregua llamada de los Treinta Años, que reconocía los dos sistemas de alianzas: Esparta, en el Peloponeso y Atenas, en el Egeo. (Se completó con una paz entre atenienses y beocios y con otra entre Esparta y Argos). El tratado reconoció a las Ciudades neutrales el derecho de adherirse a la alianza de su preferencia, lo que implicaba la prohibición para los miembros de cada alianza de cambiar de campo. Era, pues, el reconocimiento espartano de lo que había ocurrido en esos tres decenios: la constitución del Imperio de Atenas.

«Que, por otra parte, los calcideos pronuncien el siguiente juramento: "No me separaré del pueblo de los atenienses recurriendo a ninguna argucia ni maniobra ni de palabra ni de obra y no obedeceré a quienquiera que se separe de ellos; si alguno incita a la defección lo denunciaré a los atenienses; les pagaré el tributo como si les hubiese decidido a establecerlo y seré al máximo su óptimo y fidelísimo aliado; acudiré en socorro y defensa del pueblo ateniense si alguien lo agravia y obedeceré al pueblo de los atenienses."

Prestarán este juramento cuantos calcideos tengan la edad de la efebía. Si alguno no lo presta, será sancionado con atimia y confiscados sus bienes.»
Decreto de los atenienses, relativo a la Ciudad de Calcis, traducido según P. FOUCART, *Mélanges. cf. Syll. 3, 64.*

LA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO

Conocemos la organización del Imperio ateniense por algunos textos (Aristóteles y, sobre todo, Tucídides) y por decretos (atenienses, sobre todo). No siempre puede precisarse la fecha de estos últimos. La cronología tradicional los sitúa entre el 454 y el 430, de modo que la panorámica del apogeo del Imperio cabría trazarla para esa época. En ese momento los atenienses denominan a su poderío «Arjé» y a los ciudadanos, «hypékooi» (súbditos). Ya no se trata de un pacto con aliados que se dotaban libremente de un «hegemón», como en la Liga de Delos; pero tampoco (ni nunca lo sería) de un Estado con capital en Atenas. El Imperio fue siempre una constelación de Ciudades-Estado cuya organización financiera fue la única base legal reconocida. Podemos hacernos una primera idea sobre el Imperio a partir del estudio de la percepción del *phoros*.

Organización financiera

Todos los aliados se habían convertido en tributarios, salvo tres: Samos, Quíos y Lesbos seguían suministrando escuadras. Fueron agrupa-

Ver mapa 22

dos en cinco distritos, entre los cuales se repartía el monto del conjunto del tributo (entre 460 y 500 talentos).

— Distrito de Tracia (Ciudades de la península de Calcídica, costa Tracia y Tasos).

— Helesponto (Ciudades de los Estrechos y costa sur del Helesponto).

— Jonia (Ciudades de Eólide y Jonia y grandes islas: Lesbos, Quíos, Samos y Naxos).

— Caria (Ciudades de Caria y Rodas), luego adscrito a Jonia.

— Las islas (Imbros, Lemnos, Esciros, Eubea y las Cícladas).

El total del tributo y sus cuotas se establecían cada cuatro años por decreto del pueblo ateniense. La Bulé se encargaba de preparar el decreto, votado por la *Ekklesía*. Entonces se enviaban heraldos a cada Ciudad para comunicarle su cuota, que podía ser discutida, seguramente ante la Heliea; parece que tal cosa fue rara: el tributo no era muy oneroso y las exigencias financieras de Atenas no se endurecían sino tras una sublevación. Las Ciudades debían pagar antes de las Grandes Dionisias y el colegio de los Helenótamos se encargaba, entonces, de presentar la contabilidad a la *Ekklesía*.

Entre los gastos, el más importante era el de mantenimiento de la flota, que constaba de trescientas trieras, aunque no todas en servicio. En un año normal, sesenta se hacían a la mar. Había que sustituir las demasiado gastadas (unas quince al año). Atenas ya no distinguía entre naves propias o de los aliados y el *phoros* se empleaba para su conjunto.

Injerencias política y judicial

No se creó personal político específico para la gestión del Imperio; la intervención de Atenas en los asuntos internos de las Ciudades resulta, a fin de cuentas, difícil de calibrar y sigue siendo uno de los puntos históricos más discutidos. El autor de un panfleto titulado «Constitución de los atenienses» (atribuido más tarde, por error, a Jenofonte) insinúa que, para asegurarse la docilidad de sus aliados, Atenas impuso el régimen democrático por el que ella misma se regía. De hecho, conocemos algunas excepciones: Samos cambió varias veces de régimen. En el 440-439, tras su sublevación, Atenas le impuso un régimen democrático pero, en el 412, aunque continuó en el Imperio, volvió a un régimen oligárquico.

Mileto, en el 452, tenía instituciones oligárquicas y Potidea aún recibía magistrados de su metrópoli, Corinto; en Caria había varios dinastas indígenas. Así, Atenas se acomodaba a una gran variedad de regímenes de sus aliados, pero es verdad que, tras cada revuelta, intentaba imponer un régimen calcado sobre el suyo (como en Calcis, en el 446 y en Samos, en el 439). Es cierto que las aristocracias le fueron, en general, poco favorables.

De hecho, Atenas podía controlar más directamente el buen comportamiento de sus aliados mediante el envío de guarniciones, cuya existencia se comprueba en la mayoría de las Ciudades que intentaron salirse del Imperio.

Además, en algunos decretos comienza a aparecer el título de *episcopoi* (vigilantes), «Arcontes de las ciudades», lo que parece ser una magistratura temporal. Los magistrados, algunas veces, tenían que vigilar el cobro del tributo o la aplicación de ciertos decretos, y proteger las personas de los atenienses y de algunos extranjeros a los que el pueblo de Atenas concedía particulares privilegios. De estos magistrados, aunque Aristóteles cuenta hasta setecientos, no parece que los hubiese en todas las ciudades ni que residieran en ellas de modo permanente.

«Parece que la democracia ateniense tampoco está muy justificada cuando obliga a sus aliados a cruzar el mar y a llegarse a Atenas para hacer juzgar sus causas; pero es que calcula egoístamente cuántas ventajas obtiene por ello el pueblo de Atenas. Primero, durante todo el año, recibe su sueldo de la caja prevista para gastos judiciales; luego, quedándose tranquilamente en su casa, sin desatracar un solo navío, gobierna las Ciudades confederadas y, en los tribunales, apoya a los demócratas y es la perdición de las facciones adversas. Si cada Ciudad pudiese juzgar sus causas en su propio solar, los aliados, alentados como lo están frente a los atenienses, serían la perdición de cuantos de entre ellos están más apegados a la democracia ateniense.»
(PSEUDO-JENOFONTE. *La Constitución de los Atenienses*. panfleto escrito hacia los años 430.)

En realidad, la vigilancia y la intervención política podían llevarse a cabo mediante intervenciones de los atenienses residentes en el extranjero. Una multa de cinco talentos sancionaba a la Ciudad en la que un ateniense fuese asesinado; lo que podía ocurrir, sobre todo cuando se generalizó una antigua institución de carácter muy particular: la **cleruquía**. Las cleruquías son fracciones de la Ciudad ateniense en territorio extranjero. Se repartían lotes de tierra del territorio aliado, pero el cleruco conservaba sus derechos de ciudadano ateniense, votaba y servía como hoplita. Quizá, incluso, según sucedía en el 427 en Lesbos, no era residente permanente. Hallamos clerucos en Naxos, Andros, Calcis e Histias. Sus efectivos, a veces, son numerosos en algunas Ciudades (de 500 a 1.000). Su total se ha evaluado en 6.000. Pero parece que Atenas no disponía de hombres bastantes que dispersar por el Imperio, por lo que empleó abundantemente el sistema de la colonia, institución enteramente diferente, ya que era la fundación de una Ciudad nueva dotada de autonomía. Atenienses y aliados, si no indígenas, se mezclaban a menudo. Los vínculos con la metrópoli eran culturales o religiosos y las instituciones, copia de las suyas; pero los colonos, según parece, eran ciudadanos de la nueva Ciudad y ya no de Atenas. Encontramos fundaciones en Tracia (Brea, Anfípolis) y en Turios, en la Italia del sur. Algunos colonos fueron enviados al Asia Menor y al Ponto, sin que percibamos claramente sus vínculos con las antiguas Ciudades (Eritras, Colofón, Sinope).

Turios, fundada en el 433 en el antiguo emplazamiento de Síbaris, por iniciativa de Pericles, que llamó a colonos de toda Grecia (DIODORO, X, 12).

La circulación de personas entre las distintas Ciudades del Imperio plantea, en particular, el problema judicial. Había tratados de derecho internacional *(symbola)*, que regulaban de modo muy pragmático ciertos procedimientos entre nacionales de cada país. Atenas hacía lo mismo con varias Ciudades, pero comprobamos, en cierto número de decretos surgidos tras motines y en una alusión de un discurso de Antifonte, que nadie podía ser ejecutado sin que la sentencia fuese confirmada por Atenas. Igualmente, bastantes personas, por especial privilegio, no podían ser juzgadas sino en Atenas. En fin, de modo completamente normal, cualquier proceso que implicase un asunto público contra el Imperio era juzgado por tribunales atenienses. Vemos, pues, que, sin que hubiese organización o unificación concreta en el plano judicial, la práctica comportaba, a un tiempo, una fuerte injerencia de Atenas en la autonomía de las Ciudades... y una multiplicación de causas en Atenas misma: causa de reproches del autor del panfleto a que aludíamos.

CARACTERÍSTICAS DEL IMPERIO ATENIENSE

Ver mapas 10 y 11

Nada más erróneo que ver en el Imperio de Atenas el equivalente al Imperio colonial inglés del siglo XIX, como a veces se ha sugerido. Nunca buscó Atenas garantizarse mercados comerciales de salida, noción totalmente ajena a las Ciudades griegas en las que, recordémoslo, la actividad comercial estaba en gran parte en manos de extranjeros. No se trataba de mantener a millones de hombres, sino a unas decenas de miles, y ninguna infraestructura industrial sustituyó al pequeño artesanado. Atenas buscó, primero, asegurarse el dominio de la ruta del Ponto Euxino, a través de la cual le llegaba la mayor parte del trigo necesario para sus pobladores. Y tampoco parece que quisiera reservársela en exclusividad de uso, salvo durante la Guerra del Peloponeso. Se trataba, también, de garantizar el libre acceso de materias primas para la construcción naval, como madera, pez y cáñamo. La expedición de Egipto pudo responder a tal deseo. Con toda evidencia, la policía marítima ejercida por Atenas facilitaba el comercio, al igual que la prosperidad del Pireo atraía a los comerciantes; pero no se trataba de una política deliberada: Atenas concebía su talasocracia en términos de poderío militar y el control de la ruta del trigo le resultaba cuestión de supervivencia.

Había, no obstante, un ámbito en el que la intervención era directa: el de la moneda. En fecha insegura (¿437?), un cierto Clearco hizo votar un decreto dirigido a unificar pesos, medidas y monedas entre los aliados. La medida, muy útil para las transacciones del Pireo y el pago del *phoros,* hubo de ser recibida como un atentado a la soberanía de las Ciudades que ya no podían acuñar moneda de plata. (Los descubrimientos numismáticos prueban que ya se había esbozado una evolución por vía de hecho y que la moneda ateniense se extendió desde los comienzos de la Liga de Delos.)

Sobre la función de la moneda ateniense, cf. O. PICARD, *Les Grecs devant le menace perse, op. cit.* fin cap. XIII

La moneda ateniense

Hay, también, que reconocer que el Imperio nutría a la democracia. Y ésta no lo ocultaba. Aristóteles pudo afirmar que el Imperio hacía vivir a más de 20.000 personas: directamente, a los funcionarios del Estado y a cuantos, por diversos títulos, percibían un salario público: clerucos, colonos, tropas de guarnición y también remeros y soldados embarcados; e, indirectamente, a un buen número de pequeñas empresas del Pireo o de Atenas y, sobre todo, a las que participaban en la construcción naval. También era el tesoro del Imperio el que proveía a las importantes obras de la Acrópolis, en las que se codeaban esclavos, ciudadanos y extranjeros. Atenas explotó sin reparos su superioridad política y militar con fines económicos.

Imperio y democracia

Pero ¿cuáles eran, exactamente, los objetivos de este imperialismo?

El imperialismo ateniense ha generado muchas discusiones apasionadas entre los historiadores. En efecto, disponemos de una documentación relativamente importante y de un texto mayor —el de Tucídides— que plantea el problema en términos incisivos. Ya se supondrá, al hilo de la historiografía contemporánea, en cuánta medida este tema, siempre actual, ha quedado marcado por la imagen dada por los distintos imperialismos de nuestro tiempo, políticos y económicos. Estas reali-

dades inspiran a veces directamente los análisis que se nos ofrecen. Y, si hay que rechazar las motivaciones estrictamente económicas (búsqueda de mercados para excedentes) ¿hay, entonces, que ver en ello una empresa ideológica cuyo fin fuese la expansión del régimen democrático?

Ya vimos cómo el Imperio daba de vivir a buena parte de los ciudadanos atenienses de las dos últimas clases, por cuyo mero hecho ya favorecía la democracia; la cual, por otro lado, se desarrollaba en numerosas ciudades por esta época y facilitaba la fidelidad de muchas *poleis* pequeñas. ¿Fue tal objetivo la palanca decisiva? ¿Se justifica el Imperio por el auge de la democracia ateniense? Tal argumento no fue nunca empleado por los defensores del Imperio (que se expresaron, sin embargo, sin restricciones) y sirvió de base, sobre todo, para los panfletos aristocráticos; pero ha sido retomado por muchos modernos, lo que nos remite a otra cuestión: ¿hasta qué punto las Ciudades del Imperio participaron de la prosperidad ateniense?

«Lo que se pone en juego en el combate, no lo olvidéis, no es sólo saber si seguiremos siendo libres o si seremos esclavos. Se trata, además, de no perder nuestro dominio y de escapar de la amenaza que sobre nosotros arrojan los odios nacidos por nuestra hegemonía..., puesto que, ahora, reináis al modo de los Tiranos, a quienes se tiene por injustos al tomar el poder, pero que luego ya no pueden abdicar sin peligro.»
(TUCÍDIDES, II, 63, discurso de Pericles.).

La riqueza y el esplendor de Atenas en esta época descansan, innegablemente, en gran parte sobre las rentas financieras obtenidas con el *phoros* y sobre la condición metropolitana de que la ciudad disfruta, de hecho, para el conjunto del Egeo. «Escuela de Grecia» como era ¿hizo que el conjunto de las Ciudades del Imperio obtuvieran provecho de ello? Los veredictos de los historiadores franceses se resienten a veces de sus reacciones en relación con el Imperio colonial francés; tienden a defender con pasión la aportación ateniense: paz marítima, avance del derecho, esplendor del teatro, etc; mientras que otros subrayan, siguiendo a Tucídides y a los historiadores del siglo IV, los odios despertados por la dominación ateniense.

Pero hay, sobre todo, que insistir en el vector mayor de entre los que llevaron a los atenienses a asegurar fogosamente su dominio y a sus aliados a resentirse por ello tan agudamente. Se trata del muy particular sentido que tenían las palabras «libertad» y «autonomía» para los griegos. Tucídides lo expresa sin rebozo en gran número de discursos que pone en boca tanto de embajadores atenienses cuanto de sus adversarios. En verdad, la libertad de un Estado se halla ligada tanto a la ausencia de dominación extranjera cuanto a la posibilidad de imponer a terceros su propia dominación. Y en cosa tal vemos esa característica política que fue el móvil mayor de cualquier comunidad helénica. Parece, pues, artificioso imaginar cesuras demasiado rigurosas entre la Liga de Delos y el Imperio. Desde el momento en que se impuso, la hegemonía ateniense tendió a convertirse en algo sin retorno. El Imperio acabaría hundiéndose, pero no minado desde su interior, sino ante una fuerza tan importante como la suya: Esparta.

II. EL FUNCIONAMIENTO DEL RÉGIMEN

La riqueza del Imperio facilitó, pues, una relativa estabilidad social, con ascenso de las últimas clases. A decir verdad, captamos bastante mal la evolución política de estos treinta años.

En el 461 se produjo una crisis. Aprovechando la ausencia de Cimón, enviado a Mesenia, Efialtes, jefe del partido democrático, según Aristóteles, hizo votar una ley que privaba al Areópago de una parte de sus prerrogativas judiciales, que se atribuyeron a la Bulé de los Quinientos y al tribunal de la Heliea. El Areópago, que agrupaba a los arcontes, procedentes de las primeras clases solonianas, era esencialmente aristocrático y simbolizaba la tradición. La aprobación de tal reforma precisó de una mayoría bastante contra esa tradición; y esa misma mayoría votó el ostracismo de Cimón a su regreso. Poco después, Efialtes era asesinado en circunstancias misteriosas, pero el proceso ya estaba en marcha.

LAS REFORMAS DE EFIALTES. 462-461

Toda una serie de innovaciones vino a completar las leyes de Efialtes. La reforma de Areópago comportaba la del arcontado: desde el 457-456 pudieron acceder al mismo los zeugitas. Pronto, los candidatos fueron designados por el conjunto de las tribus, y no por los demos. También hacia la mitad del siglo se instituyó la *mistoforía* o retribución de las funciones públicas, destinada a compensar la pérdida de una jornada de trabajo. Era un pago escaso que no podía atraer hacia esas funciones por ánimo de lucro, en contra de lo que pretendían los panfletos. Estos estímulos, ofrecidos a los ciudadanos para que pudiesen verdaderamente participar en la vida pública, fueron acompañados por una severidad nueva en el acceso a la ciudadanía. A partir del 451, un decreto de Pericles limitó el derecho ciudadano a los hijos de padre y madre atenienses, mientras que con anterioridad bastaba la sola ciudadanía del padre. Por último, se cree que en este tiempo quedaron establecidos la periodicidad de las reuniones de la Asamblea y el riguroso control que ésta ejercía sobre los magistrados mediante el procedimiento *doquimásico*. Algunos historiadores sitúan entonces también la institución de la *grafé para nomon* (actuación en la ilegalidad), que cuadra bien con el espíritu del período, ya que este complejo procedimiento se encaminaba a impedir que la Asamblea decidiese irreflexivamente. De modo que asistimos no a la desaparición de los aristócratas de la escena política (puesto que hasta la Guerra del Peloponeso siguieron ocupando todos los puestos importantes), sino al inicio del control institucional del demos sobre sus dirigentes. En tal particular contexto se enmarca la carrera de Pericles, que encarna con bastante justeza las ambigüedades de esta democracia.

LAS REFORMAS DE LOS AÑOS 461-443

Zeugitas. Cf. cap. VII. III.

Dokimasia. La Bulé, primero, y un dicasterio, después, comprobaban que el candidato a una magistratura o a un servicio público reunía las condiciones requeridas (ciudadanía, edad, culto familiar, antepasados, cuidado de sus parientes, pago de impuestos y cumplimiento del servicio militar). (Cf. ARISTÓTELES, *Const. at.*, LV, 3 y ss.).

Grafé para nomon. Acción promovida contra el autor de una propuesta que se considerase ilegal o contra el epístata que aceptase su puesta a votación. La validez del decreto quedaba, en ese caso, suspendida hasta que hubiese sentencia. La sanción podía ir desde una multa hasta la muerte y tres condenas implicaban la atimia.

Nacido hacia el 490, Pericles pertenecía, en efecto, por su padre, al genos aristocrático de los Buzygios y, por su madre, al de los Alcmeónidas. Era hijo del Jantipo que fue ostracizado en 485-484 y que luego venció en la Cabo Mícale, sobrino nieto de Clístenes, y sus tradiciones familiares lo habían preparado para la vida política. En el 472 corrió con la coregía de los *Persas* de Esquilo, elección que muestra su admiración hacia Temístocles, el vencedor de Salamina. Aristóteles y Plutarco dicen que fue adversario de Cimón y, desde el 461, jefe del partido demócrata. Pero su nombre aparece en los decretos sobre todo desde el 450. Por último, entre el 443 y 431, fue constantemente reele-

LAS ESTRATEGIAS DE PERICLES

gido como estratego, fenómeno político que exige un breve análisis. Pericles pertenecía, desde luego, a la clase aristocrática y no intentó ocultar sus orígenes; altanero, según se decía, y reservado, tenía su propio círculo de amistades, a menudo metecos, filósofos (Damón y Anaxágoras, Hipódamo de Mileto), su amante, Aspasia, cultivada milesia de intensa vida social y el escultor Fidias. En suma, más intelectuales que no hombres políticos. Para Tucídides precisamente en eso radicó su éxito: dominó por su inteligencia y convencía a la Bulé y a la Ekklesía por sus discursos. En efecto, ser estratego no confería poderes particulares. Rara democracia que, a un tiempo, reelegía —y, por lo tanto, sancionaba— a este aristócrata altivo, pero que no le delegaba un gobierno permanente. Su política se corresponde con el apogeo del poderío de Atenas y su personalidad con el surgimiento de una democracia que aún no perseguía formar de su seno una nueva clase política. No es sorprendente que Tucídides, también aristócrata, lo eligiese como símbolo de los hombres políticos; Plutarco, con la perspectiva de los siglos, intentó encajarlo en un género concreto, con motivaciones individuales, pero su retrato no es convincente; por último, se captan muy mal el juego político y los grupos de esa época. Pericles mismo llegó al poder tras el ostracismo de un rival, Tucídides, hijo de Milesias (no confundir con el historiador), que parece reunió en su torno lo que los autores antiguos llamaron «Kaloi Kagazoi», la «gente bien». ¿Cedió su puesto el juego entre grupos rivales pertenecientes a grandes familias a una lucha de tipo político, con un partido democrático y una minoría oligárquica? Eso sería prefigurar lo que iban a ser las luchas de fines de siglo; las oposiciones a Pericles debieron de ser más difusas.

«Ello se explica si se piensa que Pericles, merced al aprecio que inspiraba, a su inteligencia y a su palmaria integridad, había logrado una autoridad que le permitía contener al pueblo sin dejar de respetar su libertad (...) Tal era el crédito de que gozaba que llegaba, incluso, a provocar su cólera oponiéndose a sus deseos. Cuando veía a los atenienses manifestar inoportunamente una confianza excesiva, los intimidaba con discursos alarmantes y, a la inversa, cuando eran presa de injustificados temores, sabía tranquilizarlos. Teóricamente, el pueblo era soberano; pero, de hecho, el Estado estaba gobernado por el primer ciudadano de la polis.»
(TUCÍDIDES, II, 62.).

Fue atacado directamente mediante procesos entablados contra sus amigos: en el 438, el escultor Fidias fue acusado de haber malversado una parte del dinero destinado a la estatua del Partenón. Su amigo el filósofo Anaxágoras de Clazómenas, tuvo que huir, amenazado por una acusación de impiedad por no reconocer a los dioses tradicionales. Pero estos ataques dirigidos contra su entorno no impedían su reelección, reconocimiento popular de su conformidad básica con la política que seguía. ¿Era ésta muy original? Respecto del Imperio, seguía el movimiento iniciado por Temístocles y ya hemos visto cómo las características de la dominación ateniense habían quedado establecidas desde la Liga de Delos. Su huella es más clara en el ámbito de las grandes obras públicas y a su autoridad se debe el que se impusieran, pagadas con dinero del Imperio, las construcciones que transformaron Atenas.

III. EL ESPLENDOR DE ATENAS

EL EMBELLECIMIENTO DE LA CIUDAD
Ver plano 15

Atenas adquiere, con Pericles, la fisonomía que guardará hasta época helenística. El perímetro de 9 kms. ideado por Temístocles se completa con la construcción de las Murallas Largas, que la unen al Pireo, asimismo sólidamente fortificado. Se abren cinco puertas a las vías que se irra-

dian al Ática. El Ágora forma una plaza triangular, de confusos límites, bordeados de modestos monumentos públicos. La Ekklesía se reúne ahora en la Pnyx y el Areópago, en la Colina de Ares: pero unas simples gradas talladas en la roca les bastan como instalaciones.

En realidad todos los esfuerzos de embellecimiento se destinaron a los dioses. En el 449 Pericles hizo aprobar el programa de las grandes obras de la Acrópolis a las que, en adelante, iba a dedicarse una parte del tesoro federal. Durante una generación, la colina había conservado las ruinas causadas por la invasión persa. Únicamente las fortificaciones hacia el norte se habían reconstruido a toda prisa en tiempo de Temístocles y, con algo más de cuidado, en la época de Cimón, cuya muralla meridional, construida en un nivel más bajo, permitió ampliar la plataforma edificable. Pero, para las ceremonias, Atenas seguía contentándose con el viejo templo de Atenea, mal restaurado. El proyecto de Pericles dispuso, pues, de un espacio virgen. De hecho, hubo que tener en cuenta los imperativos religiosos (pues cada parcela del suelo de la Acrópolis tenía su propia e inviolable historia) y las consideraciones técnicas. De esta colina escarpada y amesetada los arquitectos Mnesicles, Calícrates e Ictino sacaron un notable partido. Pero hay que subrayar que cada monumento de la Acrópolis se construyó como un todo independiente del resto. El programa no contemplaba un conjunto, sino una serie de obras maestras. Y lo logró.

Se entra a la Acrópolis por los Propíleos (438-432), puerta monumental que combinaba los órdenes diferentes de sus columnas para permitir la llegada a la meseta. El ala norte guardaba la pinacoteca y el ala sur, inacabada, llegaba hasta el santuario de Atenea. Sobre el pequeño bastión en que Pisístrato edificara un templo a Atenea Niké (Victoriosa) se construyó un pequeño y elegante templo jónico. La balaustrada de la escalera que conducía hasta allí desde los Propíleos se adornó con Victorias aliadas esculpidas, a partir del 411.

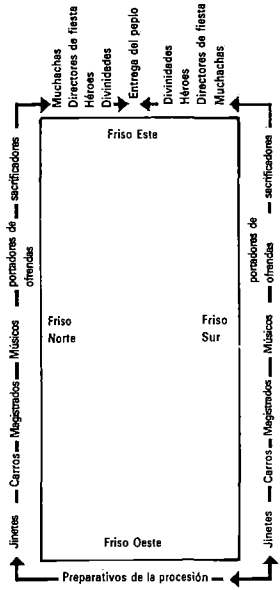
El espacio comprendido entre los Propíleos y el Partenón se ocupó con patios cerrados por pórticos, consagrados a Artemisa y Atenea y hoy desaparecidos. El conjunto que se capta actualmente al entrar a la Acrópolis desde los Propíleos no es el que apreciaba el ateniense antiguo.

El Partenón aparecía paulatinamente ante la vista y la mirada se detenía continuamente, aunque no fuese sino por las múltiples estatuas y exvotos erigidos en el trayecto. Había que llegar hasta un pequeño propíleo para descubrir la masa entera del edificio. Aún hoy se aprecia la mejor vista del Partenón buscando el conjunto del templo desde esta perspectiva oblicua. Es un templo dórico de dimensiones discretas (69,5 × 31 ms.), construido en quince años (447-432) por Ictino, ayudado por Calícrates, y de planta bastante compleja. El naos que guarda la gigantesca estatua de Atenea Virgen (Partenope: 15 ms. de altura) no comunica con la sala de las vírgenes (Partenón propiamente dicho), que ocupa la parte occidental. Toda una serie de refinados detalles atenúa lo que la arquitectura dórica pudiese tener de excesivamente simétrica y ocho columnas en fachada le confieren una anchura y una digni-

Ver análisis del plano del Ágora, en la «Intr.», y plano 16

La Acrópolis

Ver plano 13



Plano del friso del Partenón

El Partenón

dad inusuales. La totalidad del basamento es ligeramente convexa y el eje de las columnas se inclina hacia el interior, mientras que las columnas de ángulo tienen un diámetro levemente superior al de las restantes. Estos refinamientos corrigen las ilusiones ópticas que, bajo la intensa luz mediterránea, tienden a falsear determinadas líneas y, además, dan mayor estabilidad al edificio.

Este cuidado conjunto se concibió, de hecho, en función de las esculturas cuya dirección fue confiada a Fidias. Los rostros tranquilos y serenos componen ese tipo de líneas regulares al que denominamos clásico y en el que el mortal idealizado es casi un dios. Pero esta impresión de serenidad no debe engañarnos en cuanto al carácter novador, si no provocativo, del conjunto. El Partenón no es un templo religioso, sino un templo a la gloria de Atenas y sus esculturas reflejan una ideología en la que aparecen, a la vez, la lógica de Anaxágoras y la justificación de las luchas de Atenas: los dioses acuden a coronar las luchas en las que la razón triunfa sobre la barbarie y Atenea victoriosa significa la grandeza de su ciudad.

El Erecteón

El verdadero templo religioso de Atenas es el Erecteón (del nombre de un antiguo rey de Atenas). En él se guarece la vieja estatua cultual de madera destinada a las ceremonias. Su compleja planta refleja los imperativos religiosos del lugar. Hubo, acá, que respetar el emplazamiento del olivo de Atenea; allá, el orificio dejado por Poseidón al golpear el suelo y, algo más lejos, la tumba del antiguo rey Cécrope. De donde una planta asimétrica que genera tres magníficos pórticos jónicos. El más célebre es el meridional, en el que las jóvenes *korai* sustituyen a las columnas; pero los otros dos son particularmente notables por la finura de sus capiteles jónicos así como por las molduraciones de basas y entablamento.

Así, la Acrópolis reflejaba a un tiempo el sentimiento religioso tradicional que enmarcaba la vida toda de un griego y esta religión cívica triunfante en la que la victoria era hija de los dioses. No fue casual que las delegaciones aliadas acudiesen a Atenas para discutir el monto del *phoros* en el momento de las Panateneas. Podían entonces contemplar, simbolizados en la piedra, pero, también, agrupados en una impresionante unidad, el desfile del pueblo de Atenas y la afirmación de su poderío. Pero si, en verdad, la Acrópolis simboliza la Atenas del Imperio, no deberíamos olvidar que, en el siglo V, un gran número de santuarios del Ática se renovaron también. Así, en el extremo de la península, en el Cabo Sunio surgió el templo de Poseidón, destruido por los persas, reconstruido en mármol por el mismo arquitecto que había hecho el Hefesteo. En Braurón lo que se restauró en el siglo V fue el conjunto, más campestre, del santuario, dedicado a diosas y heroínas, con sus templetes y sus cámaras destinadas a las sacerdotisas. Las ofrendas —consagradas a Artemisa— atestiguan la piedad de los fieles de los siglos V y IV; en Ramnunte, el templo de Némesis fue, también, parte del programa del siglo V. Por último, en Eleusis, intervino también Pericles transformando el Telesterio o sala iniciática de los *mystoi*, aun-

Sobre la procesión de las Panateneas, ver cap. VIII, II

Las construcciones del Ática

que, allí, su impronta fue menos fuerte. La importancia de los misterios eleusinos había hecho de aquél un lugar al que todas las épocas aportaron su contribución.

Si tomamos el conjunto de las construcciones, esencialmente religiosas, realizadas en medio siglo, asombra su número. El costo del conjunto fue, quizás, menos importante de lo que creemos (el total del precio del Partenón se ha evaluado en 469 talentos), pero hubo que ir a buscar a los maestros de obras y a los jornaleros. Si se piensa en ello, tal cosa supone un nivel general, técnico y artístico, bastante elevado. Pericles fue el impulsor, pero es preciso reconocer que se dirigía a una población capaz de aprobar y ampliar sus proyectos. Y obtenemos igual impresión cuando estudiamos uno de los logros particulares del siglo V: el teatro.

Ver cap. XI. IV

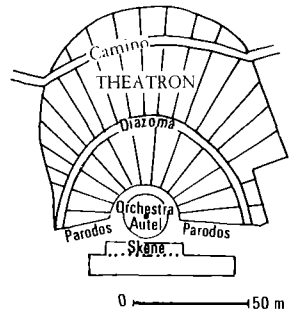
EL TEATRO, EXPRESIÓN CÍVICA Y CULTURAL

Esta cultura que impregna al hombre de la calle es fundamentalmente oral. Los libros (rollos de papiro) tienen poca función. Pero los versos de Homero se aprenden desde la infancia —se cantan en los banquetes— en el Ágora y en la Ekklesía; la palabra al aire libre sigue siendo el instrumento privilegiado. El teatro, en el siglo V, es la más brillante expresión de esta cultura colectiva.

Su funcionamiento

La organización de las fiestas es un cometido nacional integrado en el año religioso. Toda fiesta tiene sus procesiones y sus competiciones deportivas o musicales. Ya hemos visto la importancia de las fiestas de Dioniso para las representaciones teatrales, bien en las Leneas (fiestas del vino nuevo), en las que predomina la comedia (la tragedia no aparece en ella sino tras el 440), bien, mejor aún, en las Grandes Dionisias primaverales.

La responsabilidad de su organización incumbe al arconte epónimo. Es él quien elige a los tres poetas trágicos autorizados a competir y quien les busca al rico ciudadano dispuesto a abonar el impuesto voluntario de la coregía. El costo más importante es el del presupuesto del coro (quince personas y el flautista), al que hay que proveer de máscaras y vestuario, así como pagar un salario a su jefe, único profesional (junto con los actores). Para cada obra hacen falta tres actores, que interpretarán todos los papeles. El más importante —protagonista— es pagado por la Ciudad. El autor es, también, el director de ensayos. La coregía es una liturgia que puede resultar onerosa, pero que garantiza al ciudadano una gran notoriedad.



Planta esquemática del teatro de Dioniso en tiempos de Pericles

Las competiciones se desarrollan, a partir del siglo V, al pie de la Acrópolis. Junto a un santuario dedicado a Dioniso se excavaron los graderíos del *theâtron* en la colina. Únicamente los asientos de honor se hicieron en piedra. La *orchestra* es el área circular de tierra batida en la que actuaba el coro; la *skené,* originariamente una simple tienda en la que se mudaban los actores, se convirtió en una fachada que hacía de decorado. A la salida de las representaciones, los jurados, sorteados, concedían el premio al poeta victorioso y al mejor corega. Había premios especiales para los actores. Tras la fiesta, en el mismo teatro, se consagraba una sesión de la Ekklesía a la crítica de la organización de

las fiestas. Las Grandes Dionistas, eran, pues, un auténtico asunto nacional. Y, bajo Pericles, el Estado adelantaba a los ciudadanos pobres los dos óbolos para pagar la entrada que servían para el mantenimiento del teatro.

Estamos lejos de conocer la lista de todos los autores que concurrieron y el azar, en parte, ha sido el selector de las obras que nos han llegado. No obstante, desde mitad de siglo V, las obras de Esquilo se ganaron el derecho a volver a ser representadas. En el siglo IV sucedió con las de Sófocles y Eurípides. La consagración de estos grandes autores (que no siempre fueron coronados) es, pues, en parte, elección de los antiguos.

Ver cap. IX, III

Sófocles (496-405)

Sófocles, temprano competidor de Esquilo (en 468 obtuvo su primera victoria) es contemporáneo del siglo, pero sus tragedias conservadas (siete obras, sobre ciento veintitrés) son posteriores al 450 y nos remiten al tiempo de Pericles, cuyo amigo era. Hijo de un rico armero de Colonna (barrio de Atenas), recibió una educación esmerada y tomó, como todo ciudadano, parte en la vida pública: helenótamo en el 443 y estratego en el 441. Los asuntos de sus obras los toma, como Esquilo, de los ciclos troyano *(Ayax, Filoctetes)* y tebano *(Edipo Rey, Edipo en Colonna, Antígona);* retoma el ciclo aqueo *(Electra)* y añade el de Hércules *(Las Traquinianas)*. Su intervención fue decisiva para la evolución de la tragedia griega e, incluso, del teatro en general. Centró sus obras en torno a la personalidad de un héroe de carácter definido. El coro se hizo espectador y había de traducir las reacciones del auditorio. Y el héroe tuvo que escoger entre seguir fiel a sí mismo o aceptar un compromiso. Eso es lo que dota a sus obras de un tono de actualidad que, no obstante, falsea la percepción histórica. ¿Cómo captar la dialéctica profunda entre la justicia de los dioses y la libertad de los hombres, que es el nódulo de sus tragedias, cuando tales palabras, justicia y libertad, han adquirido ecos tan distintos a través de las épocas, incluida la nuestra? La belleza del lenguaje trágico y la potencia de sus imágenes son, también, espejos de difícil aprehensión. ¿Qué eco despertaban, exactamente, entre los atenienses amontonados en bancos de madera? No lo sabremos nunca. Lo que mejor podemos captar —fuera del placer personal de la lectura, que no hay, desde luego, que subestimar— es el aspecto a un mismo tiempo nacional y religioso de estas celebraciones colectivas que en toda Grecia tuvieron muy pronto admiradores.

Helenótamo. *Cf. cap. X, 1*

La irradiación artística de Atenas

Porque Atenas atraía, en este tiempo, como una verdadera capital intelectual. Hemos visto cuán numerosos eran los jonios en el círculo de Pericles. También a Atenas fue a quedarse Heródoto de Halicarnaso, antes de ir a fundar la colonia panhelénica de Turios. Los objetos atenienses eran particularmente apreciados y los más bellos vasos han sido encontrados en el exterior. Es la época del estilo libre de las cerámicas de figuras rojas, que produce sus más notables obras maestras (pintor de Aquiles, pintor de las Nióbidas). Los artistas dominan absolutamente el dibujo de los cuerpos y la influencia de los escultores, Mirón

Ver cap. VI, introd.

(el Discóbolo) y Policleto, se advierte a veces en el resultado. Pero lo más destacado de estos artistas son sus búsquedas pictóricas. Apenas conocemos la gran pintura sino a través de los textos que la mencionan; por ellos sabemos que un artista de la isla de Tasos, Polignoto, decoró la pinacoteca de los Propíleos y se cree advertir su influjo en los intentos de perspectiva en algunas vasijas.

No debe pensarse que el resto del mundo fue un desierto artístico e intelectual. Sicilia y la Magna Grecia fueron crisoles de la filosofía y se cubrieron de templos. Argos produjo a uno de los mejores escultores, Policleto, que impuso el canon de la estatuaria griega con su Doríforo (portador de lanza). En el corazón mismo del Peloponeso aparecieron templos originales, como el de Bassae.

Armonía y tensiones internas

Pero sí es cierto que el brillo de Atenas eclipsó estas manifestaciones, no obstante ello, originales. La ciudad da la impresión de un acuerdo entre la expresión política y la artística, de una armonía entre las partes que logran, así, ese equilibrio al que llamamos clasicismo. Pero los griegos sabían bien que la armonía no es sino un punto de equilibrio precario entre tensiones diferentes; y esas tensiones, que estallaron con ocasión de la Guerra del Peloponeso, permanecían siempre presentes.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Las obras concernientes a este período son innumerables. Hay que consultar con prudencia las de P. CLOCHÉ o la *Histoire générale*, de G. GLOTZ. En ellas se hallará, empero, la exposición más detallada del desarrollo de los hechos. V. V. STRUVE. *Historia de la Antigua Grecia*, Akal, Madrid, 1979. Empléese como referencia E. WILL, *Le Monde grec et l'Orient*, I, (cf. nuestra «Introd.»), con bibliografía. Entre los manuales pequeños sobre historia de Atenas, C. MOSSÉ, *Historia de una democracia: Atenas*, Akal, Madrid, 1983; está particularmente bien ilustrado, del mismo, *Athènes au temps de Périclès*, Hachette-Réalités. La tesis de J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947, sigue siendo clásica.

Las obras de historia del arte son también muy numerosas. El estudiante debe, sobre todo, aprender a ver las ilustraciones con cuidado; puede, pues, emplear los recursos de las bibliotecas sin preocuparse demasiado por la fecha de su publicación (cf. bibliografía general).

ATENAS (479-431)

Cronología, ver pág. sgte.

Sobre teatro, véase la bibliografía del cap. anterior.

Es preciso, ante todo, remitirse a los textos. El libro I de TUCÍDIDES para la formación del imperio, *La Constitución de los Atenienses*, atribuida a Jenofonte (que se halla, pues, en las ediciones de sus obras), panfleto de un aristócrata en torno al 430. PLUTARCO, *Vida de Pericles*. Y, desde luego, SÓFOCLES y ARISTÓFANES.

LOS GRANDES NOMBRES DEL SIGLO V
(Cf. también fin del cap. XVI)

	HITOS CRONOLÓGICOS	VIDA POLÍTICA	CIVILIZACIÓN Los nombres de Artistas van subrayados
	530 Primera tragedia Cerámica de figuras rojas		
	510-508 Caída de la tiranía en Atenas Reforma de Clístenes	CLEÓMENES, rey de Esparta ?-489 CLÍSTENES ?	
GUERRAS MÉDICAS	498-494 Sublevación de Jonia 490 Maratón		HECATEO DE MILETO
		MILCÍADES 540-489 ARÍSTIDES 540-468 PAUSANIAS, regente de Esparta ?-471	
	480 Salamina 479 Platea y Mícale	TEMÍSTOCLES 520-460	ESQUILO 525-456
DE LA LIGA AL IMPERIO	478 Liga de Delos		ANAXÁGORAS DE CLAZÓMENAS HIPÓDAMO DE MILETO *BRIGO* 500-¿?
	469 Sublevación de Naxos Eurimedonte	CIMÓN 510-449	
		EFIALTES ¿?461 PERICLES 495-429 (jefe del partido demócrata tras el 460; reelegido estratego, 445-426)	SÓFOCLES 496-406 *FIDIAS*. 490-431
	454 Traslado del tesoro a la Acrópolis		EURÍPIDES 485-406 HERÓDOTO DE HALICARNASO 484-420 GORGIAS DE LEONTINOS 487-400 PROTÁGORAS DE ABDERA 487-411 POLICLETO DE SICIÓN 480 - ?
	447-438 Construcción del Partenón		
	437 Decreto de Clearco imponiendo la moneda de Atenas		
LA GUERRA DEL PELOPONESO	431 Sitio de Platea 430-429 Peste en Atenas		SÓCRATES 472-399
		NICIAS 475-413 CLEÓN ?-422 ALCIBÍADES 451-404	TUCÍDIDES 468-400 HIPÓCRATES DE COS 460-377
	421 Paz de Nicias 415-413 Expedición a Silicia		
		TERÁMENES ¿?-404 TRASÍBULO 445-388 LISANDRO, navarca de Esparta ¿?-395 CRITIAS ¿?-403	ARISTÓFANES 445-386
	404 Caída de Atenas		
	404-403 Revolución oligárquica		JENOFONTE 427-355
	401 Expedición de los 10.000 399 Proceso y muerte de Sócrates		

CAPÍTULO XI

La vida en Grecia en el siglo V

La sociedad griega no nos ha desvelado aún sus secretos. Una vez más, Atenas es el centro de nuestro estudio porque nos provee de una documentación literaria y arqueológica superior a la de las otras Ciudades; no obstante, la epigrafía tampoco es en ella ni más abundante ni más decisiva que en otras partes; en Gortina, Ciudad cretense, es donde se halla la más notable colección de leyes, pero no conciernen sino a asuntos litigiosos, de los que no es siempre sencillo deducir las situaciones normales.

En el siglo pasado fue hallada en Gortina (Creta) una serie de sillares inscritos correspondientes a un muro circular. La inscripción data del siglo V pero el contenido es, ocasionalmente, anterior. Esas leyes previenen distintas regulaciones para litigios entre particulares; muchas conciernen a asuntos de servidumbre, de cauciones por deudas, de responsabilidades, etc. Ver R. WILLETS, *The Law-code of Gortyn*. Berlín, 1967).

I. EL TIEMPO DE VIVIR

El ritmo vital de un griego de antaño nos desconcertaría mucho si nos viésemos súbitamente inmersos en él: sin relojes, excepto algunos solares y, para cronometrar, relojes de agua. El sol marca el ritmo de la jornada y el movimiento de las estrellas, el transcurso de la noche. El año sigue a la luna, cuyas fases dan el calendario oficial. Se trabaja desde el alba y la duración de cada hora varía según la longitud del día (oficialmente, un doceavo del tiempo transcurrido entre el amanecer y el ocaso). El hombre libre, activo desde muy temprano, detiene su trabajo a la séptima hora, a mitad de jornada.

«Seis horas son las mejores para el trabajo y las cuatro siguientes, si las designamos con letras, dicen al mortal «Vive».
(*Antología Palatina*, X, 43).

Pero los meses lunares y solares no coinciden; hay, pues, que hacer variar la duración de los meses, añadir acá meses intercalares, allá algunos días suplementarios al final del año. Los magistrados son quienes lo deciden, lo que rompe la concordancia entre los calendarios de las distintas Ciudades. En Atenas, las cosas aún son más complicadas: el calendario civil y religioso es de doce meses, pero el año político se divide en diez pritanías. Henos, pues, en un mundo en el que el tiempo no posee el valor objetivo que esperaríamos: hay que plegarse a las ne-

cesidades de los hombres y a la naturaleza de sus ocupaciones. Algunos, al menos, disfrutan de jornadas bastante poco cargadas, que dejan tiempo de ocio para el placer de la siesta, de la conversación e, incluso, de la actividad política.

El habitante urbano, a veces menos sensible a los movimientos de los astros que el campesino o el navegante, dispone de referencias oficiales cuales son las fiestas religiosas.

Ver cap. VIII, fin.

II. ENSAYOS DEMOGRÁFICOS

A. Jardé estima las necesidades de cereales en 3 Hls. por hombre y año; el rendimiento, en 10 Hls. por Ha.; las tierras cultivables en un 25 por 100 del suelo griego y las arables en un 90 por 100 de éstas; hay que guardar para simiente 0,6 Hls. por Ha. Eso permite alimentar a 36 personas por km ^{2}. (*Les céréales dans l'Antiquité grecque, 1925*).

A. JARDÉ

Se han hecho muchos intentos para llegar a una estimación plausible de la población y de sus variaciones. Todas chocan en el mismo escollo: la escasa cantidad y la mediocre credibilidad de nuestras fuentes numéricas y la obligación de tratarlas mediante intervención de criterios sin duda que anacrónicos. Los únicos progresos, hoy por hoy, están en precisar al margen de error y en explicarlo.

Disponemos de cifras, sobre todo, de combatientes: en el mejor de los casos, redondeadas; en el peor, son mera convención, destinada tan sólo a sugerir un orden de magnitud. Pasar de tales cifras a estimaciones globales supone dar por resueltos los siguientes problemas: quiénes fueron llamados a filas (categorías jurídicas, clases de edad, tipos de combatientes) y qué representaba un combatiente respecto de la población libre y de la servil. J. Beloch propuso multiplicar por diez o por doce, según casos. El empleo de referencias modernas (comienzos del siglo XX) pareció válido para las regiones antiguas más agrícolas. El total de habitantes se acercaría a los 2.100.000, sin Macedonia, lo que corresponde, poco más o menos, al censo de 1902 (unos 2.631.000). Pero las variaciones regionales son fundamentales: la estimación de densidades hecha por P. Salmon nos da cinco grupos de regiones:

Estas variaciones regionales se completan, en efecto, con grandes variaciones sociológicas. Véanse los cuadros siguienes, que dan una idea de la distribución en tres grandes regiones, según V. Ehrenberg:

16-21 h/km ^{2}	30 h/km ^{2}	33-43 h/km ^{2}	60-75 h/km^2	Más de 75 h/km ^{2}
Etolia	Acaya	Laconia	Beocia	
Acarnania	Élide	Mesenia	Megáride	Corintide (110)
Dóride	Tesalia	Argólide	Siciónide	Atica (160)
Lòcride		Eubea		Egina (600)
Fócide				
Arcadia				

Beocia, país muy rural y falto de salidas marítimas, acogía a muy pocos extranjeros pero también a relativamente pocos esclavos (18 a 16 por 100 de su población total en el siglo V y 21 a 18 por 100 en el IV).

ATENAS	hacia 480	hacia 432	hacia 400	hacia 360
Ciudadanos	25-30.000	35-45.000	20-25.000	28-30.000
Ciudd. + familias	80-100.000	110-150.000	60-90.000	85-110.000
Metecos	4-5.000?	10-15.000?	6-8.000?	10-15.000
Metecos + familias	9-12.000?	25-40.000?	15-25.000?	25-50.000?
Esclavos	30-40.000?	80.110.000	40-60.000?	60-100.000?
Total	120-150.000?	215-300.000?	115-175.000?	170-255.000?

ESPARTA	480-460	371
Espartanos	4-5.000	2.500-3.000
ID. de derecho inferior	500?	1.500-2.000
Espartanos y familias	12-15.000	7-9.000
Periecos	40-60.000?	
Hilotas	140-200.000?	
Total	190-270.000?	

BEOCIA	S. V	S. IV
Ciudadanos	28-30.000	35-40.000
Ciudadanos y familias	85-95.000	110.125.000
Metecos y familias	5-10.000	5-10.000
Esclavos	20.000	30.000
Total	110-125.000	145-165.000

A la inversa, los hilotas anegaban a los espartanos; nada sabemos de los esclavos de los periecos. En Atenas, cuyos esclavos se compraban en el exterior y donde las actividades estaban más diversificadas que en Beocia, encontramos a la vez variaciones en su número y un aumento importante de su porcentaje en relación con el conjunto de la población (como media, 26, 37, 34 y 37 por 100). Hay que señalar que la población ateniense varía mucho: los ciudadanos aumentan claramente en la euforia de los cincuenta años inmediatos a Salamina; afluyen metecos y esclavos; la Guerra del Peloponeso supone un fuerte golpe para todos (huídas de esclavos, partida de comerciantes y, sobre todo, muertes de ciudadanos); esclavos y metecos fueron luego más numerosos, pero los ciudadanos no se repusieron de esa hemorragia.

De hecho, todo sucedió como si la fecundidad natural no permitiese cubrir los huecos (y también en Esparta). A este déficit de nacimientos se le han buscado explicaciones y todas son parciales, sumándose sus efectos. Por causas fisiológicas, de higiene y nutrición, la mujer griega parece no poder alumbrar más de uno o dos niños (por lo demás, la mortalidad femenina por parto era muy alta); la preocupación de no agravar la carga soportada por la economía familiar o, en su caso, la negativa a permitir vivir a un bastardo, incitaban a deshacerse del exceso de hijos mediante el aborto, entonces muy frecuente, o mediante la exposición del recién nacido, abandonado en la calle; también se dice que los matrimonios, en su mayor parte, se contraen faltos de amor

Algunas cifras conocidas de pérdidas de ciudadanos atenienses durante la Guerra del Peloponeso.

430-427: 1/4 de la población muerta de peste.
424: Delio, 1.000 muertos
413: Siracusa, 3.000 muertos
406: Arginusas, 2.000 muertos
404: Egos-Pótamos, 2.000 muertos
404-403: Lisandro y los Treinta Tiranos: 4.500 muertos

A lo que hay que añadir unos 10.000 clerucos a lo largo del siglo y los efectos de las hambrunas.

y que la homosexualidad masculina constituía otro obstáculo. La lectura de la *Lisístrata* de Aristófanes no da, sin embargo, tal impresión.

Todas estas estimaciones se esfuerzan en captar las características peculiares de la demografía griega antigua, puesto que las cifras no nos permiten ningún estudio científico preciso, aunque atestiguan una gran dificultad para asegurar el relevo generacional.

III. LOS GRUPOS JURÍDICOS

LOS CIUDADANOS

Hablamos de griegos, pero pensamos en ciudadanos; de democracia o de oligarquía y las concebimos para ciudadanos; mientras que, cada vez más, estos últimos son minoritarios. Normalmente, la ciudadanía la dan el nacimiento y el reconocimiento paterno; el padre, además, ha de presentar a su hijo recién nacido ante sus allegados (en Atenas, la fratría); en Esparta, los Ancianos de la tribu pueden negarle la vida. Este acto público de paternidad es, para el futuro ciudadano, una garantía fundamental. Las mujeres, políticamente, no son ciudadanas, pero son necesarias para la transmisión de la ciudadanía (en Atenas, desde la ley periclea del 451). El matrimonio lo crea más la vida en común que no la realización de los ritos. En todas partes el derecho de ciudadanía es muy estricto y se sanciona duramente (venta como esclavo) su usurpación por varias razones:

— la tierra, en principio, no puede pertenecer sino a la Ciudad o exclusivamente a los ciudadanos; pero a menudo es insuficiente incluso para éstos;

— los excedentes de renta de la Ciudad (explotación del subsuelo, impuestos indirectos, multas penales, tributo de los aliados) se reparten entre los ciudadanos que, ocasionalmente, se benefician con repartos gratuitos de cereal; se prefiere, pues, no multiplicar el número de titulares de tal derecho;

— el ejercicio directo del poder deliberante y de la soberanía de la Asamblea prohibe la ampliación desmesurada del cuerpo cívico;

— por último y principalmente, no puede nadie improvisarse como miembro de una comunidad tan coagulada por sus tradiciones, sus exigencias y sus modos de pensar; la educación espartana o cretense refuerza aún más esta especificidad del ciudadano.

Synoikein. *Vivir junto con, con-vivir.* Se usa para indicar que se está casado. En Esparta la boda no se confirma sino en el trigésimo aniversario del varón. En Atenas, el compromiso previo se llama *engyesis* (compromiso de la joven y su dote) y se contrae entre el *kyrios* y el futuro esposo; la ceremonia es la *ékdosis* (entrega de la mujer), con ritos religiosos y traslado de la mujer desde el domicilio de su *kyrios* al *oikos* del esposo.

Pero hay que añadir otros requisitos al del nacimiento. El espartano pierde sus derechos políticos si no puede entregar su cuota al *syssition*, al igual que el tebano si ejerce un oficio artesano o mercantil. Hay que tener cumplido el servicio militar (efebía) y no hacerse reo de desposesión (*atimia*). Si reúne tales condiciones, el ciudadano disfruta de la protección de los tribunales; si se le enjuicia, lo hacen sus iguales; quien le condene, puede ser juzgado por él.

Atimia. Se aplica en dos grados:
1) Proscripción equivalente a una condena a muerte o a esclavitud.
2) Exclusión de la Ekklesía, de la Bulé, de los lugares sacros y de las ceremonias religiosas; la pérdida de derecho a proceder en justicia reduce al condenado a la situación de extranjero procedente de una Ciudad con la que no existan tratados.

LOS NO CIUDADANOS

Entre los extranjeros hay que considerar varias categorías. El transeúnte fue, mucho tiempo, víctima de la ausencia de protección legal y se vio obligado a buscar ayuda en los particulares (huéspedes de su

familia, *próxenos* de su Ciudad). Las Ciudades velaron, cada vez más, por su seguridad: los *symbola* o tratados entre Ciudades fijaron reglas judiciales que le daban protección, particularmente contra el ejercicio del derecho a represalias (derecho de *asylia*).

Al cabo de un mes (es el plazo más normal), el extranjero ha de inscribirse como meteco. En Atenas paga, entonces, una capitación, el *metoíkion,* impuesto ligero, pero recognoscitivo. Queda registrado (función del polemarca) y parcialmente integrado en la Ciudad por su contribución a los impuestos y, también, a la mayoría de las fiestas; depende de tribunales especiales formados por ciudadanos (p. ej., el Paladión, para asuntos de sangre) y está representado ante ellos por un *prostatés;* las sanciones varían según que el autor o la víctima de un daño sea ciudadano o meteco. Suponemos que los bastardos y los esclavos manumitidos se asimilan a esta categoría, aunque no puedan aducir ninguna ciudadanía de origen.

Próxeno. «Ciudadano que asume, a falta de tratado de alianza entre dos Ciudades, y para todos los ciudadanos de una Ciudad extranjera, las funciones o deberes que incumben al *xénos* (huésped) respecto de un individuo o familia extranjera»; a tal título acoge, socorre y sirve de testigo y de garante, pero en virtud únicamente de su posición personal.
(P. GAUTIER, *Symbola*, págs. 24 y ss.).

Los metecos

El meteco no puede aspirar a la propiedad inmueble —ni, por ende, prestar contra garantía inmobiliaria—, pero al menos su matrimonio, su familia y sus bienes están reconocidos y protegidos por la ley. No está claro en los textos si se les prohibía casar con hija de ciudadano (o a la inversa) y se duda entre la prohibición o la advertencia de que sus hijos no serían considerados ciudadanos. Excepcionalmente, y si la Asamblea lo votaba expresamente, podían obtener la ciudadanía por servicios prestados.

El metoíkion. Lo paga el cabeza de familia: 12 dracmas si es varón; 6, si es mujer.
Prostatés. Garante que sirve de intermediario en asuntos privados o públicos.

Inferiores libres

Es tentador incluir en este grupo a un cierto número de marginales, excluidos por diversas causas de la ciudadanía (*apetairoi* cretenses, *hypomeíones* espartanos, etc.) Abundan particularmente en las Ciudades aristocráticas, sin que nos resulten claras las razones de su decaimiento jurídico; están protegidos al igual que los ciudadanos, pero no disfrutan de sus derechos políticos. Por otro lado, a su grupo se incorporan inferiores a quienes se promueve (como antiguos hilotas que han seguido la *agogé* como compañeros de los jóvenes espartanos).

Agogé. *Cf. cap. VII. 1.*

Algo distintos son los estatutos de las comunidades periecas conocidas en bastantes regiones (Laconia, Creta, Argólida, Élide); «viven en torno» y gozan de autonomía interna, pero han de seguir la política exterior de la Ciudad dominante y proveerla de soldados y de contribuciones. Es un sistema frecuentemente adoptado para regular la suerte de las comunidades vecinas conquistadas (p. ej., Gortina, en Creta). Hay disposiciones que prevén la regulación de los conflictos que puedan surgir entre particulares de ambas comunidades.

LOS NO LIBRES

Esclavos

Los esclavos forman un grupo de extranjeros algo aparte. Muy frecuentemente son comprados y no disponen de derecho alguno; ni libertad, ni familia, ni posesiones. Sus actividades y género de vida se regulan por el amo, que autoriza sus relaciones amorosas; sus hijos son, casi siempre, abandonados. Teóricamente el poder del amo llega hasta el derecho de vida o muerte. Empero, en la práctica, las condiciones de vida, los sentimientos y la preocupación por un mayor rendimiento o por la conservación de un capital imponen acomodos, sobre todo si

Los khôris oikountes. Esclavos que viven fuera de la casa del amo al haber sido puestos por éste al servicio de un patrono. Pagan al amo la *apophorá* (de uno a tres óbolos) y pueden llegar a formar su propio peculio.

el esclavo es un *khôris oikous,* asalariado fuera del domicilio dominical. La prohibición de pegar a un esclavo en la calle no es, en verdad, sino una mera forma de protección de la propiedad; pero la prohibición de matar al propio esclavo implica una voluntad de limitar el libre uso de la violencia. La Ciudad misma no puede decidir manumitir esclavos contra la voluntad del dueño.

A pesar de su incapacidad jurídica, los esclavos pueden deponer en un proceso, bien por tomar la iniciativa de denunciar actuaciones contrarias a la ley por parte de un hombre libre (lo que, de demostrarse fundado, conlleva la manumisión), bien como testigos en un asunto en que su dueño se hallase ya implicado (en cuyo caso no se acepta su testimonio sino mediante tortura). Negarse a tal procedimiento para un esclavo propio equivale a una confesión de culpa.

«La tortura es, para nosotros, el medio de averiguación más exacto. Cuando esclavos y hombres libres han asistido a un mismo hecho sobre alguno de cuyos puntos es preciso aclarar algo, no confiáis en el testimonio de los libres, sino que hacéis torturar a los esclavos...»
(ISÓCRATES, *Sobre la herencia de Cirón*, 12).

Las manumisiones se llevan a cabo casi siempre mediante testamento o compra de la libertad por el mismo esclavo: necesitan publicidad suficiente que les garantice respeto jurídico. Pero no se rompen del todo los vínculos y el liberto sigue incumbido por deberes hacia su amo, que le sirve de *prostatés.* No abundan mucho en el siglo V, lo que se explica por el precio extremadamente alto de los esclavos en relación a los ingresos ordinarios del griego.

En el 414 el precio medio del esclavo adulto era de 178 dracmas, en malas condiciones de venta; y podía sobrepasar las mil para individuos muy especializados y, sobre todo, para cortesanas. (En esa misma época, el obrero cualificado percibía una dracma diaria, pero probablemente no trabajaba más de dos tercios del año).
(Ver W. K. PRITCHETT, «Attic Stelai», *Hesperia,* 1953 y 1956).

Por igual razón se previenen las huidas de esclavos: es obligatorio restituir al huido a su legítimo propietario y las Ciudades vecinas se comprometen mediante tratados a no acoger a tales fugitivos. No obstante, el esclavo maltratado puede buscar asilo en ciertos santuarios cuyo clero escuchará su queja y podrá decidir su venta a un tercero (pero nunca su puesta en libertad).

Entre los libres y los esclavos

Ya hemos visto que no todos los no libres son esclavos. Muchos son a modo de siervos, cuyo estatuto es oscuro (salvo en Esparta). Ligados a la tierra que han de cultivar, no son libres ni de circular ni de trabajar para quien deseen: han de servir a su amo y, si es preciso, militarmente. Pero, al revés que los esclavos, tienen existencia civil, aunque no sea sino por el reconocimiento de su matrimonio y de sus bienes. Sujetos frecuentemente a servidumbre en el lugar mismo en que residen, obligados a un mismo trabajo y numéricamente superiores a sus amos, estos siervos están tentados por la sublevación: Esparta vive en el temor permanente de tales revueltas y Tucídides nos dice que se ha llegado a hacer desaparecer a los mejores hilotas en la guerra. Por el contrario, el «esclavo-mercancía», de origen variado y crecientemente bárbaro, ocupado en actividades muy diferentes y viviendo en condiciones eminentemente variables, no se subleva; llegado el caso, aprovecha ciertas circunstancias favorables para huir, acto desesperado que no suele llevar sino a una nueva esclavitud, al carecer de un estatuto jurídico que le garantice la protección de leyes o tratados.

TUCÍDIDES, IV, LXXX, 3-4.

De esta suerte, los estatutos jurídicos oponen de manera neta a los ciudadanos con los no ciudadanos y a los libres con los no libres. Sin embargo la distinción no es totalmente clara sino en las Ciudades democráticas; en otras partes se multiplican las categorías intermedias cuya

Véase el caso, bien conocido en Creta, de los *katakeímenoi,* hombres libres que se sujetan a servidumbre para pagar una deuda.

misma existencia acaba por ser una amenaza para los ciudadanos, pues en esas Ciudades coincide el distingo jurídico con el lugar en la producción: en Esparta, el hilota cultiva la tierra, el ciudadano, no; mientras que en las Ciudades democráticas, ciudadanos, esclavos y extranjeros coinciden en el mercado laboral.

LA MUJER

El sexo supone un nuevo tipo de diferenciaciones. La condición femenina varía según Ciudades y la mujer conoce mayores o menores consideraciones y libertad en su existencia cotidiana. Su existencia jurídica parece casi nula —salvo raras excepciones, como Lócride Epicefiria, en la Italia del sur—. La mujer está siempre bajo dependencia masculina, de su *kyrios* (padre, hermano, marido, hijo), sobre todo en familias propietarias de bienes raíces. Si queda huérfana siendo soltera o viuda sin hijos pasa a cargo de los varones de su familia paterna, según un riguroso orden de parentesco: si no la desposa, quien deviene así tutor de la epíclera (o *patroiokos,* en Creta) debe, al menos, casarla y procurarle una dote; empero, el código de Gortina parece dejar a la mujer una mayor libertad de elección. En todas partes la mujer es incapaz para disponer de la herencia por sí misma. De hecho, no puede ser propietaria: únicamente puede transmitir una herencia o una dote, al igual que transmite la ciudadanía. Dos razones principales explican tal situación:

— no es posible tener la responsabilidad de un bien cuando ni siquiera se es capaz de actuar personalmente en justicia ni suscribir contratos;

— la Ciudad intenta preservar el número de sus ciudadanos-soldados y garantizar cierta estabilidad de la propiedad raíz mediante transmisión del *oikos* en familia; en efecto, el marido de la epíclera no es su heredero, sino su gestor, y el bien vinculado a la esposa será transmitido por ésta a su hijo; idéntico es el sistema para la dote: la mujer repudiada la recupera, pero el gestor es su nuevo *kyrios*. Podría, pues, haber inestabilidad social si se multiplicasen los casos de incumplimiento de estas leyes.

Objetivo del matrimonio. «Sin duda que tú no piensas que sea el ansia de amor lo que determina a los hombres a tener hijos, ya que en cualquier parte hay personas que pueden satisfacerla: las calles andan llenas, como lo están los burdeles. Es bien sabido que, para unirnos a ellas y procrear, buscamos a las mujeres más aptas para darnos buenos hijos».
(JENOFONTE, *Memorabilia*, II, II, 4).

Epiclerado. Ver cap. VI, II.

JÓVENES Y VIEJOS

Aún hay una última separación social debida a las relaciones entre clases de edad. Antes de pasar por la efebía (Atenas, Tebas) o de ser admitido en el andreion (Creta) o el syssition (Esparta) —esto es, hacia los dieciocho o veinte años— el joven carece de poder político y de capacidad jurídica. Con frecuencia es preciso que espere otros diez o doce años para formar parte de los hombres maduros y poder acceder a la mayoría de las magistraturas o al consejo popular (algunas magistraturas, misiones o funciones judiciales requieren una edad aún mayor); también a los treinta años adquiere el espartano el derecho a vivir con su mujer. Pero en Calcis hay que esperar a los cincuenta para ser magistrado.

La sesentena marca otra etapa: el hombre queda liberado del servicio militar; en las Ciudades aristocráticas puede aspirar al Consejo de Ancianos, la gerusía. P. Roussel hacía notar que estos consejos habían resistido notablemente a todos los cambios constitucionales, a causa,

Atenágoras a la Asamblea de Siracusa, en el 416-415: «... ¿pero qué es lo que deseáis, jóvenes? ¿Ejercer desde ahora el poder? La ley se opone a ello y la ley se ha hecho no tanto para señalaros como indignos, aun siendo capaces, sino porque no sois capaces...»
(TUCÍDIDES, VI, XXXVIII).

«... Si un hombre carece de miramientos hacia sus padres, (la Ciudad) le inflige un castigo y lo excluye de las magistraturas como a indigno de ejercerlas, puesto que los sacrificios públicos ofrecidos por hombre tal desagradarían a los dioses y nada bueno ni justo sería capaz de hacer...»
(JENOFONTE, *Memorabilia*, II, II, 13).

sin duda, de la muy gran disponibilidad de sus miembros y de su presencia permanente en período de guerra. Pero la edad se consideraba también como portadora del saber debido a la experiencia, tal y como se complace Tucídides en mostrar en los famosos debates sobre la expedición a Sicilia: vemos a Alcibíades, símbolo de la juventud, ganar la votación gracias a su lenguaje sofístico. Los hijos han de cuidar de los padres ancianos y las acusaciones por incumplimiento de tal deber no suponen riesgo para el acusador. Pero, por el contrario, si se comprueba debidamente su disminución de facultades, el padre ha de ceder el sitio al hijo al frente de la familia y de los bienes (no es nada parecido a una jubilación; se trata tan sólo de causas particulares).

Este rápido repaso a las categorías jurídicas refuerza aún más la impresión que nos deja historia política de las Ciudades: todo está organizado para el mayor provecho del ciudadano varón; los demás le son útiles, hasta complementarios, y apenas preocupan sus propios intereses.

IV. LAS ACTIVIDADES PROFESIONALES

Podemos ver claramente las clasificaciones que operan en la población por causas de ley, sexo o edad, pero queda por determinar cuál era el lugar de cada cual en el mundo del trabajo. Conviene tener siempre presentes las diferencias regionales. Por desdicha, nuestra información es, sobre todo, ateniense y las fuentes son menos abundantes de lo que pudiera creerse. Es verdad que las obras literarias hacen, de pasada, numerosas alusiones a la vida diaria y que disponemos de una baza inapreciable en las obras de Aristófanes. Hay que emplear con prudencia a los autores tardíos (Plutarco, Estrabón) que se refieren a esta época. Los oradores áticos del siglo IV suministran también ejemplos tomados del siglo V, particularmente cuando se refieren a los antepasados de sus clientes. Pero no emplearemos directamente sino una obra del siglo IV, el *Económico* de Jenofonte, que menciona, precisamente, a un propietario de tierras cuyo modo de vida diaria puede ser también referido al siglo V. La documentación ilustrada es menos abundante, ya que la cerámica de figuras rojas no aprecia mucho las escenas de la vida diaria y prefiere el hoplita al campesino. Podemos valernos de los vasos áticos del siglo VI, que muestran con mayor abundancia los oficios humildes. La coroplástica nos da, para todas las épocas, esas pequeñas figurillas de arcilla que evocan con frecuencia temas familiares. Y, por último, los sellos para vasijas con que se marcan las ánforas expedidas al exterior emplean símbolos profesionales. La arqueología propiamente dicha venía hallando un material directo (útiles, tiendas, granjas) bastante escaso, salvo para épocas más tardías. La situación comienza a cambiar un poco, acaso porque los arqueólogos han tomado un mayor interés en el asunto. Para la época clásica tenían cierta tendencia

Ver capp. VII. Intr. y V. II.

Ver cap. XV. I.

Coroplástica. Del griego *kore*, muchacha, y *plastein*, modelar. Los pequeños modelos en tierra cocida frecuentemente destinados a ofrendas mortuorias se fabricaban en Tanagra (Beocia), en Mirina (Asia Menor) y en Tarento, principalmente. Pero otros talleres menos célebres los hacían también y los vendían en los santuarios.

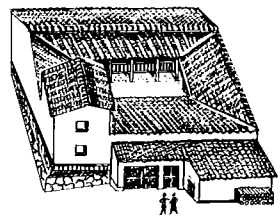
a reflejar el estado de ánimo de los antiguos: la agricultura era un modo de vida que no había cambiado y las profesiones artesanas carecían de nobleza, siendo mejor buscar el mito y la estética que no la técnica en la expresión artística. Por el contrario, algunos historiadores modernos calcaron deliberadamente su análisis de la vida profesional sobre el de las épocas más recientes. Se habla de industria y de búsqueda de mercados y se produce el espejismo del empleo de la moneda. Recordemos que las estructuras profesionales de la Antigüedad griega son las de una sociedad precapitalista, con sus propios mecanismos.

Ver cap. V. 1.

EL MUNDO RURAL

Las clases dirigentes

En el siglo V la mayoría de la población vive aún de la tierra, pero este aserto general cubre realidades muy variadas. Están, primero, quienes obtienen sus rentas de la agricultura sin trabajar con sus manos; así, los ciudadanos de Esparta, cuya manera de vivir ha cambiado muy poco desde el siglo VI y que siguen siendo soldados acampados en la Ciudad. En algunas regiones, como Tesalia, se mantiene una clase de grandes propietarios, dueños de inmensos rebaños explotados por poblaciones semiserviles. Su género de vida debía de ser bastante cercano al de los héroes homéricos: guerra, caza y banquete serían sus ocupaciones favoritas. Los macedonios conservaron esa clase de actividades hasta el siglo IV; los textos aluden también a los grandes propietarios criadores de caballos en Eubea y Beocia (*hippobotes*), con una vida cercana al seminomadismo, sin ricas mansiones y con pocos recursos monetarios; el poder de estos nobles era mantenido por el arcaísmo social mismo.



Granja de Vari (Ática). Según Jones GRAHAM SACKETT, ABSA 1973, lám. 82

La Grecia tradicional no conoció el equivalente de los grandes propietarios de latifundios y casas de campo suntuosas del mundo romano. En la sociedad ateniense evolucionada, la mayor propiedad conocida no superaba las 26 Has. (como la de Alcibíades). Un presente de 200 pletras (18 Has.) hecho al nieto de Arístides a fines del siglo V fue considerado como dispendioso. Además, esas propiedades no siempre eran de un solo dueño. Era fácil tener campos en tres o cuatro demos, separados por más de diez kilómetros, a lo que a veces se añadían propiedades en el exterior: herencia de familia (por ejemplo, en el caso de Cimón); pero, también, adquisiciones ilegales en tiempos del Imperio. En efecto, además de las cleruquías, algunas tierras se tomaron del territorio de Ciudades aliadas, lo que estaba en contradicción con la práctica griega que reservaba la posesión de suelo a los ciudadanos; pero algunos atenienses bien situados aprovecharon las dificultades momentáneas de los aliados (perdieron esos bienes tras la Guerra del Peloponeso). En muchos casos, la misma dispersión del patrimonio facilitaba su puesta en arriendo, cosa frecuente, o la explotación por un encargado, al que era preciso escoger bien. Pero las rentas bastaban para el mantenimiento del oikos.

La aristocracia vive, prácticamente, de sus bienes raíces. Algunos, como Cimón, pasaban, incluso, por ser muy ricos. Es verdad que sus necesidades eran modestas. Las casas eran aún muy sencillas, en la ciudad y en el campo, y Alcibíades suscitó el escándalo haciendo decorar

Hermocópidas. Quienes participaron en la mutilación de las estatuas de Hermes; hay inscripciones que mencionan sus bienes, confiscados de resultas de su condena. (Cf. cap. XII).

la suya por un pintor de fama. La lista del mobiliario de los hermocópidas y las figuraciones cerámicas nos muestran un restringido número de muebles: lechos ligeros para las comidas de los hombres, en mesa redonda portátil, asientos plegables que un esclavo podía sacar fuera, un arca para vestidos y mantas de lana. Los objetos más preciosos se destinaban al culto (copas, calderos de metal) y la luz se obtenía de antorchas resinosas y de lamparillas de aceite en arcilla. Poco confort, pues, y lujo destinado a los edificios públicos. Por otro lado, el lugar del varón no era la casa. Si el propietario se interesa por sus tierras se dará una vuelta por ellas a caballo cuando lleguen las tareas principales, pero lo principal del tiempo que no dedique a los asuntos públicos lo pasará con los amigos, cazando o en el Agora, según gustos. Un cierto modo de vivir da homogeneidad al pequeño grupo de las clases altas de Atenas (más o menos, un millar de personas). El gusto por la equitación, que es de costoso mantenimiento (porque los caballos son caros) sigue siendo, en el siglo V, la marca externa de esta clase. Aristófanes nos muestra con mucha locuacidad los avatares de un campesino casado con una aristócrata y a quien su hijo arruina con los caballos. Se buscan estas monturas a veces muy lejos y muchas regiones griegas las suministran: la llanura tebana, Arcadia, Etolia, Acarnania y algunos valles de Asia Menor. El arte de la doma está muy desarrollado y Jenofonte pudo escribir todo un tratado de equitación en el siglo IV. (Las técnicas difieren de las nuestras, sobre todo por la falta de estribo.) Así, es más el modo de vida que no el tamaño de la propiedad lo que distingue a los aristócratas de la masa campesina.

«Es, en efecto, más honesto para la mujer quedarse en casa que no estar siempre saliendo y es más vergonzoso para el hombre quedarse en casa que cuidar de sus asuntos fuera».
(JENOFONTE. *Económico*. VII, 30).

«Pero, por desgracia, no puedo dormir, devorado por el gasto, el pesebre y las deudas, a causa de este hijo mío. Él, con su melena, monta a caballo, lleva un tiro de dos caballos y sueña con caballos»
(ARISTÓFANES. *Las Nubes*. 15 y ss.).

Las pequeñas explotaciones

De hecho, predominan las pequeñas y medianas propiedades. A finales del siglo V, cuando un tal Formisio propuso privar de la ciudadanía a quienes no poseyeran tierra, no se encontró sino a cinco mil. Los cinco sextos de los ciudadanos atenienses poseían, pues, algún bien raíz que iba desde el jardincillo hasta la pequeña propiedad de menos de 10 Has. No sabemos cómo se repartían. Pero el número de quienes tenían suficiente renta para poder equiparse como hoplitas a mitad del siglo V (22.000) más bien nos lleva a pensar que los campesinos pequeños propietarios, al modo del viñador Trigeo cantado por Aristófanes en *La Paz*, formaban una masa importante.

«Yo también me atormento con el deseo de ir al campo y de tomar la laya para trabajar mi parcela, tras tantos años de ausencia».
(ARISTÓFANES. *La Paz*. 1140 y ss.).

Bastantes propiedades eran de los templos. Se alquilaban y tenemos la lista de esos meticulosos arriendos para Delos, por ejemplo. Eran lotes de pequeño tamaño. En conjunto, Grecia se quedó en este modo de explotación por pequeñas parcelas y en eso se distinguía del mundo colonial. Su agricultura no se enfocaba a la comercialización; e, incluso, si parte del vino y del aceite se encaminaba al exterior, era siempre en pequeñas cantidades y en el campo nada se sabía de grandes bodegas o de silos importantes. Se vivía de un año para otro y la regla principal fue la de la autarquía, aunque ésta no fuese completa, tanto para el pequeño propietario como para el arrendador.

Ver tm del cap. IV.

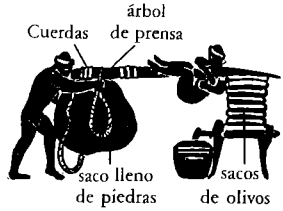
El ritmo de la vida está gobernado por los imperativos estacionales y sabe de las obligaciones del trabajo cantado por Hesíodo. Pero se tra-

ta de una vida más alegre y abierta, en la que ocupan notable lugar fiestas y ritos colectivos. Uno es dueño de su tiempo y fácilmente se acude a invitar al vecino para que comparta el fruto de la caza que completa la frugal alimentación. La ciudad parece lejana e inútil y el carbonero del demo de Acarnas se pregunta por qué se le obliga a comprar lo que encontraba en su pueblo. Es verdad que, de vez en cuando, se acude a la Asamblea o al teatro, provisto de cebollas y aceitunas. Pero la verdadera vida no está allí, sino en el corazón del demo, solidario con la aldea en el ritmo de los trabajos de temporada y de las fiestas locales.

«¡Qué placer incomparable, en efecto, el de ver caer la lluvia tras la sementera y oír a un vecino que me pregunta: Dime ¿qué hacemos a esta hora? Y responderle yo: Me gustaría echar un trago, ya que el cielo trabaja por nosotros!»
(ARISTÓFANES, *La paz*, 1.140 y ss.).
Cf. cap. I, I.

El hábitat es de agrupación. Podemos imaginar (como en Sicilia y en algunas regiones griegas de hoy) la salida de los campesinos y sus mulas hacia los campos situados, a veces, a bastantes kilómetros. Una simple caseta de piedra a seco basta para guarecerse del sol y guardar la herramienta. Igualmente, los pequeños rebaños de cabras o corderos viven al aire libre, buscando ocasionalmente el abrigo temporal de una cueva. El cerdo tampoco exige más que unas tablas y vaga por el pueblo. Incluso el buey, aunque objeto de muchos cuidados, queda sin estabular. Se entiende así que no haya necesidad de construcciones granjeras importantes. No hay iluminación (basta con el fuego) y el utillaje no es nunca mucho. A los picos del período egeo se añade la azada bidentada (*dikella*), innovación del viñador que los griegos transmitirán a los romanos. No hay guadaña y se sigue cortando cuidadosamente cada gavilla de trigo con la hoz, que evita pérdidas. El yugo y el arado no han cambiado. La era de trilla, a veces enlosada o untada con *amurca,* residuo del aceite, sigue estando al aire libre. El pisado de la uva requiere, a lo sumo, espuertas y jarras. Para el aceite, una losa vaciada con cuidado y con un conducto para el líquido, una viga, unas piedras gruesas y ya está hecha la prensa. En la casa hace falta un telar para tejer vestidos y mantas con la lana que hila la mujer. Según las vasijas y la arqueología, se trata de grandes telares verticales que exigen laboriosas idas y venidas. Se añaden a eso algunos útiles de cocina, pero también sin instalaciones complicadas. Se conocen los pequeños hornos portátiles de arcilla que bastan para la cocción del pan y de la repostería. La mayor parte de los instrumentos son de arcilla y del tipo brasero: con unas brasas el plato se mantiene caliente. Por lo demás, el alimento básico se hace con cocciones de cebada, a menudo, y luego de trigo duro, en las que hay mucho salvado. Las mujeres emplean una gran mano en un mortero para descascarillar cereales y legumbres; y para majar el grano, una simple muela lisa ante la que se arrodillan. Se completa la dieta con galletas, pescado a la brasa sobre parrilla de tierra, queso, frutos secos y muy poca carne. Una vida sencilla y ruda en un ambiente primario pero en el que el tiempo libre es abundante, lo cual constituye la dignidad del pequeño campesino propietario, aunque sea pobre, con relación a quienes dependen de un amo.

Ver pp. 24, 25.



Prensa de aceitunas. Según un *skyphos* de figuras negras del Museo de Boston (c. 4096).

Podría pensarse, en efecto, que los esclavos que comparten la vida con los campesinos puestos en escena por Aristófanes y que conversan

Los esclavos y los obreros agrícolas

«En cuanto a los esclavos, el método educativo que parece particularmente adecuado para los animales es muy buen sistema para enseñarles a obedecer. Si estimulando su instinto satisfaces su estómago, sacarás mucho de ellos».
(JENOFONTE, *Económico*, XIII, 9).

entre sí con gran familiaridad podrían estar en pie de igualdad en la vida práctica. Eso sería olvidar que su jornada laboral no depende de ellos. Incluso cuando el amo es benévolo, como Jenofonte, no se anda con consideraciones inútiles; no tienen vida de familia; alojados «in situ» en dormitorios separados, reciben mantenencia según su trabajo. Únicamente el encargado, cuidadosamente escogido, conoce, evidentemente, condiciones mejores. Es con frecuencia un esclavo y, a veces, un hombre libre. Pero parece que a los atenienses les repugnaba la condición de asalariado agrícola. Tenemos algunos raros ejemplos (más tardíos, en los oradores) de mujeres obligadas por la miseria a alquilarse en las vendimias. Nada sabemos de los extranjeros empleados como asalariados en la tierra, pero en las comedias de Aristófanes el propietario trabaja con uno o dos esclavos tan solo. En Atenas, el escaso tamaño de las propiedades no conllevó una gran concentración de mano de obra.

Son raros los datos sobre los pastores: algunos epígrafes tardíos y algunos objetos votivos de Arcadia. Es muy probable que el pastor estuviese mucho menos separado de la vida del pueblo de lo que pensamos. Guardar los pequeños rebaños era cosa de niños y de esclavos y muchas leyendas mitológicas lo recuerdan. Cuando el ganado es de más monta, como en Arcadia o Creta, lo principal del pueblo lo forman las familias de los pastores, como en la Córcega del siglo pasado.

Sólo una parte practica la trashumancia inversa y es muy probable que, sin perder su independencia, el pastor esté tan integrado en el pueblo como lo estuvieron los de Montaillou en los Pirineos medievales. Aparte algunas regiones especializadas, como Tesalia, los rebaños más importantes eran, por lo demás, los de los templos, que hacían un notable consumo de carne para los sacrificios.

EL MUNDO DEL COMERCIO Y LA ARTESANÍA

En cuanto al resto, la comercialización de los productos agrícolas en el interior del mundo griego era escasa. Sólo el comercio del trigo estaba organizado. Panaderías y pastelerías surgen a fines del siglo VI (según un modelo en arcilla), pero debían de ser poco numerosas. Para todo lo demás (legumbres, pescados, carne) había pequeños tenderetes al aire libre en el ágora. El campesino acudía directamente (a veces, desde lejos, desde Mégara o Beocia) o bien era el pequeño comerciante quien, a lomo de mula, acudía a llenar sus sacos. Comercio muy despreciado, éste de los *kápeloi*, que empleaban más a menudo el trueque en especies que la moneda. No hay, para Aristófanes, peor insulto que el de «comerciante del Ágora», equivalente a ladrón y mentiroso. Junto a ellos vemos, a mitad del siglo V, a los cambistas que sobre su mesa pesan las diferentes monedas y se guardan el beneficio. Son los antepasados de los banqueros privados (*trapecitas*); los más antiguos (cuyo nombre conozcamos) son Antístenes y Arquéstrato, que tenían una banca en el Pireo a fines del siglo V, la cual legaron a su liberto Pasión, que la hizo famosa. Pero su empleo en el siglo V es, aún, muy tímido. Los verdaderos bancos son los de los templos, bancos de depósitos y préstamos para particulares o Ciudades, aunque no desempeñan un gran papel

Los mercaderes

en el comercio. Hay, empero, un punto sobre el que nos gustaría estar mejor informados: un panfleto aristocrático enumera, hacia, el 430, todas las mercancías que llegaban al Pireo y no hay razón para ponerlo en duda; por otra parte, las instalaciones portuarias se completaron con arsenales y muelles a fines del siglo V y el ágora mercantil era particularmente activa. Pero ¿quién y en qué forma practicaba este comercio? ¿Se trataba, como en el caso de Coleo —*Kolaios*— de Samos, en el siglo anterior, de mercaderes que partían con su propia carga para intentar hacer fortuna? En todo caso, los *graffiti* de las vasijas confirman que eran a menudo los mercaderes jonios quienes transportaban los bellos vasos áticos que encontramos por todo el contorno del Mediterráneo. ¿Había intermediarios o acudían directamente al alfarero para hacerle el pedido? Estos armadores, *émporoi*, estaban mejor considerados que los pequeños *kápeloi* del ágora, pero no estaban organizados ni en cofradías ni en asociaciones y el Estado no intervenía sino raramente, aunque sí se interesaba por las tasas portuarias, que eran una forma importante de ingresos. Atenas, preocupada por asegurarse el suministro de trigo, mantenía la policía de los mares y vigilaba los precios. En el siglo siguiente existió todo un servicio de funcionarios que Aristóteles describe en la *Constitución de los Atenienses*. Pero no consta que las Ciudades interviniesen directamente sobre la producción misma.

«Cuanto hay de delicioso en Sicilia, Italia, Chipre, Egipto, Lidia, el Ponto, el Peloponeso o en cualquier otro país, todo afluye a un mismo mercado, gracias al imperio del mar».
(Pseudo-JENOFONTE, *La Constitución de los Atenienses*, II, 7).

Los productos

En lo que respecta a Grecia propia y el Asia Menor (pues las Ciudades coloniales adoptaron soluciones diferentes) ¿hubo un embrión de industria alimentaria o la transformación se hacía únicamente por el productor?

El vino

El problema se plantea precisamente con el vino. El mosto se guardaba en jarras después de la cosecha. Una parte, sin más apresto, se distribuía directamente a los esclavos y los obreros. Se intentaba favorecer la conservación del resto con diferentes aditivos (agua salada, yeso, miel). El transporte se hacía en odres de piel de cabra o en ánforas cuidadosamente taponadas. Sabemos por los textos que algunos caldos eran particularmente apreciados y llegaban muy lejos. Pero los griegos no apreciaban demasiado el vino viejo y tampoco consumían mucha cantidad, pues lo mezclaban con agua. Hay, pues, que comparar esta circulación con la de nuestros grandes vinos de crianza y no con la de los vinos de consumo ordinario.

El Banquete *(Symposion)*, que congregaba por la noche a los amigos para beber, entre hombres, desempeñó un importante papel social.

El aceite

En cuanto al aceite, el consumo doméstico se nutría parcialmente del producto de cada explotación. Pero hacía falta para el alumbrado, la palestra y la cocina. Se vendía en el mercado, en Atenas, en pequeñas cantidades. Los templos, grandes consumidores, tenían sus olivares. Se enviaba al exterior, como atestiguan las ánforas, pero no sabemos su cuantía. En Asia Menor había en las ciudades molinos que se alquilaban en la temporada del prensado. Por la sencillez de las instalaciones, el alquiler no era caro, salvo caso de superproducción. Los acaparamientos y la manipulación de precios existían, pero no tenían más alcance que el anual y tampoco se planificaban grandes contingentes o reservas.

El sabio Tales de Mileto, en el siglo VI previó una abundante cosecha de aceituna. «No le fue difícil, sin gran gasto, comprometer en alquiler todas las almazaras de Mileto y Quíos. Las alquiló a bajo precio, falto de competencia. Llegado el momento se acumularon las peticiones urgentes. Subarrendó las prensas al precio que le convino y amasó una fortuna».
(ARISTÓTELES, *Política*, I, II, 1259 a 4 ss.).

No hubo, pues, intermediarios entre el productor y el comerciante ni manufacturas o mayoristas para la producción alimentaria.

Los textiles

En cuanto a los textiles, que eran una actividad parcialmente doméstica, en casa se curtían las pieles, se cardaba la lana antes de hilarla y tejerla y se abatanaba para dar apresto a las prendas. La base del vestuario (un tejido rectangular de lana o lino) no requería talleres complejos. No obstante, a lo largo del siglo V, algunas operaciones podían llevarse a cabo en la ciudad, como la limpieza de vestidos en el batán. Por otro lado, algunas ciudades, como Mileto, se especializaron en tejidos esmerados o en tintes, sobre todo purpúreos. Otras, como Mégara, en túnicas sencillas, las exómides. Nada sabemos sobre su organización. Es posible que se tratase de pequeños talleres familiares visitados por los comerciantes, como en el África septentrional actual. Las cantidades en circulación también debían de ser muy exiguas.

Clámide. Abrigo corto de lana.

Jitón (Khitón). Túnica de lino cuyas mangas iban, generalmente, cosidas. Se le añadía por encima un chal, a menudo bordado. Este vestido de la mujer jonia fue adoptado en el Ática a fines del siglo VI.

Peplo. Pieza rectangular de paño de lana, sujeta sobre ambos hombros por fíbulas (imperdibles metálicos).

La artesanía

Sin embargo, algunos oficios llegaron a especializarse y los artesanos tomaron entonces en nombre de *demiurgos*, distinguiéndose de los *banausos*.

Cf. cap. IV. III.

Es cierto que en los pueblos, un solo artesano bastaba a menudo para realizar cierto número de trabajos que no podían ser hechos en casa. Pero algunas profesiones urbanas se especializaron muy pronto.

Los alfareros

En primer lugar, los alfareros. El uso de vasijas era importante para la alimentación, el culto y la palestra. Sus variadas formas recuerdan sus múltiples usos. Pero la arcilla se usaba también en la fabricación de lámparas, tejas y de casi todos los utensilios de cocina. Había que amasar cuidadosamente la pasta y desgrasarla. Luego, a torno o a mano, se le daba la forma requerida. Tras un secado al aire, se pintaba el vaso con barniz y después era cocido. La cocción era particularmente importante porque el barniz alcalino con óxido de hierro se transformaba, durante la cocción y en contacto con el óxido de carbono del humo, en un vistoso óxido férrico negro, mientras que las partes no barnizadas conservaban el color rojo de la arcilla. En el siglo V, en la cerámica llamada de figuras rojas, esas partes eran las que formaban la decoración figurada. Los talleres que a veces vemos representados en los vasos son pequeños. A lo más, una decena de personas. Hay que imaginárselos como algunos de los que actualmente trabajan en ciertas regiones mediterráneas: una única sala; en su centro, el joven esclavo trabaja la pasta; en un rincón, el alfarero, que a menudo firma sus más hermosos trabajos; en otro, el pintor, cuya firma aparece en ocasiones; y, entre ambos, algunos aprendices. En el patio, el horno, en el que se apilan cuidadosamente los cacharros. En su mayor parte son encargos que el comprador acude en persona a buscar. En el campo quien pasa es el vendedor ambulante. Pero en las regiones alejadas debieron de actuar los grupos itinerantes que aún existen en nuestros días en las montañas cretenses; se instalaban durante una semana en un pueblo y, una vez servidos los pedidos, iban a otro. Se trabajaba, pues, sobre pedido, sin excedente, con un patrono y algunos obreros.

De acuerdo con las firmas de las vasijas se estima en cuatrocientos el número de ceramistas a mediados del siglo V. Se agrupaban en el barrio que tomó su nombre, entre el Ágora y la puerta del Dípilon.

El trabajo del cuero y los metales

Muchos talleres dedicados al cuero o los metales tenían una estruc-

tura idéntica. El zapatero no empleaba sino a uno o dos obreros y el cliente acudía él mismo para que le tomasen medidas. Conocemos muchas ilustraciones de herrerías por la cerámica. Sus dos actividades, el martillado sobre yunque y la fundición de mineral en el horno, se representan en el mismo local. El horno, de unos 2 m. de alto, se accionaba con un fuelle de cuero manejado por un obrero. El mineral se vertía por arriba sobre el carbón vegetal y, en el caso del bronce, la aleación se llevaba enseguida, por tubos, directamente a los moldes enterrados. Las grandes estatuas se fragmentaban en varios trozos y se fundían por el procedimiento de la cera perdida, en el que el metal iba tomando el lugar de la cera que envolvía un alma de arcilla o de madera, que se quitaba luego. En todos esos casos se trabajaba sobre pedidos de objetos concretos.

Sin embargo, se instauró una cierta especialización durante el siglo V en los talleres más grandes. No era totalmente nuevo: Corinto ya había producido cerámica de serie y tejas. Los ejemplos se multiplicaron en Atenas en la segunda mitad del siglo. El fabricante de candiles era Hipérbolo, el curtidor, Cleón y Aristófanes nos habla del de cimeras; el más importante, a quien siempre se cita, era Céfalo, el padre de Lisias, cuyo taller confiscado dio setecientos escudos y en el que había ciento veinte esclavos. La estructura ya no era la misma; el patrón no dirigía directamente la producción, sino que la confiaba a un encargado; y, a la hora de la valoración económica, el número de esclavos era más importante que el inventario de mercancías. En esto fue la demanda generada por la guerra la que implicó una especialización de que algunos, localmente, supieron sacar provecho. Pero este ejemplo no puede generalizarse. Sólo las minas y las obras públicas concentraron una mano de obra importante.

Lugar del todo aparte hay que reservar al trabajo minero en el Laurion. Conocemos las instalaciones subterráneas y de superficie. Excavaciones recientes han completado la información que nos dieran los trabajos de fines del siglo XIX. Se excavaban galerías muy estrechas, entibadas con vigas de madera. El obrero trabajaba con pico y llenaba un cesto que otro compañero llevaba hasta el fondo del pozo, desde donde un sistema de poleas lo subía a la superficie. El mineral bruto se lavaba «in situ», era triturado y sumergido en piscinas de decantación, alimentadas por grandes cisternas y los trozos más pesados con contenido metálico se ponían a secar. Se fundían a continuación en hornos de carbón. La plata, por último, se mandaba a la ceca y a los orfebres. El conjunto de tales operaciones lo arrendaba Atenas, que obtenía por estos alquileres, a comienzos del siglo V, cien talentos de renta. Los empresarios podían hacerse ricos con tal de que contasen con una mano de obra suficientemente abundante... y de que diesen con un buen filón. Es el único caso en que conocemos una concentración importante de esclavos, que trabajaban en condiciones particularmente penosas y, algunos, encadenados. Muchos aprovecharán la guerra para escapar.

Las minas

Los pozos cuadrados tenían 1,9 ms. de lado (a veces, menos) y de 50 a 60 cms. de profundidad. La altura de las galerías variaba entre 60 cms. y 1 m. Algunas medían varios cientos de metros de largo. El trabajo se desarrollaba día y noche.
(Según E. ARDAILLON. *Les mines du Laurion dans l'Antiquité*. 1893).

La estructura de las grandes obras, las mayores demandantes de mano

Las obras públicas

	ciudadanos	metecos	esclavos	indetermin.	total
arquitectos	2	0	0	0	2
secretario	1	0	0	0	1
guarda	0	0	0	1	1
albañiles	9	12	16	7	44
escultores	3	5	0	1	9
modelistas en cera	0	(2)	0	0	(2)
tallistas en madera	1	5	0	1	7
carpinteros	5	7	4	3	19
aserradores	0	1	0	1	2
marqueteros	0	1	0	0	1
tornero	0	0	0	1	1
pintores	0	2	0	1	3
dorador	0	1	0	0	1
peones	1	5	0	3	9
?	2	3	0	2	7
total	24	42	20	21	107

Cuentas de la construcción del Erecteón. Según R. H. RANDALL, *American Journal of Archeology*, 1953, p. 201).

de obra, era muy distinta. La conocemos bastante bien gracias a las cuentas de explotación y a los proyectos. Cada Ciudad tenía técnicos titulados para el mantenimiento de sus edificios, pero cualquier empresa para grandes obras tenía que ser votada en la Asamblea. El Consejo había hecho una selección previa, ante maquetas, y los arquitectos proponían un proyecto presupuestado. Se fraccionaba luego el trabajo en un gran número de adjudicaciones (en Atenas, la Bulé se encargaba de anunciar las ofertas y de vigilar su ejecución). Cada empresario se encargaba de la recluta, vigilancia y paga de los obreros y del suministro de materiales según tarifas minuciosamente establecidas. El obrero cobraba según tarea o por jornales y las especialidades eran siempre concretadas en las cuentas. Comprobamos que las brigadas de obreros trabajaban a menudo materiales de su propia región. En Epidauro, argivos y corintios labraban la toba mientras que el mármol era cosa de los atenienses. En las obras del Erecteón, ciudadanos, metecos y esclavos se mezclaban sin distingos. Recibían el mismo salario, pero el esclavo debía, sin duda, dar una parte de su paga a su dueño. El salario es constante en el siglo V (en torno a una dracma diaria); a veces se le añadían indemnizaciones en especie para alimentación y vestido. El salario del arquitecto no era mucho más alto (con frecuencia, dos dracmas diarias).

De hecho, en este tipo de organización el buen hacer del cantero era particularmente importante y el margen de improvisación del arquitecto, escaso; de donde la permanencia de esta arquitectura asentada a seco, que dominaba a la perfección sus medios técnicos. La piedra se escuadraba primeramente en la cantera y no era ultimada hasta su colocación. Las máquinas elevadoras empleaban la polea y aún son visibles en las piedras las ranuras destinadas a las cuerdas y los agujeros en que agarraban las puntas dobles. Una vez colocados los sillares se desmochaba la hilada y se sellaban las piedras, con espigas forradas de plomo. Con las columnas y los bloques que tenían que ser modelados se procedía igualmente y se acababa el trabajo una vez emplazados. En los astilleros, el trierarca era el adjudicatario y acudía a pequeños empresarios que suministraban el material.

En esta estructura se excluía a los grandes empresarios y el maestro de obras era siempre la Ciudad. Pero ello exigía una mano de obra a un tiempo cualificada y móvil. No tenemos atisbo de ninguna reivindicación salarial en Grecia. No obstante, los salarios, como se ve, evolucionan en una escala restringida. En todos los casos se emplea sin distinción a cuidadanos, extranjeros y esclavos.

PROFESIONES «LIBERALES»

Lo mismo sucedía con las profesiones liberales, como la médica, bien itinerante o bien recibiendo al cliente en su consulta, o con los pedagogos. Los actores y las cantantes estaban bastante poco considerados. Sitio aparte hay que hacer a todos cuantos vivían de las acciones judiciales, que tanta bogá tomaron con el Imperio. Aristófanes dedicó *Las Avispas* a ironizar sobre esta pasión. No produce sino el *misthos* diario, pero algunos salen mejor parados con su papel de *sicofantes*. Poco a poco irán abundando los logógrafos, que preparan por escrito la defensa del

Misthos. Ver cap. XV, III.

Sicofantes. Individuos que acusaban ante la justicia, con diversos pretextos,

cliente. Según se ve no existía el equivalente de la función pública, con sus magistrados y sus profesores. El Estado tenía por todo personal permanente a sus esclavos públicos, contables y guardias, que llevaban a cabo las tareas subalternas; y de todo ello no percibimos sino algún eco en Atenas. También los templos disponían de personal técnico en plantilla, a menudo reclutado por la Ciudad para el mantenimiento de los edificios. No tenían estatuto particular sino una cierta seguridad, con un contrato anual.

La situación del mundo del trabajo era, pues, compleja. No había, en el sector que llamamos secundario, conciencia de pertenencia a una misma clase con reivindicaciones comunes. En cuanto a los obreros, la cesura se verifica en el plano jurídico, entre ciudadanos, extranjeros y esclavos. Por lo demás, no es igual el uso que cada cual pueda hacer de su salario. El esclavo, a menudo, es alquilado; el extranjero y el trabajador temporal volverán a su Ciudad. El ciudadano busca redondear sus ingresos con otros medios (*misthos,* pequeña propiedad). Sólo el meteco, en Atenas, tiene interés en establecerse. No fue casualidad que, a fines del siglo V, muchos se hubiesen enriquecido.

En cuanto al desprecio que pudo adscribirse al trabajo manual, lo hallamos expresado, sobre todo, durante el siglo siguiente. El trabajo en sí no tiene valor positivo o negativo. No hay, por otra parte, palabra griega que corresponda a «trabajo». Lo que cuenta es el grado de servidumbre que comporte. Para el griego, el artesano depende del usuario y, en efecto, así es en la práctica; en las obras, la que manda es la Ciudad; y en la tienda del zapatero, es el cliente quien decide.

a los ciudadanos ricos, con la esperanza de recibir una parte de sus bienes si resultaban condenados (se discute su etimología).

«Los esclavos, al menos los que llamamos esclavos-mercancías (en inglés, *Chattel-Slavery*) no forman, pues, una clase, lo que no les impide en modo alguno ser, como Aristóteles comprendió, los «instrumentos» sin los que la polis griega no hubiera podido concebirse a sí misma».
(M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Économie et Société*, op. cit., 38).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Consúltense E.-J. BICKERMAN, *Chronology of the Ancient World,* Londres, 1968; P. SALMON, «La population de la Grèce antique», *Lettres d'Humanité,* 1959, págs. 448-476 (teniendo cuidado con las erratas numéricas); A. W. GOMME, *The population on Ancient Athens in the Vth and IVth centuries*, Oxford, 1933; V. EHRENBERG, *L'État grec* (cf. nuestra «Intr.»). Sobre la familia la obra más cómoda es W.-K. LACEY, *The Family in classical Greece,* Londres, 1968.

La bibliografía sobre la esclavitud es abundante, pero no siempre accesible. Hay una presentación clara de la historiografía y el problema de la lucha de clases en la antigüedad griega en M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Économies...* (cf. «Intr.»), págs. 31-42. Cinco coloquios organizó la Universidad de Besançon en cuyas publicaciones están las discusiones sobre problemas de los modos de producción y de los grados de servidumbre, además de artículos.

Sobre las cuestiones de generaciones y educación, H. JEANMAIRE, *Couroi et Courètes,* 1939, P. ROUSSEL, *Le principe d'ancienneté dans le monde hellénique,* Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-

Lettres, XLIII, 2, 1942 y H.I. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Akal, Madrid, 1985.

Para las actividades profesionales, R. FLACELIÈRE, *La vie quotidienne au temps de Périclés*, aún útil; buenas ilustraciones en *Histoire du Travail*, dir. por H. PARIAS; G. GLOTZ, *Le travail dans la Grèce antique*, 1920, superado, pero sin sustituto. Dos introducciones rápidas enmarcan el asunto en el conjunto del mundo antiguo: C. MOSSÈ, *El trabajo en Grecia y Roma*, Akal, Madrid, 1980. *Travail el société dans l'Antiquité*, Doc. phot. n.° 6015, 1975. Es interesante utilizar historias técnicas: C. SINGER, *A History of Technology*, Nueva York-Oxford, 1954-1958; una puesta a punto muy clara es la de R. MARTIN en *Le Monde Grec*, Friburgo, 1966, sobre la organización técnica de las obras. Véase también *Dossiers de l'Archéologie*, 25 nov-dic. 1977.

Los manuales recientes no se ocupan mucho de estos asuntos o los tratan para el conjunto del mundo antiguo, como M. I. FINLEY, *La economía de la Antigüedad*, FCE., México, 1974. En último término hay que remitirse a artículos sueltos. En *Problèmes de la terre...* (cf. «Intr.»), véase J. PECIRKA, «Homestead farms in classical and hellenistic Hellas», págs. 112-146; J.-P. VERNANT, *(ibid.)*: «Le travail et la pensée technique», «Travail et nature dans la Grèce ancienne». M.-C. AMOURETTI en *Les techniques de conservation des grains à long terme*, ed. C.N.R.S., Marsella, 1979.

La lectura de las obras de ARISTÓFANES es indispensable. Añádase el *Económico* de JENOFONTE, muy esclarecedor sobre la gestión de una finca.

CAPÍTULO XII

Desde la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Sócrates (431-399)

Conocemos la Guerra del Peloponeso por la historia del ateniense Tucídides, que tomó parte en ella. Es imposible no quedar fascinado por su trabajo, del que somos enteramente tributarios para este período. Su obra, escrita con gran rigor, elimina del relato la intervención de los dioses y busca causas racionales para el encadenamiento de los hechos. Es, a la vez, la primera obra verdaderamente histórica y el testimonio de una nueva generación intelectual, marcada por el racionalismo. Con un lenguaje difícil, revive con gran vivacidad los episodios dramáticos y los discursos puestos en boca de los políticos en un riguroso encadenamiento que mantiene al lector en vilo. La trama, que se narra por estaciones, deja en primer plano a su actor principal: el hombre.

La obra comienza con una mirada atrás sobre la historia griega, para recordar sus orígenes y, después, analiza la constitución del primer imperio de Atenas, para extraer de los acontecimientos menores lo que para el autor parece ser la causa verdadera del conflicto: el antagonismo entre Esparta y Atenas. Que Atenas quisiera vetar sus mercados a Mégara o apoyara a Corcira frente a Corinto son acontecimientos que explican el encadenamiento de los hechos y no sus causas. Tras el congreso de Esparta y sus aliados y del infructuoso envío de heraldos por ambas partes, la guerra quedaba a merced del primer incidente, que sería la tentativa tebana de apoderarse de Platea, fiel aliada de Atenas, en la frontera de Beocia con el Ática.

Atenas posee la superioridad marina, con sus trescientas trieras, y cuenta con importantes recursos financieros (seis mil talentos y un tributo anual de seiscientos). Pero no podía alinear sino a trece mil hoplitas y doce mil reservistas (los más jóvenes y los más viejos) y mil doscientos jinetes. Además de con las Ciudades del Imperio puede, teóricamente, contar con aliados occidentales: Corcira, Acarnania, Zacinto y algunas

TUCÍDIDES

Nacido de una rica familia aristocrática dueña de minas de oro en Tracia, infortunado estratego en el 424, fue sancionado con el exilio por su fracaso en Anfípolis. Refugiado en Tracia, se consagró a historiar la guerra. Su relato se detiene en el 411, pero varias alusiones prueban que conoció los sucesos del 404 y que no dio término a su obra.

Los orígenes de la guerra

«Comienzo por escribir las causas de esta ruptura y las disputas que llevaron a ella para que no llegue el día en que se pregunte de dónde nació semejante guerra. Su causa inevitable, aunque no confesa, fue, a mi entender, el poder que habían alcanzado los atenienses y el temor que inspiraban a los lacedemonios, cosas ambas que llevaron a éstos a la guerra».
(TUCÍDIDES, I, 23).

Las fuerzas enfrentadas

Ver mapa 22.

(Discurso de los corintios a los espartanos para comprometerlos a entrar en guerra):
«Ellos (los atenienses) se muestran

atrevidos más allá, incluso, de sus fuerzas; osados más allá de cualquier expectativa y llenos de esperanza incluso en los peligros... Vosotros pensáis que no podréis salir nunca de situaciones difíciles. Ellos actúan y vosotros contemporizáis; ellos salen al extranjero y vosotros sois los más caseros de entre los hombres».
(TUCÍDIDES, I, LXXX).

ciudades de Sicilia. Esparta dispone de un contingente de sesenta a cien mil combatientes, con mil seiscientos jinetes. Cuantos forman parte de la Liga del Peloponeso (todo el Peloponeso, salvo Argos; Beocia, los focidios y los locrios) facilitan hombres. Pero Esparta no dispone sino de la flota de Corinto y Ambracia (un centenar de navíos) y de la alianza de Tarento y Siracusa. Se trata, pues, a la vez, de un enfrentamiento entre dos tácticas y dos temperamentos.

I. EL CONFLICTO

LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS: 431-421

TUCÍDICES	Libro II	
431-429	2-6	— Asunto de Platea. Aliada de Atenas, es atacada por los tebanos. Son rechazados y muertos sus ciento ochenta prisioneros.
	17-23	— Estrategia de Pericles: todos los habitantes del Ática se repliegan dentro de las Murallas Largas y permiten la devastación de sus campos por los espartanos, realizando ellos mismos incursiones a las costas enemigas.
	35-46	— Oración fúnebre de Pericles por los muertos de este primer año.
	48-53	— La peste se apodera de Atenas. Cólera de los atenienses contra Pericles.
	60-63	— Pericles defiende el imperialismo. Multado, es, no obstante, reelegido, pero muere de peste. Juicio de Tucídides sobre Pericles y sobre el conjunto de la guerra.
429	65	— Victorias del estratego Formión sobre la flota de Corinto. Asedio de Platea por el rey espartano Arquídamo.

Abandonar el Ática y defender Atenas y el Pireo podía parecer razonable. Pero Pericles subestimó el efecto psicológico producido en los jóvenes y en los campesinos obligados a dejar que los espartanos asolasen la campiña a unos pocos kilómetros, sin intervenir. La peste, que Tucídides nos describe con realismo, hizo imposible el hacinamiento.

	Libro III	
429-422		
427	10-14	— La isla de Lesbos se alza contra Atenas y apela a Esparta.
	37	Su ciudad principal, Mitilene, es capturada. Los atenienses proponen la ejecución de todos sus habitantes. Discurso de Cleón y consejos más moderados de Diodoto, que se siguen. Las fortificaciones son destruidas y su suelo repartido en cleruquías cultivadas por sus habitantes.
	53-59	— Caída de Platea a pesar de la apelación a Esparta; ésta, por consejo de los tebanos, arrasa la ciudad, ejecuta a sus hombres, esclaviza a sus mujeres y entrega las tierras a los tebanos.
	82	— Revolución en Corcira. El partido democrático pide ayuda a Atenas. — El estratego ateniense Demóstenes ataca las costas de Mesenia.

	Libro IV	
	8-40	— La flota enviada a Corcira hace escala en Pilos y se hace fuerte. Los espartanos enviados a desalojarla son acorralados en el islote de Esfacteria. Propuestas espartanas de paz que Cleón hace fracasar. Es enviado a Pilos desde donde los atenienses pueden tomar Esfacteria. Ciento veinte espartanos son hechos prisioneros.
425		— Demóstenes es vencido ante Delión (Beocia).
		— Brásidas acude a Tracia e intenta ganarse a los aliados de Atenas. Anfípolis se rinde fácilmente. Tucídides, estratego, llega tarde a su defensa y es exiliado. Tregua de un año, rota enseguida.

	Libro V	
422-416	14-18	— Cleón cae ante Anfípolis, que intentaba recuperar, así como Brásidas.

LA PAZ DE NICIAS

421		Deseo de paz por ambas partes. Cláusulas del acuerdo llamado Paz de Nicias.
	43	— Beocios y megarenses se niegan a firmar; intrigas de Argos; aparición de Alcibíades.
		— Guerra de los peloponesios en torno a Mantinea.
416	92-116	— Atenas intima a la isla de Melos (Milo) para que vuelva a la confederación. Negativa de los melios, matanza y esclavización.

LA EXPEDICIÓN A SICILIA

	Libro VI	
415-413	1-6	— Situación de Sicilia y sus Ciudades. Importancia de Siracusa.
	9-24	— Petición de los habitantes de Segesta a Atenas. La Ekklesía aprueba una pequeña expedición. Discursos de Nicias para renunciar a ella y de Alcibíades para estudiar una mayor. Se aprueba enviar una flota importante con Alcibíades, Nicias y Lámaco.
	27	— Se conoce la mutilación de las estatuas de Hermes, (asunto de los hermocópidas); delaciones sobre parodias juveniles de los misterios; Alcibíades se halla implicado, pero debe partir.
	29	— Temores en Siracusa. Discurso de Atenágoras, defensa de la democracia.
		— Llegada de los atenienses a Sicilia, decepciones sobre el apoyo de las Ciudades aliadas, divergencias de los estrategos sobre la conducta que seguir.
		— Ambiente de delación y procesos en Atenas; se llama a Alcibíades para enjuiciarlo; huye y se refugia en Esparta. Discurso justificatorio; da consejos a los espartanos, que ocupan Decelia, desde donde pueden devastar el Ática y envían a Gilipo a Sicilia. Huída de los esclavos de las minas del Laurion.

	Libro VII	
	14	— Asedio de Siracusa. Los siracusanos pueden impedir el bloqueo total por tierra y obtienen la victoria naval de Plemirio.
	15	— Delegación a Atenas, panorama pesimista; Demóstenes sale para Sicilia con una flota. Impuesto del 5 por 100 sobre toda mercancía.

	48	— Intentos fallidos del ejército de Demóstenes para tomar la ciudad; derrotas navales en el puerto. Vacilaciones de Nicias.
	75-87	— Retirada de los atenienses, acosados; el ejército es diezmado, la expedición de Demóstenes, rodeada, los prisioneros, encerrados en las canteras de las Latomías y los generales, ejecutados.

Libro VIII

ÚLTIMA REACCIÓN Y CAÍDA DE ATENAS

413-404		— Creación de una comisión de *próbouloi.* En Samos se refugia y reconstruye una flota ateniense. — Intrigas del sátrapa Tisafernes, que ha dado su confianza a Alcibíades.
411	73-97	— Régimen de los Cuatrocientos en Atenas, pero rebelión de los demócratas de la flota de Samos, con Trasíbulo; se reconcilian con Alcibíades. — Caída de Eubea. Los Cuatrocientos transmiten el poder a cinco mil ciudadanos. — La flota ateniense despeja la ruta del Helesponto. Retorno al régimen democrático.
JENOFONTE		— Reconquista de las ciudades del Ponto y de Tasos. Regreso triunfal de Alcibíades.
HELÉNICAS	6-7	Victoria naval de las Arguinusas, al largo de Lesbos. Condena, al regreso, de los estrategos que no recogieron a los náufragos a causa de la tempestad. — Alianza del navarca espartano Lisandro con Ciro el Joven, que le provee de suministros para su flota. La flota ateniense sorprendida y vencida por Lisandro en Egospótamos. — Defección aliada. Sitio de Atenas.
404	20-23	— Rendición de Atenas. Las Murallas Largas son demolidas, repatriados los proscritos y disuelto el Imperio.

Atenas vivió un momento de esperanza con Alcibíades, al que volvió a llamar, para no reelegirlo al año siguiente. Más espectacular fue el episodio de las Arginusas, tras el que la Ekklesía, a despecho de las formalidades legales, hizo ejecutar a sus mejores estrategos, victoriosos, pero culpables de no haber recuperado a sus muertos en la tempestad. Caía entre los aplausos de Grecia, como dice Jenofonte, una ciudad acorralada y desgarrada por sus disensiones.

II. EL IMPACTO DE LA GUERRA EN LA SOCIEDAD

UNA FIGURA NUEVA: EL MERCENARIO

Un tan prolongado conflicto no podía dejar indemnes a los países que habían tomado parte en él y los historiadores han subrayado siempre la importancia de los trastornos provocados por esta guerra. No obstante, sería un error comparar sus desastres con los ocasionados por nuestras guerras modernas. Las operaciones navales no podían desarrollarse sino con buen tiempo y durante la mayor parte del invierno cada cual

Ver cap. XI, II.

volvía a su casa. Los efectivos por ambos bandos eran limitados y no se dejaban guarniciones importantes en las ciudades conquistadas; de donde el interés de las alianzas y el juego de las diversas facciones políticas. Es verdad que se destruyeron ciudades enteras (Platea, Melos o Mitilene), pero las casas se reconstruían rápidamente y las murallas, también. Las batallas, por su parte, eran menos mortíferas de lo que pueda creerse. Sin embargo, la población de Atenas, evidentemente, se debilitó mucho por la sucesión de catástrofes: la peste, sobre todo, y las prisiones de Siracusa y el naufragio de las islas Arginusas, que le afectaron directamente. Los desplazamientos de población fueron importantes por todas partes: huídas de esclavos, deportaciones y esclavizaciones en las ciudades tomadas y, sobre todo, proscripciones debidas a las guerras civiles. Durante la Guerra del Peloponeso se formó esa masa de apátridas que no encontraron luego más medio de vida que la soldada de los mercenarios.

Empero, la evolución de las técnicas militares creó nuevas necesidades. Se advirtió que la ocupación permanente (Pilos, Decelia) era más eficaz que las incursiones temporales. Las máquinas de asedio mejoraron y también las fortificaciones. Se dio papel más relevante a la infantería ligera (como en Siracusa). Incluso Esparta acabó por admitir que el dinero era el nervio de la guerra y que la formación de una flota era imprescindible. Paralelamente, se acentuó la distinción entre funciones militares y políticas. Ya en Atenas, Lámaco y Demóstenes no fueron sino generales, escasamente preocupados por su carrera política. Y apareció esa figura nueva, cuyo ejemplo más brillante fue Lisandro, del general que reclutaba y pagaba a sus propias tropas. Por muy altiva que Esparta fuese respecto de la dirección de su política exterior ¿cómo hubiese podido dominar a su navarca, cuando se encontraba falta de hombres y de dinero?

Mientras se agotaban los recursos de los cuerpos cívicos, aparecía la masa de los desarraigados en busca de soldada, que se ligaban a un jefe sustitutorio de la patria perdida. Así pudo desarrollarse la aventura extraordinaria que protagonizó, entre el 401 y el 399, un cuerpo expedicionario de diez mil griegos a sueldo de Ciro el Joven. Muerto éste, los mercenarios atravesaron una parte del Imperio persa para volver al Asia Menor. El arte de Jenofonte nos dio un relato vivaz y pintoresco de esta aventura, la *Anábasis*, en la que este joven aristócrata de veinte años fue elegido estratego por sus camaradas. Estamos ya muy lejos del ciudadano cuya vida está consagrada a la defensa de la patria. Y mientras que los generales evitan la Ekklesía, los políticos se convierten, básicamente, en oradores. La función de soldado-ciudadano, sobre la que descansaba la Ciudad, queda quebrantada por arriba y por abajo.

Y ello tanto más cuanto que el prolongado estado de guerra provocó rápidas mutaciones sociales y un trastocamiento de los valores ordinarios. Algunos hallaron en ello beneficio, mientras que otros veían hundirse su mundo habitual. De hecho, los cambios propiamente económicos fueron menos intensos que lo que se ha dicho y a menudo no

«Los soldados se reunieron y Seutes (rey de Tracia) les habló así: «Soldados, os pido que vengáis conmigo en campaña y me comprometo a dar a cada uno un ciziceno y a los oficiales y generales el sueldo acostumbrado; además de la soldada, recompensaré a quienes lo merezcan. La comida y la bebida, como hasta ahora, la obtendréis en campaña; pero, en cuanto al botín, tengo pensado quedármelo para venderlo y pagaros así...» Jenofonte preguntó: «¿Hasta qué distancia del mar quieres que te lleve el ejército?» «En ningún caso a más de siete días, dijo Seutes, y, casi siempre, a menos.»
(JENOFONTE, *Anábasis*, VII, cap. III).

La expedición de los Diez Mil

Anábasis. Expedición al interior de un país. En origen, subida, crecida, irrupción. [N. del T.]

LOS CAMBIOS SOCIALES

son sino prolongaciones de transformaciones que ya apuntaban, como la concentración de tierras en Esparta, que fue de la mano con la disminución del número de los «iguales», y la evicción de los segundones, que ya no podían pagar las comidas colectivas.

En Atenas, por el contrario, las pequeñas y medianas propiedades seguirán predominando en el siglo IV. Pero la guerra estimuló el éxodo rural. Los campesinos no siempre tenían dinero bastante como para reponer en cultivo los olivos y viñas quemados. En ocasiones quedó roto el vínculo que unía al campesino con su tierra. La dejaba, así, más fácilmente y otros se aprovecharon para especular (Jenofonte, *Económico*). En las regiones con dominante rural, como el Peloponeso, estas dificultades temporales acentuaron la latente crisis agraria: la reivindicación de los repartos de tierras se repitió con frecuencia, pero no apareció en Atenas, acaso porque la variedad de actividades urbanas hacía menos penoso el éxodo rural.

«... Tener por manto un harapo, como lecho un camastro de juncos, lleno de chinches que mantienen en vela a quien desea dormir, por alfombra una estera podrida y, como almohada, una gruesa piedra bajo la cabeza; comer, en vez de pan, retoños de malvas y, en vez de galleta, hojas de flacas nabas; y tener de escabel un cuello de vasija, rota también...»
(ARISTÓFANES, *Pluto*. 535 y ss.).

En caso de peligro, en efecto, el refugio es la ciudad. Una vez que cesa la alarma, algunos de los refugiados no se marchan. Los autores antiguos subrayan la hinchazón en el número de pequeños artesanos y, sobre todo, la mayor dificultad de vivir en la ciudad. Aristófanes, que nunca había evocado en realidad los sufrimientos de la guerra, nos ilustra en sus dos últimas obras sobre los espantos de la miseria. Pobreza que se acusa con tanta mayor dureza por cuanto se exhibe ante ella una riqueza opulenta. En efecto, muchas actividades no sólo no se aminoran, sino que prosperan. Salvo las minas del Laurion, cuya explotación se interrumpe por la huida de los esclavos (veinte mil, según Tucídides), las grandes obras no se detienen. Las cuentas del Erecteón de que disponemos son del 409. Las contrucciones navales siguen activas y las transacciones del Pireo tampoco se deceleran.

UN NUEVO PERSONAL POLÍTICO

Incluso aparecen entonces los primeros banqueros privados. A fines del siglo V, el liberto Pasión funda un banco que le deja un capital de veinte talentos. Los ciudadanos ya no se avergüenzan de basar su riqueza en recursos muebles. Así, los fabricantes de armamento prosperan. El meteco Céfalo, padre del orador Lisias, llega a tener un taller de ciento veinte esclavos. En el 404 cuenta con setecientos escudos almacenados. La riqueza de los curtidores (Cleón, el político; Ánito, el acusador de Sócrates) radica, sin duda, en la estabilidad de su mercado. La producción cerámica sigue siendo importante y algunos obradores se especializan. Así, Hipérbolo, jefe del partido demócrata, ostracizado en el 417, era fabricante de lámparas. Es, pues, posible enriquecerse en la Atenas en guerra y la riqueza se convierte, incluso, en una fuente de poder mayor que antaño. En este sentido, la guerra aceleró una evolución ya esbozada antes.

Así es como se afianza un nuevo personal político, del que Cleón es el prototipo. Desdichadamente, es imposible hacer un retrato lúcido del personaje, hasta tal punto resultan parciales las fuentes que se le refieren (Aristófanes, Tucídides). Con ellos tomó la palabra «demagogo» el sentido peyorativo con que nos ha llegado. Pero hay que subra-

yar que ésta es también la época en que comienza una verdadera guerra ideológica. ¿Qué más tentador que caricaturizar los excesos que quieren estigmatizarse? ¿Tan diferente era la política de Cleón de la propugnada por Pericles? En realidad, la ruptura no está en eso, sino en el origen social del personaje: por vez primera ya no es un aristócrata quien ocupa el primer lugar, sino un rico curtidor. Y, tras él, lentamente, se va imponiendo esa nueva clase acomodada, cuya fortuna tenía bases más variadas que los recursos raíces de sus predecesores. Al siglo siguiente ya no se distingue de la aristocrática; por el contrario, habrá una distinción clara entre ricos y pobres. Pero, en este último cuarto del siglo V, el paso se verifica lentamente, y sorprende. Existe la impresión de ser invadido por los artesanos; y el fracaso de un Alcibíades es el de la nueva generación de aristócratas, para la cual la carrera política ya no está garantizada de antemano, pero que tampoco puede verse a sí misma como solidaria de esos recién llegados. Y entonces no queda sino la aventura personal. El patriotismo ha de confundirse con el individuo. La ruptura respecto de un Pericles o un Nicias es total. Pero no sólo la guerra es responsable de ello. Una evolución cultural profunda acompañó a los cambios sociales que acabamos de evocar.

(Discurso de Alcibíades a Esparta). «Además, os pido que no me creáis un criminal si me veis, a mí, que antaño pasaba por patriota, ir resueltamente contra mi patria junto a sus más encarnecidos enemigos. Y no imputéis, tampoco, mis palabras al rencor del exiliado. Busco sustraerme a la bajeza de quienes me han proscrito y no, creedme, a los servicios que os pudiese procurar. Nuestros peores enemigos no son los adversarios que nos perjudican, sino quienes obligan a sus amigos a convertirse en adversarios».
(TUCÍDIDES, VI, XCII).

III. LA GENERACIÓN DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

La expresión teatral desempeñó un gran papel durante esos treinta años y estuvo más fuertemente vinculada que las restantes artes a los hechos mismos de la guerra, tal y como atestiguan las carreras de Aristófanes y Eurípides. La fórmula de E. Delebecque «Es seguro que sin la guerra Eurípides hubiese sido un gran poeta, pero hubiese sido un poeta distinto» es aún más aplicable a Aristófanes. Sus cinco primeras obras se inscriben en el marco de la Guerra de los Diez Años, que les sirve de telón de fondo. Las obras siguientes tratan temas más generales, pero, bajo un aire paródico, se preguntan por el funcionamiento político actual de la Ciudad y por sus valores. Esos temas, tomados de la actualidad inmediata y, a veces, de la más grave, se tratan deliberadamente de modo bufonesco, como exige el género cómico, y las chanzas aluden tanto a los dioses como a los políticos. Por su frescura y su libertad sobrepasan a las de nuestros artistas más acerbos. Pero ésa era la ley del género y Aristófanes no da muestras de un valor tan grande como pudiera pensarse. Ha habido quien lo ha tildado de conservadurismo político porque, en determinado momento, se apoya en los jinetes aristócratas, busca la idealización del pequeño agricultor, desprecia las profesiones del ágora y no entiende ni a Sócrates ni a Eurípides. Pero todo ello no es sino su reflejo de una opinión bastante corriente en su tiempo. La añoranza y la idealización de la generación inmediatamente anterior (la de los hombres de Maratón) era un fenómeno extraordinariamente frecuente, sobre todo en las sociedades con fuerte predominio rural. En realidad, Aristófanes es inencasillable y no tendrá

LA IMPORTANCIA DEL TEATRO

Aristófanes (445-386):
Los Acarnienses (425)
Los Jinetes (424)
Las Nubes (423)
Las Avispas (422)
La Paz (421)
Los Pájaros (414)
Lisistrata (411)
Las Tesmoforias (411)
Las Ranas (405)
La Asamblea de las Mujeres (392)
Pluto (388)

discípulos. Supo sacar notable partido de un género muy peculiar, la comedia, utilizando la comicidad verbal y una imaginación creativa inagotable. Sus últimas obras permiten captar la realidad cotidiana en la postguerra, pero Aristófanes es, ante todo, un hombre del «siglo de Pericles», aquél en que Atenas se sentía lo bastante segura de su poder y de su régimen como para permitirse zaherir a ambos y, concretamente, en el ambiente de las fiestas de Dioniso.

Eurípides (480-406):
Alcestes (438)
Medea (431)
Hipólito (428)
Los Heráclidas
Andrómaca
Hécuba
Las Suplicantes
Electra
Las Troyanas (415)
Hércules furioso
Ifigenia en la Táurica
Elena (412)
Ion
Las Fenicias
Orestes (408)
Ifigenia en Áulide
Las Bacantes

El caso de Eurípides es muy distinto, ya que fue poco apreciado por sus contemporáneos y su éxito no se afianzó sino en la época siguiente, cuyas tendencias anunció. Sus noventa y dos obras no le dieron sino cuatro coronas (una quinta fue póstuma); pero se nos han conservado dieciocho, gracias al favor de que luego gozaría. Eurípides se presenta a sí mismo como un innovador, que redujo el papel del coro, criticando a sus antecesores, y que se tomó grandes libertades con los mitos. La guerra está presente en su obra como telón de fondo, bien con su menosprecio por Esparta, en *Andrómaco,* bien como estigmatizador de los horrores de la guerra en general, en *Las Troyanas*. Los siglos clásicos nos han acostumbrado a admirar en Eurípides la perspicaz descripción de los tormentos y contradicciones de la pasión *(Medea, Hipólito)* y a realzar sus análisis psicológicos de los caracteres. Pero eso falsea en gran medida el sentido de la tragedia y, por lo demás, los actores, que interpretan bajo máscaras y en trajes estereotipados, no buscan los efectos que sus herederos modernos realzan. «La tragedia, dice Aristóteles, es la representación no de los hombres, sino de la acción y de la vida.» Y la última tragedia de Eurípides, *Las Bacantes,* (que, para algunos, marca su «conversión»), nos remite con más claridad al ambiente irracional, anhelante y desgarrado de los últimos años del siglo V. No obstante, el arte del razonamiento, el gusto por las máximas oportunas y la estudiada disposición de las partes revela en Eurípides la marca de las nuevas corrientes filosóficas y de la educación de los sofistas. Mal comprendido por sus contemporáneos, simbolizó, así, sus contradicciones. En sus obras aparece por vez primera una crítica a la guerra, a la esclavización y un resuelto ataque contra el poder dictatorial. Es verdad que se trata de versos aislados, pero atestiguan un valor y una libertad de espíritu que no eran tan frecuentes en aquellos tiempos revueltos.

«Si la misma cosa fuera para todos hermosa y sabia, los hombres no conocerían la controversia de las disputas. Pero para los mortales nada hay igual ni parecido, salvo en las palabras; la realidad es distinta por completo». EURÍPIDES, *Las Fenicias*, 499).

CIENCIA Y FILOSOFÍA

Ver cap. VII, IV.

Junto al teatro, ya la filosofía ha sentado plaza en la Ciudad, pero muchos creen que, en relación con el interés general, es algo fútil.

Ya hemos visto que el movimiento científico nació en Jonia, en el siglo VI. La Magna Grecia y Jonia fueron la tierra de elección de estos personajes admirados y temidos, pero que, a los ojos de los ciudadanos, debían de ser marginales. Para ellos, la religión y la ciencia eran dos ámbitos que no se interpenetraban. Así fue como Hipócrates (460-377), sacerdote del santuario de Asclepio, definió el método de observación sobre el que se basaba el diagnóstico médico. Su *Biblioteca*, que los alejandrinos conservaron, es la obra científica griega más antigua conocida. Convencido de que los dioses no intervenían en el proceso curativo, pero sin por ello renegar de su piedad tradicional, Hi-

Hipócrates de Cos (460-377).

pócrates definió la ética médica. La obra transmitida con su nombre (aún en publicación) desborda el mero estudio fisiológico del hombre y afecta a la psicología, la política, la etnología, etc. El filósofo Demócrito de Abdera (Tracia), contemporáneo de Hipócrates, afirmó que el universo todo estaba formado por átomos que chocaban o se combinaban en el seno del vacío espacial. Para Anaxágoras, llegado de Jonia a Atenas en el 460, el sol, la luna y todos los astros eran piedras incandescentes arrastradas por la rotación del éter y el universo estaba regido por una inteligencia suprema a la que llamó *nous*. Filósofos y sabios, eran gentes de excepción, inquietantes porque parecían poner en duda la existencia de los dioses; pero las Ciudades iban a preguntarse por eso y más cuando sus enseñanzas traspasasen los círculos cerrados para poner en causa a la *polis* misma.

Demócrito (¿460-370?)

Anaxágoras

Eso fue obra de los sofistas, cuya actividad se desplegó, sobre todo, en la segunda mitad del siglo V. De orígenes variados e itinerantes por exigencia profesional, todos residieron más o menos en Atenas. No se presentaban ni como filósofos ni como sabios, aunque propagaban nuevas ideas, sino como profesores de retórica. Enseñaban el arte de convencer mediante una técnica experimentada: la dialéctica. Lo hacían por dinero, que ganaban enseguida, pues se pusieron muy de moda. Se impusieron por el prestigio que les confería su condición extraña; a veces eran embajadores de una Ciudad griega: Hipias de Elis, en el Peloponeso, desempeñó a menudo jefaturas de misión; Gorgias llegó en el 427 desde Sicilia para implorar, en nombre de Leontinos, la ayuda de Atenas. En todo caso, eran viajeros que circulaban por el mundo griego, como Protágoras de Abdera. Proponían su enseñanza —oral, desde luego— a los jóvenes, que se vinculaban a ellos por lo que hoy llamaríamos un ciclo de tres o cuatro años, durante el cual el nuevo discípulo seguía a su maestro, quien se comprometía a enseñarle cuanto sabía. Protágoras pedía diez mil dracmas, suma que circunscribía, pues, tales enseñanzas a una clase particular. Pero la demanda existía. Jóvenes aristócratas o hijos de nuevos ricos querían acceder a una carrera política que ya no estaba reservada a un solo grupo. Para ello era indispensable el arte de la palabra. Pero el sofista proponía más aún: el arte de convencer, fuese cual fuese la causa. Luego, era muy fácil demostrar que el interés común había de ceder ante el particular del discípulo: Alcibíades es el ejemplo más brillante de ello. Pero sea cual sea el eco desfavorable transmitido por Aristófanes o Platón, que nos dan una imagen bastante charlatanesca de estos eternos discursistas, hay que subrayar el profundo impacto que lograron los sofistas en el movimiento intelectual. El arte de la dialéctica, el rigor en el razonamiento —del que tan notable uso apreciamos en Tucídides— se transmitió, enseguida, por la forma escolar de la educación como uno de los modos de expresión característicos del mundo occidental. La atmósfera intelectual de la Atenas de entonces debe mucho a la incitación permanente provocada por los sofistas.

Los sofistas

En este clima tan particular tuvo lugar la enseñanza de Sócrates.

Sócrates

No se parece a los sofistas ni por su origen (hijo de un cantero y de una comadrona) ni por su vida de ciudadano ateniense ejemplar (cumplió escrupulosamente sus obligaciones cívicas, hizo la campaña de Delio y, como buleuta, se alzó contra la ilegalidad de la ejecución de los estrategos de las Arginusas). Y, sin embargo, Aristófanes lo confunde deliberadamente con ellos en *Las Nubes*. Y es que Sócrates también enseñaba a jóvenes aristócratas, entre un público variado; desde luego que no se hacía pagar y que vivía en Atenas, en donde todos lo conocían; pero también él practicaba los interrogantes incisivos que parecían poner en duda las creencias tradicionales. En verdad, los atenienses, que habían expulsado a Anaxágoras, no le suscitaron dificultades sino una vez que los acontecimientos políticos les hicieron temer que esas enseñanzas nuevas pusiesen en peligro la democracia. Entonces, y sólo entonces, promovieron su procesamiento, cuando tenía setenta años. Antes de abordarlo, veamos la crisis política que fue heredera, a un tiempo, de la derrota y de la ebullición de las nuevas ideas.

«No tengo otro objetivo cuando voy por las calles que el de persuadiros, jóvenes y viejos, de que no hay que ceder al cuerpo ni a las riquezas ni ocuparse de ellos con tanto ahínco como de la perfección del alma». (PLATÓN, *Apología*, 30 y ss.).

IV. LAS CRISIS DEL 411 Y DEL 404 Y EL PROCESO DE SÓCRATES

LA REVOLUCIÓN OLIGÁRQUICA

Ver cap. X, I.

411-410

Cuando los atenienses aceptaron la rendición y las Murallas Largas demolidas simbolizaron su derrota, pareció a algunos llegado el tiempo de renunciar al aborrecido régimen democrático. Es difícil captar bien el crecimiento de este movimiento oligárquico. Ya el panfleto atribuido falsamente a Jenofonte fue obra de un verdadero oligarca, ateniense y exilado al principio de la guerra. En el 411, un verdadero golpe de Estado oligárquico entregó el poder a los Cuatrocientos para establecer un régimen de tipo censitario que inscribió en los registros cívicos únicamente a cinco mil ciudadanos. Pero la flota, surta en Samos, se rebeló y proclamó su apego a la democracia. El cuerpo cívico estaba escindido en dos: los hoplitas de la clase acomodada, en Atenas y los *thetes* remeros, en Samos. La extenuación del tesoro hizo más pesada para los primeros la prosecución de la guerra y quisieron acercarse a Esparta. Pero la cesura no era definitiva y el amor a la patria lo bastante fuerte en ambos campos como para evitar una guerra civil y restablecer la democracia en el 410. La aventura acabó sin demasiadas lágrimas y muchos cambiaron inmediatamente de camisa.

Verano del 404

Fue el caso de Terámenes y de sus amigos, a quienes hubiese gustado repetir la experiencia y proponían la aplicación de una presunta constitución de Solón. Pero otros eran más radicales y querían volver a poner el gobierno en manos de unos pocos, los más fuertes, la elite. Critias y Cármides, alumnos de los sofistas y oyentes de Sócrates, eran los representantes de esa tendencia, que no perdía el tiempo en disimulos. Ambos grupos se aliaron para exigir a la Bulé un cambio de constitución. Ante su resistencia, se apeló a Lisandro, cuya flota atracó en el Pireo. En su presencia fue designada una comisión de treinta miem-

Terámenes:
«Me apoda Coturno, porque me esfuerzo en adaptarme a unos y a otros... Yo, Critias, siempre he sido hostil a quienes piensan que no puede haber una buena democracia sin que participen del poder los esclavos y los míseros que venderían a la Ciudad por una dracma; y, por otra parte, siempre me opuse a quienes creen que no puede constituirse una buena oligarquía sin que la Ciudad se someta a la tiranía de una mi-

bros: diez del grupo de Terámenes, diez del de Critias y diez por sorteo. Una nueva Bulé, designada, sustituyó a la antigua; diez atenienses, con Cármides, fueron encargados de la administración del Pireo. E, inmediatamente, el grupo oligárquico tomó la iniciativa anunciando proscripciones; los demócratas más notorios huyeron a Tebas y Mégara. Terámenes exigió la constitución de un cuerpo cívico y se le autorizó uno de tres mil, cuya lista se redactó rápidamente: quienes no fueron incluidos quedaron desprovistos de garantías judiciales.

noría. Hace mucho que pienso que la mejor solución es que esté gobernada por quienes tienen medios para intervenir, con caballos y escudos. Y lo sigo pensando.»
(JENOFONTE, *Helénicas*, II, III, 47-48).

Luego se reanudaron las proscripciones: tocó el turno a los ricos y, sobre todo, a los metecos. Tenemos una idea bastante clara del modo en que se desarrollaron estos acontecimientos por el alegato del meteco Lisias, hecho unos años más tarde: frente a un Sócrates que corrió el riesgo de negarse a arrestar a un ciudadano por orden de los Diez ¿cuántos ciudadanos se comprometieron, por miedo? Pero Terámenes se alzó: no era eso lo que quería. Critias lo borró de la lista de los tres mil. Separado a la fuerza del altar en que se había refugiado, bebió la cicuta con un valor que rehabilitó a este tortuoso político.

Otoño del 404

Esta vez los compromisos eran más difíciles, tanto más cuanto que los demócratas exiliados se habían reagrupado y tomado la fortaleza de Filé, al norte del Ática. No pudiendo desalojarlos, los Treinta se apoderaron de Eleusis, a parte de cuya población sacrificaron. Pero, una noche, un pequeño grupo dirigido por Trasíbulo se apoderó de Muniquia, una fortaleza del Pireo. Critias murió intentando recobrarla y Atenas quedó partida en dos: en la ciudad gobernaban los Tres Mil (lo que quedaba de los Treinta se había hecho fuerte en Eleusis) y en el Pireo estaban los demócratas, cuyas tropas se iban reforzando y a las que llegaban a sumarse muchos metecos e, incluso, esclavos. Acorralados, los oligarcas recurrieron a Lisandro, que acudió. Entonces Esparta intervino y mandó al rey Pausanias: la política de Lisandro se hizo demasiado personal. El molesto personaje tenía que desaparecer. Pausanias hizo de intermediario entre ambos grupos. Paradójicamente, Esparta sirvió de caución para un restablecimiento de la democracia, aunque moderada. Se temía, de hecho, un éxito demasiado clamoroso de los demócratas dirigidos por Trasíbulo y una ayuda demasiado abierta de Tebas o Mégara: más valía una Atenas fiel a la alianza espartana, aunque fuese democrática.

Ver mapa 12

Otoño del 403

Sobre tales bases se operó una reconciliación de que Aristóteles nos transmite las cláusulas, que fueron respetadas. Para evitar éxodos demasiado masivos hacia Eleusis se concluyó pronto con las proscripciones. Antiguos oligarcas, indiferentes, demócratas extremosos o moderados fueron condenados a entenderse, tanto más cuanto que Esparta estaba allí mismo, y el profundo deseo de sacar a la Ciudad del abismo en que estaba sumergida fue, probablemente, el coagulante que permitió moderar la crisis. Sólo los últimos de entre los Treinta refugiados en Eleusis fueron ejecutados en el 401. Tal moderación se tradujo en un conservadurismo prudente: se rechazó el decreto de Trasíbulo proponiendo inscribir en las listas cívicas a cuantos habían luchado en Muni-

«Nadie podrá reprochar su pasado a nadie, excepto en lo que concierne a los Treinta, los Diez, los Once y los que mandaron en el Pireo; y ni aun a ellos, una vez rendidas las cuentas.»
(ARISTÓTELES, *Const. de los At.*, 34, 39).

quia y Filé, por miedo a que se infiltrasen esclavos. No se concedió la ciudadanía sino a cuatrocientos de los metecos más fieles; otros no se beneficiaron sino con la *isotélia*, la igualdad de cargas fiscales. Excelente ocasión la que se perdió para renovar la ciudadanía. Por lo demás, se renovó la ley por la que no accedían a aquélla sino los hijos de padre y madre atenienses. Los privilegios (el *misthos* se hizo extensivo a la Ekklesía y fue aumentado) les quedaron reservados. A la inversa, se rechazó el decreto de Formisio que proponía retirar la ciudadanía a quienes —unos cinco mil— no tuviesen bienes raíces. Los atenienses se encontraron, pues, unidos en virtud de un consenso que descansaba en el retorno a los viejos valores ya probados. En realidad, Atenas no conocería movimientos oligárquicos en el siglo IV, pues sus partidarios no dispusieron de verdadera base en el cuerpo cívico: su victoria se había visto facilitada exclusivamente por acontecimientos externos y sus excesos traumatizaron de tal manera a los atenienses que nadie se atrevió ya a vincularse con esa ideología.

La situación, por otra parte, no era nada brillante hacia el 400: sin flota (y, por lo tanto, sin obras), con poco dinero y en humillante alianza con Esparta a la que había que enviar contingentes. En tal coyuntura se abrió, en el 399, el proceso a Sócrates.

EL PROCESO A SÓCRATES (399)

Como en todo proceso ateniense, la acusación fue sostenida por simples ciudadanos. En la primavera del 399, un joven poeta, Meleto, plantó su demanda en el pórtico del arconte rey. Un orador, Licón, y el hijo de un rico curtidor, Ánito, la refrendaron. Fue juzgada por una comisión de 501 heliastas, designados por sorteo. Los dos primeros acusadores eran comparsas, pero Ánito formaba parte del grupo de demócratas moderados que dominaba la ciudad; amigo de Terámenes, se incorporó al partido de Trasíbulo. Sus acusaciones eran, por lo demás, tradicionales; los mismos reproches que Aristófanes dirigiera a Sócrates en el 425: no creer en los dioses y corromper a la juventud. Entre la juventud que había seguido a Sócrates podían contarse Alcibíades, el traidor Critias, el oligarca Jenofonte, que partiera, en su momento, con mercenarios espartanos, Platón, el joven aristócrata primo de Critias y otros, por descontado, demócratas. Pero en el momento de la restauración aquellos nombres pesaban mucho. Tales procesos por impiedad eran, por otra parte, frecuentes; Anaxágoras tuvo que marcharse de Atenas por ello. Podía uno reírse de los dioses en el seno de las normas previstas —las parodias, la comedia—; pero ponerlos seriamente en duda era poner en duda la Ciudad. Y, sin embargo, se había tolerado a Sócrates durante largo tiempo; pero la Ciudad estaba bajo el golpe de su fracaso, verdaderamente traumatizada por la derrota y por la revolución oligárquica. Desde un cierto punto de vista, Sócrates hizo el papel de chivo emisario.

Sócrates se defendió a sí mismo, rechazando la ayuda de los logógrafos famosos; e, inmediatamente, elevó el debate: esto es lo que soy y no cambiaré. Sería insultar a los jurados creer que no comprendían el alcance de tales profesiones de fe. Pero, en el momento en que se

predicaban austeridad y compromiso, ¿cómo aprobar tal actitud? 281 heliastas lo declararon culpable y 220 lo absolvieron de las acusaciones. Quedaba por fijar la pena. Según la ley, el jurado había de decidir entre dos propuestas: la del acusador y la que, a su vez, hacía el acusado. A la vista de la distribución de votos, la costumbre pedía que el condenado propusiese una pequeña multa que, seguramente, hubiera sido aprobada. Ése fue el consejo dado por sus amigos y era el deseo de los jurados, que lo hubiesen recibido con alivio. Pero el anciano de setenta años propuso ser alojado y alimentado en el Pritaneo, lo que era el símbolo de la gratitud oficialmente reconocida por la patria por servicios prestados. Decididamente, se burlaba de los jurados. A pesar de una tardía propuesta de multa, se votó la condena a muerte y, esta vez, por mayor número de votos. Pero, en el fondo, acaso los atenienses no deseasen la muerte de su conciudadano. La aplicación de la pena no fue inmediata por una razón religiosa. Sócrates podría, pues, huir. Sus amigos lo incitan, pues saben que se hará la vista gorda. Pero Sócrates se niega. No es un filósofo ambulante como Anaxágoras, sino un ciudadano ateniense que ama apasionadamente a su Ciudad y ¿no ha buscado él mismo esta muerte, ya que los atenienses no aguantan más que los persiga por las calles como un tábano? Este final voluntario suscitó en sus dos jóvenes discípulos, Platón y Jenofonte, relatos apasionados del proceso y la muerte de su maestro; alzan ante nosotros la figura enigmática de Sócrates, sólo por sus relatos conocida y por las alusiones de Aristófanes. Hay menos contradicciones de las que se dicen entre el Sócrates asceta y moralista de Jenofonte y el incisivo filósofo de Platón. Cada discípulo, con su propio temperamento, evocó a quien, por su persuasiva ironía y su búsqueda apasionada de la verdad, les había, de jóvenes, hecho alumbrar su propia verdad. Sócrates era propiamente ese «tábano de la Ciudad» que no encajaba en ningún esquema, dueño de su vida y de su muerte, a un tiempo apasionado y fecundo. Diez años después de haberlo condenado, los atenienses permitieron a su discípulo Platón que abriese su escuela, la Academia. La filosofía tenía ya derecho de ciudadanía, pero el filósofo había abandonado el Ágora. Había acabado una época.

«Veréis cómo crece el número de los inquisidores a quienes hasta el presente he retenido, sin que os dieseis cuenta; pues si creéis que matando a las gentes impediréis que se os reproche vuestro mal vivir, estáis en el error.»
(PLATÓN, *Apología*, 38 y ss.).

«Pero he aquí llegada la hora de partir; para mí, hacia la muerte; para vosotros, hacia la vida. Quién de nosotros lleva la mejor parte, sólo el dios lo sabe.»
(PLATÓN, *Apología*, 41 y ss.).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Para la Guerra de Peloponeso es indispensable remitirse a TUCÍDIDES (Les Belles-Lettres, La Pléiade, Garnier-Flammarion y Le Livre de poche). Bibliografía en E. WILL, *L'Orient et la Grèce*, I (ver «Intr.»), p. 291. Una tesis reciente es E. LÉVY, *Athènes devant la défaite de 404*, París, 1976. Sobre la evolución social propiamente dicha (cf., cuadro al final del cap. X), bibliografía en WILL, cit. Para la tragedia y la comedia añádanse a las indicaciones generales dadas en nuestra «Introducción» R. GOOSSENS, *Euripide et Athènes*, 1962 y E. DELEBECQUE, *Euri-*

pide et la Guerre du Péloponnèse, París, 1951; una bibliografía siempre útil en J. HATZFELD, *Alcibiade,* París, 1951.

Sobre el ambiente intelectual durante la Guerra de Peloponeso hay muchas obras: bibliografía en WILL, p. 473; *Athènes au temps de Périclès,* cit.; H.-I. MARROU, *Historia de la Educación en la Antigüedad,* Akal, Madrid, 1985, París, 1964; J. BRUN, *Sócrates,* EUDEBA, Buenos Aires, 1970. Sobre este punto hay que remitirse a los textos básicos: PLATÓN, *Apología de Sócrates, Critón, Fedón, El Banquete;* JENOFONTE, *Encuentros memorables con Sócrates* y *Apología.* Sobre la crisis del 404 un texto esnecial en ARISTÓTELES, *Constitución de los Atenienses*, así como varios discursos de Lisias.

El estudio de la sociedad y de la crisis de la democracia griega ha suscitado análisis apasionados que, más o menos explícitamente, se refieren a comparaciones contemporáneas. Pueden compararse tres obritas recientes, escritas por especialistas, para el gran público: un liberal inglés, W. G. FORREST, *La democracia griega*, Guadarrama, Madrid, 1968; una docente francesa tradicionalista, tras los sucesos de 1968, J. DE ROMILLY, *Problèmes de la démocratie grecque,* París, 1975; un americano expulsado de su país por el mac-cartysmo, M.-I. FINLEY, *Democracia antigua y democracia moderna,* Ariel, Barcelona, 1982, con un prefacio de P. VIDAL-NAQUET, que evoca la imagen de la democracia griega a través de la historia. C. MOSSÉ, *Historia de una democracia: Atenas,* Akal, Madrid, 1983.

CAPÍTULO XIII

Las márgenes del mundo griego (Siglos V-IV)

El desarrollo del poderío de Atenas y la irradiación de su civilización dominan todo el siglo V en el viejo mundo griego. Pero no sucede lo mismo en el mundo colonial, que posee su propio ritmo. Los vínculos con la metrópolis siguen siendo importantes en el plano religioso y, a veces, en el diplomático, pero los problemas que se plantean en las orillas de la cuenca occidental del Mediterráneo y en torno al Mar Negro son distintos de los de las Ciudades del Mar Egeo. Los griegos viven allí en tierra extranjera. Deben tener en cuenta a sus vecinos, a menudo molestos. Las soluciones que adoptan en el ámbito político pueden ser diferentes y el peso de la tradición es menos fuerte. La riqueza de que disponen, la extensión de las tierras y las posibilidades de intercambio son a menudo mayores. Por todas estas razones, cada región geográfica tiene su propia historia; pero, a pesar de la distancia, encontramos puntos comunes en las soluciones adoptadas.

I. MAGNA GRECIA Y SICILIA GRIEGA

A fines del siglo VI, los griegos ocupan las costas meridionales de Italia (Magna Grecia) desde Cumas hasta Tarento y dos tercios de las costas sicilianas, quedándose Cartago con la extremidad occidental, con Motia, Panormo y Solus. Pero esta ocupación griega no se hace unificadamente; cada Ciudad defiende su territorio acremente y las luchas son continuas; así, en el 511, Síbaris será completamente destruida por Crotona. En la Magna Grecia, las Ciudades están aisladas en la banda litoral. El relieve interior montañoso abriga poblaciones indígenas más belicosas en el siglo V (samnitas, yápigos). Parece que hubo vías de transporte, pues algunas ciudades del sur, como Síbaris o Lócride, habían fundado colonias en el Tirreno. Pero eran poco utilizadas y había que

Ver mapa 6

CIUDADES RIVALES

atravesar el Estrecho de Mesina, custodiado por Regio. Al norte, los etruscos entraban en Campania y eran intermediarios obligados. En este fragmentado universo, las Ciudades tuvieron a menudo políticas independientes, cuando no rivales.

Tarento

Al norte, Cumas, tras haber fundado Nápoles, no desempeñaba sino una función religiosa, como albergue de la Sibila y guardiana de las puertas del infierno. A mediados del siglo V los samnitas dominaban toda Campania. En el sur, Tarento estaba emplazada en la única localización portuaria de una costa pantanosa, en una península que cerraba una rada excepcional (Mare Píccolo). Había logrado, como prueban sus necrópolis, un territorio cultivable en un radio de una decena de kilómetros. Más allá seguían estando las aldeas indígenas, con las que mantenía relaciones comerciales, pero que le infligieron una severa derrota en el 473. Buscó, pues, extenderse por la costa fundando, con ayuda de Esparta, Heraclea, frente a su rival, Turios (fundada por Atenas en el emplazamiento de Síbaris). A pesar de estas dificultades, la prosperidad de Tarento era innegable; gobernada, originariamente, por un rey y cercana del modelo espartano, tenía, desde el 470, una democracia moderada, elogiada por Aristóteles. Una asamblea popular, un consejo y magistrados que recordaban a los atenienses. Pero los estrategos, en cuyas manos estaba el ejecutivo, no eran reelegibles y algunos cargos eran electivos y otros sorteados.

«Mientras que el Golfo de Tarento se halla en su mayor parte desprovisto de puertos naturales, Tarento misma dispone de un amplísimo y hermoso puerto, de cien estadios de perímetro, cerrado por un gran puente. El fondo del puerto determina el istmo que separa Tarento de la mar abierta y la ciudad está situada sobre la península.» (ESTRABÓN, VI, 31)

Crotona

En el primer cuarto del siglo V parece que, en torno a la ciudad de Crotona, se organiza una federación de Ciudades; a lo que no fue ajeno el impulso dado por la presencia de Pitágoras (h. el 530) y, luego, por la actividad de sus discípulos, ligados a los oligarcas. Pero no sabemos nada verdaderamente serio sobre este primer pitagorismo. Una insurrección violenta, a mediados de siglo, lanzó a todas las Ciudades contra la secta que pasó, desde entonces, a la clandestinidad y una nueva liga de Ciudades italiotas se constituyó a fines de la centuria.

Regio (Rhegion)

Por último, en el Istmo, la ciudad de Región seguía sacando partido de su emplazamiento de *emporion*. Su tirano, Anaxílao, aprovechó las dificultades de su rival, Zancle, a fines del siglo VI, para apoderarse de ella con ayuda de refugiados mesenios, dándole el nombre de Mesina. Pero enseguida chocó con las ambiciones de los sicilianos.

Cf. cuadro colonial en cap. V

Sicilia

En Sicilia, en efecto, se comprueban tentativas de unificación griega. La población de la isla estaba dividida entre los cartagineses, al oeste, los indígenas sicanos y sículos, en el interior y las ciudades griegas, en la costa. Pero se da una progresiva helenización de los indígenas, empleados a menudo como mercenarios, y una mezcla de poblaciones.

La historia de Sicilia a comienzos del siglo V está dominada por la de la ciudad de Siracusa y sus tiranías. Las tiranías aparecieron en Sicilia en época arcaica, como en el resto de Grecia, pero se desarrollan al final del período, cuando ya están desapareciendo en Grecia. Son monarquías militares apoyadas en contingentes cívicos y de mercenarios indígenas. Aprovechan con frecuencia la oposición entre aristócratas y demócratas, sirviéndose, cínicamente, de una fracción contra otra, sin

Cf. fin del cap. VI

vacilar en deportar poblaciones ni en dar los derechos cívicos a sus fieles. Los tiranos tienden, pues, a formar Estados personales y su evolución es distinta de la de Grecia. Las tiranías aparecen en Agrigento (Akragas), con Terón, en el 489; en Gela, con Hipócrates, que logra adueñarse del territorio de Camarina. Gelón, uno de sus colaboradores, toma el poder en el 485 y aprovecha la oposición a Siracusa existente entre la aristocracia de los *gamoroi* y el *demos* (aliado con la población sícula, los kilirios) para instalarse en esa ciudad, dejando Gela al cuidado de su hermano Terón. Al frente del más importante Estado nunca constituido en Sicilia, trastocó su población: la mitad de la población de Gela fue llevada a Siracusa, Camarina fue destruida, así como Mégara Hiblea, hizo a los aristócratas ciudadanos de Siracusa y el resto de la población fue vendido. Pudo, así, hacerse con una flota y un ejército capaces de hacer frente a los cartagineses, llamados por un tiranuelo local. En el 480 fue la batalla de Hímera: el ejército cartaginés (trescientos mil hombres, al decir de Heródoto) fue separado de su flota (doscientas naves), incendiada, y hubo de rendirse. La leyenda acreció la importancia de una batalla que se quiso datar en el mismo día que la de Salamina. Pero es innegable que la victoria de Hímera tuvo dos consecuencias: rechazó a los cartagineses para lo que quedaba de siglo a sus posesiones en el extremo insular y dio un gran prestigio a la tiranía de los Deiomónidas. Se completó con la victoria de Cumas sobre los etruscos, en el 474, que asentó definitivamente el poderío siracusano.

Los Deinoménidas en Siracusa

La ciudad se extendía entonces por los barrios de Neápolis y Tijé, en el continente, y se fundó una segunda ágora. Se levantaron templos a Deméter, Core y Atenea. Se labró en la roca el primer teatro y la Corte de los Deiomónidas brilló a gran altura. Se cantaban las victorias de sus equipos en Olimpia, en donde se consagraron exvotos como el célebre Auriga de Delfos, cochero en bronce, encargado a un escultor ático por el tirano Polizalo, para conmemorar una victoria pítica. Los poetas Píndaro y Simónides acudieron desde Beocia y Ceos para cantar sus méritos. Esquilo fue también bien recibido y murió en Gela. Finalmente, Epicarmo, nacido en Cos, se convirtió en uno de sus protegidos y creó, a partir de los *komoi* (procesiones burlescas de los campesinos), la comedia, de la que sabemos cuánto provecho sacó Aristófanes.

Ver mapa

«El soberano que gobierna Siracusa, lleno de suavidad para con sus ciudadanos, sin celos de los buenos y admirado como un padre por los extranjeros.»
(PÍNDARO, Pítica 3.124, 6).

Así, la tiranía, con sus muy peculiares características, remodeló profundamente Sicilia en la primera mitad del siglo V. Pero los tiranos fueron víctimas de su éxito y resultaron barridos por los nuevos cuerpos de ciudadanos que habían formado. En la mayor parte de las Ciudades se establecieron entonces regímenes democráticos; en Agrigento, el célebre filósofo Empédocles dominó la vida política de su Ciudad.

Komos. Fiesta con danzas y cánticos [N. del t.]

El conjunto de Sicilia fue sacudido por un nuevo peligro: una revuelta indígena encabezada por el sículo Ducecio, antiguo mercenario que consiguió formar un Estado sículo en el centro de la isla, con capital en Palicia, en la llanura. Entonces despertó la solidaridad de las Ciudades griegas; Siracusa reunió sus tropas, el ejército de Ducecio fue ven-

La revuelta de Ducecio

cido y su jefe, exiliado a Corinto; en adelante, toda Sicilia fue helenizada y Siracusa se conformó como un verdadero Estado territorial, dotándose de una constitución democrática moderada. Pudo hacer frente al asalto de Atenas, del que salió fortificada. Era hora, pues se avecinaban nuevas dificultades.

Ver cuadro sobre Tucídides, cap. XII

EL DESPERTAR CARTAGINÉS

Cartago se transformó durante el siglo V, desarrolló su base agrícola en Tunecia y dispuso de una organización política y de recursos militares más estables. Reemprendió la ofensiva en Sicilia contra las Ciudades limítrofes y eso fue el trágico fin de Selinunte; luego, el de Hímera, en el 409, y el de Agrigento, en el 406. Cerca de 120.000 hombres, según se dice, fueron llevados a la isla y los siracusanos no pudieron, al principio, oponérseles eficazmente.

DIONISIO EL ANTIGUO (405-367)

Un lugarteniente del estratego Hermócrates (el antiguo vencedor de los atenienses), Dionisio, lo aprovechó para hacerse elegir estratego autocrátor, apoyado a un tiempo por el antiguo entorno de Hermócrates y por los elementos populares de Gela; reinaría cuarenta años y aparecería ante los griegos como el tirano por excelencia. En Dionisio hallamos los elementos típicos de las tiranías siciliotas. Surgido de un medio popular, aprovechó las dificultades exteriores, apoyado en una guardia personal y atacando a menudo a los ricos, cuyos bienes confiscaba, liberando a sus esclavos, a quienes hacía *neopolitai* (nuevos ciudadanos), formando así una masa de maniobra de la que supo sacar partido. Aseguró la estabilidad territorial aún mejor que los Deioménidas. Después de tres difíciles expediciones, fijó, en una paz de compromiso con Cartago, la frontera en el Hálico. El resto de Sicilia fue conquistado poco a poco y Dionisio comenzó con la Italia del sur. A pesar de su resistencia, las principales Ciudades de la liga italiota cayeron y únicamente Tarento, gobernada por el sabio Arquitas, y Turios conservaron su independencia. El tirano llevó a cabo una expedición hasta el Adriático y contrató mercenarios celtas: era la mayor potencia del Mediterráneo occidental, tanto más cuanto que Roma, en ese momento, estaba paralizada por las incursiones célticas. Disponía de 400 navíos y se evalúa su ejército de tierra en 50.000 hoplitas y en 10.000 jinetes. Dotó a Siracusa —cuya aglomeración alcanzó cerca de 380.000 habitantes— de formidables fortificaciones en la meseta de las Epípolas, que cerró mediante el fuerte de Euríalo, que se terminaría en el siglo III. Prosiguióse el embellecimiento de la ciudad; el tirano, además, se rodeó de una corte de letrados, aunque los trató mal (Platón se marchó). Tuvo pretensiones literarias.

Ver mapa 7

«He aquí cuál era la situación de Siracusa antes de la marcha de Timoleón a Sicilia... La ciudad cambiaba de dueño sin cesar y, abrumada por sus males, estaba a punto de convertirse en un desierto, en cuanto al resto de Sicilia, una parte se encontraba ya, a causa de las guerras, absolutamente devastada y vacía de ciudades.»
(PLUTARCO, *Vida de Timoleón, I*).

Sin embargo, en Grecia era visto con desprecio; con él adquirió la palabra «tirano» su sentido peyorativo. Se contaban sobre él las más terribles anécdotas. Encerrado en su castillo de la isla de Ortigia, sospechaba de cualquiera como de potencial asesino y se hacía afeitar con conchas por sus hijas, a causa de su temor a la navaja del barbero, etc. Los ejemplos de la locura de Dionisio son abundantes y reflejan, a la vez, la fascinación ejercida en la Grecia de las Ciudades en crisis por su poderío político y el temor de las clases superiores ante la soberbia

indiferencia de Dionisio hacia las jerarquías sociales, de cuyos enfrentamientos se servía. Pero, en eso, no se diferencia mucho de la tradición tiránica siciliota anterior. Sí fue novedad su título de arconte de Sicilia, la noción de un Estado territorial que desbordaba el marco de la *polis*. Pero su empresa no le sobrevivió. Su hijo, Dionisio el Joven, fue un incapaz.

TIMOLEÓN (344-337)

Tras los intentos de las tiranías locales, los siracusanos acudieron a su antigua metrópoli, Corinto, que les envió a un hombre justo, Timoleón, cuya actividad fue asombrosa. La conocemos por Plutarco, que no le ahorra elogios: he aquí a un simple ciudadano, el sabio por excelencia, capaz de exiliar a Dionisio el Joven, de desmantelar la ciudadela de Ortigia, de imponer la paz a Cartago y de dar a Siracusa una constitución censitaria. Reclamó a los proscritos e intentó una última empresa colonizadora apelando a 60.000 colonos llegados de toda Grecia. Y muchas ciudades y comarcas arruinadas por los cartagineses pudieron alzarse sobre sus ruinas. Una empresa original, pues, pero que ya es típica del siglo IV: Timoleón se apoyó en mercenarios y quiso sacar partido de todos los desarraigados de su tiempo. Al mismo tiempo, pareció tentado de llevar a cabo los consejos de Platón y de salvar el ideal de la Ciudad. Pero esos consejos ya estaban superados.

LA SITUACIÓN POLÍTICA A MEDIADOS DEL SIGLO IV

Podemos esbozar un cuadro de las instituciones de las Ciudades de la Magna Grecia, gracias a las tablillas de bronce del santuario de Zeus en Lócride y las tablas de Heraclea, larga inscripción en bronce. Se trata de las cuentas de los templos (créditos y préstamos en el primer caso, arriendo de tierras, en el segundo). Los magistrados y las asambleas de las Ciudades intervinieron para aprobar y controlar esos contratos, lo que nos suministra algunas informaciones. En Lócride había una asamblea *(damos)* y un consejo *(Bôla)*; las magistraturas eran anuales, agrupadas en colegios de tres miembros y el conjunto ciudadano se repartía en tres tribus. En Crotona y Regio había regímenes oligárquicos, con asambleas restringidas a un cuerpo cívico (los Mil, en Regio), sin duda de grandes propietarios.

De todos modos, en todas las Ciudades, incluso de régimen democrático, el peso y la composición de ese *demos* no eran en absoluto los mismos que en Grecia. Los grandes propietarios desempeñaban en ello un papel importante y parecían prestos a aliarse con el exterior para enfrentarse a las dificultades internas. Tarento eligió siete veces al sabio Arquitas como estratego, entre 367 y el 360; pero, de hecho, éste se apoyaba en mercenarios.

La revuelta historia política y la impotencia en conseguir un consenso ya sobre el modelo de Ciudad, ya sobre el de un Estado, no impidieron a estas regiones conocer una notable prosperidad económica hasta el siglo III.

LA PROSPERIDAD ECONÓMICA

La agricultura

Ésta se basa, en primer lugar, en una explotación sistemática de los recursos agrícolas con fin especulativo.

La fotografía aérea y la actividad arqueológica nos han revelado en Metaponto, a cada lado del río Basento, las dos mesetas estriadas por

largas fosas rectilíneas que, sin tener en cuenta los accidentes del terreno, conforman parcelas de 210 a 240 m. de ancho a lo largo de casi diez kilómetros de longitud. La totalidad mide unos 40 km^2. Se trata de parcelas repartidas a los cabezas de familia y destinadas a cultivo. Más allá, una tierra comunal inculta se compone de bosques y pastos. La organización general de este tipo de explotación, tan distinto del que hemos visto en Grecia, se confirma con los silos cercanos a la ciudad de Siris, cubriendo casi 18 Has., y con los muelles próximos a la puerta del canal de Metaponto. Se produce para la venta en gran escala y se almacenan los excedentes. Sabemos, así, que Agrigento abastecía en vino a los cartagineses y que, en la época arcaica, los cereales eran redistribuidos por los corintios. En época clásica no conocemos a los intermediarios, pero los mercados se ampliaron notablemente hacia el oeste y el este. Hay que añadir el pescado seco de Tarento y, sin duda, la lana de los rebaños de los que hablan los textos.

Ver pp. 68 y 149

La artesanía

La producción artesana también está orientada a la exportación: bronces de Regio (quizás el famoso vaso de Vix proceda de allí) y tejidos siracusanos y de Tarento, que hizo su especialidad con los tintes púrpura: los pescadores y los importadores de púrpura estaban exentos de impuestos. Como se ve, las Ciudades eran conscientes de sus intereses y usaban, probablemente, tarifas de preferencia que explican algunas de sus disensiones.

GRIEGOS E INDÍGENAS

Esta orientación de la economía plantea cierto número de interrogantes; y el primero es el de quién cultivaba esas tierras. En los primeros tiempos, probablemente, los indígenas reducidos a servidumbre, como, en Siracusa, los kilirios, empleados por los grandes propietarios, los *gamoroi*. Pero ya hemos visto la política constante de trasiego de poblaciones en Sicilia. La llamada de Timoleón parece probatoria de que, a mediados del siglo IV, se buscaban colonos griegos para cultivar la tierra. Y la arqueología muestra, para esa época, la aparición de granjas diseminadas.

Moneda de Metaponto (siglo IV)

En los diez últimos años se han llevado a cabo muchas investigaciones sobre este particular, lo que ha permitido descubrir alrededor de las grandes Ciudades círculos de pueblos indígenas con sus necrópolis, en las que aparecen a veces hasta dos tercios de objetos griegos. Una parte de la producción de las Ciudades se orienta, pues, a los mercados indígenas. Pero éstos, al helenizarse, guardan su originalidad y vemos, así, cómo se desarrolla en el siglo IV una cerámica ápula de figuras rojas en la que el lugar principal lo ocupan escenas de mimo y comedia y cuyas búsquedas pictóricas se asientan precisamente cuando la calidad entra en declive en la Grecia propia. En el siglo IV, con la multiplicación de las grandes granjas y de numerosos poblados, se esboza un simbiosis entre ciudad y campo, formando los santuarios rurales un círculo intermedio.

La cerámica ápula

LAS CIUDADES

Pero las ciudades siguen siendo el símbolo helénico por excelencia y muchas de estas Ciudades de Occidente lo atestiguan brillantemen-

te. El catastro de la campiña está, sin duda, en relación con la planta ortogonal, que reserva huertos y casas, tal y como se ve en Mégara Hiblea. Pero asombra, sobre todo, el brillante éxito de las construcciones. Las murallas que, desde muy temprano, rodean a cada Ciudad, son mejoradas para llegar al logro final de las fortificaciones del Euríalo, con sus murallas de sillar. Los templos son de los mejor conservados del mundo griego. Así, en Posidonia (Paestum), a la «Basílica» arcaica del 550 se añaden un templo de Atenea, afines del siglo VI, y, a mitad del V, un templo, llamado de Neptuno. De orden dórico, este último, por sus dimensiones y los detalles refinados destinados a corregir las ilusiones ópticas recuerda al Partenón, al que es anterior. También fue en Posidonia donde se descubrieron, en 1970, las tumbas que contenían unas pinturas de extraordinaria lozanía, las más antiguas conocidas del mundo griego (480). En época clásica, Selinunte añadió cuatro templos en su acrópolis, que tenía ya otros tantos. Pero la que nos permite captar la originalidad de este urbanismo es Agrigento. Instalada audazmente en terrazas por pisos, en la ladera de una acrópolis, podía albergar a 200.000 habitantes en las 1.500 hectáreas delimitadas por sus fortificaciones. La terraza más baja se había reservado a los dioses; se construyeron diez templos en el siglo V, con la caliza conchífera de la zona, todos de orden dórico; por su severidad y rigor dan fe de la riqueza y la piedad de la ciudad.

Ver cap. V. III

Ver plano de Siracusa, núm. 7

«Agrigento, la más hermosa de las ciudades de los mortales.» (PÍNDARO, *Pítica*, XII, 1).

Ya se ha visto que las cortes de los tiranos de Siracusa desempeñaron una importante función como foco intelectual, atrayendo a escritores de toda Grecia. Algunas escuelas filosóficas conocieron un brillo particular, como la de Elea. Después de Jenófanes, que negaba toda semejanza entre los dioses y los hombres, Parménides desarrolló la teoría del ser eterno e inmutable. Conocemos su pensamiento por los fragmentos de su poema, cuya forma era la de la teogonía de Hesíodo, pero con un hálito muy distinto. Empédocles, que gobernó muchos años Agrigento, médico, poeta y filósofo, escribió unos cinco mil versos y, entre otros, un poema sobre la naturaleza. Asoció el Eros cósmico, que para él era el amor *(philotes)* y la discordia, a los cuatro elementos de los milesios, negó los dioses antropomórficos y parece que influyeron en su modo de vida las corrientes pitagóricas.

EL BRILLO INTELECTUAL

«Entre nosotros, la gente eleática salida de Jenófanes, y aun de más atrás, no ve la unidad sino en que ésta designa al Todo y en ese sentido prosigue la exposición de sus mitos.» (PLATÓN, *Sofista*, 242 d.)

El pitagorismo, que parece haber ejercido una gran influencia, es difícil de captar. Conocemos, por unas laminillas de oro inscritas halladas en tumbas de Turios y Petilia de los siglos IV y III, unas invocaciones para conducir al difunto al otro mundo. Se acercan a las doctrinas místicas y populares surgidas del orfismo. Pero no discernimos bien su vinculación con la secta política de los discípulos del maestro que había dominado el gobierno de algunas Ciudades en el siglo V. Se diferenciarán las matemáticas, orientadas hacia las búsquedas científicas que intentan hallar en el universo relaciones numéricas, y la otra tendencia, más vuelta hacia la ascesis (rechazo de la carne y pureza en las costumbres) y el misticismo. Conocemos a los pitagóricos por la obra de Jámblico *(Vida de Pitágoras)*, en el siglo III de la Era, y por innumerables

Ver fin del cap. VIII

«Como dicen los pitagóricos, el todo y toda cosa se hallan delimitados por el número tres, pues el fin, el medio y el principio caracterizan al número del todo y eso es lo que define el trino.» (ARISTÓTELES, *De Caelo*, A ^{1}, 268, a10)

alusiones de los autores antiguos a partir del siglo IV; pero es difícil averiguar la parte de su verdadero papel en cuanto se les atribuye.

II. EL EXTREMO OCCIDENTE Y ÁFRICA

Ver mapa 10

La aventura focense fue muy distinta de la de los griegos en Italia y Sicilia. Las tierras por explotar no eran ricas y se orientaron al comercio. Pero el Mediterráneo occidental lo surcaban también etruscos y cartagineses. Excavaciones recientes muestran que nunca se impuso ningún monopolio y por ello mercancías de orígenes diversos se encuentran tanto en las islas mediterráneas como en las costas de España y Francia. La batalla naval de Alalía (Aleria) enfrentó, en el 535, a focenses contra etruscos y cartagineses pero la victoria de los primeros no supuso la eliminación de las flotas de los otros.

AMPURIAS Y ALERIA

Los principales puntos de apoyo focenses eran Marsella, Aleria (Córcega), Ampurias (España) y Velia (Italia). Tras las caída de la metrópoli, a manos de los persas, los focenses se refugiaron en sus antiguas fundaciones. Éstas conocieron una gran prosperidad en la época clásica. Ampurias creció y abandonó la ciudad antigua (Paleópolis), situada en una islita, para instalarse más ampliamente en tierra firme, en donde las excavaciones han descubierto el perímetro y los muros de trazado regular. Las importaciones áticas continuaron a lo largo de todo el siglo V. En Aleria, las necrópolis recientemente descubiertas han suministrado magníficos vasos áticos y objetos púnicos. Las corrientes griegas continúan, prácticamente, hasta el 340 y se ha pensado si estos puertos focenses no serían puertos francos, lo que explicaría la variedad del material reunido y su prosperidad en época clásica.

MASSALIA

El caso de Marsella es algo diferente y los hallazgos de los últimos años han renovado el interés por la ciudad y sus relaciones con el mundo indígena de los celtoligures.

La topografía

Ver plano 32

La topografía de la ciudad antigua se conoce mejor desde las excavaciones de la Bolsa, en 1967. El mar penetraba más en la tierra de lo que lo hace en el viejo puerto actual; en el extremo de la rada, bordeada por un pantano, construyeron los griegos en el siglo IV una calzada que entraba en la ciudad, asentada sobre las colinas actuales de Saint-Jean, Trois Moulins y des Carmes, al norte del Puerto Viejo. La fuente de agua pura, dedicada al héroe Lacidón, fue canalizada en el siglo III y, luego, se construyeron las sólidas murallas que cerraron la península y de las que nos quedaron la puerta principal y algunos fragmentos de lienzos. En el siglo II se construyó el primer muelle y, en el I, toda el ala del puerto fue encajonada entre sólidos muelles que hacen de Marsella uno de los raros ejemplos de puerto griego conservado. Fuera de la zona portuaria queda bastante poco: unas gradas de un teatro, un bello capitel jónico que sin duda procede del templo de Atenea y unas estelas de ofrendas a Artemisa.

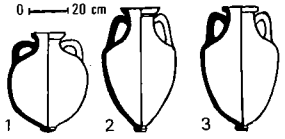
Estas informaciones se corresponden bastante bien con la descripción de Estrabón, que nos da, también, preciosas indicaciones sobre las instituciones. Marsella consevaba instituciones de tipo oligárquico, con un consejo de seiscientos «timucos» elegidos vitaliciamente y dos delegaciones, más restringidas, de quince y de tres miembros. Para participar en ellas era preciso ser ciudadano de tres generaciones y poseer una renta determinada. Las costumbres eran austeras y estaban prohibidos los espectáculos de mimo, así como los cultos orientales. Pero se conservaron los cultos jonios, el de Apolo Delfinio, el de Artemisa Efesia y el de Atenea. Aislada en un medio indígena, la Ciudad defendió su originalidad.

«Ocupa un terreno rocoso y su puerto se extiende al pie de un acantilado en anfiteatro, orientado al sur y está provisto, como la ciudad misma, que tienen considerables dimensiones, de sólidas defensas... Los masaliotas tiene una constitución aristocrática, la mejor regulada de todas las de esta clase.» (ESTRABÓN, IV, 1-5).

Menos información tenemos sobre la historia de la ciudad y su expansión. La expresión «dominio masaliota» es, por otro lado, ambigua. Marsella era un *emporion* sin terreno agrícola inmediato (salvo, acaso, el valle del Huveaune, de escaso rendimiento). Pero los textos nos hablan de fundaciones masaliotas (Olbia, Niza, Antípolis) en la costa, añadidas a antiguas fundaciones ibéricas (Ampurias). Por otro lado, antes de la conquista romana Marsella habría heredado una parte del territorio de los voconcios (el valle bajo del Durance). Los datos arqueológicos resultan a veces de difícil interpretación. Sólo Olbia ha dado los restos bien cuadriculados de una ciudad griega del siglo III. En Glanum, al pie de los Alpillos, unas casas helenísticas preceden a la ciudad romana sita cerca del santuario, en donde se acuñaron monedas; pero acaso la ciudad fuese independiente. Finalmente, el yacimiento de Saint-Blaise, que domina el Golfo de Fos, muestra un extraordinario recinto griego de 13 kilómetros que no cede en esplendor salvo ante el de Siracusa. Pero la ciudad que encierra suministra cerámica celtoligur. Así se plantea claramente el problema del «Imperio» masaliota y de sus límites territoriales propiamente dichos. Es innegable que la Ciudad masaliota ejerció influencia cultural (las primeras inscripciones celtas están escritas en caracteres griegos), aunque resulta difícil de medir y fechar. Es probable que la influencia del urbanismo, con las nuevas plantas ortogonales visibles en Ensérune, Agde o Entremont, sea tardía. De hecho, las investigaciones recientes ponen más en valor la parte del mundo indígena. Si bien las monedas masaliotas circularon ampliamente, la cerámica común gris que se creía importada de Jonia fue tempranamente imitada y fabricada «in situ».

La expansión

Ver mapa 8



Tipos de ánforas masaliotas-1. Ss. VI-V 2-3. Ss. IV-III. Según J. P. JONCHERAY, *Cahier d'archéologie subaquatique*, Fréjus, 1976.

¿Cuál fue, entonces, la función de Marsella? Básicamente, la de un mercado de redistribución de productos llegados del interior (hierro, salazones, trigo y esclavos) —y, a veces, desde muy lejos, como el estaño de Gran Bretaña— y que se reexpedían a Grecia, y de productos llegados de Grecia y de Italia, para venderlos en el interior. Muchos pecios del litoral mediterráneo francés (ciento dos ya en 1975) están llenos de ánforas masaliotas. También es innegable que la Ciudad cumplió funciones de modelo. Su escuela de leyes y de medicina atraía desde muy lejos. No obstante, no hay que olvidar que un hallazgo de objeto griego (como el que se acaba de descubrir en Arles) no es sinónimo de in-

Su función

fluencia y el ejemplo del culto celtoligur de Entremont, con sus cabezas cortadas y sus esculturas de guerreros, a mitad del siglo II, nos recuerda la presencia de las tradiciones indígenas y su resistencia a la influencia clásica.

La historia económica de Marsella misma sufrió algunas fluctuaciones. Tras un fecundo siglo VI, parece borrarse en el V y Atenas la sustituye en los mercados tradicionales (Ampurias, Aleria). El empuje de los celtas, que la habría aislado de su ruta del estaño, pudo ser el responsable. La vemos recuperarse a comienzos del siglo IV, con nuevas emisiones monetales y hay un brillante período que prosigue hasta el 50 a. de C. Según la tradición, los exploradores Eutimenes y Piteas cruzaron las Columnas de Hércules. Uno bajó hasta el Senegal y el otro fue hasta Gran Bretaña e, incluso, Islandia (la misteriosa Tule), sin duda, en el siglo IV. Pero los comerciantes marselleses no pudieron mantener siempre la prudente neutralidad que practicaban y César tomaría la ciudad, tras un difícil asedio.

CIRENE

La historia de Cirene es, también, la de una Ciudad griega perdida en medio de un territorio indígena, y que mantuvo relaciones constantes con el mundo griego. Pero siempre estuvo a la defensiva ante los pastores libios.

Ver cap. V. III

Sita a seiscientos metros de altura, al borde de la meseta libia, esta fundación de tereos y rodios vivió, tras su difícil comienzo, una gran prosperidad. Fue gobernada hasta el 440 por la dinastía de los Batíadas, que, desde Arcesilao III, evolucionó hacia un régimen tiránico que tuvo a raya a los grandes propietarios. El comienzo del siglo V, bajo el reino de Bato IV, fue un período de gran prosperidad; los santuarios se enriquecieron con ofrendas, las acuñaciones cobraron amplitud y se construyó un gran templo dórico a Zeus. La política exterior fue prudente: buena vecindad con los cartagineses y Egipto; el tributo parecía un símbolo liviano del control persa. Cirene intentó controlar a las principales Ciudades griegas de la meseta. Euhespérides, al oeste, y Barce (Ptolemais), lo que parece logró hacia el 480. Su puerto, Apolonia, estaba a quince kilómetros y mantuvo relación constante con los pueblos del interior, que explotaban el suelo. Una parte de sus recursos (madera y trigo) se exportaba, lo mismo que el silfio, planta medicinal que desapareció en época romana.

Los Batíadas cayeron en el 440, tras el reinado de Arcesilao IV, conocido por Píndaro, que cantó sus victorias píticas. Conocemos mal las instituciones, cercanas a las de Esparta, que sustituyeron a la monarquía, pero la aristocracia representó un importante papel durante el siglo IV. La prosperidad de la Ciudad ha sido confirmada: el caserío está cruzado por una vía monumental y la estatuaria ha dado allí muestras notables, mientras que en las necrópolis aparecen tumbas con cámaras decoradas con motivos arquitectónicos muy originales. En el 330, Cirene podía distribuir a una cuarentena de Ciudades griegas casi 40.000 Hls de cereal para luchar contra la carestía. Su prosperidad se fundaba, pues, en bases distintas que las de las Ciudades focenses: la explotación

de la tierra. Su originalidad cultural se mantuvo y fue sede de una célebre escuela de matemáticos.

III. LAS CIUDADES DEL PONTO-EUXINO

Cf. cuadro colonial del cap. V

Las regiones pónticas de época clásica han sido rehabilitadas por las investigaciones realizadas en los dos últimos decenios. Las colonias fundadas por los griegos en época arcaica quedaron cortadas de su madre patria por la invasión persa. Tras las Guerras Médicas, fue Atenas quien reemprendió esas relaciones privilegiadas. Pero hay que distinguir regiones geográficas.

Ver mapa 26

EL BÓSFORO TRACIO Y LA COSTA MERIDIONAL

En el Bósforo tracio, Atenas ocupó el lugar de los persas e incluyó a Bizancio en el Imperio; mantuvo buenas relaciones con el reino odrisio, sito entre el Bósforo y el Danubio. En la costa sur, Sínope, Trapezunte y Heraclea llevaron una existencia bastante próspera, basada en parte en la exportación de salazón de pescado, madera y en la explotación agrícola de sus pequeños territorios. Reexportaban también cobre y hierro del Cáucaso. Heraclea del Ponto fundó, incluso, en 422, una colonia en el Quersoneso de Crimea.

LAS COSTAS SEPTENTRIONALES

Pero fueron las costas septentrionales las que experimentaron una evolución más interesante. Allí los griegos estaban en contacto con las poblaciones escitas. Heródoto designa con este nombre a las tribus que se movieron del Danubio al Cáucaso y nos dejó una viva y animada descripción del modo de vida de estos nómadas, agrupados en tribus. A lo largo de los siglos V y IV se constituyeron Estados greco-bárbaros.

Así, el reino del Bósforo cimerio, con la ciudad de Panticapea, que englobaba la parte oriental de Crimea (Quersoneso táurico) y la orilla continental opuesta. El rey, de origen tracio, tomaba el título de arconte del Bósforo y mantuvo con Atenas relaciones amistosas (en el siglo IV, estos reyes recibieron la ciudadanía ateniense). Tal y como nos muestran las inscripciones, los atenienses disfrutaban de privilegios fiscales y llevaban allí, hasta mediado el siglo IV, aceite, vasos (y de ahí el nombre de «estilo de Kertch» dado a la cerámica ateniense de figuras rojas del primer cuarto del siglo IV; pues, en efecto, su mayor número se halló en la península de Kertch).

«Respecto de la carta enviada por Espartoco y Parisades y de las noticias traídas por sus enviados, respóndaseles que el pueblo ateniense alaba a Espartoco y Parisades porque le son favorables y porque han prometido procurar enviar trigo como lo procuraba su padre y realizar los servicios que les pida el pueblo; que se ruegue a los enviados que les notifiquen que, en tales condiciones, no tendrán problema alguno con los atenienses.»
(Decreto de los atenienses en honor de los reyes de Panticapea, 346, M. N. TOD, *Sélection...* 167).

Quersoneso

Al sur de la península, la ciudad de Quersoneso logró pronto su independencia y nos ha permitido estudiar un ejemplo de explotación de la *khora* particularmente interesante. En un primer momento, las parcelas, de forma alargada (península de Majaciu) y con igual orientación que las calles urbanas, tienen pequeñas dimensiones, de 4 a 5 Has. de media. Luego, hacia fines del siglo IV y comienzos del III, el territorio agrícola cubre 12.000 Has. Los *kleroi,* de 26 Has. cada uno, están bordeados por cercas de piedra entre las que pasan los caminos; con frecuencia, en un ángulo se emplaza la granja (se han reconocido 149). Están dedicadas en un 44 por 100 de superficie al viñedo, cuyos surcos, rigurosamente alineados, se han encontrado. Se trata, pues, de una ver-

Ver mapa 27

dadera colonización agraria organizada por la ciudad. 1.600 Has parece fueron de la Ciudad y el resto de propietarios privados que vivían en ella y que hacían trabajar la tierra a esclavos (las regiones pónticas eran depósitos de esclavos) o a habitantes sujetos a la tierra (por ejemplo, en Heraclea del Ponto, en Anatolia). Estos lotes requerían una mano de obra importante y el tamaño de las granjas parece haber previsto el alojamiento del personal. Quersoneso, tras haber ocupado la parte occidental de Crimea, acabará por sucumbir a los golpes escitas en el siglo II.

Olbia

El caso de Olbia es algo distinto; la ciudad, que parece tenía vínculos privilegiados con los poblados agrícolas, se desarrolló paulatinamente, con dos períodos de expansión: el siglo V y la primera mitad del IV y desde fines del IV hasta finales del II. Una densa red de vías terrestres y náuticas facilitaba las relaciones con los indígenas y se formó una clase de terratenientes acomodados grego-escito-sármatas, lo que no impidió la caída de la ciudad ante los escitas.

Los escitas

En realidad, la presencia de los escitas y el desarrollo de sus relaciones con los griegos es uno de los elementos particularmente interesantes de este período. Las grandes tumbas (kurganes) de los jefes escitas, monumentos en que se amontonaban caballos y personas sacrificados, han dado magníficos objetos de metal precioso (copas, vainas de espada, aljabas), con temas escitas (guerreros con sus arcos, captura de caballos salvajes, explotación de rebaños) o griegos (Atenea, mito de Apolo). Su factura hace pensar a menudo en artistas griegos, pero como quiera que también poseemos magníficos objetos de fabricación escita (broches de cinturón), no se excluye que pueda tratarse de artistas escitas que hubiesen aprendido a trabajar ciertos temas en Ciudades griegas. En todo caso, se trata de encargos y se ve que, en esta regiones, los mercados estaban mucho más claramente demarcados que en Grecia. La agricultura, deliberadamente enfocada a la exportación, se organizó en gran escala, con almacenes, cubas y grandes prensas; las manufacturas importadas tenían un amplio mercado interior, tanto en las ciudades griegas como en las tribus escitas.

IV. CONCLUSIÓN

LA CIUDADES COLONIALES

A orillas del Mar Negro hay problemas idénticos a los de otras regiones. En conjunto, pueden distinguirse las Ciudades coloniales que poseían una *khora*, que tendían a ampliar, de aquéllas en que predominó la función de *empirion* (Marsella, Regio); en el primer caso, la planta de la ciudad es a menudo ortogonal y está ligada a la orientación de las parcelas. En los siglos IV y III, esas Ciudades tendieron a ampliar su *khora* y a desarrollar su agricultura en un sentido conscientemente mercantil. Este tipo de explotación plantea el problema de la mano de obra. Para Sicilia, helenizada en esa época, se ha intentado pensar en griegos venidos del exterior; pero para las restantes ciudades no puede tratarse

sino de un aumento de la población servil o del empleo de población indígena semiservil. El problema no está aún resuelto.

De todos modos, esa orientación favoreció a una clase urbana (compuesta en parte por terratenientes) que controlaba la redistribución de esas mercancías y, en muchos casos, dominaba políticamente las ciudades. Los vínculos con las poblaciones indígenas fueron complejos. Los productos griegos circularon a menudo hasta muy lejos, aunque no necesariamente los mercaderes. Las elites fueron sensibles a la cultura griega, pero las características originales de las culturas indígenas vivieron con fuerza apreciable. Incluso, en los siglos III y II, se asistió a una recuperación de agresividad y a una reestructuración de las tribus como si, en un efecto de rebote, el modelo político y la opulencia de las Ciudades griegas hubiese suscitado el nacimiento de un nacionalismo que no existía sino en estado latente.

El último asunto que habría que plantear es el de la ligazón entre la evolución de estas regiones y la historia política del mundo griego. No hay corte en el momento de las Guerras Médicas ni cuando la expedición de Alejandro; la expedición a Siracusa tampoco alteró el ritmo de la historia de Sicilia. Pero una mutación económica, visible a comienzos del siglo IV, abrió un período particularmente próspero para estas regiones. Pero, más que ver en ello una consecuencia del debilitamiento de Atenas ¿no habría que pensar que la organización del Imperio ateniense, al hacer evolucionar las estructuras económicas, al facilitar la intervención de la moneda, abrió un nuevo período de intercambios, enteramente independiente del mantenimiento o no del Imperio? Esta actividad descansaba sobre una clase distinta a la aristocracia terrateniente tradicional, clase que se expandió por las ciudades coloniales y que prefiguró a la rica burguesía helenística; ella fue quien, en la Italia del sur, dará pronta acogida a los romanos. Por el contrario, la masa del *demos* se componía de una población mezclada, a menudo desarraigada e incapaz de garantizar la supervivencia de un nacionalismo griego, aunque deseosa de conservar las ventajas de éste. Todas estas Ciudades aisladas se fundirían, finalmente, en el medio que las rodeaba y perderían el uso de su lengua helénica. De su extraña aventura únicamente la arqueología conserva el testimonio, a menudo brillante.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

P. LÉVÊQUE, *La aventura griega*, cit., concede amplio espacio a estos problemas (págs. 202 y ss., 272 y ss., 347 y ss., 484 y ss.). Complétese con su excelente *Nous partons pour... la Sicile* (reed. 1976). Sobre la Grecia de Occidente, E. WILL, *Le Vème siècle*, cit., págs. 150-191 y J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo...*, (cf. p. 5) pp. 150-191. No hay que olvidar la importancia de ciertos textos clásicos. HERÓDOTO, *Historias*, Libro IV; JENOFONTE, *La Anábasis* y dos discursos de DEMÓSTENES *(Contra Leptino* y *Contra Formión)*, para las regiones pónticas. Para

la Galia, véase el exhaustivo censo de P.-M. DUVAL, *Les sources de l'histoire de France des origines à la fin du XVe. siècle,* I, París, 1971.

Añadir a las obras indicadas en el cap. V (VALLET, VILLARD, WASOWICZ, *Problèmes de la terre..., Convegno...)* F. CHAMOUX, *Cyrène et la monarchie des Battiades,* París, 1953.

Se ha escrito un gran número de artículos sobre la Ciudad y su territorio. Véase su bibliografía en R. MARTÍN, *L'Urbanisme...,* cit., 2.ª ed., parte IV, «Nouvelles recherches», que repasa los problemas de la *khora* y de las relaciones con el urbanismo (págs. 289-331) en el oeste y en el este.

Las excavaciones de *Aleria* fueron publicadas por J.-J. JEHASSE en un suplemento de *Gallia,* en 1973. No hay una publicación exhaustiva sobre Marsella. Algunas indicaciones, en A. VILLARD, *Histoire de Marseille,* 1973. Pueden consultarse también M. CLAVEL-LÉVÊQUE, *Marseille grecque,* Marsella, 1977. J.-P. MOREL, «L'expansion phocéene en Occident», *BCH,* 1975, da el estado sobre el conjunto de las investigaciones en Occidente, 1966-1975.

Sobre los escitas puede verse también el catálogo de la exposición del Grand Palais de París, *Or des Scythes,* Secrétariat de la Culture, edición de los Museos Nacionales franceses, 1975.

CAPÍTULO XIV

La economía en el siglo IV

Tradicionalmente se entiende por siglo IV el período comprendido entre el final de la Guerra del Peloponeso (404) y la muerte de Alejandro (323). Sin embargo, si bien estos cortes cronológicos son justificables en el plano político, ya hemos visto, al estudiar las corrientes artísticas o religiosas que la evolución esbozada prosigue hasta comienzos del siglo III. Hasta cierto punto sucede igual con la historia económica, si es que podemos hablar de historia económica para la Grecia antigua, cosa de que algunos dudan. Problema que ha de ser abordado en su conjunto.

I. ANTIGUOS Y MODERNOS FRENTE A LA ECONOMÍA GRIEGA

El uso del término «oikonomía»

La palabra economía viene del griego «oikonomía», que significa la gestión de la propiedad en sentido amplio (gestión, administración, organización). Puede igualmente aplicarse a una posesión familiar o a los asuntos de la Ciudad. Ese primer sentido fue el de la obra de Jenofonte, *El Económico:* a fines de siglo, los tres libros de la escuela aristotélica titulados de este modo trataban de las relaciones familiares y de los problemas presupuestarios (reparto de los recursos fiscales en la monarquía con un surtido de algunos conocidos expedientes puestos en práctica por los poderes en dificultades financieras); se hablaba de «economía» cuando se hablaba, simplemente, de las relaciones del hombre y la mujer, del amo y los esclavos o de los problemas fiscales. De todos modos, a los ojos de los griegos era una categoría secundaria. Pero por el tratado sobre los *Ingresos,* de Jenofonte, vemos que el siglo IV se interesó por la circulación y por la producción de bienes, bien fuese al nivel familiar o al de la Ciudad y de los reinos; esto es, por la economía, sea

«Nos pareció que el nombre de economía era el de una ciencia, a la que definimos como la que procura los medios para acrecer una casa. Por casa hemos entendido el conjunto de cuanto se posee y hemos llamado posesión a lo que a cada cual le resulta útil para vivir; y, por último, hemos calificado de útil a toda cosa de la que se sabe obtener provecho.»
(JENOFONTE, *Económico,* VI, 4).

cual sea la ambigüedad que la palabra encierre para nosotros. Aristóteles, en la *Política,* analizó la economía para condenar inmediatamente aquélla que tiene como fin la acumulación de riquezas y permitir la fructificación del capital; esto es, la crematística.

Economía e historiografía

Por desgracia, las primeras tentativas para integrar la dimensión económica en la historia griega estuvieron, en el siglo XIX, fuertemente marcadas por las tendencias modernistas de la escuela alemana, para la cual la evolución griega podía calcarse sobre la del siglo XIX europeo, *A contrario*, los sociólogos, tras Max Weber, intentaron subrayar la originalidad de la Ciudad griega, Ciudad de consumidores (y no de productores) y el papel de la guerra como motor en la redistribución. Las Ciudades no se preocuparon sino de su aprovisionamiento en trigo y materias primas indispensables para la formación de su flota, y no de sus exportaciones.

«La agricultura es la mejor, porque es justa, pues no se realiza a costa de los hombres, sea voluntariamente, como es el caso del comercio o de los trabajos asalariados, sea involuntariamente, como es el caso de la guerra.» (Pseudo-ARISTÓTELES, *El Económico.* 1343a, 27-30).

Finalmente, A. Aymard y, luego, J.-P. Vernant, P. Vidal-Naquet y P. Veyne esclarecieron los factores no económicos que pesaban sobre los engranajes de la sociedad antigua y subrayaron la permanencia de los valores aristocráticos que determinaban una jerarquía en las ocupaciones; el ideal era el del propietario de tierras libre, capaz de autosuficiencia, siendo el tiempo libre la condición normal del hombre afortunado; la imagen del joven ejecutivo agobiado fue ajena al espíritu griego, *como se lo fueron* las virtudes positivas que el mundo industrial sitúa en las palabras «producción» y «rendimiento». En la ética del griego de antaño, la guerra era un medio de adquisición mucho más defendible que el comercio.

Los antropólogos y el lugar de la economía en la sociedad

Con K. Polanyi, la historia griega se integró en la de las sociedades no mercantiles y el esquema marxista de los tres estadios de la sociedad (esclavismo, feudalismo, capitalismo) quedó rechazado. Retomando y sobrepasando su propósito, los marxistas de la nueva ola subrayan que, si bien los vínculos de religión y parentesco son, en efecto, a menudo, mecanismos determinantes en las sociedades precapitalistas, no desempeñan una función dominante sino cuando aseguran la función de relación de producción.

Estos problemas fueron objeto de un debate publicado en *Annales E.S.C.*, 1974, 1311 y ss.

El alcance de la historia económica

Hay, desde luego, que reconocer que esta reflexión metodológica había sido poco tenida en cuenta por los historiadores franceses. En el período entre guerras, los manuales admitían implícitamente las teorías modernistas de la escuela alemana (como el de G. Glotz). Después de los años 50, el corte entre las distintas especialidades (arqueología, epigrafía, historia, numismática) se acentuó. No obstante, con paciencia, E. Will intentaba subrayar la debilidad de las posiciones modernistas y de recopilar la documentación real disponible para la historia económica. En los años 60 aparecieron los trabajos de G. Vallet y F. Villard, que aportaban la contribución de los arqueólogos sobre el Occidente griego. Para el siglo IV, M. Rostovtzeff había intentado basar las dificultades políticas y sociales de Atenas en la crisis de su economía: la Guerra del Peloponeso habría provocado la concentración de las fortunas muebles y la competencia de la producción cerámica en el

nuevo mundo, la pérdida de sus mercados exteriores: de donde una depauperación y una acentuación de la lucha de clases. C. Mossé retomó algunos temas en su tesis sobre Atenas, en 1962. Tal cual, este análisis no ha resistido una crítica minuciosa de los hechos (llavada a cabo por M. I. Finley) y la misma Mossé la ha reformado notablemente en su reciente manual: la clase de los pequeños propietarios será aún ampliamente predominante en Atenas hasta fines del siglo IV. La economía ateniense no descansaba sobre sus exportaciones ni, por ende, sobre sus mercados exteriores. A falta de una síntesis aún imposible, no daremos aquí sino algunos elementos de una historia cuyo hilo conductor no se aprecia con claridad.

II. LA CIRCULACIÓN DE BIENES

En el siglo IV se manifiesta una mayor movilidad de la fortuna. Una doble serie de documentos nos ilustra sobre la situación en Atenas: los alegatos civiles de los oradores áticos (Lisias, Iseo, Demóstenes) y las inscripciones de los mojones hipotecarios *(horoi)*.

¿De dónde procede la fortuna de los ciudadanos? Iseo nos ayuda a imaginarlo: su discurso «Sobre la sucesión de Filoctemo», fechado entre el 365 y el 363, enumera los siguientes bienes: un campo (7.500 dracmas), un establecimiento de baños (3.000), una hipoteca de 4.400 dracmas sobre una casa de ciudad, cabras y un cabrero (1.300), cuatro mulas (1.350) y esclavos artesanos por valor no precisado; esto es, sobre un capital de más de 18.000 dracmas (tres talentos), 10.150 representan el capital agrícola. Otro discurso, «Sobre la sucesión de Hagnias», nos da 1.500 dracmas de ingresos inmuebles anuales (alquiler de tierras y casas), cobros en especie (animales, cebada, vino, frutas) y 1.720 dracmas de ingresos muebles (préstamos con y sin intereses).

Estos ejemplos nos muestran que la tierra, si bien ya no ocupa la posición tan ampliamente predominante que venía teniendo en la fortuna de los ciudadanos acomodados, conserva aún un lugar fundamental y alimenta a su propietario; además, cambia de mano más fácilmente. La concesión de la *enktesis*, rara aún en el siglo V, se multiplica por entonces, lo que implica la existencia de tierras en venta. Hay gentes acomodadas a quienes satisface tener en tierras una parte de su fortuna (como al banquero Pasión), sobre todo cuando las minas del Laurion son poco explotadas o cuando la política exterior hace más difícil el aprovisionamiento. La tierra es una garantía apreciada en los préstamos: en la época de la Guerra del Peloponeso aparecen los mojones hipotecarios cuyo número aumenta en el siglo IV. Por otro lado, si es cierto que se imponía, al menos moralmente, una prohibición de vender los bienes patrimoniales, las adquisiciones suplementarias no estaban afectadas por ella. Verdad que tal cosa no debía de concernir sino a superficies pequeñas, pero incluso tal restricción decayó en Esparta en el siglo IV.

Las consecuencias de esta mayor movilidad de la tierra no son muy

LISIAS (h. 459-h.380). Hijo del metec Céfalo, siracusano amigo de Pericles y propietario, como se dijo, de una fábrica de escudos. Demócrata ardiente, fue proscrito por los Treinta, en el 404, se libró por poco de la muerte y perdió su fortuna. Vuelto en el 403, redactó entonces discursos como logógrafo, sobre asuntos públicos y privados.

LA NATURALEZA DE LAS FORTUNAS

Un talento = 60 minas = 6.000 dracmas.
Una dracma = 6 óbolos.

LOS PROBLEMAS DE LA TIERRA EN ATENAS...

Ver cap. XII, II

Énktesis. Derecho a adquirir bienes raíces. Como agradecimiento por los servicios prestados, este derecho podía ser concedido sin ir acompañado del de ciudadanía.

D. Asheri distingue los regímenes moderados, agrarios, preocupados por mantener el control de los *oikoi* y de las herencias y las constituciones extremosas (democracias radicales, como Atenas u oligarquías estrechas, como Esparta), que abolieron las distinciones de estatuto entre el bien patrimonial y las adquisiciones personales. *(Historia.* XII, 1963, págs. 1-21).

perceptibles, quizás porque el fenómeno fue limitado. El éxodo rural es seguro, pero no cuantificable; el desarrollo de una gran propiedad es hartamente dudoso: la estimación de una posesión considerada como excepcionalmente grande, la de Fenipo, asciende a 40-60 Has.; pero los bienes vendidos por la Ciudad o hipotecados apenas sobrepasaban las 13 a 15 Has.; Diceógenes (ver Iseo) tenía 6 Has. De hecho, la gran explotación no existía y, sin duda, la gran propiedad, tampoco, salvo alguna excepción. ¿Aumentó el número de los sin tierra? 5.000 ciudadanos no la tenían en el 403 y 10.000 aceptaron marchar a Tracia en el 322; entonces 12.000 (Plutarco) o 22.000 (Diodoro) poseían menos de 2.000 dracmas, es decir, 2 Has. de tierra corriente.

Autorgós que trabaja (la tierra) por sí mismo.
[N. del t.]

Eisforá. Ver cap. XV, III

¿Se dio, paralelamente, un aumento de la explotación indirecta y del trabajo servil? El *autourgós*, pequeño campesino propietario, era aún predominante, pero en nuestros textos casi no aparece sino a propósito de su desgana en pagar la *eisforá,* pues atravesaba por verdaderas dificultades. Se mencionan arrendatarios en muchas ocasiones: cultivaban los bienes sacros, las tierras públicas, los bienes de los menores o de las epicleras. G. Glotz pensaba que su número había crecido en el siglo IV, pero únicamente en esas categorías (¿por qué?), puesto que un hombre libre rechazaría ser arrendatario de un particular, salvo en casos de extrema necesidad. De hecho, el arriendo no concernía a menudo sino a una parte de las tierras que se explotaban y no creaba una categoría particular.

Epiclerado. Ver cap. VI, II

«Aún no hacía cinco días que había comprado el campo cuando se lo arrendé a Calístrato: fue en el arcontado de Pitodoro; lo cultivó durante dos años... En el tercero fue Demetrio, aquí presente, quien lo trabajó. Al cuarto, se lo alquilé a Alcias, liberto de Antístenes, que ya ha muerto. Los tres años siguientes el arrendatario fue Proteas... Desde entonces lo trabajo yo personalmente.»
[LISIAS, *Sobre el olivo sagrado,* 9-11 (el discurso se fecha h. 397-396].

Queda el problema de la mano de obra. Las listas de manumisiones del 340 al 320 no dan sino 12 cultivadores, sobre 79 esclavos de profesión conocida. Pero el campesino era poco proclive a manumitir al esclavo con quien trabajaba y que legaba a su hijo como parte no desdeñable de su capital. Hay documentos que muestran la existencia de *misthôtoi,* asalariados libres; pero esta situación se contempla excepcionalmente y como debida a las miserias de la guerra.

Así, la tierra, en Atenas, pasó, desde luego a otras manos, pero sin que ello comportase un trastorno de las estructuras políticas y sociales como en Esparta.

... Y EN ESPARTA

Ver cap. VII, I

Dos textos nos informan del grave desequilibrio en el reparto de bienes raíces en Esparta: «Unos llegaron a poseer una fortuna excesivamente grande, mientras que otros no tenían sino una muy pequeña; también la tierra pasó a estar en unas pocas manos», nos dice Aristóteles *(Política,* II, 1270a). Atribuye la responsabilidad al derecho a dar y a legar, lo que permitía a las mujeres, a través de la dote y del epiclerado, poseer «los dos quintos, aproximadamente, del país». Plutarco *(Vida de Agis,* V) alude a una situación que ya era dramática en el siglo III, a consecuencia de una rhetra del siglo IV debida a un éforo, Epitadeo, que permitió desheredar al hijo dando o legando el *oikos* y el *kleros* a quien se desease. Es posible que Epitadeo no existiese nunca, pero ambos testimonios son acordes. El *kleros* quizás no pudiese ser vendido, pero, mediante el recurso a la hipoteca (que fue, quizá, primeramente sobre los frutos de la tierra), se introducía la venta disfrazada: los reyes

«... cuando llegó a éforo un hombre poderoso, presuntuoso y desagradable, llamado Epitadeo... redactó una rhetra autorizando a dar a quien se quisiese el *oikos* y el *kleros,* bien en vida o mediante testamento... Los poderosos se pusieron a comprar tierras sin escrúpulos, desplazando a los legítimos

estaban lejos de poder controlar las adopciones con el fin de mantener el número de hogares ciudadanos.

herederos: y rápidamente afluyó la riqueza a manos de unos pocos y la Ciudad cayó en la miseria...» (PLUTARCO, *Vida de Agis*, 5)

Incluso Esparta, pues, hubo de acomodarse a una evolución de las costumbres y se admitió que el *kleros* pudiese ser objeto de transacciones y de divisiones de su transmisión. Las guerras externas explican parcialmente esta evolución: contactos con otros modos de vida, botines que generaban el gusto por la riqueza y desaparición de un cierto número de ciudadanos. Por otro lado, la pérdida de Mesenia en el 370 pudo hacer dramática la situación de los ciudadanos allí asignados. Los resultados fueron graves y más aún si la Ciudad siguió preconizando una política natalista para restaurar el elenco ciudadano; aparecieron la poliandria (una sola mujer para varios hermanos en un único *kleros)* y la fragmentación del lote; así se explica el decaimiento jurídico del ciudadano que no contaba con ingresos bastantes como para contribuir al *sysstion*. Por no haber mantenido su legislación sobre tierras, Esparta hubo de enfrentarse con la disminución de su cuerpo cívico y con la crisis social.

Ver capp. VII, I y XV, III

EL CAPITAL MUEBLE

Un ejemplo de fortuna

Hemos visto cómo las sucesiones por las que pleiteó Iseo probaban la existencia de un importante capital mueble. Algunas fortunas se basaban por entero en la artesanía y los préstamos dinerarios: era el caso del padre de Demóstenes, hombre de excepcional riqueza, que murió antes de la mayoría de edad de su hijo; éste litigó en el 364-363 contra sus tutores, gestores deshonestos de la herencia paterna *(Contra Áfobo*. Éste fue el reparto y montante de los bienes legados: una fábrica de cuchillos con 30 esclavos (3.000 dracmas de renta anual); una fábrica de camas con 20 esclavos (1.200): su total suponía un capital de 23.000 dracmas, más las existencias de materias primas, evaluadas en 15.000; una casa de 3.000 dracmas, muebles, joyas, vestidos y objetos varios por otras 10.000 y 8.000 más en caja. A ello se añadían préstamos: un talento de plata (6.000 dracmas), colocado al 12 por 100, 7.000 en préstamos marítimos y diversos préstamos de 200 a 300 dracmas cada uno, por un total de otras 6.000 (préstamos amistosos, sin intereses); por último, depósitos a los banqueros Pasión, Pilades y Demoteles, por 4.600 más: el capital total era de 13 talentos y 4.600 dracmas.

Reparto de la fortuna del padre de Demóstenes

Los bancos

Los bancos desempeñaban un papel aún muy limitado. Según las investigaciones de R. Bogaert, pasaron por una crisis en los años 370, con numerosas bancarrotas; a penas recuperados, una incursión pirática, en el 361, saqueó los bancos del Pireo. Sabemos por lo menos de cinco bancos en Atenas y el Pireo entre el 361 y el 351 y de siete entre el 351 y el 320. La recuperación de la segunda mitad del siglo estuvo quizá ligada a la política financiera de Eubulo. En la casi totalidad de los casos, los dirigían libertos y sus empleados eran esclavos, a menudo sus sucesores, tras ser, a su vez, manumitidos. El caso más célebre es el de los banqueros Pasión y Formión, sucesores, libertos y, luego, ciudadanos.

Su primer cometido, y no el menos arduo, era el de asegurar el cambio monetario. El más reciente (¿mediados del siglo V?), el depósito;

Extractos de una inscripción de Olbia sobre el uso de moneda extranjera *(Syll.*, 3, 218). «... Se autoriza la en-

trada y salida de cualquier oro sellado y de cualquier plata sellada (= acuñados). El que quiera vender o comprar oro sellado o plata sellada, que los venda y compre en la piedra que hay en la sede de la asamblea... Que todas las ventas y todas las compras se hagan con moneda de la Ciudad, con la plata y el bronce de los olbiopolitas... Que el oro sellado y la plata sellada de otra procedencia (que no sea Cízico) se vendan y compren según acuerdo entre las partes...»

el de valores preciosos (objetos, documentos) no era sino simple custodia. Más interesantes eran los depósitos de valores que debían circular: el reembolso de un crédito pasaba, cada vez más, por los oficios de un banquero, que servía como testigo y garantizaba la buena ley del numerario; algunos, que preveían gastos o que habían de ausentarse o extranjeros llegados por negocios confiaban al banco una suma en depósito, que tomaba nota de los reintegros. Éstos podían ser ordenados por un tercero si el impositor había dado orden al banquero —oralmente, casi siempre—, sobre todo en el caso de comerciantes que viajasen mucho. El impositor no cobraba intereses, pero tampoco el banquero se hacía pagar siempre sus servicios. En este tiempo aun no conocemos documentalmente ninguna operación de giro, aunque no sea inconcebible en el seno de una de estas bancas sin que hubiese dejado huellas; y no hay nada que nos haga pensar en transferencias de banco a banco para asuntos de dos clientes.

Pero la banca era, también, un lugar de colocación de los capitales que se deseaba hacer rendir: el banquero abonaba un interés, pero disponía de un preaviso de retirada de fondos. La tasa variaba, grosso modo, entre el 10 y el 33 por 100 y la más frecuente era un 12. Sucedía que los impositores tuviesen problemas para recuperar sus fondos si el banquero había sido imprudente —o poco honrado— (ej., Isócrates, *Trapezítico).* El banquero no podía practicar la hipoteca si no era ciudadano o no gozaba de la *énktesis.* A falta de documentos escritos se entregaban en caución objetos preciosos, con frecuencia de considerable valor, sobre todo en metal precioso, que el banquero conocía bien y podía negociar fácilmente. En apariencia, los bancos no comprometieron sus depósitos en asuntos marítimos o mercantiles, en los que los riesgos eran demasiado grandes: el banquero se hubiese arriesgado a perder su reputación. Pero con sus propios beneficios sí que ocurría que financiasen operaciones de esa clase.

La fortuna legada por Pasión. 20 talentos en bienes raíces. 50 talentos en pagarés, de los que 11 sobre depósitos hechos al banco que él hacía rendir. Su banca le rendía 1 talento y 4.000 dracmas anuales. Una fábrica de escudos, que rendía 1 talento anual.

El lugar de la banca en la vida económica no es fácil de evaluar. R. Bogaert estima que sus usuarios, como acreedores o deudores, eran un 10 por 100 de la población acomodada (metecos incluidos); es decir, un 2 por 100 del conjunto de la población.

El préstamo marítimo

Si hemos de creer en el creciente número de procesos relativos al préstamo marítimo y a la aceleración del procedimiento (sentencia dictada por el tribunal de los Tesmotetes dentro del mes siguiente a la presentación de la demanda), hemos de concluir que había una actividad marítima en pleno auge. El préstamo, por lo general, se hacía a un comerciante *(naukleros),* distinto del patrono del barco: el prestador adquiría una hipoteca sobre el barco o sobre su carga y, en caso de naufragio, quedaba sin recursos. El contrato afectaba a bien un viaje de ida y vuelta (lo que cubría la estación navegable), bien un sólo viaje, con reembolso «in situ» y posibilidad de concertar un nuevo crédito en la temporada; en este caso, el acreedor o su representante viajaba a bordo del barco. El reembolso había de efectuarse dentro de los veinte días tras el fin del viaje. Si los inconvenientes de la navegación

Todas estas informaciones proceden de LISIAS, *Diogeiton,* y DEMÓSTENES: XXXV, *contra Lacrito;* L. *contra Polícles;* LVI, *contra Dionisiodoro;* XXXIV, *contra Formión* y XXXIII, *contra Apaturio.*

llegaban a suponer la pérdida de una parte, lo que quedaba iba, en primer lugar, a poder del acreedor, salvo que la responsabilidad incumbiese a los pasajeros o a piratas. El prestatario ofrecía garantías: no tenía derecho sino a un sólo préstamo por viaje y toda una serie de medidas le imponía velar por la seguridad y arribar efectivamente al puerto convenido. Es verdad que los beneficios del prestamista alcanzaban entre el 22 y el 30 por 100 por temporada, pero los riesgos eran grandes: falta de probidad del tomador, capturas diversas a manos de enemigos o de piratas, suelta de lastre impuesta por tempestades o averías, etc. Por ello no se tenía derecho a prestar dinero de un huérfano a cuyo cargo se estuviese.

La circulación de bienes se convirtió, pues, en una realidad indiscutible en el siglo IV y se resume bien en esta observación de Jenofonte: «Cuando hay abundancia de trigo y de vino, son productos de bajo precio cuyo cultivo no compensa, de manera que muchos abandonan el trabajo de la tierra para dedicarse al negocio, a la venta al por menor o al préstamo con interés». *(Ingresos,* IV, 6).

J. VELIRASSOPOULOS, *les nauclères grecs. Recherches sur les institutions maritimes en Grèce et dans l'Orient hellenisé,* París, Ginebra, 1980.

III. LA DISTRIBUCIÓN DE LAS RIQUEZAS

Las ocasiones de hacer fortuna eran numerosas. Demóstenes denunciaba el lujo de los particulares, que se exhibía en las construcciones de mansiones privadas de belleza superior a la de los monumentos públicos; pero él mismo presumía, contra Esquines, hijo de un maestro de escuela y de una sacerdotisa de un culto mistérico, de su origen acomodado, que le permitió recibir una esmerada educación de ciudadano libre. Jenofonte y Platón denunciaban los efectos del oro y de la riqueza introducidos en Esparta.

LOS RICOS

El lujo

Plutarco continúa con esa misma crítica: «El verdadero inicio de la decadencia y de la enfermedad de la constitución lacedemonia estuvo, más o menos, en el momento en el que, una vez derribada la hegemonía ateniense, los lacedemonios se atiborraron de oro y plata.»
(PLUTARCO, *Vida de Agis,* V.)

El beneficio no fue sólo el personal: la colectividad requería numerosos gastos y las liturgias, cuya carga hemos visto podía ser considerable, gravaban a los ricos. Pero, precisamente, los ricos las toleraban cada vez peor y procuraban ocultar su fortuna mueble: en Atenas se amplió la base imponible de la *eisphora* —a la que quedaron ya sujetas gentes modestas que no podían pagarla— y se reorganizaron las trierarquías de una manera que llevó a un pésimo rendimiento del sistema. Siendo cierto que algunos no tenían con qué hacer frente a un aumento imprevisto de gastos, volvieron a aparecer los mojones hipotecarios que jalonaban las propiedades comprometidas, los préstamos bancarios y los «créditos amistosos» a interés mínimo o nulo, expedientes a que hubo de recurrirse para dotar a una hija o hacer frente a una liturgia.

Riqueza individual y gastos públicos...

M. I. FINLEY, *Studies in Land Credit in Ancient Athens,* 1952

Otros eran verdaderamente ricos, pero preferían ganarse el reconocimiento público mediante donativos voluntarios —eso era el evergetismo—, mejor que no sometiéndose a un impuesto sin gloria ninguna; donativos o ventas de cereal a bajo precio, préstamos ventajosos para la Ciudad o financiación de sus construcciones: tales liberalidades eran también propias de los metecos ricos, que lograban así mues-

... y el evergetismo

tras de agradecimiento que podían llegar hasta la concesión de la ciudadanía; anunciaban un rasgo característico de la época helenística y prueban la incapacidad de la Ciudad para prever sus gastos y para compensar los avatares de la producción y de los intercambios.

CRISIS SOCIALES Y POBREZA

«Hay que intentar hasta el máximo llevar a los ciudadanos a la concordia..., sobre todo aliviando a los deudores mediante intereses módicos o con su total supresión; y, si la situación se hace demasiado peligrosa, hay que suprimir las deudas parcial o totalmente, si es preciso, pues hombres endeudados de tal modo son mucho más peligrosos como reservistas. Y hay, también, que garantizar lo necesario a quienes carecen de ello.»
(ENEAS TÁCTICO, XIV)

Ver capp. V, I y XI, III

Ver cap. XIII, I

«Hemos creado a nuestra guisa guerras y sediciones tales que unos mueren en su propia patria fuera de toda legalidad, que otros vagan por el extranjero con sus hijos y mujeres y que muchos, obligados por la indigencia a servir como mercenarios, mueren combatiendo por sus enemigos y contra su propia gente. Sobre este particular nunca se indigna nadie y todos prefieren llorar sobre las desdichas creadas por los poetas.»
(ISÓCRATES, *Panegírico*, 168).

Ver cap. XI, La artesanía.

Sabemos mucho menos de los pobres, pero sí que, a menudo, tenían dificultad en alimentarse y que la propaganda de la redistribución de tierras y de condonación de deudas tenía siempre verdadero éxito. Oímos a menudo hablar de conflictos entre pobres y ricos por todo el mundo griego: ello explica el temor universalmente extendido a la *stasis* y la resurgencia de un fenómeno político ligado a la crisis, la tiranía. En el Peloponeso, de creer a Isócrates, el trastorno fue general. Allí, a mediados de siglo, Eneas, llamado el Táctico, redactó un tratado sobre la defensa de las ciudades. Los capítulos XI y XIV los dedicó a las medidas que habían de tomarse contra la subversión, pues el riesgo de ver el partido rival abrir las puertas de la Ciudad con engaño era, al menos, tan grande como el de una derrota militar; se pactaban alianzas entre demócratas y oligarcas de Ciudad a Ciudad o entre familias. En algunas regiones agrarias da la impresión de que los cultivadores dependientes fueron utilizados como palancas de los movimientos revolucionarios: ya había sucedido tal cosa con los penestas de Tesalia, a fines del siglo V; Dionisio, en Siracusa, confiscó los bienes de sus enemigos para repartirlos entre sus partidarios, extranjeros o «esclavos» (¿kilirios?), a quienes hizo nuevos ciudadanos (Diodoro, XV, 7); Jenofonte nos dice de Eufrón de Sición que se apoyó en promesas de igualdad (¿política o social?) y en mercenarios para imponer su poder tiránico; y Clearco, en Heraclea del Ponto, suprimió o exilió a sus adversarios y ofreció sus tierras y sus mujeres o hijas a sus dependientes liberados (Justino, XIV a XVI). La misma Atenas hubo de sentir la amenaza, puesto que, en el 337-336, se votó un decreto para prevenir cualquier intentona tiránica y Demóstenes multiplicó los llamamientos a la concordia, a la comprensión y a la ayuda mutuas. Los teóricos, como Platón y Aristóteles, analizaron esas situaciones explosivas e Isócrates no se equivocaba cuando atribuía la abundancia de mercenarios al aumento del número de desarraigados expulsados de sus patrias respectivas por la pobreza.

No puede, pues, dudarse de la existencia de un conflicto, aunque sus causas se nos escapen. Si es cierto que cuatrocientos artesanos, de diferente estatuto jurídico, bastaban para asegurar la producción cerámica ateniense, no pudo ser un cierre de los mercados exteriores lo que causase tales efectos. Hemos visto en otras partes que se mantenían las explotaciones pequeñas y medianas, que muchas regiones conservaban su estructura agraria inalterada y que los intercambios comerciales ofrecían nuevos mercados exteriores. Acaso haya que implicar en ello al estado de guerra permanente, con su séquito de asolaciones, piratería y destrucciones; o, también, al cese de beneficios generados por el imperialismo, que pesaría sobre muchas Ciudades; o, quizá y por último, sucediese que la evolución de la Ciudad fuese los suficientemente pro-

funda como para que la mera ciudadanía no bastase para mantener unido al cuerpo social. Atenas, que cuidó de tomar las medidas que permitiesen evitar los enfrentamientos, se libró de una crisis social aguda.

Las pocas informaciones de que disponemos sobre la evolución de precios y salarios nos suministran otro elemento para la respuesta. Una fortuna de 2 a 3 talentos (12 a 18.000 dr.) bastaba para estar sujeto a la trierarquía. El *misthos* fue aumentado: el más alto se concedió para la sesión principal de la ekklesía (9 óbolos, una vez por pritanía) y el más regular fue el del juez: 3 óbolos durante, quizá, trescientos días por año (esto es, 150 dr. por año). Las cuentas de los santuarios nos permiten descubrir a la vez el aumento de los salarios y su diversificación (comparar con las cuentas del Erecteón, cap. XI). Pero los precios también habían aumentado: el trigo parece que pasó de 3 dracmas por medimno, a principios de siglo, a 6 en el 328; el himatión corriente, de 16 (al por menor) en el 392 a 18,5 (al por mayor) en el 329; se estima que hacia fines de siglo hacían falta 3 óbolos diarios como mínimo para la supervivencia de una sola persona (180 dracmas anuales). Así, el trabajador artesano viviría dignamente con una mujer y uno o dos hijos; pero si llegaba un descenso de pedidos o una brusca alza de los precios del cereal o del aceite, se producía la catástrofe.

Se hubiese esperado que, frente a tales dificultades y amenazas, las Ciudades hubiesen iniciado una política económica favorecedora de los intercambios, de la producción y de la pequeña agricultura (manteniendo, por ejemplo, aunque fuese artificialmente, el precio del trigo). Pero no hubo nada de eso. De hecho, aún no había nacido un pensamiento económico que partiese de una visión global de la situación. Jenofonte, ciertamente, hizo interesantes propuestas a sus conciudadanos para explotar los recursos del país, que salía agotado de la Guerra de los Aliados (*Ingresos*, h. el 355). Integrándose en toda una corriente moderada, Jenofonte insistió sobre el costo de la guerra y las ventajas de la paz para desarrollar la producción y el comercio. En su programa había dos ideas maestras: desarrollar cada vez más la explotación de las minas del Laurion, pues sus reservas eran inagotables y porque la plata podía producirse en grandes cantidades sin que mermase su valor; y favorecer a los metecos, liberándolos de funciones penosas (como el servicio militar) y otorgándoles con generosidad el derecho de *énktesis*, mejorando la legislación mercantil. Esta segunda vía fue, en efecto, seguida por Eubulo que, además, parece que favoreció un refuerzo de la actividad minera; pero la idea de un empréstito de Estado para formar un capital servil era una utopía. Por innovadora que nos parezca la obra, en modo alguno buscaba los medios de asegurar un equilibrio económico basado en la posibilidad de un trabajo rentable para todos: ninguna presión social imponía su aplicación. Por su lado, las reivindicaciones de los pobres eran las tradicionales: expulsar a los ricos de sus tierras para repartirlas y abolir las deudas. Cuando una Ciudad como Atenas aseguraba a sus conciudadanos un mínimo vital *(misthoi, theórikon,* repartos de cereal), evitaba los enfrentamientos violentos, pero

PRECIOS Y SALARIOS

Jornales en Eleusis en el 329-328:
Aprendiz joven: 1 dracma
Peón: 1,5 dr.
Tejador, enlucidor, aserrador: 2 dr.
Albañil, carpintero: 2,5 dr.

Himatión. Manto de lana, formado por una pieza rectangular que se ceñía en torno al cuerpo, sin otra sujeción.

UNA POLÍTICA ECONÓMICA

Los concesionarios de minas eran particulares, ciudadanos o metecos que disfrutaban de la *énktesis*. Pagaban a la Ciudad un alquiler variable, según que el filón fuese antiguo o por explotar. Los esclavos que trabajaban allí se alquilaban, generalmente, a propietarios, a quienes reportaban uno o dos óbolos diarios. Jenofonte hubiese querido que la Ciudad, mediante un empréstito nacional, comprase un capital servil inicial, lo alquilase, invirtiese los beneficios en nuevas compras e hiciese, por último, partícipes en los beneficios a los ciudadanos, tras haber financiado una parte de los gastos de la Ciudad.

Ver capp. XIV, II y XV, III

«Lo que frena a una economía no es el que las gentes se interesen por asuntos no económicos, pues eso lo harán siempre, sino que no racionalicen los métodos.»
(P. VEYNE, *Annales,* 1974, pág. 1378).

Teórico, cf. más adelante.

lo hacía en nombre de una ideología cívica y sin entrever otra solución que la beneficencia —aunque algunos, como Isócrates, sugirieron el servicio militar—.

En realidad, la Ciudad tuvo dos preocupaciones principales y no fue más allá de ellas: financiar sus gastos de funcionamiento y evitar las hambrunas; y en ambos casos su método fue empírico.

LOS RECURSOS DE LA CIUDAD

¿Cuáles eran los recursos de una Ciudad? Básicamente, provenían de los impuestos indirectos, al menos en todas en las que lo permitían la circulación de bienes y los intercambios con el exterior: tasa de 1/50 *(pentekosté,* 2 por 100 *ad valorem)* sobre entradas y salidas de mercancías, general en los puertos y frecuente en los peajes terrestres; tasa sobre ventas *(eponion),* que acaso se sumase a la tasa sobre mercados; tasas sobre pastos, pesca, paso y sobre ciertos géneros, etc. El catálogo varía, según Ciudades. El cobro se encomendaba a particulares, que compraban su arriendo, corriendo de su cuenta el resarcirse de gastos —y el superarlos—. A ello se añadían impuestos directos, sin duda más fuertes en las regiones menos mercantiles: *metoikion* (capitación, para los metecos), *xenoikion* (para los extranjeros) y una tasa sobre los esclavos (¿?). Más originales eran las liturgias, entre las que suele incluirse la *eisforá*: los grandes gastos del Estado eran, así, tomados, directamente a su cargo por los ciudadanos ricos.

Los impuestos

Los bienes públicos

Otros recursos eran los del Estado propietario y administrador de justicia: las minas, los terrenos sacros y los del Estado, cuyo alquiler estaba severamente controlado; los gastos de la justicia se cubrían enteramente por los condenados y el desarrollo de la sanción confiscatoria, al menos en Atenas, aumentó los recursos por venta de estos bienes.

Los arriendos mineros. Véanse los ejemplos citados por M. AUSTIN y P. VIDAL-NAQUET, *Économies...*, cit., págs. 377 y ss.

LA ADMINISTRACIÓN DE LAS FINANZAS

Aristóteles (*Const. At.*) describe el funcionamiento de las finanzas atenienses de modo que nos sorprende. Comprobamos que los gastos se originaban, sobre todo, por la efebía, por el ejército (cada vez más), las fiestas religiosas, los funcionarios de todos los niveles y los beneficiarios de un *misthos*, por las obras públicas y por algunas cargas sociales (enfermos, huérfanos de guerra). Pero la tasación de los gastos era arcaica: los ingresos eran distribuidos entre los magistrados a medida que se producían las necesidades; en materia judicial y religiosa, los pagos quedaban directamente afectos a los gastos de cada sector; en conjunto, no había ninguna previsión presupuestaria ni ningún arrastre de un año para otro: lo que no se gastaba iba a parar a la caja del teórico; a partir de ahí se comprenden la utilidad del sistema de liturgias, que aliviaba a la administración, y la importancia de los donativos generosos por parte de los ricos, pues permitían paliar los imprevistos.

La caja del teórico recibía todos los sobrantes no utilizados. Pagaba la entrada al teatro de los ciudadanos, financiaba las construcciones, etc.

EL APROVISIONAMIENTO DE TRIGO...

No obstante, hay un terreno en el que el Estado interviene: el aprovisionamiento de trigo (y de materiales de construcción naval; pero, para este período la información es escasa). Veíase a los atenienses, aunque tan celosos de su derecho de ciudadanía, adular a los reyes del Bósforo cimerio y proteger el comercio con el Ponto Euxino; apenas olfateaban la especulación, abrumaban a los revendedores de trigo (pero no a los importadores); una ley prohibía prestar dinero a un barco extranjero,

«Sin duda sabéis, mejor que los demás hombres, que empleamos trigo importado. Pues bien: el trigo que nos llega del Ponto lo hace en cantidad igual al que procede de todos los demás mercados juntos... Esa región no sólo lo po-

salvo si transportaba trigo al Pireo. Sucedía que los sitofílacos se viesen obligados a comprar trigo para venderlo a bajo precio, pesada carga para un magistrado. Para vigilar el aprovisionamiento y garantizar la honestidad y legalidad de las transacciones, la Ciudad ateniense multiplicó sus magistraturas económicas, tanto para Atenas cuanto como para el Pireo: agoránomos, metrónomos, sitofílacos, inspectores portuarios, etc. Se hicieron esfuerzos para hacer del Pireo el puerto preferido por los comerciantes internacionales; Jenofonte nos lo dice (*Ingresos*, III): calidad de las instalaciones portuarias, posibilidad de cambiar la carga por moneda con valor internacional y equidad y rapidez de los magistrados del mercado y de los procesos mercantiles, las *dikai emporikai*, que debían concluirse en el mes siguiente a la presentación de una demanda. Pero Atenas era privilegiada. En otras partes hallamos leyes comerciales interesantes (por ejemplo, en Tasos, sobre el comercio de vinos o en Tarento, sobre la púrpura), pero en ninguna hay un arsenal administrativo y judicial tal. Además, los recursos de la gran Ciudad parecen inmensos al lado de los de las pequeñas, cuyos puertos no contemplan sino el pequeño cabotaje. Éstas no están armadas económicamente para hacer frente a la crisis social que las mina interiormente o al costo de las guerras hechas con mercenarios. Sin embargo, un Jenofonte, un Isócrates o un Demóstenes subrayan lo absurdo de un sistema que conduce al pago de mercenarios mientras que los ciudadanos carecen de con qué vivir y terminan por emigrar a otros lugares para contratarse... como mercenarios.

see en abundancia, sino que Leuco, su dueño, ha concedido la exención de tasas a quienes lo traen hasta Atenas y, mediante heraldos, ha ordenado que vuestras naves se carguen en primer lugar.»
(DEMÓSTENES, *Contra Leptina*, 31).

... Y LA ADMINISTRACIÓN PORTUARIA

«Se sortean 10 agoránomos, 5 para el Pireo y 5 para la ciudad; tienen ordenado por ley velar por que todo cuanto se pone en venta sea puro y de buena ley. 10 metrónomos: ...vigilan los pesos y las medidas, para que los que empleen los vendedores estén conforme a derecho... También se sortean 10 epimeletas, que han de vigilar los mercados y velar por que los dos tercios del trigo que entra en el mercado de granos sean llevados a Atenas por los comerciantes.»
(ARISTÓTELES, *Const. At.*, LXI)

IV. MUTACIÓN DE LA ECONOMÍA

Por último, las condiciones fundamentales de la producción no cambiaron verdaderamente. Si se compara el *Económico* de Jenofonte con *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo, se comprueba que las técnicas agrícolas son casi idénticas: Jenofonte aporta algunas mejoras en el abonado, pero, para lo restante, conserva los métodos tradicionales. El mejor medio de mejorar la gestión, para él, es la buena administración del personal. Mujer, encargado y esclavos, cada uno en su papel, han de evitar las pérdidas inútiles. No se trata de hacer estudios de productividad, sino de hallar la justa puesta en valor. Se lograrán resultados mejor con el empleo de las tierras baldías que no por un cambio en los métodos de cultivo. También en los arriendos de Delos se comprueba que las tierras se reintegran en el mismo estado en que fueron asumidas, sin mejoras ni pérdidas. En tales condiciones, sólo mediante la extensión de las tierras cultivables podía aumentar la producción: ya hemos visto que fue el caso del Quersoneso, en donde el segundo catastro data de los siglos IV y III, mientras que en la Italia del sur aumentaban los arriendos. La nueva ciudad de Príene explotó ampliamente su *khora*. En Eretria (Eubea), se firmó un contrato con un promotor para la desecación de un pantano. No tendría efecto, pero sin duda fue contempo-

UNA AGRICULTURA TRADICIONAL

Ver capp. I, I; IV, IV y XI, 4

Ver mapa 27

Granja con *pyrgos*. Asociada a las construcciones granjeras, era una especie de torre, cuadrada o redonda, según casos, que se supone servía como reserva.

La cebada sigue siendo el cereal predominante, pero el trigo duro empezó a ser preferido para el pan en las ciudades. Quizá sea ésa la causa de la aparición y muy amplia difusión de las muelas de movimiento alterno llamadas «muelas de Olinto», a causa del gran número de ellas hallado en esa ciudad.

ráneo de la desecación del lago Copais, bajo Alejandro. También en esa época se desarrollaron las plantas-tipo de granjas con *pyrgoi*. Pero, si bien la extensión de la tierra cultivable fue muy real en la periferia y en la misma Grecia, se trató, sobre todo, de corregir los efectos de las guerras y de los abandonos temporales.

La artesanía tampoco mudó sus estructuras respecto de las del siglo V. Es verdad que la extensión de la urbanización aumentó la demanda, pero en una proporción muy relativa. Continuó el trabajo doméstico; en la nueva ciudad de Olinto cada casa tenía su muela y las dimensiones de las habitaciones eran modestas. Nada comparable, aún, con las demandas que supondrían Alejandría y, luego, Roma. La *khora* suministraba las materias alimentarias, pero también el mercado para los productos locales.

LOS INTERCAMBIOS

Ver cap. XIV, II

En realidad, los cambios más acusados se dan en la circulación de mercancías: papel más acentuado de la moneda y los bancos, posibilidad de especulaciones temporales con los precios, importancia de las vías marítimas septentrionales y actividad intensa en el Mediterráneo occidental. En estos intercambios, el Pireo siguió teniendo una función fundamental como puerto de tránsito; las Ciudades de Asia Menor reanudaron la actividad algo decrecida durante el siglo anterior; Delos y Rodas lograron un estimable relieve. En el oeste, Tarento y Siracusa conocieron períodos opulentos, a pesar de las amenazas exteriores, Aleria recibió importaciones áticas hasta el 340 y Marsella llegó a su apogeo. Todos estos activos puertos acogieron a comerciantes de todas partes y Jenofonte subraya que entre los metecos abundaban ya los bárbaros. Una nueva clase estaba en vías de sustituir a la aristocracia tradicional. Desde luego que sería un gran error compararla con los hombres de negocios de la *city* londinense: el dinero ganado era gastado en liturgias, en ofrendas suntuarias o en comidas, no era invertido. Lejos de gravar la política económica de su Ciudad, los ricos tendían a desinteresarse de la cosa pública y a intervenir como lo haría un extranjero, con larguezas. No intentaron cambiar las estructuras de la producción.

Ver cap. XIII

LAS MUTACIONES SOCIALES

Máxime cuando los no afectados por la prosperidad tampoco intervenían. En las llamadas a la revuelta de los siglos IV y III, lo que se abre paso son la exigencia del reparto de tierras y la vuelta a los viejos tiempos basados en la igualdad de los *kleroi* y la posibilidad de vivir autárquicamente. La cantidad de artesanos no había, probablemente, aumentado grandemente y eran las grandes construcciones las que daban trabajo a las masas de operarios más importantes; y el número de los desarraigados prestos a ofrecerse como mercenarios muestra la escasa flexibilidad del mercado de empleo. ¿Se acentuó el fenómeno por un aumento del número de esclavos? Éstos constituían una parte importante del capital de las fortunas y eran una mercancía que circulaba y que tenía valor. Pero, como la casi totalidad de nuestras fuentes se refiere al siglo IV, las comparaciones son difíciles. Jenofonte, en su tratado, no contempla la posibilidad, para las minas, de más de tres esclavos por ateniense. En todos los casos, las reivindicaciones se dirigen a

la libertad y no a las condiciones de trabajo. Sociedad y economía conservan los rasgos del siglo V, prosiguiendo la evolución que ya apuntaba. Cuando Aristóteles plantea un reparto «tayloriano» del trabajo está hablando de una utopía y la crisis de la que se hace eco fue una crisis política; la cual, empero, se basó parcialmente en esta lenta mutación, política y económica a la vez, que permitió, en el marco de esa economía, la emersión de una nueva clase cuyos intereses no coincidían con los de la Ciudad y el rechazo por parte de los pobres que, no obstante, no veían salvación sino en el seno de ese marco.

Ver cap. XI

ARISTÓTELES, *La Política*. I, 1253 b y ss.; VII, 1327 b y ss.

F. W. TAYLOR (1856-1915). Ingeniero y economista norteamericano que pasa por ser el promotor de la organización científica y automatizada del trabajo industrial. [N. del t.]

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

La mayoría de las obras indicadas en el capítulo siguiente conciernen también a la economía. Además, ya se han mencionado al margen algunos libros o artículos a los que remitimos. Una obra muy clásica, pero muy cómoda: H. MICHELL, *The Economics of Ancient Greece*, Cambridge, 2.ª ed., 1963. Las cuestiones bancarias deben verse en R. BOGAERT, *Banques el banquiers dans les cités grecques*, Leiden, 1968. Algunas cuestiones jurídicas estudia L. GERNET (cit., «Intr.») y, para Atenas, A.R.W. HARRISON, *The Law of Athens*, 2 vols., Oxford, 1968 y 1971. Algunos aspectos de las cuestiones agrarias se abordan en *Problèmes de la terre...* (cit., «Intr.») Más en particular para Atenas, en la bibliografía que da C. MOSSÉ en *Le Monde grec et l'Orient*, II, págs. 106-110 y 122 y en P. GAUTIER, *Un commentaire des «Poroi» de Xénophon*, 1977. Las principales contribuciones a la historia social de Esparta se analizan en P. OLIVA (cit. en bibl. del cap. VII). Véase, además, D. ASHERI, «Sulla Legge di Epitadeo», *Athenaeum*, 1961, págs. 45-68.

CAPÍTULO XV

Las transformaciones de la Ciudad en el siglo IV

El final de la Guerra del Peloponeso y la caída del imperio ateniense señalan una cesura en la historia política del mundo griego. Durante medio siglo, los griegos se enfrentarán en luchas incesantes, sin que ninguna Ciudad resulte vencedora definitiva. Traumatizados por el fracaso del ideal hegemónico de la Ciudad, se cuestionarán sobre los valores en que ésta se basaba. Los caminos del político y del hombre ordinario tienden a separarse mientras que la guerra gravita pesadamente sobre el funcionamiento de los regímenes. No obstante, el período es muy rico en el plano intelectual; soluciones jurídicas, propuestas utópicas y reflexiones filosóficas se desarrollan en paralelo con las tensiones sociales y con los fracasos militares. A la vez, un rebrotar de lo religioso favorece las nuevas tendencias artísticas. En todos esos planos prosigue la evolución que vimos nacer durante la Guerra del Peloponeso.

I. EL NUEVO EQUILIBRIO DE FUERZAS (404-356)

LAS FUENTES

Jenofonte (427-355):

Memorables de Sócrates
Apología de Sócrates
El Banquete
El Económico
El Hiparco
La Equitación
La Anábasis
La Constitución de los Lacedemonios
Los Ingresos
La Ciropedia
Hierón-Agesilao
Helénicas

El desarrollo de las incesantes guerras nos es en parte conocido por la obra de Jenofonte, personalmente muy implicado en estos acontecimientos. Joven aristócrata ateniense, siguió a Sócrates y dejó Atenas en el 401 para participar en la expedición aventurera de los Diez Mil a través del Imperio persa. A su vuelta, siguió al rey de Esparta, Agesilao, hasta Jonia y luchó contra la propia Atenas en el 396. Proscrito, vivió de una propiedad que le concedieron los lacedemonios de Escilunte. En el 371, tras ser saqueadas sus tierras, se estableció en Corinto. En el 367 pudo regresar a Atenas, en la que acabó sus días. Sus obras son extraordinariamente variadas: diálogos en los que interviene Sócrates, tratados que exhiben la experiencia del autor como gran propietario o jinete, tratados políticos y, por último, relatos históricos, presentados en

forma de novelas, como la historia de Ciro, o de biografías o recuerdos, como *La Anábasis,* o bien como historia propiamente dicha (así, las *Helénicas,* que llevan hasta el 362 el relato que iniciara Tucídides). Con frecuencia sale perjudicado de la comparación con Platón o Tucídides, pero, en muchos campos, sus escritos son una mina para el historiador. Es verdad que no oculta sus preferencias por Esparta, a pesar de su gran amor por su patria, que no pretende ser exhautivo y que con frecuencia carece de sentido crítico. Pero es muy representativo de la mentalidad aristocrática, a un tiempo conservador en sus opiniones y modos de vida y más abierto a las realidades prácticas de su tiempo que algunos filósofos. A través de su obra, cotejada con algunas inscripciones, deducimos las principales etapas de la vida internacional de las Ciudades, evocada, también, por escritores tardíos, como Diodoro y Plutarco.

LA HEGEMONÍA DE ESPARTA

Esparta, desconfiando del excepcional triunfo de su navarca, Lisandro, devolvió a los reyes la dirección militar. Lisandro, empero, había tenido tiempo de organizar un verdadero imperio. Había facilitado la instauración de regímenes oligárquicos en las islas del Mar Egeo y establecido guarniciones con comisarios, los harmostas, encargados de su control. Pero, en el continente, los aliados, Tebas y Corinto, encontraban demasiado duro tal yugo. En el 400, la ruptura entre Lacedemonia y Persia (cuya debilidad había hecho patente la expedición de los Diez Mil) indujo al rey Agesilao a combatir al sátrapa Tisafernes, que quería restablecer el dominio persa sobre las ciudades de Asia Menor. Tisafernes propició una inversión de alianzas contra Esparta (Atenas, Tebas, Argos y Corinto). A pesar de una victoria de Agesilao sobre la coalición en Coronea (394), Atenas encontró su ocasión para liberarse de la tutela espartana. Reconstruyó las Murallas Largas y rehizo su flota, bajo el mando de Conón. Apareció, también, un elemento estratégico nuevo: la infantería ligera de los peltastas, mercenarios a las órdenes del ateniense Ifícrates.

Ver cap. XII, II.

La Guerra de Corinto

Finalmente, se negoció la paz entre Esparta y los persas, quienes impusieron la «Paz del Rey». Este se veía reconocido como posesor de las Ciudades de Asia y Chipre; Atenas mantenía Lemnos, Imbros y Esciros, en donde había vuelto a establecer clerucos y volvía a poner pie en el Bósforo, con Bizancio. Las demás Ciudades conservaban su autonomía. Esparta, durante los años siguientes, veló, en su propio provecho, por el mantenimiento de este orden. Tomó Mantinea, dispersó a sus habitantes en cuatro poblados y multiplicó las intervenciones, para instaurar en las ciudades gobiernos que le fuesen favorables y que ingresasen en su liga y para volver a implantar guarniciones en ellas, como fue el caso de Tebas. Pero esta política ambiciosa favoreció las disensiones internas a la vez que exigió un considerable esfuerzo financiero.

La paz del Rey, llamada de Antálcidas (386)

La contestación procedió de Tebas, Siete conjurados, dirigidos por Pelópidas, liberaron la Ciudad y obligaron a retirarse a la guarnición lacedemonia. Después, Tebas reconstruyó en su provecho la Liga beocia, mientras que en Tesalia un enérgico jefe, Jasón, unificaba la zona.

Peltastas. Soldados ligeramente armados, llamados así porque empleaban el pelté, en forma de creciente, en lugar del pesado escudo redondo. No llevaban coraza y portaban una larga jabalina y espada corta.

La sublevación de Tebas (379)

Pelópidas. Joven aristócrata tebano, exiliado por Lacedemonia, formó el batallón sagrado que obtuvo el primer

éxito en campo abierto. Murió en el 364. Véase Plutarco, *Vida de Pelópidas*.

LA SEGUNDA CONFEDERACIÓN ATENIENSE

Extracto del decreto de Aristóteles (377):

«... Si cualquier griego o bárbaro de los que viven en el continente o en las islas y que no sea súbdito del Rey quiere ser aliado de los atenienses, que pueda serlo, manteniendo su libertad y autonomía y sujeto al régimen que guste, sin que se le imponga guarnición ni gobernador, sin pago de tributo y en las mismas condiciones que los quiotas, los tebanos y los demás aliados...».

EL FIN DE LA HEGEMONÍA ESPARTANA

La paz del 371

Leuctra (371)

Ver mapa 20

LA HEGEMONÍA TEBANA

Epaminondas. Noble, pero pobre, vivía como un campesino. Filósofo y hombre de Estado, se unió a su amigo Pelópidas, colaboró en la reforma de las instituciones y se enfrentó a Agesilao en el congreso del 367.

Rescripto (367)

Mantinea (362)

Ceos. Minúscula isla cicládica, dividida entre cuatro *poleis*, famosa por la calidad de su ocre rojo del que Atenas volvió a ejercer el monopolio. Ver M. N. TOD, *A Selection...*, n.º 162.

La situación se hizo, pues, peligrosa en la frontera norte del Ática. Atenas reconstituyó, en el 377, una segunda confederación marítima que reagrupaba a la mayor parte de las Ciudades insulares y a las de la costa tracia. Se han conservado los decretos fundacionales de la *symmajía*. El fin de la alianza era obligar a Esparta a «dejar que los griegos vivan la paz en libertad e independencia» y no la oposición al persa. Atenas se comprometía escrupulosamente a no recaer en los errores del siglo V: ni guarniciones ni tributos ni adquisiciones privadas de territorios aliados. En el consejo (*Synedrion*), al que había que consultar en cada ocasión, los atenienses no estuvieron representados. Sus propuestas, a continuación, se sometían a la aprobación de la *ekklesía*. De todos modos, era el renacer de un imperio; pero Esparta no podía oponerse, porque sus preocupaciones estaban en otro lado.

En efecto, no pudo recuperar Tebas y este reto pendiente amenazaba toda su política exterior. Las expediciones contra la Ciudad rebelde, apoyada por Atenas, no dieron resultado alguno y permitieron a Atenas volver a ocupar su sitio en la vida internacional. En el 375, Timoteo, el hijo de Conón, pudo costear el Peloponeso y apoderarse de Corcira. Pero la guerra agotó a los beligerantes y surgió gran inquietud a causa de la destrucción de Platea por los tebanos. Se firmó la paz en el 371 y los lacedemonios se comprometieron a retirar a sus harmostas de las Ciudades. Pero los tebanos se negaron a firmar y Esparta mantuvo a su ejército en Beocia. Epaminondas lo atacó y logró en Leuctra una aplastante victoria, matando a 400 espartanos de un total de 700. El estratego beocio puso en práctica una táctica nueva, la táctica oblicua: concentró a sus mejores tropas en el ala izquierda, disponiéndolas en profundidad y aplastó, en un ataque masivo, al ala derecha lacedemonia.

Era el comienzo de la insólita aventura de Tebas. Aprovechó el asesinato de Jasón para adueñarse de Tesalia y Epaminondas condujo a su ejército a Laconia. Mesenia, sublevada otra vez, recuperó la libertad y la nueva ciudad de Mesene simbolizó su independencia. En Arcadia, las Ciudades se unieron en una confederación copiada de la beocia y se dieron como capital a Megalópolis. En Esparta la situación era tan grave que hubo que resignarse a armar a los hilotas y a pedir ayuda a Atenas y a Dionisio de Siracusa. Como quiera que el tiempo transcurriese, se buscó el arbitraje del Gran Rey y un nuevo rescripto regio avaló las ambiciones tebanas sobre sus nuevos aliados de Grecia central y del Peloponeso. Pero Tebas intentó, además, provocar la defección de los aliados de Atenas, lo que logró temporalmente con la pequeña isla de Ceos. Los arcadios soportaban a regañadientes la alianza que se les imponía. Para hacerlos entrar en razón, Epaminondas, al frente de veinte contingentes beocios, tesalios y euboicos, volvió al Peloponeso. Atacó a arcadios, lacedemonios y atenienses ante Mantinea y obtuvo la victoria en iguales circunstancias que en Leuctra, pero murió en el combate y los tebanos no supieron explotar el éxito. Se produjo una total redistribución de fuerzas y las principales regiones del Peloponeso recupera-

ron su independencia; Esparta perdió definitivamente no sólo a sus aliados, sino Mesenia, tan duramente mantenida desde la época arcaica. Tebas conservó la hegemonía en Grecia central y Atenas volvió a convertirse en su principal adversario.

FIN DEL SEGUNDO IMPERIO DE ATENAS

Atenas retomó poco a poco los malos hábitos del imperialismo. La insurrección de Ceos fue duramente reprimida. La leva de contribuciones voluntarias (*syntaxeis*) se hizo más brutal y Timoteo reemprendió el establecimiento de clerucos (en Samos, en el Helesponto y en la Calcídica). Hubo que enviar expediciones a Tracia, para proteger la ruta del trigo. En la misma Atenas se alzaron críticas contra la política imperialista, que era cara y se basaba en las liturgias. En el 357, Quíos, Rodas y Cos se separaron de la alianza ateniense con Bizancio, ayudadas por el sátrapas de Caria, Mausolo, y desencadenaron la que se ha llamado Guerra de los Aliados. Las divergencias entre los estrategos atenienses (Ifícrates, Timoteo y Cares) facilitaron la derrota naval de Embata. Bajo la amenaza de una intervención de la flota persa, Atenas hubo de aceptar la paz y reconocer la independencia de los aliados. De hecho, la paz era reclamada en la propia Atenas por un partido que eliminó a los partidarios de la política imperialista. Su líder, Eubulo, fue nombrado encargado del *theórikon* y las preocupaciones financieras pasaron al primer plano.

Así, ninguna polis pudo vencer, mientras que la diplomacia persa desempeñaba un papel cada vez más importante. Esta presencia obsesiva de la guerra entre griegos caracterizó profundamente el cincuentenio.

Grecia en el 362

II. GUERRA Y PAZ EN EL SIGLO IV

LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA GUERRA

Las transformaciones técnicas esbozadas durante la Guerra del Peloponeso se desarrollaron al convertirse, cada vez más, la guerra en asunto de profesionales. El hoplita pasó a desempeñar un papel menos importante mientras que se desarrollaron las unidades especializadas: infantería ligera con equipo de peltasta, puesto a punto por Ifícrates, arqueros y honderos bárbaros, unidades de ingenieros en las que eran importantes las máquinas de guerra (arietes, catapultas y torres móviles), desarrolladas, sobre todo, por Dionisio el Antiguo y caballería a la que la táctica de Pelópidas encomendaba la ultimación de la victoria. El principio mismo del mercenariado y el desarrollo de esas especialidades dieron un sentido completamente distinto a la función de jefe militar. Muy diferenciado, en adelante, del hombre político, triunfaba, a la vez, por su capacidad de maniobra, su ascendiente sobre sus tropas y por su aptitud para llevarlas a la victoria y, por ende, al botín. No le costaba trabajo hallar reclutas entre los veinte mil mercenarios disponibles en Grecia por ese tiempo; el problema radicaba en poder pagarles y, si la Ciudad tardaba en proveer los subsidios, era muy grande la tentación de tomarlos en los países conquistados. Desde Lisandro, el jefe victorio-

«Cuantos estrategos, en cualquier momento, han zarpado de entre nosotros... han obtenido sus medios de los quiotas, de los eritrios y de todos aquellos de los que cada cual ha podido... Y, ahora mismo, ¿de dónde va a sacar (Diopites) con qué mantener a sus soldados, ya que nada recibe de vosotros ni posee él los medios para mantener a sus mercenarios?»
(DEMÓSTENES, *Sobre los asuntos del Quersoneso*, 24 y 26.)

«Mientras sitiaba Samos, (Timoteo) vendía a los samios el producto de sus propias cosechas y cuanto había aún en sus campiñas: y así dispuso de abundante dinero con que pagar a sus soldados.»
(Pseudo-ARISTÓTELES, *Económico*, II, 2, 23.).

Ver cap. XIV, III

so tendió a tomar por sí mismo las decisiones diplomáticas, aniquilando a los habitantes o imponiendo tributos sin remitirse a las instancias de la Ciudad.

En cuanto a ésta, se trataba de un problema delicado, que se planteó tanto en Esparta como en Atenas. El costo de la guerra se había hecho muy gravoso, sobre todo si se pretendía ejercer control sobre los generales, puesto que la participación ciudadana era cada vez menor. Los gastos fueron cada vez más complejos y mayores. Las ciudades se rodearon de murallas muy perfeccionadas, con torreones huecos (Mantinea) o trazado en cremallera. Recordemos el tratado sobre la defensa de las ciudades que escribió el peloponesio Eneas el Táctico.

EL DESEO DE PAZ

En paralelo con este ciclo infernal de la guerra se desarrollaron teorías generales sobre la paz e intentos de moralizar la vida internacional, mientras que se multiplicaban los tratados entre Ciudades. Así surgen esos tratados de paz colectiva, *Koiné Eirêne*, aplicables, en principio, a todos los griegos. Es verdad que esas «Paces del Rey», de las que cada Ciudad intentaba sacar partido, eran obras de circunstancia; pero, no obstante, señalaban el fracaso de las intentonas de hegemonía por parte de una sola polis, lo que fue particularmente cierto tras Mantinea. El rector Isócrates resulta muy representativo de las tendencias, a menudo contradictorias, por que pasaban los griegos. En su *Panegírico* postula la unión de toda Grecia contra el enemigo hereditario persa y mediante tal expediente justifica el renaciente imperialismo ateniense, aunque pone en valor los vínculos que unen a todos los griegos y la originalidad de su civilización. *Sobre la Paz* y el *Areopagítico* expresan el punto de vista del ateniense moderado de mediados de siglo: repudio del imperialismo, idealización del pasado y aguda conciencia de los azotes que eran la guerra y la división entre griegos. La monarquía le parece la solución y en *Nicocles* esboza el retrato de un monarca ideal; finalmente, en el *Panatenaico*, lo imaginó en la persona de Filipo de Macedonia, único capaz de llevar a cabo el gran designio de la unión panhelénica contra Persia.

ISÓCRATES (436-338). Hijo de un rico violero, su familia se arruinó durante la Guerra del Peloponeso. Ejerció como logógrafo entre el 402 y el 393 y pudo, entonces, abrir una escuela de elocuencia que obtuvo gran éxito. Compuso sus discursos para sus alumnos, a modo de ejercicios escolares. Se conservan 6 cartas y 21 discursos.

Según puede verse, las corrientes que condenaban la división de los griegos y sus incesantes luchas respondían a motivaciones distintas. También, subrayan el desarrollo de un ideal individual que empujaba cada vez más a los ciudadanos a buscar su realización personal fuera de los asuntos de la Ciudad.

III. LA EVOLUCIÓN DE LOS REGÍMENES POLÍTICOS

El siglo IV termina con la conquista macedónica y con el fin de la independencia política de las ciudades, agotadas en luchas estériles sin lograr un arreglo global de sus litigios, a pesar de la corriente de opinión que lo pretendía. Pero de eso a hablar de una decadencia de las *polis* hay todo un paso que, a menudo, se ha dado demasiado aprisa. Veamos, donde nuestra información lo consiente, algunos ejemplos.

ATENAS

Una visión pesimista de la evolución democrática «(El régimen popular) derriba las barreras y emancipa a los individuos. Al abrir la puerta a la competencia, estimula las ambiciones. De ello nacen desórdenes y el desarreglo

En Atenas, las instituciones se enriquecieron incesantemente para adaptarse mejor a las nuevas condiciones militares y financieras y para compensar los efectos de un comportamiento más individualista por parte de los ciudadanos. Tras el hundimiento del 404-403, una comisión de nomotetas reorganizó la legislación, conservando las leyes más antiguas cuando no resultaban contradichas ni anuladas por las más recientes y suprimiendo las de los oligarcas. En adelante, estuvo clara la distinción entre ley (*nomos*) y decreto (*psêfisma*): la primera, formaba parte del código fundamental creado entonces, cuya modificación requería un complejo procedimiento; el segundo servía para aplicar la ley a la vida política o judicial diaria.

Los estrategos, alejados por la guerra, no podían ya desempeñar la función de jefes políticos en la Ciudad y resultaban más difíciles de controlar puesto que la mayoría de sus soldados ya no era ciudadana. Para satisfacer la necesidad de especialización, la Asamblea les atribuyó tareas muy concretas: en el 329 vemos que hay uno para los hoplitas, otro para la defensa territorial, dos para el Pireo y uno para las *symmorías* (y, por lo tanto, para la flota. Ver «Las finanzas», más adelante); los demás recibían cometidos a tenor de las circunstancias. No obstante, no se abandonó el entrenamiento de los ciudadanos; muy al contrario, la efebía se reorganizó en la primera mitad del siglo y, luego, por segunda vez, hacia el 323. Cuando alcanzaba los dieciocho años cumplidos, el joven ciudadano seguía una instrucción militar de dos años, pasando el segundo en los fuertes fronterizos y jurando proteger a su patria y batirse con valor.

Las finanzas eran el segundo capítulo importante en los asuntos públicos. Hubo un inmenso esfuerzo de estructuración y adaptación que conllevó innovaciones, escalonadas a lo largo de todo el siglo. Los gastos aumentaron a causa de la guerra, pero también por las construcciones, por el pago de los *misthoi* y por el crecimiento de la administración. Pero el imperio no proveía de ingresos suficientes y éstos desaparecieron a partir del 356. Las rentas del Pireo (tasa del 2 por 100) variaban en función de la política exterior y las minas se explotaban sólo medianamente a comienzos de siglo. En el 350, los tribunales dejaron de reunirse por falta de dinero para pagar los *misthoi*. Se impuso una reforma: la circulación de fondos públicos mejoró por la adjudicación a cada magistrado de una cantidad para gastos corrientes (controlados en cada pritanía por los logistas y, de nuevo, al final del mandato); el cobro de la *eisphorá*, impuesto extraordinario, se reorganizó creando las *symmorías*. Tal sistema se extendió enseguida a la trierarquía, hasta el 338. La legislación sobre la explotación minera favoreció su recuperación hacia el 360; se crearon cajas especiales (*stratiotiká*, para la guerra, atestiguada desde el 349-348) o, quizá, simplemente, se reorganizaron (*theórikon*). La gestión de Eubulo como comisario o prefecto del teórico supuso una notable mejoría financiera (de 130 a 600 talentos) y da fe de la importancia alcanzada por esta función electiva que acabó por dominar, en acuerdo con el Consejo, el conjunto de las finanzas

de que, luego, el pueblo se queja ante sus jefes, sin sospechar que es su propia soberanía quien los excita y alimenta... Los testimonios del siglo IV confirman con abundancia tanto la realidad de tal desorden cuanto la importancia de esa toma de conciencia.» (J. DE ROMILLY, *Problèmes de la Démocratie Grecque*, 1975, p. 98).

Una visión de conjunto de la constitución en capp. IX y X.

El ejército

Ver capp. XII, II y XV, II

«Existe, en efecto, entre vosotros un juramento que prestan todos los ciudadanos cuando se les inscribe en las listas del demo y se convierten en efebos: juran no deshonrar sus armas sagradas, no desertar jamás de su puesto, defender a la patria y dejarla engrandecida para sus descendientes.» (LICURGO, *Contra Leócrates*, 76).

Las finanzas

En el siglo IV, los *misthoi* más conocidos eran el eclesiástico, el buleútico y el heliástico; para los arcontes, etc. (de 3 a 9 óbolos diarios). Pueden añadirse las comidas suministradas por el Estado (cf. Aristóteles, *Const. At.*, LXII, 2). La estimación es de que el gasto global estaría en torno a los 250-300 talentos anuales.

El conjunto de los contribuyentes estaba repartido en cien *symmorías*, representativa, cada una, de una misma fracción del capital imponible. El sistema se hizo más gravoso con la *proeisphorá* o adelanto de la *eisphorá*, a cargo de los trescientos ciudadanos más ricos de cada *symmoría*, corriendo de su cuenta la recuperación del dinero

atenienses, logrando mucho peso en las decisiones políticas. Ni el ciudadano ni la mayoría de los magistrados podían ya ni siquiera conocer el estado financiero de la Ciudad; la vigilancia la ejercían el Consejo y los logistas. No sabemos cuál fue exactamente el cargo de Licurgo después de Queronea, pero le permitió, durante doce años, controlar las finanzas y enderezarlas tras los gastos de la guerra contra Macedonia; las arcas estatales recibieron 1.200 talentos y se reiniciaron importantes obras públicas.

Administración y consejo

Ver capp. V, I y IX, II

«Cuando los prítanos reúnen al consejo o al pueblo, el epistato sortea nueve proedros (presidentes), uno por cada tribu salvo por la que ejerce la pritanía; y, de entre los proedros, de nuevo un epistato; y les da el orden del día. Éstos se hacen cargo del mismo y velan por el buen orden la sesión.» (ARISTÓTELES, *Const. At.*, XLIV, 2-3).

La administración financiera no es sino el aspecto más visible y mejor conocido de la gestión cívica. Pero asistimos, también, a un desarrollo de la administración y de sus competencias técnicas: la Bulé es la que adquiere mayor importancia.

Por razones aún sin explicar, la presidencia de la Asamblea y del Consejo pasó de los prítanos a los proedros, mientras que los primeros siguieron a cargo de la elaboración del probúleuma y de la convocatoria de la Asamblea. Se multiplicaron las comisiones técnicas, emanadas del Consejo y que operaban de acuerdo con el, rindiéndole, luego, cuentas. P-J. Rhodes obtiene, de un análisis de las competencias del Consejo, la impresión de que era el único que podía conocer el conjunto de los asuntos (finanzas, armamento, obras públicas, cultos y justicia), puesto que todos ellos pasaban por su control, antes y después.

Nuevos comportamientos

«Bataneros, zapateros, carpinteros, herreros, labriegos, comerciantes y mercachifles que no piensan sino en vender caro lo que compraron barato: ésos son quienes forman la Asamblea del pueblo.» (JENOFONTE, *Memorables*, III, VII, 6)

La historiografía tradicional prefiere subrayar los cambios de mentalidad, sobre los que sitúa la responsabilidad de este creciente peso de lo administrativo y financiero: acaso hubiera que invertir el planteamiento. El cuadro tópico del declive de la democracia es bien conocido: la concesión de un *misthos* por cada día de presencia en la Asamblea sería un remedio al absentismo, puesto que los pobres acudían en mayor número, siendo, luego, fácil presa para los oradores hábiles; éstos se quejaban de ver cómo los ciudadanos despreciaban la *ekklesía*, desinteresándose por la vida política para dedicarse a sus propios asuntos y a su familia. También es corriente subrayar el camino recorrido desde las comedias de Aristófanes, transidas de actualidad y de elementos de la vida comunitaria, hasta las de la comedia nueva, representada por Menandro, comedia de costumbres, psicológica e individualista. En suma: el espíritu cívico se perdía.

En la Heliea, cuyas competencias se ampliaron a expensas de las del Areópago, de los magistrados y de la Bulé, los jurados compuestos por pobres tendrían como objetivo principal el condenar a los ricos para aprovechar las confiscaciones: la sanción por una falta grave no sería tanto la privación de derechos políticos, de residencia o, incluso, de la vida, cuanto la multa, a veces muy grande. Se desconfiaría de la obligación moral representada por el juramento y se dio preferencia al testimonio escrito sobre el oral. Finalmente, el deber ciudadano de denunciar a cualquier culpable —beneficiándose con una parte de la multa— suscitó la multiplicación de los sicofantes, que vivían de la delación y la extorsión. Para hacerlos callar se les impusieron las costas judiciales y

una enorme multa de 1.000 dracmas en caso de que desistiesen de su acción antes del juicio. Fue en vano.

Hay, es verdad, mucho de cierto en esta visión y los abusos son innegables, pero la perspectiva parece inadecuada. Puede discutirse el abandonismo político, puesto que se comprueba que el quórum asambleario se sigue manteniendo en 6.000 para asuntos sobre personas (p.ej., *ádeia*), así como el número de heliastas; hay que encontrar cada año por lo menos 250 nuevos buleutas y cada vez más magistrados ordinarios; los terratenientes y los aristócratas ya no dominan. Por tal causa y al respecto de las dificultades económicas tan duramente acusadas por las clases pobres y medias, el *misthos* eclesiástico se impone como una medida vital; si los ricos ya no acuden no es que haga falta atraer a los pobres —pues ¿quién viviría con dos o tres óbolos diarios?— sino, sencillamente, permitirles limitar la falta de ganancias de ese día.

Ádeia. Para hacer determinadas propuestas (como solicitar la rehabilitación de un ciudadano degradado o modificar una ley ya existente) era preciso «haber logrado previamente de los atenienses, con un quórum mínimo de 6.000 votantes, una garantía de inmunidad *(ádeia)* votada mayoritariamente y por sufragio secreto.» (DEMÓSTENES. *Contra Timócrates*, 45).

Profesionales de la palabra y la política

Por otra parte, la creciente complejidad de los asuntos públicos hizo inevitable que los políticos de familia acomodada, profesionales del discurso y herederos de los sofistas, condujesen los debates, planteasen los problemas y desarrollasen las argumentaciones. Se les llama irresponsables; pero un Esquines, un Demóstenes o un Licurgo estaban investidos de diversos cargos de los que no se zafaron. Sus discursos muestran un excelente conocimiento del derecho, de los asuntos cívicos y de las finanzas. El cambio estuvo, más bien, en la separación entre las funciones civiles y la estrategía: su causa fue la evolución militar, pues engendró una especialización en la que tampoco siempre fue todo lamentable para la Ciudad; pero la soberanía de la Asamblea obligó a arreglos entre jefes políticos y militares.

El orador más célebre de este tiempo sigue siendo Demóstenes. Simple logógrafo al comienzo, fue, entre otras cosas, dos veces trierarca, buleuta, encargado de numerosas embajadas y negociaciones, encargado de las fortificaciones, del abastecimiento y prefecto del teórico. Fue autor de numerosas propuestas de reforma (sobre las simmorías, sobre el teórico); luchó para lograr que los atenienses detuviesen los avances de Filipo cuando aún estaban a tiempo. En respuesta a su principal adversario, Esquines, pronunció un discurso «Sobre la Corona», en el 330, en el que expuso sus ideas acerca de la función cívica del orador. Demóstenes logra, casi, la perfección en el desarrollo de una argumentación implacable, a veces poco honrada en relación a sus adversarios, frecuentemente punteada con raptos pasionales y siempre al servicio de una causa patriótica.

DEMÓSTENES (384-322)

En sus obras se distinguen: exordios (introducciones ficticias); alegatos civiles redactados como logógrafo; arengas pronunciadas ante la Asamblea *(Filípicas, Olintias)*; alegatos políticos pronunciados contra sus rivales o en favor de amigos atacados *(Contra Midias, Contra Aristócrates, Sobre la embajada prevaricadora, En favor de Ctesifón (= Sobre la Corona)*, etc.

Pobres y ricos ante la justicia

Por último, los abusos judiciales eran claramente denunciados por los hombres ricos, expuestos a la confiscación; pero éstos eran los mismos que desertaban de la Asamblea y de los tribunales y que protestaban contra las contribuciones exigidas. El equilibrio relativo en el reparto de las riquezas se había roto y estaba en la lógica de la democracia ateniense el restablecerlo mediante el expediente de imponer, con o sin su consentimiento, cargas fiscales a los ricos y de proceder contra los recalcitrantes. Se desarrolló un derecho mercantil con los tesmotetes

«Al igual que cada uno de nosotros tiene un padre, del mismo modo hemos de considerar que la Ciudad tiene como padres a todos sus ciudadanos; y que, en consecuencia, es justo no sólo no privarlos de ninguno de estos nuevos recursos suyos sino que, si llegasen a faltarles, habría que buscar por cualesquiera medios que de nada careciesen.»
(DEMÓSTENES, *IV Filípica*, 41).

y los tribunales parece que se ocuparon más de la regulación de asuntos civiles que no políticos.

Hay, pues, que cuidar de no dejarse cegar por las denuncias de abusos ni por los artificios retóricos: para suscitar sanas reacciones en sus conciudadanos, Demóstenes o Isócrates describieron sombríos panoramas; pero los mismos argumentos empleados por ellos, de los que podemos pensar participaban, son prueba del mantenimiento de un vigoroso espíritu democrático.

ESPARTA

Estamos mal informados sobre la Esparta del siglo IV. También en ella los jefes militares tendieron a poseer su propia política; pero la Ciudad, en las personas de los éforos, se ocupó de reconducirlos a la disciplina: reyes (Pausanias), estrategos (Febidas) y cargos oficiales se vieron llevados ante la justicia y condenados: el sistema mantuvo su rigor.

Sin embargo, existió una crisis verdadera, que podemos inferir a partir de tres hechos: la abortada sublevación de los «inferiores», con Cinadón, a comienzos de siglo; la disminución del número de ciudadanos, visible en los efectivos combatientes en Leuctra en el 371; y la tendencia al rechazo de la austeridad, a la búsqueda del beneficio y de la acumulación de bienes, incluidos los raíces.

«Los verdaderos cabecillas no se habían puesto de acuerdo más que con unos pocos hombres, aunque seguros y... toda la masa de los hilotas, los neodamodas, hipoméiones y periecos estaba de su parte...»

«Los éforos advirtieron que se trataba de un plan bien tramado y su preocupación fue la consiguiente: ni siquiera convocaron la llamada «pequeña asamblea» (?), sino que, llamando uno por uno a los gerontes, en un sitio distinto, decidieron...»
(JENOFONTE, *Helénicas*, III, III).

En el 397, un hombre libre, pero no ciudadano, incitó a la revuelta al conjunto de los inferiores; sus armas fueron las de los combatientes y las herramientas de trabajo; los móviles, sencillos: «No ser en Lacedemonia inferiores a nadie». Por primera vez, hilotas o libres, habitantes del entorno (periecos) o de Esparta, todos participaron en la conjura, que fracasó por las delaciones y gracias a la energía de los éforos, pero, también, a causa de la falta de cohesión. Esta aventura sin futuro es prueba de un malestar: los inferiores eran numerosos y, a pesar de su diversidad, compartían un sentimiento común contra los únicos poseedores del poder político. Entre ellos estaban los neodamodas (acaso hilotas manumitidos para la guerra) y los hipoméiones, inferiores en los que podría verse verosímilmente a ciudadanos decaídos sobre todo por causas económicas (pérdida del *kleros*); se unieron a ellos ex hilotas, manumitidos por haber tomado parte en la *agogé*, junto a un joven espartano. Si la guerra fue responsable de este desproporcionado crecimiento del número de los inferiores, es normal que tal intento de sublevación sucediese a comienzos de este siglo.

Agogé. Ver cap. VII, I

Ver cuadro en cap. XI, II

Desde entonces, la oligantropía de que padecía Esparta ya no fue demográfica, sino política: en cifras absolutas, la población se mantuvo; pero el número de ciudadanos se hizo ridículamente pequeño. Las razones, en principio económicas, también fueron políticas: la constitución de un grupo oligárquico en el seno de los espartanos que, gracias a su fortuna, se reservó el poder y controló la gerusía, prohibió cualquier reforma política o social y toda medida de compensación que permitiese a los *ákleroi* conservar su ciudadanía plena. En Esparta, más que en cualquier otra parte, la guerra, pues, no podía ser sólo cosa de los ciudadanos; pero el repliegue de la Ciudad sobre sí misma, después

Gerusía. Ver cap. VII, I

de Leuctra, nos dejó en la ignorancia acerca de las consecuencias internas de todo ello.

Algunos ejemplos nos permitirán ver cómo evolucionó el sistema del *koinon* en el siglo IV. Por un papiro datado en el 395 conocemos un poco la organización federal beocia tal y como funcionaba entre 447 y 386: 11 circunscripciones territoriales suministraban, cada una, 60 consejeros federales, un beotarca, jueces, impuestos, 1.000 hoplitas y cien jinetes. Tebas, Platea, Orcómeno y Tespis abarcaban, cada una, dos distritos. Pero, en el 427, Platea fue destruida en beneficio de Tebas; en el 423, Tespis pasó a control tebano: así se impuso la preponderancia de Tebas, junto con su temperamento oligárquico y conservador. La confederación, su instrumento hegemónico, fue disuelta en el 386. La ocupación por los espartanos de una parte del territorio suscitó la hostilidad suficiente como para que Tebas lograse nueva popularidad al expulsar a los ocupantes del 379 al 373. Pudo, entonces, imponerse con mayor claridad aún: rompió cualquier negociación que fuese dirigida a los «tebanos» y no a los «beocios», se anexionó el territorio de Platea y, luego, el de Tespis y suprimió Orcómeno en el 364. Entonces, aunque se instituyó una asamblea muy primaria, su sede fue Tebas y aunque las instituciones fueron menos oligárquicas resultaron más adecuadas para garantizar el dominio de una ciudad; ¿podía, aún, hablarse de un *koinón*?

Mucho más cercano de una verdadera federación estaba el *koinón* tesalio, que agrupaba a poblaciones ya organizadas en *poleis* y a otras que seguían en un nivel más elemental. Los penestas fueron liberados a fines del siglo V, de resultas de un movimiento de reacción general contra el dominio aristocrático; constituyeron luego una clase rural, apta para el suministro de infantes, que se desarrollaron más que la tradicional caballería. Esta nueva masa política fue, quizás, en parte responsable del auge de la confederación a comienzos de siglo, bajo la dirección de Jasón de Feras.

El fin de la organización común fue esencialmente militar: se elegía a un polemarca al frente de cada una de las cuatro tetrarquías; el territorio se dividía en *kleroi* de los que cada uno suministraba 40 jinetes y 80 hoplitas. El *koinón* lo presidió un *tagos* hasta el 369 y, después, un arconte; todos los demás magistrados federales conocidos eran jefes militares. En la asamblea (¿primaria?) tenía su expresión una ciudadanía federal, superpuesta a las locales. Allí se elegía y controlaba al *tagos*, se tomaban las decisiones militares importantes, se repartían los recursos comunes (debidos al tributo de los pueblos periecos) y se vigilaba la financiación por las Ciudades de las víctimas de los sacrificios exigidos y, acaso, de su contingente militar.

Existieron otros *koina*, muy difíciles de conocer. En los lugares en que las Ciudades eran aún poco desarrolladas e importantes (como en Etolia o Acarnania), perseguían la formación de un Estado territorial, militar y financieramente viable. En donde las Ciudades eran antiguas, el *koinón* favorecía la hegemonía de una de ellas (Beocia; o Calcídica

LAS CONFEDERACIONES

En Beocia

«Había cuatro consejos en cada Ciudad, accesibles únicamente a los propietarios de una cierta fortuna y no a todos los ciudadanos. Cada uno de estos consejos actuaba por turno, deliberaba previamente y hacía un informe ante los otros tres. Las decisiones tomadas por la asamblea (de los cuatro) tenían fuerza de ley. Tal era el modo de gobernarse de cada Ciudad...»
Helénicas de Oxyrinco, XI, XIII).

Ver capp. VII, III; XV, I y mapa 20

En Tesalia

«Cuando Tesalia obedece a un *tagos*, he ahí a 6.000 hombres a caballo y a una infantería con más de 10.000. Cuando considero su vigor y su coraje, pienso que si alguien sabe ponerlos en valor no habrá nación a quien los tesalios acepten obedecer... Y es bien cierto que cuanto nos rodea paga tributo en cuanto Tesalia dispone de un *tagos* encargado de llevar sus asuntos.»

Reflexiones de Jasón de Feras, según JENOFONTE, *Helénicas*, VI, I, 8-12.

... y otras

de Tracia, con Olinto), llevando a veces a rivalidades esterilizadoras (como en Arcadia).

Así, el siglo IV aparece como el de las experiencias políticas destinadas a adaptar las instituciones o los regímenes a una sociedad en plena evolución. Se comprende que algunos se sintiesen desamparados, conservando su nostalgia por un tiempo con menos desgarros (en el interior de las Ciudades) y que algunos pensadores reticentes buscasen exaltar o analizar las virtudes políticas del pasado, las posibilidades del presente y las oportunidades del porvenir.

IV. LOS NUEVOS FOCOS CULTURALES

EL SEGUNDO CLASICISMO

Las dificultades externas e internas de las Ciudades no frenaron la producción artística y se ha llegado a hablar de una segunda «edad clásica»; los centros artísticos se multiplicaron. Atenas ya no era el modelo y sus escultores hubieron de ir a otros lugares en busca de clientela. El Peloponeso se cubrió de construcciones, las Ciudades del Asia Menor rivalizaban en proyectos y ya hemos visto algunos de los logros de las de Occidente. Los artistas circulaban con facilidad e iban de una región a otra, al hilo de los encargos: de donde la difusión de ciertas corrientes y una relativa homogeneidad en las nuevas modas.

Los monumentos civiles

Ver cap. V, III y planos 18 y 33

Nunca se construyó tanto como en ese período. Ciudades nuevas (Mesene, Megalópolis), reconstrucción de otras junto a las antiguas (Priene) o de barrios nuevos (Olinto): se trató de programas ambiciosos que, en general, seguían la planta hipodámica; se proyectaron manzanas rigurosamente moduladas y se planificó el emplazamiento de los edificios civiles y religiosos: el buleuterio con su graderío, el ágora cerrada rodeada de un pórtico, el gimnasio con su estadio y su palestra o el teatro. Ninguno de esos monumentos era nuevo, pero en el siglo IV fue cuando adquirieron su forma definitiva en piedra. El éxito más cumplido fue el del teatro de Epidauro, capaz para 14.000 espectadores. A la vez que los monumentos se plasmaban en piedra, perdían su carácter cívico. Cada vez era más frecuente la costumbre de representar obras antiguas y los actores profesionales iban sustituyendo a los ciudadanos del coro. El teatro se convirtió en una expresión artística a expensas de la manifestación cívica.

Teatro. Ver cap. X, II

Los templos

Ver Introducción, II

Escopas

También se aprecian nuevas opciones en las construcciones religiosas. En verdad que aún se edificaba con destino a los dioses ciudadanos: en Atenas, en el Ágora, se construyeron dos modestos templos a Apolo *Patroos* y en Éfeso un grandioso edificio a Artemisa, que pasó por ser una de las siete maravillas del mundo y sustituyó al antiguo, que ardiera en el 356. El escultor pario Escopas ornó las basas de sus columnas con labras que sobrepasaban la talla humana. Los cultos panhelénicos tradicionales tampoco fueron olvidados: el templo de Apolo en Delfos, destruido por un terremoto, fue reconstruido entre el 366

y 326 mediante una suscripción del mundo helénico en la que participaron incluso donantes humildísimos.

Se desarrolló el gusto por las formas más diversificadas. Así, las *tholoi*, templos redondos, construidos en Delfos y Epidauro, jugaron con la diversidad de los materiales. En la *thymelé* (lugar de los sacrificios) de Epidauro aparecieron, en el exterior, los primeros ejemplos de capiteles corintios. Formaba parte del amplio conjunto construido a partir del 380 en honor de Esculapio. El culto del dios, nacido en Atenas durante la Guerra del Peloponeso, se desarrolló grandemente en el siglo IV y correspondió a una nueva sensibilidad religiosa, más basada en la relación individual (aquí, la del enfermo con su sanador).

La *thymelé* de Epidauro

UNA NUEVA SENSIBILIDAD

Tales tendencias se aprecian también en el arte del ateniense Praxíteles, que dio gran importancia al estudio del cuerpo de la mujer y transformó las proporciones de la estatuaria, estilizándola. La única estatua original que se conserva (o copia casi inmediata del original) es la del Hermes llevando a Dioniso niño, conservada en el museo de Olimpia; la elección del asunto y el sentido del mito nos reconducen a las tendencias religiosas particularmente favorecedoras de los cultos místéricos, por oposición a los cívicos. Tendencia, pues, a lo irracional; pero, también, gusto por otras vinculaciones que no sólo las de la Ciudad. Los *thíasoi*, esas cofradías de iniciados que se agrupaban en torno al culto de un mismo dios, se multiplicaron.

Praxíteles

El arte funerario también refleja esta nueva sensibilidad. Las más hermosas estelas del arte ático se fechan a comienzos del siglo IV, mientras que el monumento construido en Halicarnaso por su viuda al sátrapa Mausolo fue obra de los mejores escultores griegos. La influencia del arte persa y las tradiciones griegas se conjugaron en el edificio, que se hizo tan célebre que aún perdura en nuestras lenguas. En él, como en los monumentos de las Nereidas, en Janto, o en los sarcófagos de Sidón, se abandonó el ideal clásico simbolizado por el friso del Partenón por una representación más patética de los temas y por un juego más violento de las actitudes.

El Mausoleo de Halicarnaso

La cerámica, por el contrario, sufrió una cierta decadencia. Tras el estilo «florido» de fines del siglo V, se orientó hacia representaciones más estereotipadas, incluso en Atenas, hacia fines del siglo IV. Tal decadencia será irremediable. No obstante, algunas escuelas originales se desarrollaron en Tebas, con temas humorísticos inspirados en la comedia y, sobre todo, en la Italia del sur. Hallamos allí búsquedas pictóricas que marcaron la época. De hecho, la gran pintura (de la que tan poco nos queda) se puso tan de moda que dominó a los artistas de la cerámica, los cuales perdieron su originalidad. Por el contrario, la coroplástica siguió teniendo gran éxito y los talleres de Mirina, Tanagra o Tarento suministraron una abundante cosecha de figuritas de ofrenda, a menudo encantadoras. No olvidemos, en esta breve panorámica, la numismática: el arte de sus grabadores logró éxitos particularmente notables durante el siglo IV.

La cerámica

Coroplástica. Ver cap. XI, IV

Así, pues, se trata de un período muy rico en el que la nueva sensi-

bilidad religiosa inspira y completa las indagaciones artísticas; y, mientras que los cultos cívicos decaen, las ciudades multiplican a la vez construcciones civiles y religiosas; contradicción sólo aparente, pues si bien en algún aspecto se estaba cuestionando el marco de la *polis*, los griegos siguieron tenazmente afectos al mismo.

FLORECIMIENTO LITERARIO

Platón, cf. más adelante. Aristóteles, p. 217, Isócrates, p. 208, Lisias, p. 193, Demóstenes, p. 217, Esquines, p. 211, Jenofonte, p. 204: ver páginas anteriores.

Iguales contradicciones hallamos en el plano literario, en el que el papel de Atenas como centro intelectual no se debilitó. Se implantaron en ella escuelas filosóficas. Tras el paso de los cínicos, vino el establecimiento de la Academia de Platón y, luego, del Liceo de Aristóteles. Isócrates fundó su escuela de retórica y la elocuencia se convirtió en uno de los elementos esenciales de la cultura griega. El siglo IV es, esencialmente, el de la prosa, de la que Jenofonte procuró la más variada colección de muestras. Es también, una literatura muy «pedagógica»: no es casual que muchas obras surgieran de trabajos destinados a los discípulos o fueran presentadas como tales. El intelectual quería explicar, convencer e intentaba captar el flujo del pensamiento de su auditorio. Estamos lejos de la gélida distancia adoptada por un Tucídides, ante el rigor inapelable de la razón, o del pasmo de Heródoto ante la variedad de las culturas. Ya no existe un tan claro consenso colectivo en el público y el orador se dirige a menudo a la sensibilidad del individuo, apelando a sus intereses y preguntándose por las articulaciones del juego político sobre las que los contemporáneos ya no tienen influencia. Esta apasionada búsqueda nos procuró las obras de Platón y de Aristóteles, que dominan todo el período.

PLATÓN. (428-348/347). De familia aristocrática, el joven Platón (mote debido a su anchura de hombros) recibió cuidada educación. A los veinte años conoció a Sócrates a quien siguió hasta su muerte. Viajó, luego, a Cirenaica, Egipto, Sicilia e Italia. En la corte de Dionisio conoció al cuñado de éste, Dión, quien sería su fiel amigo. En el 388 regresó, para establecerse a Atenas, en el 367 y el 361 viajó a Sicilia para aconsejar a Dionisio el Joven; el príncipe no tenía nada del filósofo soñado por Platón. Cuando Dión fue asesinado por el tirano, Platón, desde Atenas, aconsejó a quienes lo vengaron.

Cuando Platón se estableció definitivamente en Atenas, en el 388, compró un jardín cercano al gimnasio consagrado al héroe Academo y al año siguiente fundó su escuela, que tomaría el nombre de Academia. Se organizó como un *thiasos*, con fiestas en honor de Academo. Tuvo un éxito inmediato y sus discípulos le fueron muy fieles. Algunos acudieron para un estudio puramente intelectual (Aristóteles —a quien llamaba Platón «el leedor»—, Jenócrates), pero muchos eran futuros políticos, como Cabrias y Foción, los estrategas atenienses, Eudoxo de Cnido o Aristónimo, legislador de Arcadia. Platón mismo intentó intervenir directamente en la vida política de Sicilia. Fracasó y la experiencia lo dejó amargado; en adelante, y hasta su muerte, se consagraría a la enseñanza. La verdad, y no el éxito, era la norma. Tal explicaba a sus alumnos, agrupados en su torno en las salas del gimnasio. Podría compararse este tipo de enseñanza con el de los seminarios de altos estudios; no se trataba de transmitir una verdad ya elaborada, sino de descubrirla mediante el método inaugurado por Sócrates, el del diálogo colectivo. Por la tarde la discusión proseguía, a menudo durante el banquete *(symposion)* que congregaba a maestro y discípulos. Las matemáticas ocupaban un lugar principal, a lo que contribuyó su alumno Eudoxo. Pero no era una enseñanza rígida y la obra de Platón refleja esa perpetua indagación de la verdad.

La obra de Platón. 28 Diálogos, entre los cuales:

Apología de Sócrates, Critón, Fedón, El Banquete, Fedra, Parménides, Timeo, los diez libros de *La República,* los doce libros de *Las Leyes.*

Su obra se presenta en forma de diálogos y fue Platón quien dio al género su carta de nobleza. Frente a sus contradictores, Sócrates hace

brotar la verdad, que nunca viene dada de antemano, en una puesta en escena de gran vivacidad. Cuando las respuestas no pueden ya emplear la mera palabra, el mito acude en ayuda del filósofo. El propio arte de la prosa en Platón no fue indiferente al éxito que logró de manera inmediata.

No podemos resumir aquí la obra de Platón, reivindicada a un tiempo por el idealismo, el misticismo y el racionalismo. Casi es más fácil discernir la influencia ejercida por Platón más allá de la Antigüedad que no medir la que tuvo en su tiempo. A las preguntas concretas planteadas por la clase política, Platón dio respuesta deliberadamente utópicas: su *polis* ideal estaba gobernada por filósofos, formados en una minuciosa educación que no concluía sino a los cincuenta años. Las masas estaban cuidadosamente encuadradas y la religión, impuesta. Para todos, comunismo integral de bienes, mujeres e hijos. Es verdad que esta imagen no es definitiva y que Platón, de un texto a otro, matiza; pero la cesura entre el hombre que sabe, el filósofo, y la masa por encuadrar sigue siendo una de las obsesiones del filósofo. No obstante, su pensamiento político está hecho de interrogantes sobre los sistemas de su tiempo y animó el gran debate sobre la Ciudad que dominó el siglo IV. Antes de verlo en su conjunto, examinemos los intentos, tan distintos, del discípulo de Platón, Aristóteles.

No conocemos la obra de Aristóteles sino por escritos dispersos (algunos, atribuidos a sus discípulos) que formaban lo fundamental de sus cursos y que fueron reunidos en tiempos de Cicerón. Una parte importante fue consagrada a la ciencia del raciocinio y a sus estructuras formales (obras de lógica conocidas con el nombre de *órganon*). Es sabida la esclerosis que algunas enseñanzas medievales extrajeron de esta gimnasia del espíritu y del estudio de los silogismos disociados de la realidad de las proposiciones; pero en absoluto era tal el propósito de Aristóteles, que intentó despejar un método de razonamiento para el estudio enciclopédico de todo el conocimiento. Estudio de los géneros literarios (*Retórica*, *Poética*), de la filosofía (*Metafísica*) y, también, de las obras de ciencias de la naturaleza, basadas en una minuciosa observación (como la *Historia de los animales*, en la que clasificó más de cuatrocientas especies cuyos órganos describe con detalle). Su escuela fue la verdadera fundadora de la zoología, basada en la observación.

ARISTÓTELES (384-322). Originario de Estagira, en la Calcídica. Hijo de un médico empleado en la corte de Amintas de Macedonia. Fue a la Academia en la que permaneció por veinte años, hasta la muerte de Platón, que le había encomendado la enseñanza de la retórica. Después fue a la Tróade, enseñó en Lesbos y, por último, fue preceptor del joven Alejandro de Macedonia. De vuelta a Atenas, en el 335, fundó su propia escuela, el Liceo. En el 323, expulsado por la reacción antimacedónica, se refugió en Calcis de Eubea, en donde falleció un año más tarde.

Hay que añadir, por último, las obras sobre moral y política. Aristóteles aplicó al estudio de los regímenes políticos los métodos de las atentas indagaciones empleadas en el estudio de la zoología y nos suministró gran número de precisiones. En un espíritu de esa especie estudió Aristóteles al hombre, animal «político» a quien definió en relación con la sociedad en general y con la que mejor conocía: la *polis*.

La obra política de Aristóteles.
Ética a Nicómano
La Política (diez libros)
La Constitución de los Atenienses, ver cap. VII, II.

Como puede verse, los pensadores se interrogaban ampliamente sobre la Ciudad, su evolución y su futuro. El siglo IV fue, por excelencia, el de la ciencia política.

LA CIUDAD, CUESTIONADA

Ya las últimas obras de Aristófanes (el Pluto, La Asamblea de las Mujeres) evocaban un cierto «comunismo»: comunidad de mujeres, co-

munidad de bienes. La Ciudad, que era la comunidad de los ciudadanos, se preguntaba más o menos conscientemente acerca de sus fundamentos mismos. ¿Sobre qué formas había de basarse? Casi espontáneamente se pensaba en los pequeños propietarios, defendidos de la pobreza y de la riqueza extremas. Tal era el pensamiento de Terámenes, el ideal de la clase media de Aristóteles, que no podía lograrse sino eliminando a los más pobres: de donde esa hostilidad hacia los trabajadores manuales, que atestaban la Asamblea y que encontramos de nuevo en Platón, Aristóteles y Jenofonte. La posición respecto de los comerciantes es ambigua: Platón los excluía y Aristóteles autorizaba esa vía de adquisición de riquezas a condición de que fuesen moderadas.

Ver cap. XV, III (texto)

Pero si bien es verdad que un bienestar mínimo garantiza la ausencia de tensión, también lo es que no garantiza un ideal colectivo. Todos los pensadores políticos se preocuparon por diferenciarse de los sofistas y por situar la virtud y la verdad frente a los apetitos individuales: de ahí la búsqueda de la mejor constitución (*politeía*) posible. La democracia, tal y como se practicaba en Atenas, no les satisfacía. Platón la condena, sin remisión, y Jenofonte e Isócrates se refieren a una mítica «*patrios politeía*», cercana al ideal de Terámenes: el poder para el hoplita, eliminación de los más pobres y lenificación de las cargas de los ricos. Aristóteles es más matizado: partidario de una soberanía colectiva, querría limitarla sin conceder demasiados poderes a los magistrados. Llega, así, a formas moderadas de gobierno oligárquico y comprueba la existencia de tales gobiernos, basados en el censo, plutocracias como la de Marsella; Platón rechaza resueltamente ese tipo de régimen.

Ver cap. XI, IV

«Es claro, por consiguiente, que la mejor comunidad política es aquélla que está en manos de la clase media y que la posibilidad de un buen gobierno pertenece a esa clase de Ciudades en las que la clase media es abundante...» (ARISTÓTELES, *Política*, IV).

De hecho, todos estos programas buscaban reconstituir un cuerpo restringido de ciudadanos (Platón lo evalúa en 5.040 para su Ciudad ideal) y una oligarquía basada en la posesión de un *kleros*.

A la vez que surgían estas cuestiones, avanzaba la idea monárquica. Se condenaba, desde luego, la tiranía, encarnada por Dionisio el Antiguo, por ejemplo; pero se la oponía a una monarquía que debía basarse en la virtud y en la eficacia. Así, Isócrates miraba hacia Filipo de Macedonia y Jenofonte describía con admiración a Agesilao. Pero tales tendencias no llegaban hasta su término lógico. Únicamente Aristóteles veía que existía contradicción entre la monarquía y el régimen de la polis, pues los interrogantes seguían siendo intelectuales: los problemas de la Ciudad, financieros o fundiarios, no eran los filósofos quienes iban a arreglarlos; por lo demás, éstos ya no participaban en la vida política. Y tampoco podían medir el avance de un ideal nuevo, individual. El griego, con sus preocupaciones e intereses personales, ya no contemplaba el definirse únicamente como miembro de la comunidad cívica. La política dejó de ser la actividad normal del ciudadano y los ricos hacían su servicio a la Ciudad como lo haría un extranjero. Era el principio del evergetismo: el ciudadano rico otorgaba sus mercedes a la Ciudad que, a cambio, le concedía su benevolencia. Se hacía perdonar su riqueza. Pero si bien pudo reconstituirse el lugar ideal del rico ¿qué iba a poder buscar el pobre en la Ciudad? ¿Su pan? Ése era un

ideal opuesto al de la libertad fundamental del griego. La Ciudad ya no podía proponer la cohesión a su cuerpo cívico, por lo que tendió a rechazar a una parte de éste, la cual quedó presta a expatriarse y a recuperar en otro lado su orgullo. La segunda diáspora helénica podrá encontrar en ella sus tropas.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Para una visión de conjunto hay que partir de dos manuales: G. GLOTZ, *Histoire grecque III*, cit. y E. WILL, C. MOSSÉ: *L'Orient et le Monde grec, II,* cit., con bibliografía básica en la mayoría de los temas. Completar con la selección de textos de F. VANNIER, *Le IV^e siécle grec*, «U2», 1967. Sobre los Estados federales, la obra básica sigue siendo la de J.A.O. LARSEN, *Greek Federal States*, Oxford, 1968. La Beocia la estudian P. GUILLON, *La Bëotie antique*, 1948 y P. ROESCH, *Thespies et la confëderation bëotienne*, 1965.

Los problemas de la guerra han suscitado en los últimos tiempos gran número de estudios. Véanse, en particular, Y. GARLAN, *Recherches de poliorcëtique grecque*, 1974 y *La guerre...* (cit, en intr.): *Problèmes de la guerre...* (id.); A. AYMARD, *Etudes..* (id) Los esfuerzos de paz se recogen e T.T.B. RYDER, *Koinè Eirénè,* Oxford, 1965.

Sobre la crisis de la polis y el pensamiento político, además de la bibliografía propuesta por C. MOSSÉ en *Le Monde grec et l'Orient*, II, p. 189. ver E. LÉVY (cit. para el cap. XII).

Las obras de JENOFONTE (completas en la ed. de Garnier-Flammarion, pero no en Budé), ISEO, ISÓCRATES, DEMÓSTENESZ y LISIAS (completas en Budé), de PLATON (Budé y la Pléiade) y ARISTÓTELES (Budé) dan la documentación literaria de base. Para ayudarse a situarlas pueden emplearse:

P.-M. SCHUHL, *L'oeuvre de Platon*, 1967; J. MOREAU, *Aristote et son ëcole*, 1962; J. BRUM, *Aristóteles y el Liceo*, EUDEBA, Buenos Aires 1964; R. WEIL, *Politique d'Aristote*, «U 2», 1966; Y. DELEBÊCQUE, *Essai sur la vie de Xénophon*, 1957; P. CLOCHÉ, *Isocrate et son temps*, 1963.

LIBRO IV

ALEJANDRO Y EL MUNDO HELENÍSTICO

CAPÍTULO XVI

Filipo, Alejandro y las Ciudades griegas

El reino de Macedonia era el mejor bastión que los griegos pudiesen desear contra las invasiones procedentes del norte; pero no pudo cumplir tal papel durante las Guerras Médicas. Considerado por los griegos como un Estado arcaico y tracio —bárbaro, pues— en cuyo territorio pudieron fundar colonias (Pidna y Metone), irrumpió brutalmente en su historia con Filipo II de Macedonia.

I. EL ASCENSO DE MACEDONIA

LA FORMACIÓN TERRITORIAL
Ver mapa 23

Se admite, hoy, que los macedonios son del mismo origen que los griegos de la península; parece que se establecieron en la vertiente oriental del Pindo, de la que bajaron a partir del siglo VII. La familia de los Argéadas dejaría hacia el 700 su solar en la Oréstide para ir a establecerse en la rica llanura costera de Pieria. Desde entonces se inició la expulsión de los pueblos tracios que vivían en la futura Macedonia; tarea de largo alcance pero sistemáticamente realizada por los sucesivos reyes.

En un primer momento, la vasta llanura abierta hacia el golfo termaico fue ocupada hasta el monte Olimpo, por el sur, hasta los contra-

fuertes del Pindo, por el oeste y hasta el fuerte de Edesa, por el norte: muy cerca los macedonios fundaron la ciudadela real de Egas (*Aigai*). Pero su debilidad les obligó a soportar el establecimiento de griegos en la costa.

Con Alejandro I (h. 494-450) se reanudó la expansión, a la que siguió el reflujo persa. Así fue cómo la ocupación del bajo Axio y, luego, de la depresión lacustre que lleva al golfo estrimónico fue el preludio al control de la Bisaltia. Hacia poniente, la conquista de la Eordia planteó el problema de las relaciones con las otras tribus macedonias, aún sitas en el Pindo y cuya integración probablemente no se llevó nunca totalmente a cabo.

Entre el 450 y el 359 numerosos problemas pusieron continuamente en causa los esfuerzos de expansión y consolidación. Lo inminente de una catástrofe ante el empuje ilirio y la amenaza de los peonios llevó a todos a congregarse en torno a Filipo II, en el 359: obtendría la obediencia de los macedonios si lograba alejar el peligro, cosa que consiguió rápidamente.

Preocupación por la seguridad y ambición fueron, probablemente, los dos factores de afirmación del naciente poderío macedonio: entre el 356 y el 348, los griegos fueron expulsados de la Pieria (Pidna, Metone), de la región que llega hasta el Nesto, con la comarca minera del monte Pangeo (Crénides fue llamada Filipos; Anfípolis sería la gran ceca del reino) y, por último, perdieron la Calcídica. Tesalia fue enseguida reorganizada por Filipo, quien fue elegido arconte de la Liga (h. 344-342); hacia el este y el noreste (tracios, odrisos, agrianios, etc.) se ejerció un control más laxo, consintiéndose una relativa autonomía local. No obstante, existía un estratego de Tracia cuya misión parece fue la de levar allí tributo y tropas (en el 325 se perdió la zona entre Balcan y el Danubio).

«Filipo os encontró, tribu de vagabundos famélicos... Os dio vestidos que poneros en vez de pieles, os hizo bajar a las llanuras, os enseñó a combatir de tú a tú con los enemigos fronterizos... Hizo de vosotros gentes urbanas, os dio leyes, os civilizó.»

«(Filipo) os libró de la servidumbre y de la esclavitud y os hizo señores de las tribus que os acosaban y saqueaban. Tomó casi toda Tracia y, adueñándose de las mejores plazas de la costa, abrió el país al comercio y os permitió explotar vuestras minas sin temor a ser atacados.»

(ARRIANO, *Anábasis*, 7, 9. Arenga a los macedonios).

Así constituida, Macedonia se convirtió en un país rico. Las llanuras eran vastas y las alturas abundantes en pastos, bosques y caza. Este pueblo de pastores y campesinos nutrió a una aristocracia de grandes propietarios, muy amantes de la caza y la bebida, en un mundo que no conoció problemas de insuficiencia alimentaria (lo que generaría muchas envidias). El país proveía, además, materias exportables muy codiciadas por los griegos: madera de construcción, resina, pez y cáñamo; toda la construcción naval de las Ciudades griegas podía verse afectada, de desearlo Macedonia.

LOS RECURSOS DEL PAÍS

El subsuelo ofrecía, también, interesantes posibilidades: hierro y cobre en pequeñas cantidades, algo de oro y, sobre todo, mucha plata, en el monte Pangeo: este yacimiento, que fue agotado rápidamente, procuró, de modo inmediato, mil talentos anuales que financiaron la política diplomática y militar de Filipo; el tesoro que Alejandro recibió estaba vacío, puesto que el empleo de plata fue inmediato y total. A estos recursos el rey podía añadir el producto de las aduanas y de los muchos bienes raíces, aunque sin cesar disminuidos por las larguezas regias.

«Vuelto a su reino (346), Filipo, al modo de los pastores que llevan a sus rebaños ya a los pastos de invierno, ya a los de verano, transfería a su arbitrio pueblos y ciudades, según estimase que había que poblar o despoblar tal o cual lugar. Era un espectáculo penoso y semejante al de una completa desolación.»

(Opinión particularmente hostil, transmitida por JUSTINO, *Historias filípicas*. VIII, 5, 7, 8).

Por último, el país era rico en hombres, recuperándose enseguida de batallas con grandes mortandades. Alejandro aprovecharía los efectos positivos de la seguridad restablecida por su padre. Filipo II, además, se esforzó por asentar en ciudades a una parte de la población. En la misma Macedonia favoreció las relaciones (carreteras y puertos), pero, sobre todo, en los países conquistados, en los que mezcló sistemáticamente a los habitantes, implantando grupos de macedonios: fueron repobladas antiguas ciudades (como Filipos, Anfípolis o las de la Calcídica) y creadas otras nuevas, como Filipópolis o Alejandrinópolis, en tierra tracia; y se recurrió a los griegos no tanto para poblar cuanto para iniciar a los macedonios en las técnicas comerciales, financieras, navales o artísticas. La fuerza, el atractivo de una buena propiedad o de una vida más desahogada y el prestigio personal del rey se combinaron en esta incitación inmigratoria.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

No estamos bien informados acerca de la administración del reino (el sistema de liturgias y la organización aduanera fueron copiados de los griegos), del trato a las regiones conquistadas ni sobre las relaciones entre el rey y las familias de los dinastas macedonios o tracios. La investigación histórica se ha dirigido, sobre todo, a las relaciones entre el rey y la asamblea y entre la organización militar y la estructura social.

La monarquía es nacional, con un rey de tipo patriarcal que recuerda al homérico: jefe militar, intermediario entre el pueblo y los dioses y juez. La hereditariedad es normal, pero no obligatoria y se practica una fidelidad total, pero no tanto dirigida al rey cuanto a la monarquía, único recurso en caso de trastornos internos o de amenazas exteriores. En los textos oficiales se menciona a menudo a «los macedonios» junto al rey, como pactantes. Además, el rey parece estar obligado a respetar un *nomos* del reino, lo que sugiere un régimen concordado o pactista y no absoluto. De hecho, la asamblea macedonia interviene en dos ocasiones: para confirmar sentencias de muerte propuestas por el soberano y para designar sucesor del rey difunto. Pero nuestras fuentes no abarcan sino períodos de alteración: cuando el rey es débil o incierta la sucesión, esta intervención muestra su verdadero y notable alcance; en tiempos normales es respetada por razones meramente psicológicas. El fortalecimiento de la monarquía con Filipo II conllevó el desarrollo del absolutismo regio: el Estado estuvo, entonces, encarnado en el rey. Pero no de modo definitivo.

Durante la conquista, con ocasión de un debate sobre los méritos y divinidad de Alejandro, parece que dijo Calístenes: «... Deberías recordar que no acompañas ni aconsejas a un Cambises ni a un Jerjes, sino al hijo de Filipo, descendiente de Hércules y de Eaco, cuyos ancestros llegaron a Macedonia desde Argos, reinando ininterrumpidamente no por la fuerza, sino según el *nomos* de los macedonios.» (ARRIANO, *Anábasis*, IV, 11, 6).

EJÉRCITO Y MONARQUÍA

El pueblo eran los soldados, antes que nadie. Para vinculárselos, los reyes hicieron hetairos a los jinetes, cuya vida compartían. Eran de 1.500 a 1.800 (Filipo los aumentó en 800) y disponían de rentas a cambio de su servicio militar. De entre sus hijos se elegían los *paides basilikés* o «niños reales» (educados junto a Alejandro, quien seleccionó entre éstos a los jefes militares y administradores que necesitó).

Anaxímenes de Lámpsaco dijo: «Entonces, soliendo los más esclarecidos servir a caballo, los llamó *hetairoi* (compañeros), pero a la mayor parte (esto es, a los infantes), los dividió en compañías *(lkhoi)*, décadas y otras unidades y los llamó *pedhetairoi* (compañeros de a pie), para que cada grupo, al compartir la camaradería del rey, diese muestras de celo.» (JACOBY, F. G. H. 72, fr. 4).

Desde el 369 (?), los campesinos libres fueron el vivero de *pedhetairoi*, núcleo de la falange y contrapeso de la influencia de los jinetes y de las fuerzas centrífugas representadas por los regimientos mandados por los jefes locales. También ellos mantenían una vinculación per-

sonal con el soberano; sometidos a estricta disciplina militar, garantizaban la docilidad de la asamblea. Acaso algunos fuesen recompensados con tierras de cultivo. Se cree que, en el momento de la conquista, se quedaron para mantener la defensa del territorio.

Tal era la potencia ascendente que iba a dominar pronto Grecia: los macedonios, rechazados por unos como bárbaros y llamados por otros como pacificadores, serán los propagadores de la civilización griega por Oriente.

II. FILIPO II Y LOS GRIEGOS

Al favor de los conflictos que oponían a los ciudadanos o a los Estados griegos, Filipo se impuso, primero, como un jefe griego y, luego, como el jefe de una potencia dominante. No contento con anexionarse poco a poco las ciudades de la Calcídica (349-348) o con ser elegido arconte de Tesalia, intervino en Eubea y, sobre todo, en la Grecia central: presentándose como adalid de los intereses de Delfos, infligió a los focideos la derrota decisiva gracias a la cual los sustituyó en el consejo anfictiónico. En septiembre del 346 llegó a presidir los Juegos Píticos y Demóstenes, su irreductible adversario, prefirió inclinarse ante la evidencia.

Se ha descubierto en Vergina una tumba de extraordinaria riqueza que parece ser la de Filipo.
(B. C. H. 1978. II. 706).

Consejo anfictiónico. Ver cap. VIII. II

Entre el 346 y el 340 las relaciones se deterioraron y se desarrolló una oposición, dirigida por Atenas, que atendía a Demóstenes. Condujo a un primer enfrentamiento en el 340, a propósito de Perinto y, luego, de Bizancio. Filipo retrocedió. Pero una nueva guerra anfictiónica le permitió actuar nuevamente en la Grecia central, en la que la hostilidad de Tebas, apoyada por Atenas, llevó al enfrentamiento: el 2 de agosto del 338, en la llanura de Queronea, Filipo, brillantemente secundado por su hijo Alejandro, aplastó a sus adversarios, no obstante haber éstos realizado un gran esfuerzo de movilización.

LA CONQUISTA DE GRECIA

Miembros de la coalición antimacedónica:
Atenas, Corinto y sus colonias, Liga Aquea, Argos, Arcadia, Mesenia, Mégara, las Ciudades de Eubea, Quíos, Rodas, Cos, Bizancio y Abidos.

Tebas fue tratada con dureza, pero no aniquilada; perdió su posición de predominio en el *koinón* beocio (pérdida de Oropo, restauración de Platea, Tespis y Orcómeno). Los atenienses supieron con sorpresa que sólo se les exigían dos cosas: la disolución de lo que quedaba de su confederación marítima y el abandono del Quersoneso. El resto de Grecia, a su vez, prefirió inclinarse ante Filipo, con excepción de Esparta, lo que permitió arreglar a expensas de ésta y a favor de argivos y arcadios los problemas fronterizos que generaban alteraciones. En conjunto, el vencedor se mostró moderado, aun cuando sus partidarios aprovecharon para tomar el poder en muchas Ciudades y aunque se establecieron guarniciones macedonias en Calcis, Ambracia y Corinto, además de en la Cadmea (acrópolis de Tebas).

Las nuevas relaciones entre el poderoso rey de Macedonia y los vencidos fueron establecidas en un congreso de representantes de todos los Estados griegos en Corinto, en el 338-337. Fue una «paz común», que agrupaba a todos los griegos (pero no a Macedonia, a causa de su esta-

LA LIGA DE CORINTO

Una de las decisiones tomadas en Corinto. «No derrocaré la monarquía de Filipo ni la de sus descendientes ni las constituciones vigentes en las Ciudades participantes en cuanto que hayan prestado su juramento de paz... Si alguien intenta lo contrario a lo jurado y pactado, daré a las víctimas cuanta ayuda soliciten y combatiré al contraventor de la paz común, según las decisiones del Consejo *(synedrion)* y las órdenes del hegemón...»
(M. N. TOD, *A Selection...*, 177).

«Se dice en los tratados que los sínedros y los prefectos de la defensa comunitaria tendrán cuidado de que en las Ciudades que participan en el pacto de paz no se produzcan ejecuciones ni exilios ilegales, ni condonaciones de deudas ni liberaciones de esclavos a propósito de revueltas.»
(Pseudo-DEMÓSTENES, *Sobre el tratado con Alejandro).*

tuto monárquico); la acompaña una alizanza militar cuyo jefe electo —el hegemón— fue, desde luego, Filipo de Macedonia. Los pactantes fueron declarados libres y autónomos y se garantizaron la paz en tierra y mar y la libre circulación. Lo más novedoso, en relación con las antiguas alianzas, era el respeto absoluto a las condiciones internas de cualquier Estado vecino y la prohibición expresa de cualquier medida social revolucionaria (confiscaciones, repartos de tierra, minoración de deudas o manumisión de esclavos por decisión gubernamental). Era, pues, un frenazo aplicado a toda la agitación reivindicadora que sacudía a las Ciudades desde hacía varios decenios. Y, también, una puerta abierta a cualesquiera represiones de la agitación en nombre del respeto a lo jurado.

No conocemos el detalle de la organización; pero, de todos modos, la Liga funcionó mediocremente en tanto que organización autónoma. Toda una ficción democrática no bastó para disfrazar el obligado servilismo respecto de los deseos del hegemón; los resultados más concretos parecen haber sido los de organizar la recluta de un ejército común, asegurarle un jefe poderoso y —por lo menos una inscripción lo atestigua— haber fortalecido la autoridad de los arbitrajes en los conflictos entre Ciudades griegas.

III. PERSIA: UNA PRESA FÁCIL

El adversario contra el que se constituyó esta *symmajía* era el imperio persa, muy debilitado a lo largo del siglo IV. Oficialmente se extendía desde los Estrechos hasta el Indo y el Desierto de Libia; se formó por las conquistas y la autoridad de los iranios (persas y medos) y el Gran Rey debió contar con esa aristocracia que, empero, nunca se dotó de un órgano oficial. Aislado cada vez más por un complejo ceremonial, el rey se esforzaba por estar al tanto de la multitud de intrigas que surgían en la corte, en el harén, entre los magos (sacerdotes) y los funcionarios. Sus privilegiadas relaciones con Ahura Mazda le obligaban a hacer reinar la justicia y a obedecer preceptos morales muy estrictos; la educación moral de los jóvenes persas ya había merecido la atención de Heródoto. Pero el Imperio era inmenso y difícil de controlar. Sus capitales estaban dispersas: la postergada Pasargadas fue sustituida por la inacabada Persépolis; Ecbátana y Babilonia eran menos estimadas que Susa; era preciso desplazarse para hacer manifiesta la presencia regia. Secundado por el visir, el rey desarrolló la red viaria, con etapas utilizadas por los inspectores para un mejor control del reino. Tal vigilancia no era suficiente para contrapesar una antigua y vigorosa tendencia centrífuga: una tolerancia fundamental hizo que se respetasen costumbres, leyes, religiones y lenguas de las zonas integradas. Los sátrapas asentaron paulatinamente su independencia y, así, vemos que Caria fue gobernada por reyes-sátrapas hereditarios, autónomos, de he-

Ver O. PICARD, *op. cit.* en cap. IX

Ahura Mazda. Dios supremo de la religión persa. Creador y señor del bien. La religión mazdeísta fue depurada y moralizada por Zoroastro (Zaratustra).

El Visir. Jefe de toda la administración; los griegos lo llamaron Quiliarca, «jefe de un millar».

Los sátrapas de Caria, de los que fue el más célebre Mausolo, para quien se construyó el Mausoleo de Halicarnaso, eran muy indepen-

cho a la vez que empleaban la autoridad regia como medio de constricción hacia los súbditos.

En el 366 la revuelta de los sátrapas estuvo a punto de llevar al imperio a la ruina. La energía e, incluso, la brutalidad de Artajerjes III Oco, (358-337) acabaron con ella, pero quedaron huellas de malestar y descontento: la represión violenta contravenía la tradición, la debilidad real se había puesto de manifiesto y la fidelidad de los sátrapas se evidenciaba como dudosa. El asesinato del rey en el 337 y los dos años de alteraciones y asesinatos que se derivaron de ello complicaron sumamente la tarea del nuevo rey, Darío III Codomano (337-330).

dientes y helenizados. Véase sobre el tema la publicación de la estela trilingüe de Janto en los *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*. 1974.

LOS GRIEGOS Y LA IDEA DE CONQUISTA

Por parte griega, las ventajas de una conquista de Persia hacía algún tiempo que se insinuaban, muy en particular por Isócrates. No se trataba de las Ciudades griegas del Asia, a menudo favorecidas bajo la muelle autoridad de los sátrapas helenizados; pero la crisis social en el continente era aguda; los griegos arcaicos habían respondido en parte a la superpoblación relativa mediante la colonización. ¡Qué posibilidades abriría en ese campo el Asia persa! A la vez, podrían ser alejados todos los errabundos en busca de fortuna, convertidos en mercenarios y cuya existencia gravitaba pesadamente sobre la estabilidad interna de cada Ciudad: enviarlos a conquistar esas tierras y establecerlos en ellas sería una sencilla solución.

«Filipo, tan pronto como se sintió seguro de la buena disposición de los griegos, encontró un pretexto, so capa de castigar las agresiones contra Grecia de que los persas se habían ido haciendo culpables...»
(POLIBIO, III, 6).

LAS AMBICIONES DE FILIPO

Filipo, además, por su política y por lo estipulado en la Liga de Corinto, había cerrado las otras salidas: las fronteras estaban estabilizadas, las instituciones y el orden social, consolidados y normalizadas las relaciones internacionales; al Asia se encaminarían aquéllos a quienes atrajesen la aventura, el botín y la posesión de tierras.

Pero Filipo II no se preocupaba tanto de los griegos cuanto de su propio poder. Si bien veía en una guerra común la oportunidad de establecer lazos más estrechos entre los griegos y de unirlos a Macedonia como cómplices de un golpe de fuerza, también hubo de querer eliminar una intolerable amenaza: ya Artajerjes había hecho prender y ejecutar a un amigo de Filipo, Hermias, tirano de Atarnea, en Tróade; y he aquí que, en el 340, Perinto, asediada por Filipo, recibió ayuda persa: para el ambicioso rey que quería controlar los Estrechos no podía ser bastante la orilla europea; se imponía cruzarla. Pero ¿quién podría asegurar que ya el Argéada pensaba en todo el imperio? ¿Quién puede saber qué límites se había marcado o qué grandioso designio había concebido? El historiador queda en la incertidumbre y no puede sino asirse a los hechos conocidos: bajo las órdenes de Parmenio, secundado por Átalo, una parte del ejército ya había pasado al Asia cuando Filipo murió, asesinado, en Egas, a comienzos del verano del 336, en ocasión de las fiestas con que se celebró la boda de su hija, Cleopatra, con el rey del Epiro.

LA LLEGADA DE ALEJANDRO AL PODER

Fuese inocente o culpable de un crimen que reducía sus riesgos de ser privado de la sucesión al trono, el joven Alejandro, que contaba con veinte años, fue aclamado rey por el ejército. Alejandro III, llamado, enseguida, el Grande, hubo de imponerse con rapidez pues por todas

partes reinaba la agitación: cualquier veleidad contestataria en el reino fue suprimida físicamente y una expedición relámpago, en el verano del 336, le garantizó la sucesión de Filipo como arconte de Tesalia, anfictión de Delfos y hegemón de la Liga.

IV. LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO

LAS OPERACIONES *(mapa 24)*

Heredero de un proyecto cuyos límites ignoramos, Alejandro se encaminó a la conquista del Asia tan pronto como consolidó su situación en Europa.

Primavera del 334-noviembre del 333: control progresivo del Asia Menor

La resistencia que opusieron los persas fue frágil y la mayoría de las Ciudades griegas de la costa prefirieron entregarse a Alejandro, por miedo o por esperanza en la «liberación». La flota griega volvió a casa (334) y se comenzó el recorrido interior. Pero la contraofensiva persa fue vigorosa en el Egeo (Memnón y su flota) y logró el control de la casi totalidad de las islas, de la mayoría de los puertos griegos de Asia y amenazar la Grecia continental.

La victoria de Isos, obtenida en noviembre por Alejandro sobre Darío, que huyó, significó la detención de la contraofensiva naval persa, la sumisión de los griegos subyugados y la toma de conciencia, por parte de Darío, acerca de la gravedad de la amenaza. Sus propuestas de negociación fueron desestimadas.

La «*liberación*» consistía en recibir una constitución democrática; la *autonomía* se manifestaba en la ausencia de tributo y de guarnición real y por la independencia respecto del sátrapa. Ambas eran privilegios regios otorgados. (Cf. E. BIKERMANN, «*Alexandre le Grand et les villes d'Asie*», R. E. G., 1934, 346 y ss.)

Noviembre 333-primavera 331: Ocupación de la Costa mediterránea del Imperio

La conquista de Fenicia, con excepción del trabajoso asedio de Tiro (enero-agosto del 332), fue sencilla; el fin del año y el comienzo del 331 se invirtieron en una marcha hacia Egipto, en donde se estableció un poder macedonio, en la fundación de Alejandría y en el control de la Cirenaica.

Durante ese tiempo se arregló la situación en Anatolia y el en Egeo de modo tal que, a su regreso, en la primavera del 331, Alejandro, desde Tiro, organizó los territorios conquistados.

Primavera del 331-verano del 330: en Babilonia e Irán

Llegó, por fin, el verdadero contacto con el corazón del Imperio. Babilonia fue sometida, aunque respetada; Darío, de nuevo puesto en fuga en Gaugamelas (cerca de Arbelas), no contaba sino con su vida. Alejandro se apoderó de sus capitales, saqueó la ciudad real de Persépolis y se consideró, en adelante, como sucesor del rey fugitivo, pronto asesinado por unos rebeldes (330). Se esforzó por atraerse a la nobleza irania, confiando gobiernos a varios de sus miembros.

Durante este tiempo, Antípatro puso fin al levantamiento de Agis II de Esparta, en octubre del 331.

Verano del 330-primavera del 327: conquista de las satrapías orientales

Pero Alejandro, bien porque desease perseguir a Besso (un jefe rebelde asesino de Darío y pretendiente al trono), bien porque estuviese deseoso de no dejar volver a la independiencia a la parte oriental del Imperio, se aventuró hacia las satrapías de Asia, Drangiana, Sogdiana y Bactriana; en ellas encontró rivales a su medida, aristócratas guerreros de esas rudas regiones a quienes hubo de vencer tanto por el carácter como por las armas; la guerrilla, que reverdecía con frecuencia, impuso un avance lento, con prolongadas estancias en puntos fuertes (como Bac-

tras), fundación de colonias militares, e incluso, de ciudades, cuyos colonos forzosos (sobre todo, griegos) no se hallaban muy satisfechos. Por otra parte, se multiplicaron los contactos con la nobleza local, dentro de una cierta estima recíproca (matrimonio de Alejandro con Roxana, hija de un jefe sogdiano), lo que, a veces, originó agudos conflictos entre el rey y sus propios soldados (proceso de Filotas, asesinatos de Parmenio y de Clito, asunto de la prosquínesis, conjura de los pajes y asesinato de Calístenes).

Contando con llegar al poco a los límites orientales del continente, Alejandro arrastró a sus soldados a la conquista de la india: el avance fue lento y difícil hasta llegar al Indo, en la primavera del 326. Logró la sumisión de los príncipes indios, como Taxilas o Poro (que había aterrorizado a los macedonios con las cargas enloquecedoras de sus elefantes), a quienes encomendó sus propios reinos. Las tropas, duramente probadas en tan rudos combates y por lo prolongado de su alejamiento en países tan esencialmente extraños, se negaron a seguir al conquistador cuando éste pretendió hacerles cruzar el Hifaso.

El retorno por el Indo y el Golfo Pérsico les reservaba aún nuevas dificultades: combates acérrimos para vencer la resistencia de los pueblos indios (como los Mali) y sufrimientos causados por la travesía del tórrido desierto de Gedrosia, en comparación con el cual la travesía de Carmania parecía una gran bacanal. La flota, mandada por Nearco, no encontró alimentos a lo largo de la costa llamada de los Ictiófagos y pasó por algunas desventuras de las que, finalmente, salió más o menos bien librada.

Alejandro había salido de Persépolis cinco años y medio antes. La intendencia llegaba tras él; pero el tiempo y el alejamiento habían incitado a muchos sátrapas a sentirse paulatinamente independientes. El regreso se caracterizó, pues, por una represión que cayó sobre los generales y los sátrapas sospechosos y sobre el tesoreo, Hárpalo, que prefirió huir. Y, sin pérdida de tiempo, se retomó con decisión la política de fusión con los iranios, forzándose, en Susa, la unión de 90 jefes grecomacedonios con las más nobles jóvenes medas y persas. Por su parte, Alejandro desposó a la hija mayor de Darío; las uniones ya cerradas entre 10.000 macedonios y sus mujeres indígenas fueron consagradas por dones regios; por último, 30.000 jóvenes iranios —«los epígonos»— entrenados a la macedónica formaron una nueva falange. A pesar de su desagrado por verse sustituidos por iranios (que se manifestó con ocasión de la «sedición de Opis»), los veteranos recibieron una licencia generosa y volvieron acompañados por Crátero y Poliperconte.

Siempre activo y proyectando, a pesar del impacto que le causó la muerte de su amigo, el quiliarca Hefestión, Alejandro multiplicó entonces los trabajos de acondicionamiento de Babilonia, las expediciones al Golfo Pérsico, el reconocimiento del Caspio y el castigo contra los insumisos (en el 323, expedición contra los coseos). Acaso el Imperio hubiese, todavía, de agrandarse: muy probablemente, con Arabia y, quizás, también con las comarcas orientales del Mediterráneo.

Prosquinesis. Prosternación ceremonial ante el Gran Rey persa. [N. del T.]

Verano del 327-diciembre del 325: conquista de la India y regreso

En la travesía del desierto de Gedrosia. «El calor abrumador del sol y la falta de agua deshicieron una buena parte del ejército, principalmente a los animales de tiro (que se hundían en la arena ardiente)... Algunos hombres eran abandonados por enfermedad, otros, por agotamiento o insolación o por incapacidad para soportar por más tiempo la sed... La mayoría murió en la arena como hombre caídos al mar.» (ARRIANO, *Anábasis*, VI, 25).

325-muerte del rey (10 de junio del 323): reconducción y nuevos planes

La sedición de Opis. «(Los Epígonos) se habían convertido en hombres vigorosos... y en las maniobras mostraban una agilidad y una destreza admirables. Ello encantó a Alejandro, pero los macedonios sintieron despecho y temor al pensar que el rey los tendría a ellos mismos en menor consideración». De ahí su descontento cuando el rey anunció la repatriación de los veteranos fatigados o enfermos.
(PLUTARCO, *Vida de Alejandro*, 71, 1 y ss.).

Pero el conquistador murió bruscamente en Babilonia, el 10 de junio del 323.

Desconocemos los límites del proyecto que heredara. ¿Pensaba desde el 336 en suceder a Darío III Codomano en el trono real? ¿O bien descubrió, al hilo de las circunstancias y de los imperativos estratégicos, la necesidad de ir cada vez más lejos para consolidar las posiciones adquiridas y, luego, el anhelo del Imperio universal, el sueño de una humanidad reconciliada en la unidad profunda de sus minorías selectas? El debate apasiona a los historiadores, pero choca con la manifiesta incertidumbre de las fuentes; de modo que habremos de contentarnos con seguir al conquistador hacia la India, intentando observar la maduración de sus ideas y de su comportamiento político.

EL EJÉRCITO

Sárisa. Pica más larga, cuando menos, en una mitad, que la lanza del hoplita griego: había que sostenerla con ambas manos.

Diodoro, confirmado por Arriano, describe la revista a las tropas llegadas a suelo asiático en el 334-333. Había 32.000 infantes, compuestos por la falange (9.000), armada con sárisas y dividida en batallones de base tribual, hipaspistas reales, más móviles (¿3 ó 5.000?) y auxiliares, de los que 7.000 eran la aportación de las Ciudades griegas. La caballería congregaba de 5 a 7.000 personas, de los que unos 1.800 eran hetairos y 2.000, tesalios, además de caballería ligera. Era notable la importancia de las unidades técnicas (ingenieros y bematistas —que reunían todas las informaciones sobre rutas, distancias y posibilidades de acampada—). En torno al rey, un centenar de compañeros allegados y ocho «somatofílacos» (guardias de corps). Todos estos cuerpos disfrutaban de una autonomía que permitía disponerlos en operaciones diversas.

El gasto de tropas a lo largo de la conquista fue inmenso y no tanto a causa de las batallas sino por el establecimiento de guarniciones, colonias y destacamentos de reconocimiento o pacificación. Hacían falta, incesantemente, nuevos refuerzos. Alejandro recurrió a soldados iranios, los 30.000 epígonos. Una guardia persa de a pie se añadió a los hypaspistas y la misma Falange se abrió cada vez más a los persas. Esta orientalización del ejército fue muy mal recibida por los macedonios, lo que explica la sedición de Opis, cuando el rey licenció a sus veteranos y los sustituyó por indígenas entrenados.

Hipaspistas. Guardias reales, tropas selectas compuestas por infantes directamente vinculados al rey y reclutados sin acepciones territoriales. Servían, sobre todo, para proteger los flancos falangísticos y para asegurar el enlace con la caballería.

LOS CONFLICTOS ENTRE ALEJANDRO Y LOS MACEDONIOS

De modo general, Alejandro no consiguió transmitir a sus soldados europeos la fascinación que Asia ejercía sobre él. Éstos consideraron que la muerte de Darío debía poner fin a la expedición y soportaron mal las dificultades del avance hacia el este, la adopción de vestidos bárbaros por el rey y la introducción de orientales en el entorno regio. Esta recíproca incomprensión se manifestó en el asunto de la prosquínesis: los persas tenían la costumbre de postrarse ante un superior, que los alzaba con un beso, sellando una especie de contrato de fidelidad/protección y Alejandro intentó extender tal costumbre entre los macedonios. La reacción fue notable y Calístenes pagó con la vida el haber hecho de portavoz de la misma. En general, todo intento de fusión entre las aristocracias se resolvió en fracaso. Los matrimonios forzados de Su-

El asunto de la prosquínesis puede estudiarse en J. BALSDON, «The *divinity* of Alexander», *Historia*, 1950, 371 y ss.

sa no perduraron tras la muerte de Alejandro, con excepción del de Seleuco.

ALEJANDRO Y LOS GRIEGOS

Como ya hiciera Filipo, Alejandro se puso al frente de una cruzada panhelénica destinada a vengar los impíos desmanes cometidos por los persas en las Guerras Médicas. No obstante, respecto de los griegos de Asia, la conducta del rey fue la de todo conquistador: benevolencia para con las Ciudades que le abrieron sus puertas y dura sumisión cuando había sido preciso tomarlas al asalto. Normalmente, la conquista suponía el restablecimiento de la democracia (las oligarquías eran favorables a los persas); la «libertad» otorgada se manifestaba en la ausencia de tributo y guarnición, pero se cobró una *syntaxis* o contribución de guerra hasta la captura de los tesoros persas. La autoridad macedónica, a veces, era más gravosa: Aspendo fue castigada por protestar contra un tributo demasiado oneroso; la ciudad, el puerto y la guarnición de Príene fueron reorganizados. El rey intervino, sobre todo, dirimiendo judicialmente asuntos políticos (en el 322, a propósito de los tiranos de Ereso o, en Quíos, sobre el retorno de exiliados). Un representante regio, Filóxeno, hizo las veces de gobernador general del Asia Menor, pero su autoridad no resultó gravosa: su función parece fue, ante todo, fiscal y, luego, judicial. De todas formas, hay un signo revelador: las Ciudades ya no acuñaron sino moneda pequeña y la amonedación para los intercambios exteriores fue unificada de acuerdo con el patrón ático.

Alejandro en Éfeso. «Repatrió a los exiliados que por su causa habían sido expulsados de la ciudad y, derrocando a la oligarquía, estableció una democracia; los tributos que pagaban a los bárbaros ordenó que se pagasen como contribución a Artemisa... Prohibió que se persiguiese (a sus antiguos adversarios).»
(ARRIANO, *Anábasis*, I, 17, 10 y ss).

Pero, en Aspendo: «Les mandó entregar como rehenes a los más poderosos, los caballos que anteriormente habían prometido y 100 talentos, en lugar de 50; tendrían que obedecer al sátrapa designado por Alejandro y pagar anualmente un tributo a los macedonios...»
(ARRIANO, *Anábasis*, I, 25, 4).

Una decisión tomada en el 324 fue muy mal recibida en los Estados griegos continentales: la que ordenaba el regreso de los exiliados. Los etolios, que habían expulsado a los acarnanios de Oiniadas para establecerse ellos mismos y los atenienses, que ocupaban las tierras de los oligarcas exiliados de Samos, aguantaron muy mal tener que restituir las tierras a sus antiguos ocupantes (así tuvieron que dejar Samos los parientes de Epicuro). Paradójicamente, el golpe iba a resultar más fuerte para las Ciudades en las que las oligarquías filomacedonias habían exiliado a los opositores. Pero Alejandro estaba preocupado, sin duda, por librar al Oriente de las bandas turbulentas e indeseables compuestas por exiliados transformados en mercenarios al servicio de Darío. Este retorno masivo a Grecia no arregló la situación local y en el Cabo Ténaro se organizó un mercado de mercenarios.

Ver DIODORO DE SICILIA, XVIII, 8, 2.

LA ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO

Escasamente preocupado por la prosperidad de Grecia, Alejandro se interesó por sus nuevos dominios orientales. Pero no conocemos la administración que implantó, sino tan sólo los nombramientos y las defecciones. El rey se adaptó a la extensión territorial y a la variedad de pueblos. Dejó estar a los sátrapas persas de Lidia y de Caria (la reina Ada), pero repartió el poder sobre Egipto entre estrategos, un jefe egipcio y dos gobernadores griegos (entre ellos, Cleómenes de Náucratis, que se deshatía de los demás y se erigiría sátrapa). En el centro y en Irán mantuvo a los sátrapas persas, como a Mazeo, en Babilonia, a quien yuxtapuso un jefe militar y un administrador fiscal. Más al este, los sátrapas indígenas gobernaron solos. Un cierto número de fracasos expli-

El gobierno de los sátrapas

ca, sin duda, la progresiva desaparición de los grandes nombres persas o macedonios en favor de griegos o macedonios de origen más obscuro. En la India quedaron en ejercicio los jefes indígenas aliados.

Entorno de Alejandro

Ninguna estructura sólida caracterizaba al gobierno central: los compañeros del rey, comensales y consejeros eran elegidos en función de las necesidades de acometer tal o cual tarea o para secundar al rey en su política de fusión racial. Entre ellos había griegos y algunos indígenas.

La urbanización *(mapa 29)*

«Alejandro fundó más de 70 ciudades entre los bárbaros y sembró el Asia de instituciones helénicas.»
(PLUTARCO, *Moralia*, 328 c).

Comenzó entonces una obra que sus sucesores proseguirían: la urbanización, sobre todo en el Irán oriental. Pero no sabemos cuántas de las setenta fundaciones que Plutarco atribuye al conquistador datan de esta época. Por lo demás, muchas no son sino guarniciones de veteranos o de soldados revoltosos, instalados para controlar los caminos, las fronteras y las llanadas.

BALANCE

¿Qué pensar del hombre, según su obra? Tenerlo por demasiado conquistador como para ser buen administrador, tal y como hacen E. Badian y C.B. Welles, es quitar en exceso importancia al breve plazo de que dispuso para consolidar su obra. La historiografía exalta sus condiciones de jefe guerrero, de conductor de hombres, de organizador e improvisador. Desde la Antigüedad, el destino del conquistador asombró a las gentes: sus rápidos éxitos, su vitalidad extraordinaria, su valor sobrehumano, su constante preocupación por situarse bajo protección divina, sus alegres campechanerías y su participación en cortejos dionisiacos inspiraron una vasta literatura; joven dios a quien todo salía bien, partió a la conquista del mundo y a reconciliar al género humano. Hizo todo lo posible para dar cuerpo a tal imagen. Pero, más que un dios, fue un ser sobrehumano, excesivo, que quiso hacer más que cuanto cualquiera de sus predecesores, ir más lejos que Hércules o Dioniso. Es posible, como pretende Plutarco, que Alejandro quisiera imponer a los griegos su divinización. Le fueron otorgados honores divinos, se le dedicaron altares en ciudades griegas minorasiáticas y sus representaciones figuradas lo emparentan con Zeus y Hércules. Estos movimientos espontáneos, que culminaban en su divinización, se comprenden mejor si se recuerda lo difícil que era saber si estaba vivo o muerto.

«Alejandro fundó también ciudades para que ya no fuesen nómadas, sino cultivadores y labradores del suelo y para que, teniendo algo por lo que temer, no se atacasen mutuamente» (Se refiere a las tribus nómadas del norte de Susa).
(ARRIANO, *India*, 40, 6-8).

LOS GRANDES NOMBRES DEL SIGLO IV

REFERENCIAS CRONOLÓGICAS		VIDA POLÍTICA		CIVILIZACIÓN Los nombres de artistas van en cursiva	
		LISANDRO navarca de Esparta	?-395	**LISIAS**	459-380
401	Expedición de los 10.000	**AGESILAO** rey de Esparta	442-358	**ANTÍSTENES**	445-370
395-386	Guerra de Corintio	**CONÓN**	444-390	**ISÓCRATES** (abre su escuela en 393)	436-338
				PLATÓN (abre la Academia en 387)	428-348
386	La Paz del Rey	**IFÍCRATES**	415-354	**JENOFONTE**	427-355
				ISEO DE CALCIS	420-340
377	II Confederación ateniense				
		PELÓPIDAS de Tebas	420-364		
371	Victoria de Tebas en Leuctra				
		EPAMINONDAS de Tebas	418-362		
362	Mantinea. Nuevo equilibrio en el Peloponeso			*PRAXÍTELES*	390-330
				LISIPO de Siccion	390-?
357	Fin de la II Confederación ateniense			**ARISTOTELES**	384-322
FILIPO CONTRA GRECIA					
	356-346 Guerra Sagrada	**EUBULO**			
		FILIPO DE MACEDONIA rey en el 356	382-336		
	348 Caída de Olinto			*ESCOPAS* de Paros	
		DEMÓSTENES	384-322	**DEMÓSTENES**	
	338 Queronea	**ESQUINES**	390-314	**ESQUINES**	
EXPEDICION DE ALEJANDRO					
	335 Destrucción de Tebas	**LICURGO**	396-323	**LICURGO** Aristóteles vuelve a y funda el Liceo	
		ALEJANDRO rey en 336	356-323		
	334 Isos				
	331 Gaugamelas Alejandro en Irán				
		AGIS II de Esparta			
	327 Alejandro en la India				
	323 Muerte de Alejandro				

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Para los acontecimientos, recuérdese el t. 4, 1 de la historia griega de G. GLOTZ; la bibliografía que dan E. WILL, C. MOSSÉ y P. GOUKOWSKY (cf. «Introducción») es más que suficiente para el estudiante. Añádase P. BRIANT, *Alexandre le Grand*, «Que sais-je?», 1974.

Las fuentes de la historia de Alejandro son abundantes. Además de las inscripciones contamos con ARRIANO, *Anábasis*, (la ed. Loeb tiene, en su tomo 1, editado por P-A BRUNT en 1976, una introducción y apéndices notables), DIODORO DE SICILIA, libro XVII, PLUTARCO, *Vidas de Alejandro* y *Éumenes de Cardia*. La *Vida de Alejandro* está comentada por J.R. HAMILTON, Oxford, 1969. C-A ROBINSON, *The History of Alexander the Great*, 1963 (trad. de Jacoby, F.G.H., II, B. núms. 117-153), recoge los fragmentos de historiadores.

Nuevas ideas sobre la ideología subyacente en P. BRIANT, *Dialogues d'Histoire Ancienne*, II, 1976. Una tesis reciente es la de P. GOUKOWSKY *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre*, Nancy, 1978.

CAPÍTULO XVII

Las grandes monarquías helenísticas (excepto Egipto)

I. LAS GUERRAS SUCESORIAS Y LA CREACIÓN DE LOS REINOS

A la muerte de Alejandro no había un heredero satisfactorio para garantizar la sucesión: un hermanastro del conquistador, Arrideo, era débil mental; Roxana, su viuda irania, esperaba un hijo, que podía ser varón, pero mestizo. En plena alteración y por fidelidad dinástica se adopta una solución impracticable: si el niño que se espera es varón, ambos herederos reinarán conjuntamente; pero, menores por su mente o su edad, serán confiados a un *prostatés*, en la persona de Crátero. De hecho, abundaron los conflictos entre los grandes jefes del entorno de Alejandro, los Diádocos: primero, por la defensa de la idea unitaria (pero ¿en provecho de quién?) y, luego, por el reparto de los despojos. No sabemos cuáles eran los verdaderos fines perseguidos y sólo conocemos las proclamaciones solemnes, las guerras y los asesinatos.

En el 323, Antípatro recibió Macedonia y Europa; Pérdicas siguió de quiliarca para el Asia con jurisdicción teórica sobre los sátrapas; Tolomeo, hijo de Lago, recibió la satrapía de Egipto. Antígono el Tuerto, la de Anatolia occidental, Éumenes de Cardia, Capadocia y Paflagonia (ésta, por conquistar) y Lisímaco, Tracia (por reconquistar).

Los primeros conflictos produjeron la eliminación de Pérdicas y, luego, de Crátero. En el nuevo reparto efectuado en Triparadiso (Siria del norte), en el 321, Antípatro recibió la tutela de los reyes; Seleuco hizo aparición y obtuvo Babilonia como sátrapa; Antígono conservó Anatolia occidental, pero tuvo que eliminar a Éumenes y recibió de Antípatro el título de «estratego del Asia».

La muerte de Antípatro en el 319, cuando Antígono se esforzaba por crecer a costa de los demás, abrió una nueva crisis durante la cual

LOS REPARTOS DEL IMPERIO DE ALEJANDRO

Sobre este asunto, dice P. BRIANT, *Antígono*..., págs. 244 y 251: «Únicamente los jinetes reunidos aceptaron ratificar las medidas tomadas por el synedrion. Los infantes, "indignados por haber sido excluidos de las deliberaciones", no toleraron esos procedimientos: desde el anuncio de esas medidas, tomaron la decisión capital y revolucionaria de reunirse aparte y de aclamar como rey a Arrideo, dándole el nombre de Filipo.»

Año 323

Año 321

Años 319 a 311

Arrideo y Éumenes fueron eliminados. Las guerras de sucesión en la propia Grecia fueron aprovechadas por Antígono, que desarrolló su propaganda. Pero sus pretensiones en el Mediterráneo (¿Confederación Insular?) y en Siria chocaron con las de Tolomeo.

Ver final de este epígrafe

Año 311

En el 331 surgió un nuevo acuerdo: Casandro, hijo de Antípatro, fue reconocido sátrapa de Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV (el hijo de Alejandro y Roxana al que, en el 310, hizo asesinar); Lisímaco conservó Tracia y Tolomeo, Egipto y Antígono tuvo poder sobre toda el Asia (pero en el 309-308 Seleuco le impuso el reconocimiento de su satrapía de Irán).

Cinco Estados, pues, habían nacido y la desaparición de Alejandro situó a los diádocos en pie de igualdad, lo que Antígono quiso hacer obrar en su favor. Entró en conflicto con Tolomeo (sobre todo, a causa de Rodas) y multiplicó sus intervenciones, secundado por su hijo Demetrio, el futuro Poliorcetes («conquistador de ciudades»).

A partir del 306 todos fueron, sucesivamente, tomando el título real, imitando a Antígono y a Demetrio que celebraron así su toma de Rodas. Los Antigónidas se enfrentaron al dominio de Casandro sobre Grecia y parece que lo lograron en el 302. Pero el nuevo rey de los macedonios obtuvo la ayuda de los restantes: en el verano del 301, en Ipsos (Frigia), Antígono fue vencido y muerto; su hijo no poseía sino unas cuantas ciudades egeas. Seleuco recuperó la Siria del norte y Lisímaco dominaba el Asia Menor hasta el Tauro, salvo algunas plazas en Licia, Panfilia, Pisidia (¿de Tolomeo?) y Cilicia.

En Chipre, en el 306-305, tras la victoria de Demetrio sobre la flota lágida. «Allí fue donde la multitud, por vez primera, aclamó a Antígono y a Demetrio como reyes. Antígono fue inmediatamente coronado por sus amigos... Los que estaban en Egipto, al conocer las noticias, proclamaron, a su vez, rey a Tolomeo... Lisímaco empezó a llevar la diadema y también Seleuco, en sus encuentros con los griegos: él, que, ya antes, trataba con los bárbaros como rey. Casandro, por su parte, aunque los demás lo llamaban rey en las cartas o en sus salutaciones, siguió firmando con un sólo nombre.» (PLUTARCO, *Vida de Demetrio*, XVIII).

LA MONARQUÍA HELENÍSTICA

Ver mapa 28

Este nuevo mapa político sufriría algunos retoques (retroceso de Lisímaco, desarrollo de un reino en Pérgamo, etc.), pero habían nacido unas monarquías que se mantendrían hasta la conquista romana. Por una curiosa paradoja no se parecían a la monarquía macedonia y decían emparentarse con una Grecia a la que su estructura era fundamentalmente ajena.

La monarquía macedónica, de base nacional, respetaba un cierto número de tradiciones en sus relaciones con el pueblo. Pero era manifiesta una tendencia creciente a considerar el reino como un bien personal sobre el que podía ejercerse un poder absoluto. No sin trabajo: Demetrio Poliorcetes no pudo anular la profunda oposición y su hijo, Antígono Gónatas, prefirió volver a vincularse con las tradiciones propias de los macedonios.

Las monarquías surgidas de la conquista fueron radicalmente diferentes: personales y herederas de una ideología según la cual el Estado no existía sino en y por el rey, único elemento unitario, única fuente de autoridad.

Tal esquema es discutible. En efecto, estas monarquías también se establecieron en un marco territorial determinado. Los sucesores eran presentados al pueblo (no parece que en Macedonia se hiciera más) y, ante los súbditos indígenas, se practicaba la apariencia de la monarquía nacional (por ejemplo, en Egipto). De hecho, ambos tipos tendieron a acercarse. La monarquía era una magistratura no sometida a

responsabilidad; el rey podía, incluso, aparecer como la encarnación viviente de la ley, la cual unía más allá de la diversidad de las ciudades y las tradiciones.

Pero el rey debe justificar tal posición: primero, por la victoria (asunción del título regio por Antígono); luego, por su virtud, que se manifiesta en su piedad, en sus actos de benevolencia, en su práctica de la justicia y en su presteza en acudir en ayuda de los súbditos víctimas del hambre o de una amenaza exterior. Tiene, pues, que ser accesible a toda demanda o reivindicación y atender a sus súbditos. Seleuco I lo hizo de modo excelente; Demetrio Poliorcetes, al negarse, perdió el apoyo de los macedonios. Las epíclesis con las que los reyes eran saludados recordaban estas virtudes fundamentales: evergeta (benefactor), soter (salvador), epífanes (el dios manifestado), megas (el grande), nicátor (victorioso), etc. El éxito era de aquéllos a quienes los dioses protegían.

Tales exigencias hacían de la monarquía una pesada carga y por ellas se corría el riesgo de poner el reino en peligro en cada sucesión. Pero enseguida se introdujo una práctica contradictoria en apariencia con la idea de un carisma regio: la herencia. Se insiste sobre las personas de los ascendientes y sobre la pareja real, los esposos regios se llaman hermano y hermana (aunque no lo son realmente sino algunos Lágidas) y se practica la monogamia con algunas excepciones. Se forma una especie de clase regia a través de los distintos reinos, en la cual se reclutan las reinas.

El más sólido apoyo lo daba el culto real bajo su forma municipal y espontánea o en forma de culto de Estado. Únicamente la monarquía macedónica fue excepción. Las Ciudades griegas pasaron del mero agradecimiento caluroso a la plegaria, a la consagración de estatuas, de altares y lugares de culto; organizaban fiestas en honor de estos nuevos dioses, daban su nombre a los meses, a las tribus. Se ha dicho que son halagos, habilidades políticas o servilismos. Pero eso es subestimar el carácter espontáneo de este movimiento, menos contra costumbre de lo que pudiera creerse. Muchos fundadores de ciudades o libertadores habían sido heroizados y recibían culto, aunque la heroización nunca había afectado a seres vivos. De todos modos, según una corriente de pensamiento atribuida al mitógrafo Evhémero, a fines del siglo IV, los dioses no serían otra cosa que hombres superiores divinizados por la reverencia de sus contemporáneos; entonces ¿por qué no los reyes? De hecho, ese culto municipal era la forma extrema por la que se manifestaba el reconocimiento de las comunidades a quienes el conquistador había tratado bien; además, puesto que la protección de la divinidad poliada no parece que hubiese sido muy eficaz, se mantuvo su culto, pero añadiéndole el que se dirigía a un rey muy concretamente bienhechor, lejano y eficaz a un tiempo y, a veces, libertador (como Poliorcetes, en Atenas).

De modo paralelo a este culto, llegado de las comunidades griegas, los reyes impusieron en el conjunto de su reino un culto real y dinástico, cuyo marco material ellos mismos estipularon y para el que desig-

Epíclesis. Sobrenombre, a menudo en forma de calificativo con el que, entre otros usos, se saludaba a las divinidades a quienes se invocaba.

Las monedas lágidas, testigos de la monarquía. Al comienzo, efigie y nombre de Alejandro, con atributos de Dioniso, Amón o del Gran Rey y, en el reverso, Zeus. Hacia el 300, retrato y nombre de Tolomeo I. Tolomeo III hizo representar a las parejas reales de sus antecesores, en el anverso y el reverso de una misma moneda.

EL CULTO REAL

Canto ateniense en honor de Demetrio. «... Pues los demás dioses o moran lejos de nosotros, o carecen de oídos, o no existen o para nada se ocupan de nosotros. Pero a ti te vemos presente, no en madera ni en piedra, sino verdaderamente. Y así te rogamos: primero, haz la paz, oh, muy amado...» (ATENEO, 253 d-f).

Ver epígrafe IV de este cap.

Extracto del decreto de la Confederación Insular para instituir las

Ptolemeia, en el 280: «En atención a que Tolomeo (...), fiel a su piedad hacia los dioses y al respeto para con los antepasados, ofrece un sacrificio a su padre y funda en su honor concursos isolímpicos, con justas atléticas, musicales e hípicas, y a que con tal motivo invita a los insulares y a los demás griegos a que voten el reconocimiento de estos juegos como isolímpicos...»
(*Syll.* [3], 390).
Ver ATENEO, 196 a-203 b.

VARIACIONES TERRITORIALES

naron y mantuvieron a un clero. Por todas partes se instituyeron fiestas grandiosas y regulares, con aspectos a menudo dionisiacos, y muy lujosas en algunos lugares (como las *Ptolemeia* de Alejandría o las *Antigoneia* de Delos). Para mayor seguridad las dinastías se vincularon a un ancestro divino: las monedas difundieron por todas partes las efigies de los reyes-dioses. Pero de todo eso no tenemos sino las manifestaciones oficiales y no sabemos qué lugar concederles en el sentimiento religioso.

II. EL ASIA SELÉUCIDA

Seleuco, sátrapa de Mesopotamia y, luego, rey se encargó de toda la parte oriental del imperio heredado de Alejandro, el Irán y las satrapías superiores; en el 301 recuperó la Siria del norte y, con ella, cuantas contradicciones había en un reino a un tiempo continental y marítimo, griego y asiático. De hecho, las regiones orientales apenas fueron controladas sino en dos períodos: cuando su hijo y asociado, Antíoco I, se dedicó a ello, emplazando una segunda capital en Seleucia del Tigris, momento que concluye con la muerte de Seleuco (281) y con dificultades surgidas en la parte occidental. El segundo se debe a Antíoco III que, entre el 213 y el 205, se lanzó a un «nueva anábasis»: proclamó alianzas con los jefes secesionistas, como los Arsácidas, reyes de los partos, o con Eutidemo, sucesor de los Diodotas, en Bactriana. Nunca, empero, fueron seguros esos principados orientales, a pesar de los testimonios ciertos de influencia griega en la monedas, el arte, el urbanismo y los modos de vida. El gran peligro vino de los partos, cuyo poderío incesantemente creciente acabó por confinar a los Seléucidas en Siria. No era, en efecto, posible la vigilancia, pues había que velar por el grano en Siria y Anatolia. Los Seléucidas establecieron en la Siria septentrional el corazón del reino, mediante la fundación de la tetrápolis compuesta por Antioquía del Orontes, con el puerto de Seleucia de Pieria y por Apamea, con Laodicea de Mar; reivindicaban la Celesiria, contra los Lágidas y, lejos de lograrla, fueron ellos mismos parcialmente ocupados por sus vecinos que, entre el 246 y el 219, mantuvieron guarnición en Seleucia de Pieria. Cuando, en el año 200, Antíoco III conquistó, por fin, la Siria del sur, el poder seléucida alcanzó su apogeo; pero su declive fue rápido: agotadoras disputas dinásticas, territorios demasiado diversos, vecinos demasiado ávidos (sobre todo, Pérgamo) y, por último, la hostilidad de los romanos se conjugaron para poner fin a esta potencia desde el 189 (derrota de Antíoco III en Magnesia del río Sípilo): desde entonces se trata de otra historia, que se confunde con la del imperialismo romano.

En Asia

Ver mapa 28

Sucesión dinástica

Seleuco I Nicátor (321-280)
Antíoco I Soter (280-261)
Antíoco II Teos (261-246)
Seleuco II Calínico (246-226) con su hermano Antíoco Hiérax (246-227)
Seleuco III (226-223)
Antíoco III el Grande (223-187)
Seleuco IV Filopátor (187-175)
Antíoco IV Epífanes (175-164)
Demetrio I Soter (162-150)
Alejandro Balas (150-146)
Demetrio II Nicátor (146-140)
Antíoco VII (139-129)
Demetrio II Nicátor (129-125, 2.º reinado)
Cleopatra Tea y Antíoco VIII Gripo (125-121)
Antíoco VIII (solo, 121-96)

En Asia Menor

En Asia Menor la dominación seléucida también sufrió avatares. La difícil recuperación, tras Curupedio (281), de las plazas dominadas por Lisímaco se complicó con el peligro que suponían las bandas de saqueadores gálatas: hacia el 270-268, Antíoco I obtuvo sobre ellos una victo-

ria que le permitió circunscribirlos a la Frigia del norte (Galacia, en el futuro). Ello no impediría que, en los períodos turbulentos, efectuasen algunas incursiones. En las costas sur y suroeste y en Tracia, los Lágidas mantuvieron, hasta el 202-195, el control de un cierto número de ciudades y los rodios defendieron encarnizadamente su Perea. En torno a Pérgamo se constituyó un Estado dinástico cuyas pretensiones fueron en aumento. La Liga del norte (Heraclea del Ponto, Calcedonia y Bizancio) se negó a cualquier sumisión mientras que, a lo largo del Mar Negro, se consolidaban Estados que escapaban a todo control exterior: Bitinia, Ponto y Capadocia. En las regiones sometidas, de extensión variable según momentos, sucedía que la autoridad fuese confiada a príncipes reales tentados por liberarse de la tutela del rey: hizo falta un enfrentamiento militar para poner término a sus pretensiones, de lo que se beneficiaron los gálatas y pergamenos.

Perea. Territorio continental poseído por una isla, generalmente situada enfrente.

Historia, pues, confusa y agitada, muy digna de este reino cuyas bases administrativas y sociales, en buena parte, se nos escapan.

EL ENTORNO REGIO

El rey estaba rodeado por un cierto número de personas, raramente calificadas según sus funciones, sino llamadas «amigos» *(philoi)* o «parientes» *(syngeneis)*, sin que ello se correspondiera necesariamente con relaciones de verdadera amistad o parentesco; al final de la monarquía, toda una jerarquía áulica los dividía en «amigos», «amigos honorables», «primeros amigos», etc. Formaban una especie de orden cuyo acceso determinaba la voluntad real. Ejecutaban las tareas de gestión necesarias, circulaban por el reino y servían con frecuencia como intermediarios entre los súbditos o las ciudades y el rey, pues tenían libre acceso a éste sin que, no obstante, dispusiesen de ningún poder funcional. Entre ellos se elegían los consejeros a quienes el rey consultaba las decisiones graves o difíciles; sus consejos no tenían valor sino cuando el rey los hacía suyos. Salvo algunas menciones a intendentes, prepósitos de algunos asuntos o del ejército, no apreciamos menciones a servicios administrativos centrales bien nutridos. Existía, seguramente, una cancillería, para la transmisión de las órdenes y las respuestas: la carta procedía siempre del rey en persona, al menos, formalmente. Vemos a Seleuco I abrumado por esta correspondencia, dedicando horas a recibir a todos los embajadores y diputaciones que se le envían y que, a menudo, tienen encargo de comentar la misiva de que son portadores o de negociar. Todo depende del rey, pues es él la única fuerza unitaria de este heterogéneo reino.

Ejemplo de un tal Crátero que fue «pedagogo de Antíoco Filopátor (...), llegando a ser uno de los primeros amigos del rey Antíoco, médico jefe y chambelán de la reina.» (O.G.I.S., 256).

LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL

Las satrapías

Esta mediocridad de la administración central se explica de hecho por la organización territorial. Seleuco, heredero de los persas aquemenidas, prefirió no trastocar el sistema de satrapías. De muy variables dimensiones, según zonas (inmensas las del este, menores las del oeste), generalmente correspondían a demarcaciones étnicas o históricas. Parece que en oriente fueron divididas en hiparquías y que, a la inversa, unos gobernadores acabaron encargándose del control de varias. Así es como un tal Aqueo, establecido en Sardes y encargado de toda el Asia Menor, intentó liberarse de la autoridad regia hacia el 220; o co-

Las seis clases de ingresos de la economía satrápica. «El primero en importancia es el agrícola: unos los llaman

ekforion (¿renta fija?) y, otros, diezmo. El segundo lo forman los productos peculiares del país: oro, plata, cobre y todo cuanto pueda encontrarse en él. El tercero son las rentas de los puertos; el cuarto comprende las tasas sobre transportes terrestres y mercados; el quinto, el canon sobre ganado...; el sexto está formado por los impuestos personales, llamados capitación y tasa sobre la artesanía.»
(Pseudo-ARISTÓTELES, *Económico*, II, 1, 4).

mo un tal Molón, encargado de las satrapías superiores, encabezó una secesión. No sabemos qué lugar exacto ocupaban las «toparquías», pues el término se presta a diversos usos. Si creemos al *Económico* del pseudo-Aristóteles, que describe la gestión fiscal al poco de la conquista, los sátrapas percibían todas las rentas y corría de su cuenta pagar al tesoro real la contribución impuesta por éste. Tenían también una oficina de registro y archivos —salvo que ello ocurriese sólo en el nivel de los gobernadores—. Más tarde, desde Antíoco III, esos administradores serán estrategos y, en adelante, la responsabilidad militar no dependerá ya de las funciones civiles y fiscales. Empero, no es seguro que nunca se uniformase el sistema en uno u otro sentido.

Tierra real y *laoi*

El poder de estos jefes de circunscripción se ejercía sobre la tierra del rey, la *cora (khora) basilikē*. Además de por algunas plazas fuertes y guarniciones, estaba constituida por aldeas *(komai)* a las que los habitantes estaban adscritos de por vida, en virtud del principio de la *idia*, asimismo conocido en Egipto: incluso si se iba a vivir a otro lado, el individuo continuaba dependiendo administrativa y, sobre todo, fiscalmente de su colectividad aldeana de origen. Así se entiende mejor cómo el rey podía ceder como regalo a unos *laoi basilikoi* junto con la tierra en la que estaba su aldea, incluso cuando algunos vivieran en otra parte: ni adscritos a la gleba ni obligados a residencia fija, seguían integrados en la unidad fiscal representada por su *komē*, sin lo que hubiera hecho falta modificar continuamente la distribución de impuestos. Lo que el rey cedía no eran hombres en servidumbre, sino las rentas fiscales representadas por esos *laoi*. Es posible que pueblos parecidos fuesen fundados con macedonios, al menos en los aledaños de la tetrápolis siria, para disponer de una masa permanente para recluta. Esta *cora* conocerá importantes variaciones territoriales debidas a los éxitos y fracasos militares, a las confiscaciones e insurrecciones y, finalmente, a los dones regios. Normalmente, lo que de la *cora* da el rey se recibe a título de precario y el monarca puede recuperarlo. Pero el rey mismo puede renunciar totalmente a sus derechos autorizando al beneficiario a vincular esa tierra a una ciudad autónoma. Además, la historia atestigua una tendencia generalizada a convertir en propiedad plena cualquier donación en precario. No obstante, un texto tardío de Dura Europos limita las posibilidades de herencia a los abuelos y primos paternos; a falta de herederos autorizados, la tierra retorna no a la ciudad, sino a la corona.

Véase, por ejemplo, la donación de tierra a un amigo del rey Antíoco I, Aristodíquides de Asso, en WELLES, *Royal Correspondance...*, 10-13. El informe completo está reunido en P. BRIANT, «Remarques sur laoï y esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique», *Actes du colloque 1971 sur l'esclavage*, págs. 93-133.

Fundación de ciudades

En efecto, los soberanos —sobre todo, los primeros— recurrieron a la tierra ganada por derecho de conquista a fin de crear nuevas ciudades; antiguas ciudades indígenas a las que se añadió una aglomeración griega o creaciones nuevas en puntos neurálgicos (por seguridad, sobre todo de cara a los nómadas, para el comercio o para manifestar una presencia griega). Estas nuevas ciudades se establecían por voluntad del rey y a sus expensas: pagaba la construcción y las murallas, proveía del suministro de agua y de las provisiones para el primer año y, probablemente, renunciaba por algún tiempo a la percepción fiscal, estableciendo

«Seleuco fundó ciudades por toda la extensión del territorio que gobernaba. A dieciséis las llamó Antioquía, con el nombre de su padre, a cinco, Laodicea, por el de su madre, a nueve, con el suyo y a cuatro con los de sus mujeres (esto es, a tres, Apamea y a una, Estrato-

kleroi repartidos entre los ciudadanos; se preocupaba, en fin, de asegurar su poblamiento, estableciendo veteranos, llamando voluntarios, pidiendo ayuda a las Ciudades griegas (a Magnesia del Meandro para Antioquía de Pérside) o imponiendo trasvases (de babilonios en Seleucia del Tigris). En Anatolia, pueblos ya helenizados se agruparon para formar nuevas ciudades, como Laodicea del Lico. Estas ciudades disfrutaban de una autonomía municipal ejercida mediante instituciones de origen griego: asamblea, consejo, prítanos, tribus, arcontes, etc.

Su potencial militar y fiscal hubo de ser empleado a menudo, preferentemente in situ, sobre todo en el caso de ciudades lejanas y en los períodos de debilidad de la autoridad central.

Ver mapa 29

Las viejas ciudades griegas

La situación de las viejas ciudades griegas era algo distinta. Aunque ganadas por derecho de conquista, era menester condescender, pues significaban el helenismo. Los dueños sucesivos (y, Alejandro, el primero) les concedieron, en general, la autonomía: casi todas tenían acceso al mar, mientras que los Seléucidas nunca pudieron formar una fuerza naval seria; y, sobre todo, la autonomía de estas ciudades era muy ventajosa para el rey: con ello se aligeraba su administración, mientras que la sumisión total no hubiera bastado para garantizar su fidelidad; las ciudades ya no tenían prácticamente fuerza militar; de manos de un dueño a las de otro, estaban condenadas a seguir la suerte de las armas de los nuevos grandes de su mundo. Pero si bien el rey no parecía muy exigente sobre el importe del tributo —o, más bien, de la contribución de guerra o *syntaxis*—, si no imponía guarnición, si les ayudaba en casos de penuria agrícola, financiera o militar o si respetaba las formas diplomáticas, por su parte las ciudades le fueron fieles en la medida de sus medios y siguieron existiendo como ciudades griegas tradicionales, libres de hacer funcionar sus instituciones a su modo, de elegir las modalidades de reparto de impuestos entre sus ciudadanos y habitantes, de gravar o desgravar a los comerciantes nacionales o extranjeros, de conceder a quien quisiesen la ciudadanía, la asilia o los honores de toda especie (cuya lista se acrece en este tiempo) y de organizar sus cultos. Incluso su diplomacia da fe del gran margen que se les deja, con tal de que no se alíen con los enemigos declarados del Seléucida. Por eso mencionan las cartas reales a «las Ciudades que están en nuestra *symmaxía*»: y no era enteramente ficticia la libertad de asociación que tal fórmula implicaba. Naturalmente, cuando el rey es fuerte (y, por ende, mejor protector y más amenazador), se multiplican las muestras de agradecimiento e, incluso, de servilismo hacia él, de lo que se benefician sus «amigos»; si, por el contrario, las dificultades lo paralizan y alejan y debilitan su autoridad, se multiplican las iniciativas de acercamiento a otras Ciudades e, incluso, se prepara la acogida a nuevos protectores. En efecto, los problemas sociales y económicos que las abruman les imponen duros constreñimientos políticos.

nicea). . A las demás les dio nombres tomados de Grecia o Macedonia o de sus propias hazañas o en honor de Alejandro.»
(APIANO, *Syriac.* 57).

Carta de Antíoco II a los eritrios. «El rey Antíoco al consejo y al pueblo de los eritrios. Salud (...) Vuestros legados nos han transmitido el decreto por el que nos dispensáis los honores... Visto que la embajada... ha demostrado que, bajo Alejandro y Antígono, vuestra Ciudad era autónoma y estaba exenta de tributos y que nuestros antepasados la favorecieron siempre, viendo que lo hicieron con motivo y no deseando concederos menos que lo que ellos os acordaron, os garantizamos la autonomía y os acordamos la exención de tributos, incluido el que se paga al fondo gálata...»
(O.G.I.S. 223).

Las regiones autónomas

Sabemos que hay otras colectividades que escapan a la autoridad directa de los sátrapas: los templos (como en Jerusalén o Babilonia) o los principados en manos de dinastas, en número creciente; pero eso

depende de la historia judía, babilonia, irania, etc. De hecho, se trata de toda una serie de regiones o enclaves sobre los que la autoridad del conquistador nunca pudo imponerse verdaderamente; cuando la relación de fuerzas no les favorecía, pagaban tributo y enviaban soldados; y a medida que el Estado seléucida se debilitó, se desentendieron de sus obligaciones.

LAS FINANZAS

Los principales determinantes de la organización del reino y de las exigencias regias son las finanzas y el ejército. Se deben al rey cierto número de tasas: como soberano de las comunidades sometidas, puede exigirles el *foros,* tributo pagado en dinero o en especie, según casos; su monto es independiente de la variación de los recursos; se fija para varios años y se distribuye entre sus miembros por la comunidad sometida. Obtener su exención se busca como signo de autonomía, sobre todo en el caso de las ciudades griegas; en tal caso, se les pide una contribución de guerra, *syntaxis,* sobre la que apenas tenemos datos. Como propietario de la tierra, el rey percibe una renta, mejor en especie que en metálico, para engrosar las notables reservas de cereales y otros productos gracias a las cuales puede hacer dones a las ciudades o regiones amenazadas de carestía o a pueblos cuyo agradecimiento desea ganarse. Desde este punto de vista, el soberano seléucida se parece al lágida. A ello se añade multitud de tasas: aduanas, peajes de toda clase, derechos sobre ventas y permutas o sobre productos como la sal o los rebaños; por último, el rey cobraba directamente las rentas mineras, de canteras y de bosques. Su benevolencia para con las comunidades le valía, por su parte, donaciones libres que tenían tendencia a hacerse obligatorias y cuyo ejemplo mejor conocido es el de la corona.

Polibio (V, 88-89) cuenta cómo los rodios pintaron un cuadro tan dramático de los efectos de un terremoto que «el desastre fue para ellos más bien causa de beneficio»: de Hierón y Gelón de Siracusa, de Tolomeo, de Seleuco, de Antígono Dosón, etc., recibieron dinero, materias primas, trigo y privilegios comerciales.

La corona. Símbolo de victoria, no es ya de hojas, sino de oro; si es preciso, se sustituye por su valor en oro (aunque se le sigue llamando «corona» en los decretos que confirman tal ofrenda). El rey podía luego llegar a exigirla como contribución extraordinaria o, incluso, imponerla regularmente (como, por ejemplo, a Jerusalén).

¿Llegaban todos estos impuestos a las arcas reales? De hecho, muchos se concentraban en la satrapía, que los empleaba o atesoraba; otros iban directamente a las arcas de las nuevas ciudades a las que el rey debía ayudar a sobrevivir; por último, las viejas Ciudades griegas continuaban cobrando por su cuenta los impuestos indirectos y las tasas directas sobre las rentas de la tierra y el ganado. En realidad, el fisco real imponía a cada comunidad un monto global y se despreocupaba del procedimiento de cobro; utilizaba su administración satrápica para vigilar el pago y prefería no reunir en un solo punto del reino la totalidad de sumas y géneros así percibida, de la que redistribuía una parte: donativos o colectividades o particulares, subvenciones políticas, guerras de defensa, pagos de guerra (a gálatas, a romanos), etc.

El ejército

Contribución militar de las fundaciones a comienzos del siglo II: *Colonias del Este* 11.000 de infantería pesada, 3.000 de semipesada y de 4 a 5.000 jinetes.

Asia Menor. 8.000 de infantería pesada y 5.000 jinetes.

Siria-Mesopotamia. 25.000 de infantería pesada y 3.500 jinetes.

El ejército, con sus contingentes de mercenarios, de aliados y súbditos y de «macedonios» y con sus elefantes, llevando cada cual a cuatro tiradores, es imponente. Los mandos son decididos por el rey, sin que exista una carrera jerarquizada. La cuestión de la recluta sigue siendo, en parte, obscura. Las cifras totales son impresionantes, pero las tropas ligeras —únicas con que pueden contribuir los orientales— son mucho más numerosas. La infantería pesada (falange), que exige un entrenamiento permanente, es reducida y se nutre de las numerosas comunidades «macedonias» establecidas en Siria, Mesopotamia norte y Anato-

lia. Las ciudades griegas no parecen obligadas a enviar contingentes. Aún se discute si los *kleroi* asignados a los colonos comportaban cargas militares. Quizás los colonos estuviesen obligados a defender su ciudad fortificada y, así, detener o retrasar un avance enemigo. A falta de documentos epigráficos estamos condenados a estas incertidumbres.

III. LA CONSOLIDACIÓN DEL PODERÍO PERGAMENO

LOS ORÍGENES

La aventura pergamena es buena muestra de los recursos que contenía la tan disputada Asia Menor. Pérgamo está situada a 30 kms. del mar, en un espolón de 335 ms. de altura, recortado por dos afluentes del Caico; en origen, no fue sino una ciudadela de fácil defensa en donde Lisímaco guardó parte del tesoro de guerra macedónico, encomendándolo a la custodia de Filhetairo (Filetero). En el 282 éste optó por abandonar al rey a sus intrigas de corte y apoyar a Seleuco; a la muerte de éste, se alió inmediatamente con Antíoco e, incluso, pagó para él el rescate de los restos de su padre. Durante veinte años, el principado disfrutó de gran autonomía, reconociendo la lejana soberanía seléucida, según atestiguan las monedas. El dinasta se esforzó por contener a los galos (gálatas) que por entonces multiplicaron sus incursiones a través de la península: así aumentó su influencia en Asia Menor, mientras desarrollaba relaciones de beneficencia con las Ciudades griegas del continente, como Delfos y Tespis.

Genealogía de los Atálidas.
Filhetairo (301?-263)
Éumenes, su sobrino (263-241)
Átalo I, sobrino segundo, *basileus* desde el 238-237 (241-197)
Éumenes II (197-160)
Átalo II, su hermano (160-138)
Átalo III, su sobrino (138-133).

LA EXPANSIÓN

Por razones obscuras, su sucesor, Éumenes, rompió con el Seléucida y una guerra victoriosa le permitió expandirse, a través del macizo del Ida, hacia el noroeste y, al sur, hacia el Hermo. La efigie de Filhetairo sustituyó en las estáteras a la de Seleuco. También controló (sin anexiones) pequeñas Ciudades eolias.

Las luchas contra los galos y las dificultades de los Seléucidas con sus gobernadores de Asia Menor (Antíoco Hiérax, entre el 241 y el 226 y, luego, Aqueo, hacia 222-213), permitieron un primer acrecimiento notable del reino pergameno (hacia el 237 ó 224 Átalo se convirtió en rey) y un considerable aumento del prestigio de los Atálidas: las Ciudades de la costa proclamaron a Átalo «Soter» (salvador). Hacia el 213, una parte del litoral de Eolia (Cumas, Mirina, Focea, Egas y Temnos) y de Jonia (Lébedos, Colofón y Notio) suponían una importante fachada marítima al tiempo que el dominio de Pérgamo avanzaba más en profundidad hacia el este.

El período siguiente lleva la marca de un factor nuevo: Roma. Los reyes de Pérgamo incitaron, aún más que los rodios, a Roma a la intervención, exagerando, llegado el caso, la amenaza que suponían para los griegos e, incluso, para Roma las empresas de los reyes de Macedonia Filipo V y Perseo y las de Antíoco III y sus sucesores; en efecto, las ambiciones de estos reyes acabaron por cercar y comprimir al Estado pergameno. Átalo I, Éumenes II y, luego, Átalo II fueron, a un tiempo, los guías de Roma en Asia, sus gendarmes in situ y peones que opo-

ner a las ambiciones de los demás reyes. Tal dependencia les valió recompensas territoriales y apoyo contra los reyes de Bitinia, pero poca ayuda contra sus enemigos más agitados, los gálatas. En el 133, por causas desconocidas, Átalo III legó su reino a los romanos, con reserva de la autonomía de la Ciudad de Pérgamo. Los romanos hubieron, primero, de vencer la insurrección de Aristónico, primo del rey difunto, que se apoyó en un *triple movimiento: popular, nacional y utópico* (la igualitaria «Ciudad del Sol»).

LOS RECURSOS

El esplendor de Pérgamo no puede compararse sino con el de Alejandría. Su destino grandioso fue efecto de una voluntad regia continua. Ciertamente, su suelo era rico, al modo mediterráneo: trigo, olivos, viñas, dehesas abundantes para las ovejas y bosques. El subsuelo contenía plata, cobre y algo de oro. Se desarrolló la actividad artesana en los perfumes, en tejidos diversos (con especialidad en tejidos finos) y en el «pergamino», que permitió no sólo crear una magnífica biblioteca, sino librarse del monopolio lágida sobre el papiro. ¿Fueron los reyes déspotas ilustrados, interesados en la mejora de las especies y promotores de manufacturas punteras con masas de esclavos reales que trabajaban en la producción suntuaria? Sin duda que estimularon la artesanía y que llevaron a cabo algunas experiencias agrícolas localizadas; pero ignoramos el estatuto exacto de los obreros empleados; como en el resto del Asia Menor, un sistema de vinculación a la aldea permitió, sin duda, el control de la mano de obra.

Ver cap. XIX, 1

La reputación de la ciudad, obra maestra del urbanismo monumental adaptado al terreno, atrajo a muchos comerciantes, sobre todo tras al acondicionamiento del puerto de Elea, cerca de la desembocadura del Caico. Abundaban allí los intercambios y la percepción de lucrativos impuestos, incluidos los tributos de las ciudades. Empero, la amonedación revela algunas dificultades a fines del siglo II. De hecho, los gastos eran numerosos: mantenimiento de una fuerza militar capaz de intervenir permanentemente, diplomacia muy costosa —aunque eficaz— y ayuda a las Ciudades griegas de que el rey se declaraba protector.

Aunque el patrón ático estaba en uso, como en otras partes (excepto Egipto), tras el 189-188 Éumenes II acuñó una moneda, llamada «cistóforo» (emblema de la cista o cesto de Dioniso), más liviana y para uso interno.

LAS INSTITUCIONES

Conocemos mal las instituciones. Pérgamo siguió siendo una Ciudad con su asamblea y su consejo; los reyes poseían su ciudadanía y alardeaban de ello. Pero un colegio de cinco estrategos, magistrados civiles nombrados por el rey, tenía la exclusiva de la propuesta de decretos. El resto del territorio era tierra regia, con las mismas excepciones que en el Asia seléucida. La ambigüedad de las relaciones con las Ciudades griegas se manifestó en el 188, cuando se convino la Paz de Apamea, tras la derrota de Antíoco III: la libertad de las Ciudades no era concebible desde el poder pergameno, que prefería expresar su benevolencia mediante regalos suntuosos (pórtico de Átalo II en el ágora de Atenas) o más modestos (dones de cereales).

Éumenes a los romanos, primavera del 189. «Si las Ciudades griegas recobran la libertad [...] el poderío de Rodas crecerá inmensamente, mientras que el nuestro [...] se desintegrará. Esas solas palabras, libertad y autonomía [...], separarán de nosotros y entregarán al dominio de Rodas no sólo a los pueblos cuya emancipación consagre el tratado, sino también a los que con anterioridad estaban sometidos a nuestra autoridad.»
(POLIBIO, XXI, 19).

IV. EL REINO DE MACEDONIA Y LA GRECIA CONTINENTAL

LA LUCHA POR EL TRONO DE MACEDONIA Y EL DOMINIO DE GRECIA

La estabilización en el continente tardó aún más en llegar que en Oriente. El trono de Macedonia fue el más disputado de todos. Los griegos aceptaban mal la dominación macedonia, lo que permitió a los competidores intrigar sin descanso. Desde el anuncio de la muerte de Alejandro, un primer alzamiento llevó a la Guerra Lamíaca: en torno a Atenas y a los etolios se constituyó una confederación de pueblos y Ciudades autónomas; fue la hora de gloria de Demóstenes, vinculando a esta causa a numerosas Ciudades, y Leóstenes, un jefe ateniense de mercenarios, puso sus tropas a su servicio, gracias al dinero de Hárpalo. Una serie de rápidos éxitos fue seguida por fracasos: muerte de Leóstenes, llegada de refuerzos para Antípatro, derrota de la flota ateniense en Amorgos y derrota en Cranón (Tesalia). Los macedonios se negaron a un pacto global y fueron separando a los aliados de Atenas. Era el final de la Liga de Corinto: cada Ciudad fue directamente sometida a Macedonia. Atenas tuvo que pagar, aceptar una guarnición macedónica en el Pireo, entregar a los jefes de la revuelta (Demóstenes se suicidó) y aceptar un régimen oligárquico y timocrático (2.000 dracmas de renta anual para formar parte del cuerpo cívico).

La Guerra Lamíaca (322)

Los años siguientes estuvieron ocupados por las rivalidades entre Casandro y Poliperconte y, luego, entre Casandro y los Lágidas o los Antigónidas. El macedonio quería ocupar el país: actividad militar, ciudadelas que eran los grilletes de Grecia (Acrocorinto, Muniquia del Pireo, Calcis de Eubea y, luego, Demetrias, en Tesalia) y regímenes oligárquicos filomacedonios, de los que el más conocido fue el de Atenas, desde el 317. Una nueva constitución rebajó a 1.000 dracmas el nivel censitario, pero impuso un epimeleta del rey en la Ciudad: fue «elegido» el peripatético Demetrio de Falero, discípulo de Teofrasto. Durante diez años se esforzaría por dirigir la Ciudad de acuerdo con el ideal aristotélico del jefe moderado: no dejó gobernar a la multitud, pero no tomó medidas extremas; redujo los gastos públicos mediante abolición de los *misthoi* y por una política pacífica, pero suprimió las liturgias; impuso leyes antisuntuarias y morales para frenar la evolución de las costumbres y suprimir toda ostentación de lujo, fuente de irritación para los pobres; atrajo a las escuelas filosóficas (establecimiento de Teofrasto en el Liceo) y favoreció las letras (Menandro). En suma, la Ciudad estuvo tranquila y gobernada para mayor bienestar de la clase acomodada. No obstante, un delirio entusiástico acogió, en el 307, a Demetrio Poliorcetes, cuando liberó a Atenas de la tutela de Casandro: los atenienses multiplicaron las muestras de fervor religioso a su respecto —prestos a abandonarlas inmediatamente—. Poliorcetes amplió sus miras al Istmo de Corinto y mantuvo en jaque a Casandro. Desde entonces Atenas conservó un régimen democrático, más o menos moderado, según momentos.

Los medios de control

Epimeleta. Prefecto, gobernador.

Sucesión de regímenes en Atenas:
322-321: Constitución oligárquica. En 319-318, veleidades de retorno a la democracia, frustradas por Casandro.
317-307: Gobierno de Demetrio de Falero.
307-301: Democracia, ocasionalmente radical.
301-294: Democracia moderada.
294-261: Grandes variaciones, en función de las rivalidades internacionales.

Ver cap. XVII, 1

A la muerte de Casandro (298-297), Poliorcetes se impuso como rey

Demetrio Poliorcetes

de Macedonia. Discutido por los macedonios y expulsado por una coalición entre Pirro de Epiro y Lisímaco, no dejó como herencia a su hijo, Antígono Gónatas, sino sus pretensiones al trono y algunas plazas fuertes. Este discípulo de los estoicos necesitó mucha tenacidad, capacidad militar y suerte contra los galos y aptitud para no seguir el comportamiento despótico e inmoral de su padre para recuperar definitivamente un reino en el 276. Pero desde el 267-266 (?), una coalición de la mayoría de los Estados griegos declaró la guerra al rey: en el decreto ateniense, debido a Cremónides, se aprecian todos los temas del ideal patriótico del siglo IV. La guerra, llamada Cremonídica, se saldó con un fracaso doloroso y definitivo: fue el fin del espíritu cívico de los atenienses y su papel histórico devino nulo.

Antígono Gónatas

La Guerra Cremonídica

Antígono Gónatas iba a chocar, durante todo su reinado, con dos potencias cuya importancia no dejó de crecer: la Confederación Etolia que, apoyada en Delfos, cortaba Grecia en dos e intervenía en el Egeo, y la Liga Aquea a la que un nuevo jefe, Arato de Sición, transformó en un instrumento de dominio del Peloponeso (desde el 251). Estas ligas tenían intereses contradictorios; así, en el 244, los etolios respondieron a la llamada de Elea y acabaron por controlar, además, a los arcadios y mesenios. Los reyes de Macedonia lo aprovecharon para montar un complejo sistema de alianzas, sobre todo cuando a ello se añadió el problema espartano (235-222). Únicamente la intervención romana pudo poner fin a esos conflictos permanentes, destruyendo a las potencias implicadas.

Demetrio II (240-229)
Antígono III Dosón (229-221)
Filipo V (221-179)
Perseo (179-158)

LAS ÚLTIMAS EXPERIENCIAS EN GRECIA

Esparta

Mientras que las Ciudades griegas del continente caían en una dependencia que hizo perder a su vida cívica cualquier dinamismo creador, únicamente Esparta se salvó de tan gris situación, gracias a las corrientes revolucionarias que la atravesaron. Tres nombres las simbolizan: Agis IV y Cleómenes III, en el siglo III y Nabis, en el II. Esparta no reconoció nunca una dominación exterior y los reyes de Macedonia no insistieron. Pero quedó minorada en su poderío por el auge aqueo y amenazada por el empuje etolio en Arcadia (244-243). Agis IV, uno de los dos reyes, aprovechó la energía exigida por una tal situación para introducir por la fuerza las reformas reclamadas por un número creciente de desclasados, víctimas de una oligarquía cada vez más rica y restringida. Apeló a las instituciones atribuidas a Licurgo, aunque no se atrevió a llegar hasta el final ni tocó las tierras; en el 241 cayó bajo los golpes de sus adversarios, dirigidos por el otro rey, Leónidas II. Desde el 235 el hijo de éste, Cleómenes III, retomó por su cuenta el programa de reformas y lo acentuó: eliminó a los éforos y a su colega regio, confiscó a los ricos 4.000 *kleroi,* que repartió entre los periecos, transformados en ciudadanos, y reorganizó el ejército con una falange de tipo macedónico. Sus motivaciones parece que fueron más militares que sociales y enseguida inició una ofensiva contra los aqueos. El nuevo ejército y la propaganda revolucionaria hicieron maravillas y se requirió la llegada de Antígono Dosón para obligar a los espartanos a retirarse del Istmo; en el 222, fue invadida Laconia: era la muerte de la potencia esparta-

Ver cap. VII, 1

na; Cleómenes se vio obligado a la huida, pero —parece— sus reformas no fueron abolidas.

Esparta siguió siendo presa de alteraciones continuas. Hacia el 207-206 conoció por vez primera la tiranía, con Nabis: ¿era una amenaza para los romanos? Más bien lo era para la tranquilidad de la Liga Aquea. Una vez más, los objetivos militares animaron un movimiento que apelaba a Licurgo y que tomó audaces medidas: ciudadanía para los periecos y manumisión de esclavos (¿hilotas?), quizá con integración en el cuerpo cívico mediante el expediente de casarlos con mujeres e hijos de proscritos. Esta voluntad de devolver a Esparta las bases demográficas que habían sido su fuerza implicó conflictos con los aqueos, luego, con los romanos y, finalmente, con todo el mundo: Nabis murió asesinado y Esparta brilló con ello por última vez.

Las Ligas

El dinamismo se hallaba, por entonces, en las Ligas, que conocieron una expansión sin precedentes (véanse sus orígenes en cap. XV, III). Su organización federal implicaba grandes variaciones en cuanto a extensión, según las adhesiones y las defecciones. Su unidad se basaba cada vez más en la guerra hecha en común para acrecerse o para resistirse a los soberanos. En la aquea se era, a un tiempo, ciudadano del *koinón* y de la propia Ciudad, pero sin disfrutar de ventajas especiales en las restantes Ciudades de la Liga. La ciudadanía federal era censitaria y la asamblea, representativa de las Ciudades, mientras que en Etolia era primaria. Los magistrados y el consejo federal llevaban la dirección de la Liga pero, no obstante el testimonio de Polibio, no tenemos seguridad ninguna sobre sus modalidades de funcionamiento. Los límites del poder federal eran bastante cortos: en cuanto que se extiende el marco territorial, la confederación se trueca en una simple liga militar y pierde en cohesión. La Liga Aquea, por un tiempo, dominó todo el Peloponeso, salvo Laconia; los etolios se impusieron a toda la Grecia central, a excepción de Beocia y el Ática, y a la parte occidental del Peloponeso.

POLIBIO (h. 200-118). Hijo de un jefe aqueo, Licortas. También él ejerció algunas funciones en la Liga y fue uno de los rehenes exigidos por los romanos tras Pidna. Sus *Historias*, destinadas a mostrar el desarrollo del poderío romano, se ocupan ampliamente de las luchas de la Liga Aquea y de la historia de la Grecia de su tiempo.

Epiro

Un Estado marginal surgió de un pasado obscuro: el Epiro. Tres pueblos ocupaban la región: molosos, caones y tesprotos. Los molosos tenían organización monárquica (familia de los Eácidas) e impusieron a los demás su supremacía a fines del siglo IV; empero, en los textos no aparece ningún «rey de los epirotas». Pirro (319-272) se impuso como un jefe notable y su reinado destacó por dos series de intervenciones: en Magna Grecia y en Sicilia, en donde fue reconocido como hegemón de una vasta alianza de Ciudades griegas contra Roma y, luego, contra Cartago; obtuvo brillantes éxitos, pero renunció a lograr de las divididas Ciudades griegas una actitud coherente y volvió a Epiro en el 275. No dejó de intentar anexiones, contra Macedonia, política reemprendida por su hijo, Alejandro II. En el 232, la monarquía eácida desapareció, siendo sustituida por un *koinón* cuya historia se vinculó, cada vez más, a los asuntos ilirios y romanos. A medida que avanza la investigación sobre el Estado epirota se van descubriendo instituciones pare-

jas con las de los Estados griegos y la documentación reunida por P. Cabanes confirma esta impresión.

BALANCE

El mundo político, pues, se muestra profundamente transformado por la aparición de los Estados helenísticos. Es mayor la permanencia en la Magna Grecia, en donde los intentos tiránicos y monárquicos de un Agatocles o de un Hierón II, en Siracusa, dependen, a un tiempo, de la mentalidad griega tradicional (se ha comparado al primero con Cípselo de Corinto) y de los rasgos propios del mundo siciliano. Los romanos se impondrán a una Grecia siempre profundamente dividida y a la que no lograrán estabilizar los sistemas monárquicos o federales, haciéndole perder una parte de su savia. Pero al contemplar la civilización de este mundo helenístico, hay que anotar que la influencia psicológica, moral, intelectual, religiosa y artística de la Grecia de las Ciudades siguió siendo predominante; la propia economía no escapa de ese marco sino a duras penas.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

C. PRÉAUX (ver «Intr.») es fundamental. Además de las obras citt. en el cap. anterior, E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique,* 2 vol., 1966-1967 (relaciones internacionales y política general; nueva edición en preparación); V. EHRENBERG (cit.; buena definición del Estado helenístico); J. DELORME, *Le monde hellénistique,* 1975 (selección de textos, criticable por las traducciones); P. CABANES, *L'Épire de la mort de Pyrrhus à la conquête romaine*, 1976, con buen apéndice epigráfico.

Los textos son abundantes: DIODORO DE SICILIA, XVIII a XX; PLUTARCO *(Vidas de Pirro, Poliorcetes y Foción);* POLIBIO. Las fuentes epigráficas se indicaron en la «Introducción».

CAPÍTULO XVIII

Alejandría y el Egipto lágida (del 323 al 30 a. de C.)

El caso de Egipto en el mundo helenístico es excepcional por dos razones. Primero, porque disponemos de una abundancia de fuentes sin parangón en las otras zonas: son los papiros griegos, documentos administrativos de los que los egipcios usaron luego como papeles para envolver sus momias; lo cual, gracias a la sequedad del clima de Egipto, aseguró su conservación. Sólo para el siglo III disponemos, así, de 3.500 textos y de 500 *óstraka* (inscripciones sobre fragmentos cerámicos). Cierto que el azar en los hallazgos ha beneficiado a ciertas zonas (por ejemplo, el Fayum); por otro lado, se trata de textos exclusivamente griegos, lo que puede llamar a engaño en cuanto a la helenización. No obstante, si se añaden las inscripciones de los templos, que nos ilustran sobre las relaciones del rey y el clero, y los textos literarios que hablan del esplendor de Alejandría, es menester reconocer que contamos con una documentación privilegiada sobre la historia económica y social.

El Fayum. Depresión calcárea en la orilla occidental del Nilo, en el límite con el Bajo Egipto. Regada por un brazo del Nilo y por el lago que le dio nombre (Moer, en egipcio, «gran lago»; de donde, en griego, Moeris y en copto Piom, de donde Fayum). Bordeada por oasis, fue la residencia de los reyes en el Imperio Medio, con un célebre santuario de Sokr, el dios cocodrilo (Cocodrilópolis).

Y esta documentación pone de manifiesto la originalidad del sistema egipcio, replegado sobre sí mismo: los Tolomeos emplearon la herencia faraónica sobreponiéndole un sistema helénico, lo que dotó a la experiencia de un carácter singular.

I LA ORGANIZACIÓN DEL REINO

EL IMPERIO LÁGIDA

Desde que Tolomeo obtuvo la satrapía egipcia se estableció en ella y, a diferencia de los Antigónidas, no pretendió el imperio universal. En el 306 tomó el título de rey. El calificativo de Soter (salvador) parece que se debió a los rodios, tras el asedio del 308. La política exterior del primer Tolomeo buscó, en efecto, asegurarse la libertad de navega-

Tolomeo * I Sóter (306-282)
Tolomeo II Filadelfo (285-246), asociado a su padre. Casó con Arsínoe II Filadelfa.
Tolomeo III Evérgetes (246-221)
Tolomeo IV Filopátor (221-203)

(* N. del T. En la tradición española se admiten igualmente las formas Tolomeo y Tolomeo. Si bien la segunda es más fiel al sonido griego, la primera, que usamos aquí, cuenta con más arraigo.)

Ver mapa 28

ción en la cuenca oriental del Egeo y protegerse mediante el glacis sirio. Su hijo, asociado al trono (285), consolidó esos logros a mediados del siglo III. Egipto era la primera potencia del Mediterráneo. Controlaba las Cícladas a través de la Confederación de Insulares, recuperó Chipre y algunos puntos de apoyo en Asia Menor (Licia y Panfilia y, temporalmente, Éfeso y Mileto) y mantuvo relaciones privilegiadas con Rodas. Esta talasocracia se basaba en una flota temible que, desde Tolomeo, superó las 200 unidades. En el continente, los primeros Lágidas volvieron a controlar la Cirenaica, estableciendo allí a parientes suyos y conservaron el control de Siria hasta las fronteras del valle de Marsias (Fenicia, al norte de Sidón). El ejército, que bien pudo contar con 250.000 hombres, permitía su control permanente. Evidentemente, había que mantener la flota y que pagar a los mercenarios. Los Lágidas necesitaron continuamente dinero líquido.

Ver caps. XVII. I y XVIII. II.

Tolomeo Soter introdujo la moneda en Egipto, como monopolio real. Pero una parte de los pagos podía hacerse también en especies. La explotación de Egipto se organizó como la de una propiedad privada, de la que se tendió a extraer un amplio margen de beneficios para poder mantener la fuerza militar y el mecenazgo regio.

Tal explotación era posible, pues la autoridad real tenía bases suficientemente sólidas.

EL PODER CENTRAL

La realeza

Los primeros Tolomeos aparecieron, ante los egipcios, como sucesores de los faraones (Alejandro se había hecho reconocer como hijo de Amón), pero conservaron los títulos griegos. Estaban investidos de una realeza personal, a la que estuvieron asociadas las esposas desde Arsínoe II. El culto real se introdujo paulatinamente. Tolomeo I organizó el culto a Alejandro muerto, cuyo cuerpo fue llevado a Alejandría. Tolomeo II hizo lo mismo para con su padre e instituyó juegos en su honor —*Ptolemaia*—, invitando a los griegos imperativamente a los mismos. De modo enteramente natural, la implantación del culto a Arsínoe, su esposa (para lo que se creó un impuesto especial), llevó al de los dioses «adelfos» (hermano y hermana). Parece que el desarrollo del culto real bajo los primeros Tolomeos no halló oposición. El clero egipcio, la fuerza más peligrosa, se doblegó y el rey vigiló directamente la explotación de las posesiones sacerdotales.

Decreto de los Insulares, ver cap. XVII.

La administración central

El rey es la fuente de ley y legifera mediante decretos. Se rodea de una brillante corte, con su familia y sus amigos, entre quienes elige a sus administradores principales: toda la alta administración es griega. Tenemos la suerte de poseer documentación sólida sobre uno de los primeros funcionarios del reino bajo Tolomeo Filadelfo, el dioceta Apolonio: en efecto, fue hallada una parte de la correspondencia de su intendente, Zenón. La función del dioceta (que suele traducirse como «ecónomo») era parecida a la de un intendente. Egipto era considerado como una finca y el dioceta disponía de un ejército de funcionarios. Siempre llevaba consigo sus dos oficinas: la secretaría y la contabilidad (en total, una veintena de escribas). La secretaría redactaba los informes y las cartas, que valían por órdenes; la contabilidad comprobaba el con-

junto de las cuentas, en especie y en dinero, cuyo duplicado se enviaba a Alejandría. En cada provincia (nomo) la representación del rey la ostentan un ecónomo, luego, un agente ejecutor principal (el nomarca) y un responsable de la seguridad (un estratego). También ellos contaban con su personal. No obstante, este ejército de funcionarios no estaba tan centralizado como pudiera creerse. Pues, si bien los Lágidas conservaron el sistema fiscal heredado por los faraones, le yuxtapusieron el sistema propiamente helénico del arriendo fiscal, aunque buscaron procurar el máximo control sobre el conjunto, lo cual implicó una vigilancia minuciosa y suscitó una administración considerable.

Las provincias

La mayor parte de la tierra era real *(basiliké geé)* y se arrendaba por contrato anual a los campesinos, que pagaban un arriendo en especie cuyo monto podía alcanzar a la mitad de la cosecha. Pero el rey podía conceder temporalmente una parte de la explotación de ciertas tierras. Era el caso de las «dóreas» *(dóreai)*, asignadas a los altos funcionarios (la más conocida de las cuales es, precisamente, la fayumiense de Apolonio) y de las cleruquías concedidas a los soldados griegos, que variaban entre 5 y 30 Has. Esas rentas permitían al mercenario su mantenimiento anual y el rey disponía, así, de un potencial armado. Por último, los templos también tenían sus tierras, cuya explotación controlaba el rey. Existía, probablemente, una pequeña propiedad privada. Pero el conjunto de la «cora» (*khora*) se hallaba sometido a un dirigismo preciso.

LA EXPLOTACIÓN DE LA «CORA»

Las oficinas reales establecían cada año, mediante una ordenanza (*diagrafé*), la superficie que sembrar tras el final de la crecida (octubre-noviembre) y el reparto de los cereales (cebada, trigo) en cada explotación. En función de tal decisión se prestaba al campesino, por el granero real del nomo, la parte correspondiente de semillas. Cuando llegaba la estación de la cosecha (marzo-junio) llevaba su grano a la era de trilla de la aldea. Allí había de esperar a que los funcionarios se llevasen el equivalente de los préstamos y, luego, del arriendo; seguidamente, cada aparcero recogía su parte, cuidadosamente pesada. Los cereales con destino al rey se ensilaban parcialmente en el granero del nomo y servían para pagar a los funcionarios y para las simientes del año siguiente; el resto se enviaba por barco a Alejandría: a los almacenes regios. También allí se destinaba una parte a los pagos en especie. El resto se exportaba o se vendía «in situ» a los comerciantes sirios o griegos, ingresándose directamente el beneficio en la banca real. Se aprecia, pues, cómo se trataba de una instrumentación particularmente eficaz de los recursos del suelo. No era una novedad completa y las pinturas egipcias muestran que ya en tiempos faraónicos los inspectores reales controlaban directamente las cosechas: el hecho mismo de la crecida del Nilo obligaba a un cierto dirigismo si el rey deseaba algún control sobre el total de los impuestos. Los Lágidas, simplemente, perfeccionaron el sistema pero no lo extendieron en esa modalidad a todas las producciones.

Los monopolios

Los cereales

Diagrafé tou spórou. Decreto de siembra de cereales y oleaginosas, publicado anualmente en Alejandría por los servicios del dioceta. Se cree que era o bien un plan de siembra autoritario para los agricultores reales o bien la compilación de los datos facilitados por las administraciones locales en función de la amplitud de la crecida. En todo caso, servía como referencia para los préstamos de simiente.

Gracias a un largo rollo de papiro conocemos la organización del monopolio aceitero. Se trata de aceite de oleaginosas (ricino, sésamo)

El aceite

Del libro de obligaciones de arriendo que los primeros editores titularon *Revenue Laws of Ptolemy Philadelphus:* «Quien sea sorprendido tratando de no importa qué modo con sésamo, algodón... o comprando aceite de cualquier procedencia ajena a los arrendatarios, pasará a la jurisdicción especial del rey y abonará a los arrendatarios tres mil talentos.»
(A. S. HUNT y C. C. EDGAR, *Select Papyri*, II, n.º 203)

y de una pequeña cantidad de aceite de oliva. La cantidad que había de sembrarse en cada nomo se fijaba, también, en la *diagrafé tou spórou*. Pero, a continuación, se estimaba y arrendaba la cosecha. El arrendatario se encargaba de ser intermediario entre el cultivador y las almazaras artesanales. Una vez que se fabricaba la cantidad de aceite prescrita, se adjudicaba, a un tiempo por el ecónomo y el gerente del arriendo, a los detallistas en los pueblos y en Alejandría. Cada detallista se comprometía a vender una cantidad determinada al precio establecido por el ecónomo. El beneficio de los comerciantes se establecía, pues, de antemano... si es que llegaban a vender todo el aceite; pero no podían alterar el precio aun siendo alto. Para que el sistema funcionase, era, evidentemente, necesario que ningún aceite exterior hundiese los precios. Estaba, pues, rigurosamente prohibida la fabricación individual y no se autorizaba la importación sino de pequeñas cantidades y mediante el pago de una tasa que permitiese la equiparación con los precios del mercado interior. Los almacenes reales importaban aceite de oliva (en Delos valía 12 dracmas la metreta —unos 39 litros—) y los revendían al precio egipcio (46 dracmas). Así, el rey ingresaba rentas en sus arcas tanto por el arrendatario que le abonaba el impuesto estimado cuanto mediante el juego de las importaciones. Empleaba, pues, un monopolio de consumo. El sistema de arrendamiento tampoco era libre. No parece que su beneficio fuese magro, pues había competencia por obtenerlo. Descansaba, de hecho, sobre la cantidad de aceite que vender; pero estaba controlado en permanencia por los funcionarios reales y era uno de los casos de yuxtaposición de dos sistemas impositivos: los funcionarios estatales y el arrendamiento.

Otros monopolios

En cuanto al lino, una ordenanza determinaba, asimismo, la superficie de siembra y la cosecha era vigilada y arrendada. Luego se contrataba con los talleres de tejido, aunque éstos podían producir mayor cuantía que la pactada y venderla. Los templos fabricaban libremente el *byssos,* paño ritual de los dioses y sobre el trabajo de la lana pesaba un mero impuesto. Los importantes rebaños de ovino podían ser de particulares, del rey o de los templos y pagaban un impuesto por cabeza. Igual sucedía con los palomares y las colmenas y, naturalmente, con el papiro, cuya explotación estaba sujeta a cuidadoso control.

Como se ve, el único hilo conductor de este control de la economía, que adoptó métodos variados —cuando no contradictorios—, era el rendimiento del impuesto. Desde ese punto de vista, el resultado, bajo los primeros Tolomeos, fue espectacular y dispusieron de importantes recursos que invirtieron en sus necesidades militares y constructivas. Dieron muestras de bastante pragmatismo. Algunos impuestos podían pagarse a plazos; y a menudo todo un impuesto se asignaba a un fin concreto *(apómoira)*.

Apómoira. Por ejemplo, el impuesto sobre viñedos y frutales, que fue destinado al culto de Arsínoe II Filadelfa.

Los rendimientos

Una explotación piloto

¿Estimuló la producción esta economía, parcialmente dirigida? Así se ha creído por mucho tiempo, basándose en los papiros de la *dórea* de Apolonio. Los informes del intendente Zenón muestran, en efecto, la puesta en cultivo de una inmensa extensión (2.740 Has.), en el bor-

de de la cubeta del Fayum (hoy parcialmente trocada en desierto). Un ingeniero griego, Polícrates, parte de cuya correspondencia se conserva, llevó a cabo trabajos de irrigación. Cuatro fosos cortaban en ángulo recto el terreno y su interior se dividía en parcelas alargadas, dotada cada una con un dique con un sistema de compuertas y un ingeniero encargado de vigilar su funcionamiento; luego se organizó la roturación de los pantanos desecados, mediante contratos con aparceros. Una parte se sembró con cereales (incluso, con doble cosecha), recogiéndose cebada temprana en diciembre y un trigo llamado «de tres meses» que se sembraba a continuación. Apolonio experimentó con el cultivo del lino, que hizo llegar al rey y, luego, se lanzó a la plantación de viñas. Cada año se plantaba un cierto número de parcelas (se estima que había unas 108 has. ocupadas por diez viñedos). Las plantas llegaron en caravanas de asnos que Zenón hizo requisar. Lo completó con plantaciones de coníferas («porque son útiles para el rey») y de frutales (higueras, nogales, melocotoneros y granados). Creó un olivar por siembra de huesos; y, por último, es de notar la importancia de la cosecha de forrajes; Apolonio tenía grandes rebaños: para las fiestas de Alejandría envió al rey cuarenta y dos terneras. Pero le interesaban particularmente las ovejas y sus cruces; su rebaño alcanzó más de seis mil cabezas.

Se aprecia, según la correspondencia, que Apolonio se apasionó por su experiencia y que el rey lo apoyaba. Disponía de capitales considerables que obtenía de la venta de sus excedentes y de sus negocios en Siria, pues hacía también de corredor mercantil y tenía agentes comerciales allí. Poseía una parte del material para la explotación (una flotilla y aperos agrícolas), pero invertía escasamente en ese capítulo. Prefería requisar los animales para el transporte o a los campesinos para las prestaciones personales. La explotación de sus tierras la hacía por aparceros, clerucos, civiles griegos, egipcios y, en una pequeña parte, directamente por obreros agrícolas. No hay, pues, que confundir este intento con las grandes propiedades romanas de Italia. Estamos ante un modo de producción que participa, a un tiempo, de la tradición oriental de la requisa de campesinos, de la tradición griega del arrendatario libre y de una aportación propiamente helenística: los capitales de que disponía un rico funcionario se empleaban en aumentar la productividad de sus fincas.

Pero este ejemplo no puede hacerse extensivo a todo Egipto. La explotación tradicional continuó. Se mejoró un poco la irrigación por la extensión de las norias y el tornillo de Arquímedes permitió una más fácil elevación del agua. El campesino siguió con su arado primitivo, su hoz y su azada. El metal, empero, se utilizó más. De todos modos, el limo egipcio no exige labores profundas y el aumento de rendimiento procedía, sobre todo, de la ampliación de las tierras cultivables y de la mano de obra humana. El papel del campesino era fundamental.

GRIEGOS E INDÍGENAS

Los Lágidas tenían clara conciencia de ello y favorecieron deliberadamente la segregación: los griegos residían en la ciudad y su lugar eran

los altos puestos funcionariales, pero el de los egipcios era la tierra. No obstante, existieron protestas. En la *dórea* de Apolonio, Zenón, el intendente, y Polícrates, el ingeniero, se enfrentaron con los obreros egipcios y éstos no dejaban de reclamar cuando el capataz no estaba a la altura o cuando los aperos eran inadecuados.

Las cleruquías

Las relaciones con los clerucos aún eran más delicadas. Se sabe que tenían derecho a un lote en proporción a su graduación y concedido, en general, sobre tierra por roturar. A menudo lo encomendaban a un aparcero y no faltaban los contenciosos, a veces violentos por uno y otro lado. Las cleruquías retornaban al rey a la muerte del titular; pero, desde fines del siglo III, el lote se asignaba automáticamente a su hijo y en el siglo II eran hereditarias. Más grave era el problema del acantonamiento. Se asignaba al soldado una casa en el pueblo; con frecuencia, el campesino egipcio se negaba a compartirla y había quejas sobre el estado en que quedaban. El rey hubo de legislar y se advierte que buscaba no dañar a ninguna de las partes: iba en su interés, pues no percibiría impuestos a menos que se cultivase adecuadamente el suelo. Y en las peticiones se subraya este argumento. Por otra parte, comparando estos contenciosos con los de los siglos siguientes, se advierte que el campesino egipcio se benefició, innegablemente, del impulso dado a la economía por la monarquía; tenía relativa confianza en la intervención de los funcionarios y apelaba con facilidad al rey. Y no dudaba en recurrir a juicio para sus litigios con otro egipcio.

«El rey Tolomeo a Antíoco. Salud. A propósito del acantonamiento de las gentes de armas hemos sabido que en muchas ocasiones se producen violencias porque éstos no ocupan los alojamientos que les asignan los ecónomos, sino que irrumpen en las casas, a cuyos moradores expulsan para quedarse por la fuerza...»
(*Dikaiómata*, 11, cit. por P. DELORME)

Las jurisdicciones

Los Lágidas permitieron el desarrollo de dos tipos de jurisdicción privada: la griega, con dicasterios, y la indígena, con *laokritai* (tribunales sacerdotales). Los funcionarios principales tenían poderes jurisdiccionales sobre cuanto concernía a los dominios públicos y a menudo eran ellos quienes actuaban en todos los niveles.

Dikaiómata. Papiro con extractos de leyes reunidos por un abogado para apoyar las conclusiones de un alegato.

Mantenimiento de las tradiciones religiosas egipcias

Las relaciones en la *cora* incluían, también, el aspecto religioso. El conjunto de las estructuras religiosas egipcias quedó intacto y templos y costumbres funerarias siguieron utilizándose. Los Lágidas se interesaron por la reconstrucción de ciertos templos y por la vigilancia sobre la explotación de las posesiones sacerdotales. No obstante conservar los griegos sus dioses, en Filadelfia, la pequeña ciudad construida al borde del Fayum, se alzaron templos griegos y egipcios y se desarrollaron los cultos de Sárapis y Arsínoe. Pero se trataba de una ciudad nueva. Los griegos acudían de buena gana a algunos santuarios egipcios. Los graffiti indican que eran de los visires sanadores Imhotep y Amenhotep. El culto de Isis, conocido ya en toda la cuenca mediterránea, se desarrolló ampliamente en los medios griegos.

Así, la *cora* siguió siendo decididamente egipcia y, a fin de cuentas, el griego se orientó hacia la ciudad, aunque no siempre residiese en ella.

Sarapis. Una comisión de teólogos (con Manetón) fue encargada por Tolomeo Sóter de elaborar esta nueva deidad. Heredero de Osiris y de Apis, dioses funerarios, y de divinidades griegas como Zeus, Asclepio y Dioniso, fue representado con los rasgos de un hombre maduro. Su culto principal se celebraba en Menfis y Alejandría y se expandió por el mundo griego.

II. EL ESPLENDOR DE ALEJANDRÍA

LA CIUDAD

Ver mapa 25

A diferencia de los Seléucidas, los Lágidas no multiplicaron la creación de ciudades. Tolomeo I había fundado Tolemais, en el Alto Egipto. Fue, con la antigua Náucratis, la única ciudad griega, fuera de Alejandría. Las antiguas ciudades egipcias subsistieron y mantuvieron su función religiosa (Tebas, Menfis), eclipsando Alejandría a todas las demás concentraciones urbanas.

Su plano fue establecido en el 331, tras un sueño de Alejandro, según Plutarco. El lugar no era favorable: la costa, inhóspita y la meseta, carente de agua. Se acondicionaron dos puertos, a ambos lados de la isla de Faros, unida a tierra por un dique, según el modelo del puerto de Tiro. Unos acueductos llevaron el agua desde el brazo canopeo del Nilo mientras que se multiplicaron las cisternas y se canalizó el lago Mareotis, que protegía la ciudad por el sur.

«La originalidad de Alejandría, si damos crédito a los ecos transmitidos por los testimonios literarios, residió en que fue como el punto de encuentro de la concepción limitada, precisa, un poco rígida y muy geométrica de la planta milesia, con su gusto por lo grandioso, su sentido de los valores más amplios y no monumentales que se derivaban, a un tiempo, de las tradiciones locales y de las aportaciones orientales.» (R. MARTIN, *L'Urbanisme, op. cit.*, p. 118)

El plano de la ciudad se debió al arquitecto Deinócrates de Rodas. Lo conocemos por los textos literarios y por algunas excavaciones realizadas desde 1871. Pero la actividad de la ciudad actual ha facilitado más las excavaciones de las necrópolis que las de la Alejandría antigua. Se trata de una planta milesia funcional que, no obstante, da dimensiones muy importantes a las arterias. La avenida central, según el eje este-oeste, tuvo, según Estrabón y Diodoro, 100 pies de anchura (30 metros) y se previeron con amplitud los edificios públicos, cuya majestad asombraba a los griegos.

Desde el arribo, el faro, construido por Sóstrato de Cnido, impresionaba por su tamaño. Fue tenido por una de las siete maravillas del mundo.

El faro tenía tres pisos superpuestos (110 m. de altura), coronados por una linterna en la que se mantenía un fuego en un juego de espejos.

Los templos fueron numerosos: muchos, consagrados a Isis; los cultos impuestos por la dinastía se desarrollaron: en la *Sema* se emplazó el cuerpo de Alejandro; el Serapeo, reconstruido por Tolomeo III en el emplazamiento del de Tolomeo I, muestra el sincretismo deliberadamente buscado por el fundador: la dedicatoria era egipcia y griega, pero helénica la decoración esculpida; se edificaron otros templos para el culto a los soberanos.

El barrio regio, *ta basileia,* agrupaba el palacio, corazón administrativo de la ciudad, un teatro, un gimnasio y la fundación del Museo, de cuyo papel intelectual hablaremos. Era la *neâpolis,* que ocupaba un cuarto de la superficie.

LOS HABITANTES

Ver final de este epígrafe

Parece que los habitantes se agrupaban en los barrios por etnias; conocemos el barrio judío, barrio en delta que bajaba hasta el puerto. Se cree que los macedonios se concentraban en torno al palacio. De todos modos, la población de Alejandría era muy heterogénea. Los griegos de todas partes se encontraban a gusto, cualquiera que fuese su origen social, según dice con agrado Teócrito en *Las Siracusanas;* mercenarios y soldados formaban un mundo aparte, a menudo alborotador. Había muchos sirios y orientales; los judíos tenían allí su comunidad más importante (100.000 en el siglo II) fuera de Palestina, con magis-

«Pues no por ser de sangres mezcladas los alejandrinos dejaban de tener un primer origen griego y no habían perdido del todo el recuerdo del carácter nacional y de las costumbres de Grecia. Y como esta parte de la población (la mejor de las tres) estaba amenzada de completa desaparición...»
(ESTRABÓN, XVII, 12, inspirándose en *Polibio*)

trados propios. Diodoro evalúa en siete millones el total de la población egipcia y Alejandría suponía un séptimo. En tiempos de Polibio, cada cual era muy consciente de su etnia y los griegos reivindicaban la suya como superior. Una aglomeración semejante planteaba problemas. Había que alimentar a sus habitantes y que esforzarse por llenar los almacenes regios; formaban una masa de consumidores que, en cuanto a las necesidades elementales (vestido), precisaban de llegadas regulares. Alejandría vivía como una sanguijuela sobre la llanura. Pero esta masa también era turbulenta: desde fines del siglo III (203) se multiplicaron los motines contra el palacio.

LA CAPITAL DEL REINO

El estatuto de Alejandría era ambiguo. En verdad, era una polis y tenía sus propios magistrados griegos (el principal, el gimnasiarca) y su *ekklesía*. Pero, de hecho, era, ante todo, la capital del reino y la intervención de los funcionarios reales era constante. Era el centro administrativo a donde confluían todas las solicitudes: todo habitante podía llevar su queja directamente al rey. Las oficinas eran, pues, particularmente importantes. La banca real no lo era menos. Ya vimos que la instauración de la amonedación real se debió a Tolomeo I; abandonó el patrón ático, adoptado por Alejandro, por una dracma de plata más ligera, quizás a causa de las dificultades en el aprovisionamiento de plata. En todo caso, el sistema era único y el rey prohibió la circulación de cualquier otra moneda; las operaciones de cambio eran monopolio de la banca real, que tenía sucursales en las ciudades del protectorado. Desempeñaba esta banca el papel de un tesorero-pagador general a la vez que el de banco de los negocios de interés real. Los delegados para los nomos prestaban juramento al banquero y comprometían su persona en el pago de los cobros hechos por cuenta de la banca real.

«Juro (...) administrar, a las órdenes de Clitarco, agente del banquero Asclépides, la caja de cobros de Febicis, en el nomo Koites, e informar correcta y honradamente de cuantas sumas se paguen a la cuenta del tesoro real, así como del dinero que reciba de Clitarco (...) Clitarco tendrá derecho a ejecutar sobre todos mis bienes y mi persona (...)»
(Juramento del banquero Semteo. 229-228).

Alejandría era, pues, el corazón de este mundo de funcionarios, vinculados entre sí por sutiles lazos clientelares. En ella era donde se obtenía un destino o donde se arreglaban los contenciosos. (No costará mucho trabajo a un francés imaginar este papel de capital de una administración envolvente...).

EL CENTRO ECONÓMICO

También era una ciudad activa y un centro económico, basado en las relaciones con la *cora* de que se proveía: se conoce mal la estructura del artesanado alejandrino. Muchas mercancías le llegaban bien de la *cora*, bien del exterior, como los textiles (sin que dejase de haber telares domésticos). Nació una cerámica de fondo claro, usada para vasos funerarios. Pero, cada vez más, la cerámica pintada sufrió la competencia de los tazones con relieves fabricados en toda la cuenca oriental del Mediterráneo, entre el 250 y el 100 (mal llamados «tazones megarenses»), y, sobre todo, de los vasos metálicos a los que imitaban. Los toreutas alejandrinos trabajaban el oro, la plata y el bronce y producían gran variedad de objetos: lechos, espejos, vasos. Se añadían a ello los talleres de coroplástica, que producían figurillas de un realismo acentuado hasta la caricatura, representando al esclavo jorobado, al mercenario famélico, al niño mofletudo, etc. Parece que Alejandría se especializó en la producción de vidrios, camafeos y joyas de oro o de cristal

Cora, khora. Ver cap. V, I.

«Los artículos de Alejandría»

cuyo precio no era muy alto y que se vendían tanto en la ciudad como fuera de ella; se han encontrado hasta en Ghandara.

También eran característicos los relieves de distintos tamaños destinados a las casas particulares, que representaban escenas campestres en una naturaleza muy urbanizada, en la que las grandes fuerzas naturales se personalizaban, como el Nilo o la abundancia. Era una de las características de este «arte alejandrino», en el que el paisaje ordenado fue siempre un símbolo de abstracciones o de mitos. El mosaico extrajo de ello una original fuente de inspiración, como muestra, en el siglo I, el mosaico de Palestrina.

Es muy evidente que el desarrollo del lujo de las casas particulares favoreció el auge de este tipo de producción.

La circulación de mercancías

Pero la originalidad de Alejandría procede, más aún, de su papel como centro comercial. La ciudad era el punto de aflujo de un cierto número de rutas comerciales que convergían en este importante mercado. Así, los Tolomeos persiguieron el control de las vías que, desde África, permitían la llegada de elefantes, de oro y piedras preciosas, de esclavos negros y de mineral de hierro. Bien instalados en la isla de Filas *(Philae),* traficaban con Meroe, centro principal de extracción y tratamiento del mineral de hierro. Hasta allí llegó gran número de productos griegos y algunos, incluso hasta Abisinia. A partir de Alejandría la ruta era básicamente caravanera; a pesar de la habilitación del canal de Necao entre el Nilo y el Golfo de Suez, la circulación por el Mar Rojo, difícil, se empleó menos que las pistas de Arabia que llevaban, hacia el norte, a Gaza y Petra. Arabia estaba en la intersección de las influencias seléucidas y lágidas; por Palmira, la ruta remontaba hasta Alejandría Carax. Las mercancías alejandrinas circulaban por allí, pero los mercaderes eran sirios.

Las relaciones de Alejandría con el Mediterráneo fueron particularmente importantes. Hacia el oeste, las vías tradicionales remontaban hacia Siracusa y Mesina; por el este, la escala privilegiada era Rodas. ¿Qué papel desempeñaba exactamente el puerto de Alejandría en los movimientos comerciales? Exportaba una parte del excedente en cereales. La transacción se hacía en la misma Alejandría o en Rodas. El rey cobraba una tasa además del precio, pero, a continuación, se desentendía del producto.

Los Lágidas no se dotaron de una flota mercante. Lo mismo ocurría con algunos productos de los talleres reales. Pero el resto de la producción egipcia era libre y el Estado se limitaba al cobro de tasas. Los mercaderes podían realizar sus mayores beneficios en el comercio importador, pues las necesidades de la ciudad y de los griegos acomodados eran importantes: aceite de oliva, tejidos y productos de lujo (todo ello gravado, desde luego, por tasas) veían sus precios aumentados in situ y podían dar un excelente beneficio.

Los comerciantes

¿Quiénes eran? Altos funcionarios griegos que no dudaban en aprovecharse de su situación para suscitar algunos negocios fructíferos: su ejemplo es Apolonio; comerciantes griegos, alejandrinos o rodios, que

hacían con facilidad el viaje, tenían agentes comerciales en la plaza, sirios y judíos, muy abundantes en la ciudad, que era un foco de atracción para quienes formaban la clase mercantil mediterránea.

EL CENTRO CULTURAL: EL MUSEO

Tanto más cuanto que, muy pronto, desempeñó un verdadero papel como centro intelectual, con la fundación del Museo. Según la tradición, fue Demetrio de Falero, refugiado en Alejandría después del 307, quien lo aconsejó a Tolomeo. Representante de la escuela aristotélica, conservó sus características enciclopédicas. El impulso fue renovado por Tolomeo Filadelfo, príncipe cultivado, que inauguró, así, un modelo evergético frecuentemente imitado. El Museo no era una escuela, sino un centro de investigación (nuestro equivalente sería una fundación). Los mayores sabios tenían acceso a él durante un cierto tiempo y podían disponer del material puesto a su disposición. Parece que no se alojaban allí, aunque puede que se hallasen mantenidos por cuenta del tesoro. El Museo contaba con jardines y colecciones y, en fin, con su famosísima biblioteca.

Evergetismo. Ver cap. XIV, III

La voluntad de reunir en la biblioteca de Alejandría la copia de todas las obras, griegas o traducidas al griego, escritas hasta su tiempo se atribuye a Tolomeo II. Los responsables de la biblioteca —que eran altos cargos— emprendieron una labor de crítica textual, con notas y referencias, que condicionó una gran parte de la crítica literaria de los siglos siguientes. (Así, Zenódoto de Éfeso planteó el problema homérico). Muchos de esos eruditos escribieron poesía: Calímaco, el *Himno a Delos* o Apolonio, sus *Argonáuticas;* se trata de una poesía preciosa y erudita, marcada por las investigaciones sobre textos. Pero la actividad propiamente científica del Museo aún era más notable que su orientación literaria. Allí compuso Euclides sus *Elementos* a comienzos del siglo III. Aristarco de Samos propuso la hipótesis de un sistema heliocéntrico. Eratóstenes calculó la circunferencia terrestre a partir de la distancia entre Alejandría y Síene, situadas en el mismo meridiano, y de la inclinación de los rayos solares en Alejandría. Llegó a un resultado más que honroso. La escuela de medicina no fue menos célebre, puesto que pudo practicar la disección: los egipcios, acostumbrados a la momificación, no sentían por ello la repugnancia griega y éstos, siguiendo su ejemplo, la practicaron en el Museo. Herófilo y Erasístrato, bajo los primeros Tolomeos, hicieron avanzar el conocimiento de los sistemas nervioso y circulatorio.

Praxínoa: ¡Cuánta gente! ¿Por dónde y cuándo cruzar por toda esa bulla? ¡Hormigas innúmeras y sin fin! En verdad, Tolomeo, que has hecho muchas cosas notables desde que tu padre pertenece al orden divino.»

Por la enumeración que precede se apreciará que todos esos sabios eran griegos, venidos de todas las partes del mundo helénico. Alejandría atraía como un verdadero imán. Teócrito llegó de Siracusa para cantar a su mecenas, Tolomeo Filadelfo; Herondas (de cuya vida nada se sabe) la hizo escenario de muchos de sus sabrosos mimos. Pero no sólo la cultura griega estaba implicada. El sacerdote egipcio Manetón llevó a cabo, a partir de los archivos egipcios, toda la cronología faraónica que sirve de base para nuestra historia de ese período y los primeros libros de la Biblia fueron traducidos allí al griego durante los tres primeros siglos antes de Cristo.

Así, esta ciudad cosmopolita, en los siglos III y II, desempeñó el papel de primer centro cultural del Mediterráneo.

Alejandría era, para los antiguos, el signo de un éxito esplendoroso; aunque también significaba para ellos los defectos inherentes a su condición de excrecencia súbita.

III. LOS EXCESOS DEL SISTEMA Y SU DECLINAR

El retroceso de Egipto se aprecia claramente, en primer lugar, por la pérdida de su Imperio.

LA PÉRDIDA DEL IMPERIO

Tolomeo III pudo realizar campañas brillantes hasta Babilonia al comienzo de su reinado; pero, a partir de Tolomeo IV Filopátor, Egipto se vio en posición defensiva. Para hacer frente a Antíoco III, el rey hubo de alistar a 20.000 egipcios, además de sus tropas regulares, mandadas por su ministro Sosibio. El conjunto del ejército ascendía a 70.000 infantes, 7.000 jinetes y 73 elefantes. La victoria de Rafia fue para los egipcios, a pesar de una primera penetración de Antíoco III; rápidamente se entablaron negociaciones y Egipto recuperó la Celesiria, mientras que Seleucia retornó a Antíoco. Pero fue un éxito temporal. En el 200, Filipo V de Macedonia se apropió de las posesiones de Tracia y el Helesponto y, luego, Antíoco recuperó Siria y Palestina y todas las posesiones minorasiáticas. A comienzos del siglo II ya no quedaban a los Lágidas sino Cirene y Chipre (las Cícladas recuperaron la independencia a mediados del siglo III). Pero, de todas formas, tras el 188, el equilibrio del mundo mediterráneo se vio transformado y las dificultades internas de la dinastía lágida (en las que Polibio se demoró con complacencia) se corresponden con el final de este período privilegiado en el que, tras el eclipse de Atenas, su lugar había quedado libre. Y es cierto que las disputas dinásticas ensangrentaron la corte y que reyes y reinas, rivalizando en intrigas, hubieron de hacer frente a una guerra civil endémica que, con períodos de crisis y de apaciguamiento, llenó los siglos II y I a. de C.

Rafia, 217

Tolomeo V Epífanes (203-181)
Tolomeo VI Filométor (181-145)
Tolomeo VII Eupátor (145)
Tolomeo VIII Evérgetes II (145-116)

LOS PROBLEMAS INTERNOS

Aprovechando la juventud de Tolomeo V Epífanes y las alteraciones que precedieron a su entronización, el clero obtuvo amnistías de deudas y la abolición de ciertos impuestos, multiplicando el rey sus dones a los santuarios de Apis. Fue el primero en ser coronado al modo egipcio y consagrado dios en vida. El decreto, llamado «de la piedra de Rosetta», aprobado por el sínodo del clero en Menfis, en el 196, enumera las concesiones. Se refiere explícitamente a las dificultades sufridas por el rey (una rebelión de mercenarios) y a las concesiones generales que hubo de aceptar: amnistía y condonación de deudas. En adelante, para poder gobernar, los reyes hubieron de apoyarse en esa fuerza a la que habían subyugado: el clero. El clero egipcio era una verdadera casta, son sus ropajes característicos y su jerarquía, desde el gran sacerdote (que podía penetrar hasta la estatua del dios) hasta el porta-

El dominio del clero

Piedra de Rosetta. Fragmento de estela, hallado en 1799 por un soldado de Napoleón, con un decreto en griego, demótico y jeroglífico que permitió a Champollion transcribir los jeroglíficos en 1826.

dor del material. Desempeñaba una función cultural muy importante, de la que nos dan una muestra las paredes del templo de Edfu.

Formaba un mundo aparte, en torno al cual gravitaba un grandísimo número de gentes (el informe del Serapeo es un ejemplo singular) y administraba, en torno a los templos, vastos territorios que el rey, poco a poco, renunció a controlar. Se confirmó el derecho de asilo que ponía al campesino al abrigo de persecuciones cuando entraba en tierra sacerdotal. Y cada vez fueron más numerosos quienes se aprovecharon de ello.

Los abusos del sistema lágida

El sistema lágida, del que ya hemos señalado algunas contradicciones, alcanzó un cierto grado de absurdo. Las necesidades de los soberanos eran siempre igual de grandes, de modo que debía proseguir la explotación de Egipto. Pero cuando la autoridad central se debilitaba, surgían las crisis administrativas. Se multiplicaban las quejas contra las exacciones de los funcionarios y, en el 118, un decreto que estipulaba sus deberes nos demuestra, *a contrario,* los abusos cometidos. La resistencia de la *cora* cobró formas muy variadas; resistencia abierta (no se dudaba en acoger a un controlador de aceite a bastonazos; negativa a entregar el trigo reunido en la era) o resistencia pasiva, cada vez más corriente (era la huida de la *cora,* la anacoresis: el campesino abandonaba la tierra y se refugiaba en Alejandría o en una propiedad sacerdotal). La tierra volvía a la incultura y todo el sistema quedaba en cuestión. El poder central multiplicó, entonces, sus intentos: responsabilidad colectiva de la aldea en cuanto al impuesto, asignación oficial de las tierras incultas a los más ricos y, sobre todo, responsabilidades de los funcionarios. Si el dinero no ingresaba, pagaban con su fortuna y su persona. Era, en verdad, un estímulo para la exacción y las quejas se multiplicaron. En el siglo I, Egipto estaba en plena crisis interna.

Petición a un *kommográmata* (114 a. de C.). «A Menjés, commográmata de Kerkeosiris, de parte de de Apolodoro, adjudicatario de la venta al por menor del aceite... Había aceite de contrabando en casa de Sisois... Inmediatamente tomé conmigo a Tricambo, agente del ecónomo, ya que ni tú ni los otros funcionarios querían acompañarme, y bajé al susodicho lugar. Allí, el llamado Sisois y su joven Tausiris me atacaron y corrieron a golpes...»

LA INTERVENCIÓN DE ROMA

Egipto, además, había perdido su capacidad de impacto en la escena internacional. Antíoco III y Filipo V ya habían podido acariciar un reparto del reino lágida. Pero intervino un elemento nuevo: la diplomacia romana. Uno tras otro, los jóvenes príncipes Lágidas acudieron al Senado en busca de arbitraje para sus disputas dinásticas. El reinado de Tolomeo VIII Evérgetes II, llamado Fiscón («hinchado») fue célebre por sus exacciones y por la auténtica guerra civil que lo opuso a Alejandría, sobre la que soltó a sus mercenarios. La ciudad quedó debilitada; los intelectuales ya habían sido expulsados en el 145; su gimnasio y sus instituciones municipales fueron suprimidos. La ciudad perdió su condición de foco de cultura griega y la biblioteca siguió funcionando, pero como un simple conservatorio de libros.

PERMANENCIA DE LA CRISIS EGIPCIA

La importancia de las dificultades que halló Evérgetes le obligó a importantes concesiones, cuyo eco nos llegó a través del edicto del 118. Pero el esfuerzo no tuvo efecto alguno: las medidas se aplicaron mal y el rey ni pudo ni quiso apoyarse en ninguna fuerza social coherente. Cierto que las nuevas relaciones de fuerza en el Mediterráneo habían quebrantado el equilibrio comercial tradicional de Alejandría, basado

en la vinculación con Rodas y los mercados griegos; pero esa razón no basta para explicar la profundidad de la crisis social.

Hay que preguntarse sobre sus mecanismos verdaderos. Esta crisis, para los historiadores antiguos (con tendencia a exagerar la decrepitud de las cortes orientales en contraste con la fuerza de Roma) se debió a la debilidad de la dinastía. Tal es el análisis de Polibio o de Diodoro. Más recientemente se han querido subrayar las consecuencias sobre la economía egipcia de la pérdida del Imperio, pero ya vimos que esa economía descansaba únicamente en parte sobre los mercados exteriores y mucho sobre su mercado interior (el del aceite es el caso más llamativo). Soberanos y altos funcionarios no quisieron ver que los ingresos en dinero suponían un nivel de vida mínimo para los campesinos que aseguraban su suministro. Y, no obstante, el sistema estaba tan bien implantado que el dinero seguía llegando y los romanos encontraron las arcas repletas. La dinastía Lágida desapareció en medio de una total indiferencia, cuando, en el 30, Cleopatra prefirió la muerte que no la servidumbre a Roma. Egipto se convirtió en posesión romana sin que sus habitantes percibiesen por ello ningún cambio concreto en su mundo cotidiano.

Los sucesores de Tolomeo VIII

Tolemo VIII, casado con Cleopatra, III padre de: Tolomeo IX Filométor Soter II, 116-107 y 88-80.
Tolomeo X Alejandro, 107-88

Tolomeo XI Alejandro II (hijo de Tolomeo X), 80

Tolomeo XII Auleta, 80-51, padre de Cleopatra VII, 51-30, casada con sus hermanos
Tolomeo XIII, 51-47 y
Tolomeo XIV, 47-44.

Tolomeo XV Cesarión (hijo de Cleopatra VII y César, muerto el 30 por orden de Octavio).

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Véase bibliografía de los caps. XVII y XIX.

En francés hay muchas obras antiguas que siguen siendo útiles por la abundancia de las fuentes que citan: J. LESQUIER, *Les institutions militaires de l'Égypte sous les Lagides,* París, 1911; los capítulos de P. JOUGUET en *El imperialismo macedonio* y *la helenización del oriente*, UTEHA, México, 1958. (Véase «Introducción» de este libro), págs. 245 y ss.

La vida social y económica fue estudiada por C. PRÉAUX, *L'économie royale des Lagides,* Bruselas, 1939 y en numerosos artículos. Su pequeño opúsculo *Les Grecs en Égypte d'après les archives de Zénon,* Bruselas, 1939, da una idea muy viva de la dorea, también estudiada por M. ROSTOVTZEFF, *A Large Estate in Egypt in the 3rd century B.C.,* Madison, 1922, reed. 1967.

La traducción de E. BEVAN, *Histoire des Lagides,* París, 1934, aporta un cuadro seguido de las dinastías. Muchos papiros son analizados por DELORME (cit. cap. XVII).

Sobre Alejandría, A. BERNAND, *Alexandrie la Grande,* 1966. La última obra erudita es la de P.-H. FRASER, *Ptolemaic Alexandria,* 3 vol., Oxford, 1972.

CAPÍTULO XIX

La sociedad helenística

El período que va desde la muerte de Alejandro hasta la conquista romana fue llamado «helenístico» por los historiadores alemanes del siglo XIX (*N. del T.:* J. G. Droysen, 1877). El término viene del griego *hellenistês,* «que habla griego», para designar a los no griegos de origen, por oposición a los auténticos helenos. Una de las características del período es, desde luego, la extensión de la helenización a un ámbito mucho más amplio, así como una transformación de los marcos institucionales de este nuevo mundo griego. Pero por el Mediterráneo oriental la diversidad era muy grande y, a veces, se tiene la impresión de un mosaico de Estados cuya evolución es profundamente diferente. ¿Puede, en verdad, hablarse de un mundo helenístico? De hecho, su unidad fue percibida tanto por los conquistadores romanos cuanto por los griegos mismos. Admirativos y despectivos a la vez, los romanos quedaron fascinados por ese modelo cultural y su elite helenizada tuvo plena conciencia de ello. Pero la cultura griega era ya muy distinta de la que ponían en cuestión los filósofos del siglo IV. La monarquía helenística, con sus peculiares características, fue una realidad que gravitó fuertemente sobre el destino de las Ciudades en que vivían los nuevos dirigentes del mundo helenístico y el campo ya no era el indispensable complemento de la comunidad cívica; campiñas desgarradas de Grecia, *laoi* de los reinos seléucidas y campesinos explotados de la *cora* egipcia quedaron aislados e inermes frente a elites nuevas, que se sentían solidarias entre sí por su actividad económica y su expresión cultural. La realidad social es muy difícil de discernir puesto que somos tributarios de fuentes históricas que pusieron su énfasis en los aspectos políticos de una evolución que conduciría, ineluctablemente, a la victoria de Roma, única respuesta al fracaso de las Ciudades griegas y de los reinos orientales.

Ver cap. XV, IV

I. PERSISTENCIAS Y LÍMITES DEL MUNDO DE LAS CIUDADES

LAS CIUDADES INSULARES ¿UNA EXCEPCION?

Las Ciudades formaban aún parte activa del mundo helenístico, pero su papel había, evidentemente, cambiado. Únicamente las Ciudades insulares parece que escaparon de la servidumbre general. El desplaza-

miento de las corrientes internacionales, a partir del siglo III, y el declive del Pireo, que conllevó el auge de Alejandría, pudieron favorecerlas, máxime porque las monarquías apreciaban particularmente su poderío naval y le buscaban puntos de apoyo. Es época en que las flotas alcanzan dimensiones extraordinarias, con navíos de muchas filas de remeros (¡hasta cuarenta!), sobre los que nos preguntamos cómo se manejaban en la práctica. En tal contexto, el mundo egeo era una baza que disputarse y que cuidar.

Rodas es una brillante muestra. Constituida a fines del siglo V mediante el sinecismo de Camiro, Yaliso y Lindos, la Ciudad, tras su pertenencia a la alianza ateniense, se separó de ella en el 356, se alió con Mausolo de Caria y resistió a Alejandro (uno de los más hábiles jefes de mercenarios fue el rodio Memnón). Pactó con él tras la caída de Tiro; resistió el asedio dirigido por Demetrio Poliorcetes, quien empleó las temibles máquinas de ataque que fueron la tortuga ariete de Hegetor y la helepolia del ingeniero Epímaco. Fue la última Ciudad que conservó la independencia, con una flota de cincuenta naves armadas; independencia basada, de hecho, en su alianza con los Tolomeos y en la buena voluntad general; cuando la ciudad fue destruida por el terremoto del 228, los donativos para su reconstrucción llegaron de toda Grecia (véase texto en cap. XVII, II).

El interés por la presencia rodia era general. Buenos diplomáticos, servían a menudo como intermediarios; pero, sobre todo, su puerto desempeñaba un papel redistribuidor en toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Con sus tres muelles y sus vastos almacenes, era el gran mercado triguero; desde tiempos de Alejandro se especulaba en Rodas. Allí se negociaban los excedentes alejandrinos. Rodas tenía también sus propios mercados: sus ánforas aparecen en el conjunto del mundo póntico y en el Bósforo cimerio, en el occidente italo-siciliota y en Alejandría; parece que se exportaban como embalaje. Pero en todo ello no había monopolio: Rodas defendía el negocio libre, luchó sin descanso contra los piratas cretenses y puso a punto una excelente legislación marítima, pero los negocios no eran cosa de la mayoría de los rodios. Los dirigentes de la Ciudad —con una constitución moderada— recibían honores en muchas otras; algunos eran banqueros (aunque menos de los que se ha dicho) y, otros, ingenieros. Eran ricos y podían proveer liturgias para el suministro de trigo. No sabemos mucho del resto de la población, estimada en 80.000 habitantes. Los marineros de la flota debían de desempeñar un papel importante. Pero esta independencia de la Ciudad, la última en que tal palabra mantuvo su sentido clásico, dependía de la benevolencia de las potencias exteriores. En el Tratado de Apamea (188), los rodios obtuvieron ventajas territoriales, pero se mostraron demasiado voraces y, en el 167, Roma se las quitó y, para castigarlos, hizo de Delos un puerto franco, que devolvió a Atenas. En unos años, el puerto de Rodas periclitó y la Ciudad no desempeñó más papel que el de centro universitario, célebre por sus escuelas de ingenieros, de retórica y de escultura.

Rodas

Ver caps. XV, I y XVI, IV

Helepolias. Torres rodantes de pisos. Tortugas ariete. Su viga de 53 m., armada de hierro, se montaba sobre ruedas y era movida por más de cien hombres.
(DIODORO, XX, 91; Y. GARLAN, *La guerre...* cit., p. 125.)

«Cuando se reflexiona sobre las ventajas que ofrece su emplazamiento y sobre la abundancia de las mercancías que afluyen a sus puertos desde el exterior y que contribuyen a la satisfacción de sus necesidades, deja uno de asombrarse e, incluso, se está tentado de pensar que su prosperidad no es tan grande como debería serlo.»
(POLIBIO, Libro V, II, 88).

Lex Rhodia. Legislación marítima que nos es conocida por los códigos antoninos y bizantinos, que compilaron con ese nombre el conjunto de los códigos marítimos en uso.
(Ver. J. ROUGÉ, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire romain*, París, 1966, págs. 188 y ss.).

Creta

Cos

Delos

Entre las restantes ciudades insulares, Creta, sobre todo, fue temida como refugio de piratas y apreciada como vivero de mercenarios. En el 220, una guerra fratricida opuso a las distintas Ciudades de la isla, cuya tumultuosa evolución hacia regímenes más democráticos prosiguió. La isla de Cos vivió una gran actividad, atestiguada por sus construcciones, con el santuario de Asclepio; su riqueza se basaba también en la fabricación de una especie de seda silvestre mediterránea.

Delos, bajo la dominación ateniense, era, ante todo, un centro religioso que vivía del comercio local, favorecido por la presencia de los peregrinos. El banco del templo de Apolo otorgaba créditos a las Ciudades de las Cícladas y la isla, por ende, desempeñaba un cierto papel entre las insulares. Desde el 314 al 167 volvió a ser Ciudad libre (cuyas instituciones se calcaron de las atenienses) y formó parte de la Liga de los Nesios; hasta el 245 estuvo, de hecho, bajo control egipcio. Importante mercado de trigo y esclavos, sus almacenes se desarrollaron regularmente. La actividad bancaria del templo se orientó a los pequeños préstamos a particulares —sobre todo, delios—. Los ingresos eran importantes pero procedían, sobre todo, de bienes inmuebles. Hubo un lento aumento del número de banqueros privados (en el 250, por lo menos, dos; en el 167, por lo menos, diez). En el 192, los hiéropes hicieron un cuidadoso censo de las jarras en que se guardaban el tesoro de los dioses y los fondos públicos de la Ciudad. El inventario da fe de la gran variedad de monedas que circulaban por Delos.

Hiéropes. Magistrados financieros que elaboraban los inventarios anuales.

Con la creación del puerto franco en el 167 y el retorno de los atenienses, se asistió a un verdadero «boom». Se construyeron barrios enteros. Las cofradías de comerciantes extranjeros construyeron sus propias lonjas y sus pórticos y, luego, llegaron los itálicos. Hasta el 88, fecha de su saqueo por Mitrídates, la ciudad se convirtió en el símbolo de la actividad económica, bastante artificial, del mundo helenístico.

EL FINAL DE LA AUTARQUÍA DE LAS CIUDADES

Así, ninguna Ciudad podía mantener una actividad política totalmente independiente. Más exactamente, ninguna desempeñaba un papel dominante en la escena internacional. Pero no por ello ha de estimarse su declive como general. Su papel había cambiado, pero su actividad seguía siendo grande. Incluso intervenían más en el ámbito público. En la época helenística se multiplicaron las magistraturas de tipo económico: *sitonai;* encargados del suministro de grano, agoránomos y sitofílacos para la vigilancia de mercados, etc.; se vigilaban los precios y se intervenía en las transacciones. En el 303, Teos y Lébedos, incluso, crearon un capital público para los préstamos marítimos. A veces se ha diagnosticado una crisis económica general de las Ciudades: eso es extrapolar a partir de la situación en el siglo I, en el momento de las guerras de Mitrídates. De hecho, las Ciudades renunciaron a la autarquía y tuvieron, como Atenas en el siglo IV, que preocuparse por asegurar su abastecimiento. Al mismo tiempo, la circulación de la moneda facilitó la extensión bancaria y, por ende, el recurso al crédito. Pero todo eso permaneció en el limitado marco de los medios financieros de la Antigüedad: se vivía al día, cada ingreso se asignaba siempre a un gas-

Sitos. Grano, trigo, harina, pan. [N. del T.]

Se dedica una estatua a Apolodoto por haber guardado el oro de extranjeros y ciudadanos durante treinta años (hacia el 200).
(MAIURI, *Nuove Silloge*, n. 19.)

Rodas presta dinero a Priene —hacia el 300— para la lucha contra un tirano, a Argos —en el 250— para fortificar la ciudad y a Sínope para la compra de vino
(Cit. por R. BOGAERT, *Banques*, p. 214.)

to concreto y todo gasto imprevisto exigía un recurso nuevo. De ahí tantos arbitrios: en el 285, Tasos vendió derechos de ciudadanía. Delos se pasaba el tiempo pidiendo y pagando al templo. Y, luego, se apeló a los reyes, que multiplicaron sus larguezas. Pero todo eso no significa que las Ciudades estuviesen en las últimas sino, más bien, que su organización financiera no estaba a la altura de sus pretensiones.

UN ARTE DE CIUDAD

Porque las Ciudades gastaban con abundancia. Multiplicaban las fiestas y los juegos, cada vez más dispendiosos; intervenían profesionales, que esperaban premios de valor. Se otorgaban distinciones honoríficas a los reyes, pero también a los benefactores de las Ciudades. Y, sobre todo, se embellecían. Los gastos ya no se reservaban tanto para los dioses (que seguían teniendo su sitio) como para el propio marco urbano. Aparte los esplendores de Pérgamo y Alejandría, cada pequeña Ciudad, incluso remota, quería tener sus monumentos. Desde Glanum a Ecano (Ai-Kanum) encontramos buleuterio, teatro y palestra, todo de piedra. Cada uno de estos monumentos responde ya a un tipo concreto. El ágora se ha convertido en esa plaza cuadrada rodeada de pórticos y de función bien definida. Cada ciudad tiene su ágora comercial y su ágora política. El pórtico desempeña un papel fundamental en esta arquitectura urbana. Uno de los más característicos ejemplos es el pórtico ofrecido por Átalo I de Pérgamo a Atenas, para cerrar su ágora clásica y darle la fisonomía tradicional de las demás ciudades. Porque estas cuidadas ciudades se parecen. Se construye con rapidez, siguiendo la planta ortogonal. Las ciudades cuyo plano ya estaba empezado, se completan (Príene, Cos). El arte helenístico muestra su originalidad no tanto por innovaciones arquitectónicas propiamente dichas cuanto a través de un urbanismo meditado. Pero el ejemplo de Pérgamo prueba que puede sobrepasar las normas, a veces demasiado rígidas, de la planta hipodámica. La superficie encerrada en las murallas llega a las 90 Has. y las construcciones se escalonan en tres conjuntos unidos por una arteria que sale de la ciudad baja por la puerta sur, con su ágora cerrada (34 × 64 ms.), bordeada de pórticos con pisos que dan directamente a la calle superior. La ciudad media se articula en torno al gimnasio con pisos aterrazados y unido a los templos de Deméter y Hera. Se desemboca, en fin, en el ágora alta y en las plataformas del altar de Zeus y del santuario de Atenea, que rodean la cavidad del teatro, el cual se abre a una inmensa terraza (246 × 15 mts.) que forma el pivote de esta composición semicircular. La totalidad se llevó a cabo en menos de cincuenta años. «Los trazados de la muralla y el recorrido de las calles revelan un mismo espíritu, una idéntica sumisión a las líneas naturales del paisaje a las que se adaptan con notable flexibilidad», subraya R. Martin.

Buleuterio. *Ver cap. IX. II*

Ver mapas 18 y 33.

Pérgamo. *Ver cap. XVII. III*

La escultura, desprendida del marco arquitectónico, se puso al servicio de este embellecimiento urbano: esculturas monumentales en la entrada, como el coloso de Rodas (de más de 30 ms. de altura) o la Victoria de Samotracia, que se destacaba ante el santuario de los Cabiros. Lisipo de Sición, el escultor de Alejandro, dio toda su amplitud

La escultura

Victoria de Samotracia (Museo de Louvre). Hallada en 1863 en Samotracia. Mármol de Paros. Alt.: 2,45 m. Se elevaba sobre la proa de un navío y se cree que conmemoraba una victoria de los rodios sobre Antíoco III. El estudio de su mano prueba que no tocaba una trompeta, como la Niké de las monedas de Demetrio, sino que sostenía una banda de metal.

al bulto redondo: había que girar en torno a la estatua para apreciar todo su valor. Tras él, se asientan los rasgos característicos del arte helenístico: realismo barroco y gusto por lo patético y lo desmesurado marcan a las escuelas de Rodas y Pérgamo. Ésta es particularmente célebre por el friso del altar de Zeus, que representaba la lucha de los dioses y los gigantes. Este tema, tan caro a los griegos, símbolo de la lucha de la razón contra la barbarie, se trató allí como un delirante combate en el que monstruos y dioses participaban de igual patetismo. La razón estaba muy lejos; la angustia y la desmesura, siempre presentes. Junto a estas tendencias barrocas, se desarrolla el arte del retrato, surgido en el siglo IV. Se le deben logros particularmente notables, visibles también en la numismática.

La escuela alejandrina prefirió un pintoresquismo familiar mientras que se desarrollaba ampliamente un neoclasicismo académico, particularmente representado en Atenas. Se copiaba y recopiaba, inspirándose en las obras de los grandes maestros de los siglos V y IV. Por un éxito como la Venus de Milo (Afrodita de Melos) ¡cuántas obras gélidas y sin vida!; pero a su través, con frecuencia, los romanos tomaron contacto con el mundo griego.

El mosaico

Estatuas de todos los tamaños invadían las vías públicas y las casas particulares: héroes y benefactores sobre sus pedestales y amorcillos y estatuillas en sus nichos. A la vez, el mosaico se convertía en adorno obligado de los suelos. A los guijarros de las villas de Pela *(Pella)* sucedieron los cubos cuidadosamente recortados. Delos nos suministra, para el siglo I, ejemplos variados. A menudo se copian, también, cuadros célebres, pues la pintura ha logrado ya sus títulos de nobleza: perspectiva, juegos de sombras y de luz, ilusionismo, una técnica, en suma, puesta al servicio de variados efectos. La conocemos por las copias que adornan las paredes de las casas de Pompeya que, con las de Delos, permiten imaginar el nuevo marco vital de estos moradores urbanos.

La casa

La casa se organiza en torno al peristilo y sus alas se orientan cuidadosamente para aprovechar el frescor. Las habitaciones de modestas dimensiones son más numerosas y se decoran ricamente: bibelotes y estatuillas abundan en sus nichos. Se busca el hacer la vida más agradable (al menos, a quienes pueden pagárselo).

Pero hay que subrayar en cuánta medida este escenario urbano depende, a pesar de todo, de la intervención regia. Las ciudades más hermosas son las capitales de los reinos y sirven de modelo. Muy a menudo hay que apelar a los subsidios reales para mejorar una financiación incompleta. El más hermoso pórtico de Atenas se debe al rey de Pérgamo y la reconstrucción de Rodas a la generosidad de las tres dinastías. El papel del mecenas se convierte en fundamental para el mercado artístico.

LA IRRADIACIÓN INTELECTUAL

El arte oratoria

Ver cap. XVII, IV

Idénticas ambigüedades se aprecian en la irradiación intelectual de las ciudades griegas. En Atenas es donde se mantiene la herencia de la Grecia clásica. El último brillo de los oradores se extingue, en verdad, con el final de la independencia. La oración fúnebre de Hipéri-

des, tras la Guerra Lamíaca, señala el réquiem de una expresión cívica e intelectual. Queda, nada más, la forma pedagógica, con las escuelas de retórica a las que acuden a iniciarse las elites griegas y romanas. Tras la de Atenas, la de Rodas, fundada por Esquines después de su proceso, conoció un gran éxito y Cicerón acudirá a ella para aprender el arte oratoria.

El brillo de la filosofía

Las escuelas filosóficas, ya desprendidas del marco cívico, prosiguieron una brillante carrera y Atenas siguió siendo su centro. Demetrio de Falero acabó de darles su marco institucional y la Academia y el Liceo conservaron su prestigio. Se estudiaba allí la historia de la filosofía y, luego, el curso sobre la doctrina peculiar de la escuela, el comentario sobre los grandes clásicos de la secta y la expresión personal del maestro, que era quien daba la tónica general y elegía a su sucesor. Entre escuelas era grande la polémica, los extranjeros afluían y, a su vez, se instalaban otros recién llegados.

La enseñanza de Epicuro no se orientaba hacia la cosa pública. Sus auditorios, por otro lado, eran diversos y admitía a mujeres y esclavos. Conocemos su enseñanza únicamente por tres cartas. Remitiéndose al atomismo de Demócrito, buscaba la dicha individual en la ausencia de deseo, en la vida del sabio y en la amistad. La segunda generación de epicúreos, en el siglo II, fue la que empezó a dar a la extinción de los deseos el matiz que da a la palabra «epicúreo» el sentido de buen vividor que tiene hoy y que habría asombrado mucho al fundador de la secta. Esta filosofía alcanzó pronto gran éxito y se abrió una escuela en Antioquía, convirtiéndose en ella Demetrio Sóter, rey de Siria. En el siglo II penetró en Roma. Lucrecio, en el siglo I, le daría su más brillante lustre literario.

EPICURO (342-270). Originario, sin duda, de Samos. Llegó a Atenas en el 323. Abrió escuela en Mitilene de Lesbos y, luego, en Lámpsaco. Se estableció en Atenas en el 306. Parece que escribió trescientas obras, de las que nos quedan los fragmentos de un tratado «Sobre la naturaleza», dos cartas y unas máximas.

Zenón y los estoicos

Pero la escuela más popular fue la del maestro Zenón, llegado de Chipre. Enseñó, primeramente, en el ágora, en el «pórtico pintado» *(stoa poikilé)*, de donde el nombre de «estoico». Su doctrina es rigurosa y basada en un análisis completo del universo, dirigido por una inteligencia suprema inmanente; el fuego que penetra la materia consume al mundo al cabo de diez mil años. La jerarquía de los seres divinos está dominada por Zeus, asimilado al fuego, pues el mundo está totalmente determinado por las leyes físicas; el hombre ha de plegarse a las leyes de la naturaleza, discerniendo lo que depende de él, la voluntad del sabio, y lo que no, las pasiones, a las que hay que aprender a renunciar. Moral exigente, que se dirigía tanto al esclavo como a los dueños del mundo y que llevaba a un cierto igualitarismo. Inspiraría a Cleómenes de Esparta y a Tiberio Graco. En la segunda mitad del siglo II y en el siglo I estuvo dominada por Panecio de Rodas y por Posidonio (venido de Apamea, que fundó una escuela en Rodas y tuvo gran éxito en Roma).

Zenón (334-264). Originario de Quitión (Chipre) — no confundir con Zenón de Elea, cap. XIII, 1 —, hijo de un rico comerciante fenicio, se dedicó a los negocios antes de convertirse a la filosofía, hacia el 312, tras haber leído *Los memorables* de Jenofonte. Abrió su escuela hacia el 300. Parece que escribió sesenta obras, que no nos han llegado. Conocemos su pensamiento sobre todo por autores romanos (Cicerón, Séneca).

Diógenes de Sinope

Esas escuelas eran las más famosas, pero fueron muy criticadas por los escépticos, como Pirrón, que atacó sobre todo al estoicismo, y por los cínicos, discípulos de Diógenes, más conocidos por las anécdotas que se contaban sobre ellos: filósofos desaliñados, ambulantes perpetuos y

DIÓGENES DE SINOPE (413-324). Discípulo de Antístenes, que abriera, hacia el 400, una escuela cerca del gimnasio llamado Cinosargo («Perro brillante»), de donde el nombre de sus discípulos. Diógenes había sido vendido como esclavo y rescatado por un rico corintio, que lo empleó como pedagogo. En Corinto parece que acabó sus días, pasando lo mejor de su tiempo en un tonel.

convertidos en personajes de las comedias, pero cuya falta de escritos no permite conocer verdaderamente su doctrina.

Así, el filósofo se convirtió en un tipo de hombre separado de la humanidad, en un sabio, cuya búsqueda fue, en lo sucesivo, la del destino individual. En la misma época, el budismo fue adoptado por la dinastía Maurya. Los contactos entre unos y otros son innegables. Atenas siguió siendo en el siglo III el más importante centro filosófico, pero las escuelas se multiplicaban aprisa, la circulación de hombres e ideas era constante y el ideal propuesto estaba separado por entero de la Ciudad. Era un ideal universal.

Nueva función del teatro

MENANDRO (343/340-292). Ateniense, amigo de Demetrio de Falero, alumno de Teofrasto. Escribió 108 obras. Tenemos extractos de diez, a las que, desde 1958, se añadió el *Dískolos* («atrabiliario»).

Igual sucedía con una expresión que parecía tan ligada a la Ciudad: el teatro. Con Menandro, los asuntos conciernen a tipos que pueden haber salido de cualquier lugar: es el eterno juego del desencanto amoroso, en que los protagonistas de distinto rango social acaban por encontrarse; se trata de enmascarar las disensiones y de evitar cualquier alusión política. El éxito alcanzado corresponde a la expectativa de ese público urbano. También se representaban las obras antiguas; el teatro se convirtió en una pura expresión cultural y ninguna otra cosa es mejor prueba de cuál era la evolución de la Ciudad. Por otro lado, los actores se agruparon en potentes asociaciones profesionales, como la de los tíasos dionisiacos, a menudo encargadas por los soberanos de organizar representaciones, fiestas y procesiones. Cada vez intervinieron éstos más en la vida intelectual.

LAS CAPITALES, CENTROS INTELECTUALES

Ver caps. XVII, III y XVIII, II

Las capitales de los reinos eran centros particularmente importantes, aunque sus condiciones eran distintas: en ellas, el mecenas era el rey, que pagaba y mantenía y al que se buscaba adular. Tolomeo II, en Alejandría, Antígono Gónatas, en Pela, Hierón, en Siracusa y Éumenes, en Pérgamo desempeñaron brillantemente su papel, especialmente acentuado en el siglo III. Pero su apoyo iba más allá y se organizaron auténticas instituciones que prolongaron el impulso del soberano: el Museo (con la biblioteca), en Alejandría o la biblioteca de Pérgamo. Tales centros facilitaban la circulación de hombres e ideas y alentaron grandemente el desarrollo científico.

El auge científico

Hemos visto el desarrollo de los trabajos de erudición, de filología, el comienzo de la poesía elegíaca y cómo importantes trabajos históricos, por desgracia perdidos en gran número (Timeo de Tauromenio), servirían como materiales a Polibio y a los historiadores romanos. Hemos visto el desarrollo científico de Alejandría, que no le fue peculiar, pues la época fue particularmente rica en esos campos. Progresos espectaculares en las matemáticas, desdichadamente limitadas por el sistema griego de notación, de la geografía y de la astronomía, con Aristarco de Samos a comienzos del siglo III, atreviéndose a sostener que la Tierra gravitaba en torno al Sol. Tal hipótesis se perdió y fue Hiparco de Nicea, en el observatorio de Rodas, quien se llevó la mayor gloria, trazando un mapa celeste, calculando la oblicuidad de la eclíptica y la distancia entre la Tierra y la Luna.

Arquímedes

Se ha subrayado la distorsión entre estas indagaciones intelectuales

y su aplicación práctica. Sin embargo, al período helenístico se debe la difusión del tornillo, empleado tanto para subir el agua como en ciertas prensas aceiteras y la de los primeros molinos de agua, llegados del este y difundidos en el siglo I antes de la Era. Los mapas geográficos se fueron precisando; también los primeros manuales de agronomía fueron helenísticos y sirvieron ampliamente a los romanos (al igual que Plinio explotó alegremente los trabajos de Teofrasto). Pero es cierto que los sabios no se preocuparon de la utilización práctica de sus obras, fuera del interés militar. Se fabricaron autómatas, pero no máquinas; y es que nadie hubiese financiado estas últimas. Los reyes, a fines del siglo II, ya no podían desempeñar como antaño su función de mecenas y, en este campo, no fueron sustituidos, como lo serían en el del arte, ni por los encargos de las Ciudades ni por los de particulares. De hecho, el auge de la clase dirigente no se basaba en una mejora de la producción.

ARQUÍMEDES DE SIRACUSA (287-212). Nacido de una familia afecta al rey Hierón, estudió en Alejandría y pasó buena parte de su vida en Egipto. Volvió a su ciudad, amenazada por los romanos, participando con sus inventos en su defensa (espejos incendiarios, catapultas gigantes). Fue muerto por un soldado romano, en la toma de Siracusa. Sus obras versan sobre geometría (valor de π, fórmula de las áreas del segmento parabólico) y física (equilibrio de cuerpos inmersos en un fluido).

II. UN NUEVO TIPO DE HOMBRE

La evolución que apuntaba en el siglo IV se acentuó: emanó una nueva clase dirigente cuya fortuna ya no se basaba en los recursos raíces, sino cuya actividad se dirigía, sobre todo, a los negocios; la expedición de Alejandro y la transformación del Mediterráneo oriental acentuaron y modificaron el fenómeno.

EL REPARTO DE LAS RIQUEZAS

En primer lugar, la moneda desempeñaba ya un papel más importante y era utilizada mucho más ampliamente. Alejandro hizo reacuñar los tesoros acumulados en las capitales persas, adoptando el patrón ático. En una generación, un importante volumen monetario se dispersó por el Mediterráneo. Si bien Rodas y Egipto conservaron sus propios patrones, se produjo poco a poco una cierta unificación, mientras que se multiplicaban los divisores de bronce. Tras una ligera alza del oro se volvió al monometalismo de la plata y cada reino hubo de asegurar sus propios recursos; las Ciudades acuñaban moneda cuando eran independientes pero, de acuerdo con la distribución de los hallazgos, se aprecia que se formaron circuitos particulares y que se establecieron ciertas costumbres. La extensión de la moneda favoreció la del comercio, no en volumen, sino en diversidad y a largas distancias. Favoreció, sobre todo, el ascenso de las nuevas clases dirigentes. Los nuevos ricos, a quienes vemos aparecer en la escena política, ya no son los Cleón o los Hipérbolo cuya fortuna se basaba en una actividad vinculada al devenir de la Ciudad: se trata de personajes cuyas munificencias desbordaban en mucho el marco de su polis y capaces de conceder fabulosos créditos. Los conocemos por los decretos honoríficos que conmemoraron sus larguezas: Atenodoro de Rodas, honrado por la ciudad de Histiea (Eubea), por haberle prestado dinero; por Delos, a cuyos comisarios cerealistas lo dio para las compras de la Ciudad; Protógenes, que corrió en ayuda de Olbia para saldar una deuda contraída con Policar-

La moneda

Nuevas rutas. Se utilizaban tres rutas de la India. La marítima, a partir de Arabia (en el siglo I ya se conocían los ritmos monzónicos); las continentales, por Dura Europos, Seleucia del Tigris, Partia, los pasos de Peshawer y el valle del Indo o, más al norte, por el Ponto y el Amu-Daria y, desde allí, a los reinos greco-bactrianos. Begram, al pie de los pasos, se convirtió en un centro de redistribución y en sus tesoros se han hallado objetos helenísticos, iranios, indios y chinos.

Los nuevos ricos

«El pueblo de Histiea en honor de Atenodoro, hijo de Piságoras. Los arcontes propusieron que el Consejo elevase al pueblo una propuesta de decreto: Visto que Atenodoro, hijo de Piságoras, de Rodas, no ha dejado de probar su entrega al pueblo y que presta sus servicios tanto a los ciudadanos que privadamente a él recurren cuanto oficialmente a la Ciudad; y que ha prestado celosa ayuda a los comisarios para el trigo enviados por la Ciudad a Delos, anticipándoles dinero sin interés y logrando que cumpliesen con gran celeridad su tarea de comisarios del trigo, haciendo prevalecer el bien de la Ciudad sobre sus personales intereses...»
(Estela de mármol hallada en Delos, fechada en los años 230-220, cit. por J. POUILLOUX, *Choix d'inscriptions*, cit. en nuestra «Introducción»).

Ver cap. XIV, II

mo, un extranjero, pagando 100 estáteras de oro; o Morcón, que adelantó a Príene las 2.158 dracmas que debía la ciudad al santuario del Panjonio; otros aceptaban embajadas no remuneradas, proveían de material de guerra, premios para las fiestas o las escuelas o banquetes. No eran ya aquellas liturgias tan pesadamente notadas en Atenas en el siglo IV, sino liberalidades que los ricos llevaban a cabo por su libre voluntad para con su Ciudad o para con otras. A veces había un interés económico directo, pero con frecuencia la recompensa era puramente honorífica: una estatua —a menudo sufragada por el benefactor— o una corona de oro. Desde luego, los honores y el derecho de ciudadanía, concedido con largueza, permitieron a algunos intervenir en muchas Ciudades, pero no parece que se buscase tampoco este aumento de poder —muy limitado, en verdad—. El ascenso social requería de esta forma de redistribución, el evergetismo.

En el seno de esta clase había, por lo demás, formas distintas. El servicio regio abrió una gama muy variada de actividades; las guerras seguían siendo un medio nada desdeñable de enriquecimiento; pero la fuente más segura siguieron siendo los negocios, entendidos en sentido muy amplio. Los banqueros-cambistas privados se multiplicaron y las especulaciones, también.

Fluctuaciones de precios

Se ha intentado evaluar algunas curvas de precios. El período helenístico es el único que nos procura algunas series. Por desgracia, se trata de productos muy particulares, que no siempre consienten generalizaciones. Así, comprobamos que el trigo experimentaba en Delos grandes variaciones en un mismo año (en el 282, de 4 dracmas y 3 óbolos a 7 dracmas y 3 óbolos el medimno —poco más de 52 litros—). Tras un alza en el último tercio del siglo IV, se esbozó una baja y, a mediados del III, el precio medio se estabilizó en 5 dracmas. Igual tendencia se aprecia para el aceite; para los bueyes, la tendencia a la baja se observa tras el 290. El marfil bajó de modo espectacular (24 dracmas por 26 kgs. en Atenas, en el 340 y 8 por 36 en Delos, en el 276).

Por el contrario, los metales y los ungüentos estuvieron en alza constante. El papiro experimentó fluctuaciones en relación con la abolición o el mantenimiento del monopolio egipcio. Como se ve, no es posible hacer un cuadro general. El precio de algunos géneros (como la pez) estaba directamente relacionado con las fluctuaciones políticas. No obstante, puede subrayarse que, tras un período de alza subsiguiente a la conquista de Alejandro, se produjo una baja entre el 280 y el 250 y, luego, una subida en el siglo II, con tendencia final a la baja. Referido ello, sobre todo, al trigo y —nunca se repetirá bastante— exclusivamente a las aglomeraciones urbanas.

Consecuencias salariales

Pero también ha podido observarse una cierta variación en los salarios. Los ejemplos, también en este caso, son dispersos y las generalizaciones difíciles, pero contamos con algunas series relativas a los trabajos de construcción. Los salarios habían aumentado en el siglo IV, con el conjunto del coste de la vida. Pero los salarios de los obreros cualificados disminuyeron entre el 302 y el 250 (el embreado pasó de 3 dracmas

Ver cap. XIV, III

por metreta a 1 y 4 óbolos). Por otro lado, aumentaron los contratos por piezas y los destajos, que facilitaban la baja. El obrero prefería a menudo una buena parte en especie y aceptaba salarios muy pequeños.

Así, en el período que cubre desde la muerte de Alejandro hasta mediados del siglo III, el foso entre ricos y pobres se acentúa en las ciudades. Ya no son los tiempos en los que no se distinguía por la calle a un libre de un esclavo. Las fortunas importantes van acompañadas por un modo de vida distinto. El lujo en la alimentación, en el vestido y en la casa singulariza ahora a la nueva clase. Riqueza, para los hombres nuevos (que, con frecuencia, han hecho por sí solos su fortuna), es sinónimo de éxito. Es grande la ambigüedad, por otra parte, pues muchos son extranjeros y todos hacen protestas de cultura griega, a la que se agarra desesperadamente el morador de las ciudades, aun de poca importancia. Una cierta identidad cultural —símbolo, para unos, de la dignidad pasada y, para otros, de su reciente ascenso— homogeneiza a este medio urbano.

Tarifa de lapicidas (grabadores de inscripciones) en Delos.
Hasta el 302, 1 dracma por cada 100 letras.
En el 302, 1 por 130 letras.
Desde el 300, 1 por 300 (excepción en el 250: 1 por 350).
(G. Glotz, Journal des Savants, 1913, p. 257).

LA IDENTIDAD CULTURAL

La lengua griega —el jonio ático— se extendió como lengua obligada de esta *Koiné*. Incluso decretos de los confines orientales tomaban la forma de los decretos griegos y, como vimos, se constituyó en Alejandría el tesoro literario que fue haciéndose símbolo de esta cultura común. Una cultura acabada por estudiar, no por crear. Una de las características de este período es la de apegarse con pasión y respeto a su pasado e intentar transmitirlo. Una pequeña ciudad griega perdida en los confines orientales, como Ai-Kanum, proclamaba con orgullo los principios délficos por los que debían gobernarse sus miembros. Se entiende que los griegos aislados en un medio extranjero se mostrasen conservadores, como en Marsella; pero el fenómeno se generalizó.

La educación

Se concedía muchísima importancia a la educación, que se estructuró en torno al gimnasio. La palestra que, originariamente, era el edificio en que los jóvenes se entrenaban en la lucha, se completó y se añadió un ala completa de construcciones al patio de arena rodeado de pórticos y salas en que se preparaban los atletas. «Gimnasio» designó, a la vez, al conjunto de las construcciones y a la institución. A su frente hubo un *gimnasiarca* (ayudado por un *paidónomo),* magistratura electiva y no retribuida que se convirtió en una de las más honoríficas de las Ciudades. Controlaba a los educadores asalariados, encargados de la educación deportiva e intelectual. Ésta dedicaba mucha atención a la instrucción literaria y tal tendencia marcó la enseñanza occidental hasta mediado el siglo XX. Predominaba la explicación literaria y Homero y Eurípides eran los autores más utilizados. Muchos de los textos que nos han llegado son antologías compuestas para los estudiantes o bibliotecas que ellos formaban luego. Los alumnos estudiaban agrupados por tramos de edad (hasta los siete años, se educaba en casa). El conjunto del presupuesto (mantenimiento, suministros y salarios —bastante menguados— de los maestros) era asumido por la Ciudad; y, cuando ésta no podía, una fundación (regia o privada) garantizaba una finan-

Paidónomo. Que se encarga de educar a los niños. [N. del T.]

Fundación y dones para la Ciudad de Delfos por Eumenes II de Pérgamo. 160-159.

Los donativos permitieron comprar trigo, fundar fiestas *(Eumeneia* y *Attaleia)* y garantizar los sueldos de los profesores para enseñanza de los niños (mediante capital donado que se colocaba a interés). Además, el rey de Pérgamo se hacía cargo de la reparación del teatro y de la construcción o mantenimiento de ofrendas.
(POUILLOUX, *Choix* ..., cit., textos 10 a 13.)

ciación que conocemos por las inscripciones. Y, paulatinamente, con excepción de los edificios municipales y de las compras de trigo, se convirtió en uno de los gastos más importantes de las Ciudades.

Como se supondrá, la educación no era para todos. Proceder del gimnasio, ser *apó tou gymnasiou,* era un sello a que aspiraban las elites indígenas y al que parece accedieron en la Siria seléucida. En las antiguas Ciudades griegas, quienes se hallaban excluidos del estatuto ciudadano por el sistema censitario, evidentemente no participaban. Por otro lado, los gimnasios acogían a extranjeros (por ejemplo, en la efebía, reorganizada, en Atenas). La comparación más justa es la que se ha hecho con los «colleges» ingleses. Quienes procedían de ellos compartían una comunidad de expresión que les llevaba a reconocerse como «del mismo mundo», mientras que el recuerdo de los concursos literarios y deportivos que marcaban sus años jóvenes, bajo la complaciente mirada de la Ciudad, constituía un vínculo de amistad de fácil evocación. Así, el orgullo de ser griego o macedonio de origen, característico de las primeras generaciones, cedió poco a poco el lugar al de pertenencia a una clase que se reconocía una identidad cultural desde fines del siglo III. Por lo demás, a lo largo del siguiente desaparecieron los más lejanos bastiones griegos implantados en tierra extranjera.

La angustia religiosa

Ver cap. XVII. I

No se verificaron, empero, serenamente tales mutaciones. Y asombran, cuando se busca captar las mentalidades helenísticas, las oleadas de interrogantes y de angustias tan perceptibles en la expresión religiosa. El culto real oficial no colmó el vacío dejado por el declive de la religión cívica: por ello se multiplicaron los tíasos, esas cofradías organizadas en torno al culto de un dios, con frecuencia extranjero, que permitían una solidaridad entre iniciados. Así se advierte el crecimiento de los cultos egipcios, a menudo introducidos por un mero particular: en Delfos, en el siglo III, el de Sárapis era celebrado por un sacerdote menfita, y el de Isis cobró cada vez mayor importancia, existiendo pronto toda una terraza dedicada a dioses extranjeros que enseguida se cubrió con monumentos. A partir del siglo II, se institucionalizó el culto de Isis en la mayor parte de las Ciudades griegas. El de Cibeles, oficial en Pérgamo, se transfirió a Roma en el 203. Es verdad que los dioses tradicionales no fueron totalmente abandonados y que prosiguieron todas sus fiestas, pero el fervor popular se dirigía ya a dioses como Dioniso o Asclepio. Apareció un nuevo culto, muy característico de la época helenística: el de Tijé (Tique, *Tykhé*, la fortuna), representada como una mujer, que protegía a los reyes en sus empresas y a los individuos en sus carreras; pues, hundido que se hubo el marco religioso de la Ciudad, permanecieron las incógnitas de ese mundo tan mudable al que se enfrentaba el hombre helenístico. Por eso, y al mismo tiempo que aumentaban las interrogantes filosóficas, se desarrolló el recurso al hermetismo y a la magia. Ésta combinaba las tradiciones orientales y las griegas: proliferaron los amuletos y los papiros se llenaron de fórmulas invocatorias. Así se popularizaron, también, la astrología, tan cara a los babilonios, y la alquimia. Los siglos de los cínicos (III y II) lo fueron

Ver cap. XVIII. I

Hermetismo. Del nombre de Hermes, asimilado el egipcio Tot. Designa especulaciones a partir de una literatura sagrada que nos ha llegado de época romana pero que se formó en tiempos helenísticos con origen en textos egipcios, iranios y griegos.

de una apasionada indagación sobre cualesquiera formas de tránsito entre los mundos sobrenatural y material. La época, tan frecuentemente tachada de amoral por los romanos, parece, a veces, moralizante en exceso.

Un nuevo ideal

El retrato del monarca arquetípico y de sus cualidades —filantropía y beneficencia— inspiró el ideal tanto del hombre evergético cuanto del simple médico que se sacrificaba a causa de una epidemia. El tipo de hombre que se perfila es radicalmente distinto del ideal cívico y aristocrático del que Pericles parecía símbolo. El hombre helenístico se quiso universal, pero se cercenó de la raíz que constituía la fuerza tanto de las Ciudades griegas cuanto de los reinos orientales: el mundo rural. Y la falsa imagen de la naturaleza que entonces se desarrolló, así en el arte como en la literatura, aquellos organizados jardines de que se rodearon las villas y con que se vistieron los muros de las casas de Pompeya y los mosaicos de los pavimentos fueron la medida de la ruptura que se había generado entre el campo y la ciudad.

III. UN MUNDO RURAL ¿COMPLEMENTARIO O DEPENDIENTE

EL PAPEL DE LA *CORA*

La función de la *cora*, evidentemente, cambió. La comunidad que unía a la Ciudad con su territorio estalló en lo económico y en lo institucional. En el Asia seléucida, cada vez más, los territorios eran adscritos a las Ciudades con sus habitantes. Éstos tenían, pues, un estatuto mixto; pero las relaciones cambiaron en la medida en que las Ciudades buscaban sus alimentos en el exterior y en que la clase dirigente no consideraba ya la agricultura como un modo de vida. Había aún, es verdad, campiñas ricas (tenemos el ejemplo de Mesenia, en tiempos de Polibio); pero la impresión general, desde fines del siglo III, es la de una cierta recesión de la agricultura: crisis en Egipto, dificultades para encontrar aparceros en Grecia y endeudamientos, sin contar con los problemas del Ponto, amenazado por los escitas. La complementariedad entre campo y ciudad se atenuó, tanto más cuanto que no parece que fuese contemplada tan siquiera la idea de que el mundo rural pudiese ser una reserva de consumidores, útil para la producción. Incluso Egipto, que, para algunos productos (aceite), dependía de su mercado interno, mató la gallina de los huevos de oro y fue incapaz de dominar la crisis agraria y el abandono de los campos. Ocurría todo como si, cada vez más, se tuviese al campesino por un súbdito, siguiendo el tipo oriental, y no por un ciudadano, según el modelo ateniense.

Ver cap. XVII, II

Ver cap. XVIII, III

GRIEGOS E INDÍGENAS

¿Equivale ello a decir que la distinción entre griegos e indígenas implica la distinción entre campo y ciudad? Hay que esbozar una evolución diacrónica: inmediatamente tras de la conquista, el griego, fuese mercenario, cleruco, comerciante, artesano o dignatario se sentía y proclamaba superior al indígena, cualquiera que fuese el rango de éste. Pero, desde el siglo II, la cesura es de orden económico. Se han intentado censar, mediante el estudio de los nombres, los matrimonios

entre griegos y egipcios y los establecimientos de griegos en la *cora;* empresa delicada, pues algunos egipcios tomaron nombres griegos. La impresión es la de que los griegos de menor rango pudieron sentirse más cerca de sus homólogos egipcios que no de los ricos comerciantes urbanos. Pero nada lo prueba, al igual que tampoco apreciamos ningún acercamiento hacia los elementos populares de las ciudades. Tampoco podemos medir mejor el probable aumento del número de esclavos, salvo por el crecimiento del mercado de Delos en el siglo II y por el de manumisiones en Delfos. Los esclavos domésticos, desde luego, fueron más numerosos en las mansiones de mayor lujo. Pero las estructuras artesanales habían cambiado poco y el mercado de mano de obra tampoco debió de evolucionar mucho; y la masa rural en las monarquías estaba formada por *laoi,* no resultando útil la mano de obra servil.

LAS RESISTENCIAS NACIONALES

Las resistencias a la helenización aparecieron, en la práctica, como fenómenos nacionales. Se trata de un fenómeno que se precisa en todo el derredor mediterráneo. Al mismo tiempo que tomaban de los griegos algunas formas de sus civilizaciones, algunas técnicas u objetos, adquirían forma grupos de población, tomando conciencia de su modo de vida y defendiéndolo ante la intromisión romana que sucedió a la presencia griega; e, incluso, pasaron a la acción haciendo desaparecer los elementos más frágiles de esa presencia griega. Así, apareció el reino parto y desaparecieron las monarquías greco-bactrianas o las Ciudades griegas del borde septentrional del Mar Negro y se constituyeron las federaciones celto-ligures de la Provenza. En tal contexto hay que insertar las peripecias de Mitrídates y su fracaso final. En el seno mismo del mundo helenístico, la resistencia del medio rural egipcio se apoyó en el clero nacional; la sangrienta revuelta de Macabeo, en el 165, fue una guerra santa contra la helenización de Jerusalén, mientras que en Pérgamo, en el 133, Aristónico dio forma utópica y aislada a una resistencia nacional que quiso alzar a los campesinos asociándolos con los esclavos y endeudados contra la irrupción romana, apoyada enseguida por las Ciudades griegas. De este modo, el triunfo de la vida helenística fue acompañado por una cesura respecto del mundo rural, al que quiso explotar sin conseguirlo, por lo demás, racionalmente. Y, en la añoranza griega hacia lo que consideraban como su época gloriosa, hay que situar, aunque no formulada, la añoranza de los tiempos del soldado ciudadano y de la, aunque nunca lograda, siempre anhelada autarquía.

Ver M. CHRISTOL y D. NONY. *De los orígenes de Roma hasta las invasiones bárbaras,* en esta col. «C. NICOLET, cit. en la «Introducción».

A MODO DE CONCLUSIÓN

Así, pues, y a través del hilo conductor que hizo de la ciudad el corazón de la civilización griega y el fundamento de su irradiación cultural ¡cuánta diversidad en cada una de las experiencias vividas! Palacios micénicos, metrópolis del arcaísmo, Ciudades clásicas, aglomeraciones helenísticas... Cada período inventó soluciones diferentes. Sin duda fue tal capacidad innovadora la que dio a los griegos ese tan especial lugar en el mundo antiguo, siempre junto a su potencia crítica y a su perpetua indagación sobre el sentido de sus experiencias. Pero hay que reconocer que aún las medimos muy mal. Lejos de ser una historia

acabada, la griega, en su gran diversidad, tiene aún mucho que enseñarnos: para que, más allá de los polos conocidos que nos atraen, pueda verdaderamente ser restituido el conjunto de su aventura; la de la ciudad y la del campo y a través tanto de la del jinete como de la del hoplita, del pastor y del labriego, del minero o del comerciante, del esclavo y del ciudadano.

PARA AMPLIAR ESTE CAPÍTULO

Indispensables son V. EHRENBERG, E. WILL (II) y C. PRÉAUX, cit. Útil; C. NICOLET (cit. en Intr.). Aunque hay que matizar sus conclusiones, sigue siendo esencial M. ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del mundo helenístico,* I-II, Espasa-Calpe, Madrid, 1967. Consúltense también TARN-GRIFFITH, *La civilización helenística,* F.C.E., México, 1985 y P. LÉVÊQUE, *Le monde hellénistique,* cit. Intr.

Sobre precios y salarios, aún son útiles los artículos de G. GLOTZ. *(Journal des Savants,* 1913, REG, 1916); H. I. MARROU, *Historia de la educación* sigue siendo fundamental; véase también la tesis de J. DELORME, *Gymnasion,* París, 1960. El sincretismo religioso de este período ha suscitado muchos trabajos en la col. «Études préliminaires aux religions orientales dans l'Empire romain», como el de F. DUNAND, *Le culte d'Isis dans le bassin oriental de la Méditerranée,* Leiden, 1973, 3 vols. Un librito muy útil para el principiante es A. J. FESTUGIÈRE, *Epicuro y sus dioses,* EUDEBA, Buenos Aires, 1960. Del mismo, *La vie spirituelle en Grèce à l'époque hellénistique,* Picart, 1977.

A las obras de historia del arte indicadas al comienzo de este manual añádase T. B. L. WEBSTER, *Le monde hellénistique,* L'art dans le monde, 1966. Sobre la escuela científica, B. GILLE, *El nacimiento de la tecnología. Los mecanismos griegos,* Barcelona, 1985.

No hay que olvidar remitirse a algunos decretos honoríficos para estudiar el evergetismo (véanse las fuentes epigráficas en la «Introducción»). *POLIBIO está editado en «La Pléiade» y en la «Biblioteca Clásica* Gredos». P. PEDECH, *La méthode historique de Polybe*, París, 1964. Del mismo, *La géographie des Grecs*, col. «Sup», 1976 (desgraciadamente, sin mapas). Sobre la literatura en general, P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria* (cit. cap. XVIII) y C. SCHNEIDER, *Kulturgeschichte des Hellenismus,* 2 vols. Munich, 1967-1969. No hay una buena obra en francés. La transición al mundo romano puede hacerse con P. GRIMAL, *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellènisme au temps des guerres puniques*, 2.ª ed., 1975.

ÍNDICE ANALÍTICO

Para un uso adecuado del índice: no es un índice exhaustivo ni razonado; completa al índice general e indica, con cifras en cursiva, las definiciones y las biografías. La voz passim remite al lector al resto de un capítulo.

ACAYA: 245.
Ádeia: 211.
Aedo: 53, 57.
Agogé: 91 y sig., 212.
Agón. Agonístico: 66.
Ágora (ver Asamblea, urbanismo): 12 *pasim* 67, 156, 214, 263.
Agoránomo: 262.
Agricultura: 24 y sig., 32, 43, 60, 76, 153 *pasim*, 168, 181 y sig., 187, 193, 201 sig., 249 sig.,
Aisimneta: 81, 82.
ALCEO: 63, 80.
ALCMÁN: 90.
Alfabeto griego: 51, 52.
ANAXÁGORAS: 101, 171.
ANAXIMANDRO: 99, 100.
ANAXÍMENES: 99, 100.
Anfictionía: 112, 223.
AQUEOS (ver Acaya).
Arado: 24, 60.
Arcontes: 66, 82, 85 y sig., 94, 95, 110, 118, 136, 137, 210.
Areópago: 84, 94 y sig.
Areté: 55.
ARGÓLIDE, ARGOS: 58, 86, 90, 98, 146, 149.
ARISTÓFANES: 154 *pasim*, 169 sig.
ARISTÓTELES: 94, 216, 217, sig.
ARMAMENTO (ver Ejército).
ARQUÍMEDES: 267.
Artesanía, artesanado: 33, 43, 156 *pasim*, 182, 254, sig.
Asamblea: 66 sig., 95, 98, 118 sig., 129, 133, 181, 210 sig.
ATENAS, ÁTICA.
— Topografía, monumentos: 12 sig., 39, 93, 127, 132, 138.
— Instituciones: 67, 93/94, 116/121, 123, 137, 199, 208 sig., 223, 243.
— Sociedad: 63, 95, 145 sig., 152 *passim*, 167 sig., 193 sig., 210 sig.
— Historia: 83, 86 *pasim*, 93/96, 116 *pasim*, 130 *pasim*, 163 sig., 206, 208 sig., 223, 243 (para la *Civilización*, ver también los términos generales).
Atimia: 96, 148.
Autourgo: 144.

Bacantes: 113, 170.
Banausos: 158.
Bancas, banqueros: 156, 168, 195 sig. 254, 266.
Basileus: 42, 45, 51, 55 sig., 59 sig., 66, 82, 85 sig.
BEOCIA, BEOCIOS: 39, 41, 50, 59 sig., 97, 123, 146 sig., 153, 164 sig., 206 sig., 213, 223.
Bulé (ver Consejo).

CALCÍDICA: 69 sig., 133, 221, 223.
CALCIS: 70, 96, 223, 243.
Calendario: 114/115, 145.
CEOS: 40, 44, 63, 207.
CHIPRE: 34, 40, 46, 50 sig., 77, *234*, 248.
CÍCLADAS: 34, 1, 33, 77, 248, 262.
Ciencia: 99 sig., 170, 256, 266.
CIRENE: 21, 69 *pasim*, 84, 186.
Cleruquía, clerucos
— Atenienses: 134, 205, 207.
— Helenísticos, 249, 252.
CNOOS: 29 *pasim*, 40 *pasim*
Comedia: 127, 141, 169, 266.
Comercio (ver Atenienses, helenísticos).
Cnosos.
Comedia.
Comercio (ver Navegación): 34 sig., 40, 57, 72/73, 69 *pasim*, 156, 185/186, 196 sig., 202, 255, 268.
Consejo: *66*, 118, 133, 136, 160, 172, 181, 185, 209.
Cora: 63, 187 sig., 238, 249, 352, 254, 258, 271.
Coregía (ver Liturgia): 128, 141.
CORINTO: 65, 67, 69 *pasim*, 83, 87 *pasim*, *97/98*, 105, 146, 127, 164, 223.
Coro satírico, trágico: 110, 127.
Coroplástica: *125*, 215.
COS: 40, 201, 262.
CRETA (ver Gortina, Cnosos): 29 *pasim*, 105, 149, 151 sig., 262.
Criptia: 91/92.
Ctónico: 44, 103

DELFOS: 47, 73, 104, 108, 112 sig., 214/215, 223.
DELOS: 47, 104, 108, 130 sig., 262, 269.
Demiurgos, Damiurgos: *57*, 85, 96, 98, 158.
Demo: 65, 85, 96, *117*, 155
DEMÓCRITO: 171.
Demografía: 141 sig.
DEMÓSTENES: 195, 196, *211*

Diádocos: 233 *pasim*.
DIODORO DE SICILIA: *69*, 121 *pasim*.
DIÓGENES: 265/266
Ditirambo: 127.
DoKimasia: *137*.
DORIOS, DORICO: 46, *50*, 64, 105.
Dracma (ver Moneda): 67, 268, 269.
DRACÓN: 84.

Educación (ver Agogé, Efebía): 148.
Efebía: 111, 148, 151, 209, 269.
ÉFESO: 67, 83, 106, 111, 229.
EFIALTES: 136.
Éforos: 91, 212.
EGINA: 67, 106, 121, 146, 126, 194,.
Eisforá: 194, 197, 200, 209.
Ejército: 43, 55, 65, 163 sig., 180, 205, 209, 222, 228, 240.
Ekklesía: (Ver Asamblea).
ELEUSIS: 47, 94, 114.
EMPÉDOCLES: 183.
EMPORION: 77, 185, 188.
Emporoi: 157.
Énktesis: *193*
Epiclerado: *84*, 95, 151, 194.
EPICURO: *265*.
EPIDAURO: 160, 214 sig.
Epígonos: 227.
Epimeleta: *243*
EPIRO: 68, 245.
Esclavos: 42, 57, 64, 147, 149 sig., 155 sig., 161, 272.
Escritura:.
— Minoica y micénica: 30, 41
— Griega: 51, 83
Escultura: 90, 142, 215 sig., 262 sig.
ESPARTA:.
— Geografía y población: 50, 89
— Instituciones: 66, 90 sig.
— Política exterior: 70, 72, 90, 117, 121 *pasim*, 131/132, 163 *pasim*, 205 sig., 223
— Sociedad y evolución política: 85, 91 sig., 106, 146 *pasim*, 194 sig., 212, 244 sig.
ESQUILO: 126, *129*.
ESQUINES: 211, 216.
Estoicismo: 265.
Estrabón: 69.
Estrategos: 119, 137, 207 sig., 242.
ETOLIA: 68, 105, 146, 213.
EUBEA: 50, 67, 69 *pasim*, 96, 123, 132 sig., 146, 153, 243.
Eunomía: 85, 93 sig., 96.
Eupátrida: 95, *96*
EURÍPIDES: 113, *170*
Evĕrgetes, evergetismo: 197, 218, 268

Filé (Ver Tríbu): 64.
Filosofía: 99 sig., 170 sig., 183 sig., 265 sig.
Foros (*phoros*): 131 sig., 240.
Fratría: 64, 109.
Friso: 105, 139, 264.
Frontón: 105.

Gamoro, geomoro: 74.
Genos: 63, 65, 95.
Gerontes: 55.
Gerusía: 90 sig., 151, 212 sig.
Gimnasio: 269.
GORTINA (Creta): 84, 145, 149.

Harmosta: 205 sig.
HECATEO DE MILETO: *99*
Hectĕmoro: 94.
Hegemón: 55, 130, 224.
Helenótamo: 133, 142.
HELESPONTO: 69 sig., 133, 207.
Heliea: 14/15, *96*, 120, 133, 136, 174, 210.
HERÁCLITO: 100.
HERÓDOTO: 69, *80*, 121 *pasim*, 142
HESÍODO: 49, 59 *pasim*.
Hétairoi: 222.
Hiéropes: 262.
Hilotas: 64, 92 sig., 147, 149, 150/151, 212, 245.
HIPÓCRATES: *170*.
HIPÓDAMO, Hipodámico: *74*.
HOMERO: 49, 52 *pasim*, 102, 110.
Homoioï: 92.
Hoplita: *65*.
Horoi: 94, 193 sig.
Hybris: 59.
Idia: 238.

INDOEUROPEOS: *27*,.
ISÓCRATES: *208*, 216, 218.
Isonomía: 119.
Isotelía: 174.
ITALIA (MAGNA GRECIA): 46, 69 *pasim*, 177 sig., 181/184.

JEÓFANES: 100, 183.
JENOFONTE: 133, 152, 156, 167 sig., 175, 191, 199, 201, *204*, sig.
JONIA, JONIOS: 22, 50, 64, *98*, 121 sig., 133, 224/226, 228, 239, 241.
Jónico (orden): 105.
Justicia: 14, 56, 60 sig., 67 sig., 85 sig., 86, 107, 112/113, 119, 129, 134, 137, 150, 151, 160, 174 sig., 196, 200, 201, 209, 229, 252.

Kápeloi: 156/157.
Kleros: 63, 92 sig., 187, 195, 213, 239, 241, 244.
Koiné: 74, 269.
Koinon: 68, 213 sig., 245.
Komos: 179.
Kyrios: 148, 151.

LACEDEMONIA (ver Esparta):.
LACONIA (ver Esparta):.
Laoi: 238, 260.
Larnax: 44.
Lawagetas: 42, 46.
Legisladores: 82 *pasim*.
LESBOS (MITILENE): 80, 86 *pasim*, 131.
LISIAS: 168, 173, *193*, 216.
Liturgia (ver Trierarquía): 128, 141.
Logógrafo: 160.

MACEDONIA: 68, 153, 220 *pasim*, 243 sig.
Magistrados (ver Arcontes): 66, 82, 85 sig., 98, 119, 242, 254.
MAGNA GRECIA (ver Italia):.
MARSELLA: 71, 74, 76, 77, 184 sig.
Matrimonios: 148, 151.
MÉGARA: 69 *pasim*, 80, 83, 86, 97 sig., 132, 146, 165.
Mégaron:.
— Cretense: 31
— Micĕnico: 36, 39
MENANDRO: 266.
Mercenarios: 166 sig., 198, 201, 207, 240, 248.
MESENIA: 39, 50, 90, 146, 206, 271.
Metalurgia, metales, minas: 23, 26, 75 sig., 158/159, 199.
METECOS (ver Lisias, Heródoto, etc.): 147, *149*, 160, 168, 173.
Metopa: 105.
MICENAS, MICÉNICO: 29, 35 sig., 38 *pasim*, 54.
MILETO: 40, 70/71, 83, 87, 99, 122.
Misterios: 133 sig.
Mistoforía, Misthos: 137, 160, 199 sig., 209, 243.
MITILENE (ver LESBOS):.
Moira: 58.
Moneda: 67, 135, 196, 235, 242, 267, 185.
Mujeres: 56, 59, 106, 109, 151, 155

Naukleros: 196, 197.
Navegación (ver Comercio): 23 sig., 33/34, 51, 57 sig., 78, 186, 196 sig., 255.

Oikista: *68*, 73.
Oikos: 63, 73, *56*, 59, 95, 194.

OLIMPIA, juegos olímpicos: 90, 105, 111.
Oráculo: 73, 112 sig.
Orfismo: 113.
Orgeones: 64
Ostracismo: 121 sig.
Paidónomo: 269.

Panateneas: 111, 114, 140.
PANJONIO: 99, 121.
PARMÉNIDES: 101, 183.
Partenio: 72.
PARTENÓN: 111, 139 sig.
Patroos: 109.
Pelates: 94.
Peltasta: *205.*
PÉRGAMO: 241 sig., 163
Periecos: *93*, 147.
PÍNDARO: *127.*
PIREO, EL: 124, 125, 131, 135, 156, 168, 172, 202, 243.
PISÍSTRATO: 53, 86 *pasim.*
PITÁGORAS: 101, 183.
Pithos: *31.*
PLATÓN: 174 sig., 198, 216 sig.
PLUTARCO: 80, *89.*
Polemarca: 66, 80, 119.
POLIBIO: *245.*
Polis: 63 *pasim.*
PONTO EUXINO: 69 *pasim*, 135, 187 sig., 200, 23.
Prítano: 15, 66, *112* sig., 210.
Probúleuma: 66, 112, 210.
Proedro: *210.*
Prosquínesis: 227.
Prostates: 149.
Próxeno: *149*, 91.

Quíos: 50, 78, 85, 131, 132, 133.

Religión: 31 sig., 44 sig., 58 sig., 60 sig., 102 *pasim*, 235, 248, 252, 270.
Rhetra: 90 sig., 194.
RODAS: 34, 40, 45, 70, 77, 255, 261 sig.

SAMOS: 40, 70, 83, 86 sig., 99, 105, 111, 131, 133, 166, 172 *sig.*, 207, 229.
Satírico (Drama): 127 sig.
Sátiros: *113.*
Sátrapas: 121, 229, 237 sig.
Seisajzeia, Sisactía: *95.*
SICILIA: 34, 40, 51, 69 *pasim*, 105, 165 sig., 177 *pasim.*
SICIÓN: 83, 86 *pasim*, 97, 110, 146, 198, 244.
Sicofantes: *160* sig.,
Sinecismo: *63.*
SIRACUSA: 70, 165, 178 sig.
Sitos: 262.
SÓCRATES: 172/175.
Sofistas: 171 sig.
SÓFOCLES: *142.*
SOLÓN: 82, 94 *pasim.*
Stasis: 81, 96, 198.
Stenokhoría: 72.
Symbola: 134, 149.
Symmajía: 130, 239.
Symmorías: 209, 211.
Syntaxis: 239, 207.
Syssition: 92.

Tagos: 213.
Talasocracia: *33*, 135.
TALES: 99, 100.
TARENTO: 70, 72, 77, 178.
Taylorismo: 203.
Teatro: 126 sig., 141 sig., 169 sig., 214, 266.
TEBAS (ver Beocia):
Témenos: 42, 73, 105.
Templo: 15/16, 51, 104 sig., 128, 130 sig., 183, 214 sig.
Teogomía: 59.
Teórico, Theorikon: 200, 207, 209.
TERA: 34, 40, 71.
TERPANDRO: 90.
TESALIA: 50, 68, 146, 153, 198, 213, 221, 243.
TESEO: 34, 93, 109.
Theteía: 57.
Thetes: 57, 95, 124, 172.
Tholos: 32, *39*, 119, 215.
Tiasos: 64, 270.
Tique (ver Tyjé):
Tirano: 81 *pasim*, 96, 121, 180/183.
Tirteo: 80, 90.
TRACIA: 69, 131, 133 *sig.*, 165, 187, 221.
Tragedia: 127 sig., 142.
Tribu: 64, 117.
Tributo (ver *Foros*).
Triera: *124.*
Trierarquía (ver Liturgia): 126.
TROYA: 36, 41, 50, 52.
TUCÍDIDES: 135 sig., 138, 163 *pasim.*
TURIOS: 80, 134, 178.
Tykhé: 85, 86, 270.

Urbanismo: 32, 74, 183, 214, 230, 253, 263.

Wanax: 42, 66.

ZENÓN: *265.*

INDICE

Nota del traductor 5

Introducción 7

Libro primero: Los primeros tiempos de Grecia 21

Capítulo I El asentamiento de los griegos. La tierra y los hombres 21
Capítulo II El mundo egeo en la época de los Palacios cretenses (2100-1400) 29
Capítulo III Apogeo y caída del mundo micénico (1400-1200) 38

Libro segundo: Un nuevo mundo griego 49

Capítulo IV Problemas del alto arcaísmo. Homero y Hesíodo (siglos XI-VIII) 49
Capítulo V La ciudad arcaíca y la expansión colonial (siglos VIII-VI) 62
Capítulo VI La crisis política y social en la ciudad (siglos VII—VI) 80
Capítulo VII La diversidad de las ciudades griegas 89
Capítulo VIII El universo religioso de la Ciudad 102

Libro tercero: La Grecia Clásica 116

Capítulo IX El advenimiento del siglo V 116
Capítulo X El esplendor de Atenas (del 478 a 431) 130
Capítulo XI La vida en Grecia en el siglo V145
Capítulo XII Desde la guerra del Peloponeso hasta la muerte de Sócrates (431-399) . 163
Capítulo XIII Las márgenes del Mundo griego (siglo V-IV) 177
Capítulo XIV La economía en el siglo IV 191
Capítulo XV Las transformaciones de la ciudad en el siglo IV 204

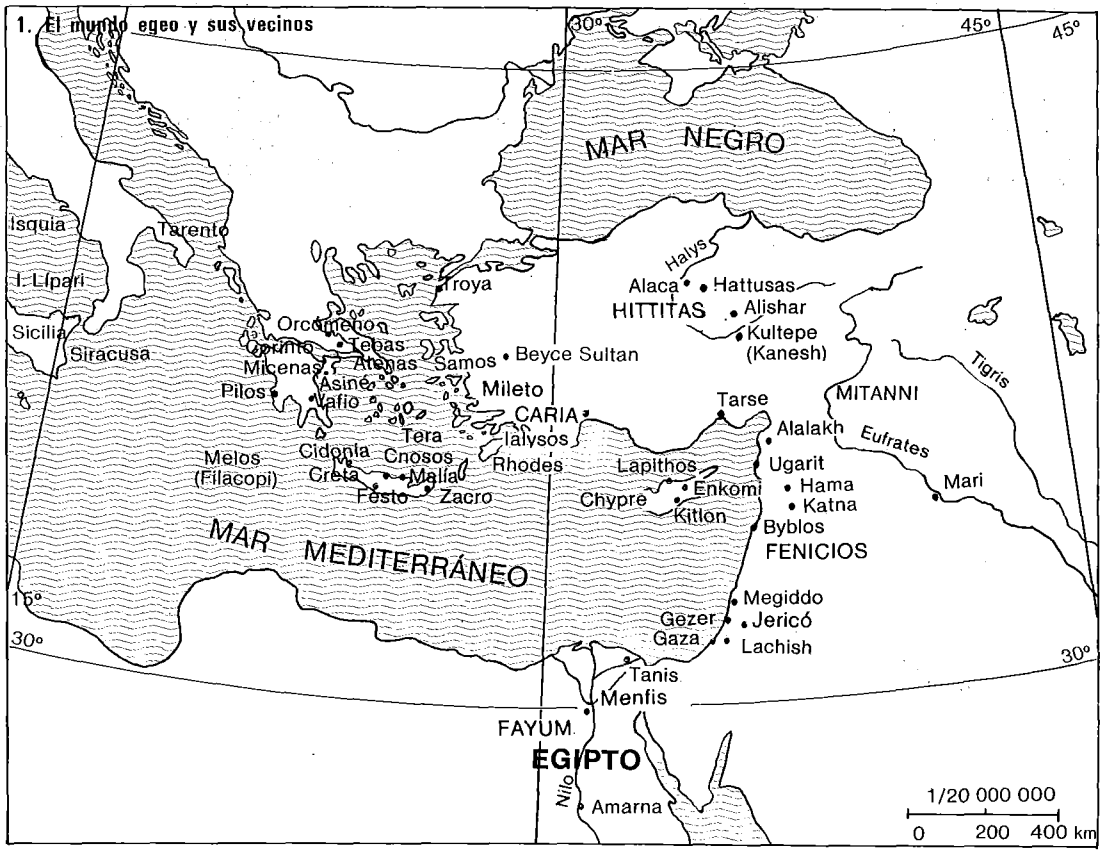
Libro cuarto: Alejandro y el mundo helenístico 220

Capítulo XVI Filipo, Alejandro y las ciudades griegas 220
Capítulo XVII Las grandes monarquías helenísticas (excepto Egipto) 233
Capítulo XVIII Alejandría y el Egipto Lágida (del 323 al 30 a. de C.) 247
Capítulo XIX La sociedad helenística 260

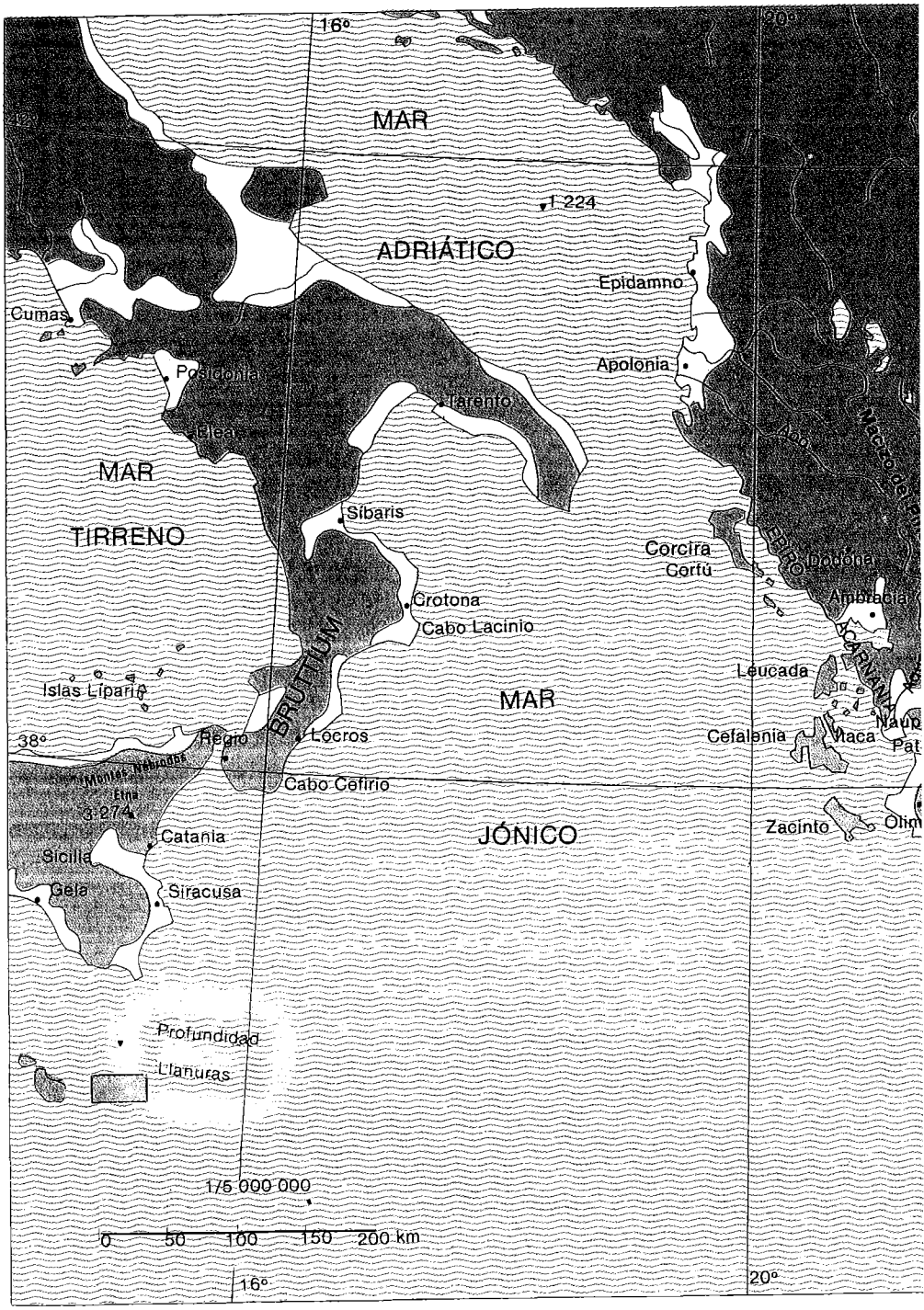
Indice analítico 275

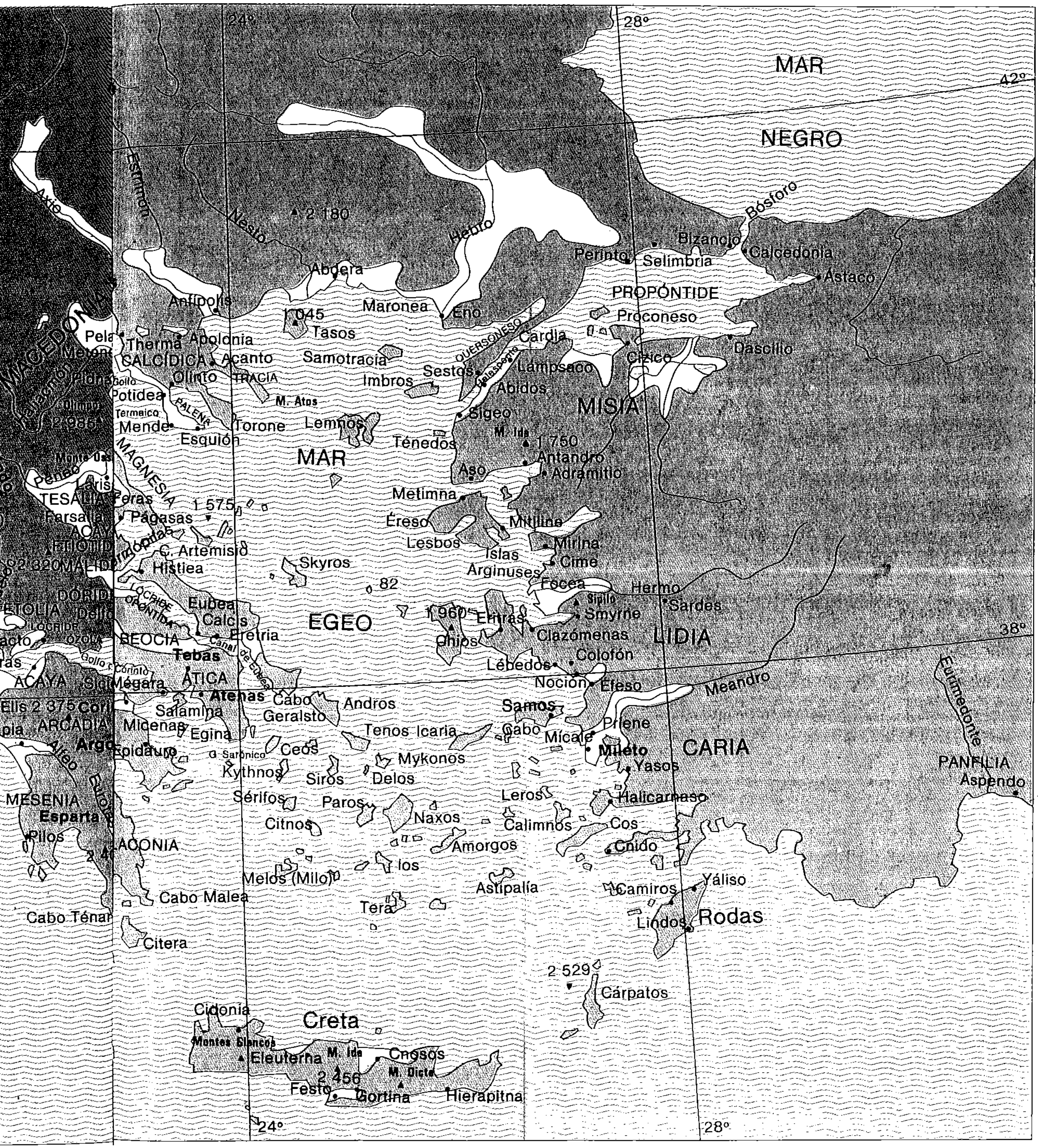
Indice de mapas 281

1/2 El mundo egeo en la edad de bronce



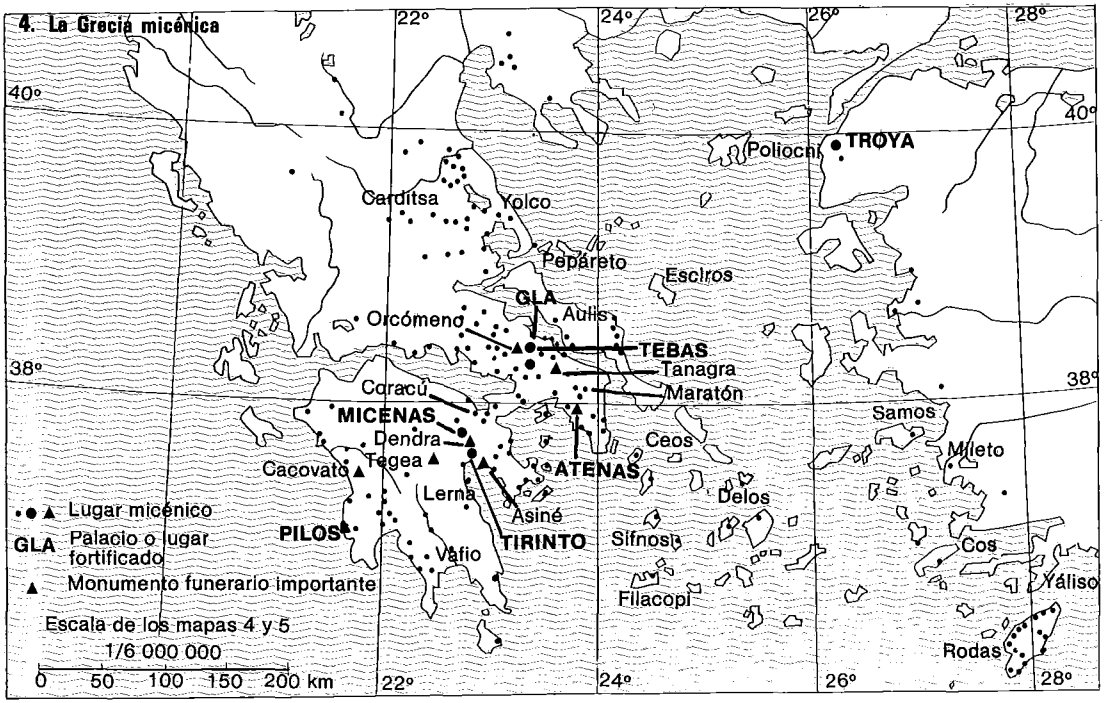
3. El mundo griego

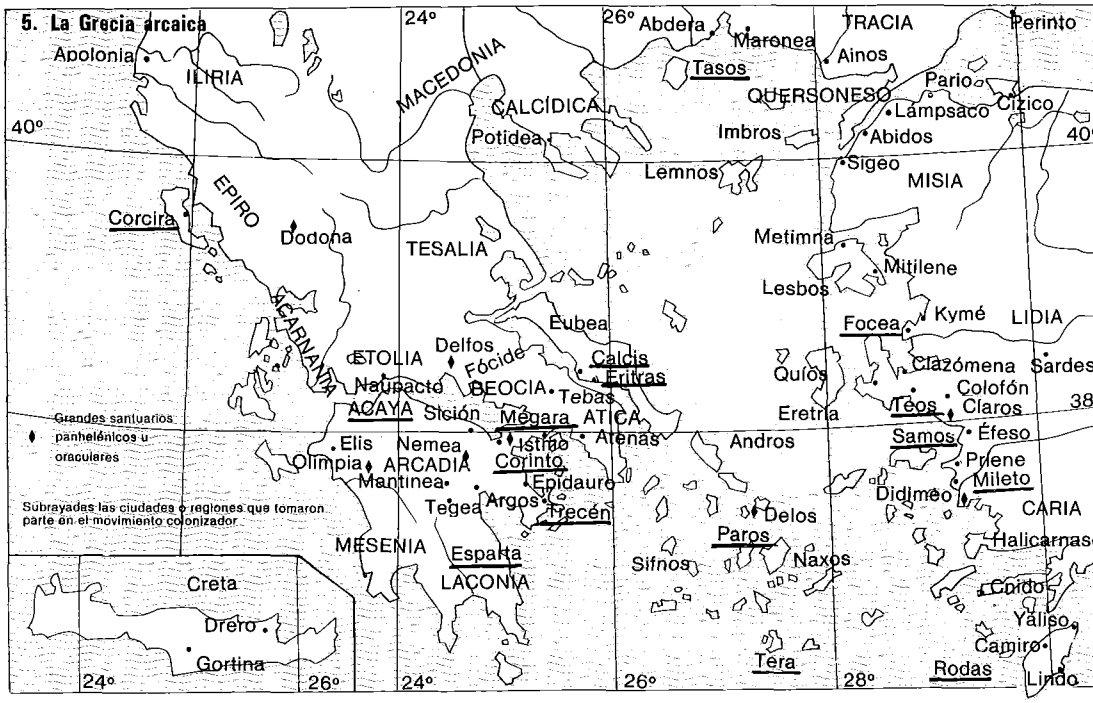




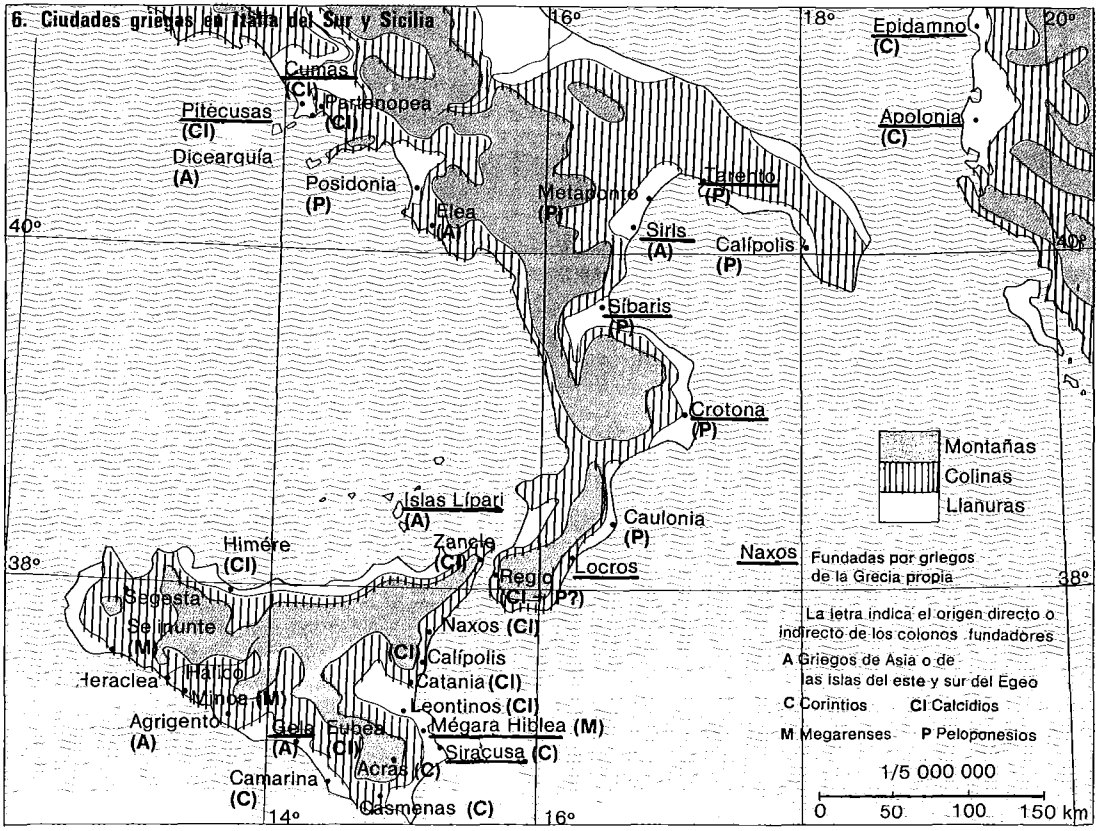
MAR
NEGRO
Bósforo
Bizancio
Calcedonia
Perinto
Selimbria
Astaco
PROPÓNTIDE
Proconeso
Dascilio
Cizico
Estrimón
Axio
Nesto
Hebro
2 180
Abdera
Anfípolis
1 045
Tasos
Maronea
Eno
QUERSONESO
Cardia
Pela
Therma
Apolonia
CALCÍDICA
Acanto
Samotracia
Olinto
TRACIA
Potidea
PALENA
Termaico
M. Atos
Imbros
Sestos
Helesponto
Lámpsaco
Abidos
MISIA
Sigeo
M. Ida
1 750
Mende
Torone
Esquión
Lemnos
Ténedos
MAR
MAGNESIA
Antandro
Adramitio
Aso
Peneo
Larisa
TESALIA
Feras
Farsalia
Pagasas
1 575
Metimna
Éreso
Mitilene
Lesbos
Islas
Arginusas
Mirina
Cime
C. Artemisio
Histiea
Skyros
82
Focea
Hermo
Sardes
Sipilo
Smyrne
Eubea
Calcis
Eretria
EGEO
1 960
Eritras
Clazómenas
Chios
LIDIA
BEOCIA
Tebas
Canal de Eubea
Lébedos
Colofón
ÁTICA
Mégara
Atenas
Noción
Éfeso
Meandro
Eurimedonte
Cabo
Geralsto
Andros
Samos
Salamina
Priene
Micenas
Egina
Tenos
Icaria
Cabo
Mícale
Argos
Epidauro
G. Sarónico
Ceos
Mykonos
Mileto
CARIA
Yasos
PANFILIA
Aspendo
Kythnos
Siros
Delos
Sérifos
Paros
Leros
Halicarnaso
MESENIA
Esparta
Pilos
Citnos
Naxos
Calimnos
Cos
LACONIA
Amorgos
Cnido
Ios
Melos (Milo)
Astipalía
Camiros
Yáliso
Cabo Malea
Tera
Cabo Ténaro
Lindos
Rodas
Citera
2 529
Cárpatos
Cidonia
Creta
Montes Blancos
Eleuterna
M. Ida
Cnosos
2 456
M. Dicte
Festo
Gortina
Hierapitna
24°
28°
42°
38°

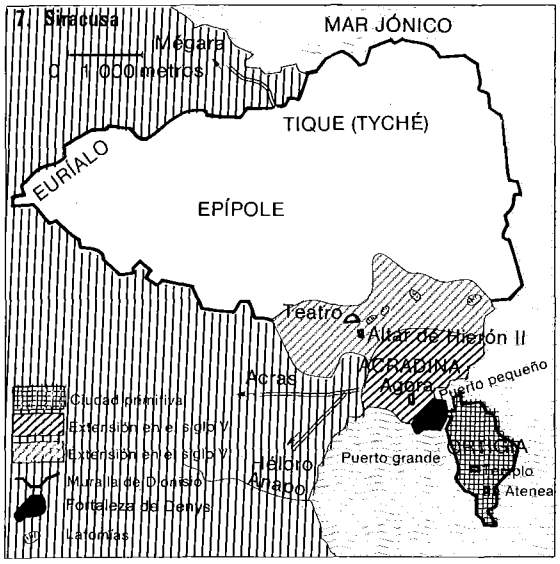
4/5 La Grecia pre-clásica

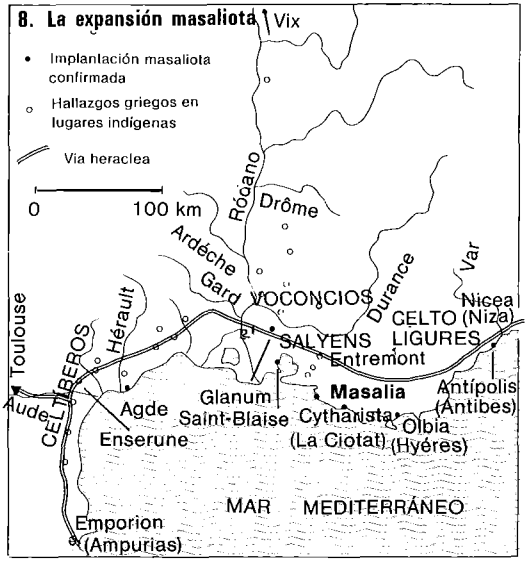




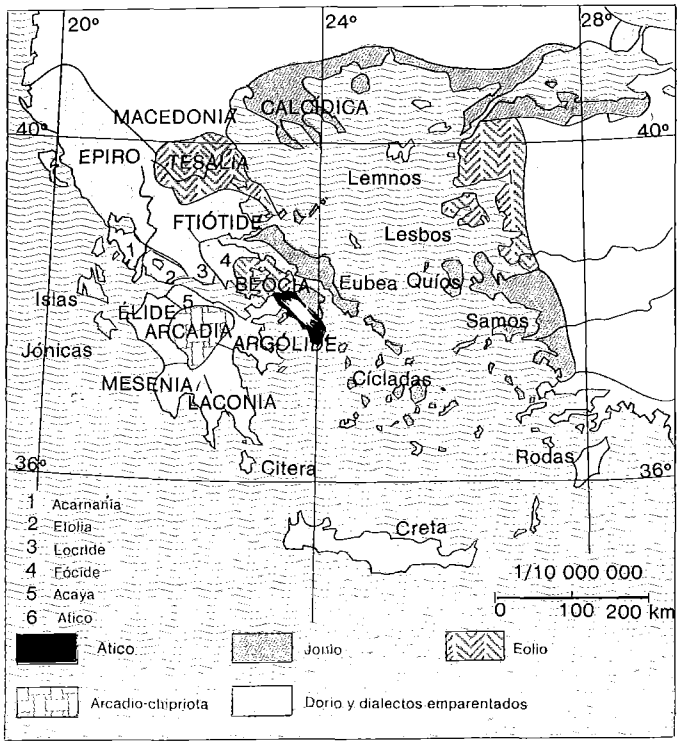
6 a 8. La colonización griega en Occidente

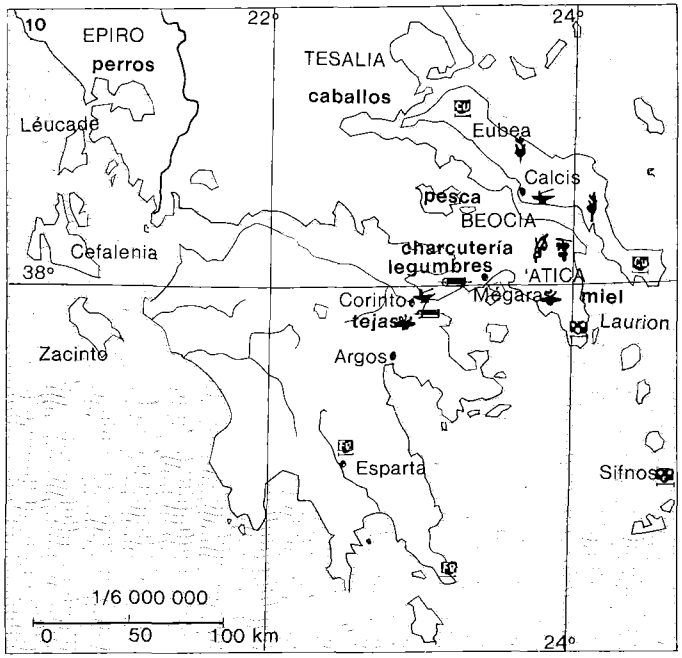




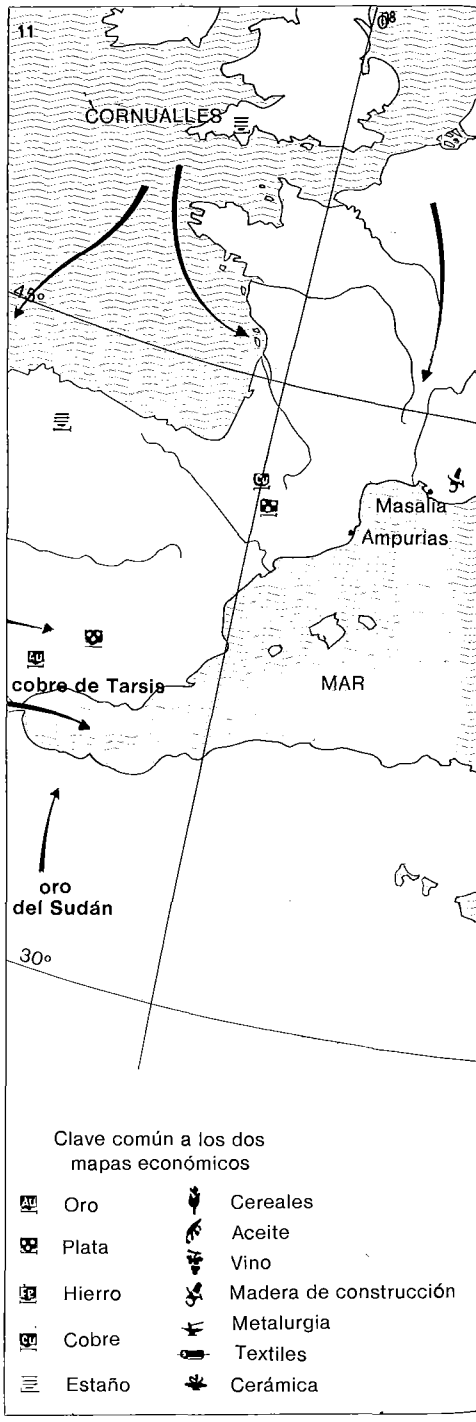


9. Dialectos griegos

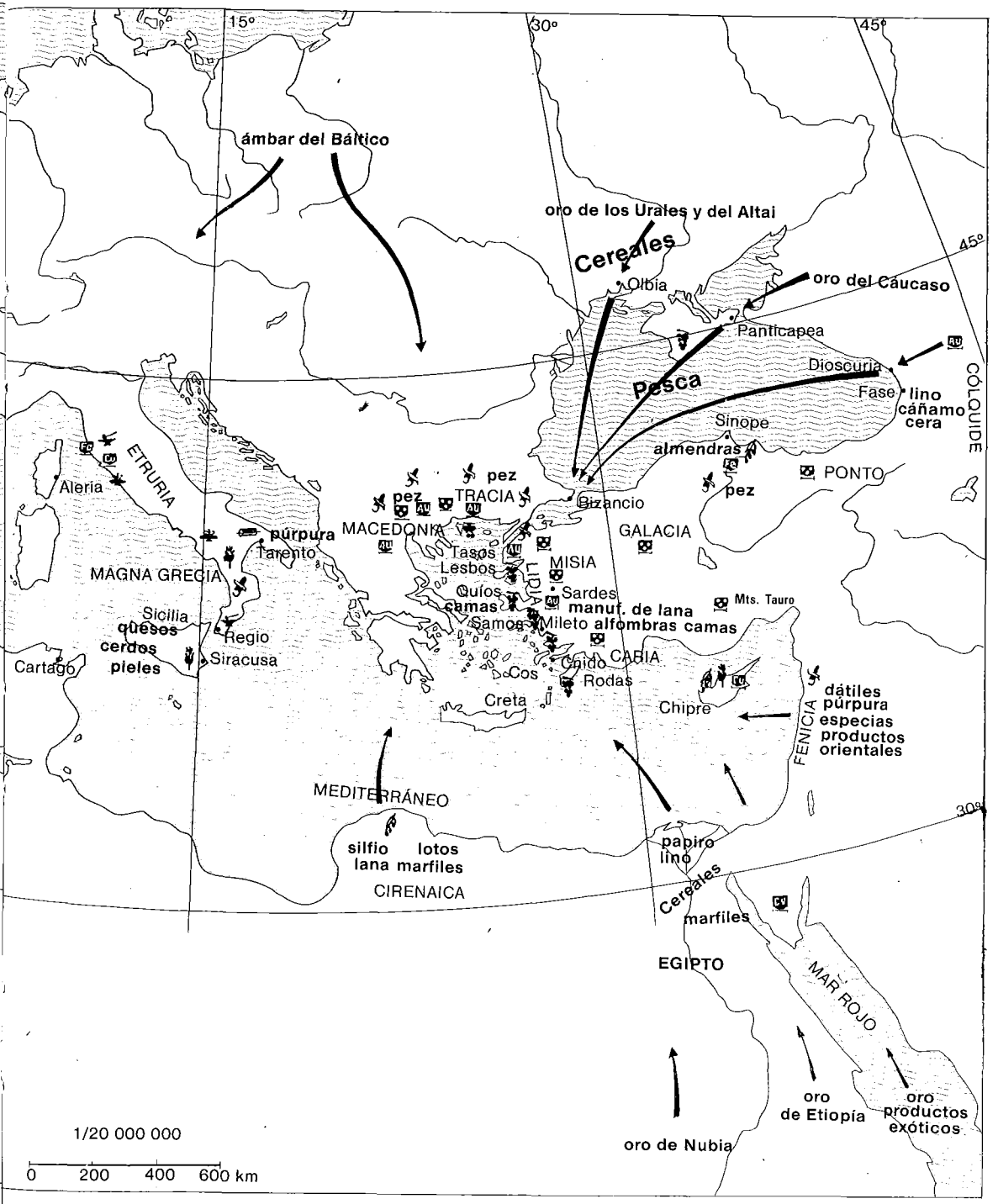




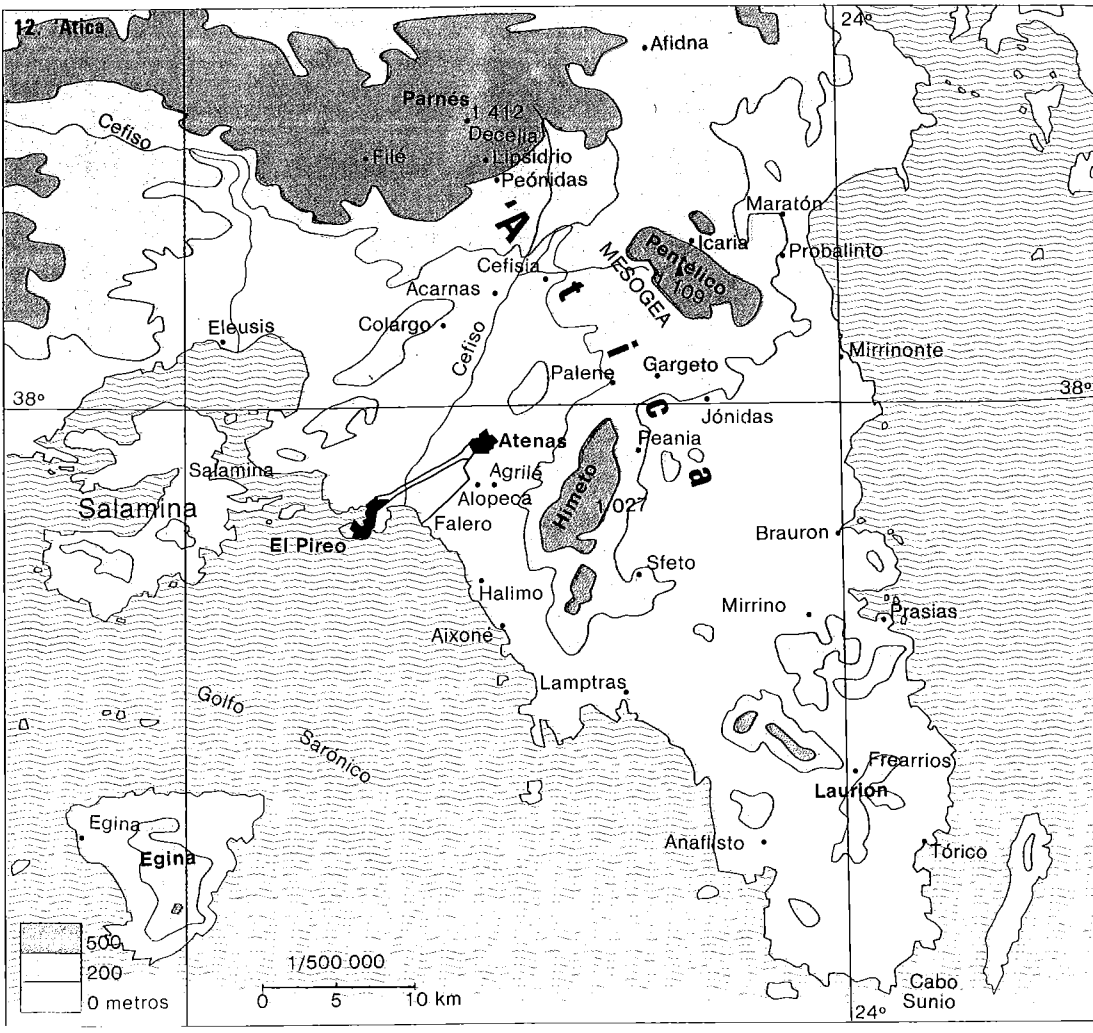
10. La economía de Grecia



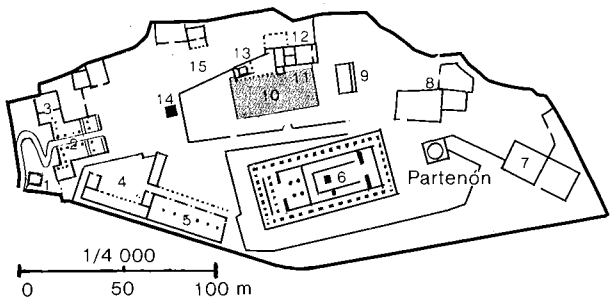
11. La economía del mundo griego



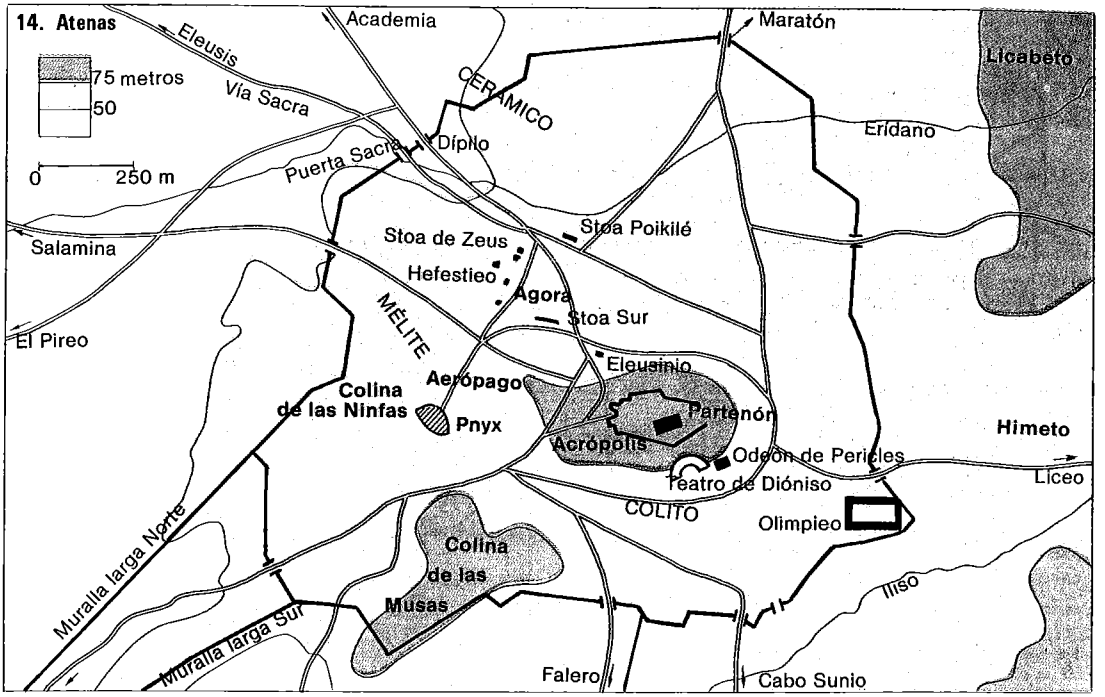
12 a 16. Atenas y el Atica

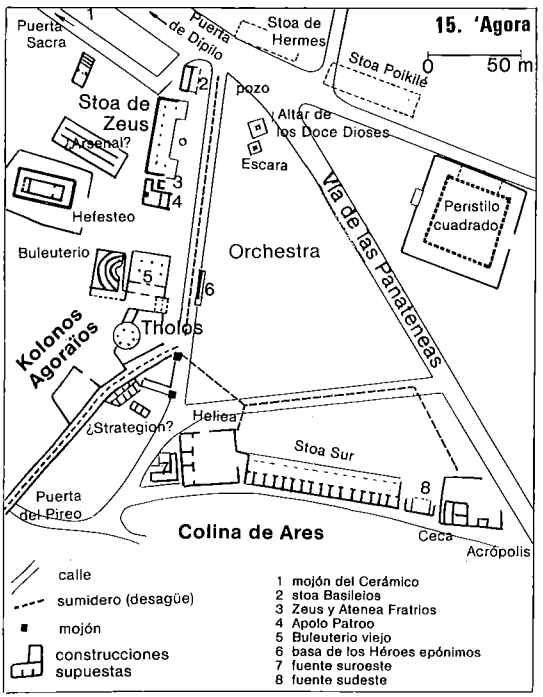


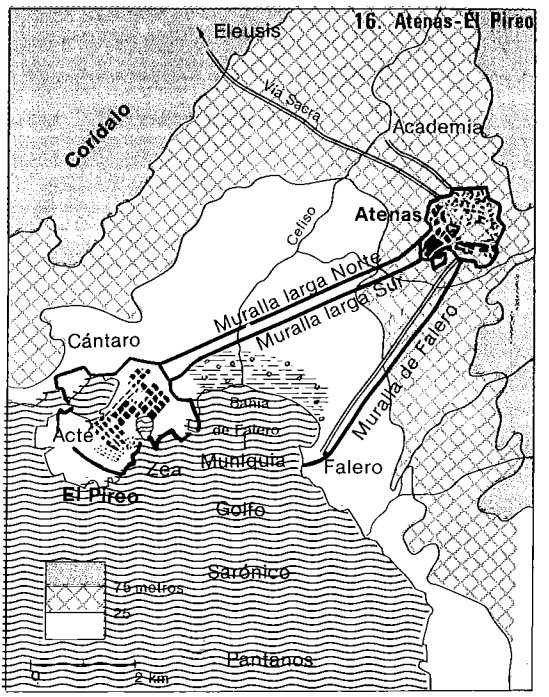
13. La Acropolis



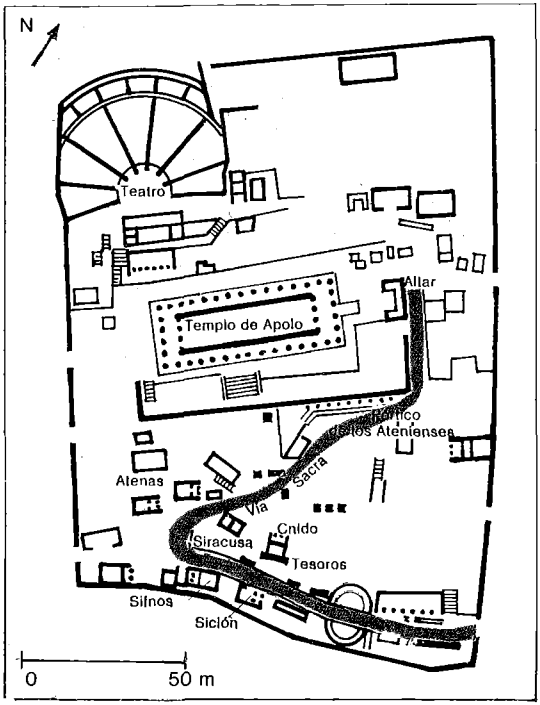
1 templo de Atenea Nice (Niké)
2 Propíleos
3 Pinacoteca
4 témeno de Artemisa Brauronia
5 Calcoteca
6 estatua de Atenea Criselefantina, de Fidias
7 Templo de los Héroes de Pandión
8 témeno de Zeus Poliado
9 altar de Atenea
10 antiguo templo de Atenea
11 pórtico de las Cariátides
12 Erecteo
13 Pandrosio
14 estatua de Atenea de Vanguardia (Prómaca) por Fidias
15 casa de las Arréforas


14. Atenas
75 metros
50
0 250 m
Eleusis
Vía Sacra
Academia
CERÁMICO
Maratón
Licabeto
Eridano
Díplio
Puerta Sacra
Salamina
Stoa de Zeus
Hefestieo
Stoa Poikilé
Ágora
Stoa Sur
El Pireo
MÉLITE
Eleusinio
Aerópago
Colina de las Ninfas
Pnyx
Partenón
Acrópolis
Himeto
Odeón de Pericles
Teatro de Dióniso
Liceo
COLITO
Olimpieo
Colina de las Musas
Muralla larga Norte
Muralla larga Sur
Iliso
Falero
Cabo Sunio

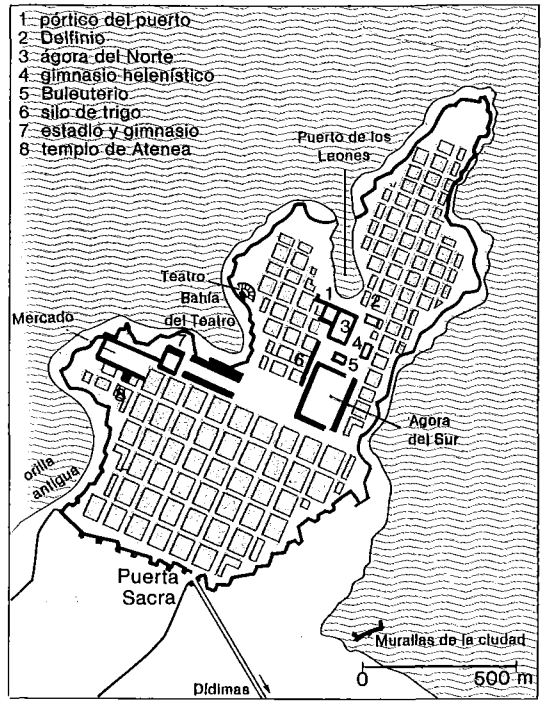

15. 'Agora
0 50 m
Puerta Sacra
Puerta de Díplio
Stoa de Hermes
Stoa Poikilé
pozo
Stoa de Zeus
¿Arsenal?
Altar de los Doce Dioses
Escara
Hefesteo
Peristilo cuadrado
Vía de las Panateneas
Buleuterio
Orchestra
Tholos
Kolonos Agoraios
Helicea
¿Strategion?
Stoa Sur
Puerta del Pireo
Colina de Ares
Ceca
Acrópolis
calle
sumidero (desagüe)
mojón
construcciones supuestas
1 mojón del Cerámico
2 stoa Basileios
3 Zeus y Atenea Fratrios
4 Apolo Patroo
5 Buleuterio viejo
6 basa de los Héroes epónimos
7 fuente suroeste
8 fuente sudeste


16. Atenas-El Pireo
Eleusis
Vía Sacra
Academia
Corídalo
Cefiso
Atenas
Muralla larga Norte
Muralla larga Sur
Muralla de Falero
Cántaro
Bahía de Falero
Acté
Zea
Munichia
Falero
El Pireo
Golfo Sarónico
Pantanos
75 metros
25
0 2 km

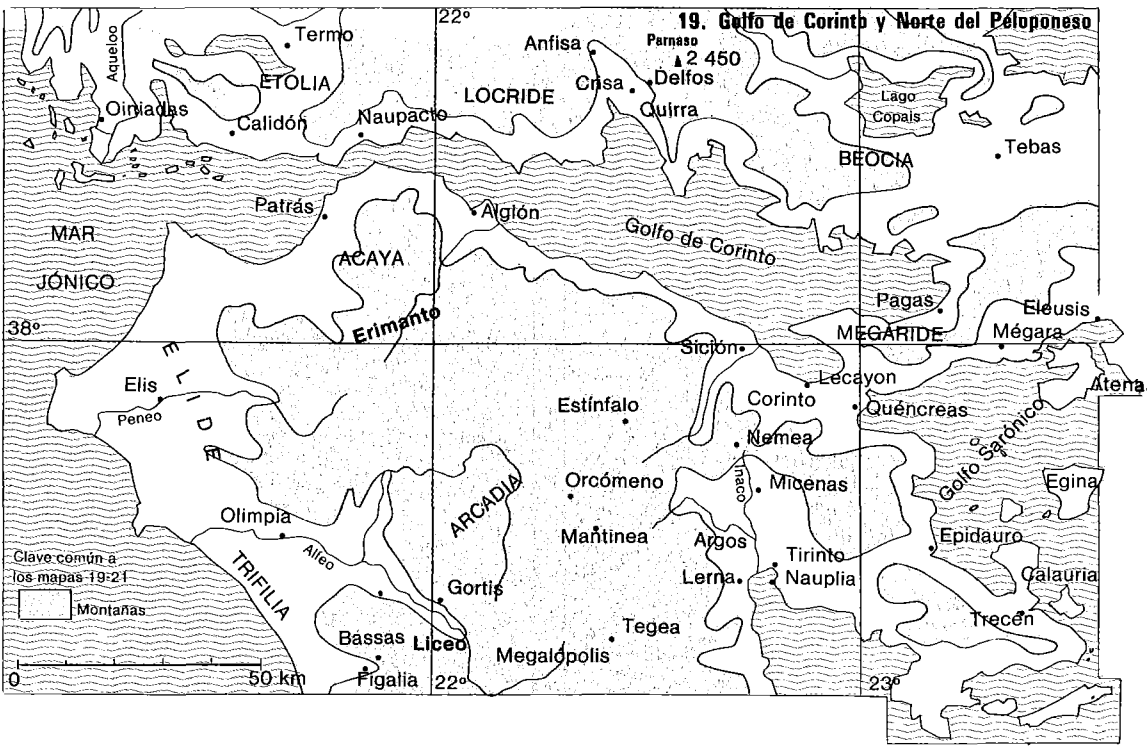
17. Delfos



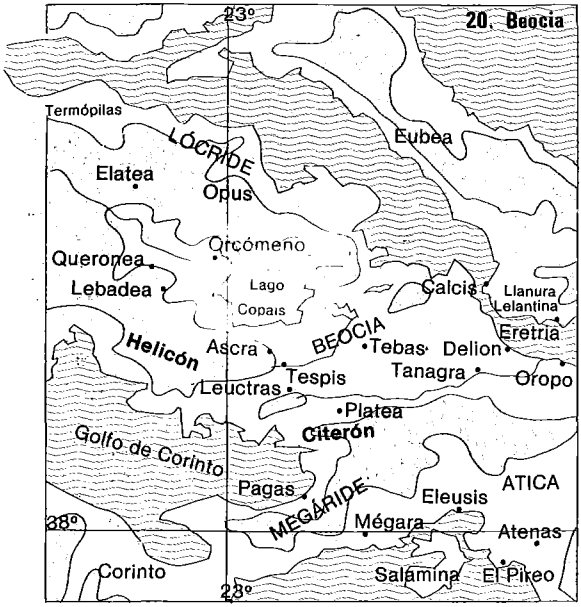
18. Mileto

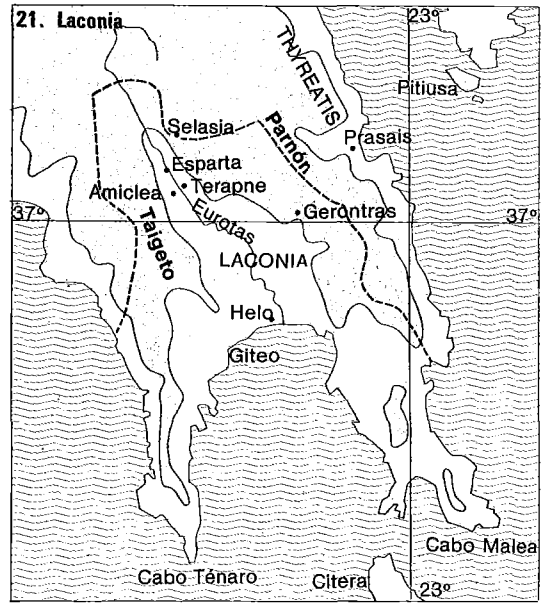


19. Golfo de Corinto y Norte del Peloponeso

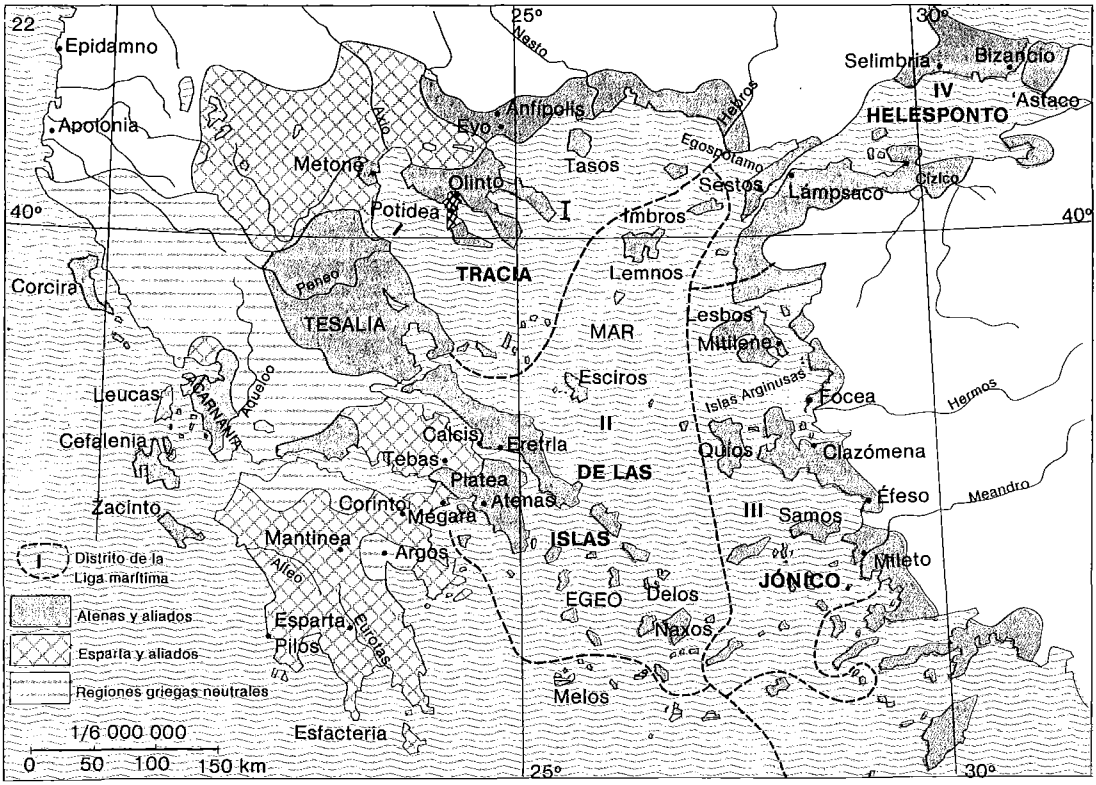


19 a 21. Algunas regiones griegas

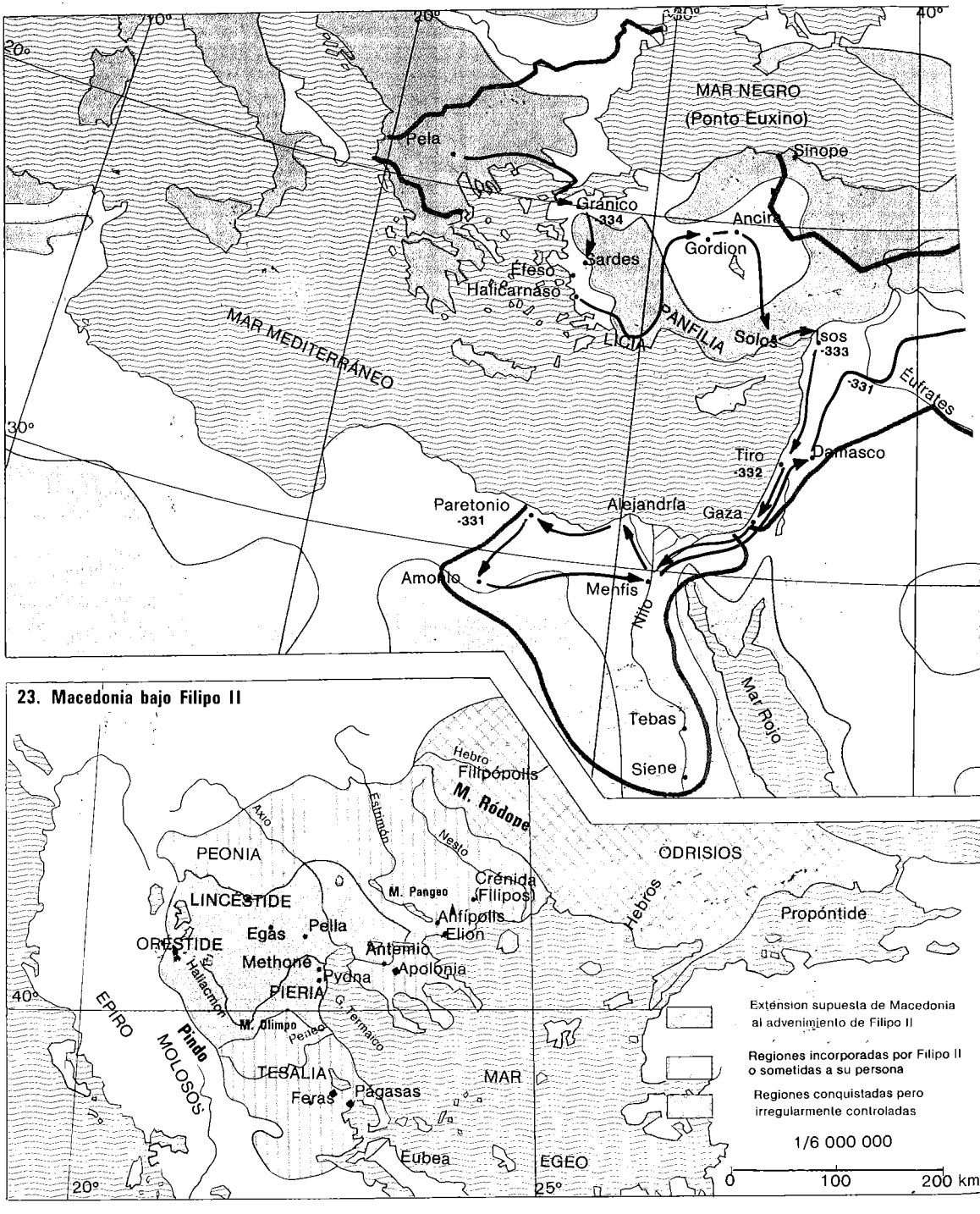




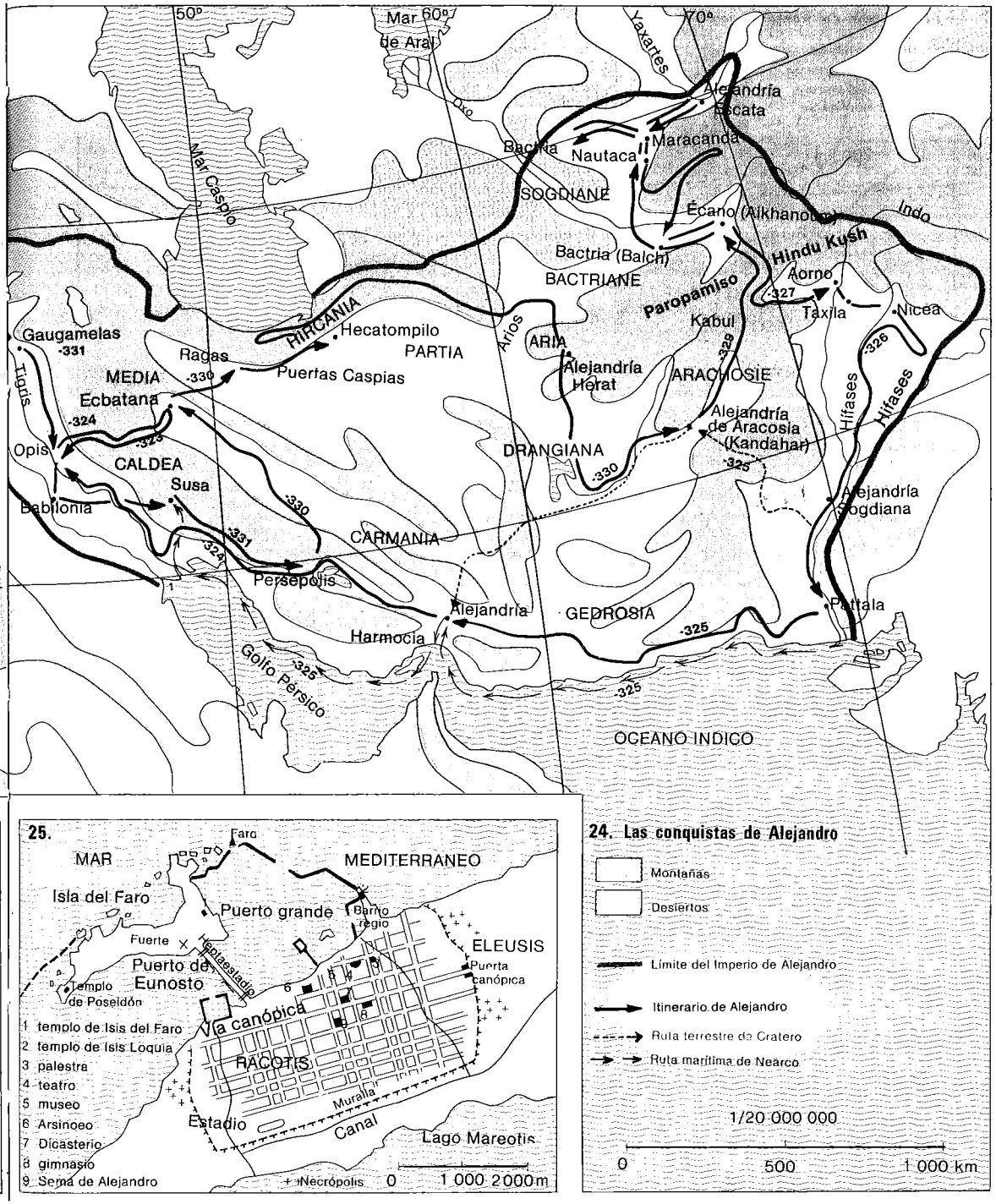
22. El Imperio Ateniense en el siglo V



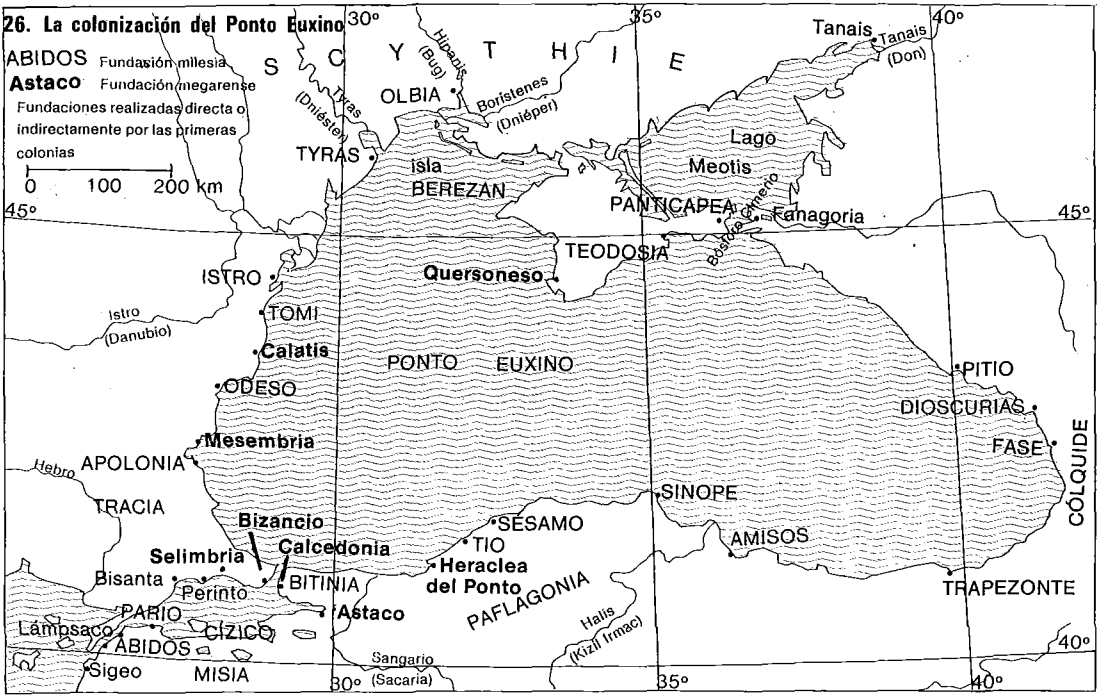
23 y 24. La expansión macedónica

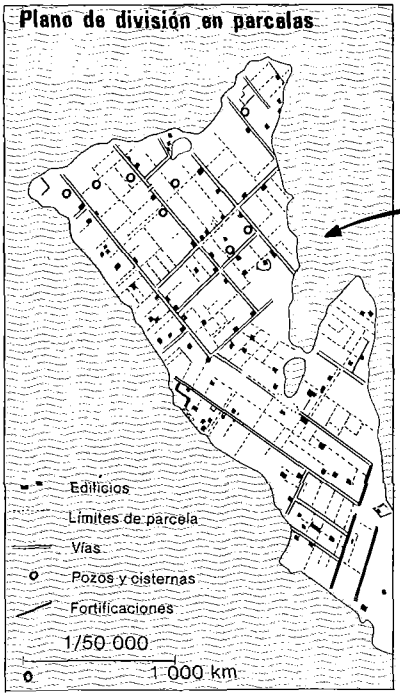


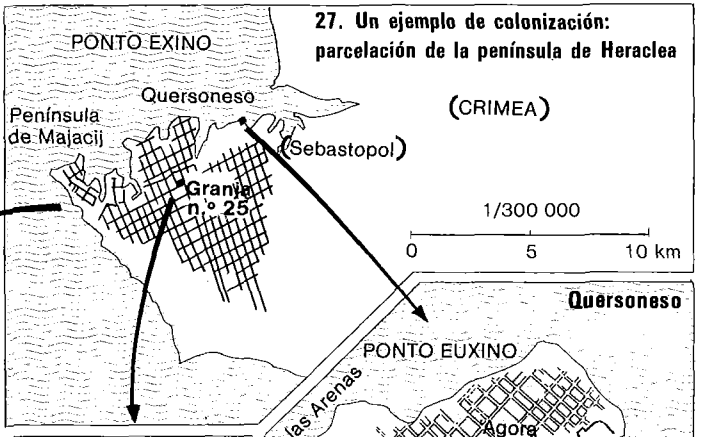
25. Alejandría

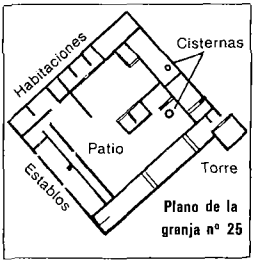


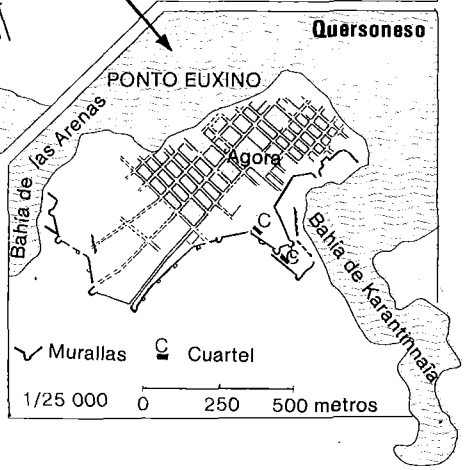
26 y 27. Los griegos en el Ponto Euxino



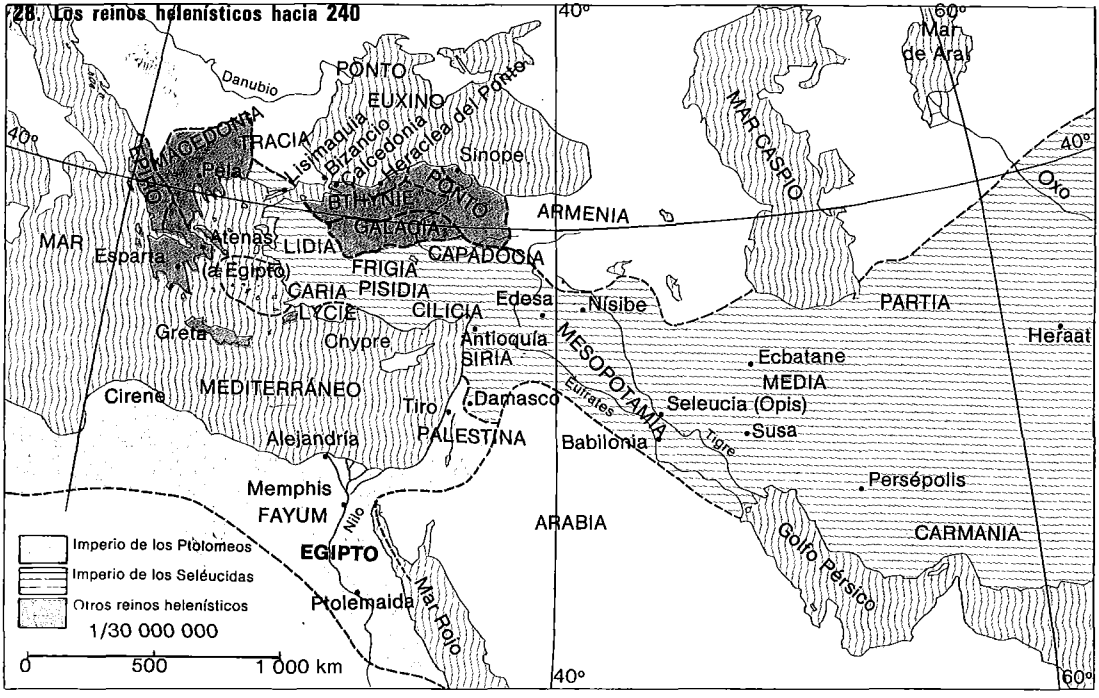


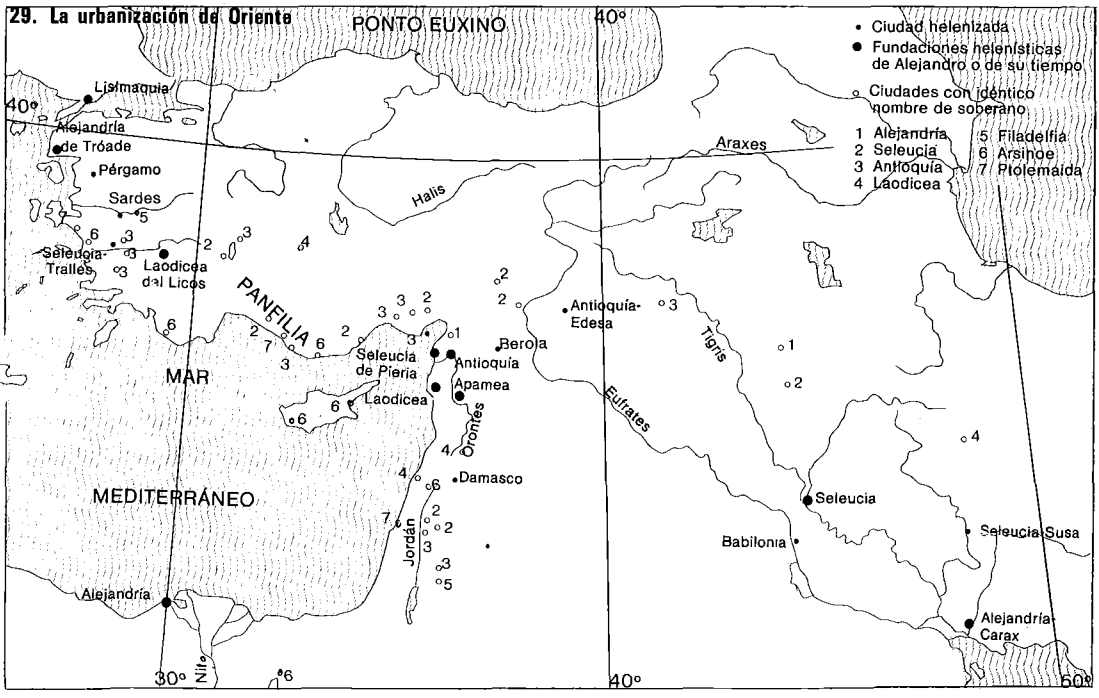




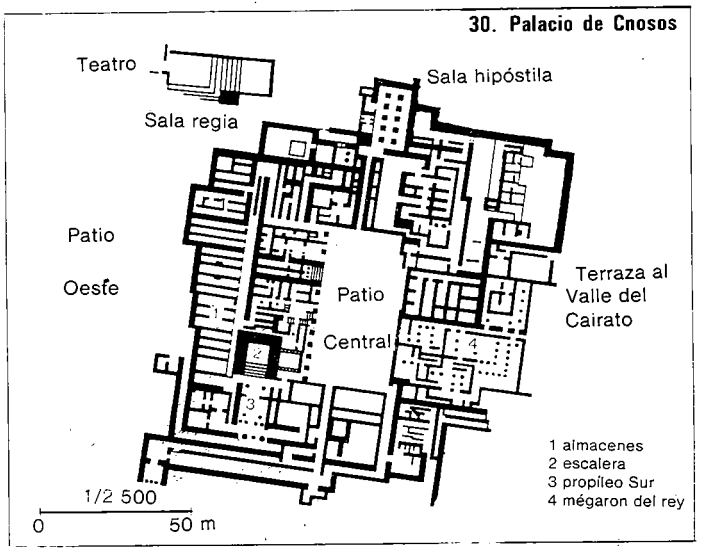


28 y 29. El Oriente helenístico

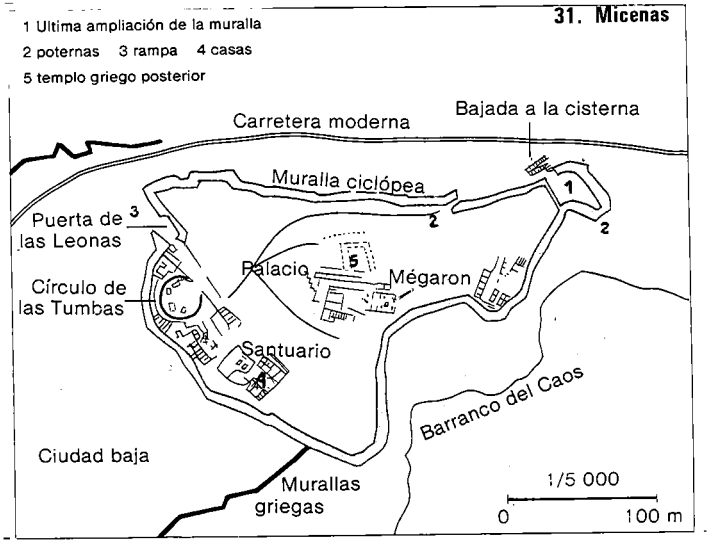




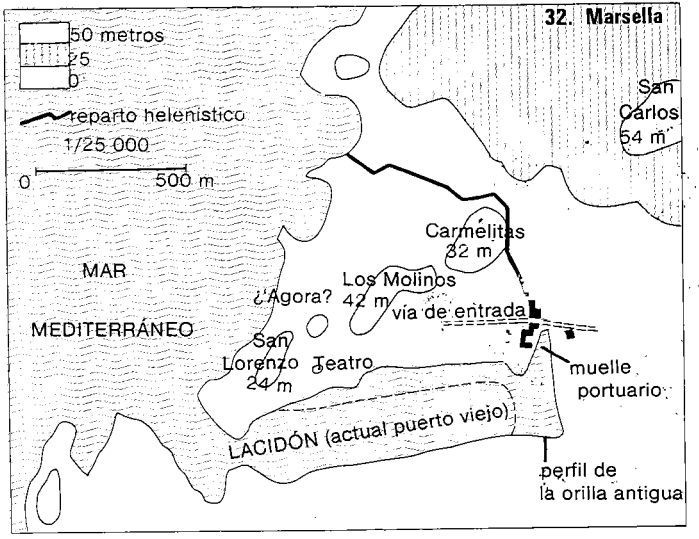
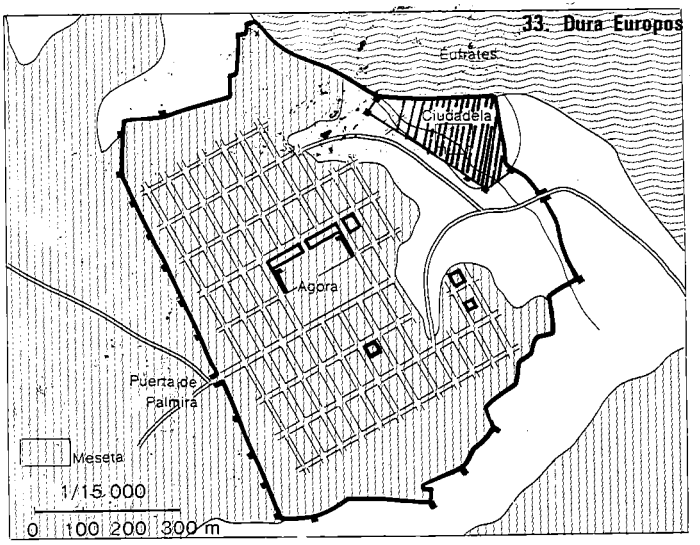
30. Palacio de Cnosos



31. Micenas



32. Marsella



33. Dura Europos